

EL SOCIALISMO ESPAÑOL EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA INTERNACIONAL
(1864-1889)

VOLUMEN I

Autor: Enrique Moral Sandoval

Director de la Tesis: D. Andrés de Blas Guerrero

Departamento de CIENCIA POLÍTICA

(F.F. de CC. POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA)

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Septiembre de 1994

Título de la Tesis:

EL SOCIALISMO ESPAÑOL EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL, DE LA PRIMERA
A LA SEGUNDA INTERNACIONAL (1864-1889)

Autor: ENRIQUE MORAL SANDOVAL

SÍNTESIS

La Asociación Internacional de Trabajadores, conocida posteriormente como la Iª Internacional, fue creada en 1864 y fue la primera entidad que coordinó organizaciones obreras de más de doce países europeos y americanos durante los ocho años de su existencia, teniendo como finalidad la defensa de los intereses, los derechos y las libertades de los trabajadores. En ese lapso de tiempo se dotó de Estatutos, reglamentos, normas de funcionamiento de sus asambleas y demás medidas para facilitar las actividades de sus asociados, manteniendo siempre un escrupuloso respeto hacia los mismos y rigiéndose permanentemente por métodos estrictamente democráticos. Hasta 1872, fecha en la que se rompió su unidad interna, la AIT celebró cinco congresos y tres conferencias internacionales.

Este primer paso en el asociacionismo internacional de los trabajadores, sus ricas experiencias organizativas y también las directrices doctrinales que inspiraron sus actuaciones, constituyeron sin duda el punto de partida para el movimiento obrero posterior, tanto para el que continuó fiel a los principios socialistas como para los que optaron por los planteamientos libertarios.

Esta tesis centra su investigación en el nacimiento y la evolución de los primeros núcleos socialistas españoles desde el inicio de la Iª Internacional en España, a finales de 1868, hasta

el Congreso fundacional de la IIª Internacional, en París, el año 1889.

Siguiendo el criterio de encuadrar los acontecimientos históricos referidos a España en su contexto internacional, se inicia el trabajo con unos capítulos introductorios en los que se estudia el origen y la evolución del concepto mismo de "internacionalismo" desde sus primeras manifestaciones hasta los años de la II Internacional.

A continuación analiza el autor los antecedentes de la AIT, tema sobre el que no existe aún ninguna monografía en nuestro idioma.

Seguidamente, y antes de entrar en el estudio del desarrollo de la entidad, se realiza un análisis pormenorizado de los planteamientos doctrinales y, sobre todo, de la estructura interna y del funcionamiento de dicha organización, incluyendo también sus órganos de prensa. Este estudio, que no se había realizado hasta ahora, permite el acceso a la historia de la AIT de forma sólida y rigurosa, al tiempo que nos ofrece también una faceta hasta hoy desconocida: la historiografía admitida desde Duverger hasta nuestros días hace arrancar el sistema organizativo de los partidos democráticos de masas, fundamentalmente los socialistas y socialdemócratas, de la II Internacional. Pues bien, el estudio aportado sobre la estructura de la AIT, las bases de funcionamiento de sus congresos establecidas en Basilea el año 1869 y sus métodos democráticos de trabajo, así como también de actuaciones y resoluciones en casos de conflicto, permiten afirmar que el antecedente inmediato sobre la estructura y el funcionamiento de los partidos democráticos y de los modernos sindicatos obreros se encuentra, según se demuestra en esta Tesis, en la Iª Internacional.

A continuación, tras analizar los primeros años de funcionamiento de la AIT y sus continuas referencias a España, el trabajo se centra en el estudio de la implantación en nuestro

país, analizando las causas por las que la Sección española se creó de forma extraordinaria e irregular a través de una organización bakuninista ajena en su estructura y planteamientos, en gran parte, a la Asociación internacional.

La Tesis muestra como desde un principio, figuraron entre los fundadores y dirigentes de la Federación española diversos líderes obreros que, años después, derivarían en unos casos hacia el socialismo y en otros hacia el anarquismo. Se hace especial hincapié en el papel de los primeros, los cuales, pese a no haber merecido prácticamente hasta ahora la atención de los historiadores, que han prestado regularmente mayor atención en sus trabajos a la vertiente libertaria de aquella organización, se viene a demostrar que resultó fundamental para el desarrollo de la AIT española. El trabajo de aquel primer núcleo socialista, que secundó en todo momento -según criterio defendido en la Tesis- los principios que inspiraron a aquella organización y a su Consejo general establecido en Londres, se analiza pormenorizadamente gracias a una labor de investigación que ha permitido la localización de las actas de los diversos organismos concernidos, de su prensa y de la correspondencia entre sus dirigentes, entre otras fuentes documentales manejadas por el autor. Para ello, ha tenido que consultar archivos y centros de documentación en Rusia, Holanda, Bélgica y España, fundamentalmente, según se explicita al final del trabajo.

Al desarrollar el estudio del papel desempeñado por la minoría socialista de la AIT española se da un giro sustancial a las versiones existentes sobre el tema, ceñidas hasta ahora de forma unilateral a las memorias y versiones sobre aquella organización expuestas casi exclusivamente desde el lado libertario.

Esta Tesis, contemplando detalladamente el desarrollo de ambas vertientes, penetra en espacios poco o nada investigados, respalda sus afirmaciones en documentación oficial de primera mano y pone de manifiesto con objetividad los fallos y

tergiversaciones históricas recogidas en muchos textos y memorias de conocidos personajes, como Anselmo Lorenzo, que vienen siendo aceptadas como incontrovertibles hasta hoy sin que se hubiera comprobado hasta el presente su veracidad.

Así mismo, se analiza y describe sobre documentación original el papel jugado en torno a la organización española por personalidades como Marx, Engels, Bakunin, Lafargue y Fanelli, entre otros muchos, hasta ahora desconocido en gran parte o expuesto de forma poco objetiva en muchos casos.

Una vez dividida la Iª Internacional en 1872, la Tesis analiza la trayectoria de los socialistas internacionales y sus esfuerzos, en especial el de los españoles, para reconstruir de nuevo el organismo general de coordinación. Esta nueva etapa, que abarcó desde la fecha citada hasta la fundación de la II Internacional, tampoco había sido objeto hasta ahora de ninguna monografía que abordara aquellos diecisiete años en su conjunto y prestando especial atención al contexto internacional.

Según se pone de manifiesto en este trabajo, el papel jugado por los socialistas españoles en este proceso fue, pese a sus limitaciones, de gran relevancia. En ese lapso, se estudia la creación tanto del partido socialista como de la central sindical U.G.T., que aprovecharon en ambos casos muy destacadamente las experiencias anteriores referidas, al tiempo que eran fundados por dirigentes que habían pertenecido a la AIT y a sus órganos directivos, y que contaban por ello con un gran bagaje experimental sobre este tipo de actuaciones. Para el autor esta meritoria labor fue la que garantizó, en 1889, un lugar de honor a los representantes del socialismo español en el Congreso fundacional de París, acontecimiento singularísimo en la historia del socialismo internacional que constituye el límite temporal en el que concluye la investigación.

Esta tesis tiene como hilo conductor el estudio detallado de los Congresos obreros internacionales que se celebraron en

Europa entre los años 1864 y 1889, cuyo contenido, dedicado fundamentalmente a temas como la jornada laboral, la salud e higiene en el trabajo, las relaciones laborales en la empresa, el trabajo de los menores y las mujeres, las retribuciones y las acciones reivindicativas, posibilitó el inicio de la legislación laboral tanto en los países europeos de nuestro entorno como en España.

* * *

ALGUNAS APORTACIONES DE ESTA TESIS DOCTORAL

1. Estudio, descripción y contenido del principio internacionalista que vertebró a las organizaciones obreras de la Iª y IIª Internacionales.
2. Exposición sobre las organizaciones internacionales que constituyeron el precedente de la AIT.
3. Estudio y descripción de la estructura interna y el funcionamiento de los órganos directivos de la AIT y de la conexión con sus Secciones nacionales.
4. Descripción del precedente inmediato que significó la AIT con relación a la aparición posterior de los partidos democráticos de masas.
5. Descripción de la actitud mostrada por la dirección de la AIT hacia España y los españoles desde su creación en 1864 confrontada con la que mostró el grupo bakuninista, datos fundamentales que aclaran la posterior derivación libertaria de un gran sector de nuestro movimiento obrero.
6. Análisis de la actitud y posterior actuación sobre nuestro país de las personalidades más destacadas del movimiento obrero internacional del siglo XIX.
7. Descripción de la coordinación de la Sección española de la AIT con sus homólogos de otros países, dando comienzo desde 1868 a la actividad internacional de nuestro movimiento obrero.
8. Análisis de todos los Congresos y Conferencias que celebró la AIT, así como de los que tuvieron lugar en España. Correspondencia y discrepancias entre ellos y relaciones de los órganos directivos marxistas y bakuninistas con la Sección española.

9. Descripción de nuevas facetas inéditas de todo el proceso descrito a la luz de fuentes documentales originales hasta ahora no utilizadas o utilizadas parcialmente.
10. Crítica de memorias coetáneas y fuentes secundarias tomadas hasta ahora como básicas y que han tergiversado muchas secuencias del proceso al confiarse en su objetividad.
11. Estudio pormenorizado y de forma monográfica de este período histórico (1868-1889), que muestra un interés especial, ya que fue el arranque real de las primeras organizaciones obreras en España.
12. Las monografías publicadas hasta el presente (Termes Ardevol, Max Nettlau) cubren tan sólo una parte de dicho período histórico o se circunscriben a Cataluña. Así mismo, en ninguno de los casos han manejado la documentación original utilizada en esta Tesis.
13. El papel jugado por los internacionalistas españoles que secundaron los postulados socialistas fue esencial, tanto durante la existencia de la AIT española como en el proceso para su reconstrucción en la II Internacional.
14. La Tesis, con las aportaciones apuntadas, constituye un novedoso y original punto de arranque para el análisis de estos capítulos iniciales del movimiento obrero español, que permite abordar con más claridad y conocimiento el desarrollo posterior del mismo.

TRIBUNAL, CALIFICACIÓN Y RECOMENDACIONES

- La Tesis fue leída el 24 de noviembre de 1994 en la FF. de CC. Políticas y Sociología de la U.C.M. ante un tribunal compuesto por Carlos Seco Serrano como presidente, por los profesores Julián Santamaría Ossorio, Manuel Pérez Ledesma y Santos Juliá como vocales y por Santiago Castillo como secretario.
- El Presidente del Tribunal, en nombre del mismo, señaló el carácter novedoso y objetivo de la investigación, y expresó públicamente la felicitación de sus miembros por el contenido y característica del trabajo, al tiempo que manifestó el deseo de que dicha Tesis se publicara a la mayor brevedad.
- La Tesis obtuvo el calificativo de Apto cum laude por unanimidad.

PRELIMINAR

II

PRELIMINAR

La idea de realizar esta tesis doctoral surgió, indirectamente, en Cuenca. Durante los días 30 y 31 de marzo, y 1 de abril de 1989 se celebró en la sede de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de dicha ciudad, el VI Coloquio de Historia Contemporánea de España dirigido por el profesor Manuel Tuñón de Lara. En el mismo, y a su requerimiento, presenté una ponencia sobre "El P.S.O.E. y los Congresos de la IIª Internacional". En el coloquio subsiguiente, así como en conversaciones informales posteriores, quedó de manifiesto la carencia de estudios sobre el papel jugado por el socialismo español en el exterior. Reflexionando sobre el tema, pude comprobar que tal vacío no se circunscribía al período de la IIª Internacional sino que era tan amplio como la propia existencia del socialismo en nuestro país.

Con el fin de cubrir esa laguna, en la medida de mis posibilidades, decidí realizar una investigación desde los comienzos, que coinciden con la creación en España de los primeros núcleos de la Asociación Internacional de Trabajadores, abordando todo el período de tiempo que existió dicha organización, así como los intentos reestructuradores que tuvieron lugar desde 1876 hasta la creación de la IIª Internacional, en París, el año 1889.

Pero la Primera Internacional, como es sabido, se creó mucho antes de su llegada a España. Sus primeros años, por otra parte, además de recoger diversas referencias hacia nuestro país, fueron los que vieron confirmarse sus principios y

III

su estructura orgánica, su expansión en Alemania, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Italia y Suiza, entre otros países, los que contemplaron, en cierta forma, la mayoría de edad de aquella Asociación. El conocimiento pormenorizado de la misma, así como el de los cuatro años transcurridos hasta su asentamiento en nuestro suelo, resultaba imprescindible para analizar con rigor el desarrollo de la Primera Internacional en nuestro país. Durante su accidentada existencia se produjo la división entre anarquistas y socialistas. La actividad de éstos últimos continuó tras la disolución de la A.I.T., dando lugar, pocos años después, al nacimiento del Partido Socialista Obrero Español, que jugaría un destacado papel en el proceso rector de la Internacional, participando activamente en su gestación.

Este prolongado período, que se extiende desde 1864 hasta 1889, así como los antecedentes de la A.I.T., constituye el objeto de nuestro trabajo, en el que esperamos aportar alguna luz al conocimiento de la presencia del socialismo español en el contexto internacional, durante los años citados.

* * *

Deseo hacer constar en el preámbulo de esta tesis doctoral, el reconocimiento a las personas e instituciones sin cuya colaboración no se habría podido realizar.

En el Institut "Emile Vandervelde" de Bruselas, además de facilitarme sus fondos, recibí importantes informaciones de sus bibliotecarios, los señores Messian y Flagotier, que además me

IV

consiguieron un permiso especial para acceder a la colección original del diario Le Peuple, en la biblioteca real Alberto I de la citada capital belga.

En el Instituto Internacional de Historia Social (I.I.S.G.) de Amsterdam, recibí la ayuda y la colaboración inestimable de Rudolf de Jong, al que quiero agradecer su cordialidad y sus interesantes referencias sobre el período estudiado.

La mayor parte de los fondos bibliográficos y hemerográficos que he manejado se encuentran en la Fundación Pablo Iglesias de Madrid. Quiero hacer llegar mi agradecimiento a todo el personal de su archivo y biblioteca, a su gran profesionalidad y a su paciencia. A Mercedes García Lenberg, también de esta Fundación, mi gratitud por su ayuda en las traducciones del alemán. Paloma Llanos Molero y Nieves Yagüe Fernández fueron imprescindibles para la confección material de este trabajo y Rodrigo L. Alonso aportó sus conocimientos técnicos para la confección de los cuadros y organigramas.

El profesor Pedro Ribas atendió amablemente mis consultas sobre determinados aspectos de la concepción que Karl Marx tenía de nuestro país.

Los profesores Manuel Pérez Ledesma y Santiago Castillo Alonso me aconsejaron en todo momento, me hicieron valiosas indicaciones y me aportaron datos de gran interés. Santiago Castillo, además, me facilitó la transcripción de cincuenta cartas correspondientes a los años 1870 a 1874, que tiene preparadas para la edición de un libro de próxima aparición. A ambos mi reconocimiento sincero y mi agradecimiento cordial.

INDICES

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
PRELIMINAR.....	II
ÍNDICE GENERAL.....	V
ÍNDICE DE SIGLAS.....	XVIII
ÍNDICE DE CUADROS Y ORGANIGRAMAS.....	XIX

* * *

INTRODUCCION: <u>LA FORMULACIÓN DOCTRINAL DEL</u> <u>INTERNACIONALISMO OBRERO. UNA VISIÓN DE CONJUNTO.....</u>	1
---	---

1. <u>EL INTERNACIONALISMO Y SU EVOLUCIÓN HASTA MARX</u> <u>Y ENGELS.....</u>	1
--	---

- El internacionalismo en las primeras manifestaciones presocialistas.
- La formación inicial del ideal internacionalista en Marx y Engels.

2. <u>EL INTERNACIONALISMO EN EL MOMENTO DE LA FORMACIÓN</u> <u>DE LA A.I.T.....</u>	7
---	---

- Polonia: el rechazo internacional a la opresión nacional.
- El caso de los pueblos eslavos.
- Las carencias de España en Marx.

VI

Págs.

3. <u>EL INTERNACIONALISMO EN LA ÉPOCA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL</u>	13
- La fraternidad universal en crisis.	
- Los intentos de una formulación doctrinal definitiva.	
- Acción dentro del Estado e internacionalismo.	
NOTAS A LA INTRODUCCIÓN.....	26

* * *

CAPÍTULO I: LOS ANTECEDENTES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL.....30

1. <u>EL INTERNACIONALISMO EN LOS INICIOS DEL MOVIMIENTO OBRERO</u>	31
---	----

- De las conspiraciones de los carbonarios al primer sindicalismo británico.
- William Lovett, la Asociación de Trabajadores y el movimiento cartista.
- La Liga de los Comunistas y el Manifiesto Comunista. La revolución de 1848.

2. <u>LA AUTONOMÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SUS PRIMERAS ORGANIZACIONES INTERNACIONALES</u>	46
--	----

- La Comuna Revolucionaria y el mito de la República universal, democrática y social.
- Un Comité Internacional por la Alianza de los Pueblos.
- La Asociación Internacional; un precedente de la A.I.T.

VII

Págs.

3. <u>LA GESTACIÓN DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES</u>	66
<ul style="list-style-type: none">- El nuevo sindicalismo británico, las huelgas de la construcción y el recurso a la solidaridad internacional.- La Exposición Universal de 1862. Una delegación obrera francesa patrocinada por su gobierno y las ventajas del conocimiento mutuo.- La insurrección de Polonia en 1863, detonante de la Internacional.	
NOTAS AL CAPÍTULO I.....	75

* * *

CAPÍTULO II: <u>LA Iª INTERNACIONAL: PLANTEAMIENTOS INICIALES, ORGANIZACIÓN, FUNCIONAMIENTO Y MEDIOS OFICIALES DE PRENSA</u>	78
--	----

1. <u>MARX, EL MANIFIESTO INAUGURAL Y LOS ESTATUTOS DE LA A.I.T.</u>	80
--	----

- Un antecedente: el Manifiesto Comunista.
- El Manifiesto inaugural de la A.I.T.
- Los Estatutos provisionales de 1864: coordinación internacional y acción política.

2. <u>ESTRUCTURA ORGÁNICA Y FUNCIONAMIENTO DE LA A.I.T. ANTECEDENTES Y EVOLUCIÓN HASTA EL CONGRESO DE LA HAYA (1872)</u>	91
--	----

- Un precedente: la Liga de los Comunistas.

VIII

Págs.

- La organización inicial de 1864.
- Estructura y funcionamiento de la A.I.T. (1864-1872)
 - A. El Congreso General
 - B. La Conferencia
 - C. El Consejo General
 - D. El Comité Permanente
 - E. Las Federaciones nacionales
 - F. Las Secciones y organizaciones de base
 - G. Los Afiliados

3. <u>LOS ÓRGANOS OFICIALES DE PRENSA DEL CONSEJO GENERAL</u> <u>DE LA A.I.T.</u>	141
- <u>The Bee-Hive Newspaper</u> , órgano de las Trade-Unions.	
- <u>The Workman's Advocate y The Commonwealth</u> .	
- <u>The International Courier</u>	
- <u>The Eastern Post</u> : un portavoz oficioso.	
- <u>The International Herald</u> : una solución tardía.	
NOTAS AL CAPÍTULO II.....	160

* * *

CAPÍTULO III: <u>ESPAÑA Y LOS PRIMEROS AÑOS DE LA</u> <u>INTERNACIONAL</u> . (1864-1868).....	169
--	-----

1. <u>POLÍTICA Y PARTIDOS EN LA ÉPOCA ISABELINA HASTA</u> <u>1864</u>	171
- Moderados, progresistas y demócratas.	
- El bienio progresista (1854-1856)	

y las asociaciones obreras.

- "Individualistas" y "socialistas": polémicas y tendencias en el partido demócrata.

2. LA INTERNACIONAL Y EL OCASO DEL REINADO ISABELINO.....187

- Del "retramiento" electoral al pacto de Ostende.
- Las primeras referencias a España desde la Internacional: dos secretarios-corresponsales y ningún resultado.

3. LOS CONGRESOS DE GINEBRA (1866) Y LAUSANA (1867). LA INTERNACIONAL EN ASCENSO.....204

- Ginebra: 8 horas de jornada para cambiar la sociedad. El papel de los sindicatos.
- Lausana: el Estado, las libertades políticas y los trabajadores.

4. LA MADUREZ DE LA ASOCIACIÓN: EL CONGRESO DE BRUSELAS (1868).....216

- Un delegado español en el Congreso internacional.
- Entre la huelga y la propiedad colectiva; la ruta del movimiento obrero.
- Proudhon y Marx, dos concepciones enfrentadas.

5. MIJAIL ALEXANDROVICH BAKUNIN:LA PASIÓN REVOLUCIONARIA.....228

- Marx y Bakunin; trayectorias separadas.
- La masonería como "máscara o pasaporte".
- La Fraternidad Internacional Revolucionaria.
- Los Congresos de la Liga de la Paz y de la Libertad.

NOTAS AL CAPÍTULO III.....248

* * *

CAPÍTULO IV: LA INTERNACIONAL EN ESPAÑA (1868-1874) Y EL
PRIMER SOCIALISMO ESPAÑOL.....260

1. LA REVOLUCIÓN LIBERAL DE 1868 Y LA ASOCIACIÓN
INTERNACIONAL DE TRABAJADORES.....262

- Revolución liberal, Juntas y clases populares.
Monarquía o República.
- Tres mensajes a los obreros españoles desde Suiza
y Alemania y una respuesta de Barcelona.
La indiferencia del Consejo general.

2. LA ALIANZA INTERNACIONAL DE BAKUNIN: PROGRAMA,
ESTATUTOS Y EXPANSIÓN EN ESPAÑA. SU COMPLICADO
INGRESO EN LA A.I.T.....283

- Programa y fines de la nueva organización
revolucionaria de Bakunin.
- Giuseppe Fanelli, un diputado italiano emisario
de Bakunin.
- Un largo camino hacia la Internacional.

3.	<u>DOS NÚCLEOS INTERNACIONALISTAS EN MADRID Y BARCELONA Y UNA CITA EN BASILEA CON ESCALA EN GINEBRA.....</u>	310
	<ul style="list-style-type: none"> - Fanelli en España: el confuso nacimiento de la Internacional sobre un programa ajeno. - Primeros pasos de las secciones españolas, proclamas hacia el exterior y silencio en Londres. Una escala española con Bakunin en Ginebra. - El IVº Congreso de la A.I.T. en Basilea: Presencia española y protagonismo de Bakunin. 	
4.	<u>LOS PRIMEROS AÑOS DE LA INTERNACIONAL EN ESPAÑA: DEL CONGRESO DE BARCELONA A LA CONFERENCIA DE LONDRES.....</u>	339
	<ul style="list-style-type: none"> - El enfrentamiento entre Marx y Bakunin: una incompatibilidad larvada. - La consolidación de la A.D.S. El Congreso obrero de Barcelona. - El primer Consejo federal español. Represión y exilio en Portugal. La Conferencia de Valencia. 	
5.	<u>LA "CONSTITUCIÓN DE LA CLASE OBRERA EN PARTIDO POLÍTICO" Y SUS CONSECUENCIAS.....</u>	379
	<ul style="list-style-type: none"> - La Conferencia de Londres de 1871. La actuación de Anselmo Lorenzo. - El segundo Consejo federal. La Internacional fuera de la Ley. Lafargue en España. Una primera expulsión. 	

XII

Págs.

- El Congreso de Zaragoza. Discrepancias y expulsiones: la Nueva Federación Madrileña.	
6. <u>EL OCASO DE LA PRIMERA INTERNACIONAL</u>	444
- La Haya, una delegación dividida en el Congreso de la escisión.	
- El Congreso de Saint-Imier: se confirma la división.	
- Ginebra 1873: El informe socialista al Congreso internacional y la disolución de la Nueva Federación Madrileña.	
NOTAS AL CAPÍTULO IV.....	463

* * *

CAPÍTULO V: <u>HACIA UNA NUEVA INTERNACIONAL OBRERA</u> (1875-1888).....	487
1. <u>LA ERA DE LOS IMPERIOS Y LA IRRUPCIÓN DE LAS</u> <u>MASAS OBRERAS</u>	488
- Paz, industrialización y crecimiento económico.	
- La revolución tecnológica.	
- Liberalismo y masas obreras.	
2. <u>DISOLUCIÓN EN FILADELFIA Y PRIMEROS INTENTOS</u> <u>REORGANIZADORES. EL CONGRESO UNIVERSAL DE GANTE</u>	497
- José Mesa y sus contactos en París.	
- El ocaso de la Internacional.	
- Una iniciativa belga.	

3. LA FUNDACIÓN DEL PSOE Y SU VOCACIÓN INTERNACIONALISTA.....504
 - Una comida clandestina de "Fraternidad Internacional".
 - Un partido, un programa y una organización que miran al exterior.

4. LEGALIZACIÓN Y RIVALIDAD ANARQUISTA.....512
 - La Circular liberalizadora de Sagasta.
 - El Congreso de Barcelona (1881) y la expulsión de Pablo Iglesias.

5. DEL CONGRESO INTERNACIONAL SOCIALISTA DE COIRA A LA CONFERENCIA OBRERA DE PARÍS (1883).....517
 - Nueva iniciativa belga en Suiza. Entre la revolución y el reformismo.
 - El Partido Obrero Francés.

6. EL NACIMIENTO DE "EL SOCIALISTA" Y LA II CONFERENCIA OBRERA INTERNACIONAL DE PARÍS (1886).....525
 - Un Congreso frustrado en Londres.
 - Le Peuple de Bruselas, el primer diario socialista.
 - El Socialista. Un semanario internacionalista.

XIV

	<u>Págs.</u>
7. <u>LA INTERNACIONAL EXISTE</u>	533
<ul style="list-style-type: none">- Una campaña por las ocho horas.- Fiesta internacional en París.- La Ley de Asociaciones y la Internacional.	
8. <u>EN LA RECTA FINAL. DE SWANSEA A LONDRES PASANDO POR SANKT-GALLEN</u>	540
<ul style="list-style-type: none">- Las <u>Trade Unions</u> salen a escena.- Una convocatoria alemana desde Suiza.- El inicio de la política social con Bismarck y la exigencia de una legislación internacional protectora del trabajo.	
9. <u>EL CONGRESO OBRERO INTERNACIONAL DE LONDRES (1888)</u>	546
<ul style="list-style-type: none">- La Socialdemocracia alemana excluida.- "Regenerar" las <u>Trade Unions</u>.- El PSOE "toma partido".	
NOTAS AL CAPÍTULO V.....	558

* * *

CAPÍTULO VI: <u>EL SOCIALISMO ESPAÑOL Y LA GÉNESIS DE LA II INTERNACIONAL</u>	568
1. <u>EL CONGRESO DEL PSOE EN BARCELONA Y LA INTERNACIONAL</u>	571

- La Ley de Asociaciones de Sagasta de 30 de junio de 1887.
- El PSOE convoca su primer Congreso en Barcelona coincidiendo con la Exposición Universal.
- Se acuerda acudir al Congreso Socialista Internacional convocado por el SPD alemán: delegación, medios, mandato.

2. DE BURDEOS A TROYES. UNA ALTERNATIVA MARXISTA
FRENTE AL POSIBILISMO.....579

- El Congreso sindical de Le Bouscat-Burdeos; una nueva convocatoria en París 5 días antes que la de Londres.
- Vacilaciones de Liebknecht.
- El Congreso socialista de Troyes.

3. LA HAYA. ÚLTIMO INTENTO CONCILIADOR.....585

- Una iniciativa alemana con intención.
- El previsible rechazo "posibilista".
- Rivalidades en Francia y una doble concepción del Congreso internacional.

4. DEL CONGRESO DE 1889 "HA DE NACER UNA
ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL".....593

- Contactos entre El Obrero y el "posibilismo" francés.
- Diciembre de 1888: una circular con pretensiones.
- La encrucijada de la F.T.S.F.

5. UN REFERENTE POSIBILISTA EN CATALUÑA:
LA FEDERACIÓN LAS TRES CLASES DE VAPOR.....598
- André-Gely en Barcelona.
 - La convocatoria del Congreso "posibilista" en El Obrero de Barcelona.
 - Aspiraciones del "oportunismo" en el Congreso Internacional de París.
6. SE CONFIRMA LA CONVOCATORIA MARXISTA EN PARÍS.....606
- Tres meses de dudas, vacilaciones y confusión.
 - El Vº Congreso del Partido Obrero belga en Jolimont.
 - Una convocatoria a dos meses vista.
 - El PSOE y su representación en París.
7. ESPAÑA: DOS DELEGACIONES Y UNA POLÉMICA.....615
- Una propuesta de Mataró.
 - Sesenta días de discordia.
 - Dos Congresos y un orden del día.
8. ENGELS, LA DIRECCIÓN DEL MOVIMIENTO Y LAS DIFICULTADES
DE ÚLTIMA HORA.....627
- Por y contra la fusión.
 - ¿Reconstruir la Internacional?
 - La dirección internacional del movimiento socialista.

XVII

	<u>Págs.</u>
NOTAS AL CAPÍTULO VI.....	638

* * *

CONCLUSIONES.....	654
BIBLIOGRAFÍA.....	663
APÉNDICE.....	698

XVIII

ÍNDICE DE SIGLAS*

A.D.S.	Alianza de la Democracia Socialista. (1869)
A.I.	Asociación Internacional. (1856)
A.I.D.S.	Alianza Internacional de la Democracia Socialista. (1868)
A.I.T.	Asociación Internacional de Trabajadores. (1864)
A.T.	Asociación de Trabajadores. (Gran Bretaña) (1836)
C.C.D.E.	Comité Central Democrático Europeo. (1850)
C.I.	Comité Internacional. (1855)
C.R.	Comuna Revolucionaria. (1852)
C.S.L.	Consejo de los Sindicatos Londinenses. (1860)
F.D.	<u>Fraternal Democrats</u> — (Gran Bretaña) (1846)
F.N.S.O.	Federación Nacional de Sindicatos Obreros. (Francia) (1886)
F.P.T.S.F.	Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia. (1879)
F.R.E.	Federación de la Región Española, A.I.T. (1870)
F.S.D.	Federación Social Democrática. (Gran Bretaña) (1884)
F.T.R.E.	Federación de Trabajadores de la Región Española. (1881)
F.T.S.F.	Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia. (1882)
L.C.	Liga de los Comunistas. (1847)
L.J.	Liga de los Justos. (1836)
P.O.B.	Partido Obrero Belga. (1885)
P.O.F.	Partido Obrero Francés. (1882)
P.S.O.E.	Partido Socialista Obrero Español. (1879)
S.P.D.	Partido Sociademócrata de Alemania. (1875)
U.G.T.	Unión General de Trabajadores. (1888)

*NOTA. La fecha que figura entre paréntesis se refiere al año de fundación de la entidad.

XIX

ÍNDICE DE CUADROS Y ORGANIGRAMAS

	pág.
Estructura orgánica de la Liga de los Comunistas (1847).....	93
Estructura orgánica provisional de la A.I.T. (1864).....	98
Guía práctica para los Congresos de la Internacional (1869).....	106
Estructura orgánica de la A.I.T. (1871).....	110
Congresos y conferencias de la A.I.T. (1864-1877).....	112
Secuencia de los órganos oficiales de prensa del Consejo General de la A.I.T. (1864-1872).....	144
Congresos obreros que precedieron a la II Internacional (1877-1889).....	637

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

LA FORMULACIÓN DOCTRINAL DEL INTERNACIONALISMO OBRERO

UNA VISIÓN DE CONJUNTO

1. EL INTERNACIONALISMO Y SU EVOLUCIÓN HASTA MARX Y ENGELS.

La configuración del ideal internacionalista como elemento significativo del pensamiento europeo de izquierdas se realizó a mediados del siglo XIX y fue consecuencia de la confluencia de varias circunstancias políticas de diversa naturaleza, ideológico-culturales, unas, y políticas, otras. Ya en el siglo XVIII se conocía, por influjo del cosmopolitismo ilustrado, el adjetivo internacional, si bien esta voz no llegó a la imprenta hasta 1831, cuando se publicó muy tardíamente el Plan de paz universal y perpetuo de Bentham, que fue probablemente quien lo usó por vez primera (1). Sin embargo, como se colige de la orientación política del propio Bentham, el vocablo no respondía ab initio a los perfiles políticos claramente definidos que adquirió ulteriormente, sino que se enmarcaba más bien en el acervo del pensamiento ilustrado y liberal, aunque pronto conectó sin mayor dificultad con pensadores próximos al socialismo como Saint-Simon.

El internacionalismo que se empieza a extender a principios del siglo XIX responde así a los ideales de paz universal, de solidaridad entre los pueblos y de armonía entre las naciones. (2) En una palabra, expresa el cosmopolitismo ilustrado (3), si bien no puede desvincularse de las necesidades económicas de una

burguesía que aspiraba a ampliar sus mercados y desconfiaba de las barreras que se interpusieran al comercio.

Pronto se produjo un giro que, además de ser significativo, resultaría decisivo para la historia del pensamiento político. La situación de sojuzgamiento de los movimientos liberales y democráticos que produjeron el Congreso de Viena y la Santa Alianza no tardó en atenuarse a partir de la década de los veinte (revoluciones francesa y belga de 1830, movimientos liberales en Italia, Portugal y España), lo que produjo, entre otras consecuencias, algunas corrientes migratorias de exiliados. Así, desde la citada década de los veinte y hasta la fundación de la A.I.T., va a consolidarse un sentimiento internacionalista que en sus comienzos fue de cuño democrático y anti-absolutista, pero que paulatinamente -después de los acontecimientos revolucionarios de 1848- se irá asumiendo también por la clase obrera (4). Resultado de esta evolución fue que a mediados de la década de los cincuenta la idea internacionalista se había despojado de sus perfiles inicialmente ilustrados y liberales para conectarse con los planteamientos socialistas de algunos reducidos núcleos de naturaleza obrera. Conviene que nos detengamos, sin embargo, en los perfiles ideológicos que hallaron los primeros pensadores socialistas.

* * *

La historia de la formación del concepto de internacionalismo tiene un rasgo particularmente llamativo, que es su componente contradictorio y hasta paradójico. Las primeras ideas de cuño internacionalista vienen, como se ha señalado, de la Ilustración y se concretan en la Revolución francesa. Son las ideas de solidaridad entre los pueblos, de fraternidad humana y

de intereses comunes entre las naciones que están presentes -sin embargo- en todas las guerras que enfrentan a Francia con las Monarquías europeas entre 1792 y 1815 (5). De ahí que las primeras formulaciones internacionalistas, si no son antisocialistas, están más próximas al liberalismo con variados matices: desde la nueva organización de la sociedad europea de Saint-Simon (6), y la mezcla entre nacionalismo y pacifismo universal que elabora Michelet (7), hasta las utopías de organización política universal de Comte (8) y el pacifismo nacionalista de Mancini (9)

Todas estas ideas se desenvuelven dentro del campo liberal heredero de la Revolución Francesa, que denota sin duda el paso de gigante que se ha dado en menos de un siglo, lo que no habría sido posible sin el afianzamiento de las doctrinas democráticas que se fueron expandiendo por toda Europa desde 1789. No ofrece dudas, en efecto, que sólo a partir de un planteamiento democrático del Estado, donde la soberanía corresponde a la nación, y no al príncipe, puede llegarse a una concepción igualitaria de las naciones, que pueden concurrir en pie de igualdad hacia un modelo fraternal de relaciones. Pero a esta evolución no se llegó sólo desde el principio democrático.

Al mismo tiempo que se propaga la idea de fraternidad entre las naciones se extiende la noción de libre competencia económica entre éstas. Las naciones no son sólo sujetos políticos, sino que al mismo tiempo son la base de partida de relaciones comerciales de intercambio. Es, como se ha dicho, el cosmopolitismo de los comerciantes (10), es decir, la necesidad que siente el capitalismo de adecuar las estructuras políticas a un marco de intercambio donde la nación no suponga un obstáculo para la circulación de mercancías. Si uno de los rasgos que diferencian al Estado liberal del Estado absolutista es, precisamente, la desaparición de las barreras aduaneras internas y el tráfico libre de mercaderías, el paso inmediato que hubo que dar fue el levantamiento de similares trabas en el complejo de

relaciones internacionales. Existe, pues, un continuum entre la desaparición de barreras internas (que sólo es posible con la proclamación de la soberanía nacional) y la supresión de barreras internacionales (que precisa también reconocer a la nación, y no al príncipe, como sujeto del Derecho y del comercio internacionales) (11).

En este contexto nació el internacionalismo liberal. Y lo que hicieron Marx y Engels fue dar una base de clase a las ideas de fraternidad universal que ya habían penetrado en la sociedad europea desde finales del siglo XVIII (12). Pero esta aplicación se produjo -y es importante aclarar este matiz- no tanto por un juicio de valor negativo del despliegue internacional de la economía, sino por la necesidad política de adaptar a la clase obrera al nuevo marco de relaciones económicas basado en la competencia entre naciones, el cual podía desembocar en una pugna similar entre los trabajadores de cada nación (13). Por eso no deja de resultar paradójico que el internacionalismo obrero tuviera que formularse inicialmente a partir del internacionalismo de las relaciones mercantiles.

* * *

La formación inicial del ideal internacionalista en Marx y Engels viene determinada por una serie de circunstancias histórico-políticas anteriores al inicio de la obra política de ambos autores. El punto de partida de esta concatenación bien pudo ser la constitución de la Santa Alianza tras la celebración del Congreso de Viena. Mediante una articulación muy diferente a los pactos y alianzas diplomáticas del Antiguo Régimen, la Santa Alianza se configuró con perfiles netamente internacionalistas, con un internacionalismo ultra-conservador, antiliberal y

antidemocrático que lanzó a la izquierda hacia el nacionalismo (14). Lógicamente, esta izquierda nacionalista es una izquierda liberal y burguesa, que empieza a moverse sobre el ideal de liberación de los pueblos, es decir que hace concordar políticamente los intereses generales de la nación con la supremacía y la dirección de la burguesía, que es la clase que más directamente expresa estos intereses.

Marx y Engels reaccionaron contra la identificación de los intereses burgueses con los intereses nacionales. Retoman, en primer lugar, la vieja idea revolucionaria francesa de la fraternidad universal pero la recrean sobre un concepto de clase (15), de manera que la extienden al proletariado y sólo al proletariado pero entendiendo a éste como una unidad conceptual que va más allá de las fronteras nacionales. En segundo lugar, rechazan la defensa de los intereses de la burguesía, que pretenden identificarse con los de la nación, y los contraponen a la unidad de la lucha internacional del proletariado. Todo ello les conduce, en tercer lugar, a ver en la nación una categoría transitoria que corresponde a las necesidades de desarrollo económico del capitalismo pero que se desvanecerá cuando el proletariado alcance el poder (16) y, apurando esta idea, llegan a pensar que los antagonismos nacionales -por no ser más que expresión de los antagonismos económicos de la burguesía- desaparecerán igualmente con el acceso del proletariado al poder (17). Y es en este contexto donde nace la primera formulación internacionalista plena de Marx y Engels, que es el Manifiesto Comunista

Lo característico del Manifiesto Comunista no es sólo el hecho de que por primera vez se identifica a la izquierda con una lucha internacional y con contenido de clase. Lo peculiar, por el contrario, como se observa en el propio Manifiesto, es el carácter estratégico de este internacionalismo, que se funda en la alianza revolucionaria de los trabajadores de todas las naciones. Y una segunda característica es, como señaló Claudín,

que el rechazo del nacionalismo no sólo se fundaba en consideraciones doctrinales de alcance general, sino también en algunos pueblos europeos. Se juzga negativamente a los pueblos eslavos ya que no han sabido crear una burguesía ni constituir un imperio, y además han apoyado tanto al de los Habsburgo como al Imperio zarista (18). Algo más tarde, Engels llegará a hablar de los "pueblos sin historia", como veremos más adelante.

Así pues, las formulaciones internacionalistas iniciales en Marx y Engels descansaron sobre tres puntos de partida:

1. La identificación del nacionalismo con los intereses de clase de la burguesía.
2. La Consideración de que los intereses y la necesidad de emancipación de los trabajadores era común a todos ellos, más allá de las barreras nacionales.
3. Un enfoque chovinista y germano-céntrico de los pueblos.

Esta concepción les llevó a descalificar, por reaccionarios, a los pueblos eslavos, olvidando la opresión tanto nacional como de clase que sufrían la mayoría de los eslavos, no aplicando sin embargo un criterio de clase a la hora de analizar la situación de estas sociedades.

En el caso de los pueblos latinos, y concretamente en cuanto al español se refiere, también observaron Marx y Engels una actitud despreciativa, siempre ligada a su grado de desarrollo y partiendo de una óptica que hoy denominaríamos eurocentrista. Esta posición, como veremos en el capítulo tercero, condicionó decisivamente la evolución de la Primera Internacional en España.

2. EL INTERNACIONALISMO EN EL MOMENTO DE FORMACIÓN DE LA A.I.T.

Annie Kriegel se preguntó hace tiempo en qué medida la A.I.T. contribuyó a madurar el pensamiento marxista (19), pregunta que puede tener interés biográfico y hasta exegético desde el punto de vista de Marx y de Engels, si bien lo que realmente importa es ver el resultado objetivo de esa interacción, que indudablemente se dio. El internacionalismo, en el momento en que se celebró el mitin de Saint-Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864, se encontraba ante una decisiva disyuntiva. Por una parte, estaba la influencia de Ferdinand Lassalle, que concebía la lucha obrera como una lucha nacional, limitando sus resonancias internacionales a la confraternidad de los pueblos (20). Por otro lado, la práctica de la lucha obrera iba creando una dinámica internacionalista creciente, y esta dinámica fue sumultánea al resurgir del movimiento tras las derrotas del período 1845-1848 (21). Estos fracasos habían sido igualmente de dimensión internacional y la reflexión histórica de las organizaciones de clase vinculaba el éxito de la contrarrevolución a la falta de coordinación obrera por encima de cada Estado nacional. Así se fue consolidando la idea de que la acción internacional de la clase obrera necesitaba un órgano central, de donde derivó el origen de la A.I.T. (22). Con eso quedaba contestado, a nuestro entender, el interrogante de Kriegel, pues el pensamiento de Marx y Engels no es otra cosa, en gran medida, que la teorización de una experiencia histórica del movimiento obrero que, además, venía a actualizarse e incorporarse al creciente proceso de internacionalización de la vida económica y política que se estaba operando en el continente europeo.

Por otro lado, la fundación de la A.I.T. no es ajena a una coyuntura política que exige replantearse la política con una visión supranacional. El primer requerimiento que recibe el movimiento obrero europeo es, a este respecto, el caso de

Polonia. Hay un breve escrito de Marx, Instrucciones a los delegados del Consejo Central Provisional sobre algunas cuestiones, publicado en 1867, (23) dirigido a los asistentes al primer Congreso de la A.I.T. en Ginebra, que constituye en cierta forma un pequeño tratado de política internacional desde la óptica del movimiento obrero. En estas instrucciones, Marx señala la idea dominante en la burguesía de que Rusia constituía el último baluarte frente a los avances de la clase obrera, y de ahí el silencio de aquélla ante la insistente opresión rusa sobre Polonia. Pero, señala Marx, si Alemania no está flanqueada por una Polonia democrática, seguirá siendo la avanzadilla de la Santa Alianza, en tanto que, con una Polonia democrática, Alemania será la aliada de la futura Francia republicana. Esta interpretación llevaba a Marx a vincular la democratización de Polonia -a través de su constitución en Estado nacional- con la pacificación del continente y con el fortalecimiento del movimiento obrero: "el movimiento obrero se verá constantemente entorpecido y frenado, mientras este gran problema europeo siga sin resolverse" (24).

Además, junto a esta visión estratégica no faltaba un móvil que podríamos llamar más emocional, por cuanto las noticias que llegaban a Europa occidental sobre la represión rusa del nacionalismo polaco creaban viva inquietud en los medios de izquierda. Se ha recordado con frecuencia que el ya mencionado mitin de Saint-Martin's Hall en 1864, fue organizado por las Trade Unions porque los sindicatos ingleses habían invitado a los obreros franceses a una acción común sobre los problemas de Polonia y que fue en ese mitin donde los representantes franceses propusieron la creación de un comité provisional que acabó convirtiéndose en la A.I.T., en cuyos congresos el tema de Polonia será continuamente evocado y debatido (25). Es decir, había, como dice Walicki, un sentimiento filopolaco muy extendido entre los trabajadores europeos (26).

No deja de resultar sorprendente, con todo, y así lo señaló Isaac Deutscher, que la cuestión que más excitó las pasiones y el

entusiasmo de la Primera Internacional (hasta el extremo de constituir el impulso para su fundación) fuera una cuestión nacional, es decir, que ya en el momento mismo del nacimiento de la primera organización internacionalista de los trabajadores venimos a toparnos con la interacción nacionalismo/internacionalismo (27). Contradictorio ciertamente pero también, si nos detenemos un poco, hasta cierto punto lógico. La idea de nación es un principio decimonónico que emerge, todo lo más, con la Revolución francesa. Sólo cuando se consolida intelectual y políticamente la estructura nacional y se perciben sus efectos -tanto progresistas como conservadores- se puede elaborar, por parte del incipiente movimiento socialista, una contraimagen de la nación, y así sólo se pudo elaborar la idea del modelo que se consideraba superior al trazado por la burguesía. Mientras la idea de nación careció de toda dimensión política, y en tanto el Estado tuvo como punto de referencia al Monarca antes que al pueblo agrupado en nación, no podía surgir ningún sentimiento superador de la idea nacional ni tampoco podía plantearse la lucha organizada de una franja de los ciudadanos de una nación al lado de igual sector de ciudadanos de otra nación. No es, pues, de extrañar que el internacionalismo fuera consecuencia del nacionalismo. Y, ahondando más en este argumento, no es casual que el caso nacional de Polonia catalizara e hiciera aflorar las nuevas tendencias internacionalistas, ya que era el caso más llamativo de cómo se ejercía una opresión nacional que venía a subyugar a toda la clase obrera de una comunidad con raíces históricas y culturales definidas. Conviene dejar constancia, por ello, de que sin la formación previa de la nación no hubiera sido posible la aparición del internacionalismo como concepto superador del anterior.

Más paradójica resulta -y sin duda más incomprensible- la diferente escala de valores que muy pronto aplicaron Marx y Engels, y tras ellos todo el movimiento obrero, a los pueblos europeos. Cuando la ola revolucionaria de 1848 no había terminado de esfumarse y cuando todavía estaba sin dilucidar el destino político de la nación húngara, Engels publicó el 13 de enero de 1849 en la Neue Rheinische Zeitung un artículo titulado "La lucha de los magiares" al que siguió otro, en la misma revista, titulado "El paneslavismo democrático", que apareció el 15-16 de febrero del mismo año. En ambos trabajos Engels viene a sostener que las naciones eslavas son necesariamente reaccionarias, no tienen viabilidad histórica y están condenadas por la historia. Engels contraponía estos pueblos a los alemanes y a los magiares, y notaba en los eslavos las dos carencias antes citadas -que no han sabido crear una burguesía y que no han sabido crear un imperio- y les añadía una cualidad históricamente dudosa; que habían sido siempre el apoyo de los Habsburgo, como se observó en 1848 (28). Es cierto que Engels no hizo otra cosa que difundir y dar solidez a algo que era un tópico entre la izquierda europea del momento, la desconfianza hacia los pueblos eslavos por el peso histórico que había tenido Rusia dentro de la Santa Alianza (29), pero la reformulación, debidamente fundamentada, de semejante tópico no dejó de tener consecuencias doctrinales en el futuro.

En primer lugar, el análisis de Engels contenía errores históricos notables (30). En segundo lugar venía a utilizar una concepción de base antropológica que era la de la viabilidad histórica de los pueblos, que venía a constituir un valor positivo por sí mismo. Lógicamente este valor era contrapuesto a toda noción internacionalista y, aunque su formulación dentro del marxismo era temprana, ya venía a suponer una cierta contradicción con los contenidos internacionalistas que aparecieron en el Manifiesto comunista un año antes.

En tercer lugar, y esto era quizá lo más incongruente, venía

a fundar la idea de nación sobre el concepto de clase burguesa y sobre la capacidad de crear un imperio. Claro está que, a diferencia de lo que hemos visto más atrás, en términos históricos el análisis era mucho más correcto, pero la lógica interna de esta visión llevaba a dejar fuera de la dinámica internacionalista a los pueblos que "carecían" de burguesía y que no habían sido capaces de ejercer dominio imperial sobre otras naciones ni crear un Estado en el pasado, y ello en la medida en que, por pura deducción, estos pueblos no estaban articulados en las clases sociales propias de la época industrial. Para Engels, si no habían creado Estado en el pasado, tampoco lo podrían hacer en el futuro (31).

En último lugar, finalmente, y desde un punto de vista táctico, esta concepción venía a restar un componente importante al movimiento obrero internacional, le arrebatava aliados de otras clases populares de origen campesino (cuya capacidad política se ignoraba) y llegaba, en cierto modo, a poner límites territoriales al impulso internacionalista.

Mirado objetivamente, es claro que nos encontramos ante simples escritos juveniles de Engels. No obstante, eran escritos de uno de los autores del recientemente publicado Manifiesto comunista, con el que enlazaban muy directamente en sentido temporal, y además venían a incorporar un punto de confusión y de contradicción a unos planteamientos que luego se habrían de situar en el centro de la acción política. Como veremos más adelante los efectos de estas concepciones de Engels no fueron totalmente inocuos.

También resulta ilustrativo al respecto, analizar brevemente algunas actitudes de Marx hacia la sociedad y las instituciones españolas de mediados del siglo XIX que tienen muchos puntos en común con los conceptos de Engels sobre los pueblos eslavos, a los que acabamos de referirnos. Se trata de los artículos sobre la revolución española que publicó el pensador alemán el año 1854 en el New York Daily Tribune. Aplicando una concepción lineal y estricta de los procesos sociales, que al parecer valía indistintamente para cualquier país europeo con independencia de sus características, el desarrollo del movimiento obrero era prácticamente imposible en España en atención a su grado de desarrollo económico y a su población:

"La cuestión social, en el moderno sentido de la palabra, carece de fundamento en un país que aún no ha puesto en explotación sus recursos y que tiene una población tan reducida: sólo quince millones de habitantes."

En cuanto al Estado y al Imperio, en lo que a España se refiere, hubiera sido arriesgado negarlo sin más, por ello Marx dejaba constancia de un retroceso en nuestro caso que nos hacía asimilables también en este punto a los eslavos:

"... debido a la vida exclusivamente provincial del pueblo, lo que llamamos Estado, en la moderna acepción de la palabra, no tiene personificación nacional alguna en contraste con la Corte, como no sea en el ejército."
(32)

No hay constancia de que, años después, al crearse la Primera Internacional, Marx hubiera variado mucho los conceptos expuestos, de ahí su actitud sobre nuestro país al estallar la Revolución de 1868 como veremos en su momento.

3. EL INTERNACIONALISMO EN LA ÉPOCA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL.

Para Georges Haupt hay dos rasgos esenciales que dominan la historia del socialismo en la época de la Segunda Internacional:

- La conciencia de la universalidad del movimiento, incluyendo la internacionalización de sus fines
- Las dificultades de alcanzar una unidad concreta de acción y de ideología con el fin de aplicar unos principios comunes debidamente compartidos.(33)

Estos dos rasgos no son simultáneos sino sucesivos, de modo que el primer rasgo universalista fue poco a poco sustituido por el segundo, una vez constatada la dificultad de lograr una práctica común y aquí vuelve a surgir otra vez algo singular. El ímpetu internacionalista de la Segunda Internacional venía apoyado por la frustración de la Primera, y las causas orgánicas de este fracaso fueron alentando nuevamente las posibilidades reales de acción, organización y teorización conjuntas. Y sin embargo, cuanto más se acentuaba el deterioro de una organización verdaderamente internacional, más claro iba quedando para todos que los partidos miembros de la Internacional se enfrentaban a problemas de dimensión, si no internacional, al menos europea.(34)

Por otra parte, como señala Kriegel, a las antedichas dificultades y contradicciones prácticas se venía a añadir otra más que estaba latente desde los comienzos. La Segunda Internacional asumió desde su creación dos tradiciones doctrinales muy diferentes: por un lado, la tradición republicana y liberal que venía de la Revolución francesa y que acabó decantándose hacia la exaltación del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos como principio fundamental del Derecho internacional; por otro lado, la tradición marxista que (con la

excepción de Engels en los artículos de la Neue Rheinische Zeitung) desdeñaba el marco nacional como algo ajeno al principio de la lucha de clases (35). Esta contradicción, que ya estaba presente, como hemos visto, en la Primera Internacional catalizándose entonces en torno al problema nacional polaco, se resolvió de una manera un tanto imprevisible.

La resolución de tal contradicción advino, dicho en pocas palabras, con una de las primeras interpretaciones revisionistas del marxismo. Mientras Marx y Engels, como hemos visto, habían desdeñado el problema nacional (36), la tradición liberal-nacionalista acabó presionando en el mundo ideológico de la Segunda Internacional y vino a posarse sobre la rígida concepción nacional del marxismo para acabar revisándolo en este punto. Y esta revisión se produjo de la mano de dos fenómenos de extremada importancia como fueron el problema de la guerra y la opresión económica de los pueblos.

Por un lado, la idea de fraternidad universal se empezó a resquebrajar ante las amenazas de la guerra. Ya se tenía la experiencia de las guerras austro-prusiana y franco-prusiana y la amenaza que para la paz continental suponía el creciente poderío del nuevo Imperio alemán, de modo que la Segunda Internacional descubrió dos cuestiones. En primer lugar, que la idea nacional pesaba sobre la clase trabajadora de cada nación hasta el extremo de crear un sentimiento chovinista. Cuando la clase obrera francesa y británica reaccionó contra el enemigo, es decir, contra la clase obrera alemana y austrohúngara, la vieja idea de fraternidad universal quedó definitivamente hecha añicos, no tanto por el enfrentamiento en sí -que había nacido de los gobernantes y no de los trabajadores- cuanto por el hecho de que los partidos obreros de todos estos países, en su mayoría, hicieron una reflexión teórica que los condujo a alinearse con sus respectivas burguesías. Así quedó claro que el principio de fraternidad no era, para los partidos socialistas, un valor absoluto sino una idea trabable con otras de cuño más

nacionalista que no siempre tenía que predominar al conjugarse con otros valores políticos.

Por otra parte, la Internacional descubre también que la noción de opresión económica de los pueblos introduce una gran perturbación en el modelo de armonía fraternal que sustentaba todo su entramado doctrinal. Muy tardíamente, Rosa Luxemburgo había señalado que cuando el desarrollo del capitalismo llega a un cierto nivel, los intereses de clase de la burguesía y los intereses del propio desarrollo económico comienzan a separarse como lo testimonian, según creía, la política aduanera y el militarismo (37). Pero esta idea, sustentada además en una concepción antinacionalista, conduce históricamente a lo contrario que se proponía su autora, ya que lleva implícitas dos ideas, a saber, que se puede producir e incluso aumentar una desigualdad económica entre los trabajadores en función de su país de pertenencia, con lo que los propios obreros van a ver a los otros obreros como competidores y, en segundo lugar, que los trabajadores de una nación pueden estar interesados en la explotación económica de otros trabajadores. El mantenimiento de los salarios de hambre en países productores de materias primas puede permitir que los trabajadores de los países manufactureros disfruten de salarios y condiciones laborales mejores, con lo que la vieja idea de la "aristocracia obrera" reaparece pero con una dimensión territorial.

El resultado de todo ello, retomando la idea de Haupt con que empezábamos este epígrafe, es que la débil conciencia de universalidad del movimiento obrero se topó no sólo con dificultades serias para alcanzar una unidad de acción sino también con obstáculos objetivos que determinaron que el principio internacionalista al ocaso de la Segunda Internacional se presentara como un ideal de escasísima intensidad. Lo retomará de nuevo la Tercera Internacional pero, salvo en su vertiente trotskista, con una formulación vacía que enmascaraba los intereses de expansión imperial de un solo Estado, la Unión

Soviética. Pero hasta llegar a este vaciamiento de contenido hay que recorrer un camino extenso con hitos muy significativos en los que se fue poniendo a prueba poco a poco la validez del ideal internacionalista y que conviene estudiar con algún detalle.

Uno de los puntos más significativos de esta puesta a prueba fue, como hemos visto más arriba, el tema polaco. Ya no se trata, como también vimos, de la paradoja detectada por Deutscher, de que el internacionalismo surge de un problema nacional. Es que detrás del tema polaco se va formando una fuerte tensión que adquiere formas contradictorias. Como recuerda precisamente un polaco, Andrzej Walicki, los primeros marxistas polacos, en contra de Marx y Engels, se plantearon a partir de su asamblea nacional celebrada en Ginebra el año 1880 la necesidad de primar la lucha social, es decir, el enfrentamiento de la clase obrera con la burguesía, frente a cualquier posibilidad de lucha de liberación nacional. Y el tema no concluyó ahí pues a primeros de siglo la polémica vuelve a reverdecer, esta vez enfrentando a Rosa Luxemburgo con Kellès-Kranz quien en aquel tiempo defiende la "madurez nacional" de Polonia en contraposición a otros pueblos eslavos que integran el antiguo Estado polaco (lituanos, bielorrusos, ucranianos) (38). El tema suscitaba además otra cuestión delicada. Más allá de reforzar la "insensibilidad" nacional de Rosa Luxemburgo, las tesis de Kellès-Kranz volvían a exhumar un tema ya un poco olvidado -o deseadamente olvidado- por los marxistas que era la posición de Engels hacia los "pueblos sin historia". Conviene retomar lo que veíamos más atrás, por su importancia excepcional en la configuración doctrinal de la Segunda Internacional.

Tras el fracaso del movimiento revolucionario de 1848 -es decir, dieciseis años antes del mitin de Saint Martin's Hall- caló en la izquierda más radical un sentimiento profundamente anti-eslavo. El origen de este sentimiento era claramente coyuntural, como hemos visto, pues se consideraba que el fracaso de la revolución de 1848 se debía atribuir al apoyo que los

pueblos eslavos habían aportado a los Habsburgo. Esta idea se expresó muy pronto en los dos artículos de Engels en la Neue Rheinische Zeitung que recordábamos más atrás y no parece necesario volver a señalar su origen, pero sí conviene precisar sus consecuencias. Aunque el marxismo "oficial" se avergonzó más tarde del antieslavismo de Engels -máxime cuando el primer Estado declaradamente marxista resultó ser eslavo-, lo cierto es que la derivación de este tema llegó al siglo XX con las siguientes consecuencias:

- Había quedado grabado en lo que podríamos llamar el "inconsciente colectivo" de la Segunda Internacional, de modo que tras la revolución bolchevique, la naturaleza eslava del nuevo Estado comunista vino muy posiblemente a sumarse a todos los restantes motivos de desconfianza, y pronto de condena, de los partidos socialistas.
- Puso en entredicho toda la teoría marxista acerca del papel revolucionario de la clase obrera, pues significaba que allí donde había núcleos reducidos de proletarios inmersos en estructuras precapitalistas, éstos quedaban destinados a seguir la corriente de las clases mayoritarias de origen agrario y, por ende, estaban condenados a la inacción revolucionaria. Un motivo más, como se vé, para acrecentar la desconfianza socialista en la revolución soviética que no respondía a los esquemas clásicos.
- Paradójicamente, esta curiosa doctrina de Engels denotaba no solo una concepción "heterodoxa" del joven Engels, como se suele señalar aquí por sus efectos en la política general de la Segunda Internacional. Bajo el rechazo de los pueblos eslavos por razones de coyuntura histórica, lo que es posible

encontrar en Engels - quizá de forma algo inconsciente- es una concepción democrática del Estado. Los pueblos eslavos, dice Engels, no han sabido crear una burguesía, pero habría que agregar que por no haberla creado carecían también de un Estado con instituciones democráticas, con lo que la dificultad de la llamada viabilidad histórica de estos pueblos era también una carencia política. No tienen futuro histórico, en definitiva, porque no tienen instituciones democráticas. Este razonamiento estaba muy presente sin duda en las corrientes reformistas tempranas de la Segunda Internacional, especialmente en Bernstein, de modo que bajo el reformismo es posible encontrar incluso una concepción antropológica sobre las dimensiones históricas de los pueblos -no de las clases sociales- que entran en la historia creando burguesía e instituciones democráticas.

Este conjunto de contradicciones o, si se quiere, de puntos débiles, resuelto de forma no previsible como decíamos más arriba, no era en modo alguno un problema teórico. En el Congreso socialista de Brunn en 1899 se exteriorizaron los recelos entre los socialistas austriacos y los socialistas eslavos del Imperio Austro-Húngaro, los cuales estaban ya en la línea emancipadora que dio lugar al movimiento de Checoslovaquia (39). De momento, del Congreso salió el rechazo de los privilegios de los austriacos y húngaros, los Estados de la Corona, frente a los restantes pueblos del Imperio, pero ya quedaron asentados los problemas teóricos que veinte años después aflorarían con el austro-marxismo.

Con este ejemplo, muy similar al de los marxistas polacos, se puede entender que la Segunda Internacional no llegara a resolver ni teórica ni políticamente el problema nacional ya que

su punto de partida estaba en cierto modo contaminado por sus contradicciones iniciales.

* * *

La Internacional sustentaba "oficialmente" una doctrina fundada, como dice Kriegel, en una visión bipolar de la humanidad, en la que el trabajador tenía el sentimiento de pertenecer a una comunidad supranacional, formada por tres elementos:

1. Económico (los obreros tienen que asociarse para que la patronal de cada país no los utilice y los enfrente).
2. Político (los obreros tienen interés en que los Gobiernos observen una política de paz y de libertad tanto interior como exterior).
3. Ético, pues para el proletariado, este elemento se configuró como el equivalente al ecumenismo para los cristianos. (40)

A partir de estos planteamientos, se puede considerar definitivamente cerrada esta formulación internacionalista, pues desde principios de este siglo la Segunda Internacional adoptó -y lo expresa en el Congreso de Stuttgart de 1907- la doctrina oficial de lucha contra el belicismo y asumió el deber de intensificar y coordinar los esfuerzos de la clase obrera frente a la guerra (41). Ello conllevaba también un esfuerzo activo para actuar en las situaciones en que la guerra constituía una amenaza real, pero tenía también otra consecuencia importante que vio Jaurés, que para impedir la guerra había que mantener la

autonomía de cada nación.

Y aquí precisamente descubrimos la debilidad doctrinal que se expresará ulteriormente en el alineamiento de los socialistas con sus respectivos Estados en 1914. Tenemos, por un lado, la reafirmación internacionalista y antibelicista de los sucesivos Congresos de la Internacional (Stuttgart en 1907, Compenhague en 1910 y Basilea en 1912), reafirmación expresada incluso simbólicamente en el Primero de Mayo, como ha visto Luigi Cortesi (42). Pero por otro lado, en este planteamiento sólido se abren dos tipos de grietas. La primera fisura que pone a prueba el internacionalismo es la idea nacional, que si bien no surge en confrontación con el internacionalismo, en el fondo lo debilita y cuyo ejemplo más sólido es Jaurés. La segunda está representada por la desconfianza hacia lo germánico que, en plena guerra, expresó muy bien el profesor francés Edmon Laskine, aunque sus raíces eran anteriores al conflicto. Veamos con algún detalle estas grietas.

Jaurés asumía en principio las concepciones internacionalistas de los Congresos de la Segunda Internacional, pero se planteaba de inmediato cohonestar el internacionalismo con la nación:

"Un poco de internacionalismo alejado de la patria; mucho internacionalismo y vuelta a empezar. Un poco de patriotismo distante de la Internacional; mucho patriotismo y vuelta a empezar." (43)

Ahora bien, y con independencia de lo correcto del planteamiento, la inserción del concepto de patria en el modelo internacionalista habría de tener consecuencias importantes ya que mezclaba una concepción "fuerte", la de la patria -en el sentido de que la política de los Estados europeos favorecía con gran intensidad los sentimientos y las orientaciones patriótico-nacionales- con otra "débil", la de internacionalismo

-que estaba muy poco consolidada e incluso encontraba grandes resistencias para expandirse-. El resultado fue debilitar aún más la concepción internacionalista al introducir en la misma algunas reservas de gran importancia. Como ha dicho algún autor, esta síntesis sitúa al internacionalismo en el plano de las relaciones internacionales (44), es decir, en un nivel que hacía de cada Estado el sujeto de las relaciones de paz o de guerra, lo que significaba que no se planteaba, en el fondo, una acción única de los trabajadores sino acciones nacionales del proletariado de cada país... las cuales podían triunfar o no, como se vio en julio de 1914 (45).

Este planteamiento, nada erróneo por sí mismo ya que era políticamente más fácil movilizar al proletariado de cada nación que realizar una acción internacional global frente a la guerra, contenía en sí mismo una contradicción tan fuerte que acabó llevándole a su trágico final en 1914, y aquí es donde aflora el temor hacia el imperialismo germánico. El elemento patriótico "mesurado" que Jaurés deseaba insertar en el internacionalismo podía ser un factor interesante de integración de la cultura nacional en el seno del movimiento obrero internacionalista, pero al mismo tiempo contenía un peligroso elemento de alteridad en donde la otra cultura nacional aparecía contrapuesta y eventualmente enfrentada a la propia. Así ocurrió con el pangermanismo.

En medio de la guerra, como hemos dicho más arriba, apareció en París un extensísimo libro denominado L'Internationale et le Pangermanisme, cuyo autor era el agregado de Universidad, Edmond Laskine. El texto, notablemente panfletario, pretendía identificar el socialismo marxista con el expansionismo pangermanista, de donde resultaba que,

"... la Asociación Internacional de Trabajadores, conquistada y pronto confiscada por los socialistas pangermanistas de Alemania, se había convertido en un

simple medio de dominación para los alemanes, así como en la principal vía de acceso de la conquista pangermanista." (46)

Aunque este criterio era sostenido por la extrema derecha patrioterica francesa, al final acabó calando también en el terreno socialista porque previamente había sido abonado con esta idea. La posición de la socialdemocracia alemana en Alsacia y Lorena, que recibió cierto apoyo de los socialistas franceses por considerar que los nacionalistas de estas regiones eran conservadores y clericales, no era sino el reflejo de un sentimiento muy enraizado en la Internacional, que era la superioridad de la socialdemocracia alemana y una cierta posición dirigente que se le atribuía sobre los restantes partidos. De esta actitud, guiada sobre todo por la admiración hacia el "hermano mayor", participó también, en sus primeros decenios de existencia, el Partido socialista español. Era en cierta forma una actitud lógica pues el internacionalismo servía precisamente para unir por encima de las barreras nacionales, y sin duda era positivo que un socialista francés se sintiera próximo a un socialista alemán. Pero como el Imperio alemán empezaba a adquirir posiciones hegemónicas en el continente, el resultado inesperado fue que los conservadores identificaron maliciosamente la solidaridad con el sometimiento a los alemanes, lo que puso a cada partido socialista en la posición de acentuar su nacionalismo y aún su patrioterismo para destacar su independencia.

Pero a pesar de estas dos serias fisuras, que dejaban a la doctrina internacionalista en situación débil interna (atendiendo a su coherencia) y externa (en relación con sus enemigos conservadores), lo cierto es que la posición de los Congresos de la Internacional fue calando hasta el extremo de que a principios de siglo, y en todo caso antes de 1914, no sólo estaba bien establecida la dimensión doctrinal del internacionalismo sino también cual debía ser la acción política del socialismo

internacionalista dentro del Estado nacional.

* * *

En 1909, en una publicación argentina, la Revista Socialista Internacional, Bernstein explicó con mucha profundidad que el socialismo -la "democracia social" según la terminología de la época- no quedaba confinado en un solo país. Argumentaba que éste, en su acción económica y social, respondía al principio del internacionalismo que tiene como fin la libre unión de los pueblos conservando su independencia y sus derechos nacionales en el marco de la solidaridad humana (48). Este breve texto del socialdemócrata alemán es muy significativo ya que tiene el valor de conectar la lucha internacionalista con la acción política interna, lo que no era un pensamiento muy consolidado en el marxismo hasta entonces. Más bien al contrario, pues, como ya vimos, en la Crítica al programa de Gotha Marx desautorizó la visión lassalliana del marco nacional de la lucha emancipatoria de la clase obrera, recordando que la lucha nacional, por su contenido, es sólo la forma, pero que el marco del Estado nacional está dentro del mercado mundial en sentido económico y en el interior del sistema de Estados en sentido político (49). En definitiva, la Internacional desdeñó, en un sentido relativo, la lucha de cada partido nacional.

Pero las ideas de Bernstein reflejan muy bien el giro que se produjo a principios de este siglo, giro que expresaba claramente Jaurés cuando pedía que el proletariado fuera una fuerza constante que vigilara y controlara los acontecimientos desde sus inicios (50), superando la "internacionalización" de los primeros tiempos que tuvo en cierto modo efectos paralizantes para el movimiento socialista. (51)

Y aquí aparece otra -quizá la última- de las paradojas de la cuestión internacionalista. Mientras la Internacional y los propios pensadores socialistas, empezando por Marx y por Engels, subordinaron la lucha obrera al ámbito internacional, fue difícil que surgieran diferencias nacionales entre los partidos asociados a la Internacional. Ahora bien, cuando se "desinternacionaliza" la lucha obrera, se establecen dos polos opuestos que son la solidaridad internacional y los intereses de la patria, el resultado final es un incremento de la eficacia política interna del movimiento obrero a cambio de una cierta pérdida de la solidaridad internacional. De ahí a la posición política adoptada por los partidos socialistas en julio y agosto de 1914 no había más que un paso: se rompió el vínculo específico que unía a los partidos proletarios pero éstos adquirieron más responsabilidades e influencia en el seno de cada uno de sus Estados. Ese es, como vio Deutscher, el problema constante del internacionalismo, es decir, la interacción y el conflicto entre ambos polos a lo largo de toda la historia del movimiento obrero (52), con lo cual el año 1914 cerró el largo ciclo iniciado en el mitin de Saint-Martin's Hall con una contradicción similar, aunque de más graves consecuencias, a la de su comienzo.

Si la cuestión internacional se inicia en Saint-Martin's Hall con la paradoja de tener como punto de partida un problema nacional -el de Polonia-, esta misma cuestión internacional acabó su ciclo con otra, la de que el reforzamiento del movimiento socialista, su consolidación como fuerza política interna en el seno del Estado, debía realizarse a costa de quebrar definitivamente los lazos que unían a los partidos socialistas.

Y es que, en definitiva, si el internacionalismo fue un elemento necesario para cohesionar y reforzar un movimiento obrero todavía incipiente y débil, la dinámica interna de cada país acabó disgregando los intereses políticos de cada partido socialista e incluso frenando sus posibilidades de acción política en el seno del Estado. A partir de 1914 se comprenderá

que más allá de los elementos positivos que contiene la colaboración internacionalista, el destino de cada partido obrero está en su propio país y en los casos en que se olvida este punto de partida, la lucha obrera acabó convirtiéndose en un apéndice de otros intereses igualmente nacionales como ocurrió con la Internacional Comunista. Al final, la historia devolvió el internacionalismo a su modesto papel de referencia doctrinal sólida, pero probablemente secundaria. En cualquier caso, siempre queda en el aire la incógnita de saber cómo habría evolucionado el movimiento obrero que dio lugar a la Primera Internacional, así como los partidos socialistas que conformaron a fines del siglo XIX la Segunda, de no haberse generado a partir del principio internacionalista ambos organismos obreros supranacionales.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

- (1). Marcel MERLE. Pacifisme et internationalisme. XVIIe -XXe siècles. Armand Colin. París, 1966. p. 7
- (2). Aldo AGOSTI. "Internacionalismo", en Norberto BOBBIO, Niccola MATEUCCI y Gianfranco PASQUINO (dirs.). Diccionario de política. Suplemento. Siglo XXI. México, 1988 pp. 230-231
- (3). Giuseppe RICUPERATI. "Cosmopolitismo", en Norberto BOBBIO y Niccola MATEUCCI (dirs.). Diccionario de política. Siglo XXI. México, 1982. T.I pp. 440-451. También Oliver LE COUR GRANDMAISON. "Idées d'Europe et paix perpétuelle: notes sur l'abbé de Saint -Pierre", Les Temps Modernes. Nº 574, mayo de 1994, pp. 1-21
- (4). Aldo AGOSTI. op. cit., pp 231-232
- (5). Aldo AGOSTI. op. cit., p. 230. También Giuseppe RICUPERATI. op. cit.
- (6). Véase, por todos, T. RUYSSSEN. Les sources doctrinales de l'internationalisme. Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Grenoble. Tres tomos. Grenoble, 1954-1961.
- (7). Jean TOUCHARD. Historia de las ideas políticas. Tecnos. Madrid, 1983. 5ª ed., p. 414
- (8). Augusto COMTE. Système de politique positive (1851), apud Marcel MERLE. op. cit., pp. 222-227.
- (9). Pasquale Stanislao MANCINI. "De la nacionalidad como fundamento del Derecho de Gentes" (1851), recogido en Sobre la nacionalidad. Tecnos. Madrid. 1985 pp. 3-65
- (10). Isaac DEUTSCHER. "Sobre las Internacionales y el internacionalismo", en su obra El marxismo de nuestro tiempo. Era. México, 1975. pp. 118-119
- (11). Adolfo MIAJA DE LA MUELA. Derecho internacional público. Atlas. Madrid, 1968 pp. 469-495. También Pasquale Stanislao MANCINI. "Rasgos del viejo y del nuevo Derecho de Gentes", (1852), en Sobre la nacionalidad. op. cit., pp. 67-92
- (12). Monty JOHNSTONE. "Internacionalismo", en Tom BOTTOMORE (ed.): Diccionario del pensamiento marxista. Tecnos. Madrid, 1984. p. 419
- (13). Isaac DEUTSCHER. op. cit., pp. 117-118. A este respecto, el

Manifiesto comunista señala que los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que en las luchas políticas hacen valer los intereses comunes del proletariado, independientemente de la nacionalidad de los trabajadores. (en Obras escogidas de Karl MARX y Friedrich ENGELS, Progreso. Moscú, 1966, T.I., p. 31)

- (14). Georges HAUPT, Michael LOWI y Claudie WEILL. Les marxistes et la question nationale. 1848-1914. Maspero. París, 1974. pp. 14-15
- (15). Monty JOHNSTONE. op. cit. p. 419
- (16). Georges HAUPT, Michel LOWY y Claude WEILL. op.cit., pp. 12-13
- (17). Fernando CLAUDÍN. Marx, Engels y la revolución de 1848. Siglo XXI. Madrid, 1975. p. 339
- (18). Ibídem, pp. 182-184
- (19). Annie KRIEGEL. "Vie et mort de la Première Internationale", en su obra Le pain et les roses. Jalons pour une histoire des socialismes. Presses Universitaires de France. Paris, 1968. p. 64
- (20). Karl MARX. Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán (Crítica del programa de Gotha) (1891), en Obras Escogidas. op. cit., T. II p. 19; Friedrich ENGELS: Carta a Bebel (18 a 28 de marzo de 1875), en Obras Escogidas. op. cit., T. II, p. 32
- (21). Monty JOHNSTONE. op. cit., p. 412
- (22). Así lo describe Karl MARX en las Glosas marginales... op. cit., p. 20
- (23). Recogido en Karl MARX y Friedrich ENGELS. La Internacional. Documentos, artículos y cartas. Fondo de Cultura Económica. México, 1988. pp. 15-23
- (24). Ibídem, p. 21
- (25). Annie KRIEGEL. op. cit., pp. 65-69; Andrzej WALICKI. "El marxismo polaco entre los siglos XIX y XX", en la obra colectiva Historia del marxismo. Bruguera. Barcelona, 1980. T. III pp. 155-159; George LIECHTHEIM. Breve historia del socialismo. Alianza. Madrid, 1975. pp 218-224
- (26). Andrzej WALICKI. op. cit., p. 156
- (27). Isaac DEUTSCHER. op. cit., p. 116

- (28). Véase al respecto Fernando CLAUDÍN. op. cit., pp. 182-184
- (29). Georges HAUPT, Michael LOWY y Claudie WEILL. op.cit. p. 14
- (30). Roman ROSDOLSKY. Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia". Cuadernos de Pasado y Presente. México, 1980, especialmente pp. 122-137
- (31). Ibídem.
- (32). Las citas corresponden a artículos publicados el 4 de septiembre y el 21 de julio de 1854 respectivamente. (K. MARX-F. ENGELS. La revolución en España. Progreso. Moscú, 1978 pp. 104 y 77
- (33). Georges HAUPT. "Histoire de l'Internationale socialiste ou Histoire internationale du Socialisme?", Le Mouvement Social. n. 41, octubre-diciembre, 1962. pp. 28-29
- (34). Aldo AGOSTI. op. cit. pp. 233-234
- (35). Annie KRIEGL. "La IIe Internationale devant les questions nationales en Europe (1889-1914)", en Le pain et les roses... op. cit., pp. 82-84
- (36). Salomon F. BLOOM. El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx. Siglo XXI. Argentina. Buenos Aires, 1975. pp. 93-107
- (37). Rosa LUXEMBOURG. Réforme sociale ou révolution, recogido en Oeuvres. Maspero. París, 1969. T. I, pp. 40-41
- (38). Andrzej WALICKI. op. cit. pp. 158-159 y 176-178
- (39). Jacques DROZ. Historia del socialismo. Edima. Barcelona, 1968. pp. 116-117
- (40). Annie KRIEGL. "Vie et mort..." op. cit., pp. 75-76
- (41). Marcel MERLE. op. cit. pp. 248-249
- (42). Luigi CORTESI. "Il 1º maggio, l'internazionalismo, la pace", en Andrea PANACCIONE (ed.). Il 1º maggio tra passato e futuro. Convegno per il centenario del 1º maggio promosso dal Comune di Milano. Piero Lacoita ed. Maduria-Bari-Roma, 1992. pp. 275-300.
- (43). Apud Marcel MERLE. op. cit., pp. 243-245. El texto completo en Jean JAURES. "L'idée de patrie et l'Internationale" en Pages choisies. F. Rieder. París, 1922, pp. 443-450. La posición tan matizada de Jaurés era, por otro lado, relativamente reciente, ya que pocos años antes defendía un internacionalismo mucho más nítido, sin concesiones nacionalistas, como se puede ver en su artículo "L'alliance

des peuples", publicado en L'Humanité el 9 de julio de 1905 (reproducido también en Pages choisies op. cit., pp. 407-419)

- (44). René GALLISOT. "Internationalisme", en Georges LABICA y Gérard BENSUSSAN (dirs.). Dictionnaire critique du marxisme. Presses Universitaires de France. Paris, 1985. 2ª ed. p. 617
- (45). Annie KRIEGEL. "Jaurès en juillet 1914", en Le pain et les roses... op. cit. pp. 107-124
- (46). Edmond LASKINE. L'Internationale et le Pangermanisme. H. Floury ed. Paris, 1916. p. 445
- (47). La misma que llamó judío protestante (sic) y alemán a León Blum cuando éste protestó contra la ocupación del Ruhr (véase Marc VICHNIAC. León Blum. Flammarion. París, 1937. pp. 146-147).
- (48). Edouard BERNSTEIN. "Principios para la parte teórica de un programa socialista", Revista Socialista Internacional (Buenos Aires), T. II, n. 4, 1909, pp. 213-215
- (49). Karl MARX. Glosas marginales... op. cit. p. 19. Véase también Annie KRIEGEL: "La IIe Internationale..." op. cit, p. 83.
- (50). Jean JAURES. "L'alliance des peuples", en Pages choisies op. cit., p. 408
- (51). René GALLISSOT. "Internationalisme". op. cit., p. 617.
- (52). Isaac DEUTSCHER. op. cit. pp. 115-116

CAPÍTULO I

CAPÍTULO I

LOS ANTECEDENTES DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

El internacionalismo obrero, entendido como una coordinación de fuerzas para alcanzar objetivos comunes a los trabajadores, apoyado en la práctica de la solidaridad y por encima de las fronteras nacionales es, de hecho, tan antiguo como la propia existencia del movimiento obrero.

Como vimos en la introducción, las experiencias por las que atravesó el movimiento obrero en sus inicios, y singularmente las derivadas de la revolución de 1848, obligaron a la clase obrera a replantearse su posición como clase social, así como su actitud ante los sectores liberales y demócratas de la burguesía.

Asumida su propia especificidad y facilitado el intercambio de contactos y experiencias por el auge de las comunicaciones, impulsado por el desarrollo del ferrocarril, la navegación, el telégrafo y el correo, nada impedía comprobar el carácter general y común de su situación y de sus reivindicaciones, por encima de las naciones y de los regímenes políticos que las regían. A su singularidad como clase social diferenciada vino a unirse la coincidencia de sus reivindicaciones y la necesidad de transformar radicalmente unas sociedades que daban lugar a situaciones de explotación e injusticia, desigualdades y privilegios como las que sufrían y contemplaban a diario. Así, sus objetivos de clase se concibieron también con carácter universalista y su consecución a escala internacional se configuró como el "porta-estandarte de todo progreso humano, de forma que la realización de su programa significaría el advenimiento de una civilización nueva y superior." (1)

Este conjunto de factores, que partiendo del desarrollo industrial, fue seguido por la reclamación de derechos civiles y libertades políticas y complementado entre otros por el fenómeno migratorio, dió lugar a la práctica de la solidaridad, primero entre los trabajadores emigrados entre sí, y después entre estos y los obreros asociados de la nación de acogida, generalmente Gran Bretaña, dando lugar a actuaciones e intercambios entre obreros de diversa procedencia que generaron, antes de mediar el siglo XIX, los primeros organismos internacionales de trabajadores, cuya experiencia serviría de antecedente a la Primera Internacional obrera.

* * *

1. EL INTERNACIONALISMO EN LOS INICIOS DEL MOVIMIENTO OBRERO.

Durante la Revolución francesa se produjeron varios hechos que conviene recoger antes de adentrarnos en los orígenes del internacionalismo obrero. La introducción del derecho electoral democrático por la Constitución de 1793 y la aprobación de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano", constituyeron decisiones de indudable trascendencia tras el proceso revolucionario. Su aplicación e interpretación en un sentido claramente individualista y restrictivo generó muy pronto reacciones adversas. Un decreto "girondino" del 14 de junio de 1791 había prohibido las asociaciones de artesanos como un "atentado contra la libertad", entendida ésta en el sentido limitativo antes citado. En 1796 Babeuf dio lugar a la "Conspiración de los iguales." En su criterio, la democracia había fracasado durante el Directorio por la contradicción existente entre la igualdad política establecida y la

inexistencia de la correspondiente igualdad social. Su objetivo de establecer una sociedad agraria de carácter socialista, con la abolición del derecho de herencia, bajo una dictadura revolucionaria y mediante una sociedad secreta, fue abortado por el procesamiento de los conjurados y la ejecución de su principal inspirador.

Todas estas experiencias incidieron directamente en el desarrollo posterior del movimiento obrero en Europa, fomentando "la conciencia de la necesidad de la democracia política y de la solidaridad internacional en la lucha por los derechos humanos".
(2)

La historia de la "Conjuración de los iguales", publicada por Buonarotti en 1828 y traducida muy pronto en diversos idiomas, tuvo mucha influencia no sólo por su método conspirativo y sus objetivos colectivistas, sino también por algunas medidas que, como la referida a la herencia, serían secundadas con gran interés posteriormente por algunos revolucionarios como Bakunin.

Los efectos de la temprana revolución industrial en Gran Bretaña generaron también consecuencias que conviene reseñar. El ejercicio del derecho electoral dio lugar a enfrentamientos entre la burguesía ascendente y los grandes propietarios, con objeto de poder influir en las decisiones que se adoptaban en materia mercantil, de política exterior y regulación aduanera. En esa lucha por la reforma electoral y el derecho de asociación participó muy pronto la clase obrera británica, que aprovechando las pugnas citadas consiguió en 1824 la abolición de la prohibición de agrupación y coaligación, iniciando la práctica de actuaciones sindicales y el ejercicio de las huelgas en defensa de sus reclamaciones.

Mientras la clase obrera británica daba esos pasos de avanzada, en función de su desarrollo industrial, el continente marchaba a la zaga. El Congreso de Viena de 1815, que conllevó

entre otros acuerdos el desmembramiento de Polonia, con sus derivados inmediatos, el establecimiento de la Santa Alianza y la política de Metternich en Italia, Alemania y España, dieron lugar al predominio de prácticas reaccionarias internacionales alentadas por una "diplomacia oscurantista". Las fuerzas liberales y democráticas reaccionaron también a escala internacional frente a la citada política ultraconservadora. Entre 1822 y 1830 las sociedades secretas con fines conspirativos, principalmente los Carbonarios, trataron de oponerse al intervencionismo creciente propiciado por la "Santa Alianza", estableciendo contactos entre sus adheridos franceses, italianos y españoles. Fue, probablemente, el antecedente más inmediato de las futuras coordinaciones obreras a escala internacional. (3)

Precedida por la crisis económica iniciada en 1825, se produjo la revolución de julio de 1830 en Francia, en la que, en palabras de Dolléans, "gracias a la clase obrera, la burguesía industrial y comercial pudo adueñarse del poder", estableciéndose la monarquía de Luis Felipe de Orleáns apoyada en el liberalismo doctrinario de Thiers y Barthe, entre otros. También se produjeron revoluciones e insurrecciones en Bélgica, Alemania, Italia y Polonia, que vio frustrarse su independencia. En las mismas, al margen de que llegara a darse alguna coordinación por parte de entidades como los carbonarios, sí llegó a generalizarse la idea de que tanto el liberalismo como la democracia servían a una causa común en todos aquellos países, alentando las inclinaciones solidarias y cosmopolitas. A partir de esta revolución se proclamaron no sólo las libertades individuales sino también la libertad de las naciones. La lucha contra la dominación extranjera y por la unidad nacional se produjo simultáneamente a la lucha contra las monarquías absolutas, lo que produjo en diversas naciones europeas manifestaciones de simpatía hacia los movimientos nacionalistas democráticos en Polonia. (4)

Con motivo de aquellos hechos, que se extendieron durante los años 1830 y 1831, se organizaron mítines en Gran Bretaña por los organismos obreros, en los que se recogieron fondos para los "revolucionarios franceses y belgas". (5)

Siguiendo la tradición conspirativa carbonaria, a la que perteneció hasta 1831, fundó Mazzini ese mismo año la "Joven Italia", organización que obtuvo amplio eco en los medios democráticos europeos y que trataba de combinar la idea de nacionalidad con un vago principio de solidaridad internacional. Con esta organización, a la que muy pronto siguieron la "Joven Polonia" y la "Joven Alemania", se logró la trascendencia de los movimientos nacionalistas al ámbito internacional, destacando el valor político y cultural de todas las naciones, así como la necesidad de concretar una actuación política generalizada con objeto de alcanzar la libertad de todas ellas. El 15 de abril de 1834 se constituyó la "Joven Europa", que proclamó como principios la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres y de los pueblos, como medio para lograr la emancipación nacional de sus respectivos países, comprometiéndose igualmente a practicar la solidaridad entre los pueblos. Fue una organización avanzada en sus características y tuvo notable influencia sobre los movimientos republicanos y socialistas de los años siguientes. (6)

En Francia arraigaron con gran fuerza las sociedades secretas, en cuyo seno establecieron relaciones obreros de diversos países. Al comienzo de los años treinta se estableció en París la "Sociedad de los Derechos del Hombre", sustituida en 1834 por la "Sociedad de las Familias" y ésta a su vez, en 1836, por la "Sociedad de las Estaciones" (Société des Saisons). Su principal inspirador fue Auguste Blanqui, que participó en la revolución de 1830 y seguía las doctrinas de Babeuf, concibiendo que las reformas sociales sólo podrían realizarse por medio de una insurrección que estableciera una dictadura revolucionaria. A esta última sociedad constituida mayoritariamente por obreros se

adscribió la Liga de los Justos, formada por trabajadores alemanes emigrados como el tipógrafo Karl Schapper, el sastre Wilhelm Weitling y el relojero Joseph Moll. Todos ellos participaron en un intento de golpe de mano en mayo de 1839, aprovechando el descontento generalizado en París por el paro existente, al que se unía el inicio de una crisis ministerial. La intentona fue desbaratada por el ejército y sus principales promotores murieron en las barricadas o fueron encarcelados. Los dirigentes alemanes citados abandonaron Francia, reconstruyendo el año 1840 su organización en Londres con el nombre de "Grupo Comunista de Educación Obrera". Al mismo se unirían el zapatero Heinrich Bauer y el sastre J.G. Eccarius, que tan importante papel desempeñó en la dirección de la Primera Internacional. (7)

Paralelamente a estos hechos, en Gran Bretaña se asistía al auge del sindicalismo y de organizaciones obreras con fines políticos, que darán lugar al movimiento Cartista. Inspirada por Owen y su asociacionismo obrero basado en las cooperativas de producción, se creó en 1834 la "Grand National Consolidated Trades Union." En muy poco tiempo acudieron a la misma medio millón de obreros, que desbordando el lento proceso de reformas que constituía su programa, exigieron mediante reclamaciones sindicales mejorar sus condiciones de trabajo y existencia. Con su fuerza numérica y la rapidez de su constitución alcanzaron algunos éxitos iniciales que tuvieron repercusión en otros países. En junio de 1834 los obreros de Nantes (Francia) enviaron un mensaje a los de Londres en el que decían:

"Hermanos y amigos, ¡Que nuestra unión no se detenga por los mares y los ríos que marcan las fronteras de los Estados. Unamos Londres, París, Manchester, Lyon, Liverpool, Nantes, Burdeos, Oporto, Lisboa, Cádiz, Barcelona, Turín y todos los grandes centros industriales del mundo." (8)

Ante el desarrollo de la entidad, pronto reaccionaron los propietarios de las fábricas inglesas. Puestos de acuerdo, establecieron listas negras por las que se negaba el empleo a los trabajadores afiliados al sindicato. Esta medida obligó a los obreros a ocultar su pertenencia al organismo y a buscar la discreción en sus reuniones y actividades internas. Apoyados en esta circunstancia se les aplicó la legislación contra sociedades secretas, lo que acarreó la disolución inmediata de la entidad.

* * *

Partiendo también de esta fugaz experiencia se constituyó en 1836 la Asociación de Trabajadores (Working Men's Association) que contó entre sus dirigentes al tipógrafo Henry Hetherington, que había estado en Bélgica y al ebanista William Lovett, verdadero mentor y artífice de la organización. Sus primeros objetivos consistieron en procurar por los medios legales existentes la igualdad de derechos políticos y sociales para los trabajadores. La rémora principal de la clase obrera, derivada de la supeditación social a la que la condenaban las clases privilegiadas, era su ignorancia. El mayor esfuerzo debía dedicarse a fomentar la educación popular, para liberar a los trabajadores de su "obscuridad intelectual". Para conseguir mejorar el estado moral y material de la clase obrera recurrió a la movilización de la misma, pidiendo su apoyo masivo para dirigir peticiones a las autoridades y al Parlamento. En 1838 la Asociación de Trabajadores dio lugar a su primera Carta del Pueblo (People's Charter), método reivindicativo que dio nombre al movimiento. Su contenido se dirigía a facilitar el acceso de los trabajadores a la toma de decisiones públicas mediante las siguientes reclamaciones:

- Sufragio universal, secreto e idéntico para todos los hombres.
- División igual de todos los distritos electorales.
- Dietas para los diputados.
- Reducción de los periodos legislativos.

Un año después que la Asociación de Trabajadores se constituyó también en Londres la Asociación Democrática. De carácter más radical, tuvo como principales dirigentes a O'Connor, George Julian Harney y Bronterre O'Brien. Este último había estado en Francia en 1836 y fue el traductor al inglés de la Historia de la Conjuración de los Iguales, publicada por Buonarrotti, cuyas ideas compartía. Participó también esta organización en el movimiento cartista, coincidiendo con aquél en reclamar el apoyo exclusivo de los trabajadores para realizar una política obrera, pero sin inspirarse en el principio de la lucha de clases.

A Lovett y al cartismo se debió también el haber dado pasos muy positivos en el camino de las relaciones internacionales del movimiento obrero. Fiado en su criterio de que la clase obrera debía valerse por sí misma y ser dirigida por los propios trabajadores, concebía a los obreros de los distintos países ligados por sentimientos e intereses comunes. Así pues, la acción que su Asociación iniciaba en Gran Bretaña debía convertirse en una actividad internacional. Coherente con este criterio, en noviembre de 1836 envió un manifiesto dirigido a la clase obrera de Bélgica, inaugurando este método de comunicación internacional que permitió divulgar los principios de su organización entre la clase obrera del continente. También, en su calidad de secretario de la Asociación y dirigente de los círculos obreros de Londres, entabló frecuentes contactos con los obreros emigrados por motivos políticos de Italia, Alemania, Francia, Polonia y otros países, establecidos en Londres. El método de los manifiestos suscitó numerosas respuestas y dio lugar a la publicación en 1838 de un "Manifiesto a las clases obreras de Europa" en el que

Lovett proponía la creación de un organismo internacional obrero:

"Camaradas productores de las riquezas, dado que nuestros opresores están unidos, ¿por qué no nos unimos por nuestra parte con un celo sagrado para mostrar la injusticia de la guerra, la crueldad del despotismo y la miseria que fluye por nuestra clase?

Este movimiento no alcanzó a ver reconocida su Carta del Pueblo, si bien merced a sus movilizaciones logró triunfos de gran trascendencia como la ley de 1847, que limitó a 10 horas la jornada laboral y que Karl Marx glosaría en su Manifiesto Inaugural de la A.I.T. y en su obra El Capital como "el producto de una larga guerra civil más o menos abierta entre la clase capitalista y la clase obrera", y en la que "los obreros industriales ingleses fueron los abanderados por excelencia de la moderna clase obrera".

El movimiento cartista decayó tras el fracaso de una serie de movilizaciones en 1848. En sus doce primeros años de existencia demostró que era posible obligar al poder público a conceder mejoras político-sociales para los trabajadores mediante su participación masiva, alcanzando en algunos casos a recoger más de tres millones de firmas con esta finalidad. También mostró que con la lucha sindical podían lograrse mejoras sustanciales no sólo en las condiciones de trabajo y en los niveles retributivos sino también en la elevación del nivel material y cultural de existencia de la clase trabajadora. William Lovett persiguió con la Asociación de Trabajadores un "nuevo orden moral" y tuvo la virtud de expandir su programa y sus experiencias, dando también rango internacional a la lucha emprendida por la clase obrera y fomentando la solidaridad en las filas del movimiento obrero que emergía en Europa. (9)

En 1843 publicó Flora Tristán, hija natural de un noble peruano y de una joven francesa, su obra La Unión Obrera. Después de haber viajado por Inglaterra, asistiendo a asambleas del movimiento cartista, y notablemente influida por éste, diseñó en su libro el esquema de una organización obrera internacional sin distinción de sexos:

"La Unión Obrera, procediendo en nombre de la Unidad Universal, no debe hacer ninguna distinción entre los nacionales y los obreros y obreras pertenecientes a cualquier otra nación de la tierra. Así, para todo individuo al que se denomine extranjero los beneficios de la Unión serán absolutamente los mismos que para los franceses. La Unión Obrera establecerá en las principales ciudades de Inglaterra, Italia, Alemania, en una palabra, en las capitales de Europa, comités de correspondencia, para que los obreros y obreras de todas las naciones europeas puedan inscribirse en los registros de la Unión Obrera como miembros de la misma". (10)

Esta obra conoció muy pronto tres ediciones consecutivas, vendiéndose más de 20.000 ejemplares de la misma.

Mientras tanto, continuó sus actividades en Londres el "Grupo Comunista de Educación Obrera", también conocido como "Sociedad de Educación Obrera", formado fundamentalmente por emigrados alemanes, así como por exiliados escandinavos, holandeses y húngaros. En 1845 entabló contacto con Marx y Engels para la formación de una federación comunista con los grupos de París y Bruselas, sin que se llegara a ningún acuerdo.

En 1846 una serie de acontecimientos internacionales llevaron a los cartistas a promover diferentes asambleas

públicas. El 3 de marzo se celebró una en Londres para protestar contra el riesgo de guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Tras la misma, cuajó una iniciativa de George Julian Harney planteada el 22 de septiembre del año anterior durante un mitin conmemorativo de la primera República francesa, al que asistieron ingleses, franceses, alemanes, italianos, polacos y suizos. Fruto de aquella fue la creación de un organismo internacional que se denominó "Fraternal Democrats". Muy pronto estableció contactos con diferentes países, se dotó de unos estatutos y creó un órgano directivo con diferentes secretarías: G.J. Harney por Inglaterra, K. Schapper por Alemania y Oborski por Polonia, estando también representadas Francia, Hungría, Suiza y Escandinavia. Su lema fue el mismo que Weitling había adoptado para el "Grupo Comunista de Educación Obrera": "Todos los hombres son hermanos". (11)

* * *

Todas estas experiencias, tanto las de carácter político y sindical desarrolladas en Gran Bretaña, como los procesos asociativos y las revoluciones que tenían lugar en el continente, así como las elaboraciones intelectuales que afectaban a la evolución del movimiento obrero, cuyas últimas aportaciones correspondían a Proudhon, eran seguidas y analizadas con gran interés por Marx y Engels. Fruto de este seguimiento fueron sus trabajos sobre "La situación de la clase trabajadora en Inglaterra", la publicación de las conferencias sobre "El trabajo asalariado y el capital" y la respuesta polémica al pensador francés antes citado, "Filosofía de la miseria". En noviembre de 1847 se constituyó en Bruselas la "Asociación democrática", con obreros alemanes emigrados y demócratas belgas. De esta organización fue vicepresidente Marx. Junto a Engels había

constituido también un "Comité comunista de correspondencia" que mantenía en contacto desde Bruselas pequeñas entidades formadas por emigrados alemanes residentes en Londres y París, conectándolos a su vez con grupos en el interior de Alemania. En 1847 el citado Comité se había adherido a la veterana Liga de los Justos, que celebró un congreso en Londres en el mes de junio. Asistió al mismo Engels, y se decidió cambiar su denominación por la de "Liga de los comunistas". Por influencia de Marx y Engels se acordó modificar los objetivos de la entidad y dotarla de unos nuevos estatutos que fortalecieran el funcionamiento democrático de la misma, en detrimento de sus prácticas anteriores como sociedad secreta. Se convocó un segundo Congreso, también en la capital británica, para finales del mismo año. En el mismo, al que también asistió Marx, se aprobaron definitivamente unos estatutos cuyo artículo 1º decía así:

"La finalidad de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la instauración del régimen del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clase, y la creación de una sociedad nueva, sin clases ni propiedad privada".

En cuanto a su estructura y régimen interno, que se estudiará más detenidamente en el capítulo siguiente, la Liga se caracterizaba por un funcionamiento democrático que preveía la elección, el control y la revocabilidad de sus órganos directivos desde la base de la organización. El congreso encargó a Marx y Engels la elaboración de un programa que apareció en Londres en febrero de 1848, y cuyo esquema fue leído previamente y aprobado por aquella asamblea. Este programa se denominó Manifiesto comunista y alcanzó más tarde una extraordinaria repercusión en los medios obreros. En el mismo se amalgamaron en inteligente síntesis gran parte de las teorías y experiencias que se habían

producido en el seno del movimiento obrero hasta entonces, dando lugar a un nuevo proyecto. Aplicando el método dialéctico hegeliano, Marx y Engels expusieron en el documento su concepción materialista de la historia, basada en el principio de la lucha de clases. Analizaron la evolución de la sociedad industrial sustentada en el régimen económico capitalista, el desarrollo de la clase obrera y su enfrentamiento inevitable y cada vez más agudo con la clase burguesa, las crisis cíclicas del capitalismo y el impulso progresivo del proletariado que conduciría, tras un proceso revolucionario, al establecimiento de una nueva sociedad sin clases, basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, tal y como recogían los nuevos estatutos de la "Liga de los comunistas". Todas las tendencias observadas hasta entonces en el movimiento obrero eran analizadas como manifestaciones de un proceso único, el del antagonismo de clases. Este proceso estaría guiado por los propios trabajadores organizados en partido político, separado y distinto de los existentes, el cual, aprovechando el dinamismo producido en la sociedad por los cambios sucesivos de la técnica, tendría como objetivo la conquista del poder político. Una vez logrado éste, se pondrían en ejecución las medidas conducentes al establecimiento de la nueva sociedad.

En su conclusión, un nuevo lema caracterizaba a esta entidad: "Proletarios de todos los países, uníos". El documento, siguiendo las tendencias que, como vimos, se iban imponiendo entre la clase obrera organizada de la época, estaba inspirado por una concepción profundamente internacionalista:

"... el propio desarrollo de la burguesía, el intercambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales.

El triunfo del proletariado acabará de hacerlos

desaparecer. La acción conjunta de los proletarios, al menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación.

En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras. Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación, se borrará la hostilidad de las naciones entre si."

El mismo desarrollo del capitalismo, como se deduce de los párrafos citados, iría diluyendo las diferencias nacionales, lo cual, unido a las condiciones de explotación en que estaban sumidos, llevaría a exponer de forma grandilocuente a Marx que "los trabajadores no tienen patria".

La lucha, como vemos, quedaba planteada simultáneamente en los dos planos, nacional e internacional, "al menos en las naciones civilizadas", de ahí la necesidad de aunar esfuerzos que se resumía como colofón en el lema final del Manifiesto. (12)

Coincidiendo con los Congresos de la "Liga de los Comunistas" tuvo lugar en la capital británica un gran encuentro internacional bajo el signo de la "fraternidad de todas las naciones". Se celebró el 29 de noviembre de 1847 y fue organizado por los "Fraternal Democrats" y por un comité de polacos exiliados, con el fin de conmemorar la frustrada insurrección de Polonia en 1830. Hubo una concurrencia masiva de ingleses, irlandeses, alemanes, polacos, belgas y franceses, entre otras nacionalidades, que llenaron por completo el German Society's Hall. Se votó una resolución de apoyo y solidaridad con Polonia e intervinieron el dirigente cartista Ernest Jones y el de la "Federación de los Justos" Karl Schapper, el cual presentó a la asamblea al "doctor Karl Marx", que asistía como representante de la Asociación Democrática de Bruselas. Desde la tribuna defendió

la conquista de los seis puntos de la Carta del Pueblo, criticó la fraternidad de las clases medias y de los librecambistas como unilateral, e hizo una propuesta a los demócratas de Inglaterra:

"Estoy encargado de pedirles que organicen un congreso de las naciones, un congreso de los trabajadores a fin de establecer en todas partes la libertad para todos."

Le respondió Harney por los cartistas, aceptando de buen grado la propuesta y "comprometiéndose a enviar delegados" en cuanto se convocara el congreso. Intervino también Engels por los grupos comunistas alemanes de París, apoyando las propuestas presentadas y expresando su firme creencia de "que ninguna nación quiere llegar a ser libre sin que esa conquista beneficie a todas las demás."

Se acordó celebrar el congreso obrero internacional en Bruselas el 25 de septiembre de 1848, lo que no pudo llevarse a la práctica por las convulsiones sociales que afectaron a gran parte de Europa durante ese año. (13)

En 1848 tuvieron lugar movimientos insurreccionales y revolucionarios que afectaron a diversos países de la Europa central y meridional. La crisis económica de 1847 aceleró el clima de malestar al favorecer el incremento del paro, afectando a industrias punta de la época como las del hierro y el acero y la de construcción de ferrocarriles.

En Francia la revolución de febrero de 1848 dio al traste con la monarquía de Luis Felipe, que fue sustituido por la implantación de la II República francesa. Nuevamente fueron los obreros, artesanos y sectores más modestos de la población los primeros en movilizarse. Como compensación, se permitió el acceso al gobierno provisional de hombres como Louis Blanc y Albert, que

favorecieron la creación de los Talleres nacionales con objeto de reducir el gran número de desempleados que existía en París y en otras capitales. También se aprobaron decretos en las primeras semanas suprimiendo la subcontratación y limitando la jornada de trabajo a 10 horas en París y 11 en el resto de la nación. Pero estas mejoras eran costosas y reducían la oferta de mano de obra, además de sentar un precedente al que se opusieron desde un primer momento los sectores más conservadores. En junio consiguieron éstos frenar el desarrollo de los Talleres y reducir en gran parte sus actividades. El pueblo de París se lanzó a la calle, volvieron a levantarse barricadas y las esperanzas de febrero se vieron tristemente truncadas con los hechos sangrientos de junio. La República no logró consolidarse y el 2 de diciembre de 1851 las fuerzas de la reacción, apoyadas decididamente por la burguesía financiera, que se enriquecía rápidamente al calor de las nuevas expectativas que se abrieron con la década de los años 50, dieron lugar al golpe de Estado que concluyó con el régimen republicano y abrió paso al II Imperio bajo la dirección de Luis Napoleón III.

También hubo luchas y enfrentamientos de gran violencia en Alemania y Austria, en ellos participaron Marx, Engels y Bakunin. La "Liga de los Comunistas" tuvo una participación destacada junto a los demócratas radicales que concluyó en 1852 con el procesamiento de un núcleo de militantes en Colonia. Fruto de estos hechos fueron la obra de Marx "El 18 Brumario de Luis Bonaparte" y la de Engels "Revolución y contrarrevolución en Alemania".

La revolución de 1848 significó en muchos aspectos la conclusión de una etapa. Los procesos insurreccionales espontáneos y carentes de una preparación previa y un soporte orgánico suficiente mostraron definitivamente su ineficacia. El carácter interclasista de los levantamientos, la instalación de la burguesía en el poder y la represión subsiguiente contra las clases obreras dió al traste definitivamente con la colaboración

entre estas y los sectores radicales de la burguesía. Tras la nefasta experiencia sufrida por el proletariado en las jornadas de junio, la clase obrera europea adquirió conciencia de que debía afrontar las trasformaciones sociales que precisaba para su desarrollo contando con sus propios recursos. La frase de Marx según la cual "la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos" adquirió, tras esta revolución, su más plena vigencia.

* * *

2. LA AUTONOMÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SUS PRIMERAS ORGANIZACIONES INTERNACIONALES.

Tras el aplastamiento de los procesos revolucionarios europeos y la consiguiente victoria de la reacción se paralizaron los movimientos democratizadores en curso. A ello se sumó una reactivación económica extraordinaria que propició una etapa de prosperidad y estabilización política que favoreció el desarrollo industrial en países como Alemania, Francia y Bélgica que iban tras los pasos de Gran Bretaña.

Contribuyeron poderosamente a este desarrollo el descubrimiento de oro en California y en Australia y la colonización de inmensas extensiones al oeste del río Mississippi, lo que provocó grandes oleadas migratorias hacia ambos continentes. También se produjeron avances técnicos que favorecieron importantes aplicaciones en la industria del hierro y en la agricultura, incrementando los medios de transporte terrestre y marítimo. Nuevas fortunas se levantaron al calor de estos progresos económicos, se elevó la actividad especulativa y

financiera y algo de estas mejoras alcanzó también a los trabajadores, pues mejoraron sus condiciones de vida, bajaron los precios de los alimentos básicos y se dió lugar a una legislación más permisiva en el plano social alentada por la situación expansiva que atravesaba la economía.

Para W. Abendroth se inició en el decenio de los años 50 un proceso de desarrollo de los métodos de producción industrial capitalista cuyas consecuencias fueron ampliamente perceptibles en las tres décadas que concluyeron en 1880. En ese período,

"el número de caballos de fuerza producidos por máquinas de vapor se elevó en Inglaterra de 1'3 a 7'6 millones; en Francia, de apenas 0'4 a casi 1'3; en la Federación Alemana y luego en el Imperio Alemán, de 0'26 a más de 5'1 y en Austria de 0'1 a 1'6 millones. Proporcionalmente aumentaron la producción de carbón en Inglaterra de 49 a 147 millones de toneladas; en Alemania, de 6'7 a 59'1; en Francia, de menos de 0'5 a 19'4 millones de toneladas. La industria de los medios de producción y la industria transformadora presentaban el mismo incremento. El ferrocarril abarcó a toda Europa." (14)

El movimiento obrero, además de sufrir medidas restrictivas en Alemania y Francia, acusó las transformaciones que se estaban produciendo en los medios políticos, económicos y sociales. En el período republicano se constituyó en Francia una Federación obrera que apenas alcanzó un año de existencia. Los dirigentes obreros de los países en que tuvo lugar el hecho revolucionario fueron diezmados. Muchos encontraron la muerte, otros fueron encarcelados y una parte de ellos tuvo que exiliarse para sobrevivir. Las presiones impuestas por el Gobierno de Napoleón III sobre Suiza y Bélgica mermaron sus garantías de acogida a los

refugiados políticos y sociales, por lo que Gran Bretaña volvió a ser, una vez más, el país de asilo para aquellos represaliados que no optaron por emigrar a los Estados Unidos.

De acuerdo con las estadísticas elaboradas por los ministerios de Exteriores y del Interior británicos, había 4.380 refugiados políticos censados en aquel país en 1853. De ellos, 2.500 eran polacos, 1.000 franceses y 260 alemanes, todos los cuales contaban con sus propias asociaciones educativas y políticas, que se constituían en ocasiones bajo la forma de sociedades secretas.

En 1850 coincidieron en Londres destacadas personalidades del radicalismo democrático republicano como Mazzini, Ledru-Rollin, Arnold Ruge y el polaco Darasz, los cuales dieron lugar a un Comité Central Democrático Europeo cuyo objetivo fue unificar los diferentes movimientos republicanos de dicho continente. Constituyeron sub-comités nacionales italiano, polaco, alemán, austriaco, húngaro y holandés, adoptando como órgano de prensa Le Proscrit y, después, La Voix du Proscrit, que sirvió de portavoz, así mismo, a "La Société la Révolution", formada por Ledru-Rollin y sus seguidores, muchos de ellos ex-miembros del legislativo francés. A finales de 1851 se incorporó a este Comité Central Fernando Garrido, miembro del partido demócrata, que había sido expulsado de España tras permanecer más de un año en la cárcel por sus actividades políticas.

El 10 de mayo de 1852 se presentó en Londres, por medio de un manifiesto, una organización denominada "Unión Socialista" cuyo objetivo era difundir las ideas sociales que propugnaban sus tres conocidos dirigentes: Louis Blanc, Pierre Leroux y Etienne Cabet. Anunciaba la aparición de diversas publicaciones a través de las cuales se manifestaría la unidad de los verdaderos "socialistas republicanos", si bien la organización tuvo una existencia efímera y no dejó constancia de sus actividades. (15)

Dentro de la emigración política en Londres, y derivado de los hechos de 1848, se acentuó también la separación entre los burgueses demócratas republicanos y los obreros que propugnaban abiertamente el socialismo revolucionario. Fruto de esta separación fue la creación por franceses exiliados, también en 1852, de una organización a la que denominaron "Comuna revolucionaria."

Su lema fue la "República universal, democrática y social" y la mayor parte de sus dirigentes fueron personalidades destacadas de la II República y, en muchos casos, miembros de la Asamblea legislativa. Fueron sus fundadores Félix Pyat, Marc Caussidière y J.B. Boichot. Los dos primeros fueron condenados a la deportación en 1849 y se refugiaron en Suiza, debiendo abandonar este país, rumbo a Gran Bretaña, tras el golpe de Estado de Luis Napoleón. Entre sus miembros figuraban algunos que participaran activamente, años más tarde, en las filas de la Internacional, como Alexander Besson, G. Jourdain y Alfred Talandier, que fue uno de los componentes del Comité central provisional de la A.I.T. en septiembre de 1864 y perteneció, así mismo, a la "Fraternidad internacional", sociedad secreta constituida por Bakunin en Italia a partir de la misma fecha.

El 15 de agosto de 1852 publicó esta organización su programa en un folleto que llevaba por título: "Carta al pueblo francés, 22 de septiembre, aniversario de la primera República." Su objetivo era reunir a los grupos de oposición con vistas a promover acciones revolucionarias, manteniendo estrechas relaciones con su país, y declarando un enfrentamiento abierto y constante con el régimen establecido en Francia el 2 de diciembre de 1851. Se financiaba mediante unos cupones de 1 franco en los que figuraba su carácter de "contribución voluntaria", los lemas de la Comuna revolucionaria y la famosa trilogía de la Revolución francesa y, en su parte posterior, parte del programa de la organización:

- Soberanía individual como base de la soberanía colectiva.
- Soberanía del ciudadano, "derecho a vivir material y espiritualmente, a pensar, actuar y votar, a trabajar, a poseer y a asociarse."
- Soberanía comunal, "liberación, emancipación, autonomía de la comuna reconstituida igualitariamente..."
- Soberanía nacional. "El pueblo ejerce su poder por sí mismo, reina y gobierna, nombra sus agentes revocables y responsables, vota su ley. El pueblo debe ser su propio legislador."
- Democratización de la fuerza pública.
- Separación de la iglesia y el Estado.
- Derogación de los viejos jueces y de las viejas leyes anteriores a la revolución.
- Abolición de todos los privilegios, de todos los monopolios: no mas explotación ni usura.
- Instrucción primaria, profesional y militar obligatoria y gratuita.
- Supresión de todos los impuestos sobre los objetos de consumo necesarios para subsistir. Impuesto único sobre el capital. Crédito gratuito.

El texto recogía finalmente llamamientos a la acción y a la "¡Revolución general!", a la "solidaridad entre las naciones" y a la "santa alianza de los pueblos." Incluía como colofón la frase, "Todo pueblo libre debe su libertad a los otros", y se cerraba con el lema de la organización citado más arriba.

La Comuna revolucionaria mantuvo contactos con los cartistas encabezados por Harney, con la Sociedad de educación obrera alemana y con los socialistas polacos. Con todos ellos, y con el resto de exiliados europeos de otras nacionalidades desarrolló una intensa actividad, contribuyendo también en gran manera a poner las bases sobre las que surgiría posteriormente la Internacional. (16)

Un escalón más en este proceso lo constituyó la creación del "Comité internacional." Desde 1852 varios dirigentes de las etapas finales del cartismo pretendieron reconstruir aquella organización. Para ello, prosiguieron la antigua tradición internacionalista que la caracterizó desde las páginas de un nuevo periódico promovido por Ernest Jones y James Finlen, The People's Paper. Estos dos dirigentes británicos, entre otros, con Alfred Talandier, miembro de la Comuna revolucionaria, establecieron un comité organizador de una asamblea que tendría lugar el 27 de febrero de 1855 para conmemorar la revolución francesa de 1848. A este comité fueron agregándose representantes de Alemania, Polonia, Italia, Rusia y España. Diez días antes de la asamblea, Ernest Jones adelantaba en The People's Paper el objetivo de hermanamiento internacional que tendría dicha reunión: "la alianza de los pueblos es ahora de importancia vital... porque su desunión... es la única causa que puede salvar a la realeza de su hundimiento." Con carácter integrador se llamaba a la alianza de los pueblos, frente a las alianzas internacionales de reyes y oligarcas, así como a la unión de los demócratas de todas las naciones. El mitin se anunció en el periódico citado como "Una de las mas grandiosas demostraciones en favor de la Democracia que se han visto en esta metrópoli, y tendrá lugar en el Saint Martin's Hall de Londres." En efecto, en este salón que se haría histórico con el mitin inaugural de la A.I.T. en 1864, tuvo lugar nueve años antes una concentración internacional también singular. El 27 de febrero de 1855 se celebró la asamblea prevista. Una gran bandera engalanaba la tribuna con el lema: "La Alianza de los Pueblos." Abrió la reunión Ernest Jones proclamando la hermandad de los hombres. Hasta entonces las nacionalidades oprimidas habían luchado por alcanzar su liberación, pero no era suficiente pretender la independencia: "La emancipación social también hay que conseguirla" y señalaba a continuación, "nuestra lucha debe dirigirse contra la tiranía del Capitalismo. La raza humana está dividida entre amos y esclavos." Intervinieron a continuación, entre otros, el ruso Alexander Herzen y el francés Alfred

Talandier. También hubo mensajes de simpatía de diversa procedencia, entre los que se leyó uno de Víctor Hugo. James Finlen leyó una resolución en nombre de los organizadores, el Comité internacional, que fue aprobada por la asamblea:

"En este mitin, en el que están presentes los representantes democráticos de Francia, Alemania, Italia, Polonia, Hungría, España, Gran Bretaña y otros países, repudiamos las alianzas entre déspotas coronados y usurpadores... deseando sustituirlas por la alianza de los Pueblos, basada en los intereses mutuos y dirigida al hermanamiento universal.

...

Esta asamblea... recomienda el establecimiento de un Comité internacional permanente, constituido por representantes democráticos de Gran Bretaña y de los diversos países de la Europa continental, que estará abierto a todas las naciones.

Este Comité internacional convoca a una Conferencia a los representantes demócratas de todos los países, para proclamar y difundir estos principios, y para promover el advenimiento de la República Democrática y Social."

En marzo se constituyó el Comité internacional, formando parte del mismo representantes ingleses, polacos, franceses y alemanes. Puso especial hincapié en el carácter representativo de sus componentes, acordando que formaran parte del mismo cinco miembros por cada nacionalidad, si bien en caso de imposibilidad se admitió la presencia de un solo representante, como en los casos de España y Rusia.

Este organismo tuvo un año y medio de existencia, hasta que dió lugar, como se verá, a una organización permanente. En este espacio de tiempo convocó sucesivas asambleas públicas con

objeto, generalmente, de rememorar acontecimientos de resonancia internacional. El 24 de junio de 1855 se celebró uno por la insurrección de junio de 1848; el 22 de septiembre otro, en colaboración con la "Comuna revolucionaria", por el aniversario de la primera República francesa; el 29 de noviembre otro, conjuntamente con los "Republicanos socialistas polacos", por el aniversario de la revolución de Polonia; el 25 de febrero de 1856, también en colaboración con la "Comuna revolucionaria", se celebró el aniversario de la revolución de febrero de 1848 y el 6 de mayo de ese mismo año, en colaboración con la "Sociedad de educación obrera" germana, se conmemoró así mismo la revolución de 1848 en Alemania.

En marzo de 1856 presentó este Comité un informe de gestión dirigido "a todas las nacionalidades." En el mismo, además de dar cuenta de su estructura y actividades, insistía en el desarrollo de los principios internacionalistas que proclamaba aquel organismo. Su idea fundamental era "la solidaridad humana", bajo cuyo principio se llevaría a la práctica "la alianza de los Pueblos." Achacaba el fracaso del movimiento revolucionario de 1848 "al olvido absoluto de la creencia que se encuentra a la cabeza de nuestro programa: Alianza de los Pueblos, unidad del movimiento europeo." Más adelante definía las características del sistema político que pretendía aquel organismo supranacional:

"Pero la divisa de todo el mundo en la democracia no es solo República universal, es República universal DEMOCRÁTICA Y SOCIAL, y es en torno a esta empresa tal cual es, en su integridad, su fuerza, su unidad y su indivisibilidad, que se ha constituido el Comité internacional."

El objetivo de esta República, basada en la alianza de los Pueblos, era "la paz, la libertad y la justicia", que presidirían

sus actuaciones tanto internas como exteriores. A continuación, establecía dialécticamente sus postulados sociales haciéndolos derivar mecánicamente del régimen político a considerar:

"La Realeza, el Imperio, la Aristocracia son la Guerra. La República, la Libertad, la Igualdad son las únicas que pueden decir: Nosotras somos la Paz.

La Monarquía no está solamente en el gobierno, también está en el taller, en la propiedad, en la familia, en la religión, en la economía, en las costumbres, en la sangre de los Pueblos. Hay que aplastarla en todas partes, en todos los Pueblos, pues el problema social se plantea de la misma forma: sustituir el nacimiento y la fortuna por el trabajo como origen y garantía del derecho en la sociedad."

Para el Comité internacional, de la misma forma que "la igualdad de condiciones entre los Pueblos" sería la solución del "problema de las relaciones internacionales", "la igualdad de condiciones entre los hombres" conduciría a solucionar "el problema social." La novedad de su planteamiento consistía en la imbricación en un todo de ambos temas, el social y el internacional, debiendo marchar juntos "a su común solución, indisolubles e inseparables."

Finalmente, el Comité consideraba que su misión no era solamente establecer estos planteamientos y difundirlos, también "debía entrar en la práctica revolucionaria" mediante la creación de "una organización, una palabra, un modo de acción." El proyecto consistía en no quedarse "solamente en un Comité internacional casi forzosamente condenado a la impotencia por el reducido número y la pobreza de sus miembros, sino en establecer la ASOCIACIÓN INTERNACIONAL, abierta a todos los hombres de todos los países del mundo..." (17)

Aunque en el mitin celebrado el 6 de mayo de 1856 para conmemorar la revolución de 1848 en Alemania se dió por inaugurada la Asociación Internacional, su establecimiento definitivo se produjo algunos meses más tarde. El Comité internacional convocó una asamblea pública, conjuntamente una vez más con la Comuna revolucionaria, para conmemorar la Iª República francesa de 1792 y proceder, al mismo tiempo, a constituir la Asociación Internacional. El mitin tuvo lugar el 10 de agosto de aquel año, procediéndose a la aprobación de una propuesta apoyada conjuntamente por las entidades más representativas de los exiliados en Gran Bretaña. Constaba de tres puntos que decían así:

- "1. Se ha constituido una alianza entre la Comuna revolucionaria francesa, la Asociación de los comunistas alemanes, la sociedad de los cartistas ingleses, la de los socialistas polacos y también de todos aquellos que sin pertenecer a ninguna de estas entidades sean elegidos miembros de la Asociación Internacional. El Comité internacional es el órgano de esta alianza.
2. Las sociedades citadas se comprometen a ayudarse unas a otras en cuantos trabajos tengan por objeto el triunfo de la república universal, democrática y social...
3. Las sociedades citadas se comprometen conjuntamente a emplear todo su poder en inducir a los ciudadanos de todos los países a que organicen sociedades nacionales socialistas y revolucionarias..."

A continuación se refería igualmente a la necesidad de actuar y de llevar a cabo al unísono la propaganda con el fin de "preparar el éxito de la revolución futura, éxito que no auguraban las pasadas revoluciones porque no habían conocido ni

practicado la ley de la solidaridad, sin la cual no hay salvación para los individuos ni para los pueblos."

La sede de esta nueva organización se fijaba en Londres. Muy pronto se dotó de unos Estatutos, que recogían en su artículo 2º los objetivos de la A.I.:

"Tiene por objeto propagar, por todos los medios a su alcance, la doctrina de la SOLIDARIDAD; organizar la asamblea universal de la Democracia socialista; crear un medio donde se estudien, elaboren, propaguen y practiquen las leyes del nuevo mundo que todos sus miembros llevarán por sí mismos a diversos grados de desarrollo; sustituir la crítica y la negación hoy completas del viejo orden social por la afirmación y realizar, en la medida que sea posible en el presente, para facilitar su desarrollo completo en el porvenir, el ideal de nuestros corazones, la REPÚBLICA UNIVERSAL, DEMOCRÁTICA Y SOCIAL."

La estructura de la A.I. se basaría en los Comités locales que dividirían a sus miembros en decurias, al frente de cada una de las cuales habría un decurión. Todos los afiliados dispondrían de un carnet acreditativo de su condición, tendrían voz y voto deliberativo en las asambleas y, en caso de cambio de domicilio, podrían solicitar "ayuda, apoyo y protección" del Comité local correspondiente al lugar de su nueva residencia. La dirección de la A.I. recaía en el Comité central, compuesto por "cinco delegados elegidos por cada nación" miembro. Lo presidirían cada uno de sus componentes en turno rotatorio y elegiría "de su seno, por escrutinio secreto, un secretario de actas, un secretario corresponsal y un tesorero." La duración de su mandato sería de un año y podían ser reelegidos. Cada año tendría lugar una asamblea general o congreso de la Asociación, estando obligado el

Comité central a presentar el informe anual de su gestión. Los secretarios de los distintos Comités de la organización llevarían "un registro especial en el que serán inscritas las ofertas y demandas de trabajo y empleo."

El artículo 17 señalaba que "Todo acto contrario al honor y a la probidad entraña la exclusión de la Sociedad." Para ello se realizaría un informe por el Comité local o central que tendría carácter decisorio, "sin discusión y por escrutinio secreto", siendo necesaria la mayoría de tres cuartos para sancionar. Finalmente indicaba su artículo 19 que los cambios o adiciones en los Estatutos sólo podrían realizarse sobre "demanda escrita firmada por un tercio de los miembros" del Comité central o "por un tercio de los Comités locales." Firmaban estas normas el británico John Nash como secretario de actas, había sido anteriormente secretario del Comité internacional, el francés Alfred Talandier como secretario corresponsal y el polaco L. Oborski como tesorero.

"Después de un cuarto de siglo de manifestaciones de solidaridad internacional y de propaganda por una alianza universal -señala Müller Lehning-, estos Estatutos constituían por primera vez, desde el origen del movimiento obrero, una organización internacional de carácter proletario, socialista y revolucionario." Sus fines pretendió llevarlos a cabo no sólo desde una estructura central, sino también creando ramas en otros países. Durante los años 1857 y 1858 desarrolló gran actividad, obteniendo notable implantación en los Estados Unidos.

En junio de 1857 apareció, editado en alemán, francés, inglés y polaco, el Bulletin de l'Association Internationale, editado por Talandier. Sólo apareció durante un año, pero su importancia es extraordinaria si se tiene en cuenta que la Primera Internacional, como se expone al final del siguiente capítulo, no pudo contar con un órgano de prensa propio en ningún momento de su existencia.

Los mítines conmemorativos y las excursiones para promover la confraternidad internacional se realizaron desde un principio, estableciendo relaciones muy estrechas, sobre todo, con Bélgica.

Como ya resultaba habitual, el 22 de septiembre de 1857 se celebró con un mitin el aniversario de la I República francesa de 1792. Una de las personas que intervinieron en el mismo fue la conocida feminista francesa Jeanne-Françoise Dévoin que había jugado un destacado papel en 1848 desde el "Club des Femmes", siendo colaboradora habitual de la prensa feminista de la época. La A.I. también asumió estos principios igualitarios y su Bulletin expuso tras la citada asamblea que era la única organización "que atribuía los mismos derechos a la mujer y al hombre." En este mismo año se crearon grupos de la A.I. en Nueva York, donde tuvo lugar el 23 de junio de 1858 una reunión pública para conmemorar los acontecimientos de junio de 1848. El acto fue organizado por la rama de trabajadores alemanes de aquella ciudad y en el mismo estuvo representado el "Club de los Comunistas" fundado el año anterior y en cuyo nombre intervino, entre otros, Friedrich Adolf Sorge, que también jugaría un importante papel en los últimos años de la Primera Internacional.

El 24 de junio de 1858 publicó un manifiesto el Comité de la A.I., suscrito por los mismos componentes que firmaban los Estatutos. En el texto se exponía el desarrollo extraordinario que iba adquiriendo "la Internacional" en América del Norte, con grupos establecidos en Nueva York, Boston, Cincinnati y Chicago. La parte negativa se refería a Gran Bretaña, donde la organización "luchaba miserablemente contra innumerables dificultades que aún está muy lejos de superar." Lejos de pensar que aquel país fuera diferente a los otros, en cuanto a las condiciones de la clase obrera, los redactores del documento se inclinaban a pensar que las dificultades se debían a la falta de comprensión por parte de los ingleses de algunos términos emblemáticos de la A.I. sobre la Alianza de los Pueblos y el carácter específico de su República universal, democrática y

social. La Solidaridad era su máxima ley moral y social, como la gravitación lo era en el "mundo físico y sideral", y la definía con estas palabras:

"... según esta ley que es una y en todas partes igual, las leyes civiles, económicas, políticas, comerciales y penales deben ordenarse de manera que resulte un estado internacional gracias al cual todo ser humano, mujer u hombre, gozará por doquier de los mismos derechos, de todos aquellos que en virtud de su naturaleza social le pertenecen; y es por este estado de cosas que llamamos República universal democrática y social, por cuya realización hemos constituido la Asociación Internacional."

Rechazaba a continuación los ataques y críticas que se dirigían contra esta entidad y sus miembros, calificándolos de "utópicos, teóricos salvajes, soñadores, locos cuyas ideas estaban tan vacías como sus bolsillos", y declaraba que "esta ley única debe ser la libertad para todos, la igualdad política y social entre todos; y es por esto que todas las tiranías se unen contra esta idea y persiguen en todas partes del mundo a sus apóstoles." Napoleón III, añadían, "sabe muy bien que, por la ley de la Solidaridad, las libertades del pueblo inglés constituyen un peligro permanente para su poder."

Frente a la diplomacia bélica practicada por las potencias, la A.I. se mostraba partidaria del "progreso pacífico, del libre desarrollo de las ciencias, las artes, la industria y la justicia entre los hombres y de la paz entre las naciones", datos estos con los que perfilaba también rasgos característicos del movimiento obrero y de las sucesivas organizaciones internacionales creadas por éste.

Utilizando textos de resoluciones aprobadas por las ramas de la organización en Boston y Nueva York, exponía que "nuestro país es el mundo; (y) nuestros conciudadanos son todos los miembros de la humanidad", cerrando el contenido del documento con esta declaración de principios adoptada en Nueva York:

"... no reconocemos ningún privilegio de nacionalidad o de raza, de casta o de condición, de color o de sexo; nuestra meta es nada menos que la conciliación de todos los intereses, la libertad y la felicidad del género humano, y el logro y la preservación de la República universal."

Basada en estas manifestaciones, realmente idealistas y carentes del más mínimo sentido práctico, lo que puede explicar la reserva de los obreros británicos hacia esta organización, la A.I. no penetró en los análisis de las realidades sociales que deseaba superar ni entró tampoco en ningún estudio crítico de las desigualdades y de sus causas, más allá de la repulsa generalizada a las monarquías y a los despotismos gobernantes. En agosto de 1858 confirmó lo que hemos expuesto en el mensaje que dirigió a la colonia Icariana de Nauvoo en Estados Unidos, calificando a esta experiencia, que resultó un fracaso, como "la vanguardia de nuestra armada" y el prototipo de organización comunitaria que serviría para "reemplazar la explotación burguesa."

En diciembre de 1858 la A.I. dió lugar al más importante documento doctrinal de los que publicó. Iba dirigido "A los republicanos, demócratas y socialistas de Europa", si bien se trataba de una contestación a Mazzini. El nacionalista italiano, bajo su lema de "Ley y Orden", había hecho un llamamiento a los demócratas pidiéndoles que relegaran la solución de los problemas sociales que les dividían y aconsejando su alianza con "la

burguesía para derrocar la tiranía que deshonra y envilece hoy a los pueblos." El rechazo por parte de la A.I. a esta pretensión fue fulminante. Mostraba su incompatibilidad con la burguesía, a la que calificaba de "enemigos mortales", y su deseo de que se alcanzara "una unión entre el partido socialista", refiriéndose con este término a las organizaciones proletarias.

Recordaba la actitud de Ledru-Rollin, "uno de los amigos íntimos de Mazzini", desde el gobierno provisional de 1848 intimidando "por la fuerza armada" a los trabajadores y, por primera vez, condenaba por igual a los regímenes políticos, monárquicos o republicanos, en atención a los intereses que representaban y no simplemente a su denominación. Refiriéndose a los burgueses, que Mazzini pretendía como aliados coyunturales, decía el manifiesto:

"Tienen necesidad de nosotros para derrocar las monarquías y los imperios, y quieren reemplazarlos por repúblicas oligárquicas, a fin de mantener la adoración del becerro de oro, la codicia, la explotación del hombre por el hombre, en fin, todos los vicios sociales existentes hoy; ya que, sin esto, no es posible su reino, para que a su vez, estos famosos republicanos puedan gobernar, engañar, oprimir y explotar al pueblo por los mismos medios coercitivos que empleaban a su vez los reyes y los emperadores."

A continuación desmitificaba a la República por sí misma, denunciando que "estos llamados demócratas, que quieren reconstruir el edificio social con los mecanismos podridos del viejo mundo, se imaginan que la palabra república tiene un poder misterioso para operar sobre el espíritu de las masas." El pueblo no era tan ignorante como para caer en el engaño, puesto que "comprende bien que no es suficiente que una nación haya adoptado

una forma de gobierno republicana para que el pueblo sea libre." Recordaba otra vez la experiencia francesa de 1848 y manifestaba que la forma de gobierno elegida por la A.I. era "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo." Tras esta opción democrática, demostraba que las palabras "libertad", "igualdad" y "fraternidad" no eran nada en las sociedades organizadas "en clases o castas" y que el objetivo urgente para la Asociación era la unión de los "Proletarios Demócratas Socialistas de Europa." Una vez alcanzada la "Unión", el siguiente paso sería la "Acción." Evidenciando que la marcha de la organización en Gran Bretaña seguía siendo muy débil, dedicaba un amplio párrafo a "nuestros hermanos de las tres Islas Británicas", en el cual mostraba la necesidad de unirse para conquistar los derechos políticos y sociales, alertándoles para que no se dejaran adormecer "...por más tiempo con ese grito irrisorio que llaman Reforma!"

Finalmente, y antes de rechazar rotundamente la propuesta de Mazzini, se hacía otra inmersión en el terreno social, de más calado que las conocidas, pero sin profundizar. Todos los que perjudicaban a los trabajadores, "la clase productiva de la sociedad", se unían en defensa de sus intereses, e interrogaban, "¿Por qué el proletariado de todas las naciones no se une con el fin de garantizarse el fruto de su trabajo contra toda suerte de explotaciones?" Ni una palabra explicaba el fracaso de sus intentos y, una vez más, se ofrecía como bálsamo eficaz la "unión": "Unión de todos los Pueblos, persuadidos de que los tres grandes principios: Libertad, Igualdad, Fraternidad, serán la consecuencia de esta unión."

Al poco tiempo de publicarse este documento surgió una crisis en la A.I. de la que probablemente no fue ajeno aquel texto. En una asamblea celebrada el 4 de enero de 1859 fue destituido el Comité central de la organización. Frente a esta decisión se manifestaron los socialistas polacos que, en contra de la nueva mayoría, deseaban una mayor centralización.

En el nuevo secretariado entraron algunos de los firmantes del manifiesto contra Mazzini, que dieron lugar a unos nuevos Estatutos en los que se denotaban tendencias anarquistas, partiendo de que, a su parecer, los anteriores no estaban de acuerdo "con los principios asumidos por la sociedad." Las nuevas reglas comenzaban por admitir el ingreso de todo hombre o mujer que asumiera los Estatutos. Al igual que los anteriores, recogía que el objetivo de la A.I. era "propagar los principios de la revolución social", hasta conseguir la República universal, democrática y social y en su punto 4º surgían las nuevas concepciones que, seguramente, fueron causa de las diferencias aparecidas en la organización:

"La sociedad entiende los principios de la revolución social con estos criterios: Absoluta negación de todos los privilegios; absoluta negación de toda autoridad; liberación del proletariado. El gobierno social puede y debe ser únicamente una administración nombrada por el pueblo, sometida a su control y en todo momento revocable."

El sistema de cuotas anterior quedaba sustituido por "contribuciones voluntarias", que se recogerían al final de cada reunión.

En la primavera de 1859 publicó la A.I. un nuevo manifiesto, de contenido pacifista en parte, con motivo de la guerra entre Francia y Austria y de los acontecimientos de Italia. Un acto público se celebró el 24 de junio, en el que intervinieron los alemanes Schapper y Lessner, que poco después será también una figura destacada en las filas de la Primera Internacional. (18)

La reorganizada Asociación Internacional se disolvió en el

curso de aquel año. Durante el mismo, muchos emigrados políticos franceses pudieron regresar a su país tras la amnistía de 1859, de igual manera que lo harían, en 1861, muchos alemanes tras la medida similar aprobada en Prusia.

Cinco años de existencia contó la Asociación Internacional, si incluimos también al Comité internacional que la precedió. Pese a lo recogido en sus Estatutos, no hay constancia de que llevaran a la práctica con asiduidad actividades de asistencia o ayuda mutua en el interior de la organización ni de que promovieran movilizaciones reivindicativas cara al exterior. El espíritu práctico que parecía caracterizar a los trabajadores ingleses no se reflejó en la vida de la A.I.

Los primeros contactos, muy positivos con Bélgica en un principio, no tuvieron continuidad, salvo en el caso de Estados Unidos, donde la A.I. mantuvo un importante desarrollo. Por otra parte, las organizaciones de emigrados políticos que constituyeron la nueva entidad nunca se disolvieron en la misma, puesto que continuaron paralelamente su existencia, colaborando conjuntamente con la Asociación en actos conmemorativos concretos. Esto da motivo para pensar que, en el caso de Gran Bretaña al menos, la A.I. fue en realidad una federación de organismos obreros que duró tanto como la unidad entre los mismos. El idealismo reflejado en sus principios fue el nexo de estabilidad inicial, del que constituye buena prueba el relativo a la "ley de la solidaridad." Finalmente, el rechazo del Comité central y del principio de autoridad, así como el voluntarismo acentuado que ponía de manifiesto el nuevo sistema de financiación de la entidad, a través de "contribuciones voluntarias", aceleraron el ocaso de una organización que había perdido la unidad de sus primeros años. Y fue suficiente el descenso de población emigrada en Londres para poner el colofón a esta experiencia singular que pervivió durante un lustro.

Como hemos ido destacando, un importante conjunto de

trabajadores, alemanes y franceses fundamentalmente, establecidos en Europa y Estados Unidos, militaron en la A.I. y, posteriormente, fueron dirigentes de la Primera Internacional. Las experiencias de aquella Asociación, teniendo en cuenta este dato, serían conocidas por tanto para la A.I.T. fundada en 1864. A mayor abundamiento en el carácter de antecedente que revistió la A.I., baste consignar que un núcleo de adheridos franceses de la misma, en los Estados Unidos, constituiría en 1870 la sección francesa de la A.I.T. en aquel país, por iniciativa de Cluseret. Sin embargo, los principios y las actividades desarrolladas por ambos organismos obreros, así como sus objetivos, diferirían en gran parte, debido, quizás, al hecho de que ambos respondieron a dos etapas claramente diferenciadas en el desarrollo del movimiento obrero. No puede decirse lo mismo en cuanto a la estructura de la A.I.T. en sus comienzos, que con razón puede declararse heredera de la Asociación Internacional.

En los dos casos que contemplamos, ni la A.I. ni la posterior A.I.T. pudieron arraigar con fuerza entre la clase obrera británica, pese al hecho de crearse en aquel país y de establecer en el mismo sus órganos directivos. Debe constatar, no obstante, que la situación del movimiento obrero en Gran Bretaña fue extraordinariamente distinta en las dos etapas que cubrieron ambas organizaciones supranacionales. La única constante que se repitió, en el capítulo final de las dos entidades, fue la irrupción de sectores que cuestionando los órganos directivos en base a criterios descentralizadores y contrarios a cualquier autoridad, incluso la conferida a través de procedimientos democráticos -como en el caso de la A.I.T.-, provocaron tensiones y enfrentamientos que, en las dos ocasiones, condujeron a la ruptura de la organización, al manifestarse totalmente incompatibles entre sí las dos posturas.

3. LA GESTACIÓN DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES.

Durante el bienio de 1857 y 1858 se produjo una nueva crisis económica que concluyó con los años de bonanza que caracterizaron a la década de los 50. En aquellos años, el movimiento obrero inglés había ido consolidando nuevas organizaciones sindicales de dimensión nacional. Los obreros mecánicos, los de la construcción y los fundidores en hierro, entre otros, habían constituido entidades corporativas que fueron la base y el modelo de los futuros sindicatos británicos. Formadas por trabajadores especializados, establecieron fuertes cotizaciones para sus afiliados, mediante las cuales pudieron dar ayudas a sus miembros en caso de enfermedad o pérdida del empleo, así como otras aportaciones que contribuyeron al fortalecimiento de estas entidades bajo sus direcciones centralizadas.

En Francia, por su parte, también fue perceptible el crecimiento de la clase obrera que, unido a las consecuencias de la crisis económica citada y a la guerra contra Austria en el proceso de independencia italiano en 1859, condujo a Napoleón III hacia actitudes más tolerantes. Desde el comienzo de los años 60 se incrementó notablemente el número de cooperativas de consumo y organizaciones mutualistas creadas por los trabajadores. Los tipógrafos hicieron constar su fuerza en París con sucesivos movimientos huelguísticos, que proliferarían en otras ciudades industriales entre 1862 y 1864. La actitud tolerante del gobierno adquirió estado legal con la ley del 25 de mayo de 1864, que derogó la antigua ley Chapelier de 1791 contra las coaliciones obreras, consintiendo su funcionamiento sin darles plena libertad.

A causa de la nueva situación económica, concluyó la prosperidad que había caracterizado durante unos años a la industria británica de la construcción. Para superar la crisis, los empresarios prolongaron la jornada de trabajo y redujeron los salarios. La respuesta obrera no se hizo esperar, estallando en

1859 una huelga que duró nueve meses, a la que respondieron los propietarios con el cierre patronal, la contratación de esquirols en el continente y la suspensión arbitraria del derecho de coalición en las empresas. Ante esta actitud, las organizaciones sindicales de los diversos oficios constituyeron en el verano de 1860 el Consejo de los Sindicatos de Londres (London Trade's Council). Su objetivo fue defender unitariamente sus intereses, así como los logros alcanzados hasta entonces, volviendo sus ojos de nuevo hacia un entendimiento internacional que neutralizara las medidas utilizadas por la patronal. Los dirigentes de este Consejo fueron el zapatero George Odger, el carpintero William Randal Cremer, el ebanista Robert Applegarth y el albañil George Howell, todos ellos futuros dirigentes de la Primera Internacional. Intensas campañas de solidaridad con los huelguistas, recogiendo fondos para su resistencia, permitieron prolongar la huelga, confirmar el derecho de asociación obrera y hacer retroceder a los empresarios en febrero de 1860. Esta experiencia volvió a mostrar los beneficios de la unidad y de la solidaridad, conduciendo a fusiones locales de sindicatos que constituyeron un entramado orgánico eficiente y poderoso. Conscientes de ello, los sindicatos reemprendieron su larga lucha por la extensión del sufragio, en la que habían fracasado en parte los cartistas, logrando, años más tarde, las reformas del derecho electoral propiciadas por Disraeli (1867) y Gladstone (1884), que concedieron el derecho al voto a la mayoría de los trabajadores urbanos y rurales británicos.

La huelga de la construcción estalló de nuevo en 1861 y nuevamente la patronal esgrimió la amenaza de importar mano de obra barata y sumisa desde el continente, favorecida por el acuerdo comercial suscrito entre Gran Bretaña y Francia en 1860. Ante ello, el Consejo sindical de Londres decidió reanudar los contactos internacionales con los trabajadores del continente europeo. Además de este hecho interno, toda una serie de acontecimientos internacionales atrajeron la atención de los trabajadores; a la guerra de independencia italiana, se sumaron

la de Crimea y la de Secesión en los Estados Unidos. A estos conflictos se superpuso, en las mismas fechas comprendidas entre 1859 y 1861, la formación del primer parlamento italiano reunido en Turin, la abolición de los siervos en Rusia y el inicio de una era de grandes reformas que hizo aparecer a la década de 1860 como la del liberalismo individualista a escala nacional. Las naciones opuestas a las reformas, como Alemania y España, debieron seguir haciendo frente a nuevas presiones en favor de las libertades que, en España, se caracterizaron por la realización de sucesivos pronunciamientos. Considerando tal cúmulo de hechos, no es difícil comprender el interés de los trabajadores por reanudar y estrechar relaciones en el medio internacional. Sus derechos políticos y sociales, la paz y la libertad estaban en juego, y la coyuntura económica, tras la crisis, volvía a ser propicia para sus reivindicaciones.

* * *

En el verano de 1862 se celebró en Londres una Exposición universal. Napoleón III, enemistado en Francia con los católicos por la guerra de Italia y con un sector de la burguesía industrial por el acuerdo comercial con Gran Bretaña, buscaba un mejoramiento de su imagen hacia el exterior. Las medidas de tolerancia iniciadas con los trabajadores podían facilitar que estos aceptaran su invitación para acudir a la citada muestra. Con ello, además, mostraría una faz humanitaria y comprensiva ante los gobiernos que concurrirían a dicho certamen. El hecho, por otra parte, tenía ya su precedente en Francia; en 1851 el ayuntamiento de París había cubierto los gastos de 80 obreros para que acudieran también a una Exposición universal en Londres. Puesto en contacto con las entidades obreras, el gobierno imperial llegó a un acuerdo con ellos: los organismos obreros

elegirían de su seno a los delegados, en su práctica totalidad artesanos, -200 en París y 140 en otras ciudades industriales- y emitirían informes, a su vuelta, sobre los progresos técnicos y económicos alcanzados en los últimos años, que habrían conocido en la muestra. El gobierno francés facilitaría el viaje y cubriría todos los gastos del mismo. (19)

En nombre de las sociedades obreras había llevado las negociaciones el broncista Henry Louis Tolain, que sería fundador de la Primera Internacinal y miembro muy destacado de la misma, el cual fue, de hecho, el cabeza de la delegación obrera gala. Ya en Londres, fueron recibidos por un comité internacional de bienvenida creado a iniciativa del periódico The Working Man, en el que colaboraba Alfred Talandier. Fue secretario del citado organismo de acogida G.E. Harris, que había desempeñado el mismo cargo en el Comité internacional de 1856. Las atenciones no se limitaron a lo expuesto, ya que como queda de manifiesto en los informes que realizaron, sus colegas londinenses les informaron detalladamente sobre sus derechos y libertades, tanto políticas como sociales y sindicales; condiciones de trabajo en las distintas industrias, horarios, jornada laboral, salubridad, descansos, trabajo de mujeres y niños; sobre la negociación directa de los sindicatos con los patronos, lo que llamó poderosamente la atención de los franceses; y, sobre todo, sobre las retribuciones, un cincuenta por ciento superiores por lo general a las que se abonaban en París, por un trabajo menor que el realizado por los artesanos galos, a su juicio. De estos contactos, ambas partes coincidieron en apreciar sus beneficios mutuos y en la necesidad de mantenerlos con carácter permanente. Los franceses, por su parte, comprobaron las ventajas de la coaligación para la defensa de sus intereses, siendo este derecho y el de sindicación los que plantearon con más energía al regresar a su país.

También hubo una docena de obreros venidos desde Alemania y, unos y otros, tomaron contacto entre sí, con el Consejo sindical

londinense y con sus compatriotas exiliados. Todos ellos fueron invitados, y acudieron, a una asamblea pública seguida de una fiesta de hermandad que les dedicó el comité de recepción citado, el 5 de agosto de 1862 en la taberna de los francmasones. En el transcurso del acto intervinieron diversos oradores de los distintos países allí representados, coincidiendo todos en la necesidad de estrechar los lazos de cooperación internacional entre ellos. Los trabajadores ingleses leyeron un saludo fraternal a sus colegas de otros países, en el mismo pasaban revista a la problemática obrera común, rechazaban las consecuencias nefastas de las guerras, destacaban los beneficios de la unidad y de la asociación y hacían algunas reflexiones sorprendentemente actuales:

"El perfeccionamiento de las máquinas... y la producción gigantesca... cambian a diario las condiciones de la sociedad.

A medida que aumenta la potencia de las máquinas habrá menos necesidad del trabajo humano. ¿Qué será de todos aquellos que no tengan trabajo? ¿Deberán permanecer improductivos y como elementos de concurrencia? ¿Se les dejará morir de hambre, o se les alimentará a costa de los que trabajen?"

Aunque eran problemas que desbordaban las posibilidades de los trabajadores, los redactores del saludo pensaban que también el intercambio de información entre ellos podría "descubrir más rápidamente los secretos económicos de las sociedades." Finalmente, hacían un canto a la hermandad que debía basarse, en principio, en algún medio permanente de comunicación:

"Esperamos que ahora que hemos estrechado nuestras manos, que hemos comprobado que como hombres, como

ciudadanos y como obreros tenemos las mismas aspiraciones y los mismos intereses, no permitiremos que nuestra alianza fraternal sea rota por aquellos que tienen interés en vernos desunidos; esperamos encontrar algún medio internacional de comunicación y cada día se formará un nuevo eslabón de la cadena de amor que unirá a los trabajadores de todos los países." (20)

El tono del saludo era moderado, no había la menor referencia a la lucha de clases y, por el contrario, se aludía a la "concordia" entre patronos y obreros como medio de "disminuir las dificultades." Era sin duda el que deseaban los respectivos gobiernos. El británico, presidido por lord Palmerston, les envió un mensaje de simpatía y de ánimo, aunque nunca previeron los resultados de carácter internacional a que conducirían irreversiblemente aquellos mismos contactos.

La estancia de los trabajadores franceses, iniciada el 19 de julio, concluyó con su regreso el 15 de octubre, si bien las relaciones establecidas en tan largo periplo permitieron dar un paso más, antes de un año, en el camino hacia la creación de la Internacional. Antes de partir se constituyeron "comités obreros de correspondencia internacional", y su misión fue la de mantener y reforzar los lazos de amistad iniciados. Así mismo, algunos de los obreros parisinos que fueron a Londres como delegados encontraron trabajo en fábricas inglesas y se integraron en los grupos de emigrados políticos, con lo que vinieron a reforzar, aún más, las relaciones emprendidas.

Un nuevo levantamiento popular en Polonia, a comienzos de 1863, fue el motivo que generó el siguiente contacto internacional obrero. La insurrección obtuvo algunos éxitos en su inicio frente a las tropas rusas, que ocupaban desde el tratado de Viena en 1815 la mayor parte del país. La lucha se prolongó durante más de un año, concluyendo en abril de 1864 con la captura y muerte en la horca de su líder Traugutt. Aquellos hechos, que enardecieron los ánimos de los trabajadores, dieron lugar a la creación de comités de ayuda a los insurgentes polacos en París y Londres. Estos organismos fueron los encargados de organizar un mitin conjunto de protesta que tendría lugar en Londres, el 22 de julio de 1863, por iniciativa de los trabajadores ingleses. El acto fue calificado de "reunión internacional" y en el transcurso del mismo intervinieron Odger y Cremer en nombre de los obreros británicos y Tolain, Perrachon y Limousin por los franceses, coincidiendo todos ellos en reclamar el restablecimiento de la independencia en Polonia. Al día siguiente, los dirigentes del Consejo sindical de Londres convocaron una reunión privada. En la misma, los obreros franceses e ingleses abordaron la creación de un organismo internacional cuyo arranque sería un manifiesto que dirigirían los sindicalistas británicos a los trabajadores franceses. Cuatro meses más tarde, el texto, redactado por Odger, fue enviado a París. Su contenido, alejado de sentimentalismos y de posiciones ideológicas apriorísticas, hacía referencia directamente y sin ambages al hecho que más perjudicaba en aquellos momentos a los trabajadores británicos, los cuales, una vez más, hacían gala del espíritu práctico que les caracterizaba proponiendo la alianza obrera internacional como antídoto al "amarillismo" practicado por su clase patronal:

"La fraternidad de los pueblos es extremadamente necesaria para el interés de los obreros. Cada vez que intentamos mejorar nuestra situación por medio de la reducción de la jornada laboral o del incremento de los

salarios, los capitalistas nos amenazan con contratar obreros franceses, belgas o alemanes que realizarían nuestro trabajo por un salario más reducido. Por desgracia, esta amenaza se ha puesto en ejecución a menudo. La culpa, por supuesto, no es de los camaradas del continente, sino exclusivamente de la ausencia de una relación permanente entre los asalariados de los diferentes países. Es de esperar que esta situación concluirá muy pronto, pues nuestros esfuerzos para llegar a colocar a los obreros mal pagados, al mismo nivel que los que reciben salarios elevados, impedirán de inmediato a los empresarios servirse de los unos contra los otros para rebajar nuestro nivel de vida conforme a su espíritu mercantilista." (21)

El texto solicitaba, así mismo, el apoyo a los insurgentes polacos. La contestación francesa a este llamamiento se acordó exponerla verbalmente, por una delegación enviada ad hoc, en el transcurso de una nueva asamblea pública que se celebraría en Londres durante el otoño de 1864.

Este acto solemne, de trascendencia histórica, tuvo lugar el 28 de septiembre de 1864 en el Saint Martin's Hall, la misma sala que vió nacer nueve años atrás a la Asociación Internacional. Concurrieron desde Francia E.L. Tolain, Antoine Limousin y Perrachon, a los que se agregó su compatriota Victor Le Lubez, exiliado en Londres. Por el Consejo sindical londinense estuvieron G. Odger y W.R. Cremer. Ambos organizadores invitaron a su vez a diversas entidades británicas y a organizaciones y personalidades de distintos países representativos de los refugiados políticos en la capital inglesa. Debido a ello, y entre una concurrencia que superaba las 2.000 personas, asistieron veteranos owenianos y cartistas junto a militantes demócratas y radicales británicos. Entre los exiliados, acudieron nacionalistas revolucionarios polacos, nacionalistas mazzinianos

de Italia, blanquistas y socialistas franceses y antiguos dirigentes de la Liga de los Comunistas alemana como Marx y Eccarius.

Abrió el acto G. Odger con la lectura del manifiesto dirigido el año anterior a los trabajadores franceses. A continuación le dió contestación Tolain en nombre de aquéllos. En su discurso puso en guardia a los trabajadores, puesto que "el capital está a punto de concentrarse en poderosas combinaciones financieras e industriales", por lo que los obreros del mundo debían buscar "su salvación en la solidaridad." Como corolario de su intervención, agregó:

"Trabajadores de todos los países, es necesario que nos unamos para oponer una barrera infranqueable a un sistema funesto que dividirá a la humanidad en dos clases." (22)

Tras la lectura de este texto, que coincidía en gran parte con lo que en noviembre de 1847 exponía Marx en la reunión internacional convocada por los Fraternal Democrats, Le Lubez presentó, en nombre de la delegación francesa, el esquema de organización internacional que aquella había preparado, con un comité central en Londres y secciones organizadas en los diversos países europeos. La propuesta fue aprobada con gran entusiasmo por parte de los presentes que, acto seguido, procedieron a elegir un Comité provisional. Había nacido, en aquellos instantes, la Asociación Internacional de Trabajadores que, tras la creación de otras organizaciones posteriores se denominó Primera Internacional, conjunto heterogéneo de aspiraciones, ideas, organismos diversos y necesidades comunes que, en los breves años de su existencia, escribió con sus defectos, sus equivocaciones y sus aciertos, una de las páginas más brillantes y aleccionadoras de la historia del movimiento obrero.

NOTAS AL CAPÍTULO I

- (1). Lewis L. LORWIN. L'Internationalisme et la classe ouvrière. Gallimard. París, 1933 p. 13. Para este autor hay seis factores que favorecieron el desarrollo de las relaciones internacionales en el movimiento obrero: "La emigración en masa, la concurrencia en los mercados mundiales, el deseo de los trabajadores de los diferentes países de ayudarse en sus conflictos económicos, el ideal democrático y la tendencia a defender la independencia de las pequeñas nacionalidades contra los grandes Estados, la cuestión de la guerra y de la paz y, finalmente, el ideal socialista de emancipación de la clase obrera."
- (2). Wolfgang ABENDROTH. Historia social del movimiento obrero europeo. Eds. de Cultura Popular. Barcelona, 1968 pp. 15-16 El "Manifiesto de los Iguales" de Babeuf en Amaro del ROSAL, Los Congresos obreros internacionales en el siglo XIX. Grijalbo, México, 1958 pp. 18 a 20
- (3). L.L. LORWIN, op. cit. p. 19
- (4). A. MÜLLER LEHNING. "The International Association (1855-1859). A contribution to the preliminary history of the First Internacional." International Review for Social History. Vol. III Leiden, 1938, pp. 187-188
- (5). L.L. LORWIN, op. cit. p. 19
- (6). Ibidem, p. 20 y A. MÜLLER LEHNING, op. cit. p. 188. El texto de constitución de la "Joven Europa" en A. del ROSAL, op. cit. pp. 47 a 49
- (7). Édouard DOLLÉANS, Historia del movimiento obrero. Zero. Madrid, 1969 Tomo I, pp. 158 a 165 y A. del ROSAL, op. cit. pp. 50 a 52
- (8). L.L. LORWIN, op. cit. p. 22 y W. ABENDROTH, op. cit. p. 19
- (9). E. DOLLÉANS, op. cit. p. 118 y ss. W. ABENDROTH, op. cit. pp. 20-21, L.L. LORWIN, op. cit. pp. 22 a 24 y A. MÜLLER LEHNING, op. cit. pp. 188-190
- (10). E. DOLLÉANS, op. cit. Tomo I pp. 176 a 179, L.L. LORWIN op. cit. p. 27 y Antony BABEL, "La Première Internationale, ses débuts et son activité a Genève de 1864 a 1870." Mélanges d'études économiques et sociales offerts a William E. Rappard. Ginebra, 1944, p. 227
- (11). A. MÜLLER LEHNING, op. cit., pp. 195-196 y L.L. LORWIN, op. cit. pp. 27-28

- (12). MARX-ENGELS, El Manifiesto Comunista. Cenit. Madrid, 1932 pp. 78 y 79, L.L. LORWIN, op. cit., pp. 28-29 y W. ABENDROTH, op. cit., pp. 27-28
- (13). E. DOLLÉANS, op. cit. Tomo I, pp. 195 a 197, A. MÜLLER LEHNING, op. cit. p. 197 y L.L. LORWIN, op. cit. p. 30
- (14). W. ABENDROTH, op. cit. pp. 31-32
- (15). A. MÜLLER LEHNING, op. cit. pp. 201-202. La referencia a Fernando Garrido en Eliseo AJA, Democracia y socialismo en el siglo XIX español. El pensamiento político de Fernando Garrido. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1976, p. 20
- (16). A. MÜLLER LEHNING, pp. 204 a 212
- (17). Ibídem, pp. 212 a 222. "Rapport annuel du Comité internationale a toutes les nationalités." Ibídem, apéndice V pp. 251 a 257
- (18). Ibídem, pp. 222 a 236 "International Association. Statutes." Ibídem, apéndice VII pp. 263 a 266. "Manifeste du Comité International" (Londres, 24 de junio de 1858) Ibídem, apéndice VIII, pp. 267 a 271. "Le Comité central de l'Association Internationale de Londres, aux membres de la Colonie Icarienne de Nauvoo, États-Unis. (Agosto de 1858) Ibídem, apéndice IX, pp. 272-273. "Aux républicaines, démocrates et socialistes de l'Europe." (Diciembre de 1858) Ibídem, apéndice X, pp. 274 a 280
- (19). L.L. LORWIN, op. cit. pp. 32-33, W. ABENDROTH, op. cit. p. 34 A. BABEL. op cit. pp. 231-232 y E. DOLLÉANS, op. cit. Tomo I pp. 240 a 248. Los distintos autores consultados discrepan ampliamente en cuanto al número de obreros franceses que acudieron a Londres. Hemos recogido la cifra que da A. Babel (p. 232). Dolléans, por su parte, indica que partieron hacia Londres 200, (p. 242) sin especificar procedencia, mientras que unas páginas mas adelante habla de "los 183 delegados parisienses" (p. 245). Abendroth eleva la delegación a 550 (p. 34) y Lorwin la deja en "mas de 300" (p. 33)
- (20). Edmond VILLETARD, Histoire de l'Internationale. París, 1872 pp. 62-63
- (21). L.L. LORWIN, op. cit. pp. 34-35. El texto completo del mensaje de los obreros ingleses a los obreros franceses, tomado del periódico británico The Bee-Hive (1 de octubre de 1864) en Maximilien RUBEL, "Aux origines de l'Internationale". Le Mouvement Social, n. 51, París, abril-junio de 1965 pp. 50 a 53
- (22). A. BABEL, op. cit. p. 235, L.L. LORWIN, op. cit. p. 35, y

A. MÜLLER LEHNING, op. cit. p. 237. El texto completo de las intervenciones de Tolain y de Le Lubez en M. RUBEL "Aux origines...", op. cit. pp. 53 a 55

CAPÍTULO II

CAPÍTULO II

LA Iª INTERNACIONAL: PLANTEAMIENTOS INICIALES,

ORGANIZACIÓN, FUNCIONAMIENTO Y MEDIOS OFICIALES DE PRENSA

El Partido Socialista Obrero Español, cuya primera agrupación se constituyó en Madrid el 2 de mayo de 1879, hunde sus raíces en las vivencias de la Iª Internacional. Su programa, su organización, sus directrices tácticas, su posicionamiento frente a republicanos y anarquistas y, ciñéndonos a nuestro estudio, sus principios y actitudes internacionalistas provienen de la experiencia española de la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.)

Es bien conocido el proceso irregular por el que accedió la Internacional a España. Siendo materia que se abordará en los siguientes capítulos, baste consignar que, a pesar de haber llegado de la mano de una organización liderada por Bakunin, se rigió durante sus tres primeros años de existencia con arreglo a las bases establecidas para toda la organización por el Consejo general de Londres, confirmadas por los Congresos y Conferencias de la Asociación.

Así pues, la Internacional española, con las peculiaridades propias de la situación por la que atravesaba el movimiento obrero de nuestro país, se constituyó como Sección de una entidad que contaba con más de cuatro años de existencia cuando arribó a España. Sus principios y organización, aunque influidos por la orientación anarquista citada, respondieron institucionalmente a las directrices oficiales de la A.I.T. hasta su ruptura en 1872.

La organización española, pues, en su estructura internacional no partió de cero ni tuvo que proceder a inventar algo que venía funcionando de tiempo atrás en países próximos. A este respecto, debe recordarse que cuando se crearon los primeros núcleos en España, la Internacional había celebrado ya los Congresos de Ginebra (1866), Lausana (1867) y Bruselas (1868), así como la Conferencia inaugural (1864) y la primera Conferencia de Londres (1865).

Desde septiembre de 1866, además, la Internacional se había dotado de unos Estatutos generales y de un Reglamento, aprobados democráticamente en su primer Congreso, a los que necesariamente debían supeditarse todas las Secciones de la organización.

Partiendo de los datos expuestos, parece imprescindible un estudio detallado de los planteamientos iniciales, la organización general y el funcionamiento interno de aquella Asociación internacional que germinó en nuestro país a finales de 1868.

* * *

1- MARX, EL MANIFIESTO INAUGURAL Y LOS ESTATUTOS DE LA A.I.T.

La Iª Internacional (A.I.T.), como ya vimos, se constituyó el 28 de septiembre de 1864 en el transcurso de una asamblea pública. Tuvo lugar ésta en el local denominado St. Martin's Hall en Long Acre, Londres.

Convocaron la asamblea un amplio grupo de dirigentes británicos de las Trade-Unions y un conjunto de obreros proudhonianos de París. La asistencia fue libre, la concurrencia, como se reflejó en el primer órgano directivo allí elegido, fue internacional en cuanto a la procedencia y extraordinariamente plural en lo ideológico. Se eligió un primer Consejo Central, más tarde denominado Consejo General, compuesto por treinta y dos personas, que estaba autorizado a cooptar nuevos miembros con posterioridad. Además de los sindicatos británicos y los proudhonianos franceses, estaban representados "militantes del movimiento obrero y democrático británico, incluidos burgueses radicales", un oweniano, un cartista, dos italianos emigrados en Londres de la Asociación Mazzini para el progreso mutual y dos representantes de los obreros alemanes, Karl Marx y J.G. Eccarius. Uno de los tradeunionistas elegido, R. Hartwell, era a su vez redactor del semanario de dichos sindicatos The Bee-Hive Newspaper, que actuó de órgano oficial del Consejo General de la A.I.T. durante sus primeros años de existencia (1).

Una semana más tarde del mitin inaugural celebró el nuevo Consejo Central su primera sesión de trabajo. En aquella reunión, que tuvo lugar el 5 de octubre de 1864, fue elegido presidente George Odger, de oficio zapatero, dirigente de las Trade-Unions, que desempeñaría el cargo por espacio de tres años. Como secretario del Consejo, a propuesta de Marx, fue elegido por unanimidad el carpintero William Randal Cremer, líder asimismo de los sindicatos británicos y, como el anterior, adscrito al sector

reformista de dicha entidad.

Por cooptación fueron admitidos nueve miembros más en el Consejo, y se nombraron los primeros secretarios-corresponsales para Francia y Polonia respectivamente. Por último, se promovió un debate muy prolongado en torno a los principios que deberían regir las actividades de la organización internacional. Tras animada discusión, se decidió crear un sub-comité compuesto por nueve miembros del propio Consejo, entre los que se eligió a Marx que estaba ausente, y al que se encomendó como primer cometido la elaboración del programa de la nueva entidad. Tras rechazar una propuesta inicial de declaración de principios y unos estatutos basados en el Acta de fraternidad de las asociaciones obreras italianas, presentados por el mazziniano Luigi Wolff, el sub-comité encomendó el trabajo a Marx el 20 de octubre. Una semana más tarde, realizada la tarea, se sometió a dicho organismo el Manifiesto inaugural de la A.I.T. y los Estatutos provisionales, los cuales, con su visto bueno, fueron presentados el 1 de noviembre de 1864 al Consejo Central para su aprobación, lo que se produjo por unanimidad de los presentes. (2)

En el Manifiesto inaugural, Marx analiza la evolución de "las masas trabajadoras", fundamentalmente en Inglaterra, entre 1848 y 1864, destacando las dificultades por las que atravesaba la clase obrera y resaltando con detenimiento dos logros obtenidos en ese lapso de tiempo: la limitación de la jornada de trabajo y el movimiento cooperativo. Es lo que denominará "el lado luminoso" del período. Describe cómo, tras treinta años de lucha, los obreros británicos habían alcanzado la ley de las Diez horas:

"Hoy todo el mundo reconoce los grandes beneficios físicos, morales y espirituales que los obreros fabriles han obtenido con esta medida y que registran cada seis meses los informes de los inspectores de fábrica " (3)

Con ser importante este resultado, Marx, en su Manifiesto, destaca sobre todo otro objetivo alcanzado con la citada ley de limitación de la jornada laboral; que

"Por vez primera y a la luz del día, la economía política de la clase obrera triunfaba sobre la economía política de la burguesía". (4)

Había sido una victoria material pero también un triunfo moral sin precedentes. La limitación de la jornada de trabajo seguirá siendo un objetivo prioritario para el movimiento obrero. Su reducción a ocho horas, planteada ya en el Congreso de Ginebra en 1866, será una de las principales motivaciones que conducirán también a la creación de la II Internacional y, en su primer Congreso, al establecimiento de la manifestación del 1º de Mayo.

Las experiencias crecientes del cooperativismo, que iniciara Robert Owen, también arrojan para el fundador de la A.I.T. un futuro esperanzador, ya que

"Con hechos, y no con argumentos, vienen a demostrar que la producción en gran escala y puesta en consonancia con los progresos de la ciencia moderna puede organizarse sin necesidad de que exista una clase de patronos (masters) que emplee a una clase de "brazos"..."(5)

El corolario que desprende Marx de su premisa se deja llevar por el optimismo producido por los logros recientes en ese campo:

"....el "trabajo asalariado", como en su día el trabajo del esclavo y el trabajo del siervo, es solamente una forma social transitoria y subordinada, destinada a desaparecer ante el "trabajo asociado", ..." (6)

También será este un tema al que prestarán especial atención en sus congresos, tanto la Primera como la Segunda Internacional.

Frente a estos logros, "los señores de la tierra" y "los señores del capital" pugnarán, siguiendo el raciocinio dialéctico de Marx, por conservar sus privilegios políticos y por perpetuar sus monopolios económicos. "Lejos de fomentar la emancipación de los trabajadores, tratarán siempre de entorpecerla por todos los medios". Ante lo cual, y ya en este primer documento, Marx no vacila en apuntar que, por ello, "el gran deber de las clases trabajadoras sea conquistar el poder político"(7). No se detiene aquí el pensador alemán, ya que, después de las experiencias vividas, tiene la convicción de que sólo el número y la actuación descoordinada -incoherente- de los obreros asociados de los distintos países sería a buen seguro insuficiente.

Este texto, elaborado por Marx en 1864, parte de una vasta experiencia acumulada desde aquellos ya lejanos días de la Liga de los Comunistas. También entonces, a instancias de aquella organización, había redactado un documento el año 1847, El Manifiesto Comunista. Entre este famoso texto y el de la Internacional, se habían sucedido diecisiete apretados años colmados de múltiples enseñanzas para los trabajadores. Este será el bagaje que Marx incorporará a su nuevo Manifiesto que, en sus conceptos sustantivos, será prolongación del anterior.

Antes de continuar con el texto inaugural de la A.I.T., nos detendremos brevemente en las referencias que hace en 1847 a la organización de los trabajadores en partido político, por ser este punto -como veremos- el hilo conductor que, planteado acremente en el seno de la A.I.T., dará al traste con la misma para resurgir plenamente desarrollado, varios lustros más tarde, al constituirse la II Internacional.

Sin soslayar las circunstancias específicas en que tuvo

lugar la aparición del Manifiesto Comunista, alberga éste una serie de principios que son claves para analizar el desarrollo posterior del movimiento obrero. En su primer apartado, titulado Burgueses y proletarios, recoge la afirmación de que "toda lucha de clases es una acción política". Seguidamente, pasa a una nueva afirmación, en este sentido, al contemplar la necesaria coordinación para la acción en las filas obreras: "Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político..."

Sentadas estas premisas, características de los postulados marxistas, recogerá en el apartado segundo del texto citado, titulado Proletarios y Comunistas, los fines de este partido político y su meta revolucionaria planteados de manera determinista. Así pues, señala:

"El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: formar la conciencia de clase del proletariado, derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del Poder."

Dadas las características y finalidades de este escrito, Marx expone sucintamente algunos criterios que, más tarde, desarrollará con mayor amplitud. Tal sucede con lo referente a la conquista del poder que se recoge en el apartado segundo del Manifiesto con esta referencia:

"El poder político no es, en rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. El proletariado se ve forzado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la revolución le lleva al Poder..."(8)

Como vemos, no sólo el estilo literario sino también el contenido, al menos en esta última referencia, corresponden a las

exigencias de un manifiesto elaborado con su necesaria dosis de entusiasmo. Con el tiempo, los principios reseñados adquirirán unas profundas matizaciones.

En el prólogo a la edición alemana de 1872, los mismos autores del Manifiesto dejaron constancia de ello. En el mismo, exponen que " Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este Manifiesto siguen siendo hoy, en grandes rasgos, enteramente acertados." A renglón seguido, y con toda honestidad, admiten que "algunos puntos deberían ser retocados" y, a continuación, recuerdan que en el mismo documento se recogía que "la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes." Indudablemente, las de 1864 diferían de las de 1847. El conglomerado de fuerzas que concurrieron al mitin del St. Martin's Hall, en apoyo de la insurrección polaca contra el dominio zarista, no podía compararse con el conjunto homogéneo y disciplinado de artesanos y obreros que componían la Liga de los Comunistas. Engels, con el transcurso del tiempo, dejó constancia de esas diferencias, recogiénolo fielmente en su prefacio de 1890 a la edición del Manifiesto Comunista. En el mismo, se refiere al nacimiento de la A.I.T. y reconoce que esta organización

"No podía, pues, partir de los principios expuestos en el Manifiesto. Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles, y a los lassalleanos alemanes". (9)

Retomando el texto inaugural de 1864 veamos cómo se abordan los temas apuntados en el Manifiesto Comunista.

En el texto inaugural, Marx señala un doble objetivo; por una parte, "la reorganización del partido obrero", -es la medida que ya vislumbra en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia- por

otra, su integración en el seno de una "Asociación Internacional":

"La experiencia pasada ha demostrado cómo el desprecio de los lazos de fraternidad que unen a los obreros de los distintos países y que deben espolpearlos a apoyarse mutuamente en todas sus luchas por la emancipación se venga siempre con el fracaso común de sus intentos incoherentes." (10)

Viejos ideales de la Revolución Francesa como la fraternidad, se combinan con otros más recientes -el apoyo mutuo-, tan caro al pensamiento anarquista posterior. Ambos conducen a la coordinación de los esfuerzos en una entidad común por encima de las naciones; es el fundamento básico de la Internacional, cuya articulación -desde un Consejo General centralizado- en partidos obreros que persigan el poder mediante la acción política encontrará, en los anarquistas, sus más firmes detractores y, a la postre, conducirá al fracaso de la A.I.T. tras su polarización en dos bloques inconciliables. En esta pugna, la experiencia española, con su propia idiosincrasia, no será una excepción.

Los Estatutos provisionales de la A.I.T., redactados también por Marx, vendrán a subrayar los planteamientos anteriormente esbozados. El texto se inicia con una declaración de principios formada por una serie de "considerandos" cuyo desarrollo precederá al articulado de los Estatutos.

El tercero de ellos confirmaba, una vez más, las tesis de Marx que estamos analizando, al tiempo que definía la doble vertiente -económica y política- que debía articular la actuación de las organizaciones obreras. El texto decía así:

Considerando: "que la emancipación económica de la clase obrera es, por tanto, la gran meta final a la

que debe subordinarse, como medio, todo movimiento político;" (11)

Este considerando, de extraordinaria relevancia en el período histórico en que fue redactado, dio lugar a unos incidentes destacables. En los primeros años de la Internacional, en tanto se consolidaba la organización, se prodigaron las traducciones descontroladas de estos Estatutos. En 1866, el proudhoniano francés Henri Louis Tolain, hizo una traducción libre al francés que contenía diversas erratas. En el considerando que contemplamos, eludió las palabras "como medio", con lo que la actuación política de la clase obrera -expresamente recogida por Marx con su valor instrumental- quedaba relegada o supeditada, pudiendo interpretarse como ajena al proceso emancipador de la clase obrera.

Esta versión errónea de los Estatutos no sólo se divulgó en los países francoparlantes, sino que también fue traducida al italiano y al español, con la consiguiente desorientación de sus lectores.

La Conferencia de Londres (1871), consciente de esta nociva proliferación, acordó proceder a una revisión general de los Estatutos, controlando las diversas versiones y dando carácter oficial a la edición de las normas de la A.I.T., acabando así con este grave problema.

El cuarto considerando establecía los principios sobre los que debía basarse el internacionalismo obrero:

Considerando: "que la emancipación de la clase obrera no es un objetivo local ni nacional, sino un objetivo social que abarca a todos los países en que existe la sociedad moderna y cuya consecución depende de la cooperación práctica y teórica de los países más

avanzados."

Como consecuencia, el siguiente considerando se referirá a la "inmediata articulación de todos los movimientos todavía aislados", con la advertencia de "no reincidir en los viejos errores".

El Artículo 1º de los Estatutos definía a la organización y resumía en síntesis sus objetivos:

"La presente Asociación se crea con el fin de servir como centro de relaciones y cooperación entre las sociedades obreras existentes en los diversos países que persiguen el mismo fin, a saber: la protección, el progreso y la total emancipación de la clase obrera." (12)

En este breve conjunto de textos, extraídos del Manifiesto inaugural y de los Estatutos provisionales de la A.I.T., se compendian no sólo unos principios y unas normas elaboradas por Marx para orientar y coordinar la nueva Internacional. A nuestro juicio, estas frases reproducen en su contenido ideas básicas del pensamiento marxista basado en el materialismo histórico, sobre todo, porque se elaboran para regir una organización de trabajadores. Bottomore afirma al respecto:

"Decir que los movimientos de la clase obrera son fundamentales en el pensamiento marxista es probablemente una afirmación incompleta, los marxistas tienen mucho que decir acerca de la cronología y la tipología de los movimientos de la clase obrera, pero más fundamental es la aseveración de que el pensamiento marxista se ha construido a partir de tales movimientos e incluso ha sido determinado por ellos." (13)

La acción política del proletariado y su organización en partido de clase para conquistar el poder político, como hemos visto, constituyeron desde su inicio parte esencial de los principios y la estructura de la I Internacional. Su impulsor fue Karl Marx y esos principios se recogieron en los textos originales de la A.I.T. y fueron aprobados democráticamente por su Consejo general y por el Congreso. No obstante, esto no significaba que existiera unanimidad de pensamiento en aquel organismo. Desde un principio, como correspondió a la complejidad de su formación, hubo discrepancias y rivalidades en el seno de la Internacional. Las concepciones del británico George Odger, presidente de la organización, y la del francés Henri L. Tolain diferían notablemente entre sí y en comparación con las del pensador alemán. De ahí que, según señalan Abramsky y Collins

"Sólo Marx proponía que los trabajadores se organizaran internacionalmente para conquistar el poder y usarle para transformar el sistema social. Su táctica durante toda la historia de la Internacional puede comprenderse sólo a la luz de este objetivo fundamental, un objetivo que pocos de sus amigos ingleses compartían o entendían". (14)

En esta labor contó Marx desde el principio con apoyos decididos en el seno del organismo obrero, apoyos que se vieron extraordinariamente reforzados a partir de octubre de 1870 con la incorporación de Engels al Consejo general.

La actividad de Karl Marx en el seno de sus órganos directivos y, sobre todo, su aportación intelectual, que estuvo presente en la mayor parte de los documentos elaborados por aquellos, será determinante a lo largo de toda la existencia de la A.I.T. Angiolina Arru resume con estas palabras el proceso al que nos referimos:

"La praxis política de Marx se desarrollaba, pues, en

dos planos: de un lado colaboraba en la coordinación internacional de las fuerzas reales del proletariado organizado, y de otro con un análisis atento de los desarrollos de las luchas particulares, y de la madurez política que de ellos se derivaba, actuaba para que el movimiento obrero superase las viejas tácticas, abandonase las posiciones teóricas y prácticas atrasadas y se hiciese consciente de las posibilidades de una perspectiva revolucionaria final". (15)

Con independencia de lo expuesto, y como ya se ha apuntado al señalar la procedencia de los primeros componentes del Consejo central, la Iª Internacional se constituyó como un organismo abierto y flexible tanto en su composición como en los principios doctrinales que la informaron. Con el transcurso del tiempo fueron surgiendo discrepancias ideológicas, programáticas y de carácter organizativo, que acabaron con las decisiones unánimes y dieron lugar al establecimiento de mayorías y minorías que concluyeron, por lo general, con el abandono de la organización por estas últimas y, en el caso de los bakuninistas, con la expulsión de sus máximos representantes, la amonestación pública de sus allegados y la escisión en masa de sus seguidores.

Antes de adentrarnos en el desarrollo de la AIT, y con objeto de lograr una mejor comprensión del mismo, parece conveniente una descripción básica de su organización y estructura.

* * *

2- ESTRUCTURA ORGÁNICA Y FUNCIONAMIENTO DE LA A.I.T. ANTECEDENTES Y EVOLUCIÓN HASTA EL CONGRESO DE LA HAYA (1872)

En el apartado anterior analizamos algunos aspectos de los documentos fundacionales de la A.I.T. relacionados con el objetivo de este trabajo. En el mismo, se aludió necesariamente al Manifiesto Comunista como antecedente de la declaración inaugural de la Internacional. Aquél llamamiento fue redactado por Marx y Engels a fines de 1847. Su elaboración se produjo como consecuencia del acuerdo adoptado en el II Congreso de la Liga de los Comunistas celebrado en Londres. Esta organización, compuesta fundamentalmente por artesanos y obreros alemanes emigrados, se constituyó formalmente en el verano de 1847, en el que tuvo lugar su primer Congreso en la capital británica. Durante el mismo, al que asistió Engels, se acordó dotar a la nueva entidad de unos Estatutos que garantizaran el funcionamiento democrático de la misma y se alejaran de las estructuras dirigistas propias de las organizaciones secretas y conspirativas que precedieron a la nueva Liga. Redactado el texto correspondiente, fue ratificado en la segunda de las reuniones citadas, a la que también asistió Marx.

Ambos dirigentes alemanes, que tan decisivo papel desempeñaron en el desarrollo de la A.I.T., formaron parte del Comité Central de la Liga de los Comunistas, organización que, según afirmarían más tarde, fue para ellos el precedente más destacado de las organizaciones obreras internacionales que se crearon tras ésta. Muchos años después, Engels lo ponía de manifiesto en su Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas con estas palabras:

"El movimiento obrero internacional de hoy es, en el fondo, la continuación del movimiento obrero alemán de entonces, que fue, en general, el primer movimiento obrero internacional y del que salieron muchos de los

hombres que habían de ocupar puestos dirigentes en la Asociación Internacional de los Trabajadores." (16)

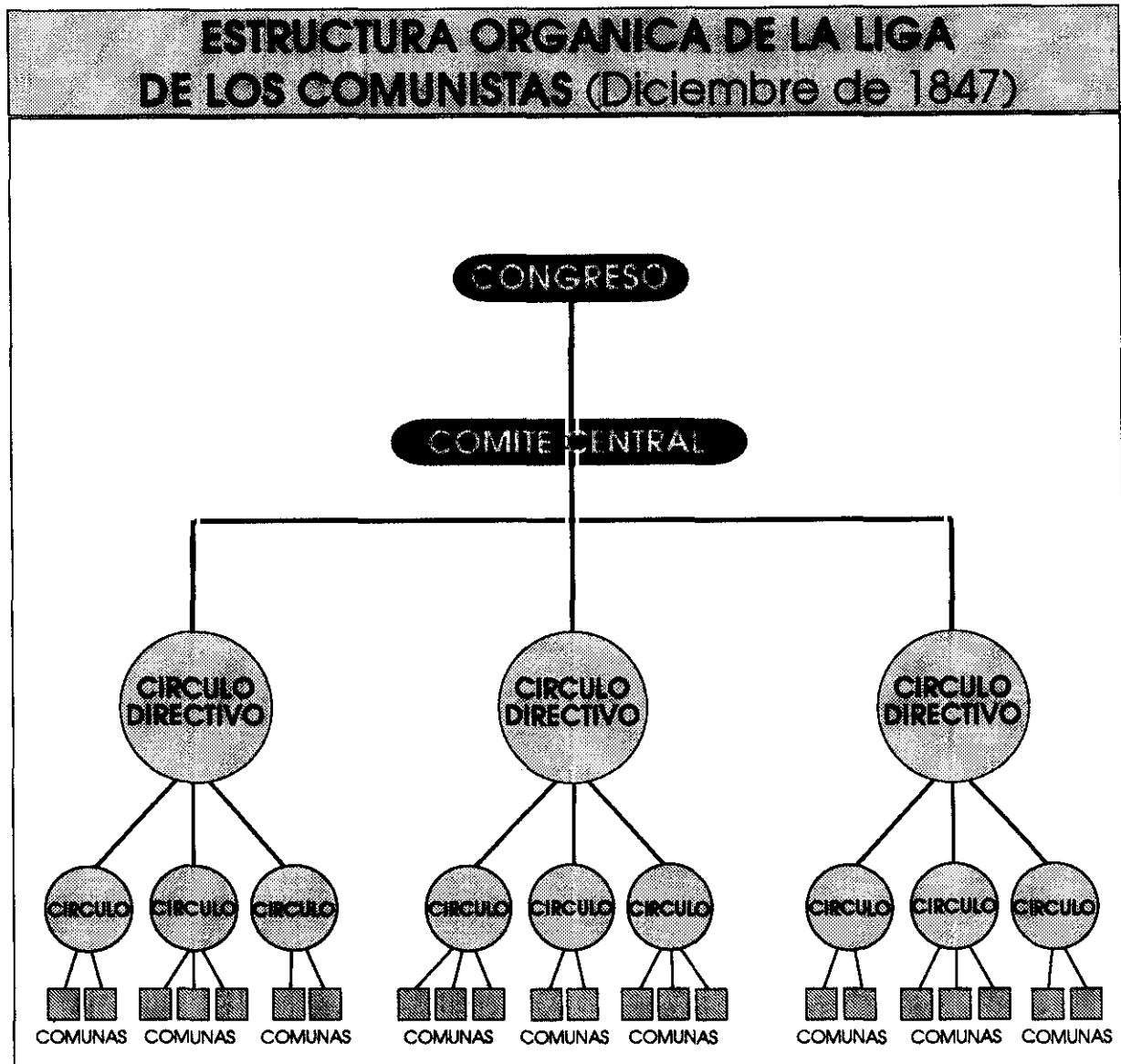
El texto de Engels, aunque redactado en 1885, pone de manifiesto una realidad comprobable; la presencia de un nutrido grupo de dirigentes de la Liga en los órganos directivos de la Iª Internacional. Baste señalar los nombres de Karl Marx, Friedrich Engels, Karl Pfänder y Karl Schapper, miembros del Comité Central de la Liga, que lo fueron, a su vez, del Consejo General de la A.I.T. También pertenecieron al mismo destacados militantes de aquella como Johann Georg Eccarius -uno de los principales apoyos de Marx-, Friedrich Lessner, Georg Lochner, Wilhelm Liebknecht, Paul Stumpf y Joseph Weydemeyer entre otros.

Algunos de los citados también formaron parte de la Asociación Internacional (A.I.). Este organismo, que actuó de 1855 a 1859, fue en líneas generales un antecedente indiscutible de la A.I.T., como ya pusimos de manifiesto en el capítulo anterior. Así pues, y aunque Marx y Engels no formaron parte de aquella Asociación, la presencia en la misma de varios fundadores de la A.I.T. y su carácter de precedente inmediato de ésta, hacen de la Asociación Internacional un eslabón intermedio indiscutible, en cuanto modelo organizativo, entre la Liga de los Comunistas y la Primera Internacional, que es preciso señalar.

Así pues, Karl Marx, autor de los Estatutos provisionales de la A.I.T., tuvo en cuenta a la hora de redactarlos su experiencia personal en la Liga de los Comunistas. Ésta, como vimos, se dotó de unos Estatutos orgánicos en diciembre de 1847. Refiriéndose a ellos, Engels los enjuiciaba con estas palabras:

"En cuanto a la organización, esta era absolutamente democrática, con comités elegidos y revocables en todo momento, con lo cual se cerraba la puerta a todas las veleidades conspirativas que exigen siempre un régimen de dictadura,..." (17)

La estructura orgánica de la Liga de los Comunistas respondía al siguiente organigrama:



El objetivo de la organización venía recogido en su artículo 1º: "... el derrocamiento de la burguesía, la instauración del régimen del proletariado...", y su estructura respondía a los principios democráticos de elección por la base, control de los órganos directivos, revocabilidad de los responsables y transparencia en el funcionamiento. No obstante, algunos rasgos como el uso interno de nombres supuestos y la incomunicación entre las células de base denotaban la influencia de las sociedades secretas que sirvieron de precedente a la Liga. (18)

La unidad básica, que contaría entre tres y veinte miembros, se denominaba Comuna. Cada una de ellas contaría con un Presidente y un Adjunto y la suma de un conjunto de ellas, entre dos y diez, constituiría el siguiente escalón: el Círculo.

El comité de éste se componía de los Presidentes y Adjuntos elegidos en cada Comuna, los cuales votaban, a su vez, al Presidente del Círculo. Los Círculos de un país o una provincia, únicos límites territoriales que recogen los Estatutos, componían el Círculo Directivo. Su delimitación y el nombramiento de sus miembros era "competencia del Congreso, a propuesta del Comité Central." (Art. 17) Eran los órganos ejecutivos en su demarcación territorial y respondían ante los órganos superiores que los nombraban.

El máximo órgano ejecutivo de la Liga era el Comité Central. Su elección estaba determinada por el lugar que el Congreso acordaba para su convocatoria siguiente. Así, y aunque era depositario del poder ejecutivo de la organización y debía rendir cuentas ante el Congreso, de hecho se elegía "entre los Comités del Círculo del lugar donde se haya convocado el Congreso." (Art.22)

El PSOE observó en sus primeros años de existencia un sistema muy parecido. En los congresos, únicamente se decidía el lugar de residencia de su órgano ejecutivo -el Comité Nacional-,

el cual era elegido en la Agrupación correspondiente, si bien, ello no condicionaba la localización del siguiente Congreso. Tan sólo en 1894, con ocasión del IV Congreso, celebrado en Madrid, varió el sistema al aprobarse que la elección del Presidente se haría en el transcurso de sus sesiones.

El Congreso de los militantes de la Liga era la máxima instancia decisoria, debía celebrarse cada año en el mes de agosto. El mes anterior se renovaban los Comités de Círculo y el Comité central, cuyos cargos eran reelegibles y revocables "en todo momento por sus electores." (Art. 25)

Sólo el Congreso podía revisar los Estatutos. El Comité Central no tenía, en el mismo, voto decisorio y las secciones de base -comunas- podían delegar su representación, con "instrucciones muy precisas", en afiliados de otras demarcaciones.

Los Estatutos, finalmente, señalaban que el régimen disciplinario, en última instancia, quedaba reservado al Congreso, el cual era asimismo el que decidía sobre las cuotas de los afiliados y su distribución.

Muchos de estos criterios, como veremos, subsistirán en mayor o menor medida en el seno de la Internacional y de los partidos socialistas que surgieron tras aquella.

Cuando el subcomité de la Internacional encargó a Marx la redacción de unos Estatutos provisionales, que aprobaría definitivamente el Congreso de la organización, le trasladó un documento precedido por una declaración de principios redactado por el emigrado francés Víctor Le Lubez. El texto, a juicio de Marx, resultaba "espantósamente fraseológico, mal escrito y completamente inmaduro". De ahí que resolviera ofrecer al Congreso General dos documentos: El Manifiesto y los Estatutos provisionales.

Para el primero, y según sus propias palabras, escribió "una especie de repaso de las vicisitudes de las clases trabajadoras desde 1845." (19) La conexión con los años de la Liga de los Comunistas resultaba evidente. Para Marx y Engels la nueva organización internacional, como ya vimos, constituía un eslabón, una nueva fase del movimiento obrero indisolublemente conectada con los principios, la estructura y las experiencias de aquella organización pionera. Pero las circunstancias y, sobre todo, los componentes eran muy otros. De ahí que Marx justificase confidencialmente a Engels el carácter moderado de los documentos que analizamos:

"Era muy difícil presentar la cosa de modo que nuestras ideas aparecieran bajo una forma aceptable para el punto de vista actual del movimiento obrero... Tendrá que pasar algún tiempo antes de que el movimiento renacido permita la audacia de lenguaje de antes. Hay que proceder fortiter in re, suaviter in modo." (20)

Con estos precedentes, y con unas urgencias que se ponen de manifiesto con la simple lectura, redactó Marx los primeros Estatutos de la Internacional.

Este texto, con diversas matizaciones y adendas, fue aprobado en 1866 por el Congreso de Ginebra, el cual, como veremos, elaboró también un Reglamento que facilitaría la aplicación práctica de los Estatutos, sobre todo en lo referente al funcionamiento de los Congresos.

En el Congreso de Basilea, celebrado en 1869, se reforzaron los poderes del Consejo general y se elaboró la primera guía o reglamento específico para los Congresos de la organización.

En la Conferencia de 1871, celebrada en Londres, se entró de lleno tanto en materia de principios como en lo referente a la estructura y funcionamiento del organismo internacional. De esta

forma, ante las modificaciones estatutarias acordadas y, sobre todo, contemplando el nuevo Reglamento que allí se aprobó, se pone de manifiesto el inicio de una segunda, y definitiva, etapa en la existencia orgánica de la Internacional. Conviene recordar aquí el gran interés que siempre manifestó en materia estatutaria la Federación de la Región Española de la A.I.T., que aportó una proposición a este respecto, a través de Anselmo Lorenzo, a la Conferencia de la capital británica.

Finalmente, el Congreso de La Haya, celebrado en 1872, ratificó las transformaciones acordadas en la Conferencia de Londres, confirmando los objetivos políticos de la Internacional que dieron lugar a su escisión.

* * *

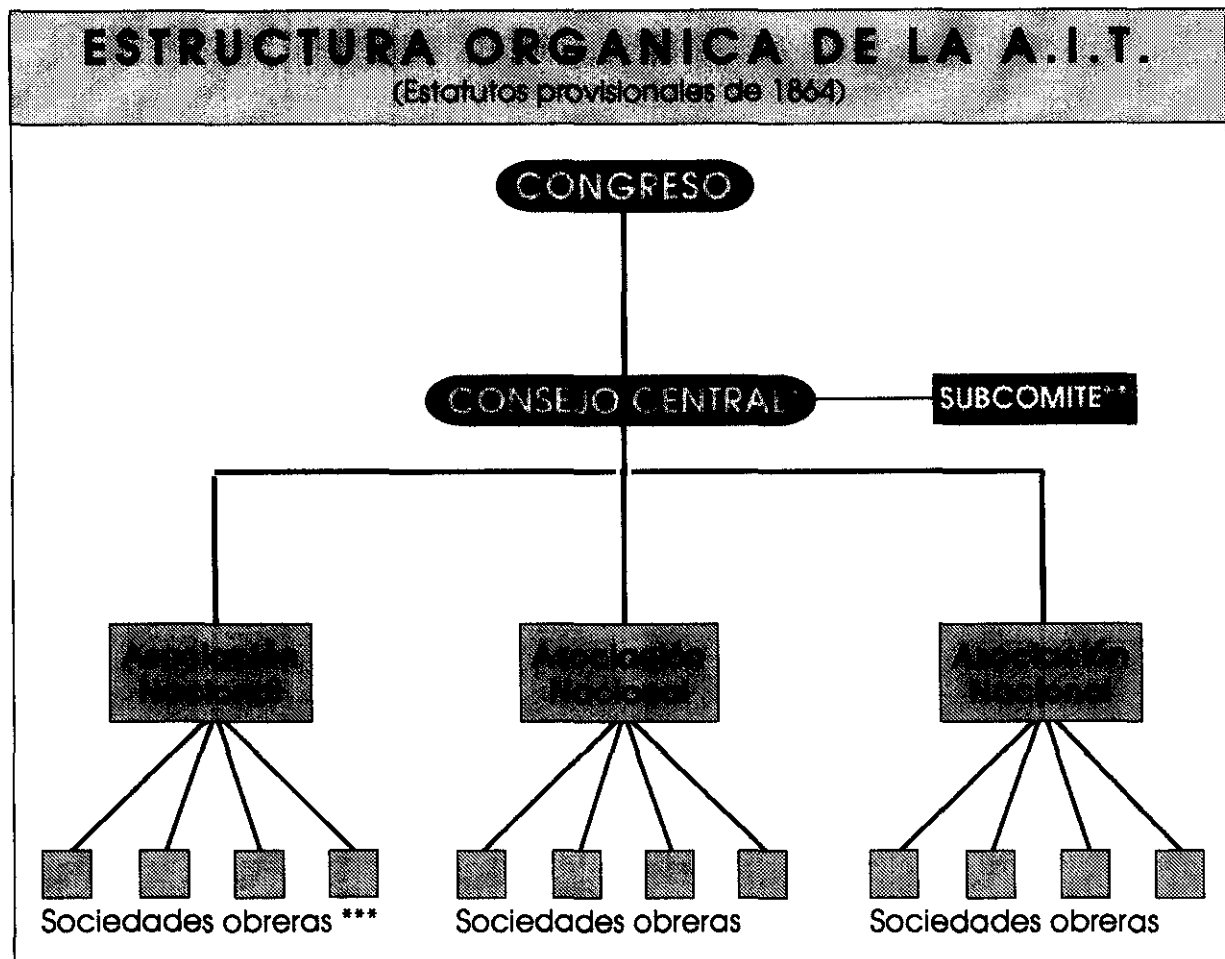
El artículo 1º de los Estatutos de 1864, como sucedía con los de la Liga, recogía los objetivos generales de la organización:

"La presente Asociación se crea con el fin de servir como centro de relaciones y cooperación entre las sociedades obreras existentes en los diversos países que persiguen el mismo fin, a saber: la protección, el progreso y la total emancipación de la clase obrera."
(21)

El artículo siguiente se refería a la denominación oficial de la entidad: Asociación Internacional de Trabajadores. Ninguno de ambos artículos sufrieron alteraciones reseñables en las sucesivas reformas de Estatutos.

La estructura inicial de la entidad, partiendo del texto de

1864, respondía al siguiente organigrama:



- * El Consejo central también se denominó en un principio Comité central y Consejo central provisional. A partir del Congreso de Ginebra (1866) pasó a llamarse, definitivamente, Consejo general.
- ** El Subcomité pasó a denominarse, a partir del verano de 1865, Comité permanente, según consta en las Actas del Consejo general.
- *** Los Estatutos provisionales de 1864 mencionan tanto sociedades obreras de una misma localidad como sociedades locales. No aclaran el carácter específicamente corporativo o territorial de cada entidad, por lo que Marx podía referirse a los núcleos básicos de la organización con dos acepciones. Recogemos la denominación "sociedades obreras" en el organigrama, por ser el término más utilizado en el texto.

* * *

Marx manifestó a Engels, en su carta del 4 de noviembre de 1864, el propósito deliberado de elaborar un texto muy reducido -diez artículos- de carácter transitorio. El Consejo central había acordado celebrar el primer congreso en el siguiente año y Marx asignaba a esta asamblea general, en el artículo 3º, la tarea de aprobar unos "Estatutos definitivos".

En su texto, como muestra el organigrama, sólo se regulaba muy ligeramente el carácter y las funciones del Congreso y del Consejo Central, apuntándose, tan sólo, la existencia de centros o asociaciones nacionales y de sociedades obreras y entidades de carácter local. Por esta razón, encuadramos a estas últimas con línea discontinua en el citado cuadro. No obstante, sí se recogen todos los órganos y niveles orgánicos que perdurarán con más o menos cambios sustanciales, pero con una minuciosa regulación, a lo largo de la existencia de la A.I.T. Añadiremos, para terminar, que los Estatutos, a partir de 1866, contaron propiamente con tres partes: una Declaración de principios, los Estatutos propiamente dichos y un Reglamento para su aplicación. A continuación abordaremos el estudio de los diferentes organismos de la Internacional:

- A. EL CONGRESO GENERAL
- B. LA CONFERENCIA
- C. EL CONSEJO GENERAL
- D. EL COMITÉ PERMANENTE
- E. LAS FEDERACIONES NACIONALES
- F. LAS SECCIONES Y ORGANIZACIONES DE BASE
- G. LOS AFILIADOS

A. EL CONGRESO GENERAL.

Del Congreso tan sólo apunta Marx en 1864 unas breves pinceladas. Se celebraría en Bélgica el año siguiente, estaría compuesto por "representantes de todas las sociedades obreras" adheridas a la Internacional. Se celebraría, como en el caso de la Liga, "una vez al año" (Art. 3º), elegiría una parte de los miembros del Consejo Central y analizaría el informe anual sobre la marcha de la organización que le presentaría aquél. (Art. 5º) Nada más sobre tan importante entidad en una organización democrática. Temas tan delicados como la convocatoria o aplazamiento, elección de delegados, electores y elegibles, elaboración y modificación del Programa, cuotas y reglamento interno del Congreso no se abordaban. Quizás, para Marx, estos temas debían acometerse -como de hecho sucedió- por el Congreso ya señalado, de ahí que reservara la expresión de "Estatutos definitivos" para el texto que debía surgir del mismo.

Pese al acuerdo recogido en los Estatutos provisionales, el Congreso no se celebró en 1865 ni en Bélgica como estaba previsto. No obstante, y coincidiendo con el primer aniversario de la Internacional, tuvo lugar una reunión en Londres, que se donominó Conferencia, a la que asistieron los miembros del Comité permanente de la A.I.T. y un reducido grupo de delegados procedentes de Francia, Suiza y Bélgica. El punto primero del Programa previsto fue: Cuestiones relativas al Congreso. Dedicaron al mismo dos sesiones de la Conferencia, adoptando importantes acuerdos al respecto.

Por unanimidad, se acordó reunir 150 libras para propaganda y gastos, así como su celebración en Ginebra (Suiza). La fecha convenida fue el mes de marzo de 1866.

La mayor y más agitada parte del debate se centró en torno a quiénes podrían acudir y participar en el Congreso.

Se manifestaron varias posturas; unas partidarias de que concurrieran delegados de las secciones adheridas así como de cualquier otra organización obrera, ambos con los mismos derechos. La delegación francesa defendió la presencia con voz y voto de cualquier afiliado con carnet, alegando que era una cuestión de principio basada en el sufragio universal. Un delegado suizo, Dupleix, apuntó la posibilidad de ofrecer unos carnets especiales para no afiliados previo pago de una cantidad. Finalmente, se acordó por unanimidad la siguiente resolución:

"Solamente participarán en los trabajos del Congreso los delegados que presenten sus mandatos debidamente certificados por las secciones de la Asociación que les envíen." (22)

También sin discrepancias se acordó trasladar al Congreso la organización de la Asociación, es decir, la elaboración definitiva de los Estatutos.

La primera asamblea general de la organización, pese a lo aprobado, se celebró finalmente en septiembre de 1866. En la misma, tal y como estaba previsto, se aprobaron unos Estatutos definitivos y un Reglamento para su aplicación. (23)

Al Congreso, máximo órgano decisorio de la A.I.T., le fueron asignadas las siguientes competencias:

1. Celebrar sus reuniones anualmente. (Art. 4)
2. Elegir el Consejo general, que podía ampliarse a su vez por cooptación, y designar la sede de este organismo. (Art. 3)
3. Recibir "un informe público del Consejo general sobre las actividades realizadas durante el año." (Art. 4)
4. Determinar la fecha y lugar del siguiente Congreso. (Art. 3)
5. Quedar autoconvocado para su siguiente reunión "sin necesidad de invitación especial". (Art. 3)

En el Reglamento, por su parte, se fijaron las siguientes precisiones:

1. "Cada Sección, cualquiera que sea el número de sus miembros, podrá enviar un delegado al Congreso". (Art. 9)
2. "Si una sociedad filial no se halla en condiciones de enviar un delegado, podrá ponerse de acuerdo con otras ramas para nombrar un delegado común". (Art. 9)
3. "Cada miembro de la Asociación Internacional de trabajadores tiene el derecho de voto y es elegible". (Art. 11)
4. "Cada sociedad filial o grupo de más de 500 miembros podrá nombrar un delegado más por cada 500 miembros adicionales". (Art. 12)
5. "Cada delegado tiene solamente un voto en el Congreso". (Art. 13)
6. El Congreso era el único órgano que podría modificar los Estatutos y el Reglamento de la A.I.T., exigiéndose para ello una mayoría cualificada de "dos tercios de los delegados asistentes". (Art. 15)

Esta normativa interna de la Internacional no sufrió alteraciones hasta 1869. Los tres Congresos subsiguientes al de Ginebra, por tanto, debieron regirse en su funcionamiento por los citados Estatutos -ya definitivos- y Reglamento. De los mismos se deduce la confirmación del Congreso o asamblea general donde debían estar representados todos los afiliados, como el órgano de mayor autoridad en la A.I.T. Elaboraba el programa de la Internacional, nombraba a su ejecutiva, juzgaba su gestión a través del "informe público" anual, fijaba la cuantía de las cuotas y su distribución, aprobaba los Estatutos y era la única instancia capaz de modificarlos. Estos poderes se confirmaban, además, por la frecuencia anual de sus convocatorias, lo que hacía del Congreso un organismo de funcionamiento casi ininterrumpido en el seno de la asociación obrera.

El carácter democrático de la entidad se garantizaba con los

derechos reconocidos a los afiliados, que analizaremos en su apartado correspondiente.

El funcionamiento de la organización, como vamos viendo, recoge muchas similitudes con su antecedente de la Liga de los Comunistas. También, como en los Estatutos de aquella, se mantiene la práctica de enviar como delegado de una sección a un afiliado de otra, previo acuerdo entre ambas. Este procedimiento fue habitual en el PSOE, en el cual, en época de crisis y también en las normales, era práctica admitida el delegar en personalidades muy caracterizadas o, simplemente, en los representantes de las Agrupaciones más destacadas de la comarca. Esta es una de las razones por las que el número de delegados siempre fue mucho menor -en los Congresos de ambas entidades- al que realmente hubiera correspondido en relación con el número de secciones adheridas y de militantes.

El Congreso de Basilea, si bien atendió fundamentalmente a los poderes del Consejo general, vino a confirmar la autoridad del Congreso como máxima instancia arbitral. En caso de rechazarse la adscripción de un nuevo grupo a la Internacional, o suspenderse la actividad de una sección adherida, o de entrar en conflicto dos de ellas, la resolución definitiva quedaba asignada al Congreso. (24)

Una de las Resoluciones administrativas aprobadas, la número VIII, introdujo una novedad digna de mención. Se refería ésta a un tema, nada baladí, cuya observancia, como la de la mayor parte de las normas que hemos analizado hasta ahora, se mantendría en los partidos socialistas de la II Internacional perdurando hasta nuestros días. El acuerdo prescribía que únicamente podrían concurrir a los Congresos los delegados de aquellas "sociedades, secciones o grupos afiliados a la Internacional que estén al corriente del pago de sus cuotas con el Consejo general". A continuación, se recogía una excepción referida a las organizaciones con dificultades legales de funcionamiento en su

país. Sus delegados podrían asistir a los debates sobre "cuestiones de principios", pero no podrían "discutir y votar las cuestiones administrativas".

El Congreso deliberó y adoptó por primera vez un auténtico reglamento de funcionamiento recogido en once puntos. Según este documento, al que se denominó "guía práctica", la forma de proceder en los congresos sería conforme al cuadro siguiente:

GUIA PRACTICA PARA LOS CONGRESOS DE LA INTERNACIONAL

(Basilea, 1869)

1º día SABADO	2º día DOMINGO	3º día LUNES	4º día MARTES	5º día MIERCOLES	6º día JUEVES	7º día VIERNES	8º día SABADO
<p>La Sección de la localidad donde se celebra el Congreso nombrará una Comisión encargada de comprobar las credenciales de los Delegados.</p>	<p>MAÑANA.</p> <ul style="list-style-type: none"> ✓ Aprobación del informe - propuesta de la Comisión de Credenciales. ✓ Elección de la mesa del Congreso. ✓ Formación de una Comisión para cada punto del Orden del Día y otra para atender la correspondencia dirigida al Congreso. <p>TARDE.</p> <ul style="list-style-type: none"> ✓ Informe de Gestión del Consejo General. Debate 	<p>MAÑANAS.</p> <ul style="list-style-type: none"> ✓ Sesiones a puerta cerrada sobre cuestiones administrativas o internas de la organización. <p>TARDES.</p> <ul style="list-style-type: none"> ✓ Sesiones públicas sobre los temas programáticos incluidos en el Orden del Día y debatidos previamente en las comisiones. <p>NOCHES.</p> <ul style="list-style-type: none"> ✓ Reuniones de las comisiones y elaboración de propuestas para elevar a las sesiones plenarias vespertinas, acompañadas, en su caso, de voto o votos particulares (enmiendas). 					<p>CLAUSURA DEL CONGRESO</p>

Las sesiones denominadas administrativas se referían a los temas internos de la organización: delegaciones que no cumplían los requisitos habituales, secciones suspendidas o que habían visto rechazada su admisión por su federación respectiva, reclamaciones por expulsión o sanción, contenciosos de las federaciones con sus secciones, con sus homólogas o con el Consejo general, reclamaciones, etc. Dado el contenido, se justifica el carácter cerrado de su celebración. Las sesiones vespertinas, por el contrario, debatían públicamente las ponencias elaboradas por cada una de las comisiones. Se trataba, pues, de los textos que establecían el programa de la organización, sobre los que se había alcanzado un acuerdo previo. En la sesión, pues, un ponente elegido por la comisión defendía el texto y contestaba a las críticas y aclaraciones que planteaban los delegados. Se discutían asimismo, en su caso, los votos particulares o enmiendas propuestas desde la misma comisión.

La mesa del Congreso, o presidencia, estaría formada, por un Presidente, dos Vicepresidentes, y dos o tres secretarios "por cada lengua representada." Por lo general, y en concreto en este Congreso de Basilea, el número de países presentes era mayor -asistieron delegados británicos, norteamericanos, franceses, belgas, alemanes, austriacos, suizos, italianos y españoles- por lo que los secretarios, como de hecho sucedía, solían ser políglotas. Les correspondía, asimismo, anotar el resultado de las votaciones y levantar actas, coordinando los textos redactados en diferentes lenguas para homologar su contenido.

Los delegados se adscribían libremente a la comisión en la que deseaban participar.

Con insistencia se recogía el carácter único del informe que expondría el Consejo general, basado en los textos enviados previamente por las secciones. Así se indicaba, como se vio, en los Estatutos de 1866. No obstante, y como no se decía lo

contrario, la experiencia de Basilea contempló tres jornadas consecutivas en las que al informe central sucedieron otros trece: desde el del Consejo federal belga o la Federación local barcelonesa, hasta el de la sociedad de marmolistas de París, con lo que se explica la insistencia en un único y exclusivo informe sobre el conjunto de la asociación.

Se pasaría lista nominal al principio y al final de cada sesión y los temas "principales" se aprobarían votándose por el mismo procedimiento.

Los delegados podrían tener dos intervenciones -de diez y cinco minutos respectivamente- en cada tema debatido.

En la 2ª Conferencia de Londres (1871) tan sólo se tomó un acuerdo, bastante impreciso, sobre el Congreso siguiente. Por el mismo, se dejaba en manos del Consejo general, para cuando las circunstancias lo aconsejaran, la convocatoria de la reunión internacional, la fecha y el lugar, pudiendo, si no era posible celebrar un Congreso, sustituirlo por otra Conferencia. (25)

En la resolución sobre "la acción política de la clase obrera", se comprobó la confusión originada por las traducciones defectuosas de los Estatutos, las cuales, recogía el texto, "han dado pie a equívocos perjudiciales para el desarrollo y la actuación de la Asociación Internacional de Trabajadores". En consecuencia, y teniendo en cuenta las modificaciones y enmiendas adoptadas en los diferentes Congresos -sobre todo en el de Basilea-, se mandató al Consejo general para que procediera a la redacción de unos nuevos Estatutos que incorporaran los acuerdos referidos. Marx y Engels asumieron esta labor, dando lugar a un texto que recibió la aprobación del Consejo el 24 de octubre de 1871. (26) En el mismo, ordenaron todos los acuerdos normativos aprobados en Ginebra (1866) y Basilea (1869), depuraron su estilo y concentraron las reglas dispersas. Así mismo, incorporaron al Reglamento la "guía práctica" de funcionamiento

congresual que tan sólo se había esbozado en Basilea, adjuntando, en un minucioso Apéndice, la justificación y procedencia de cada uno de los párrafos del articulado.

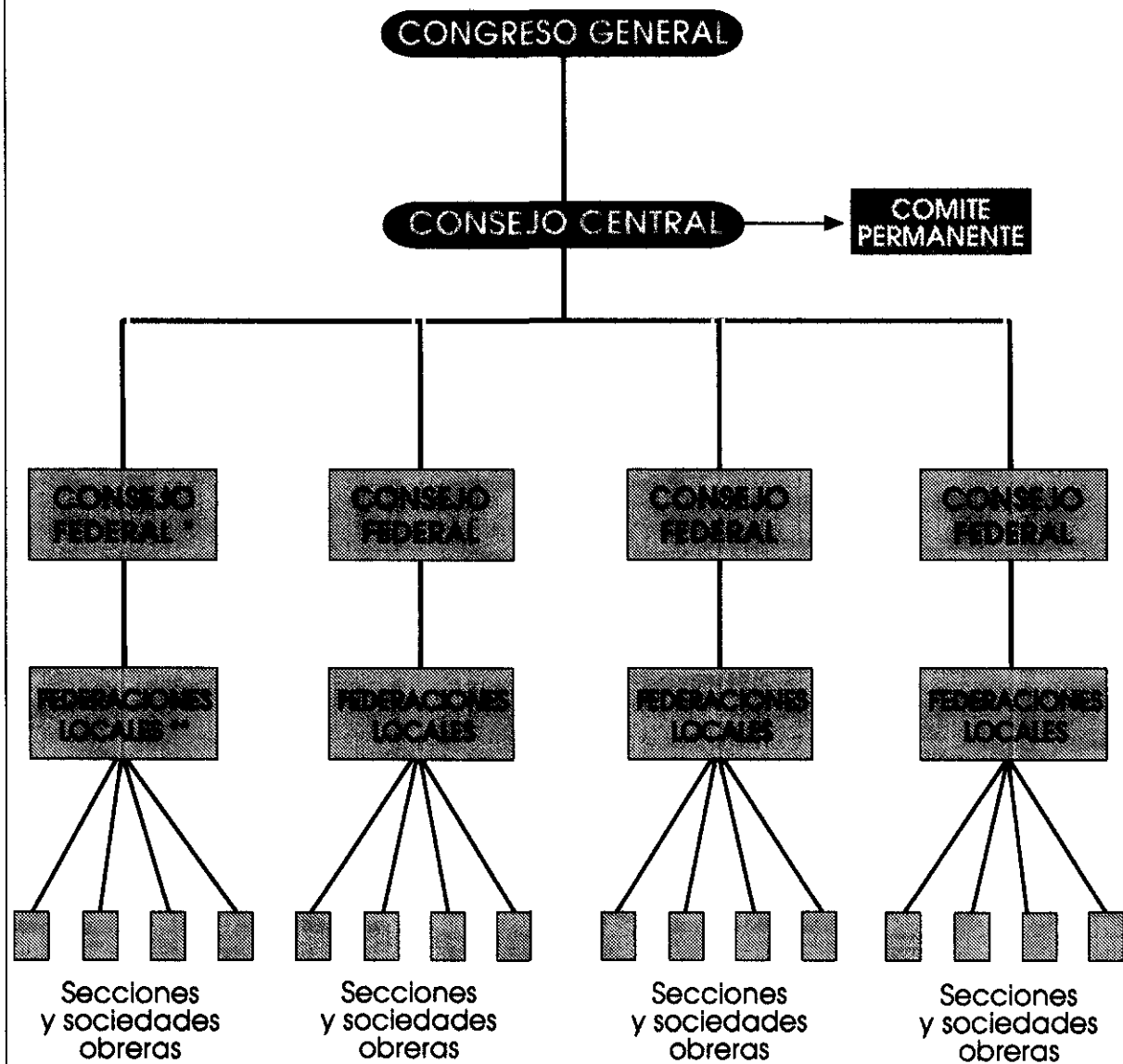
En congruencia con el trabajo de armonización y clarificación de los Estatutos, los redactores ordenaron el Reglamento dividiéndolo por primera vez en sendos capítulos dedicados al Congreso general, el Consejo general, el pago de cuotas, los Consejos o Comités federales (nacionales), las Sociedades Locales, Secciones y Grupos y, finalmente, el dedicado a la elaboración de una Estadística general de la clase obrera.

Todos estos acuerdos, derivados de la reunión londinense, al no ser la Conferencia una entidad decisoria, debían recibir su aprobación definitiva en el Congreso.

Partiendo de la normativa elaborada tras esta Conferencia, y teniendo en cuenta que también se unificaron las denominaciones de los distintos organismos, el organigrama definitivo de la A.I.T. quedó como se expone a continuación:

ESTRUCTURA ORGANICA DE LA A.I.T.

(Estatutos y Reglamento de 1871)



- * El Consejo federal también podía denominarse Comité federal y tenía ámbito nacional.
- Aunque no se recogía en el Reglamento, entre el Consejo federal y las Secciones existía, como en el caso español, un organismo intermedio que reunía todas las secciones de un mismo municipio bajo la denominación de Federación local.
- ** En las Resoluciones administrativas de Basilea (1869) y en la Conferencia de Londres (1871) se utilizaron los términos más imprecisos de grupo o rama.

* * *

La Asociación General de Trabajadores se escindió en el Congreso de La Haya (1872). Inmediatamente los seguidores de los principios que lideraba Bakunin, denominados federalistas y también anarquistas, celebraron un Congreso en Saint-Imier (Suiza) al que, por no reconocer la reunión de La Haya, denominaron también Vº Congreso de la A.I.T. Esta rama celebró su última convocatoria en Verviers (Bélgica) en 1877. El otro sector, formado por aquellos que coincidían con los planteamientos centralistas de Marx y Engels, se autodisolvió en 1876, durante la conferencia que celebró en Filadelfia (Estados Unidos).

Teniendo en cuenta lo anterior, y siguiendo un orden cronológico, se detalla a continuación la relación de los

CONGRESOS Y CONFERENCIAS DE LA A.I.T.

1864. Conferencia inaugural	Londres, 28 de septbre.
1865. Conferencia internacional	Londres, 25-29 de septbre.
1866. Ier Congreso general	Ginebra, 3-8 de septbre.
1867. IIº Congreso general	Lausana, 2-8 de septbre.
1868. IIIer Congreso general	Bruselas, 6-13 de septbre.
1869. IVº Congreso general	Basilea, 5-12 de septbre.
1871. Conferencia Internacional	Londres, 17-23 de septbre.
1872. Vº Congreso general	La Haya, 2-7 de septbre.
1872. Vº Congreso (federalista)	Saint-Imier, 15-16 de septbre.
1873. VIº Congreso (federalista)	Ginebra, 1-6 de septbre.
1873. VIº Congreso (centralista)	Ginebra 7-13 de septbre.
1874. VIIº Congreso (federalista)	Bruselas, 7-13 de septbre.
1876. Conferencia (centralista)	Filadelfia, 15 de julio
1876. VIIIº Congreso (federalista)	Berna, 26-30 de octubre
1877. IXº Congreso (federalista)	Verviers, 6-8 de septbre.

B. LA CONFERENCIA

En la Iª Internacional, como vimos en el organigrama, no se articuló ningún organismo representativo del conjunto de la organización, que mediara entre el Congreso y el Consejo general. Quizás no se creyó necesario, dado el breve lapso de tiempo que mediaba entre congresos. Tampoco existían precedentes. No es aventurado pensar que con la experiencia adquirida, y de haber perdurado algunos años más, la A.I.T. habría concluido por establecer un organismo parecido, en sus funciones, al Comité Nacional que creó el PSOE a partir de 1888, al igual que otros partidos europeos.

Durante los ocho primeros años de vida de la A.I.T., que analizamos, se convocaron dos Conferencias además de la inaugural, también en Londres, en 1865 y 1871, respectivamente. Ambas tuvieron características específicas, si bien, coincidieron esencialmente en los siguientes puntos:

1. Tuvieron lugar a causa de hechos extraordinarios que impidieron la celebración del Congreso general en la fecha y el lugar previsto de antemano.
2. Su celebración fue sugerida por las Secciones para resolver temas urgentes y para preparar el siguiente Congreso. En ambos casos, el Consejo general aprobó su convocatoria por unanimidad.
3. Por razones de agilidad y economía, se acordó convocar un número reducido de delegados por cada país miembro, que se reunirían con el Consejo general o con una representación del mismo.
4. La Conferencia no tendría carácter decisorio. Sus acuerdos se someterían al Congreso para su definitiva aprobación.

Dado su carácter extraordinario, su regulación nunca se reflejó en los Estatutos, ni en el Reglamento de la Internacional, por lo que su funcionamiento, coincidente con las prácticas democráticas habituales de la organización, era regulado por el Consejo general. Tan solo la última reforma de Estatutos, que tuvo lugar en el Congreso de 1872, recogía la figura de la Conferencia accidentalmente. (27)

El texto, referido a la posible suspensión de una Federación nacional, indicaba que si las demás lo exigían, el Consejo general debería "convocar a una Conferencia extraordinaria", que estaría compuesta por "un delegado de cada nacionalidad". (Reglamento, II, Art.6)

La Conferencia de 1865 vino urgida por la necesidad de dotar de un Programa a la organización y de aprobar sus Estatutos definitivos. En el texto provisional de 1864 se recogía un mandato imperativo: "En 1865 se celebrará en Bélgica un Congreso obrero general". (Art. 3º) Ese mismo año, el Parlamento belga aprobó una ley de extranjería muy restrictiva, la cual, el Consejo general de la A.I.T. tuvo razones para pensar que tenía como objetivo impedir la asamblea obrera prevista, o cualquier otra de similares características que deseara celebrarse en dicho país. (28)

Se impuso el aplazamiento del primer Congreso de la A.I.T., que, finalmente, pudo celebrarse en Ginebra en septiembre de 1866.

La 2ª Conferencia de Londres tuvo lugar en circunstancias más críticas para la organización -habían comenzado las tensiones con los bakuninistas - y más dramáticas en el contexto internacional. Dos meses antes de la fecha elegida para el Congreso, septiembre de 1870, había estallado la guerra entre Alemania y Francia. La derrota de Napoleón III dio lugar a la proclamación de la IIIª República francesa. Como consecuencia de

la guerra, y del sitio de la capital gala, se produjo en marzo de 1871 la Comuna de París, que fue apoyada por la Internacional.

Estos hechos impidieron la celebración del Congreso que sufriría diversos aplazamientos hasta septiembre de 1872.

La composición de ambas Conferencias se basó en los delegados de los distintos países y del Consejo general, si bien, varió su número y también la presencia del órgano ejecutivo.

En la primera, aunque el Consejo general aprobó en su reunión de 25 de julio la presencia de "dos delegados de cada dirección central...", de hecho acudieron siete por París, dos por Suiza y uno por Bélgica, así como una nutrida representación británica de miembros del Consejo. Las sesiones diurnas tenían lugar exclusivamente con el Subcomité, las nocturnas -a partir de las 20 horas- con los demás miembros del Consejo general que desearan asistir. Las primeras, como en los Congresos, transcurrían a puerta cerrada, mientras que por la noche, sin ser públicas, hubo cierta permisividad en cuanto a los obreros afiliados. (29)

A la Conferencia de 1871 concurrieron -según consta en las actas de la misma- seis delegados de diversas secciones y federaciones belgas, dos delegados suizos y un delegado del Consejo federal español: Anselmo Lorenzo. (30) Además de estos tres países, uno de los delegados belgas, el zapatero Philippe Coenen, recibió desde Amsterdam una credencial acreditándole como representante de las secciones de Holanda. Junto a estas cuatro naciones, el Consejo general acordó que los países miembros de la A.I.T. que no pudieran acudir, estuvieran representados por sus secretarios corresponsales del citado órgano directivo. (31)

Así, Marx acudió por Alemania, Engels por Italia, Dupont por Francia, Eccarius por los Estados Unidos, John Hales por Gran Bretaña y Mac Donnell por Irlanda. Otro miembro del ejecutivo,

James Cohn, representaría a Dinamarca, pero no llegó a hacer acto de presencia en la Conferencia.

Además de estos, que representaban exclusivamente a sus países, el Consejo general acordó estar representado como tal, por seis delegados elegidos en este orden: Mottershead, Frankel, Jung, Serrailier, Bastelica y Vaillant.

Los 21 delegados asistentes dispusieron de voz y voto. Junto a ellos, y solamente con voz, concurrieron otros ocho miembros del Consejo general -tres de ellos como secretarios- y un delegado de las secciones de Burdeos. A diferencia de 1865, todas las sesiones, en las que hubo debates de gran tensión, tuvieron lugar a puerta cerrada.

Las dos Conferencias fueron preparadas por el Comité permanente del Consejo general y tomados los correspondientes acuerdos por éste. En una de las sesiones de trabajo de aquél organismo, Marx dio la siguiente definición de estas reuniones internacionales:

"Una Conferencia no se compone de los delegados de las ramas locales sino por delegados de los diferentes países para conferenciar con el Consejo en circunstancias excepcionales; se diferencia, pues, netamente de un Congreso y tiene poderes muy distintos". Y agregaba, "la Conferencia no tiene el poder de cambiar los Estatutos pero puede hacerlos cumplir". (32)

En ambas conferencias internacionales, como se expone en sus apartados correspondientes, se adoptaron importantes acuerdos que afectaron a los Estatutos generales y al desarrollo de los Congresos de la organización. En la segunda, además, se adoptó, entre otros, una resolución trascendental para la vida de la Internacional, la referente a "la acción política de la clase

obrera", sobre la que trataremos con amplitud más adelante.

* * *

C. EL CONSEJO GENERAL

En los Estatutos provisionales se denominó Consejo o Comité Central. Estaría compuesto por "trabajadores pertenecientes a los diversos países representados en la Asociación" (Art. 4º) y sería elegido (parcialmente) por el Congreso. Su mandato sería de un año, de Congreso a Congreso, y su sede se establecía en la capital británica. (33)

Que se escogiera Londres como sede no tiene nada de extraño. Allí se había creado la Asociación y allí residía la práctica totalidad de sus componentes elegidos en el mitin fundacional. En cuanto a la elección parcial, el artículo 5º reconocía al Consejo central salido del Congreso la posibilidad de "designar nuevos miembros e incorporarlos a él". Esta práctica de ampliación por cooptación se llevó a cabo con notoria generosidad. En poco más de un mes, los 32 miembros elegidos en el St. Martin's Hall elevaban su número hasta 55. No obstante, hay que destacar algunas facetas derivadas del citado incremento. Así, las cinco nacionalidades representadas en un principio -británica, francesa, italiana, alemana y polaca-, se veían incrementadas con una más, la suiza. También, el exagerado predominio británico, 73,3%, se reducía al 48%, reforzándose notablemente la presencia de franceses y alemanes, cada uno de los cuales alcanzará el 16 % sobre el total. (34)

Establecido el carácter internacional del órgano ejecutivo en su composición, se garantizaba éste mediante la elección en su

seno de "Secretarios corresponsales para los diferentes países" (Art. 4º) De esta forma, a miembros destacados del Consejo se les asignó la tarea de mantener relación constante y fluida con la federación obrera de cada país adherido a la Internacional. Así, todos los países miembros de la A.I.T. tuvieron su corresponsal en la dirección de ésta, sin menoscabo de aquellos que, como los señalados anteriormente, disponían además de compatriotas en el Consejo central. Con esta figura se aseguraba la conexión con naciones tan alejadas como Rusia y Estados Unidos, así como con otras menores que difícilmente habrían podido tener un delegado en el citado Consejo. Con relación a España, fueron corresponsales -entre otros- Paul Lafargue y Friedrich Engels que, como veremos, desempeñaron un papel decisivo en la configuración de los primeros núcleos socialistas de nuestro país.

El Consejo general quedaba también facultado para designar "de su seno los cargos necesarios para el funcionamiento de la Asociación, tales como el de Presidente, Tesorero, Secretario general" y los ya citados secretarios corresponsales. (Art. 4º)

Las principales funciones asignadas por Marx al Consejo fueron las de preparar el inmediato Congreso, contactar con las sociedades obreras de los diversos países y discutir con ellas los temas a debatir en la citada reunión. (Art. 8º)

Así pues, el Consejo, según se recoge en los Estatutos, actuaría como una "oficina central internacional" para el intercambio de informaciones, la realización de estudios, la coordinación de "medidas prácticas inmediatas" en caso necesario y, "cuando la ocasión lo demande", la proposición de iniciativas a las entidades nacionales o locales. (Art. 6º)

Realmente, en esta primera estructura orgánica, el Consejo central, pese a su nombre, carecía de auténticos poderes sobre la organización. De ellos le irían dotando los sucesivos Congresos

que celebró la asociación internacional, destacándose un progresivo predominio y una acusada centralización que acabaron por conferir al Consejo su carácter de órgano ejecutivo. La voz más rotunda contra el fortalecimiento de la dirección internacional correspondió al núcleo encabezado por Bakunin, el cual no dejó de reclamar la vuelta del Consejo al mero papel de coordinación e información de sus orígenes. No hay más poder real que el que puede ejercerse sobre una organización extensa y sobre los militantes que la componen. Cuando Marx elaboró los Estatutos que estamos analizando, sólo existía la cúpula de un edificio por construir. Entrar a detallar competencias en esas condiciones hubiera resultado prematuro y, probablemente, equivocado. Sólo con el crecimiento de la organización internacional surgieron los conflictos que exigían la mediación, la toma de decisiones -equivocadas o no- y su cumplimiento. Que ello se asumiera con criterios más o menos centralizadores era materia discutible, y así aconteció. Que llevado el tema al extremo se planteara la práctica inexistencia de una dirección -como defendieron los anarquistas- es una materia que, por repercutir muy directamente en el desarrollo del movimiento obrero español, se analizará con detalle más adelante. Lo que no puede dejar de consignarse, en cualquier caso, es que esa evolución real que hemos señalado nunca fue producto de la voluntad aislada del Consejo, sino de las decisiones democráticamente adoptadas en los congresos y conferencias de la organización.

El Congreso de Ginebra (1866) debatió y aprobó oficialmente los Estatutos, completándolos con un Reglamento. Incorporó a los mismos la obligación de editar un Boletín por parte del Consejo general "para facilitar sus relaciones con las sociedades filiales". (Art.5) Nunca se llevó a la práctica este mandato, que sería motivo de las primeras críticas más adelante.

El nuevo Reglamento, por su parte, perfiló con más detalle las obligaciones del ejecutivo, entre las que destacamos:

1. Ejecutar los acuerdos de los Congresos y asumir su organización. (Art. 1)
2. Publicar un informe en varias lenguas de "cuanto interese a la A.I.T." (Arts. 2 y 3) Tampoco se llevó nunca a la práctica.
3. Cubrir los gastos originados por los Congresos , más los ordinarios de funcionamiento y "el pago de sueldos al Secretario General" con una cuota de 30 céntimos por militante al año. (Art. 4) Aparecía con ello, por vez primera, la figura de los profesionales de la organización.

Una propuesta del propio Consejo para que el secretario general fuera elegido por el Congreso no se aprobó. Sí se renovaron sus poderes y se cifró en 50 el número de sus componentes, si bien, el nuevo Consejo general -en el que fue reelegido Marx, como en los sucesivos congresos hasta 1872- estuvo compuesto por 63 miembros. (35)

El Congreso de Basilea (1869) no entró formalmente en la reforma de los Estatutos aprobados tres años atrás. Sin embargo, aprobó unas resoluciones administrativas que, de hecho, alteraron las funciones del Consejo general fortaleciendo considerablemente sus competencias. (36)

Este Congreso registró la presencia de Mijail Bakunin, cuyo grupo de Ginebra (Suiza) acababa de ser admitido con condiciones en la Internacional. Junto al mismo, concurrieron una docena de delegados suizos, españoles, italianos y belgas muy próximos a los principios que aquél sustentaba. En palabras de Edward H. Carr "Bakunin dominó el Congreso, y no por los votos de sus partidarios, sino por su personalidad. Tomó parte activa y tuvo un papel preponderante en cada uno de los más importantes debates". Y agrega a continuación: "Fiel a su costumbre, Marx no asistió al Congreso". (37)

Debido quizás a la influencia antedicha, el Congreso acordó en su Iª Resolución administrativa abolir el cargo de presidente

en los distintos organismos de la Internacional. No era digno -decía- "de una sociedad obrera, mantener en su seno un principio monárquico y autoritario admitiendo presidentes". Se aconsejó a todas las secciones y sociedades obreras afiliadas que secundaran el acuerdo, no obstante, en la misma asamblea se aprobó la guía práctica para el funcionamiento de los Congresos, de la que dimos cuenta, en la cual, paradójicamente, la mesa directiva estaría compuesta, entre otros, por un presidente y dos vicepresidentes.

Los puntos IV a VII, ambos inclusive, de las citadas Resoluciones significaron, de hecho, un notable reforzamiento de los poderes -hasta entonces muy livianos- del Consejo general.

En síntesis, se tomaron los siguientes acuerdos:

1. En materia de admisión de nuevas secciones.

- La solicitud se dirigiría "inmediatamente al Consejo general".
- Si en su localidad existían grupos federados, serían consultados.
- Visto lo anterior, el Consejo general decidiría su admisión o el rechazo provisional hasta el Congreso.

2. Con respecto a las secciones adheridas.

- Las federaciones locales o ramas podrían rechazarlas o excluirlas de su seno, no de la Internacional. La suspensión debían solicitarla al Consejo general.
- El Consejo general quedaba facultado para suspender secciones hasta el Congreso siguiente.

3. Conflictos internos.

- El Consejo general quedaba investido de poder para dirimir las discrepancias surgidas a cualquier nivel de la

organización, salvo decisión en última instancia del Congreso general.

El incremento de competencias reseñado, que dejaba siempre a salvo la supremacía de la asamblea general como órgano soberano de la asociación, puede parecer contradictorio si tenemos en cuenta el "papel preponderante" que jugó Bakunin en la misma. Más sorpresa causará el saber que los redactores de las resoluciones fueron el propio líder anarquista y uno de sus seguidores, el delegado belga Paul Robin. La razón de todo ello se debió a una huida en falso del dirigente ruso, el cual había constituido una Alianza con sus seguidores en Ginebra que no lograba la aceptación en su federación local ni en la federación de la Suiza francófona (Suisse romande). Para mayor complicación, soslayando a su grupo local, obtuvieron -como ya citamos- el acceso a la A.I.T. a través de Londres, lo que siguió sin valerles para su integración en la organización local ni regional. (38)

La Conferencia de Londres de 1871 adoptó diversos acuerdos sobre el Consejo general que fueron recogidos en los nuevos Estatutos redactados tras ella. En primer lugar, aconsejó al ejecutivo que redujera "el número de miembros que él mismo se incorpore", procurando que no pertenecieran a la misma nacionalidad. Esta exhortación no se incluyó en Estatutos. (39)

También intentó regular las denominaciones de las distintas instancias de la organización. Se reservó en exclusiva el término Consejo general para la dirección de Londres, mientras que las de los distintos países se llamarían Consejos o Comités federales. (Rgto. II, 1) Así mismo, introdujo una serie de atribuciones que vinieron a reforzar el ejecutivo, denotando, al mismo tiempo, la existencia de fricciones y conflictos en el seno de la Internacional.

El Consejo general podría enviar delegados a todas las

reuniones de los órganos directivos de cualquier país en todos sus niveles, desde la Federación a la Sección, con voz pero sin voto. (Rgto. II, 8)

Se estableció una cuota por afiliado y año de un penique, que en España se equiparó a 10 céntimos, para cubrir los gastos del Consejo general. También se establecía la práctica de los sellos de cotización, que se facilitarían desde Londres, y que cada afiliado una vez abonada la cuota adheriría en su carnet. (Rgto. III) Esta norma, como casi todas las que vamos analizando, se trasladaría a los partidos de la II Internacional, perviviendo prácticamente igual hasta nuestros días, con la única variación del período de tiempo que cubre la cotización.

En la nueva redacción de los Estatutos, encomendada por la Conferencia al Consejo general, se incorporaron algunos acuerdos como el referido a la edición oficial de los Estatutos generales y del Reglamento. Durante la discusión de la resolución sobre "la acción política de la clase obrera", se había puesto de manifiesto la existencia de versiones erróneas en francés, traducidas a su vez al español y al italiano, que alteraban sustancialmente la declaración de principios. Para evitar su repetición, se acordó la impresión de una edición oficial en los idiomas francés, inglés y alemán. Las ediciones en otras lenguas, precisarían la aprobación previa del Consejo general. (Rgto. II, 9)

Además del anterior, se incluyeron otros dos puntos que conferirían singular importancia al Consejo. El nuevo artículo 13 permitía a este organismo cubrir con "disposiciones especiales" las lagunas que se manifestaran en los Estatutos, sujetas, claro está, a lo que decidiera finalmente el Congreso. La segunda, también relevante, concedía al órgano ejecutivo que estableciera el Orden del Día de los Congresos, si bien, debería incorporar los puntos acordados en el Congreso anterior, los que él mismo decidiera y las sugerencias de las Secciones que obtuvieran su

aprobación. (Rgto. I. 9)

El Congreso de La Haya (1872) supuso una nueva vuelta de tuerca al proceso centralizador impulsado por el ejecutivo. (40) Los artículos 2 y 6 de los Estatutos redactados por Marx y Engels en octubre de 1871 se vieron sustancialmente modificados. El Consejo general, además de ejecutar los acuerdos de los Congresos, debía procurar en todos los países el acatamiento estricto de los principios, los Estatutos y el Reglamento de la Internacional. (Art. 2)

Mucho más grave fue la reforma del artículo 6. La facultad de suspender una Sección hasta el siguiente Congreso se amplió a los órganos rectores de una Federación, e, incluso, a las mismas federaciones nacionales de la Internacional. En circunstancias normales difícilmente se habrían conferido estos poderes al Consejo general. Cuando se procedió a ello, tras agrios debates, era ya demasiado tarde. Bakunin había consolidado su grupo de tal forma, que tan sólo una semana después de la reunión de La Haya tenía lugar, en Saint Imier, el Congreso constitutivo de su fracción.

El Congreso de la capital holandesa, finalmente, acordó a propuesta de Engels el traslado del Consejo general a Nueva York. (41) Hasta entonces había residido ininterrumpidamente en Londres desde la Conferencia fundacional, celebrando semanalmente sus reuniones y admitiendo, en alguna ocasión, la presencia de invitados especiales -siempre afiliados de la organización- a sus debates. (42) Al comienzo de cada sesión se daba lectura al acta de la anterior. Una vez aprobada, se rubricaba por el presidente y el secretario.

Para concluir, consignaremos como dato de interés, que, hasta 1871, el Consejo general asumió simultáneamente las funciones de Comité local de la federación londinense.

D. EL COMITÉ PERMANENTE

Como vimos en el primer epígrafe de este capítulo, el subcomité o comité permanente se creó en el transcurso de la primera sesión del Consejo general, a propuesta del británico William Dell. Entre los miembros se eligió a Marx y sus tareas, centradas en un principio en la elaboración de un programa para la Internacional, se extendieron a la redacción de manifiestos, estatutos, documentos precongresuales y un sinfín de cometidos que fueron convirtiendo a este organismo en un auxiliar indispensable para la dirección de la A.I.T.

Como redactor de la práctica totalidad de los textos que salieron de su seno y por su especial dedicación al mismo, Marx se convirtió enseguida en el alma de este comité. Se reunía semanalmente, si bien, incrementaba sus sesiones en la víspera de los Congresos con el fin de proceder a su preparación. A diferencia del Consejo general, tan sólo una reducida porción de sus actas se ha publicado.

En la sesión del 19 de septiembre de 1865, el órgano directivo de la A.I.T. procedió a la reorganización del subcomité. Pasó a denominarse Comité permanente, aunque siguió empleando indistintamente ambas denominaciones, y estableció su composición con el presidente, el secretario general y los secretarios corresponsales del Consejo. Con algunas excepciones, esta fue la estructura que mantuvo hasta el Congreso de La Haya en 1872. (43)

La existencia del comité permanente nunca se recogió en los Estatutos ni en el Reglamento de la Internacional. No obstante, al menos en una ocasión Marx intentó su reconocimiento oficial. Así, en las Instrucciones sobre diversas cuestiones a los delegados del Consejo central provisional, que redactó a solicitud de éste, y que sirvieron como documento de trabajo en el Congreso de Ginebra, introdujo la siguiente consideración:

"El comité permanente, constituyendo de hecho el ejecutivo del Consejo central, será elegido por el Congreso; la función de cada uno de sus miembros será determinada por el Consejo central". (44)

En las actas del Congreso de Ginebra, en el que se debatieron las normas de funcionamiento de la Internacional, no consta expresamente que se abordara esta proposición. No obstante, si fue conocida por los delegados asistentes, puesto que figuraba en el Informe del Consejo, el cual fue reelegido y se renovaron expresamente sus poderes, con lo que tácitamente se podría deducir un visto bueno de la asamblea a la labor de la dirección y al modus operandi que, desde sus inicios, había adoptado dotándose de un subcomité.

Marx califica al Comité permanente de órgano "ejecutivo", lo cual exige una aclaración. La competencia decisoria en la A.I.T., dejando a salvo el carácter soberano de los Congresos, correspondía al Consejo general. El Comité permanente se estableció como una entidad auxiliar. No obstante, del estudio de las actas de uno y otro organismo podemos extraer las siguientes funciones o cometidos del subcomité (45):

1. Funciones de asesoramiento.

- Elevando recomendaciones al Consejo (5-II-1867)
- Elaborando propuestas de programa para el Congreso de Ginebra (31-VII-66) para la Conferencia de Londres (9-IX-1871)...
- Redactando manifiestos y declaraciones oficiales de la A.I.T.

2. Funciones normativas.

- Elaborando proyectos de Estatutos.
- Dictaminando sobre la conformidad de los estatutos de

las federaciones y secciones con las normas generales de la organización. Para ello, el subcomité contaba en su seno, a su vez, con una comisión de Estatutos cuyo portavoz era Marx. (27-VII-72)

3. Funciones sancionadoras.

- Redactar resoluciones en caso de litigio. (8-III-1870)
- Proponer al Consejo general la aplicación de sanciones:
 - . Suspensión del secretario general John Hales. (19-VII-72)
 - . Expulsión de Bakunin y los aliancistas (5-VII-72)

4. Funciones ejecutivas.

- Designar delegados en nombre del Consejo General. (19-VII-72)
- Resolver "con plenos poderes" temas remitidos por el Consejo general. (25-VI-72)

Como se ve, no le faltaba razón a Marx para definir al Comité como lo hacía. Sin embargo, hay que insistir en que todos los temas tratados por este organismo, incluso los que se abordaban con carácter decisorio, le eran remitidos por el Consejo general, el cual se reservaba además la aprobación de las propuestas y su posterior remisión al Congreso.

Todo ello no menoscaba el importantísimo papel que este organismo desempeñó, como se deriva de las funciones expuestas, en el seno de la Iª Internacional.

E. LAS FEDERACIONES NACIONALES

Como es normal en un organismo de sus características, las estructuras consolidadas de ámbito nacional tardaron en constituirse. Hasta los primeros años de la década de los setenta los países miembros de la Internacional no centralizaron sus organizaciones. Es en la Conferencia de Londres de 1871 donde por vez primera se regularán las federaciones nacionales.

En los primeros años, la Internacional se rigió por los Estatutos provisionales de 1864 que sufrieron pocas alteraciones. En los mismos, se dejaba expuesto con claridad que "el éxito del movimiento obrero en cada país sólo puede asegurarse mediante la fuerza de la unión". (Art. 7º) A continuación, este criterio centralizador se respaldaba también en razón a la eficacia en el funcionamiento interno. La actuación del Consejo central resultaría más positiva si trataba "con pocos centros nacionales" que si lo hacía "con un gran número de pequeñas sociedades locales sin conexión entre sí". Como corolario lógico de lo anterior, en el mismo artículo se exhortaba a los afiliados de la A.I.T. para que se esforzaran "por todos los medios a su alcance en agrupar las sociedades obreras dispersas de sus respectivos países, formando con ellas asociaciones nacionales, representadas por órganos centrales de carácter nacional". (46)

Pese a la diversidad originaria de las distintas entidades que componían la Internacional, las experiencias recientes del movimiento obrero favorecían esta tendencia centralizadora. No es de extrañar, pues, que una de las primeras escaramuzas de Marx y sus seguidores, fuera, precisamente, contra los epígonos de Proudhon, para el que centralización y autoritarismo, incluso en organizaciones democráticas, eran términos asimilables.

El Congreso de Ginebra (1866) aprobó definitivamente, sin modificaciones sustanciales, los criterios expuestos. La orientación quedaba pues establecida, el crecimiento de la

organización se vería encauzado por estas previsiones, produciendo modificaciones a medida que lo exigiera su desarrollo.

En el campo de las federaciones nacionales de la A.I.T. se dieron algunos pasos significativos en los nuevos Estatutos. Así, los "órganos centrales de carácter nacional" previstos en 1864, pasaban a denominarse Consejos centrales, al abandonar esta denominación el ejecutivo, que pasaría a llamarse Consejo general.

El nuevo Reglamento dedicaba buena atención a los citados ejecutivos nacionales. Estos, serían órganos democráticos "elegidos por las secciones correspondientes y revocables en todo momento por estas". (Art. 5º) Entre las obligaciones y competencias de los Consejos centrales se encontraban:

- Servir como interlocutores entre el Consejo general y las secciones de su país. (Art. 1)
- Informar al Consejo general de sus actividades, "por lo menos una vez al mes". (Art. 5)
- Facilitar a todos los afiliados, "gratuitamente, la consulta de los informes del Consejo general". (Art. 8)

Los gastos de funcionamiento de estos organismos serían cubiertos por sus propias "sociedades filiales". (Art. 6)

Como vemos, a pesar de no haberse establecido prácticamente ninguna federación a escala nacional, el crecimiento de la organización llevó a los reunidos en Ginebra a adelantar las directrices básicas para el funcionamiento de sus centros directivos.

Hasta 1871 se celebraron cuatro congresos generales y una conferencia. Las delegaciones enviadas por los distintos países, o mejor, procedentes de los distintos países, pueden ser un

baremo apropiado para analizar el crecimiento de la Internacional en el aspecto que estamos estudiando.

En la Conferencia de 1865 Dupleix y Becker se consideran "delegados de Suiza" y César de Paepe, de Bélgica. Lo cierto es que en sus respectivos países no existían aún las estructuras orgánicas que hubieran permitido esa delegación. Lo que en realidad representaban no eran federaciones nacionales, que no existían, sino a las secciones locales o regionales existentes en su país. Esto es exactamente lo que ocurrió, un año más tarde, en el Congreso de Ginebra, donde únicamente comparecieron representantes de secciones locales y sociedades obreras, eso sí, de diversos países europeos. En el Congreso de Lausana (1867) se repite lo anterior, si bien el mismo De Paepe concurre representando a las secciones belgas. La organización obrera de Bélgica, tan avanzada ya en aquellos tiempos como poco conocida en nuestros medios, fue la primera en aproximarse a los criterios normativos que antes vimos. Por contra, el siguiente encuentro internacional -Bruselas, 1868- es el que dio lugar a la representación belga más dispersa y heterogénea. En Basilea (1869) Eugène Hins acudió como delegado del Consejo general de las secciones belgas. Fue el único país que envió un representante a escala nacional, lo que no impidió, como autorizaban los estatutos, que otras cuatro secciones y federaciones de esta nacionalidad enviaran también delegados al Congreso. En Londres (1871) concurrió nuevamente Bélgica con una delegación centralizada, esta vez compuesta por el propio De Paepe y por Lauren Verrycken. También lo hizo nuestro país acudiendo a la Conferencia el miembro del Consejo federal Anselmo Lorenzo, representando a la federación española, si bien, en las actas figura inexplicablemente como delegado de la sección de Valencia. (47)

La Conferencia de Londres, respondiendo a las demandas de la organización, fijó las denominaciones de cada instancia y dio carácter oficial a las organizaciones nacionales. En la

resolución correspondiente se hacía referencia genérica a una decisión del Congreso de Basilea. Se trataba de las menciones recogidas en las Resoluciones administrativas V y VII aprobadas en dicho Congreso. En ambas se aludía ya a entidades de carácter nacional. Así, la resolución V decía:

"El Consejo general tiene el derecho de admitir o rechazar la afiliación de nuevas sociedades o grupos, salvo decisión del próximo congreso.

No obstante, allí donde existan grupos federales, el Consejo general deberá consultarlos antes de admitir o rechazar una nueva sección o sociedad, conservando siempre su derecho a decidir provisionalmente".

La VII, por su parte, decía:

"Cuando se produzcan discrepancias entre sociedades o ramas de un grupo nacional, o entre grupos de diferentes nacionalidades, el Consejo general tendrá la facultad de decidir sobre el litigio, salvo resolución del próximo Congreso, que decidirá definitivamente".

(48)

Partiendo de este precedente, la reunión londinense acordó lo que sigue:

"Conforme a la resolución adoptada por el Congreso de Basilea (1869), los consejos centrales de los diversos países donde la Asociación internacional de trabajadores esté organizada regularmente se denominarán, de ahora en adelante, con el nombre de consejos federales o comités federales, adjuntando los nombres de sus países respectivos. La denominación de Consejo general queda reservada al Consejo central de la Internacional". (49)

Con este acuerdo decisivo se evitaban las confusiones que provocaba el uso de una misma denominación por organismos diferentes, como en el caso del Consejo general belga y, además, quedaban configuradas las organizaciones en su ámbito nacional. Sorprenderá que excepcionalmente se permitiera el uso de dos denominaciones para un solo órgano. La explicación se debe a la reclamación efectuada en Londres por el delegado de Suiza Nicolai Utin contra la denominación Consejo federal, ya que éste era el nombre utilizado por el gobierno del país que representaba. Atendiendo esta reclamación se aprobó el uso indistinto de ambas denominaciones. (50)

Los Estatutos emanados de esta Conferencia recogieron el acuerdo citado, el cual se reflejó ampliamente en el articulado del nuevo Reglamento. A partir de esta normativa los Consejos o Comités federales quedaban confirmados como interlocutores nacionales del Consejo general, asumiendo todas las competencias y obligaciones asignadas a los Consejos Centrales en los Estatutos de 1866. Ambas instancias intercambiarían los informes preceptuados estatutariamente, al tiempo que se especificaba con más detalle la responsabilidad de cada una en lo que a las cuotas de los afiliados se refería. Además, y con carácter específico, se les dedicaba el apartado IV del Reglamento. En el mismo, titulado Consejos o Comités Federales, además de reproducir su mecanismo de financiación y la obligación del informe mensual, se recogía una nueva obligación y también una competencia limitada. Eran estas:

- Enviarían a Londres un informe "de la situación administrativa y el estado financiero de sus correspondientes Secciones", trimestralmente.
- Podrían admitir o separar a una sección, sin privarla en el segundo caso de su "carácter internacional", pudiendo proponer al Consejo su suspensión. (51)

No se oculta la complejidad que entrañaba para aquellos

organismos el cumplimiento de estos cometidos, singularmente el recogido en el primer lugar. Cuando el Consejo general admitiera o rechazara a una sección, el órgano federal, como se aprobó en Basilea (1869) debería ser consultado con antelación. (Rgto. II, 5)

Finalmente, el Congreso de La Haya modificó algunos artículos del Reglamento que afectaban a los Consejos o Comités federales, con un neto carácter restrictivo. Así, el Consejo general podría suspender hasta el siguiente Congreso, no sólo a las Secciones, sino también a partir de entonces a los órganos federales e, incluso, a las propias Federaciones de la Internacional. En el caso de los organismos a que nos referimos en este apartado, el Consejo londinense vendría obligado a "solicitar al mismo tiempo a las Secciones de la Federación la elección de un nuevo Consejo Federal en un término de treinta días". En caso de suspender una Federación, debería comunicarlo a las demás y si éstas lo exigían, se procedería a convocar "una Conferencia extraordinaria compuesta por un delegado de cada nacionalidad" que se reuniría en el plazo de un mes y decidiría definitivamente sobre la controversia.

Por el negativo matiz de los acuerdos reseñados pueden deducirse las difíciles circunstancias por las que atravesaba la organización internacional.

A la asamblea de la capital holandesa, a diferencia de las reuniones internacionales anteriores, asistieron por primera vez delegados de las federaciones, concurriendo la de Bélgica, Estados Unidos, Dinamarca, Holanda, Gran Bretaña y España.

Asimismo, lo hicieron numerosos delegados de secciones francesas, alemanas, austriacas, húngaras, irlandesas, belgas, norteamericanas, holandesas, inglesas, españolas y suizas entre otras. (52)

F. LAS SECCIONES Y ORGANIZACIONES DE BASE

Cuando se crea la Internacional, en 1864, no está en el ánimo de sus fundadores dar lugar a un nuevo organismo partiendo de cero. Desde un principio, y contando con el grado de desarrollo del movimiento obrero analizado en el Manifiesto inaugural, lo que se pretende es reunir en su seno las sociedades obreras existentes, sin perjuicio de integrar también a personas individuales y a entidades nacidas al impulso de la propia asociación.

La declaración de principios que precede al articulado de los Estatutos provisionales es muy expresiva a este respecto:

"...el movimiento de la clase obrera que pasa en los momentos actuales por una renovación en los países más industriales de Europa, al tiempo que hace despertar nuevas esperanzas, entraña la solemne advertencia de no reincidir en los viejos errores y apremia a la inmediata articulación de todos los movimientos todavía aislados". (53)

A continuación preveía la incorporación tanto de entidades obreras ya establecidas -en grupo- como de individuos aislados.

Se trataba, pues, más de articular organizaciones dispersas y descoordinadas, dándoles una estructura internacional, que de construir ex-novo un organismo diferenciado.

Siguiendo estos criterios, el Art. 7 de los Estatutos provisionales se refería reiteradas veces a las sociedades obreras, a las que también denominaba sociedades locales, pero simplemente con la finalidad coordinadora señalada más arriba y recogida en el apartado correspondiente a las Federaciones nacionales.

También en los Estatutos de 1866 y en las Resoluciones administrativas de 1869 las organizaciones de base reciben diversas denominaciones: agrupaciones locales, grupos, sociedades filiales, sociedades obreras y secciones. Con el tiempo, sólo las dos últimas perdurarán. Las sociedades obreras, como su nombre indica, eran entidades de carácter sindical que solían integrar a los trabajadores de un mismo oficio en una localidad determinada. En el Congreso de Basilea, con propiedad, se las define como "Sociedades obreras corporativas". La sección, por el contrario, es un organismo que se establece tras la creación de la A.I.T. englobando a todos los afiliados de un municipio con independencia de su profesión y características.

El conjunto de sociedades obreras y secciones de un mismo lugar se denominaría, a partir de 1871 "rama", si bien, como en el caso español, se utilizó también indistintamente el término "federación local". Aún cuando no llegase a reflejarse en los Estatutos, desde un principio se autorizó la coordinación de las entidades locales de diferentes municipios, a escala comarcal, provincial o regional. En estos casos el término distintivo también era el de "federación": Federación del Jura (Suiza), Federación de secciones del valle de la Vesdre (Bélgica), etc.

Las secciones, pues, constituyeron las células básicas de la Internacional, siendo dotadas en los sucesivos Congresos de las competencias y responsabilidades características de un organismo con funcionamiento democrático.

Desde un principio les fue reconocida explícitamente su autonomía. Así, el Art. 14 de los estatutos de Ginebra señalaba:

"Cada Sección tiene derecho a darse su reglamento y sus Estatutos, con arreglo a las circunstancias locales y a las leyes del país. Pero en ningún caso deberán contener nada que se halle en contradicción con los Estatutos Generales ni con el Reglamento General".

Este principio no se alteró en las sucesivas reformas del Reglamento. Los organismos superiores se elegían desde la base y eran "revocables en todo momento por estas". (Art. 5) Las secciones, pues, elegían sucesivamente hasta el Consejo federal y, a través de sus delegados, el órgano máximo de la Asociación.

A través de los órganos intermedios debían recibir toda la información emanada de Londres y viceversa.

Como vimos al estudiar el funcionamiento de los Congresos, las secciones estaban capacitadas para elegir delegados a dichas asambleas generales de la organización, con independencia de que también acudieran representantes de sus federaciones locales, regionales o nacionales. (Arts. 9 y 12)

En Basilea (1869) se regularon determinados aspectos sobre la admisión, el rechazo o la suspensión de una sección. Las nuevas deberían comunicarlo al Consejo general, el cual, antes de tomar una decisión sobre su solicitud de admisión debería consultar con el Consejo federal correspondiente, siempre que estuviera constituido.

Las federaciones, por su parte, podían excluir a una de sus secciones, pero sin privarla de su carácter internacional, esto es, sin expulsarla de la A.I.T. La suspensión provisional correspondía exclusivamente al Consejo de Londres, y la definitiva al Congreso general.

En todos los congresos de la Internacional, incluso en el de La Haya, el mayor número de los delegados asistentes estuvo constituido por representantes elegidos por las secciones y sociedades obreras de base. En el que tuvo lugar en Bruselas el año 1868 concurrieron representantes de un conjunto singular de organismos que no asistieron a ningún otro Congreso. En su mayor parte eran entidades de la misma capital belga, entre las que podemos destacar el Círculo de emulación, los solidarios, los

librepensadores, el Círculo popular, asociaciones cooperativas, la asociación de política militante, la asociación racionalista, el círculo de conferencias, la liga británica para la Reforma y la legión ibérica, procedente de España. (54) Este conjunto variopinto de sociedades asistió junto a las secciones y sociedades obreras que, habitualmente, constituían la mayor parte de la concurrencia a los Congresos internacionales.

La Conferencia de Londres unificó las denominaciones de las sociedades filiales, con lo que ya no sería posible una asistencia tan compleja como la de Bruselas.

El nuevo Reglamento dedicaba un capítulo, el Vº, a las sociedades locales, secciones y grupos, instándoles a denominarse ramas de su respectiva localidad. Exceptuaba de este mandato a las sociedades obreras, que podrían mantener su nombre habitual, y prohibía expresamente "adoptar nombres sectarios, como por ejemplo los de positivistas, mutualistas, colectivistas, comunistas, etc. y formar organismos especiales que... se atribuyan una misión especial, distinta de los fines comunes de la Asociación". (Rgto. V, 2, 3 y 4) A continuación se les invitaba a suprimir el cargo de Presidente -propuesta de Basilea- y se recomendaba "la creación de sociedades filiales femeninas dentro de la clase obrera", sin perjuicio, claro está, de "la integración por obreros y obreras de las sociedades filiales". (Rgto. V. 5 y 6)

Se confirmaba el derecho de las secciones a enviar delegados al Congreso, "cualquiera que sea el número de sus miembros", así como la posibilidad de ponerse de acuerdo con otras para mandar "un delegado común" (Rgto. I. 2 y 5)

Finalmente, reforzando la democracia interna de la organización, los Estatutos autorizaban a las secciones a dotarse de un secretario y a mantener directamente, o a través de este, correspondencia con el Consejo general. (Arts. 7 y 8)

G. LOS AFILIADOS

Como hemos visto en los apartados anteriores, a la Internacional se podía acceder individualmente ingresando en una sección o en una sociedad de oficio que estuviera ya inscrita. También se podía hacer en grupo; por ejemplo, si ingresaba en la A.I.T. la sociedad obrera o entidad de otro tipo en la que se estaba afiliado.

La Internacional, en su declaración de principios, manifestaba que todas sus secciones y afiliados reconocían "la verdad, la justicia y la moral como norma de conducta mutua y con respecto a todos los hombres, sin distinción de color, credo o nacionalidad". En coherencia con ello, la A.I.T. no rechazaría a nadie en función de las características humanas señaladas. (55)

Desde un primer momento cualquier afiliado tenía la posibilidad de acceder a los órganos directivos, desde la sección hasta el Consejo general. Para los miembros de esta ejecutiva, los Estatutos prescribían la condición de ser "trabajadores de los distintos países representados en la Asociación Internacional". El concepto de trabajador, en aquella época, se circunscribía exclusivamente a los asalariados, en su mayoría obreros manuales. Los máximos responsables de la Internacional respondieron a esta característica: Cremer (carpintero), Eccarius (sastre), Hales (tejedor), Odger (zapatero), Dell (tapicero), Shaw (pintor-decorador), Jung (relojero), etc. No obstante, y desde su inicio, es sabido que también formaron, junto a los obreros manuales, profesionales e intelectuales, siempre en minoría, a los que no se les puso ningún impedimento ni para afiliarse ni para acceder a la dirección de la A.I.T. Señalemos, entre otros, los casos de Marx, Engels, Lafargue, Longuet y Fox. (56)

Sentadas estas premisas, comenzaremos por señalar que ni los

Estatutos ni el Reglamento de la Internacional, en sus diversas versiones y modificaciones, contaron nunca con un capítulo específico dedicado a los derechos y las obligaciones de los afiliados.

Las normas centrales de la A.I.T., como hemos observado, fueron siempre escrupulosamente respetuosas con el régimen interno de las secciones. En coherencia con ello, quedaba en manos de éstas el regular la actividad de los afiliados a través de sus propios Estatutos que, únicamente, debían armonizar su contenido con el de los generales de la organización.

Así pues, no es de extrañar que el Congreso de Basilea, que dedicó especial atención al tema de la admisión, el rechazo y la suspensión de organizaciones de la Internacional, no acogiera ninguna referencia a los afiliados.

Los Estatutos generales, como se desprende de lo expuesto, tan sólo se refirieron a los miembros de la asociación en aquello que les relacionaba directamente con los órganos directivos de la misma, y que no podía regularse por las secciones, así como para preservar determinados derechos.

En el reglamento de 1866 se recogen las primeras directrices referidas a los afiliados de la A.I.T. Consta la obligación de abonar una cuota excepcional de 30 céntimos (3 peniques) durante "el año 1866-1867" para cubrir el déficit del Consejo general: (Art. 4) Después, esta aportación quedaría estabilizada en 10 céntimos por afiliado y año. (Rgto. 1871 III. 1) Como ya se expuso en el apartado correspondiente a los Congresos, fue condición indispensable para concurrir a los mismos estar al corriente en el pago de estas cotizaciones a la dirección.

El artículo 8º recogía el derecho de los afiliados a acceder gratuitamente a los informes del Consejo general, y el undécimo el de votar y ser elegido para acudir a los congresos

generales de la organización.

En la reforma de Estatutos acordada por la Conferencia de Londres (1871), se recogieron y ampliaron estos puntos. Cada afiliado dispondría de un carnet, que incluiría un ejemplar de los Estatutos, en el que se adherirían los sellos de cotización enviados por el Consejo general a las secciones con ese fin.

Con el fin de evitar abusos o actitudes sectarias, se precisaban las condiciones de acceso a la Internacional y determinado requisito por el que deberían velar las secciones o sociedades obreras:

"Cuantos reconozcan y defiendan los principios de la Asociación Internacional de Trabajadores serán admitidos como miembros de ella. Cada sociedad filial será responsable de la probidad de aquellos a quienes acepte en su seno". (Art. 9)

Finalmente, se recogía de nuevo uno de los artículos introducidos por Marx en las normas provisionales de 1864, que se refería a la solidaridad entre los afiliados:

"Cualquier miembro de la Asociación Internacional que se traslade de un país a otro, recibirá el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación". (Art. 10)

Este punto venía impuesto por la masiva ola de refugiados provocada por la represión de la Comuna. No obstante, la emigración forzosa de trabajadores, perseguidos por razones políticas y sociales, era ya muy importante en los años iniciales de la Internacional.

3. LOS ÓRGANOS OFICIALES DE PRENSA DEL CONSEJO GENERAL DE LA A.I.T.

Para concluir este capítulo, dedicado a los principios que inspiraron a la Internacional y a su estructura y funcionamiento interno, resulta un complemento imprescindible el estudio de la prensa oficial de la A.I.T. Pese al descuido que sobre esta materia se manifiesta en muchos trabajos generales sobre el movimiento obrero, su análisis de conjunto se muestra como un excelente indicador del tono vital por el que atravesaba la organización.

Ciñéndonos a las características de este trabajo, nos centraremos exclusivamente en aquellas publicaciones que fueron declaradas formalmente "órganos del Consejo General de la Internacional". De las publicaciones españolas nos ocuparemos en los capítulos siguientes, y respecto a la prensa internacionalista en su conjunto, el interesado dispone de un pormenorizado estudio descriptivo que cubre satisfactoriamente esta faceta. (57)

Las vicisitudes por las que atravesó la Internacional, en lo que a la prensa se refiere, constituyen una experiencia de gran valor por varias razones. Por una parte, porque se trataba del primer organismo obrero supranacional que alcanzaba una existencia estable y con influencia real sobre una docena de países europeos y norteamericanos. Por otra, derivada de la anterior, porque sus vivencias internas se dejaron sentir muy acusadamente en el desarrollo de las organizaciones filiales.

El valor extraordinario de los medios de comunicación escritos era algo bien conocido para los fundadores de la Iª Internacional. La preocupación de Marx, Fox, Collet, Eccarius y otros componentes de su dirección, queda de manifiesto reiteradamente en las actas del Consejo general. Por otra parte,

y visto lo anterior, no resultará sorprendente el que cuando un miembro de dicho órgano ejecutivo recale en Madrid a fines de 1871 establezca una relación especial, precisamente, con los redactores de La Emancipación, órgano de la Internacional en la capital española.

Como ya se expuso, el Consejo general de la A.I.T. mantuvo su sede en Londres hasta el Congreso de La Haya en 1872. La presencia de miembros británicos en su seno, pertenecientes los más a las Trade-Unions, fue siempre muy elevada. (58) En el tema que nos ocupa, también la prensa de los sindicatos ingleses jugó un papel decisivo en la difusión de las actividades del Consejo general y de la Internacional en su conjunto. Este protagonismo británico no se correspondía con su presencia real en las filas de la organización. Así, Sidney y Beatrice Webb, en su ya clásica historia de las Trade-Unions, dedican escasísima atención a la A.I.T., llegando a confesar genéricamente que "no se sabe muy bien hasta qué punto participaron los trabajadores ingleses en el cumplimiento de sus objetivos". (59)

Las referencias críticas al escaso arraigo de la internacional obrera en su país de origen no dejaron de producirse. En octubre de 1868 Marx salió al paso de las mismas en nombre de la Asociación. Argumentaba que entre los "seis o siete" miembros del London Trades Council (Consejo de los Sindicatos Londinenses) -que operaba como dirección semioficial de las Trade-Unions-, tres eran "al mismo tiempo, miembros del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores". Además de estos, que representaban a los sindicatos de zapateros, albañiles y carpinteros, otros cinco miembros del Consejo general representaban también a organizaciones de las Trade-Unions afiliadas a la Internacional. Estos organismos, incluso los no pertenecientes a la misma, indicaba Marx, tenían "el derecho -como es costumbre- de enviar, en casos concretos, delegados al Consejo general".

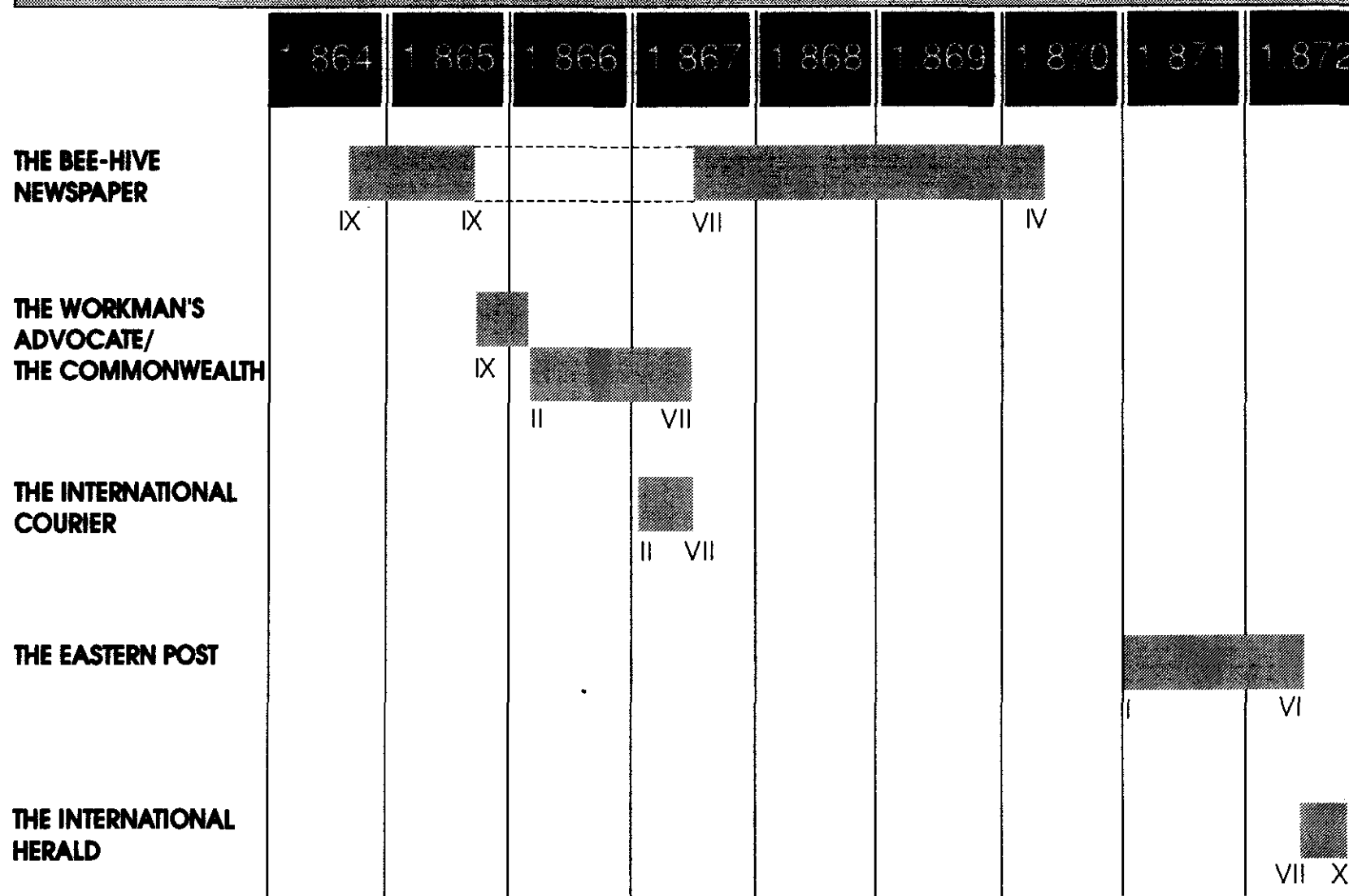
Por último, y regresando a nuestro tema, señalaba que en la Internacional, además de la Liga por la Reforma, la Asociación Nacional de la Reforma, el movimiento popular atea y diversas sociedades cooperativas,

"Está, finalmente, el Bee-Hive, bajo la dirección de George Potter, órgano oficial de las Trade-Unions inglesas, que es igualmente el órgano del Consejo General de la A.I.T., en el cual rinde cuenta semanalmente de sus sesiones". (60)

Efectivamente, The Bee-Hive Newspaper (La Colmena) fue órgano de la dirección internacionalista durante cerca de seis años, pero no fue el único periódico oficial de dicho Consejo. En realidad, obtuvieron sucesivamente esta condición cinco semanarios londinenses, de los cuales, uno cambió de denominación y otro llegó a publicarse simultáneamente, por poco tiempo, en inglés y francés. Dado lo expuesto, y antes de introducirnos en la descripción cronológica de estos periódicos, convendría advertir que en todos los casos fue el Consejo general quién acordó conceder el carácter de portavoz u órgano de dicha ejecutiva, haciéndolo generalmente sin exclusividad, de ahí que hasta 1867 otros rotativos compartieran con el Bee-Hive la misma representación.

El desarrollo cronológico de los órganos periodísticos oficiales del Consejo general de Londres, fue como queda reflejado en el siguiente cuadro:

SECUENCIA DE LOS ORGANOS OFICIALES DE PRENSA DEL CONSEJO GENERAL DE LA A.I.T.



El semanario The Bee-Hive se publicó desde 1861 hasta 1876. Su fundador, editor y redactor fue el carpintero George Potter, ya citado, dirigente de su sindicato y miembro del Consejo sindical londinense. En sus tareas fue asistido por un conjunto de destacados dirigentes de las Trade-Unions, contribuían a su mantenimiento más de cien organismos de dicha unión y colaboraron en su redacción conocidos intelectuales afines al mundo sindical inglés. Gracias a este conjunto de aportaciones, The Bee Hive pudo sobrellevar la crisis que afligió a la prensa británica durante la década de los 60 del siglo XIX. (61)

Fue considerado en su tiempo como el mejor periódico obrero, siendo imprescindible su consulta para estudiar aquella etapa de las Trade-Unions y de la propia A.I.T.

Dado lo expuesto, no sorprenderá que ya en el mitin inaugural de la Internacional se eligiera como miembro del Consejo central a Robert Hartwell, redactor del semanario sindical.

El 22 de noviembre de 1864, a propuesta del tapicero William Dell y del panadero Alexander Dick, el Consejo acordó por unanimidad "hacer del Bee-Hive el órgano de la Asociación". Karl Marx sintió desde un principio la necesidad de contar con un periódico. En carta a Engels del 2 de diciembre de ese año, le comunicaba que: "Es naturalmente imposible realizar aquí la agitación sin disponer de un órgano de prensa". En la misma misiva informaba a su amigo que el Bee-Hive había sido declarado órgano de la Asociación y mostraba su desconfianza hacia el director del semanario: "Desgraciadamente -y esta desgracia es particularmente frecuente entre los obreros- un pillo, George Potter se ha instalado con una pandilla de accionistas -él es el secretario- que forman hasta ahora la mayoría". A continuación, le exponía la decisión acordada para tratar de hacerse con el control del periódico: "Se ha decidido por el Comité, la mayoría de cuyos miembros ingleses son accionistas... que constituyamos

un fondo de acciones que nos permita crear accionistas y desbordar la vieja mayoría". (62) La citada operación no se llevó a cabo y el periódico continuó su relación con la Internacional en las mismas condiciones que al principio.

Además de las actas del ejecutivo internacional publicó sus manifiestos, declaraciones oficiales y el programa de la Conferencia de Londres de 1865. Pese a ello, y según se comprueba en los informes del Consejo general, se produjeron diversos roces con el editor, celoso siempre de la independencia del rotativo, durante el verano de 1865. El 28 de agosto marcó el punto crucial del enfrentamiento. Una carta enviada por un afiliado, con información política internacional, fue publicada como editorial del periódico sin mediar solicitud alguna al remitente. El Consejo acordó por unanimidad exigir a Potter la correspondiente explicación. (63)

Coincidiendo con este distanciamiento, el miembro británico de la dirección internacionalista, John B. Leno, de oficio impresor, obtenía el derecho de editar un semanario, órgano de la Unión nacional de mineros del Reino Unido, denominado The miner and workman's advocate. Convertido en su redactor principal, a fines de julio ofreció al Consejo su revista como órgano oficial. Durante las sesiones del 8 y 15 de agosto de 1865 se trató el tema en profundidad -sin reflejarlo en actas- llegando a los siguientes acuerdos:

- Rechazar una oferta de adquisición por el The Bee-Hive.
- Constituir una sociedad de responsabilidad limitada con un capital de 1.000 libras repartidas en otras tantas acciones.
- Adquirir los derechos de edición del periódico, reservándose la modificación de su cabecera y del formato.
- Constituir una comisión redactora de los

estatutos del semanario.

El 22 de agosto, tras la reunión del Consejo general, los accionistas de la Industrial Newspaper Company, que así se llamó la sociedad, tuvieron su junta constitutiva. Durante la misma, con la presencia de los principales dirigentes de la Internacional, se aprobó el prospecto de la sociedad, así como el texto de un llamamiento a los obreros. En la citada reunión, el consejo de administración de la I.N.C. eligió una dirección de la compañía formada por cinco miembros del Consejo general de la A.I.T. (64)

Con estas actuaciones se ponía en marcha el primero y único intento de promover un periódico desde el seno de la dirección internacional. La aventura, como veremos, fracasó antes de cumplir sus dos primeros años. No obstante, al surgir desde el propio Consejo general, merece especial atención por el carácter original y autónomo de los planteamientos, principios y objetivos de la publicación. Se recogieron éstos en el manifiesto A los trabajadores de Gran Bretaña e Irlanda y en el prospecto de La Compañía Industrial periodística, publicados ambos en septiembre de 1865.

El primero de ellos se abría con el siguiente exordio:

"¡Camaradas trabajadores!

Es un hecho que entre los miles de diarios y semanarios que existen hoy en día, aquellos que sostienen los intereses de la clase trabajadora y defienden la causa del trabajo se pueden contar con los dedos de la mano".

Sin referencia alguna al Bee-Hive, continúa diciendo que, hasta entonces, han dependido de la tolerancia y de la ayuda de algunos periódicos y redactores-jefe. Citando a Benjamin

Franklin, prosigue: "Si queréis que una cosa se haga, y se haga bien, hacedla vosotros mismos". Ese es el camino emprendido por la I.N.C., constituida por un conjunto de "defensores de los intereses de la clase trabajadora". Declaran haber adquirido los derechos de edición del The miner and Workman's advocate con la intención de transformarlo "en un periódico de primer orden, no sólomente para los mineros, sino para todas las ramas de la industria, una publicación en la que sean ampliamente debatidas todas las cuestiones políticas, sociales y laborales que afecten al conjunto o a una parte de la clase trabajadora". Finalmente, concluían invitando a "todos los amigos de la libertad" a "concurrir a la buena y difícil tarea emprendida por la Compañía, suscribiendo sus acciones y ayudándola a incrementar la circulación del periódico".

El prospecto, por su parte, insistía en la necesidad de cubrir un hueco en la defensa específica de los intereses de clase, proporcionando a los trabajadores "un auténtico intérprete de sus reivindicaciones y un fiel campeón de sus derechos". En cuanto a su declaración ideológica indicaba que "el periódico será democrático en política y siempre dispuesto a mantener los principios frente al oportunismo". Frase esta última, que bien podía entenderse como una crítica soterrada a la actitud moderada y conciliadora del Bee-Hive. Muchos fracasos de los trabajadores, continuaba, se deben "a la falta de un órgano legítimo para influir a la opinión pública".

Con detalle, describía a continuación su programa, fuertemente influido por los movimientos para la reforma de las normas electorales en Gran Bretaña, auspiciados por la Internacional:

"El Workman's Advocate expresará su opinión muy clara sobre las grandes cuestiones del día. Con vistas a promover la completa liberación política y social de millones de trabajadores, apoyará

enérgicamente la ampliación del sufragio a todos los ciudadanos varones, el escrutinio secreto, la representación proporcional al número de votos, los impuestos directos, la nacionalización de la tierra, el desarrollo a escala nacional del trabajo cooperativo, la reducción de la jornada laboral, los movimientos en favor de la media jornada los sábados, las asociaciones políticas, internacionales y profesionales, así como todo aquello que favorezca la causa del progreso humano".

Pocos programas podían comparársele en lo completo y avanzado de su contenido. La propia Internacional incorporará más tarde en sus congresos estos postulados que, en buena parte, serán recogidos varios decenios más adelante por los futuros partidos socialistas y socialdemócratas de la II Internacional.

En coherencia con sus principios, declaraba que "las revoluciones deben hacerse por la fuerza de las ideas y no por la violencia física".

En uno de los párrafos finales, reconocía "su estrecho contacto con la Asociación Internacional de Trabajadores", gracias a cuyos corresponsales en el mundo, la sección de información internacional constituiría uno de los "aspectos más estimables" del semanario. (65)

El 8 de septiembre de 1865 apareció el primer número del nuevo The workman's advocate, (El defensor del trabajador). El lunes 25 del mismo mes, la Conferencia de la A.I.T. abordó "la cuestión del periódico". A propuesta de Johann Philipp Becker, organizador de las secciones de la Suiza germánica, secundado por el emigrado francés en la capital británica Victor Le Lubez, el rotativo fue reconocido oficialmente como órgano de la Internacional. Así mismo, se acordó que la correspondencia de

los delegados en el exterior fuera enviada al periódico, compilada por una comisión, entre cuyos miembros figuraba Marx, y publicada en el mismo. (66)

En ningún momento consta en las actas del Consejo general la ruptura con el Bee-Hive, si bien, a partir de las fechas indicadas los informes de dicho órgano y sus documentos oficiales comienzan a publicarse en el nuevo órgano oficial. En enero de 1866 reproducía la convocatoria para las reuniones semanales del Consejo e iniciaba su intercambio con otros periódicos de la Internacional como La Tribune du Peuple, portavoz de las secciones belgas.

El 10 de febrero cambió su título por The commonwealth (La comunidad, la colectividad). Además, de esta transformación, también hubo cambios notables en el consejo de redacción del semanario. Marx continuó en el mismo y logró que se nombrara redactor jefe a su amigo Johann G. Eccarius, a pesar de lo cual se incrementó el número de consejeros contrarios a los principios de clase sustentados por aquél. En abril, los dirigentes moderados de las Trade-Unions consiguieron asestar un duro golpe a los partidarios de Marx, al conseguir situar a George Odger como nuevo jefe de la redacción.

Los cambios referidos fueron propiciados por las dificultades económicas que azotaron en aquel período a toda la prensa obrera y radical inglesa. Los elementos más conservadores de los sindicatos británicos, aprovechando la coyuntura, se hicieron con la mayoría de las acciones de la editora, consiguiendo de este modo reducir el protagonismo de los internacionalistas. En julio de 1866 Marx abandonó el consejo de redacción del periódico y el demócrata británico Peter Fox, miembro del Consejo general, dejó asimismo la redacción.

A partir de esta fecha, de hecho, el semanario dejó de ser órgano oficial de la A.I.T. En septiembre, continuando su

progresivo distanciamiento, pasó a subtitularse "Órgano del movimiento para la reforma electoral", ausentándose la redacción del local que venía compartiendo con el Consejo general de la Internacional.

El 20 de julio de 1867, The Commonwealth suspendía definitivamente su publicación. (67)

La ruptura con este semanario, como en casos anteriores, no significó un enfrentamiento. De hecho, aunque espaciadamente, siguió publicando referencias de las sesiones del Consejo general, así como documentos oficiales de la A.I.T., incluso en su último número. (68)

Desde el inicio de 1866, por otra parte, comenzaron a prodigarse en el continente europeo y en los Estados Unidos de norteamérica un buen número de publicaciones periódicas que recogían información de la Internacional y de su dirección. Valga destacar como ejemplo, entre otros, el ya citado La Tribune du Peuple de Bruselas, Der Vorbote de Ginebra, el proudhoniano La Voix de l'Avenir en la Chaux-de-Fonds (Suiza), The Working Man en Londres y The Workingman's Advocate en Chicago (E.E.U.U.)

Otro semanario londinense vino a recoger el testigo como nuevo periódico de la organización internacional. Se trataba de The International Courier o también Le Courier International, dado que se imprimía en las dos lenguas desde noviembre de 1864. En el momento de la ruptura con el anterior rotativo, era editor y propietario de aquellos el emigrado francés y miembro del Consejo general Joseph Collet, editor a su vez del The Working Man. Además de lo expuesto, dirigía en la capital británica una oficina cooperativa internacional de imprenta en la que, a fines de 1866, se editó la versión francesa de los Estatutos y el Reglamento de la A.I.T. por encargo del Consejo directivo. (69)

Conocedor de la situación, Collet se ofreció, en la sesión

del 2 de octubre de 1866, a publicar en su periódico las informaciones del Consejo general "reservándose el derecho de añadir sus comentarios si lo juzgaba apropiado". No hubo decisión al respecto. Al inicio de 1867 Peter Fox informó al Consejo de la inserción de un trabajo suyo en aquella publicación, y en los meses de febrero y marzo se reproducían en sus páginas las Instrucciones a los delegados del Consejo general provisional sobre diversas cuestiones, que habían sido presentadas como informe de dicho órgano al pasado Congreso de Ginebra (septiembre, 1866). Desde febrero a abril publicó, asimismo, las actas de dicho Congreso en las dos ediciones inglesa y francesa. Su distribución en el país galo provocó, inmediatamente, la reacción del gobierno seudoliberal de Napoleón III, el cual solicitó del gabinete británico medidas contra el periódico. A fines de febrero le fue solicitada una fianza muy elevada (varios miles de francos) que conllevaba la suspensión cautelar del semanario. Collet solicitó la ayuda del Consejo y obtuvo el aval del miembro británico del mismo James Cope, perteneciente también al Consejo sindical de Londres de las Trade-Unions, lo que permitió de nuevo la salida del semanario a primeros de marzo. El 19 de ese mismo mes, el ejecutivo de la Internacional decidía enviar 20 ejemplares a las secciones angloparlantes y 25 en francés para el continente europeo.

Poco después, en la sesión del 16 de abril, recibía el reconocimiento oficial de la A.I.T., aprobándose por unanimidad la siguiente propuesta:

"El Consejo (general) recomienda el The International Courier a las diversas sociedades afiliadas como el órgano que mejor representa los principios de la Asociación; esta propuesta debe ser comunicada en toda la correspondencia".

La colaboración entre ambas instituciones resultó, a la postre, muy breve en el tiempo. El 20 de julio, en idéntica

fecha que The Commonwealth, veía la luz el último número del semanario, quedando una vez más a la intemperie informativa la dirección de la Internacional. (70)

Las desgracias nunca vienen solas. El II Congreso de la Internacional debía inaugurarse el siguiente 2 de septiembre y, para mayor adversidad, comenzaba a circular en Francia un programa para aquella asamblea desconocido para la cúpula de la organización. En la sesión del 23 de julio, a propuesta de Marx y de Lessner, el Consejo general decidió publicar el temario oficial del Congreso en el diario republicano de París Le Courrier Français. Contaba este periódico entre sus colaboradores con insignes internacionalistas como Henri Tolain y los miembros del Consejo Eugène Dupont --secretario-corresponsal para Francia-- y el propio Marx. (71)

Una vez concluido el Congreso de Lausana (Suiza), volvió a plantearse el reiterado tema del periódico. Poco a poco, el Consejo general restableció unas relaciones con el viejo semanario de George Potter que, en realidad, nunca se habían quebrado totalmente. A partir de julio de 1867 las actividades del Consejo general de la A.I.T. volvieron a reflejarse con frecuencia en las páginas del The Bee-Hive.

El informe y el balance económico, sometidos al Congreso, fueron publicados en la segunda quincena de septiembre y el 17 del mismo mes la dirección de la Internacional, olvidando antiguas querellas, acordaba adquirir 50 ejemplares de los dos últimos números del semanario para sus propios miembros.

En octubre, el periodista Peter Fox, miembro del Consejo como se recordará, comunicó al mismo su intención de llamar la atención del semanario -del que era colaborador- en cuanto a sus relaciones con el ejecutivo de la A.I.T. Un mes más tarde, dimitiendo de su cargo en el Consejo, decidió incorporarse plenamente a la redacción del periódico. (72)

En 1868 el Bee-Hive siguió recogiendo informaciones y circulares del Consejo general. La memoria del Congreso de Bruselas, celebrado en septiembre de aquél año, se acordó editarla en el semanario, encargando al mismo una tirada de 1000 ejemplares. Durante el siguiente año, el semanario continuó siendo de hecho el órgano oficial del Consejo, publicando semanalmente los informes del mismo. Sin embargo, el periódico fue derivando paulatinamente hacia posturas más reformistas, lo que se agudizó al pasar el semanario a las manos del liberal Samuel Morley. A partir de entonces comenzó a demorarse la publicación de documentos de la Internacional y, en ocasiones, llegaron a imprimirse alterando su contenido. En noviembre de 1869 el periódico se negó a publicar la resolución del Consejo general sobre la cuestión irlandesa, tema de candente actualidad que se debatía en el parlamento. El semanario, dada su nueva orientación ideológica, apoyó el programa de reformas difundido por el gabinete liberal de Willian E. Gladstone. La mayor parte de los sindicatos británicos, fieles a su estrategia tradicional, se mostraron más inclinados hacia la actitud de su periódico que atraídos por los postulados radicales de la Internacional. (73).

Puestas así las cosas, la relación entre ambas entidades entró en una nueva fase de deterioro que hizo crisis definitivamente en la primavera de 1870.

En la sesión del 26 de abril el Consejo general analizó en extenso su relación con el semanario. Marx hizo un auténtico memorial de agravios: "... el periódico ha silenciado nuestras resoluciones, ha mutilado nuestros informes y ha retrasado su publicación hasta tal punto que ha tenido que falsear sus fechas... Además, el tono del Bee-Hive es contrario a los Estatutos y al programa de la Asociación. Recomienda la armonía con los capitalistas, mientras que la Asociación ha declarado la guerra a la dominación del capital". Hermann Jung, militante desde la primera hora, calificó de retrógrado al rotativo y pidió hacer pública la ruptura, dado que la vinculación con aquél era

de dominio público allí donde alcanzaba la presencia de la Internacional.

Otros dos veteranos dirigentes británicos, Applegarth y Mottershead manifestaron su decisión de abandonar el consejo de redacción del periódico, adoptándose finalmente el acuerdo de que Marx redactara la correspondiente declaración de ruptura.

En la sesión del 17 de mayo de 1870 Marx leyó la siguiente resolución:

"Considerando,

1. Que las diferentes secciones de la Internacional en el continente y en los Estados Unidos han sido invitadas por el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores a suscribirse al periódico Bee-Hive, en su calidad de órgano oficial de dicho Consejo y de representante de la clase obrera entre la prensa inglesa.
2. Que el Bee-Hive no sólomente ha eliminado de los informes oficiales del Consejo General resoluciones que habrían molestado a sus amos, sino que además ha desnaturalizado sistemáticamente, a través de supresiones, el contenido de las sucesivas sesiones del Consejo General.
3. Que, sobre todo a partir del reciente cambio de propietarios, a pesar de definirse como órgano exclusivo de la clase obrera, el Bee-Hive se ha vuelto el órgano de una camarilla capitalista, que desea mantener a raya el movimiento proletario con el fin de servirse de él para promocionar sus propios intereses de clase y de partido;

El Consejo general de la Asociación Internacional

de Trabajadores en su sesión del 26 de abril de 1870 ha resuelto por unanimidad cesar toda relación con el Bee-Hive y anunciar públicamente esta decisión a sus diferentes secciones en Inglaterra, en el continente y en los Estados Unidos".

De nuevo, la ejecutiva internacional rompía con el viejo semanario de las Trade-Unions y, esta vez, definitivamente. Durante el resto del año permaneció el Consejo general sin órgano oficial de prensa, si bien, las diferentes secciones de la Asociación se iban dotando progresivamente de medios de comunicación escrita. Así, la resolución arriba transcrita fue publicada en Der Volksstaat, órgano del partido socialdemócrata y de los sindicatos alemanes, en Der Vorbote, órgano de la A.I.T. en Suiza, y en el de las secciones belgas L'Internationale. (74)

A partir de enero de 1871 un semanario obrero del este de Londres, The Eastern Post, comenzó a publicar ininterrumpidamente las informaciones del Consejo general, convirtiéndose, de hecho, en su nuevo órgano oficial de prensa. Efectivamente, tanto las actas de sus sesiones como las declaraciones centrales de la A.I.T. fueron recogidas asiduamente por dicho periódico. En la sesión del 7 de noviembre, debatiendo el Consejo dónde imprimir un texto, Engels manifestó que en el Eastern Post, ya que "es enviado a todos los Consejos federales y sus informes son reproducidos en los órganos de la Asociación". En diciembre se acordó que lo recibieran todos los miembros de la dirección, dotando a los secretarios-corresponsales de seis ejemplares para que lo enviaran a sus secciones.

Pese a lo dicho, las actas del Consejo también recogen algunas manifestaciones de desconfianza hacia el periódico. Desde el verano de aquel año, por otra parte, otro semanario radical británico, el Reynolds's Weekly Newspaper, recibía y publicaba informes del ejecutivo de la Internacional.

En la sesión del 25 de junio de 1872 se dejó sentir el malestar del Consejo general hacia el Eastern Post. Auguste Serrailier y Friedrich Lessner denunciaron ataques y calumnias recogidas en las páginas de la publicación contra la dirección de la A.I.T. A propuesta de Engels, el tema se puso en manos del subcomité "con plenos poderes para decidir". En su sesión del 27 de junio, el órgano auxiliar del Consejo decidió la ruptura con aquel semanario. (75)

En esta ocasión, el nuevo fracaso periodístico del Consejo general se producía coincidiendo con los preparativos del Congreso de La Haya. La pugna con los bakuninistas se encontraba en todo su apogeo, y mientras estos disponían de diversos órganos de prensa en varios países, la dirección de la Internacional trataba de hacerles frente sin haber sido capaz de consolidar, en ocho años de funcionamiento, un periódico propio. Justo es decir, que las penurias económicas del Consejo londinense le acompañaron en toda su andadura. Como se recoge en las memorias de los Congresos y en las actas de la dirección, ni siquiera la retribución del secretario general pudo hacerse efectiva en muchos casos.

El recambio informativo, último eslabón de una larga cadena, vino esta vez de la mano de un semanario aparecido el 2 de marzo de 1872. Se trataba del The International Herald, cuyo expresivo subtítulo rezaba: "Órgano oficial de la Sección Británica de la Asociación Internacional de Trabajadores". Cuando por primera vez, el Consejo general podía contar con su propio órgano oficial partidista, su permanencia en la capital del Támesis tenía los días contados. Esta vez, y por razones muy distintas de las anteriores, la desvinculación se produciría por el traslado del Consejo general a Nueva York a partir de octubre de aquel año.

El nuevo semanario internacionalista, a través de su redactor-jefe William H. Riley, periodista y miembro del Consejo federal británico, había ofrecido sus páginas desde un primer

momento a la dirección de la Internacional obrera. El Consejo, por su parte, aceptó inmediatamente la propuesta y decidió enviar "cada semana al International Herald una copia exacta del informe destinado al Eastern Post". Un día después de la ruptura con éste, el 29 de junio, el nuevo semanario anunciaba la convocatoria del próximo Congreso general de la organización. En julio, el Consejo acordó enviar la documentación correspondiente a dicho encuentro en la capital holandesa al nuevo órgano oficial, procurándose al mismo tiempo "el número habitual de ejemplares del International Herald para uso de los miembros".

En los pocos meses que restaban hasta la asamblea general de la organización, este periódico sirvió de portavoz oficial de su dirección, publicándose tras aquella, durante el mes de octubre, el "Informe oficial del Consejo general al quinto Congreso anual de la Asociación Internacional de Trabajadores celebrado en La Haya".

Tras la ruptura en el seno de la organización, este semanario permaneció fiel a los acuerdos del último congreso y a la nueva dirección establecida en Nueva York. (76)

Sin ánimo de realizar valoraciones sobre lo expuesto, que se recogerán en el apartado de conclusiones, sí conviene dejar constancia aquí de un conjunto de referencias que afloran al analizar la peripecia informativa que vivió la Internacional.

En primer lugar, pese a las protestas de Marx en contrario, la organización internacional nunca encontró, como ya vimos, suelo abonado en su país de origen. Pese a la adscripción de cualificados dirigentes de las Trade-Unions, los sindicatos británicos permanecieron distantes en todo momento de los planteamientos reivindicativos, los métodos de actuación y, por tanto, de la organización obrera supranacional. Pese al empeño de Marx, Engels y demás dirigentes, la A.I.T. no logró nunca movilizar hacia sus postulados de clase y revolucionarios al

importante movimiento sindical británico. (77)

De no haber sido así, su situación económica, entre otras, habría sido muy diferente. La A.I.T. se movió siempre en un clima de penuria económica -puesta de manifiesto en su experiencia periodística- que lastró continuamente sus actividades. No sólo no pudo contar con un periódico propio, sino que ni tan siquiera logró editar los boletines informativos que prescribían sus Estatutos y, lo que es más grave, abonaba con retraso y dificultades incluso los pocos ejemplares de los órganos oficiales que adquiría el Consejo para uso de sus miembros.

Estos datos, que surgen al estudiar la frustrada travesía periodística de la A.I.T., pueden ser muy útiles a la hora de analizar el comportamiento de un Consejo general que debía dirigir desde Londres la más extensa organización obrera conocida hasta entonces.

* * *

NOTAS AL CAPÍTULO II

- (1). Las actas del Consejo central o general de la Iª Internacional desde 1864 hasta 1872 constituyen una documentación básica para la elaboración de este capítulo. Se encuentran editadas en ruso, inglés y francés. Hemos utilizado esta última versión, publicada por el Instituto de Marxismo-Leninismo de la Unión Soviética bajo el título: Le Conseil Général de la Première Internationale. Edition du Progrès. Moscú, 1972-1975. La obra consta de cinco volúmenes, cada uno de los cuales aborda los siguientes períodos: 1864-1866, 1866-1868, 1868-1870, 1870-1871 y 1871-1872. En las citas sucesivas distinguiremos cada volumen por el período del que se ocupa. Los datos referidos al primer Consejo central de la A.I.T. en op. cit. (1864-1866) nota 1 (p. 301) y en A. LEHNING Michel Bakounine et l'Italie. 1871-1872 (Archives Bakounine) 2ª parte. Leiden, 1963 n. 231 p. 464
- (2). El acta de la sesión del 5 de octubre de 1864 en op. cit. (1864-1866) pp. 25 a 27. El proceso de redacción por Marx del Manifiesto inaugural y los Estatutos provisionales, ibídem, notas 9 (p. 303) y 14 (p. 305). Los acuerdos del 1 de noviembre de 1864, ibídem, pp. 32-33. Sobre la actividad y la influencia de Karl Marx como redactor del Manifiesto inaugural de 1864, así como de múltiples ponencias de Congresos y de resoluciones, como las adoptadas por la Conferencia de Londres en 1871, ver el artículo de Maximilien RUBEL. "La charte de la Première Internationale. Essai sur le marxisme dans l'Association Internationale des Travailleurs." Le Mouvement Social. (Número especial dedicado a la Primera Internacional.) París, nº. 51, 1965 pp. 3 a 22
- (3). C. MARX-F. ENGELS. La Internacional. F.C.E. México, 1988 p. 5. Esta obra contiene los textos elaborados por Marx y Engels sobre la Iª Internacional, o A.I.T., entre 1864 y 1878, así como un importante conjunto de notas y correspondencia. Las actas de los Congresos de la A.I.T. se encuentran en: Jacques FREYMOND (director) La première Internationale. Droz. Ginebra, 1962-1971 4 vols. (Hay una traducción española de los dos primeros volúmenes en Zero, Madrid, 1973)
- (4). MARX-ENGELS op. cit. p. 6. Ya en el Manifiesto Comunista, redactado en 1847, hace referencia Marx a esta conquista de los trabajadores. La limitación de la jornada de trabajo a ocho horas fue propuesta por el Consejo General de la A.I.T. en el Congreso de Ginebra en 1866. Se aprobó en su sesión del 7 de septiembre. (ver FREYMOND, op. cit. versión española Tomo I p. 102 y ss.). También en Amaro del ROSAL

Los Congresos Obreros en el siglo XIX. Grijalbo. México, 1958 pp. 139-140

- (5). MARX-ENGELS. op. cit. p. 6
- (6). Ibídem, p. 6
- (7). Ibídem, p. 7. Los adversarios de Marx objetarán siempre sobre el contenido de este Manifiesto inaugural, "al no haber sido expresamente sancionado por ningún Congreso de la Internacional" (G. MAYER, Friedrich Engels: una biografía, F.C.E. Madrid, 1979 p. 595)
El Manifiesto inaugural de Marx fue introducido en España por los seguidores de Bakunin con una traducción que alteraba groseramente el texto original, aproximándolo a los planteamientos del anarquista ruso, como veremos en el Capítulo IV. (Jacques MAURICE. "Sobre la penetración del marxismo en España". Estudios de Historia Social. Madrid, 1979 n.ºs. 8-9 pp. 65 a 73)
- (8). Para las citas del Manifiesto Comunista hemos utilizado dos ediciones: la publicada por Cenit, de Madrid, en 1932 pp. 69, 70, 73 y 82 y la de Grijalbo, México, 1970 p. 34
- (9). MARX-ENGELS. Obras escogidas en dos tomos. Progreso. Moscú, 1977 pp. 12, 13 y 17
- (10). MARX-ENGELS. La Internacional... p. 7
- (11). Los Estatutos provisionales de 1864 en MARX-ENGELS. La Internacional... pp. 8 a 10
Un relato pormenorizado sobre la evolución de los Estatutos de la A.I.T., traducciones erróneas, edición oficial, etc. en esta misma obra, nota 203 (pp. 655-656). El estudio comparado de las primeras traducciones en James GUILLAUME. L'Internationale... Documents et souvenirs. (1864-1878). Gerard Lebovici. París, 1985. Tomo I pp. 11 a 21
- (12). Ibídem, p. 8 El artículo 1º de los Estatutos se mantuvo con leves variaciones en la reforma de octubre de 1871, si bien fue sustituido en la de 1872 por esta nueva redacción:

"La Asociación está creada para organizar la acción común de los trabajadores de los diferentes países que aspiran a un mismo fin, a saber: el apoyo mutuo, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera" (Le Conseil Général... (1871-1872) p. 354)
- (13). Tom B. BOTTOMORE. ed. al. Diccionario del pensamiento marxista. Tecnos. Madrid, 1984 p. 552
- (14). C: ABRAMSKY y H. COLLINS. Karl Marx and the British Labour

Movement-Years of the First International. Macmillan. Londres. 1965 p. 50. Apud Angiolina ARRÚ. Clase y partido en la Primera Internacional. Comunicación. Madrid, 1974 p. 30 nota 19

- (15). A. ARRÚ. op. cit. p. 30
- (16). F. ENGELS. Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas, en MARX-ENGELS. Obras escogidas en dos tomos. Progreso. Moscú, 1966 Tomo II, p. 338. Este trabajo fue publicado por Engels en 1885, como prefacio a la tercera edición del libro de Marx Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia.
- (17). F. ENGELS. Ibídem, p. 348
- (18). Estatutos de la Liga Comunista. (Londres, 8 de diciembre de 1847). Seguimos el texto recogido como apéndice en la obra de MARX y ENGELS. El Manifiesto Comunista. Cenit. Madrid, 1932 pp. 374 a 380
- (19). Esta cita y la anterior en carta de Marx a Engels del 4 de noviembre de 1864. En MARX-ENGELS, La Internacional... pp. 582-583.
- (20). Ibídem, p. 584
- (21). Estatutos provisionales de la Asociación Internacional de Trabajadores. En MARX-ENGELS, La Internacional... pp 8 a 10
- (22). Le Conseil Général... (1864-1866) pp. 202 a 204 y nota 273 (p. 347)
- (23). Para los Estatutos y el Reglamento aprobados en el Congreso de Ginebra (1866), citamos MARX-ENGELS, La Internacional... pp. 516 a 519
Hemos utilizado, así mismo, las versiones que figuran en A.LEHNING, op. cit. 2ª parte, nota 1 pp. 424-429
- (24). Las Resoluciones administrativas y la Guía práctica para los Congresos de la Internacional del Congreso de Basilea en J. FREYMOND, La première Internationale. Tomo II pp. 129-131
- (25). Los acuerdos de la Conferencia de Londres de 1871 en MARX-ENGELS, La Internacional... pp. 126 a 133
- (26). Los Estatutos y el Reglamento elaborados tras la Conferencia de Londres de 1871, en MARX-ENGELS. La Internacional... pp. 140 a 152
- (27). Los acuerdos del Congreso de La Haya de 1872, en MARX-ENGELS. La Internacional... pp. 312 a 319

- (28). Le Conseil Général... (1864-1866). Sesión del 25 de julio de 1865. En la tercera razón por la que se justificaba el aplazamiento del Congreso, se decía: "Dado que durante el año en curso, el Parlamento belga ha votado una ley sobre extranjeros que tiene como objeto impedir el Congreso proyectado por la Asociación, o cualquier otro que aquella pudiera contemplar relativo a la celebración de una conferencia en la capital de Bélgica". p. 93
- (29). Las actas de la Conferencia de Londres de 1865 en Le Conseil Général... (1864-1866) pp. 191 a 209. Franz MEHRING en su obra Carlos Marx. Historia de su vida. Cenit. Madrid, 1932 p. 361 indica que "La conferencia deliberaba por las mañanas a puerta cerrada, bajo la presidencia de Jung, y por las noches en sesiones semipúblicas, que presidía Odger. En estas reuniones nocturnas, se debatían, ante un público obrero, los puntos esclarecidos en las sesiones privadas".
- (30). Las actas de la Conferencia de Londres de 1871 en J. FREYMOND. La Première... Tomo II pp. 149 a 232
- (31). Los acuerdos previos y la preparación de la Conferencia de 1871 en Le Conseil Général... (1870-1871). Sesiones del 25 de julio, 15 de agosto, 5 y 16 de septiembre de 1871 y en las sesiones del Comité permanente del 9 y 11 de septiembre del mismo año. pp. 213, 227, 235 a 237, 241-242 y 277 a 279
- (32). Sesión del Comité permanente del 9 de septiembre de 1871. Le Conseil Général... (1870-1871) p. 277
- (33). Ver nota 21
- (34). El incremento de miembros del Consejo central por nacionalidades fue así:

	Septiembre	Noviembre
Británicos	22	27
Franceses	3	9
Italianos	2	6
Alemanes	2	9
Suizos	-	2
Polacos	1	2
TOTAL.....	30.....	55

=====

A. LEHING, en su obra citada en la nota 1, recoge del The Bee-Hive Newspaper del 1 de octubre de 1864 el número de 32 miembros del Consejo central elegidos en la reunión de St. Martin's Hall. De ellos, Le Conseil Général... (1864-1866) en su n. 1 (p. 301) incluye el nombre y nacionalidad de 27. En el acta de la primera reunión de dicho Consejo, del 5 de octubre, op. cit. pp. 25-27 figuran otros dos ingleses y un polaco, N.A. Noble, Trimlett y E. Holtorp, que no constan

en la relación citada. Realizamos el cuadro, pues, a partir de los 30 miembros identificados del primer Consejo de la A.I.T.

- (35). Ver nota 23. La propuesta de elección del secretario general por el Congreso, y la renovación del mandato del Consejo general y el número de sus componentes en J. FREYMOND. La première... Tomo I p. 29 y pp. 56-57 respectivamente. El número de miembros elegido y la relación en Le Conseil Général... (1866-1868) pp. 230-231
- (36). Ver nota 24
- (37). Edward Hallet CARR. Bakunin. Grijalbo, Barcelona, 1970 p. 391
- (38). El conflicto de la Alianza de la Democracia Socialista (sección de Ginebra) con los comités de la Federación de Ginebra y de la Federación de la Suiza francófona, en J. GUILLAUME. L'Internationale. Tomo I pp. 181-182 y 217-218
- (39). Ver notas 25 y 26
- (40). Ver nota 27
- (41). Le Congrès de La Haye de la Première Internationale. Progrés. Moscú, 1972 p. 58 y ss.
- (42). El geógrafo francés Elisée Reclus asistió, a título de observador, e intervino en las sesiones del 6 de julio y del 17 de agosto de 1869. Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 103, 121 y 124
En los meses de julio y agosto de 1871 se recoge en las actas la presencia de numerosos invitados, alguno de los cuales intervino en los debates sin voto. Le Conseil Général... (1870-1871) pp. 198 a 228
- (43). Sobre el Comité permanente, periodicidad de sus sesiones, composición, altas, bajas, etc. Le Conseil Général... (1864-1866) nota 6 (pp. 302-303). La sesión del Consejo general del 19 de septiembre de 1865 en *Ibíd.*, pp. 103 a 105.
En los cinco volúmenes de actas de Le Conseil Général, tan sólo se reproducen 10 correspondientes al comité permanente (1 de 1864, 3 de 1865 y 6 de 1872), así como las notas de Marx correspondientes a 3 sesiones de 1871. La relación de asistentes a cada sesión figura regularmente desde el 26-II-1867.
- (44). Las Instrucciones en Le Conseil Général... (1864-1866) pp. 290 a 300. En la obra de J. FREYMOND se recogen no como propuesta sino como Informe del Consejo central. La Première... Tomo I pp. 29 a 36. Hemos seguido este texto

por haber advertido algunas erratas en la transcripción de la edición de Moscú.

- (45). Las fechas entre paréntesis corresponden a sesiones del Consejo general o del Subcomité recogidas en Le Conseil Général...
- (46). El artículo 7º de los Estatutos provisionales de 1864 se encuentra en español en MARX-ENGELS. La Internacional... p. 9. Como la traducción de algunos términos no parecía correcta, hemos utilizado también la versión inglesa de Archives Bakounine. T. I, 2ª parte p. 424 (ver n.23) y la francesa recogida en Le Conseil Général... (1864-1866) p. 245. Así, el término inglés national bodies, en francés associations nationales, nos ha parecido más correcto traducirlo por asociaciones nacionales en lugar de cuerpos nacionales como recoge la versión española citada arriba.
- (47). Las delegaciones a la Conferencia de Londres (1865) en Le Conseil Général... (1864-1866) p. 193. Las de los Congresos de Ginebra, Lausana, Bruselas y Basilea en J. FREYMOND. op. cit. Tomo I pp. 27-29, 111-113, 239-241 y Tomo II pp. 8-12 respectivamente. Además de los listados iniciales de delegados, una vez comenzados los congresos era frecuente la incorporación de nuevos representantes. En cuanto a la delegación de Anselmo Lorenzo por la Federación regional española, en Actas de los Consejos y Comisión Federal de la región española. (1870-1874). Universidad de Barcelona. Barcelona, 1969. Tomo I pp. 69 y 73
- (48). J. FREYMOND. op. cit. Tomo II p. 129
- (49). Ibídem, pp. 233
- (50). Ibídem, pp. 160 y 162
- (51). MARX-ENGELS. La Internacional... pp. 142 a 145
- (52). Las delegaciones al Congreso de La Haya (1872) en J. FREYMOND. op. cit. Tomo II pp. 329-330. La admisión de la delegación del Consejo federal español, p. 340. Los acuerdos, ver nota 27
- (53). Ver nota 21
- (54). Ver nota 47
- (55). Estatutos generales de 1871. Ver nota 26
- (56). En el Congreso de Ginebra (1866), cuando se debatía el artículo 11 del Reglamento, referido a los afiliados y su derecho a votar y elegir, dos delegados proudhonianos franceses, Tolain y Perrachon, defendieron que sólo los

obreros pudieran ser elegidos. Su enmienda fue rechazada por 20 votos a favor y 25 en contra. J. FREYMOND. op. cit. Tomo I, pp. 55-56

- (57). Repertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIXe et XXe siècles. Tomo I. La Première Internationale. Périodiques 1864-1877 París, 1958. Los dos tomos siguientes, publicados en 1961 y 1963, se refieren a otras fuentes impresas sobre la A.I.T. La obra se debe a un nutrido conjunto de investigadores presidido por Georges BOURGIN y, si bien sigue siendo válida en conjunto, adolece de significativos vacíos que han ido poniendo de manifiesto los trabajos de esta temática editados con posterioridad a este Repertorio.
- (58). Ver nota 34. Las resoluciones de la Conferencia de Londres de 1871 las suscribieron 41 miembros del Consejo general, de los que 17 eran británicos. (J. FREYMOND. op. cit. T. II p. 239) En abril de 1872 suscriben un documento del Consejo general 50 miembros, de los que 20 eran británicos. (Le Conseil Général...(1871-1872) p. 134)
- (59). Sidney y Beatrice WEBB, The History of Trade Unionism. Londres, 1894. Utilizamos la versión española publicada, ignoramos por qué causa, bajo la denominación Historia del Sindicalismo, 1666-1920. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1990 p. 237 n. 2. Las referencias a la A.I.T., breves de por sí, acusan muchas inexactitudes. Así, sitúan a Marx leyendo el Manifiesto inaugural en el mitin del 28 de septiembre de 1864 -cuando lo redactó un mes después- a Applegarth como director del Consejo general, cargo que no existió, y a Odger presidente en 1870, cuando había dejado tres años atrás este cometido.
- (60). Karl MARX. Des rapports entre l'Association Internationale des Travailleurs et les organisations ouvrières anglaises. En Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 245 a 247. Pese a las protestas de Marx, el arraigo de la A.I.T en los sindicatos británicos fue siempre muy escaso. A.L. MORTON y G. TATE, en su Historia del movimiento obrero inglés. (Fundamentos. Madrid, 1971 p. 171) señalan que la Internacional "fracasó porque no fue posible entonces remontar las diferencias existentes ni ganar a los dirigentes sindicales británicos a una política independiente de clase". (subrayado nuestro)
- (61). Los datos técnicos del The Bee-Hive Newspaper en Repertoire international des sources... T. I p. 4. sobre G. Potter; Le Conseil Général... (1864-1866) p. 378. Sobre la existencia del semanario; S. y B. WEBB. op. cit. p. 293 n. 68. Califican la publicación como "el órgano principal de la clase obrera", siendo "del máximo valor para el estudioso de la historia sindical (británica)". Sobre la crisis de la

prensa en la década de 1860; Alan J. LEE, The origins of the Popular Press in England. Croom Helm. Londres, 1976 p. 78

- (62). MARX-ENGELS. Correspondance. A. Costes. París, 1934. Tomo VIII, pp. 114-115
- (63). Le Conseil Général... (1864-1866) pp. 37, 46, 100, 105 y notas 1 (p. 301), 15 (pp. 305-306), 26 (p. 307) y 114 (p. 323)
- (64). Ibídem, p. 100 y notas 112 (p. 323) y 123 (pp. 324 y 325)
- (65). Los documentos citados, en ibídem pp. 254-255 y 256-259 respectivamente. Se publicaron en el propio periódico, los días 2 y 16 de septiembre de 1865.
- (66). Ibídem pp. 199-200 y n. 263 (p. 345)
- (67). Ibídem, pp. 111, 112, 118, 131 y notas 135 (pp. 326-327, 175 (p. 332), 205 (p. 337) y 229 (p. 340). También en Le Conseil Général... (1866-1868) pp. 38, 224, 225 y notas 4 (p. 283), 8 (p. 284) y 41 (p. 289). Esta última nota se refiere a las deudas del Consejo general con John Leno, editor del periódico. Hasta fines de octubre de 1866, el semanario publicó una advertencia dirigida al Consejo general para que los afiliados a la A.I.T. abonaran sus cotizaciones anuales al periódico. Desde noviembre, la advertencia fue sustituida por un llamamiento solicitando "contribuciones benéficas para cubrir los gastos de la publicación de las actas del Congreso de Ginebra".. Ibídem n. 55 (p. 292)
- (68). Le Conseil Général... (1864-1866) notas 239 (p. 341) y 253 (p. 343) y Le Conseil Général... (1866-1868) notas 32 (p. 287), 34 (p. 288), 63 (p. 292), 70 (pp. 293-294), 159 (p. 305), 173 (pp. 307-308) y 175 (p.332)
- (69). Los datos técnicos en Repertoire international des sources... T. I p. 11. También en Le Conseil Général... (1866-1868) notas 28 (p. 287) y 69 (p. 293). La impresión de los Estatutos y el Reglamento en francés, ibídem n. 50 (pp. 290-291)
- (70). Le Conseil Général... (1866-1868) pp. 33 y 69. La publicación de la memoria del Congreso de Ginebra, n. 167 (pp. 306-307). La represión al periódico por los gobiernos francés e inglés, pp. 80 y 82 y J. FREYMOND, La Première... T. I. pp. 160-161. La publicación de las Instrucciones a los delegados... en Le Conseil Général... (1864-1866) p. 300. La distribución de ejemplares y la sanción oficial en Le Conseil Général... (1866-1868) pp. 85 y 91. La fecha de conclusión en Repertoire International des sources... T.I.

- p. 11 Joseph Collet no figura entre los miembros del Consejo general elegidos en el Congreso de Lausana (Suiza) en septiembre de 1867 (Le Conseil Général... (1866-1868) p. 135)
- (71). Le Conseil Général... (1866-1868) p. 119 y Repertoire international des sources... T. I. p. 7
- (72). Le Conseil Général... (1866-1868) p. 143 y notas 173 (p. 307), 203 (p. 313) y 207 (p. 313). La publicación de documentos del Congreso de Lausana y la adquisición de ejemplares por el Consejo general, ibídem, n. 208 (p. 313) y p. 132. Sobre P. Fox, n. 207 (p. 313) y pp. 136, 143 y 144.
- (73). Ibídem, pp. 266-269 y Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 35, 36, 81, 82, 89, 97 y 165. Notas 3 (p. 328) y 261 (pp. 367-368)
- (74). La ruptura con The Bee-Hive en Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 196-198, 206-207 y nota 344 (p. 380)
A pesar de la ruptura, "... en agosto de 1870, durante la guerra franco-prusiana, no habiendo otro periódico a su disposición, el Consejo General hizo publicar varios informes de sus sesiones en el Bee-Hive". Le Conseil Général... (1870-1871) n. 10 (p. 414)
- (75). Sobre The Eastern Post, Répertoire international des sources... T. I. pp. 7 y 8 y Le Conseil Général... (1870-1871) n. 86 (p. 425) y pp. 310 y 367. También Le Conseil Général... (1871-1872) pp. 28, 40, 100, 197, 202, 255 y n. 218 (p. 432)
Sobre el Reynolds's Weekly Newspaper, Le Conseil Général... (1866-1868) n. 84 (p. 295) y Le Conseil Général... (1870-1871) pp. 230-231 y notas 285 (p. 447), 299 (p. 450), 303 (p. 451) y 307 (p. 452)
- (76). Sobre The International Herald, Répertoire international des sources... T. I, p. 11 y Le Conseil Général... (1871-1872) pp. 91, 202, 378-386 y n. 225 (p. 433).
- (77). G. MAYER. op.cit. p. 511

CAPÍTULO III

CAPITULO IIIESPAÑA Y LOS PRIMEROS AÑOS DE LA INTERNACIONAL. (1864-1868)

Como vimos en el capítulo anterior, la A.I.T. en sus orígenes más que crear ex novo una organización, persiguió integrar a las entidades obreras ya existentes. Con unos criterios extraordinariamente flexibles al principio, llamó a sus filas a todas aquellas personas y organismos dispuestos a asumir los postulados recogidos en el Manifiesto inaugural y en los Estatutos de la nueva asociación. (1) Pretender otra cosa, contando con tan reducido número de personas y con menores posibilidades materiales, habría resultado quimérico. Parafraseando a Marx en su conocida referencia al Cádiz de las Cortes y al resto de la España invadida por Napoleón, podríamos decir que en el núcleo inicial de la A.I.T. había "ideas sin acción", mientras que en los organismos obreros existentes en los diversos países europeos y Norteamérica había "acción sin ideas". Los primeros llamamientos de la A.I.T. tendieron a complementar ambos factores.

Esta extraordinaria flexibilidad inicial, que se extendía también al plano ideológico debido a la amplitud de criterios de los primeros textos internacionalistas, fue limitándose progresivamente en lo organizativo y concretándose también en los principios por las decisiones democráticamente adoptadas en los sucesivos Congresos y Conferencias de la asociación obrera. Hasta el Congreso de Basilea -septiembre de 1869- no se reguló positivamente el acceso de nuevas secciones a la Internacional. Por tanto, hasta entonces, bastaba la mera voluntad de estos colectivos, salvo las limitaciones acordadas por las secciones locales y las federaciones en aquellos lugares donde estuvieran constituidas.

Las primeras secciones españolas, Madrid y Barcelona, se

crearon a comienzo de 1869, si bien los núcleos provisionales se establecieron en diciembre del año anterior.

Así pues, los grupos de la asociación internacional creados en España, lo fueron cuando esta entidad había recorrido los primeros cuatro años y tres meses de su existencia. Constituyó esta primera etapa, no exenta de divergencias y tensiones, pese a la flexibilidad inicial, un período de asentamiento y consolidación. En el mismo, además de establecerse sólidamente la organización en Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Suiza, Alemania, Estados Unidos y Austria, se fue dotando de su normativa interna al tiempo que en sucesivos Congresos anuales pudo comprobarse como la Internacional trascendía a través de sus federaciones el campo de la teoría para pasar a la acción.

Cuando accede nuestro país a la Internacional, esta Asociación, podemos decir, ha adquirido su mayoría de edad. La complejidad de un organismo de tal magnitud, y las peculiares vías de acceso que se dieron en nuestro caso, determinaron de forma indeleble la evolución de la federación española y, con ella, del movimiento obrero español hasta la Guerra Civil de 1936-1939.

Generalmente, cuando se escribe sobre la Primera Internacional en España, se parte del año 1868 -núcleos provisionales- sin prestar demasiada atención a la etapa ya transcurrida de la A.I.T. Teniendo en cuenta la extraordinaria importancia de la misma, en relación con los años posteriores en que se incorporó nuestro país, vamos a detenernos brevemente en su estudio, siguiendo paralelamente los trazos de la evolución española, a fin de intentar clarificar el por qué y el cómo se estableció esta Asociación en Madrid y Barcelona inicialmente.

1. POLÍTICA Y PARTIDOS EN LA ÉPOCA ISABELINA HASTA 1864

Durante el reinado de Isabel II (1833-1868) estuvieron vigentes el Estatuto Real de 1834 y las Constituciones de 1837 -progresista- y 1845 -moderada-.

En los años a que nos vamos a referir permanecía vigente este último texto legal, algunas de cuyas características analizaremos.

Las principales fuerzas políticas del reinado fueron el partido moderado, cuya figura más destacada fue el general Ramón María Narváez, el progresista, liderado por el también general Baldomero Espartero y, entre ambos, la Unión liberal, dirigida, como los anteriores, por otro militar, el general Leopoldo O'Donnell. Se caracterizó el primero por su centralismo a ultranza, por su defensa de las prerrogativas de la Corona, residuos destacados del absolutismo, por la limitación del derecho al sufragio y por la restricción, cuando no prohibición pura y simple, de los derechos individuales y, en especial, de los de expresión y asociación. El partido progresista, también en síntesis, recogía en su programa la potenciación de los poderes provinciales y locales, la tolerancia en el ejercicio del derecho de asociación por las organizaciones de clase, el establecimiento del juicio por jurados y la organización de la Milicia Nacional, entre otros postulados. La Unión Liberal, pretendiendo un espacio intermedio, se situó de hecho más próxima a los criterios moderados. Estas fuerzas políticas, coincidentes en su compromiso político con la dinastía reinante, fueron las únicas llamadas a formar gobierno durante el período isabelino.

Las organizaciones obreras que, sorteando obstáculos y represiones, comenzaban a establecerse, se inclinaron durante aquellos años del lado de los partidos avanzados que garantizasen tanto su existencia legal como la práctica de las libertades

políticas y, muy especialmente, del sufragio universal.

Al final de la década de los años 40, y partiendo de la izquierda del progresismo, se constituyó el partido demócrata, el cual, frente a las tesis liberales de aquél, propugnaba la intervención del Estado en algunos sectores clave como la enseñanza, la asistencia social y el sistema fiscal, puntos estos, que afectaban especialmente a las clases medias y a los sectores artesanos y obreros. Su finalidad principal consistía en paliar las acusadas e inaceptables desigualdades que caracterizaban a la sociedad española del momento. Defendió asimismo la reducción del Ejército y la abolición de las quintas, lo que le atrajo las simpatías de la clase obrera. Aunque respetuoso en su programa inicial con la monarquía, incorporó a sus filas, desde el comienzo, a los dirigentes republicanos más conspicuos.

En los primeros años del reinado fueron llamados a formar gobierno los personajes más caracterizados de aquellas formaciones políticas, si bien, muy pronto -sobre todo desde la mayoría de edad de la Reina en 1843 y su posterior matrimonio en 1846- se manifestaron las simpatías de la corona por las tendencias políticas más conservadoras, e incluso reaccionarias, de la época. La Constitución, entre otras prerrogativas, concedía a la Reina la posibilidad de disolver las cámaras -Congreso y Senado- sin más límite que la necesidad de convocar elecciones en el plazo de tres meses. (Const. de 1845, art. 26) Sin figurar en el texto legal, correspondía a la Corona la prerrogativa de otorgar su confianza a la persona que, de esta forma, quedaba encargada de formar Gobierno, convocar elecciones y solicitar a las Cortes emanadas de aquellas, la correspondiente moción de confianza.

Entre 1844 y 1854 la Reina sólo llamó para formar gobierno a los líderes más destacados del Partido moderado, cuando no a personajes netamente reaccionarios como los condes de Cleonard y

San Luis, entre otros. El acceso de los progresistas al poder, teniendo en cuenta además que el derecho al sufragio estaba limitado a una minoría y que las elecciones se organizaban y dirigían desde el Gobierno, les estuvo durante esa década prácticamente vedado. A estos sectores reformistas de la sociedad, no les quedaba pues otro recurso para ello que la vía insurreccional, precisando en la mayor parte de los casos del concurso de un pronunciamiento militar. En palabras de Miguel Artola:

"Durante el reinado de Isabel IIª, moderados y progresistas ganan las elecciones desde el gobierno, con sensible ventaja de los primeros, que aparecen como triunfadores habituales, en tanto las victorias progresistas sólo se producen como consecuencia de un movimiento revolucionario triunfante." (2)

Merced a un hecho singular de esta naturaleza alcanzaron los progresistas el poder en 1854. Presidió el Gobierno el General Espartero, dando lugar al llamado bienio progresista. Durante esos dos años se abrieron muchas expectativas que, como en el caso de un nuevo proyecto constitucional que se elaboró, no lograron su materialización. Marx, refugiado en Londres, recibió el encargo de analizar este período para el New York Daily Tribune. En sus artículos, iniciados con un pormenorizado estudio de los antecedentes revolucionarios en nuestro país, dejó constancia de la atención que los acontecimientos españoles producían en el mundo:

"... no es exagerado decir que no hay otra parte de Europa, ni siquiera Turquía y la guerra en Rusia, que ofrezca para el observador reflexivo un interés tan profundo como España en el presente momento."

Junto a esto, y pese a una serie de juicios negativos y la repetición de algunos tópicos que veremos en su momento, el

pensador alemán no ocultaba sus esperanzas en el proceso revolucionario español que se abría en 1854:

"Lo más que puedo advertir aquí es que no será una gran sorpresa si ahora, arrancando de una simple rebelión militar, estalla en la península un movimiento general,..." (3)

Tanto Marx, como los propios progresistas y los sectores obreros vieron frustradas sus esperanzas nacidas al calor de esta insurrección. No obstante, y pese a lo breve de su duración, se produjeron algunas importantes experiencias para los trabajadores que conviene citar. En enero de 1855 se constituyó en Barcelona la Junta Central de Directores de la Clase Obrera.

Al amparo de la nueva situación política, los trabajadores catalanes reclamaron en distintas localidades negociaciones con sus patronos para mejorar los salarios y las condiciones de trabajo. A consecuencia de ello se produjeron movimientos huelguísticos en diversas localidades como Igualada y Barcelona. El 21 de junio de 1855 el Capitán General del Principado, Juan Zapatero, publicaba un bando prohibiendo de hecho las asociaciones obreras. Los razonamientos del preámbulo no podían ser más clarificadores:

"Siendo ya indispensable para la conservación del orden público en Cataluña, constantemente amenazado por las disensiones fabriles... debiendo castigar la autoridad con el merecido rigor.... al que coarte la voluntad de otro, o se proponga impedir de cualquier modo su amplia libertad para disponer según mejor le parezca de sus capitales o personas..." (4)

La represión ejercida sobre los trabajadores, o jornaleros como habitualmente se denominaban en la época, provocó el incremento del malestar que desembocó en la huelga general

iniciada el 2 de julio en Barcelona. El día 10 concluyó aquélla bajo la promesa de un proyecto de ley para regular las relaciones entre los patronos y los trabajadores de la industria. El texto fue encomendado por Espartero al ministro de fomento Alonso Martínez, pero su contenido, publicado en la Gaceta oficial del 8 de octubre, claramente perjudicial para los trabajadores, provocó nuevas movilizaciones entre los mismos.

Todos estos sucesos, coincidentes con el desarrollo de unas Cortes Constituyentes que alentaban las esperanzas de los sectores más desfavorecidos, constituyeron un conjunto de experiencias de gran importancia para la toma de conciencia de los trabajadores -singularmente los de Cataluña por su elevado número, concentración geográfica y carácter industrial, a diferencia del artesanado predominante en el resto de España- y, fundamentalmente, sobre el valor de la unión de los esfuerzos dispersos, esto es, de la asociación para la defensa de sus intereses.

El proyecto de ley que comentamos, si era lesivo para los obreros en su conjunto, se manifestaba extremadamente ordenancista y restrictivo en cuanto a las asociaciones obreras se refería.

En defensa de este derecho sin tales limitaciones inició una campaña de recogida de firmas el semanario madrileño El Eco de la Clase Obrera. El 9 de septiembre de 1855 publicaba una Exposición de motivos dirigida a las Cortes Constituyentes. Respetuoso con los principios liberales que inspiraban al Gobierno, manifestaba su deseo de no perturbar "la libertad del individuo porque es sagrada e inviolable", así como la "concurrentia porque es la vida de las artes". Tampoco solicitaba la ayuda material del Estado, "porque conocemos los apuros del tesoro". Pedía, exclusivamente, el derecho de asociación para obtener con el mismo, los siguientes fines:

"Hoy se nos concede sólo para favorecernos en los casos de enfermedad o de falta de trabajo; concédasenos en adelante para oponernos a las desmedidas exigencias de los dueños de talleres, establecer de acuerdo con ellos tarifas de salarios, procurarnos los artículos de primera necesidad a bajo precio, organizar la enseñanza profesional y fomentar el desarrollo de nuestra inteligencia, atender a todos nuestros intereses". (5)

Su repercusión fue extraordinaria. Por primera vez una reclamación específicamente obrera era secundada a lo largo y lo ancho de la geografía nacional. El 29 de diciembre, una delegación obrera acompañando al director del semanario hacía entrega de los pliegos conteniendo 33.000 firmas. Dos trabajadores por Cataluña, uno por Madrid y otro por Málaga formaron esta comisión. El último citado era el tipógrafo José Mesa Leompart, contaba a la sazón veinticuatro años y, lustros más tarde, desarrollará un papel trascendental, como veremos, en el desarrollo de la Internacional en España.

Las firmas, de diversa procedencia, se distribuían así: "22.000 del Principado (de Cataluña), 4.540 de Sevilla, 1.280 de Alcoy, 1.141 de Navarra, 1.028 de Antequera, 1.000 de Valladolid, 958 de Málaga, 650 de Córdoba, 600 de Madrid, y el resto, de Valencia, Murcia, La Coruña, Santander y otras poblaciones de menor importancia". (6)

La oposición al proyecto de ley, que ni siquiera llegó a ser dictaminado por las Cortes, sirvió también para aproximar a los trabajadores de Cataluña con los de Madrid. Los comisionados catalanes Juan Alsina y Joaquín Molar fueron objeto de un banquete-homenaje de hermandad por sus compañeros de Madrid. En el mismo, tomó la palabra, entre otros, José Mesa, defendiendo el derecho a la libre asociación de los trabajadores para que, decía, "el capital deje de esplotarnos (sic), de aprovecharse de nuestras crisis, de cebarse en nuestras miserias. El capitalista

tendrá una parte en la producción, pero no la tendrá toda, el obrero recogerá el producto de su trabajo". Finalmente, concluía haciendo un llamamiento a la unión de todos los trabajadores "para echar los cimientos de la asociación obrera española". (7)

Como puede comprobarse a partir de estos textos, se fueron dando pasos sustanciales en la progresiva toma de conciencia de los trabajadores españoles. La posibilidad de expresarse y de reunirse, así como el ejercicio relativo del derecho de asociación, condujeron sus aspiraciones no sólo a alcanzarlo con la amplitud que predicaban los propios liberales, sino que muy pronto -sobre todo tras los sucesivos contactos entre obreros catalanes y madrileños- se percataron de la eficacia de organismos asociativos a escala nacional. El siguiente paso en este desarrollo paulatino, consistiría en la comprobación de que tan sólo sus propios representantes defenderían íntegramente y sin la intromisión de intereses ajenos sus reclamaciones específicas. Ya no resultaba suficiente la movilización reivindicativa; se precisaba plantear sus demandas también en el terreno político.

Este nivel igualmente se alcanzó durante el bienio progresista, si bien en los momentos finales del mismo.

En mayo y junio de 1856, como culminación de un proceso de hostigamiento contra las asociaciones obreras catalanas desde la patronal, con el apoyo no disimulado del general Zapatero, la dirección de algunas fábricas intentó ampliar las 69 horas semanales de trabajo -12 diarias, 9 los sábados- con media hora más si existía un día festivo además del domingo. A esta medida, rechazada desde un principio por los trabajadores, se sumaron rápidamente gran número de fabricantes. Fue en el transcurso de esta movilización obrera, conocida como la cuestión de la media hora, cuando los trabajadores catalanes percibieron netamente que las libertades de que alardeaban los liberales en el poder se detenían de hecho en el umbral donde ellos se encontraban. En

uno de sus manifiestos, fechado el 26 de junio, dejaban clara constancia de la necesidad ineludible de acceder también a las libertades políticas:

"Ellos (los fabricantes) son los que con sus exigencias han abierto nuestros ojos y nos han obligado a buscar la causa de nuestros males; y de raciocinio en raciocinio hemos llegado a comprender que nuestros males cesarán cuando las Cortes se interesen por nuestra causa, y las Cortes estarán a favor nuestro, y en favor de la justicia al mismo tiempo, cuando nosotros nombremos los diputados." (8)

No es sorprendente que se llegara a esta conclusión en Barcelona. La capital catalana, que alcanzaba en aquellos años los 183.787 habitantes, pese a tener una población sensiblemente inferior a la de Madrid -281.170- contaba, por el contrario, con una concentración industrial muy superior a la de las demás ciudades españolas. Según estadísticas de aquél mismo año, su población netamente obrera alcanzaba la cifra de 54.272 personas. No es, pues, extraño que tomaran conciencia de las posibilidades políticas que se les ofrecían, en el caso de que se aprobara el sufragio universal. (9)

En julio de ese mismo año, graves tensiones en el seno de su gobierno condujeron a la dimisión de Espartero. Tras una breve transición de tres meses, presidida por O'Donnell, el general Narváez fue encargado nuevamente de encabezar el gabinete ministerial.

De este nuevo fracaso para las expectativas de los sectores sociales reformistas y avanzados, se derivaron muchas consecuencias. A los dos meses de la caída de Espartero se restablecía plenamente la Constitución moderada de 1845, y en marzo de 1857 se prohibían por Narváez todas las asociaciones obreras. Junto a estos hechos, merece destacarse la actitud

adoptada por la Reina, que nunca más volvió a encomendar a los progresistas la formación del gobierno.

El bienio progresista hizo alentar fuertes expectativas en todos los sectores sociales marginados desde el Estado. Su brevísima duración, el comportamiento del Gobierno y el dramático fin de esta experiencia, transformaron las esperanzas en frustraciones. En cuanto a la clase obrera se refiere, las lecciones fueron de gran importancia. Su segregación del juego político continuó como hasta entonces. La Constitución progresista de 1856, que no llegó a promulgarse, volvía a confirmar la participación limitada en los procesos electorales en función del censo de contribuyentes: el sufragio universal tampoco se introdujo en este texto. Sus reivindicaciones inmediatas, referidas a la libertad de asociación, el establecimiento de jurados mixtos y la negociación colectiva, quedaban arrumbadas en el proyecto de ley correspondiente enviado a las Cortes, citado más arriba. Finalmente, la respuesta oficial a sus movilizaciones revistió la misma dureza que en gobiernos anteriores, si bien el recurso a la huelga tuvo la virtud de atraer la atención del Gabinete, provocar negociaciones y obtener, al menos, compromisos iniciales y promesas por parte del Gobierno, aunque nunca llegaron a cumplirse.

Con los progresistas no se podía contar. Los demócratas, por su parte, seguían sumidos en sus contradicciones ideológicas y en pugnas personalistas que, como veremos, se agudizarán progresivamente sin alcanzar una solución duradera. Tan solo podían contar los trabajadores, de manera inequívoca, con sus propias fuerzas, y ello a través de los resquicios que les permitieran los sucesivos gobiernos conservadores. Este fue el lento camino emprendido y la principal lección que para ellos derivó del bienio.

El Partido democrático, que se declaraba heredero de los constitucionalistas de Cádiz y de la tradición juntista española,

con su defensa de la soberanía nacional basada en el sufragio universal (masculino), su oposición a determinados impuestos indirectos que gravaban el consumo y al reclutamiento militar por el sistema de quintas, además de las inclinaciones sociales a las que ya hicimos referencia, era el organismo político más próximo a los sectores obreros. En su seno, convivieron desde el principio dos fracciones con planteamientos ideológicos abiertamente enfrentados, que dieron lugar a sucesivas polémicas. En 1860 se produjo la primera de ellas, que tuvo como principales contendientes a José María Orense, Marqués de Albaida y a Fernando Garrido. Los postulados defendidos por cada uno, dieron lugar a las fracciones denominadas individualista y socialista en el seno del partido. En síntesis, Garrido defendía la extensión de la democracia hasta las clases trabajadoras, las cuales, en un régimen de libertad y democracia políticas, utilizando como medio la asociación, alcanzarían la "extinción del proletariado" como clase deprimida, "concluyendo por trocar sus luchas en acuerdo y armonía". Todo ello, no obstante, se lograría sin perjuicio de la propiedad ni alteración del orden social capitalista. Pese a lo moderado de los planteamientos expuestos, Orense proclamó la incompatibilidad entre libertad y socialismo, denunciando los criterios de aquél como proclives a la anulación del individuo y del libre ejercicio de sus derechos. (10)

La discusión se zanjó mediante un documento auspiciado por Pi y Margall. Tuvo éste la virtud de concluir una polémica pública entre dirigentes de un partido cuya legalidad era puesta en tela de juicio desde el Gobierno, si bien los términos ambiguos de su redacción no lograron más que posponer un proceso de clarificación ideológica que se hacía cada vez más necesario. Según el documento, que se denominó "Declaración de los Treinta" por el número de sus firmantes, se consideraría demócrata

"indistintamente a todos aquellos que, cualesquiera que sean sus opiniones en filosofía y en cuestiones económicas y sociales, profesen en política el

principio de la personalidad humana, o de las libertades individuales, absolutas e ilegislables y el del sufragio universal". (11)

Tal definición difícilmente podría concitar las simpatías de la clase trabajadora que, no obstante, en sucesivas polémicas optó indistintamente por las diferentes posiciones enfrentadas.

En 1863 las fuerzas políticas de oposición, vistas las trabas que se les oponían desde el Gobierno para reunirse, así como para dificultar su propaganda, tomaron la grave decisión de abstenerse de participar en las elecciones convocadas para el día 11 de octubre de aquél año. Esta actitud se conoció en la época como el "retraimiento". La resolución fue adoptada por los progresistas, que además del repudio de la Corona, eran el objetivo directo de las restricciones citadas. A ellos, aunque no de manera unánime, se unieron los demócratas.

Esta determinación, a la que se vieron obligados tras cinco años de marginación, conllevaba no sólo el rechazo del sistema político y de sus instituciones representativas, sino también el distanciamiento de la dinastía reinante y el recurso a la vía insurreccional como única posibilidad de acceso al poder.

En 1864 tuvo lugar una nueva polémica en el seno del partido demócrata que, por su duración, argumentos empleados y calidad de los contendientes, alcanzó extraordinaria repercusión pública.

Intervinieron principalmente Emilio Castelar y Eugenio García Ruíz desde el lado "individualista" y Francisco Pi y Margall desde el "socialista". El medio de expresión fueron sus respectivos periódicos: La Democracia, El Pueblo y La Discusión respectivamente, todos ellos de Madrid.

Pi y Margall, pese al calificativo que se le adjudicó, excluía de sus postulados el menoscabo de la propiedad privada de

los medios de producción e, incluso, el protagonismo y la dirección de la clase obrera en el proceso de su emancipación. Los argumentos que levantaron tan profundas y agrias discusiones se basaban, fundamentalmente, en la defensa de la intervención del Estado en el campo de la economía y en el reconocimiento de la existencia, junto a las libertades individuales, de intereses colectivos. El punto de mira de sus argumentaciones era, claro está, la clase trabajadora. Por esta razón, pareciéndole insuficiente para lograr su liberación la revolución estrictamente política, es decir, la universalización de los derechos y libertades propugnados por el liberalismo, defendía como complemento de aquella la intervención del Estado, a través de las leyes y las instituciones, con el fin de defender los intereses colectivos y alcanzar también la emancipación social de los trabajadores. Pese a las protestas reiteradas de respeto hacia la propiedad privada, a nadie se le ocultaba la notable incidencia en la economía de tales argumentaciones.

Para Emilio Castelar y demás oponentes, la libertad humana era el axioma básico e intocable derivado de las propias leyes de la naturaleza. En el desarrollo espontáneo de tal principio no podían caber injerencias. El propio Estado debía comportarse como mero garante de tal desarrollo en orden y libertad. Para no quebrar tal equilibrio, la sociedad debía impedir la intervención estatal en cualquiera de los planos en que tuviera lugar la manifestación libre de aquél principio, incluido, por supuesto, el campo de la economía. A mayor abundamiento, se recordaba que el ejercicio de las libertades conllevaría la libertad de asociación para los trabajadores, medio este suficiente para alcanzar sus deseos de emancipación.

El esfuerzo de los "individualistas" se apoyaba, como vimos, en las "leyes naturales" y la libertad como valor supremo. Para ellos, los postulados "socialistas" atacaban directamente estos planteamientos, tratando de sustituirlos por "combinaciones artificiales y arbitrarias". La democracia, y por ende la

libertad, era incompatible con el socialismo. Para García Ruíz, cuyos textos distaban de la precisión y corrección en el lenguaje de Castelar, los principios mantenidos por Pi y Margall eran simplemente "comunistas y ateos". (12)

El debate obtuvo también una gran repercusión en los medios obreros de toda España. Para Hennessy, fueron estos hechos protagonizados por Pi y Margall, "los que dieron a sus ideas socialistas más amplia difusión y acrecentaron su popularidad entre los obreros..." de Madrid y Barcelona, "... a quienes la polémica había ayudado a hacerles políticamente conscientes". Para este autor, "la defensa hecha por Pi y Margall de los fines sociales de los demócratas fue la que facilitó, en parte, que los republicanos federales se ganaran el apoyo de la clase trabajadora, a partir de 1868". (13)

Lo cierto es que las dos partes que intervinieron en la controversia recibieron apoyos de sectores obreros. En plena polémica, un nutrido grupo de demócratas de Barcelona, entre los que figuraban conocidos dirigentes obreros como Pablo Alsina y Antonio Gusart, entre otros, dirigió una proclama A los demócratas españoles apoyando los postulados de Pi y Margall. Entre los firmantes del documento se encontraba José Mesa Leompart. En su contenido, se hacía una defensa sin ambages de la intervención del Estado, partiendo de una concepción netamente democrática del mismo:

"¿Qué es el Estado?

Si nos referimos al Estado de un país regido por las instituciones democráticas que nosotros proclamamos, el Estado es el representante amovible y responsable de la colectividad, es el pueblo, la nación gobernándose a sí misma, representada en sus delegados.

Nosotros no podemos admitir, pues, que el Estado

democrático no lleve en sí el deber imprescindible de remover cuantos obstáculos se opongan a la realización de la justicia en todas las esferas; y la justicia no puede ser realizada sino en una forma social en que todos los hombres, sin excepción, tengan los medios más acordes con la naturaleza humana para el completo desarrollo de sus facultades físicas, morales e intelectuales:

Al inquirimiento de la obtención de estos medios es a lo que se dedica el socialismo". (14)

Utilizando principios similares a los del sector "individualista" -la naturaleza humana, las facultades físicas, morales e intelectuales...- los redactores del Manifiesto los empleaban a sensu contrario reconduciéndolos hacia sus postulados socialistas. Aceptando que cualquiera de ambas partes podía equivocarse, ofrecían una fórmula con intención conciliatoria: "La acción colectiva empieza donde sea impotente la iniciativa individual". Finalmente, y dando un paso más sobre los argumentos de Pi y Margall, señalaban que "La democracia proclama la libertad de derecho; el socialismo la traduce en hecho. He aquí por qué el socialismo es el complemento de la libertad". Si tenemos en cuenta que estas definiciones abarcaban a "todos los hombres, sin excepción", en el ámbito de la nación, puede comprenderse que, a diferencia del dirigente demócrata citado, los firmantes del escrito concedían un papel relevante a la clase trabajadora.

Otros obreros republicanos como Tomás González Morago, principal exponente del bakuninismo en Madrid unos años más tarde, se alinearon con las tesis "individualistas" frente al "socialismo" defendido por Pi y Margall. (15)

Con independencia de estas adscripciones individuales y

apoyos colectivos, la controversia, merced a su amplia resonancia pública, aclaró planteamientos y polarizó a las bases del partido en torno a las dos posturas enfrentadas. Los sectores obreros de Cataluña, inclinados hacia los postulados republicanos, apoyaron mayoritariamente los criterios defendidos por Pi y Margall. En el seno del partido en su conjunto, no obstante, la mayoría pareció inclinarse hacia los de los "individualistas". Entre mayo y junio, en plena discusión, se procedió a la elección de una junta provisional para que procediera a reorganizar el partido y revisar su programa. Orense, Rivero y Castelar, caracterizados dirigentes contrarios al "socialismo", obtuvieron más del sesenta por ciento de los sufragios emitidos, mientras que Pi y Margall sólo alcanzó el seis por ciento de los mismos. (16)

Resumiendo, puede decirse que los republicanos, durante la década de los años 60, permanecieron "en casi permanente situación de polémica y de definición de su propia identidad política; fue, en realidad, inevitable consecuencia de la diversidad de tendencias y concepciones que se unieron en 1849 y que nunca habían sido objeto de clarificación y discusión abierta". (17)

En los años posteriores, como veremos en el epígrafe siguiente, tuvo que atravesar el partido demócrata por situaciones más críticas. En su interior persistieron las discrepancias entre fracciones, las cuales sólo transigían ante el riesgo de ruptura, conscientes de su propia debilidad. En el exterior, se vieron empujados a la lucha insurreccional junto a las demás fuerzas políticas marginadas desde el Gobierno. Aunque eran los demócratas, sustentadores del ideario republicano, el cauce en que mejor podían acomodarse las aspiraciones del movimiento obrero naciente, ni sus peripecias internas ni su infortunado papel en el declive de aquél reinado constituyeron, realmente, un proyecto político atractivo para éste. En el seno de las organizaciones obreras del período se acusaron tanto los

criterios "socialistas" como los "individualistas", si bien, cuando el sexenio revolucionario iniciado en 1868 permitió otro breve espacio de libertad, los nuevos vientos asociativos auspiciados por la Internacional empujaron a los trabajadores hacia actitudes auto-organizativas de clase al margen de las entidades políticas interclasistas.

* * *

2. LA INTERNACIONAL Y EL OCASO DEL REINADO ISABELINO

Cuando en septiembre de 1864 se crea en Londres la primera internacional obrera, España vive los últimos y desalentadores años de un reinado. Atrincherada la monarquía tras los sectores más conservadores del moderantismo, y desconfiando hasta de estos, había conseguido enajenarse la voluntad incluso de importantes grupos dinásticos como los progresistas y, poco después, también de los seguidores de la Unión Liberal. En palabras de Artola, "la evolución del régimen isabelino en su última etapa pone de manifiesto cómo el temor a perder el poder llevó a la Corona a reducir el número de sus apoyos, lanzando a la oposición contra el régimen a sectores de opinión cada vez más numerosos". (18)

De nuevo vigente la Constitución de 1845, establecía ésta un sistema parlamentario restringido, basado en el sufragio censitario, en el que el jefe del Estado -el monarca- conservaba aún importantes poderes decisorios en sus manos. La disolución de las Cortes y la designación del Presidente del Gobierno constituían dos prerrogativas decisivas para la gobernabilidad de la nación. Una vez obtenida la confianza de la Corona el procedimiento consistía en formar el gabinete ministerial, organizar las elecciones generales y, una vez constituidas las Cortes, solicitar y obtener de éstas la confianza exigida para gobernar. De ahí, que cuando una vez desarrollado este proceso, se presentó O'Donnell ante el Congreso el 22 de junio de 1865 como Presidente del Consejo de Ministros, iniciara su intervención con estas palabras:

"Señores Diputados: llamado por la voluntad de Su Majestad a ocupar este puesto, es el primer deber del Gobierno presentarse ante la representación nacional y exponer su programa político". (19)

El primer parlamentarismo, tanto en España como en los países de nuestro entorno, fiel a los principios del liberalismo doctrinario, reservaba la representación nacional a los "mejores", es decir, a aquellos que disfrutaban de una renta elevada y figuraban por tanto en el "censo de contribuyentes", de ahí el término "sufragio censitario". También se amplió esta representación en la Cámara alta a miembros de la familia real, altos cargos de la administración y del ejército, cuerpo diplomático y jerarquía eclesiástica, entre otros. Existían dos cámaras, Congreso y Senado, con iguales facultades y la potestad legislativa residía "en las Cortes con el Rey". (Art. 12) De aquí la importancia decisiva que se otorgaba a la firma de las leyes por el monarca.

Complementaba a estos principios constitucionales, someramente expuestos, la ley electoral. Estaba vigente la de 1846, que en función de los requisitos que exigía, reducía el cuerpo electoral a 170.000 votantes, en un país que se aproximaba, en 1865, a los dieciseis millones de habitantes. Equivalía el número citado al 1,06 del total de la población española, y sus privilegiados componentes debían pagar una cuota mínima de 400 reales de contribución al año.

Teniendo en cuenta este reduccionismo electoral, que marginaba totalmente a los sectores obreros, al que se añadía la actitud despectiva de la Reina hacia los progresistas encabezados por Prim y, poco después, hacia los unionistas, dando lugar a su "retraimiento" ante las urnas, la derivación de la vida política hacia el binomio insurrección-represión resultaba prácticamente inevitable.

No es de extrañar, pues, que el partido democrático en su manifiesto del 15 de marzo de 1865, encabezara su programa reivindicativo con la exigencia de la soberanía nacional basada en el sufragio universal, seguida de todas aquellas libertades y derechos inexistentes o restringidos, como el de prensa, reunión,

asociación, enseñanza, habeas corpus, inviolabilidad del domicilio y la correspondencia, etc., incompatibles con el régimen imperante e imprescindibles, al propio tiempo, para el desarrollo de los sectores burgueses más avanzados y de la propia clase obrera en su conjunto. (20)

El Manifiesto demócrata se planteaba tres objetivos que ilustraban elocuentemente sobre la situación:

- "Asegurar todos los derechos individuales"
- "Extender todas las libertades"
- "Mejorar las condiciones de la clase proletaria"

Enfocando su proyecto político hacia la organización democrática del Estado y de los poderes públicos, basándose en los principios de libertad e igualdad, proclamaba el derecho de propiedad, "tan natural, tan legítimo, tan fundamental como todos los demás derechos individuales..." y, añadía, "sin el cual ni la sociedad es posible ni la libertad es segura". (21) Estos postulados, como veremos, vinieron a chocar con las premisas socialistas y colectivistas radicales propugnadas por los núcleos internacionalistas españoles a partir de 1869.

Ante esta situación, y con el fin de evitar el progresivo deslizamiento del acontecer público al margen de la Constitución, O'Donnell dio lugar a una nueva ley electoral en julio de 1865 que revisó levemente los estrictos criterios de su predecesora, rebajando la cuota mínima abonada al Tesoro en concepto de contribución, a 200 reales. La mitad de lo exigido hasta entonces. Estas buenas, aunque tardías intenciones, no obtuvieron ningún resultado práctico.

"El aumento en la participación no sirvió -en palabras de Artola- sino para incrementar el abstencionismo de los ciudadanos, al no lograr que los partidos que se

consideraban excluidos del sistema aceptasen cesar en el retraimiento que venían practicando reiteradamente en cada una de las consultas electorales. El conflicto, al no encontrar un cauce político, desembocaría inevitablemente en la revolución que derrocó a la dinastía". (22)

En estas fechas se iniciaron sucesivos pronunciamientos militares encabezados por el general Prim, con el apoyo civil de progresistas y demócratas. Pese a que concluyeron fracasando todas las intentonas, no cabe duda de que contribuyeron a agudizar la tensión en el país, propiciando el derrumbamiento del régimen imperante. Acontecimientos memorables del período, con similar orientación política, fueron la trágica noche de San Daniel, el 10 de abril de 1865, y el motín del cuartel de San Gil de Madrid el 22 de junio de 1866, que se saldó con el fusilamiento de varias docenas de cabos y sargentos del arma de artillería. En este segundo acontecimiento, al malestar de los suboficiales se sumó la propaganda y la presencia en los disturbios de miembros del partido demócrata.

Tras llevar a cabo la cruenta represión del motin, que con la aplicación del estado de guerra, conllevó penas capitales, detenciones, cierres de periódicos, etc., la Reina despidió a O'Donnell, llamando a formar Gobierno, una vez más, al general Narváez. Continuó éste las medidas coercitivas, provocando la salida hacia el exilio de conocidos dirigentes republicanos como Pi y Margall, Castelar, Manuel Becerra, Cristino Martos y García Ruíz entre otros, e igualmente de progresistas como Práxedes Mateo Sagasta. También emprendieron el camino de la expatriación muchos correligionarios de aquellos como José Mesa, que, además de sus colaboraciones en La Discusión, se había destacado por su presencia activa en las barricadas, no pudiendo regresar a su país hasta 1868. (23)

Estos sucesos produjeron una serie de importantes reacciones

en el seno de las diferentes agrupaciones políticas en liza, así como en la relación entre ellas, poniéndose las bases, en aquél mismo año, para un nuevo equilibrio de fuerzas que, en el plazo de dos años, daría al traste con el gobierno conservador y con la dinastía, cuestionando seriamente incluso la conveniencia de mantener el régimen monárquico en España.

El general Prim y los máximos exponentes del progresismo, Olózaga, Madoz, Espartero, Sagasta..., venciendo reticencias más o menos acusadas, habían acabado por admitir el acuerdo con los demócratas, única fuerza capaz de lanzar a sus militantes a la calle y complementar la insurrección militar con fuerzas civiles armadas, como sucedió en los hechos de junio de 1866 en Madrid.

Los demócratas, por su lado, al tiempo que ganaban credibilidad en la esfera pública, a costa de llevar como partido político la peor parte en las refriegas y en sus consecuencias posteriores, fueron tomando conciencia de su nueva situación, que les convertía en una pieza de la que no se podía prescindir, al tiempo que radicalizaban sus planteamientos ideológicos decantándose paulatinamente por la opción republicana.

No obstante, las mismas circunstancias que les habían proporcionado un espacio real entre las fuerzas de oposición, fueron el motivo de sucesivas embestidas contra ellos desde el poder. A partir de 1866 el partido pasó a la proscripción, al tiempo que por "la dispersión de sus jefes en el destierro, los demócratas se encontraban entonces sin dirección y sin programa".
(24)

Los unionistas de O'Donnell, ante el triste papel jugado en la represión subsiguiente al motín ya citado, y su posterior y definitiva marginación del Gobierno, iniciaron un progresivo desplazamiento hacia las áreas de la oposición que culminaría un año más tarde, poco antes de la muerte de su principal representante.

En agosto de 1866 medio centenar de miembros destacados del progresismo y del partido demócrata sellaron un acuerdo de principios en la ciudad de Ostende. Los términos del Pacto, en el que se pasó de puntillas sobre el dilema monarquía / república, fueron estos:

1. Destruir todo lo existente en las altas esferas del poder.
2. Nombramiento de una asamblea constituyente, bajo la dirección de un gobierno provisorio, la cual decidiría de la suerte del país, cuya soberanía era de ley que representara, siendo elegida por sufragio universal directo. (25)

* * *

Dos semanas después de concluido el Pacto de Ostende, paso decisivo para el logro de la democracia en España, tenía lugar en Ginebra el primer Congreso de la Internacional. Hasta la celebración de esta asamblea, la asociación obrera había realizado dos conferencias: la inaugural de 1864 y la de septiembre del siguiente año, ambas en la capital británica. Tanto en estas reuniones como sobre todo en las sesiones del Consejo general de la Internacional, se producían por entonces las primeras referencias hacia nuestro país. También desde España, como veremos, se iniciaban los primeros contactos indirectos con la organización internacional, al tiempo que alguna destacada figura del republicanismo español asistía al primer Congreso de la Internacional.

Las bases organizativas internas, así como los fundamentos ideológicos de la A.I.T., se elaboraron entre la Conferencia inaugural y el Congreso de 1866, como pudimos comprobar en el

capítulo anterior. Valga recordar, antes de adentrarnos en sus acuerdos y resoluciones programáticas que, en principio, se trataba de agrupar entidades dispersas -respetando su autonomía- dándoles una coherencia merced a su vertebración en el organismo internacional, practicando entre ellas la solidaridad de clase y encaminándola como tal hacia su "total emancipación". Las experiencias derivadas de los acontecimientos políticos europeos del momento, decía el Manifiesto inaugural, "han enseñado a las clases trabajadoras el deber de iniciarse en los secretos de la política internacional". Se saludaban los intentos de reorganizar el "partido obrero" en distintas naciones y se declaraba que, dado el dominio de la burguesía sobre las instituciones públicas, "el gran deber de las clases trabajadoras sea conquistar el poder político". La estructura mínima con la que nació la A.I.T. se fue complementando a medida que lo requirió la propia organización, dotándose, desde un principio, de un órgano directivo -el Consejo general- elegido en la asamblea de septiembre de 1864 y, posteriormente, en cada uno de los Congresos de la Asociación.

Como ya vimos, la relación con los distintos países se estructuró desde un principio, a través de secretarios corresponsales. En la primera sesión del Consejo -5 de octubre de 1864- se eligieron, además del presidente, el secretario y un tesorero del mismo, los corresponsales con Francia y Polonia. Los de Alemania e Italia serían elegidos por entidades obreras de dichos países. En cuanto a Gran Bretaña, país de residencia del Consejo general, al formar parte del mismo destacados dirigentes de las Trade Unions, no se consideró necesaria en un principio la existencia de corresponsales.

En la séptima reunión de dicho Consejo -22 de noviembre- y a propuesta de Marx se adoptaron varias resoluciones destacables. En primer lugar "dirigir a las organizaciones obreras una invitación para unirse a la Asociación en su condición de colectividades, dejando a su criterio la cifra de cotización, según los medios de que dispusieran". En segundo lugar, y en

cuanto a las organizaciones británicas que se adhirieran a la A.I.T., se les concedería el derecho de proponer un representante en el Consejo, a reserva de la aceptación definitiva por este. Finalmente, el dirigente germano propuso, "confiar a L. Otto el cuidado de mantener la correspondencia, en nombre de la Asociación, con los amigos del progreso en España". Las tres propuestas se aceptaron por unanimidad.

Se trataba de un joven periodista alemán instalado en Londres. Su nombre completo era Ludwig Otto von Breidtschwert, trabajaba en el Londoner Anzeiger y, según informaba Marx a Engels, "Ha sido primero cadete en el ejército austriaco donde ha aprendido diferentes lenguas. Y ha estado de guarnición un poco por todas partes. A continuación, ha hecho sus estudios en Tubinga". (26) De su posible relación con "los amigos del progreso" en nuestro país no queda ninguna constancia. Tampoco las actas del Consejo recogen intervención alguna de este personaje, el cual en aquella misma sesión había sido propuesto miembro del órgano directivo de la A.I.T. por su compatriota Eccarius. Así pues, el primer secretario-corresponsal para España, cuya única razón para tal responsabilidad, además de la confianza de Marx, parece ser su conocimiento de idiomas, no tuvo la más mínima repercusión en nuestro país. No obstante, tanto de la propuesta, como de lo temprano que se hizo -aún no contaba dos meses de existencia la A.I.T.- puede derivarse el interés del Consejo general por integrar a nuestro país entre los componentes de la Asociación Internacional.

La siguiente referencia a España en el seno del Consejo general se produjo un año más tarde -en la sesión del 14 de noviembre de 1865- y fue a través de Eugène Dupont, secretario-corresponsal para Francia. En las actas de dicha reunión se recoge la intervención de éste declarando que "el centro (internacionalista) de París está en contacto con los demócratas españoles, en relación con los cuales dirigirá posteriormente una amplia comunicación al Consejo". (27)

Se trataba, efectivamente, de los exiliados con motivo de la sublevación del cuartel de San Gil en Madrid a la que ya hicimos mención. Pi y Margall, Castelar, García Ruiz, dirigentes del partido, y el mismo Mesa, permanecieron en la capital francesa y tomaron contacto, como se ve, con los internacionalistas de esta ciudad, los cuales, hay que consignarlo, tampoco disfrutaban en aquella época de libertad de actuación en su propio país. García Ruíz, "individualista" a ultranza, se referirá años más tarde a estas relaciones y, más particularmente, a las de su oponente y correligionario Pi y Margall, así como a la influencia que éstas tuvieron en la conformación de sus criterios republicano-federales. (28)

Desgraciadamente, si llegó a existir el informe sobre las relaciones entre los internacionalistas de París y los exiliados españoles, no queda constancia alguna en las Actas del Consejo general.

Esta nueva referencia, a la que hemos aludido, se produjo muy pocas fechas después de la Conferencia de Londres. Tuvo lugar esta del 25 al 29 de septiembre y, en su transcurso, se tomaron algunas decisiones importantes sobre la situación económica de las secciones belga, suiza y francesa, así como sobre sus cotizaciones al Consejo general, sobre órganos de prensa, sobre la celebración del próximo Congreso -fecha, lugar, programa- y sobre "la idea religiosa", tema este cuya discusión en la Conferencia fue descartada por 18 votos contra 13, sentándose un precedente que, años más tarde, influirá sobre las decisiones adoptadas al respecto por los partidos socialistas y, en concreto, por el español.

El primer día de reunión, en el transcurso de la información general de los diferentes países representados en la Conferencia, todos ellos se refirieron a la actividad política desarrollada por la Internacional en su primer año de existencia. A este respecto, los británicos manifestaron, a través de Cremer, las

dificultades existentes para encontrar en el seno de las Trade-Unions "hombres capaces de hacer cualquier cosa por su propia emancipación o por la de sus hermanos", y añadía: "Ellos no saben nada de política y es difícil hacerles comprender que existe tal ciencia". No obstante, aludiendo a la actuación de los internacionalistas, apuntaba ciertos progresos en el seno de los sindicatos británicos: "al presente, somos bien recibidos, escuchados y nuestros principios son aprobados unánimemente. Es la primera vez que una asociación que tiene algo que hacer con la política ha sido aceptada por las Trade-Unions".

Para el proudhoniano Tolain, que informó sobre las sociedades obreras de París, pese a las condiciones adversas, ya que los internacionalistas debían reunirse en secreto, "las cuestiones sociales son estudiadas y elaboradas. Las gentes, dice, pasan por dos fases: política y social. Ellas están en trance de concluir la última". El delegado de la Suiza francófona Dupleix informó que habían pasado de 60 a 400 miembros y que estos "tienen conciencia de que ha llegado el tiempo en el que los trabajadores deben conquistar su propia emancipación con sus propios esfuerzos". El de los suizos de lengua germánica, Becker, por su parte, indicó que sólo en Ginebra se contaba ya con 1.500 adhesiones y que las sociedades de socorros mútuos, próximas a unificarse, habían aceptado a la A.I.T. como intermediaria. Finalmente, el belga De Paepe, tras analizar las diversas agrupaciones existentes en su país, se refirió especialmente a la propiedad agraria indicando que "La tierra, como el aire, pertenecen a todos. Sus frutos, pertenecen a los que los producen, pero la tierra en sí no debe pertenecer a nadie". Con esta declaración de signo colectivista coincidieron en parte los suizos que, si bien se inclinaban por el cooperativismo, también se opusieron " a la propiedad privada del suelo".

También se aprobó someter al siguiente Congreso un punto de estricto carácter político: "Es imprescindible aniquilar la

influencia invasora de Rusia en Europa, aplicando a Polonia el derecho de todo pueblo a disponer de sí mismo y restaurar ese país sobre una base social y democrática". Como quiera que algún delegado se opusiera a tratar temas políticos, el británico James Carter alegó "que tratar cuestiones sociales sin tocar cuestiones políticas es como habérselas con un cuerpo sin cabeza o un cuerpo sin alma". El punto se aprobó por 23 votos a favor contra 10 que se manifestaron por una redacción más genérica.

Durante la Conferencia hubo dos referencias a España recogidas en actas. La primera se produjo el primer día, durante el saludo de George Odger, presidente del Consejo general, el cual, dirigiéndose a la asamblea, manifestó que se encontraban "presentes los representantes de Francia, Italia, Bélgica, Suiza, Alemania, Polonia y España". No hay constancia de que asistieran representantes de nuestro país, por lo que debió tratarse, sin duda, de una equivocación.

La segunda cita se produjo en la sesión del día 26, cuando se discutía la fecha de celebración del próximo Congreso. En torno a este tema se produjo una dura polémica que enfrentó, entre otros, al ya citado Tolain y a Marx. Intervino también en la discusión el secretario general del Consejo William Cremer, el cual expresó su opinión autorizada de que "no hemos hecho propaganda en Alemania, España, Italia, y -añadía- deberíamos dirigir nuestros esfuerzos en esta dirección, dado que un congreso de trabajadores de Europa sería incompleto sin los representantes de estas naciones". Nuevamente se volvía a hacer hincapié sobre la necesidad de actuar, entre otros, sobre nuestro país, si bien, aún transcurrirían muchos años antes de que el Consejo general lograra una relación permanente con España. (29)

La Conferencia, además de tomar todas las decisiones pertinentes para la celebración del Congreso anual de la organización, previsto por los Estatutos provisionales, permitió el intercambio de informaciones sobre la situación del movimiento

obrero en los distintos países allí representados, dejando constancia de las actividades sindicales y políticas desarrolladas por las secciones de la Internacional. También contempló esta reunión internacional -como vimos- el primer enfrentamiento entre seguidores de Proudhon y Marx, así como la primera propuesta colectivista, defendida por la delegación belga, en el seno de la A.I.T.

Esta primera reunión constituyó, pues, un eficaz punto de partida tanto para la clarificación de los principios ideológicos de la Internacional, como para el conocimiento mutuo de sus dirigentes y para el fortalecimiento de la asociación, impulsando nuevas adscripciones y logrando implantarse en otros países. A fines de aquél año, la organización contaba con 60.000 afiliados. Este dato lo facilitó en diciembre de 1865 el primer periódico con que contó la A.I.T. en Suiza, el Journal de l'Association Internationale des Travailleurs. Apareció en Ginebra de la mano de Becker y Dupleix, los delegados por aquel país a la Conferencia de Londres, y su programa se ocuparía fundamentalmente "de la situación de los trabajadores desde el punto de vista económico... Nuestro programa -concluía- se resume en una sola palabra: Asociación, y nuestro objetivo es introducir esta poderosa idea entre los trabajadores". (30)

En aquellas mismas fechas -del 24 al 26 de diciembre- y merced al régimen de tolerancia observado por el general Dulce, gobernador militar de Barcelona, tuvo lugar un congreso obrero en dicha capital. Su artífice fue Antonio Gusart, al que vimos suscribiendo destacadamente el Manifiesto A los demócratas españoles de junio de 1864. Convocó la asamblea de trabajadores desde el semanario barcelonés de su dirección, El Obrero y su contenido giró, como en el caso suizo, en torno a la asociación, a sus posibles ventajas, a las experiencias cooperativistas y a la conveniencia de "establecer una federación para el mejor éxito en las operaciones y (para) que sirviera de base a la marcha progresiva de las sociedades".

En dos latitudes tan distantes y diferentes como Suiza y España, la preocupación fundamental de su clase obrera era muy similar. En el primer caso, partiendo del reconocimiento del derecho de asociación, se pretendía vincular a las cooperativas y mutualidades ya existentes con objeto de incorporarlas a la Internacional. En el segundo, sin reconocimiento legal, se trataba de obtener la coordinación de los organismos obreristas permitidos, con el fin de reclamar al unísono el derecho de asociación.

Los planteamientos del semanario, como imponían las circunstancias en nuestro país, eran muy moderados. En sus páginas se había informado el 1 de noviembre sobre la Conferencia de Londres, al tiempo que se manifestaba proclive a la unión de las organizaciones obreras existentes en los distintos países, con el fin de superar rivalidades y alcanzar la solidaridad:

"De todos los medios propuestos para llegar al mejoramiento de la clase obrera, ninguno es tan fuerte y poderoso ni tan fecundo en resultados positivos como el pensamiento de una asociación internacional o federación universal de las sociedades de trabajadores. Su objeto es reunir en un solo grupo los obreros de todas las profesiones y países, y formar con ellos una sola familia, en donde el interés de todos sería el interés de cada uno, cesando en consecuencia el antagonismo que ha tenido constantemente a los unos contra los otros...

Por medio de la asociación internacional y aportando cada uno allí la suma de trabajos que son indispensables, esos antagonismos desaparecerían y quedaría proclamada de hecho y de derecho la solidaridad entre todas las sociedades..." (31)

Concluía el artículo haciendo referencia a dos periódicos que manifestaban -en su opinión- una "igualdad de opiniones": L'Association de Paris, dos de cuyos artífices eran los hermanos Elie y Elisée Reclus, y el órgano de la A.I.T. de Ginebra citado más arriba.

También cubrió el congreso obrero el objetivo asociativo que perseguía, ya que los cuarenta organismos que concurrieron al mismo acordaron federarse para la defensa mútua de sus intereses, manteniendo a salvo la "autonomía social" de cada una de las sociedades concurrentes. El órgano oficial de la federación sería El Obrero y en sus páginas se recogía la petición de libertad de asociación, dirigida al Presidente del Consejo de Ministros, cumpliendo el acuerdo adoptado en el congreso.

Pese a la moderación del semanario, y a su voluntario distanciamiento de los temas políticos, concluyó su existencia a comienzos de 1866 y su director, y primer firmante de la petición citada, fue "acusado de conspirar contra el régimen, considerado indeseable por las autoridades, individuo peligroso y, en consecuencia, deportado a las Islas Canarias", de donde sólo pudo regresar tras la revolución de septiembre de 1868. (32)

Este congreso precursor encontró resonancia en la capital francesa a través de las páginas del periódico antes citado, cuyo subtítulo era Boletín internacional de las sociedades cooperativas, que el 4 de febrero de 1866 publicó una amplia información sobre el hecho. Dos días más tarde fue informado el Consejo general por Hermann Jung, secretario-corresponsal para Suiza, el cual leyó "en el periódico parisino L'Association que en diciembre último se había celebrado un Congreso de trabajadores en Barcelona con representantes de 40 corporaciones. El congreso -prosigue- se ha pronunciado por unanimidad en favor de una federación entre los asistentes, cuya sede sería Barcelona. El periódico El Obrero -concluía- ha sido escogido para ser el órgano oficial de la Asociación". Tras la lectura de

esta información propuso al Consejo, con el apoyo de Eugéne Dupont, "tomar contacto con el presidente del Congreso de Barcelona", encargándose este último de esa tarea. (33). La noticia de Barcelona leída al ejecutivo de la Internacional creó nuevas expectativas en este órgano. Unos días más tarde, contestando el mismo Jung, en nombre del Consejo, a unas críticas a la Conferencia de Londres publicadas en L'Echo de Verviers, alegaba que, "En Bélgica, el movimiento se desarrollaba bajo los mejores auspicios y el Comité central tiene razones para creer que España no tardará nada en seguirle". (34). Seguir a Bélgica, que ya contaba con importantes secciones y con un órgano de prensa como La Tribune du Peuple - a pesar de las coacciones gubernamentales-, era una expresión notablemente exagerada. Lo cierto es que los contactos de Gusart no se llevaron a cabo, probablemente por el hecho de su deportación, con lo que este nuevo intento de relacionarse directamente con nuestro país no dio resultado alguno.

También en los meses de febrero y marzo de 1866, el Consejo londinense tomó algunas medidas sobre España que, aunque alentadoras por sus características, tampoco obtuvieron consecuencias positivas. Como se recordará, el 6 de febrero Jung y Dupont asumieron el compromiso de comunicarse con Gusart. No hay constancia de que lo lograran pero sí de que persistieron en el intento. En la sesión del 20 de marzo Jung comunicó que el miembro del Consejo Cesare Orsini emprendería viaje hacia España, Portugal e Italia, "dejando cartas de recomendación a los líderes socialistas" de esos países. En la reunión de la semana siguiente, nuevamente los dos consejeros citados dieron otro paso en su intento, al proponer al joven Paul Lafargue como secretario-corresponsal para España. Es muy posible que albergaran de antemano este objetivo, ya que fueron ellos mismos los que presentaron el 27 de febrero su candidatura como miembro del Consejo, la cual sería aceptada por unanimidad el 6 de marzo. Se trataba de un estudiante de medicina que había sido expulsado de París, junto a otros compañeros, por sus actividades políticas

durante el IIº Imperio de Napoleón III. Contaba 24 años de edad y, fruto de su exilio en Londres, conocería a Laura Marx, hija del dirigente alemán, con la que se casaría dos años más tarde. Lafargue había destacado por sus colaboraciones en el periódico parisino de oposición La Rive Gauche -fundado por Charles Longuet- y por su participación en el primer congreso internacional de estudiantes en Lieja. Con estos antecedentes, y conociendo la lengua y la cultura españolas por su nacimiento e infancia en Cuba, no cabe duda de que podía tratarse de un buen candidato para lograr la deseada conexión con nuestro país. Lo cierto es, que el flamante miembro del Consejo general, que tanto tendría que ver con el desarrollo de la Internacional en España a partir de 1871, no contribuyó prácticamente al desarrollo de las relaciones que se le encomendaron. En las actas del Consejo general no se recoge una sola iniciativa de Lafargue con referencia a España.

El 2 de abril de 1868 contrajo matrimonio y en julio concluía sus estudios de medicina en Londres. El 13 de octubre asistió por última vez a las sesiones del Consejo general, a las que tan sólo regresaría brevemente entre el 24 de agosto y el 28 de septiembre de 1869. En octubre de 1868 se trasladó con su familia a París, donde intentó la convalidación de sus estudios, integrándose en las filas internacionalistas de la capital gala. Pese a su definitiva ausencia de Londres, no fue relevado oficialmente de sus funciones como secretario-corresponsal para España, quedando a la deriva la conexión del Consejo general con nuestro país en los momentos cruciales de la revolución septembrina de 1868. Tan sólo a comienzos de 1870, como veremos, el francés Auguste Serraillier, que difícilmente comprendía el español, se haría cargo de hecho de los temas españoles. (35)

Mientras se daban estos pasos en la Internacional y se preparaba su primer Congreso, en España proseguía la lenta agonía del régimen. El 10 de marzo de 1867 se celebraron elecciones en las que volvió a participar en solitario el moderantismo, debido

al "retraimiento" de las restantes fuerzas políticas. Ello dio lugar a que se dijera que los conservadores gobernaban "con unas Cortes de tercera y una oposición de cuarta". (36)

El 30 de junio fue ratificado en Bruselas el pacto de Ostende celebrado en agosto del año anterior y, esta vez, con el incremento de los unionistas de O'Donnell -que falleció tres meses después-, incorporados al proceso revolucionario. Por si el aislamiento de los moderados no fuera ya casi absoluto, los neocatólicos consiguieron la expulsión de los krausistas de sus cátedras universitarias, con lo que gran parte de estos se adscribieron a los sectores demócratas.

Una vez más, el general Prim encabezó un nuevo pronunciamiento que fue sofocado por las autoridades. Pese al progreso de las fuerzas opositoras, su entente distaba de ser un bloque homogéneo, a causa de la desconfianza entre sus distintos componentes y de las críticas de algunos grupos demócratas no integrados en los pactos de la oposición. A juicio de García Ruíz, dirigente exiliado de una de las tendencias republicanas, desde el extranjero se contemplaba a España, "entregada a ese flujo y reflujo de motines y golpes de Estado, de revoluciones materiales y de reacciones estúpidas y feroces, de perturbaciones eternas, casi incesantes, y de dictaduras sangrientas y bárbaras que la presentan empobrecida y desacreditada a los ojos del mundo civilizado". (37)

* * *

3. LOS CONGRESOS DE GINEBRA (1866) Y LAUSANA (1867). LA INTERNACIONAL EN ASCENSO.

Al tiempo que se acentuaba la crisis en nuestro país, la A.I.T. celebraba en Ginebra, ante los impedimentos surgidos en Bruselas, su primer Congreso, dando otro paso de gran trascendencia tanto por su consolidación interna como por la repercusión pública que alcanzó el acontecimiento. Ni a esta asamblea internacional, ni a las consecutivas que tuvieron lugar hasta el Congreso de La Haya en 1872, asistió Lafargue. Teniendo en cuenta que desde el IIIer Congreso -Bruselas 1868- hubo presencia española en estas reuniones, la ausencia reiterada del que fuera oficialmente secretario-corresponsal para España hasta 1870 resulta inexplicable.

El Congreso se celebró en Ginebra entre los días 3 al 8 de septiembre de 1866. Como es sabido, no contó con ningún delegado español. Tuvo, sin embargo, un espectador de excepción que acudió a sus sesiones: Emilio Castelar. Como ya vimos, el dirigente republicano se encontraba aquellos años en el exilio y el simposio obrero coincidió con su estancia en la ciudad suiza. Rememorando estos hechos, recordará su experiencia en Ginebra, exponiendo varias razones que muy bien pudieron servir para escogerla como sede del Congreso: "Ginebra es una República. En sus calles no se ve un soldado. Bajo su cielo, caben todos los cultos... La imprenta es allí tan libre como la palabra, y la asociación tan libre como la imprenta. El sufragio universal engendra el gobierno que, como nombrado por todos, es responsable ante todos. Las leyes constitucionales son por el pueblo entero sancionadas. Cuando llegáis a la hospitalaria ciudad, ningún agente de la policía os pregunta vuestro nombre, ..." (38) Con independencia de la admiración manifestada por los republicanos federales españoles hacia el sistema político suizo, no cabe duda de que fueron las libertades amparadas por la Constitución de la Confederación, las que permitieron que tres de los cuatro

primeros Congresos de la A.I.T. se celebraran en Suiza.

Su testimonio sobre el ambiente y pormenores de aquella reunión, es de gran valor por la escasez de informaciones de esta naturaleza en aquellos primeros tiempos de la Internacional:

"Una inmensa cervecería llamada Treiber y sita en uno de los barrios que casi podríamos llamar extramuros, allá en el camino que conduce a la vecina aldea de Chéne, abrigaba a los primeros internacionalistas. Al entrar veíase sobre un pequeño tablado la mesa y la presidencia. En torno del tablero los diversos delegados fumando, departiendo; con una calma que rayaba en verdadera indiferencia y luego un sitio aparte, concedido al público y que se confundía con el sitio mismo del Congreso. Celebrábanse las reuniones a media tarde y se pagaba medio céntimo a la entrada. A pesar de ser tan módico el precio, era escasísimo el público. Yo seguía con verdadero interés las conferencias y admiraba la facilidad que tenían varios trabajadores de expresarse en todas las lenguas modernas y traducir de unas a otras los discursos de sus compañeros". (39)

Fue costumbre en los Congresos obreros celebrar al caer la tarde reuniones abiertas al público, previo abono de una pequeña cantidad. En estas condiciones se produjo la presencia en Ginebra del que sería, años más tarde, Presidente de la I^a República española.

Asistieron al encuentro internacional sesenta delegados, de ellos, cinco en representación del Consejo general. Francia, Alemania, Gran Bretaña y Suiza, país anfitrión, fueron las naciones presentes a través de delegados de sus secciones y sociedades obreras adheridas. La dirección de Londres sometió al Congreso, como texto para el debate, un informe o relación

conteniendo el desarrollo de los puntos que la Conferencia de Londres había acordado que se trataran en esta convención. Fue encargada su redacción a Marx y, en su mayor parte, fueron aprobados por los asistentes tras su estudio y discusión.

Los acuerdos más importantes a los que se llegó, además de la aprobación de los Estatutos y el Reglamento de la A.I.T., a los que ya nos referimos en el capítulo anterior, fueron los siguientes:

- Reducción a 8 horas de la jornada laboral para los adultos de ambos sexos.
- Exclusión de la mujer del trabajo nocturno, en medios nocivos y en centros donde pudiera vulnerarse su respetabilidad.
- Regulación del trabajo de los jóvenes y niños de ambos sexos
- Sobre el trabajo cooperativo
- Sobre los sindicatos. (Trade-Unions)
- Sobre el salario mínimo
- Sobre los impuestos directos e indirectos
- Sobre los ejércitos permanentes
- Sobre las ideas religiosas

De la importancia de esta primera reunión, que tuvo notable repercusión en la prensa, da buena prueba el mero enunciado de sus acuerdos. De su contenido, y de alguna de las polémicas suscitadas, conviene dejar constancia por sus consecuencias posteriores.

En la sesión del 4 de septiembre por la tarde se acordó constituir "una Comisión encargada de redactar los estatutos definitivos" de la organización. La formaron 14 delegados de los cuatro países representados en el Congreso. En la tarde del día 5, el doctor Pierre Coullery, delegado de la sección suiza de La

Chaux-de-Fonds, dio lectura en nombre de la comisión al texto de los Estatutos que, una vez sometido a debate artículo por artículo, quedó ratificado definitivamente. En la introducción figuraba, entre otros considerandos, el referido específicamente al papel de los movimientos políticos en el proceso de emancipación de la clase obrera.

Dos días más tarde, en la mañana del 7 de septiembre, Eccarius, representante del Consejo general, dio lectura al texto sobre "Trabajo Cooperativo". Atendiendo a la especial sensibilidad sobre este tema mostrada por los delegados franceses influidos por Proudhon, se reconocía la labor desarrollada en este campo "como una de las fuerzas transformadoras de la sociedad presente". No obstante lo cual, y con la intención de destacar su valor instrumental en el proceso revolucionario, se incluía el siguiente texto:

"El movimiento cooperativista limitado a formas microscópicas de desarrollo que pueden producir en sus combinaciones esclavos individuales asalariados, es impotente para transformar por sí mismo la sociedad capitalista. Para convertir la producción social en un amplio y armonioso sistema de trabajo cooperativo, se hacen indispensables cambios sociales en general. El cambio de las condiciones generales de la sociedad no se realizará nunca sin el empleo de las fuerzas organizadas de la misma. Por tanto, el poder gubernamental, arrancado a los capitalistas y latifundistas, debe ser dirigido por las clases obreras mismas". (40)

Tanto el considerando de los Estatutos como el contenido del acuerdo sobre el "trabajo cooperativo", volvían a exponer claramente -y esta vez ante el Congreso de la Organización- el papel trascendental que la Internacional otorgaba a la acción política de los trabajadores, así como la necesidad

imprescindible de alcanzar el poder político para llevar a cabo su propio proyecto. De esta forma, las directrices ideológicas contenidas en el Manifiesto inaugural de la A.I.T. encontraban en los documentos aprobados en Ginebra su continuidad. Los textos citados fueron aprobados por unanimidad. Conviene señalar al respecto, que contaron con el voto favorable de los delegados suizos James Guillaume, por la sección de Locle, Adhemar Schwitzguebel, por la de Saint-Imier, y Johann Philipp Becker por la sección alemana de Ginebra. Todos ellos, pocos años más tarde, serían destacados seguidores de Bakunin.

También conviene destacar que, en la sesión del seis de septiembre, se aprobó sin discrepancias el texto presentado por el Consejo general sobre el papel de los sindicatos. En el apartado referido al porvenir de estos organismos, se recogía textualmente:

"Con independencia de su labor inmediata de reacción contra las maniobras fastidiosas del capital, (los sindicatos) deben actuar ahora conscientemente como focos organizadores de la clase obrera con el gran objetivo de su emancipación radical. Deben ayudar todo movimiento social y político que vaya en esta dirección". (41) (Subrayado nuestro).

De hecho, así se venía ya actuando desde el Consejo general, algunos de cuyos más destacados miembros impulsaban las ligas británicas que luchaban por la ampliación del sufragio.

Como es sabido, el Congreso además de aprobar los Estatutos decidió complementarlos con el correspondiente Reglamento. Cuando se discutía el artículo undécimo de estos, referido a las condiciones para acudir como delegado a un Congreso, los proudhonianos franceses Tolain, Fribourg y Perrachon entablaron un vivo debate exigiendo para los representantes de los trabajadores la cualidad de obrero manual. Británicos, alemanes

y suizos opusieron en tan importante debate sus argumentaciones favorables a no discriminar a personalidades que, como en el caso de Karl Marx, reiteradamente citado en aquella ocasión, eran "hombres entregados por completo a la causa proletaria". Sometida a votación, fue rechazada por 20 votos a favor y 25 en contra. (42)

Los Estatutos ya aprobados no hacían distinciones a la hora de la admisión en la A.I.T. En el mismo Congreso estaban tomando parte activa miembros de profesiones liberales e intelectuales. De haber prosperado la propuesta, destacados dirigentes como Marx, Engels, Bakunin, Lafargue y muchos otros nunca habrían podido concurrir como delegados a los Congresos de la Internacional.

La reunión de Ginebra aprobó la gestión realizada por el Consejo general y renovó su mandato, con la excepción del secretario-corresponsal para Francia, Le Lubez, que fue reprobado por la delegación de su país.

Una vez de regreso a Londres los delegados por el Consejo general, se procedió en la sesión del 25 de septiembre a elegir los cargos directivos del mismo. Al final del acta de esta sesión figura una extraña referencia a España de contenido no aclarado:

"El ciudadano Mollard, de Barcelona, expone lo que espera ser capaz de hacer por la Asociación en Cataluña y en los Estados Unidos, a donde se propone dirigirse. Da un informe de su actividad en el curso de los últimos doce meses". (43)

En las actas de este organismo directivo no volvió a aparecer ninguna reseña sobre este colaborador barcelonés ni sobre sus actividades.

El segundo Congreso de la Internacional se celebró en Lausana entre los días 2 y 8 de septiembre de 1867, tal y como se acordó en Ginebra. Asistieron 64 delegados, según se desprende de las actas del encuentro, más cuatro representantes del Consejo general. Las naciones representadas fueron esta vez Suiza, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia y Bélgica. De todas ellas, así como de los Estados Unidos, se dio extensa información sobre la situación general, así como sobre los progresos de sus organizaciones obreras. El Consejo general a su vez rindió informe sobre "El papel de la A.I.T. en la lucha entre el trabajo y el capital".

Al no haberse acordado el orden del día en el Congreso anterior, fue una comisión ad hoc la encargada en Lausana de este cometido, teniendo en cuenta las propuestas del Consejo general, las de una asamblea popular celebrada en Ginebra y también las iniciativas de las diferentes secciones. Ello dio lugar a un extenso programa no exento de algunos puntos farragosos aportados por los delegados proudhonianos de París. Partiendo del sumario acordado, se constituyeron tantas comisiones de trabajo como temas de discusión previstos: nueve. Los acuerdos del Congreso se refirieron, entre otros, a los siguientes asuntos:

- Medios prácticos para convertir a la A.I.T. en un centro común de actuación de la clase obrera en su lucha contra el capital. (Tema propuesto por el Consejo general)
- Crédito y bancos populares. Seguros mútuos. Mutualismo. Cooperativismo.
- Trabajo, capital, máquinas, jornada de trabajo. Supresión del régimen de salariado.
- El trabajo de la mujer. Educación de los hijos.
- Enseñanza integral.
- El papel del Estado en la sociedad. El derecho de castigar.
- Libertades políticas y movimiento obrero.

- Manifiesto dirigido al Congreso de la Paz.

El punto referido al Estado se debatió partiendo de una concepción plenamente democrática: "Situado bajo el control inmediato y permanente de sus representantes, (el Estado) es el realizador de sus deseos; esta es su razón de ser, su papel". Conscientes de los abusos producidos en gran parte de países europeos, la ponencia declaraba "que el Estado, como representante de los intereses colectivos, emanación directa y libre de los ciudadanos, no debe ni puede tener derechos superiores o anteriores a los de los mandatarios de los que le viene su poder". (44)

La séptima cuestión abordada fue la propuesta por la asamblea ginebrina citada, cuya defensa corrió a cargo de Charles Perron, delegado por aquél municipio. Su planteamiento era el siguiente:

"¿No es la privación de las libertades políticas un obstáculo para la emancipación social de los trabajadores y una de las principales causas de las perturbaciones sociales (paro)?

¿Qué medios hay para apresurar este restablecimiento de las libertades políticas? ¿No será la reivindicación por todos los trabajadores del derecho ilimitado de reunión y de la libertad ilimitada de prensa?."

En la introducción del tema se reconocía que el desarrollo de la Internacional era muy superior en los países que disfrutaban de libertades políticas: "sin la posesión de las libertades políticas aseguradas a los trabajadores, es prácticamente imposible para la Asociación internacional realizar sus gloriosos destinos, extenderse, cubrir Europa y convertirse en lo que debe ser; la confederación obrera pujante y fuerte llamada a regenerar el estado social del mundo".

Para alcanzar las libertades, continuaba la ponencia, "es necesario que la emancipación política sea reivindicada desde el principio y con la misma energía que ponemos en reivindicar la emancipación social".

Considerando tan relevantes premisas, se llegó al siguiente acuerdo:

"El Congreso internacional de trabajadores, reunido en Lausana en septiembre de 1867, considerando,
Que la privación de las libertades políticas es un obstáculo para la instrucción social del pueblo y para la emancipación del proletariado,

Declara:

1. Que la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política.
2. Que el establecimiento de las libertades políticas es una medida previa de absoluta necesidad". (45)

Finalmente se acordó dar a conocer este documento a todos los obreros de Europa y "renovar solemnemente cada año esta misma declaración".

La definición acordada sobre el Estado, sobre sus competencias y sobre la fuente de su poder llevaba claramente implícita su aceptación, si bien, acompañada de aquellas profundas transformaciones que serían beneficiosas para la clase obrera. El punto segundo del acuerdo se mostraba partidario, incluso, de reforzar sus poderes estatalizando "los medios de circulación y transporte", a los que el delegado belga De Paepe quiso agregar infructuosamente la propiedad colectiva de la tierra.

En cuanto al punto séptimo, sobre las libertades políticas y su necesidad para la clase obrera como medio para alcanzar su emancipación política y social, poco hay que añadir. La ponencia

distinguió entre derechos cívicos: reunión, expresión, libertad de prensa e imprenta y los derechos netamente políticos. El logro de los primeros, señalaron "será un medio de apresurar el establecimiento de las libertades políticas". Una de ellas, por la que luchaban los internacionalistas ingleses, belgas, suizos y los obreros de muchos países como España, era el derecho de sufragio. En el Congreso estuvo presente como delegado, el arquitecto británico Alfred A. Walton, presidente, precisamente, de la National Reform League, organización creada para alcanzar la extensión del sufragio en su país. Estaba integrada en la A.I.T. y era apoyada por el Consejo general. El Congreso de Lausana eligió por unanimidad a Walton miembro del citado órgano directivo.

La ponencia relativa al Estado fue aprobada por unanimidad. La referida a las libertades políticas lo fue sin discusión, con dos votos en contra. (46)

Conviene destacar que ambas ponencias, de neto contenido político y estrechamente relacionadas con los acuerdos y declaraciones anteriores de la Internacional, fueron apoyadas por los delegados suizos J. Guillaume, J.P. Becker y Charles Perron, siendo éste, a mas abundamiento, el que propuso y defendió la segunda de ellas. Los tres fueron desde el siguiente año, tras la irrupción de Bakunin en la Internacional, destacados seguidores de éste. Los dos últimos, además, fueron miembros del Comité de la Alianza para la Democracia Socialista, organización creada por el dirigente anarquista ruso y de la que se tratará más adelante. (47)

En esta asamblea internacional no hubo presencia española alguna ni sus actas recogen referencias a nuestro país. No obstante, en Cataluña se siguió la convocatoria del Congreso y "una Liga social-republicana de Barcelona -muy posiblemente la Legión Ibérica- dirige una proclama al Congreso, expresando sentimientos de aversión al trono y al altar, y de fraternidad

universal, y un vago ideal de paz y de humanidad". (48)

El Consejo general rindió cuentas de su gestión y del estado financiero del mismo, siendo aprobado por los concurrentes que procedieron unánimemente a renovarles su mandato. Uno de los miembros confirmados por el Congreso fue Lafargue, que continuó como secretario-corresponsal para nuestro país. En la sesión de este organismo, del 8 de octubre de 1867, tuvo lugar una de sus escasas intervenciones sobre España, a propósito de un personaje enigmático del que no volvió a verse mención alguna en las actas del Consejo general:

"El ciudadano Lafargue lee una carta en lengua española, de un español que ha leído algo sobre el Congreso de Lausana y que se encuentra lleno de entusiasmo por la clase obrera. Ha establecido contactos en Madrid entre los estudiantes y los trabajadores. Ha viajado por toda Europa y comprende que hay mucho que hacer en España, pero el país está muy agitado actualmente. Hay un buen material en Cataluña, en Aragón y en Castilla. Perseverará y llegará al martirio si fuera necesario". (49)

Como vimos con anterioridad, no fue éste el único ofrecimiento de colaboración para nuestro país que careció posteriormente de consistencia alguna.

* * *

Sin más referencias a España en las actas del Consejo general nos adentramos en el año 1868, cuyos últimos meses, tras el triunfo revolucionario, fueron cruciales para el desarrollo de

nuestro movimiento obrero.

Desde julio de 1866, como se recordará, presidía Narváez un gobierno moderado. En el ejercicio de esta responsabilidad política falleció el 20 de abril de 1868. Con su desaparición y la de O'Donnell unos meses antes, perdía la Reina Isabel II dos pilares básicos dentro del limitadísimo espacio al que había reducido el ejercicio legal de la actividad política. Designó para sustituirle a González Bravo, el cual, al reducir los presupuestos de marina contribuyó a incrementar el malestar entre los oficiales de la armada. Por si esto fuera poco, y ante las manifestaciones críticas en los rangos más elevados del ejército, fueron desterrados los generales Serrano, Dulce, Zavala, Echagüe y Córdova, lo cual aceleró el entendimiento entre los progresistas y los partidarios de la Unión liberal, perdurando, no obstante, la desconfianza de ambas formaciones políticas hacia los demócratas. Entre éstos persistía la división personalista y las discrepancias en temas tan importantes como su "actitud respecto a la forma de gobierno que debería seguir a una posible demolición de la monarquía borbónica" (50) Con gran sorpresa para los dirigentes unitarios del partido, como García Ruíz, Castelar se había unido en el exilio al federalismo propugnado por Pi y Margall. En esta delicada situación, con la organización proscrita y los dirigentes enfrentados, se encontraba el partido demócrata cuando en España alumbraba la revolución.

* * *

4. LA MADUREZ DE LA ASOCIACIÓN: EL CONGRESO DE BRUSELAS (1868)

Del 6 al 13 de septiembre, cuando faltaban tan sólo cinco días para que el almirante Topete se pronunciara en Cádiz, inició la Internacional su tercer Congreso en la capital belga. Su gobierno había retirado las leyes restrictivas contra los extranjeros y ello permitió la celebración del simposio en aquel país. Asistieron, según consta en las actas del Congreso, 96 delegados, de ellos 56 belgas, además de cuatro representantes del Consejo general de Londres. De estos, tres eran delegados al mismo tiempo de sendas asociaciones obreras de la capital británica. Estuvieron representados los mismos países que en el Congreso anterior: Gran Bretaña, Alemania, Francia, Suiza, Italia y Bélgica, a los que se unió, por primera vez, España. Asistió por nuestro país un trabajador mecánico llamado Antonio Marsal Anglora, en representación de una organización barcelonesa denominada "La Legión Ibérica", si bien, en la segunda sesión hizo rectificar el acta de la anterior para que constara de forma más precisa su representación en nombre "de la Legión Ibérica del trabajo y de las asociaciones obreras de Cataluña". Por razones de seguridad, dada la vigilancia policiaca en nuestro país, utilizó en Bruselas la denominación "Sarro Magallán", anagrama formado con las letras de sus apellidos. Era una persona conocida en los medios obreros de la ciudad condal que, años más tarde, intervendría activamente en el Congreso de Barcelona de Junio de 1870, donde se constituyó formalmente la Internacional española. (51)

Como único representante de su país, fue elegido miembro de la mesa provisional encargada de regular las primeras actuaciones del Congreso. Dirigió un saludo inicial, en nombre de la dirección de la Asociación, Hermann Jung, el cual, tras una introducción en la que manifestó que el objetivo de la Internacional "no consistía en elevar el salario de los obreros a través de las huelgas o de otra forma, sino en destruir el

salariado", pasó revista a la situación de la clase obrera en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Suiza e Italia. Tal vez debido a la presencia de un delegado español, se refirió a continuación a nuestro país con estas palabras:

"En cuanto a España, se encuentra actualmente en una situación anormal: está, por así decirlo, en estado permanente de sitio. Por lo demás, los delegados españoles os dirán personalmente lo que ocurre en su país". (52)

Aunque escueta, es significativa la opinión expresada por un miembro del Consejo general y estrecho colaborador de Marx que, como vimos, mostró reiteradamente en aquel organismo su interés por nuestro país. Concluyó su intervención poniendo de manifiesto la excelente situación por la que atravesaba la A.I.T. al tiempo que hacía un llamamiento para que se pasara de la teoría a la práctica.

Tras sucesivas intervenciones de delegados belgas, franceses, británicos, alemanes, suizos y de un consejero que informó sobre Italia, le correspondió el turno al delegado español. De sus palabras, sin duda influidas por la importancia del auditorio, queda la siguiente constancia en las actas del Congreso:

"Las sociedades obreras de España, encadenadas hace mucho tiempo por un poder despótico, envían un saludo cordial a sus hermanos del resto de Europa. El momento presente no es muy favorable para las asociaciones. Sin embargo, sotto voce, en Cataluña y en Andalucía las asociaciones obreras se desarrollan poco a poco. Se ha intentado detener a los obreros que estaban a la cabeza de estas sociedades; pero cada día se nombraban doce delegados nuevos. Tanto es así, que el poder, cansado de encarcelar, tuvo que desistir en ese camino y

dejarles libres. Los obreros españoles están dispuestos a luchar con sus hermanos contra esta formidable asociación del ejército, el trono y el altar, para asentar por fin sobre bases sólidas la paz, la justicia y el trabajo". (53)

El saludo fue aplaudido y constituyó más que el informe de una federación obrera, la voz esperanzada de un militante clandestino.

Cumpliendo el acuerdo del Congreso anterior, el Consejo general elaboró definitivamente el orden del día y lo envió previamente a las secciones. Por esta razón, y por primera vez, diferentes entidades de la Internacional concurren a Bruselas con sus propias ponencias referidas a los puntos del programa. Destacaron en esta labor, que enriqueció extraordinariamente los debates, las secciones de Bruselas, Lieja, Verviers, Ginebra, París y Ruán. Como en los casos anteriores, el Congreso celebró sesiones administrativas a puerta cerrada, por la mañana, y sesiones públicas en la tarde-noche.

Las resoluciones adoptadas versaron sobre los temas siguientes:

- La huelga y las sociedades obreras.
- El maquinismo y la clase capitalista.
- Instituciones de crédito para los trabajadores.
- Enseñanza integral.
- La propiedad de la tierra, minas, ferrocarriles, carreteras, canales, telégrafos y bosques.
- Reducción de la jornada laboral.
- La guerra y los ejércitos permanentes.

El congreso, fiel al criterio expuesto en su saludo inicial por el representante del Consejo de Londres, abordó entre los

primeros temas del orden del día el relativo a la huelga. Desde la dirección de la A.I.T. se habían seguido y alentado, cuando no promovido, acciones reivindicativas que, en ocasiones, afectaron a más de un país. Estas experiencias mostraron unas vías de actuación de gran interés para el organismo internacional.

El debate sobre este tema fue muy rico, manifestándose argumentos, experiencias y reflexiones que lo harían, aún hoy, de gran actualidad. Lieja y Bruselas presentaron sendas ponencias. La segunda, leída por De Paepe, constituyó un riguroso análisis de los tipos de huelgas, sus causas, desarrollo y fines, con importantes derivaciones en torno a su influencia sobre precios y salarios y otras repercusiones en la economía. También se refería al sujeto activo de la huelga: las sociedades de resistencia o sindicatos.

Pese a que algunos intervinientes mostraron el lado negativo de estos hechos, porque, citando a Proudhon, las huelgas iban contra la "libre concurrencia" y afectaban a la "libertad de transacción", hubo práctica unanimidad en que el estado de injusticia social presente las hacía imprescindibles, al tiempo que fomentaban el principio de solidaridad. Cerró el debate Dupont, del Consejo general, extrayendo las siguientes enseñanzas políticas de las huelgas para los trabajadores:

"Nosotros consideramos la huelga no sólo como un arma, sino como el mejor medio de organizar las fuerzas de la clase obrera. Porque, al margen del lazo de solidaridad universal que crea, los obreros se preparan al ejercicio de sus derechos sociales y políticos y tendrán la forma más simple de administración el día en que estén lo suficientemente unidos como para arrancar el poder social de manos de los explotadores". (54)

Las conclusiones que se aprobaron en este Congreso referidas a la "organización, oportunidad y legitimidad" de las huelgas, y

sobre los "consejos de arbitraje" que juzgarían en torno a lo anterior, así como sobre las necesarias "cajas de resistencia" para garantizar el éxito de estas movilizaciones obreras, constituyeron una norma de conducta habitual en el sindicalismo obrero socialista hasta bien entrado el siglo XX.

Una vez más, como venía aconteciendo desde la Conferencia de Londres, los proudhonianos mantuvieron acalorados debates con los colectivistas y con los delegados del Consejo general. Entre otros, Tolain se opuso a que hubiera una resolución sobre el maquinismo, si bien se transigió aprobando una resolución según la cual estos instrumentos pasarían al servicio de los trabajadores "mediante las asociaciones cooperativas y con una organización del crédito mutual", entidades ambas muy del agrado de los seguidores del pensador francés. También en otros dos puntos del programa fue citado reiteradamente Proudhon, que, en este Congreso, encontró su réplica en las consiguientes referencias a la obra de Marx.

En la discusión sobre las instituciones de crédito, destacaron por su defensa de los postulados proudhonianos sobre el crédito gratuito Fontaine, Tolain y Longuet, que más adelante sería yerno del filósofo alemán y defensor de sus ideas. Para Tolain, había que luchar "contra la acumulación del capital y, desde ahora, la banca de cambio podría establecerse entre aquellos que crean productos intercambiables. Esta reforma, que no puede extenderse más que paso a paso, hará realidad la liberación del trabajo, pues, como dijo Proudhon en un lenguaje un tanto rudo -concluía- cualquiera que para organizar el trabajo, hable de hacer un llamamiento al gobierno o al capital, ha mentido".

Muy diferentes fueron las tesis expuestas al respecto por Eccarius, representante del Consejo general. El camino no era eludir a los gobiernos estableciendo quiméricas instituciones financieras, sino todo lo contrario: "... cuando, según nuestro

deseo, el Estado sea la expresión sincera de la voluntad de los trabajadores, entonces ya no habrá nada que temer. Explotará los bancos, como todo lo demás, para el bien público". En su criterio, quedaba al margen de los objetivos de la A.I.T. "el ocuparse de teoría pura, como el crédito gratuito". Finalmente, el delegado alemán Moritz Hess, después de exponer que no era conveniente combatir al capital con "un ser imaginario" como el crédito gratuito, se remitió "a la obra de Karl Marx, Miseria de la Filosofía, que opuso él a la Filosofía de la Miseria, de Proudhon". (55) También en este punto se alcanzó una solución de compromiso con los seguidores del filósofo galo.

Así mismo, se produjo una intensa polémica en el punto referido a la propiedad colectiva. Como en otros casos ya citados, las obras de Proudhon fueron citadas abundantemente.

Tolain criticó la propiedad colectiva porque con ella "el ciudadano se encuentra sometido a ese ser abstracto que denominaremos Estado y que subordina todos los intereses particulares, toda libertad individual al provecho de la mayoría". Defendió, pues, la libertad individual que podía servir "al interés general por medio de la federación", así como la propiedad individual que, a través de la banca de intercambio y del impuesto sobre la tierra, se podría distribuir en porciones "que pertenezcan prácticamente a cada familia". No obstante lo dicho, sí aceptaba la propiedad colectiva de los servicios públicos. Longuet apoyó al anterior y pidió se aplazara esta cuestión, mientras que el belga Fontaine calificó al comunismo "como la religión de la miseria", mostrándose partidario, por el contrario de una sociedad "de la abundancia".

De Paepe, gran inspirador de la ponencia colectivista, cuyo contenido como se recordará venía exponiendo desde la Conferencia de 1865, procedió a defenderla y a rebatir los argumentos contrarios:

"Hoy el Estado es la burguesía, y los rentistas son precisamente la burguesía, es decir, el Estado. Así pues, hoy, pagar la renta al Estado o a los propietarios es prácticamente lo mismo para el proletario. Pero el Estado, tal como lo concebimos, es una organización nueva, es la sociedad misma, es la federación de diversos grupos de trabajadores. Allí, la renta pagada al Estado será consagrada al bien de todos y no al de uno solo"... (56)

En la resolución que resultó aprobada mayoritariamente por el Congreso -30 votos contra 4 y 15 abstenciones- la propiedad de la tierra, minas, buques, etc. pasaría a manos de la "colectividad social, representada por el Estado, pero por un Estado regenerado y sometido también a la ley de la justicia". La explotación de los recursos sería encomendada a "compañías obreras" que garantizarían "a la sociedad la explotación científica y racional de la concesión", reservándose el Estado la supervisión financiera correspondiente.

La discusión sobre este tema, además de su indiscutible trascendencia, provocó la polarización del Congreso frente a los delegados proudhonianos. Encabezados estos por el veterano dirigente francés Henri Tolain, fundador de la Internacional en el mitin del Saint-Martin's Hall, su derrota significó un serio revés para esta fracción que, de hecho, no volvería a recuperar su destacada posición en el seno de la organización. La minoría, defensores del mutualismo frente al colectivismo, no obtuvo el apoyo del Congreso para leer una declaración explicando su voto, no obstante lo cual, la asamblea acordó de forma conciliadora retomar el tema en el siguiente Congreso.

Cuando se discutía la ponencia sobre la educación integral, se produjo un incidente protagonizado por Marsal Anglora. El delegado por París Irenée Dauthier, manifestó en su intervención la necesidad ineludible de parar los pies al gobierno

"retrógrado" de su país, pues, de lo contrario "Francia será en cuanto a educación la última de las naciones, y ya ha descendido a la altura de España". No toleró el delegado catalán el agravio inferido a su país, por lo que solicitó una rectificación pública con estas fundadas palabras:

"Pido que se rectifique la apreciación emitida por el ciudadano Dauthier sobre el nivel de la enseñanza en España. Aunque en política parece de las peor dotadas, se encuentran allí elementos de estudio más completos de lo que podría creerse. Hay diferentes asociaciones de enseñanza que practican los ejercicios del cuerpo en armonía con los del espíritu, cosa que no he visto en Francia ni en Bélgica; el obrero adquiere así el desarrollo intelectual al mismo tiempo que el desarrollo físico. Es pues en otros países, como Roma, entre otros, donde se debería buscar un ejemplo, pero lo que mantiene este error es que el gobierno cierra las puertas a las relaciones con el exterior, de forma que el extranjero puede creer que España sigue siendo el país de la inquisición". (57)

En la decimosexta y última sesión se presentaron dos dictámenes en el punto referido a la guerra y los ejércitos permanentes. El primero, que respondía parcialmente a las posiciones defendidas por Marx al respecto, fue presentado por la sección de lengua alemana y defendido por J. Ph. Becker, delegado de su Consejo central. El último de los considerandos, que precedía a las conclusiones, señalaba que la A.I.T., como "representante de las clases trabajadoras, reconoce en su programa la necesidad de apoderarse de la dirección política como medio de conseguir su objetivo social, y debe tener en adelante también su programa político en todos los asuntos del mundo civilizado". En su redacción y contenido este texto proseguía la línea ya establecida en diversos documentos de la Internacional, así como en múltiples acuerdos del Consejo general y de

anteriores congresos. Como conclusión, la ponencia alemana llamaba a todos los organismos de la Internacional "a pronunciarse enérgicamente contra la guerra", oponiéndose a ella con todos los medios a su alcance e informando a los trabajadores y a los enrolados en filas "sobre sus derechos y deberes humanos".

A continuación Longuet procedió a la lectura del texto elaborado por la comisión. Se había constituido ésta en la cuarta sesión -7 de septiembre- tras el debate correspondiente. Su contenido estaba inspirado por Tolain y difería notablemente del anterior. Apelaba a la solidaridad y declaraba que una guerra "hecha entre productores, no sería más que una lucha entre hermanos y ciudadanos". Y concluía:

"El Congreso recomienda sobre todo a los trabajadores que dejen todo trabajo en caso de que llegue a estallar una guerra en sus respectivos países.

El Congreso cuenta mucho con el espíritu de solidaridad que anima a los trabajadores de todos los países para esperar que no faltará su apoyo en esta guerra de los pueblos contra la guerra". (58)

Marx calificó de absurdo el intentar oponerse a la guerra con la huelga y el tiempo vino a darle la razón. No obstante, la ponencia alemana no se había presentado en su momento y esto, unido a la premura de los últimos instantes de un Congreso, hizo que se mantuviera el dictamen de la comisión sin que mediara debate ni votación al respecto.

En una de las sesiones administrativas, la delegación alemana presentó un acuerdo recomendando "a todos los trabajadores la lectura y traducción de la gran obra de Karl Marx titulada, El Capital. Crítica de la economía política". Justificaron su decisión en el hecho de ser "el más bello alegato científico en favor de la emancipación del proletariado que la

escuela socialista alemana ha producido hasta ahora".

En la tarde del 12 de septiembre se procedió a dar lectura a las cartas y telegramas recibidos en el Congreso desde el día 9. Entre los mismos figuraba un programa de la "democracia socialista rusa, publicado por Bakunin en Ginebra" que constaba de los siguientes apartados:

- "1. Abolición del derecho de propiedad hereditaria.
 2. Completa igualación de los derechos políticos y sociales de la mujer con el hombre.
 3. Abolición del matrimonio en tanto que institución religiosa, política, jurídica y civil.
- Toda organización política no deberá ser en el futuro más que una libre federación de libres asociaciones tanto agrícolas como industriales".
- (59)

En la segunda sesión De Paepe había informado también de una carta de la misma persona, que militaba ya en la sección central de Ginebra, excusando su asistencia. Era la primera vez que en un Congreso de la Internacional se escuchaba -aunque de pasada- el nombre del revolucionario ruso y se leía uno de los programas salidos de su pluma.

La tercera asamblea general de la Internacional volvió a aprobar la gestión del Consejo general, renovando el mandato a sus componentes. Confirmó a Londres como sede de la ejecutiva y acordó celebrar el 4º Congreso en Basilea, en la Suiza germánica, ya que con anterioridad habían tenido lugar dos reuniones similares en la parte francófona. Como era habitual, presidió las sesiones del Congreso, por elección, un miembro de la dirección, correspondiéndole también su clausura. En la de esta edición intervino Eugène Dupont, que aprovechó la oportunidad para refutar algunas críticas realizadas contra la organización. De sus palabras, con las que se concluiría la reunión de Bruselas,

reproducimos un párrafo que resultará premonitorio de lo que sucederá en España tras la revolución de 1868:

"Otro reproche que los republicanos avanzados hacen a la Internacional, es que ésta se ocupa de cuestiones inútiles, retardando así la revolución.

Responderé que eso no es cierto. Si los obreros desdeñan la política, como la entienden quienes nos hacen tales reproches, es porque habiendo hecho dos revoluciones sin ver que su situación haya mejorado, han investigado la causa, y han visto que 1830 y 1848 no fueron más que revoluciones de forma y no de fondo, que era necesario cambiar el fondo mismo de la sociedad y que el verdadero terreno de la revolución es la cuestión social". (60)

Como se desprende de las palabras de Dupont, el distanciamiento de las organizaciones obreras respecto de los partidos republicanos, en el caso español el demócrata, era general en los países europeos. Las críticas de aquéllos que recoge el representante del Consejo general se reproducirán, prácticamente con los mismos argumentos, en España, siendo rebatidas asimismo con similares razonamientos por los internacionalistas de nuestro país, como veremos en el capítulo siguiente.

Con esta alocución de despedida finalizó sus tareas uno de los Congresos más trascendentales de la Internacional. La experiencia acumulada en las sucesivas reuniones, la importancia de las delegaciones, la altura de los debates, el orden y la organización general del Congreso contribuyeron a realzar su importancia. Las resoluciones adoptadas en materia de huelgas, enseñanza, reducción de la jornada de trabajo, guerra y ejércitos permanentes y, sobre todo, la referida a la propiedad, constituyeron durante muchos decenios la pauta de comportamiento y orientación para el movimiento obrero socialista.

A la vista de esta magna asamblea de Bruselas, puede decirse con objetividad que la Internacional, tras cuatro años de existencia, había alcanzado su madurez organizativa, programática y también ideológica, puesto que ya para entonces las discusiones teóricas cedían su paso a una acción política y reivindicativa orientada y dirigida por los acuerdos y las estructuras de la Asociación internacional. La prensa burguesa y los gobiernos eran conscientes de que se enfrentaban a una potencia de características desconocidas hasta entonces, cuya presencia activa en los principales países de Europa era ya motivo de seria preocupación.

* * *

5. MIJAIL ALEXANDROVICH BAKUNIN : LA PASIÓN REVOLUCIONARIA

Próximo a concluir un detallado escrito, en el que se expone el programa de la Fraternidad Internacional Revolucionaria (1865), Bakunin hace una referencia a las características de los posibles y deseables miembros de esta nueva organización: "No basta con que nuestro candidato comprenda todo esto. Es necesario que posea la pasión revolucionaria". Sin ánimo de incurrir en reduccionismos, pensamos que en estas simples frases se concentra una buena parte de los designios que orientaron la biografía de este personaje.

Así como resultaría incomprensible la historia de la Internacional sin la referencia obligada a Karl Marx, no podría explicarse el desarrollo de dicha organización en España sin contemplar la figura y la actuación de Mijail Bakunin.

Como se vio más arriba, los intentos del Consejo general de tomar contacto con nuestro país y sus nacientes organizaciones obreras fueron tan reiterados como infructuosos. Desde el interior, y como quedó reflejado en la incipiente prensa obrerista, también se recogió ocasionalmente alguna referencia aislada a la organización internacional. Por otra parte, como pudimos ver, tampoco una existencia basada cuando mucho en la tolerancia de las autoridades, permitió que aquellos atisbos se convirtieran en una relación directa y estable. Tuvo que producirse un hecho revolucionario, que conllevó la expulsión de la reina Isabel II de España, para que nuestro país alcanzara a disfrutar unas libertades hasta entonces más intuitas y deseadas que propiamente experimentadas, salvo en brevísimos períodos. Fue en los primeros meses de esta fase histórica, conocida como el sexenio revolucionario, cuando un italiano, enviado a España por Bakunin, expuso en Madrid y Barcelona a sendos grupos de obreros la necesidad de organizarse bajo los criterios de una Alianza secreta creada por el revolucionario ruso, al tiempo que les

habló, por primera vez, de una organización internacional de trabajadores. Aquel comisionado divulgó -como veremos más adelante- un programa anarquista que era obra de Bakunin, iniciando unos contactos que perdurarían tanto como la Internacional en nuestro país. De ahí, que resulte imprescindible, antes de comenzar a analizar la entrada de España en la A.I.T., detenerse brevemente en el estudio del dirigente ruso y de los pasos que le llevaron a solicitar el ingreso en las filas de la Internacional en 1868.

Bakunin descendía de una familia noble de propietarios agrícolas. Realizó los estudios de oficial de artillería en San Petersburgo, pero pronto abandonó la carrera militar tras ocupar sus primeros destinos. Estudió filosofía en la Universidad de Moscú y en el verano de 1840, contando 26 años de edad, se trasladó a la Universidad de Berlín para continuar sus estudios. También en este mismo centro realizó los suyos en Filosofía e Historia Karl Marx, doctorándose en 1841. En Berlín ambos tomaron contacto con los círculos de la izquierda hegeliana e iniciaron su interés por los temas sociales y políticos.

En 1842 Bakunin se trasladó a París donde estudió a los socialistas utópicos franceses -Fourier, Proudhon-. Allí le sorprendió la revolución de 1848. En marzo de 1849 participó en conspiraciones con jóvenes nacionalistas checos y alemanes en Leipzig. Marx, mientras tanto, había dirigido en 1842 la Rheinische Zeitung (Gaceta Renana), en la que analizó las clases sociales y la naturaleza clasista del Estado prusiano, al tiempo que seguía la evolución del movimiento obrero francés e inglés y estudiaba, como Bakunin, a los socialistas utópicos del momento como Proudhon. También tuvo una estancia en París y después en Bruselas, períodos en los que pone las bases de sus concepciones sobre el materialismo histórico, integrándose, en 1847, en la Liga de los Comunistas, para la que redacta en ese año el Manifiesto comunista. En 1848 vive también la revolución en Alemania, publica la Neue Rheinische Zeitung y coincide con

Bakunin en Berlín. Tras el fracaso del movimiento tuvo que abandonar su país y refugiarse en París, de donde también fue expulsado y se dirigió a Londres, ciudad que constituyó desde 1849 su lugar de residencia salvo fugaces ausencias al continente. El caso de Bakunin fue diferente. Tras los hechos revolucionarios fue detenido en 1849, conducido a Dresde, procesado y condenado a muerte, pena que se le conmutó por la de reclusión a perpetuidad. Reclamado en Praga, fue conducido a la capital checa, donde sufrió de nuevo los mismos trances que en la capital sajona. Finalmente fue deportado a su país donde, sin mediar proceso, se le encerró siete años en la famosa fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo a orillas del Neva. De aquí fue trasladado a Siberia oriental, donde enfermó de escorbuto y estuvo próximo al suicidio, según propia confesión. Por último, tras cinco años en los que se le fue atenuando el rigor de la vigilancia, escapó en 1861 al Japón. Recaló en San Francisco, atravesó los Estados Unidos y se embarcó en la costa atlántica rumbo a Liverpool, llegando finalmente a Londres en diciembre de aquel año. (61)

En la capital británica coincidieron por unos años los dos colosos del obrerismo coetáneo, si bien no mantuvieron contacto alguno hasta 1864, poco después de creada la Internacional. Eran aquellos años los que contemplaron la expedición de Garibaldi a Sicilia y Nápoles, así como la unificación italiana. También los del resurgir de la propaganda radical en Rusia y de los atisbos de una inminente revolución en Polonia. Para el filósofo y economista alemán fueron años de penalidades, enfermedades y penuria económica agobiante, situación esta que también perseguirá al agitador ruso durante su posterior estancia en Suiza. En Londres conoció Bakunin, cuya fama había trascendido ya las fronteras, a un notable conjunto de exiliados de diversos países: el socialista francés Louis Blanc, el patriota republicano fundador de la Joven Italia Giuseppe Mazzini y el también socialista y republicano español Fernando Garrido. Durante varios años prestó su máxima atención a la revolución en

Polonia. Viajó a los países nórdicos, intentó crear una "Legión rusa", conspiró para involucrar a Finlandia en el conflicto enfrentando, al mismo tiempo, a Suecia contra el imperio zarista, pero todo concluyó, una vez más, en fracaso. El hombre de acción regresó a Londres desde donde decidió, siguiendo su instinto revolucionario, partir hacia la naciente Italia, con lo que se dio por concluido su periplo revolucionario eslavo.

El 11 de enero de 1864 entró con su familia en Italia procedente de Suiza. Su primera estancia transcurrió en Turín. Para entonces el activista ruso había decidido desechar experiencias revolucionarias nacionales evolucionando hacia proyectos de ámbito internacional. En los primeros meses de su etapa italiana, su actividad y movimientos políticos se produjeron en los círculos de la masonería, para algunos de cuyos más destacados dirigentes portaba cartas de presentación. En la capital del Piamonte visitó a Ludovico Frapolli, que llegó a ser Gran Maestro, el cual, confirmada la pertenencia de Bakunin a la orden Rosa-Cruz, le admitió en su logia otorgándole, además, el carácter de miembro honorario de la misma. El 22 de enero visitó a Garibaldi, Gran Maestro honorario, en Caprera y este confirió a Bakunin el grado 30 de la orden. Después se instaló en Florencia, en donde continuó sus relaciones con dicha hermandad, al tiempo que se iban conformando en su pensamiento las ideas antirreligiosas y también contra el Estado o cualquier otra manifestación de autoridad.

También a la capital de la Toscana se dirigió Bakunin con cartas de recomendación, esta vez de Garibaldi. A través de Giuseppe Dolfi, "uno de los masones más influyentes de Italia", tomó contacto con otros miembros de la citada sociedad y se incorporó a la logia El progreso social, entre cuyos integrantes figuraba Nicoló lo Savio, redactor jefe del semanario Il Proletario. Durante estos meses redactó un proyecto de reforma de la masonería en el que figuraban ya sus ideas federalistas, ateas y colectivistas. También fue concibiendo la idea de constituir

una sociedad secreta inspirada en esos principios revolucionarios y de carácter socialista que elaboró durante su periplo italiano, cuando contaba 50 años, en franca oposición a "los movimientos revolucionarios nacionales, que había sostenido desde 1846 a 1863", y a las creencias religiosas que había mantenido hasta entonces. (62)

Por los contactos que realizó durante la primera parte de su estancia en la península y los proyectos que inició, es muy probable que Bakunin utilizara su pertenencia a la masonería con tres objetivos: dar a conocer sus nuevos planteamientos en un medio propicio sin correr riesgos, atraer hacia estos principios a los hermanos más proclives a sus ideas radicales y, finalmente, intentar introducir su sociedad secreta en el seno de los grupos masónicos con el fin de inclinarlos hacia sus pretensiones revolucionarias. (63)

En septiembre se desplazó de nuevo a Suecia y, a su regreso, se detuvo dos semanas en Londres, donde permaneció hasta primeros de noviembre. Allí recibió la visita de su viejo conocido Karl Marx, el cual le informó sobre la reciente constitución de la Internacional sin que quede constancia alguna de que Bakunin -cuyas aspiraciones hemos visto- solicitara su ingreso, así como también sobre sus planteamientos ideológicos. Bakunin por su parte debió hablarle sobre los cambios producidos en su pensamiento, así como sobre su adscripción a los postulados socialistas. Ambos dejaron positiva constancia, directa o indirectamente, de lo tratado en esta reunión. Marx, en carta a Engels del 4 de noviembre, no ocultaba la favorable impresión que el ruso le había causado.

"Bakunin te envía saludos. Él ha marchado hoy para Italia (Florencia) donde reside. Le volví a ver ayer por primera vez después de dieciseis años. Debo confesar que me ha agradado mucho mas que otras veces.

. . .

Tras el fracaso de la insurrección polaca no intervendrá más que en el movimiento socialista. Es, resumiendo, una de las raras personas que, después de dieciseis años, constato que progresa y no retrocede". (64)

Bakunin, por su parte, en una carta escrita años después a Marx insistirá en la amistad que le profesa ya que, "he llegado a comprender mejor que nunca cuanta razón tenías al seguir, e invitarnos a todos a marchar, por la gran vía de la revolución económica, denigrando a aquellos de entre nosotros que iban a perderse por las sendas de las empresas nacionales o bien exclusivamente políticas". (65)

Pese a lo que pueda desprenderse de ambas citas, estas impresiones amistosas no fueron, como se verá, mas que meras excepciones en una relación siempre dominada por la desconfianza mútua y el recelo.

Durante los primeros meses que sucedieron a la entrevista, se produjo un intercambio de cartas entre ambos personajes. Marx le envió ejemplares del Manifiesto inaugural de la A.I.T. con destino entre otros a Garibaldi y para que sirvieran como propaganda de la Asociación, si bien no hay constancia de que Bakunin llevara a cabo actividades en esa dirección.

A su regreso a Italia permaneció Bakunin en la capital toscana hasta el verano de 1865. En esos meses, y según confirmaría más tarde, puso las bases de una organización secreta. Se trataba de la Hermandad o Fraternidad Internacional Revolucionaria, organismo al que en ocasiones denominaría de forma diferente. Durante estos años, Bakunin no sólo dio un giro espectacular a sus ideas y a su proyecto revolucionario, también experimentó posibles formas y medios de llevarlos a la práctica. Conociendo la organización y programa de la Internacional y no deseando, como demostró entonces, integrarse en esta organización

por su rechazo de Marx y de sus antiguos compañeros de la Liga de los Comunistas, podía haber optado, cuando se inclinó definitivamente por la emancipación del proletariado, por organizar una institución de características similares en suelo italiano. En aquel país la A.I.T. no tenía aún una presencia destacada y el activista ruso pudo intentar crear en los medios obreros, sobre todo durante su estancia en Nápoles, una organización de aquéllas o parecidas condiciones. No lo intentó. A diferencia de Márx, que analizando el desarrollo capitalista británico y las consecuencias de su industrialización avanzada contemplaba en cierta forma el futuro de gran parte de Europa y de los Estados Unidos, Bakunin respondía mejor al prototipo del revolucionario en el período del romanticismo, al que generacionalmente pertenecía. Pensando en la liberación de las masas obreras recurrió a instrumentos más propios de la época absolutista y de las comunidades pre-industriales como eran las sociedades secretas. Como miembro de la masonería conocía bien su estructura y funcionamiento. Sus años en suelo italiano transcurrieron casi por completo en los círculos de aquella sociedad. Al principio, como vimos, integrándose en sus Logias, transmitiendo su mensaje liberador y tratando de transformar aquella institución orientándola por los caminos de su programa revolucionario. Fue su primera experiencia orgánica y fracasó. Cuando unos meses más tarde prosiguió con sus rebeldes empeños, en otras latitudes de la península italiana, la táctica empleada fue muy diferente.

Para encontrarse con su hermano Pablo dejó Florencia y se trasladó con su familia a Sorrento. De aquí pasaría, meses después, a Nápoles en la que permanecería hasta el otoño de 1867. También en esta ocasión se sirvió hábilmente de una credencial oficial del Gran Consistorio del Valle del Arno en la que, además de certificarse su calidad de grado 32, era recomendado "calurosamente a todas las R. (respetables) Logias y Cuerpos superiores Mas. (masónicos)" (66)

En la capital de la Campania conoció Bakunin a un extenso grupo de jóvenes demócratas que estaban participando activamente en el proceso revolucionario de su país y que contaban con un amplio historial. Se trataba del abogado Carlo Gambuzzi, del médico siciliano Saverio Friscia, del arquitecto e ingeniero Giuseppe Fanelli, de Raffaele Mileti y de Alberto Tucci, entre otros. Todos ellos constituirían desde entonces el núcleo de sus más próximos colaboradores. Todos ellos pertenecían a la masonería, eran garibaldinos y nacionalistas mazzinianos, si bien evolucionaban hacia posiciones próximas al socialismo y colaboraban con organizaciones obreras napolitanas. Fanelli y Friscia, además, resultarían elegidos diputados en noviembre de 1865. Así pues, y hasta ese momento, en que las nuevas circunstancias le permitieron poner en marcha su propia sociedad secreta, Bakunin se sirvió con prodigalidad de la masonería. Por ello, un año después, sus compatriotas Herzen y Ogareff aún le consideraban estrechamente vinculado a esta orden, a lo que Bakunin respondía clarificando su posición con estos argumentos:

"... amigos míos, dejad pues de lado esa idea absurda según la cual he sido ganado por la francmasonería. Puede ser, si acaso, que la francmasonería me pudiera servir de máscara o de pasaporte, pero para buscar una ocupación seria, ello sería casi tan pueril como buscar consuelo en el vino". (67)

Su estancia en el sur de Italia se prolongó más de lo que esperaba debido a la relación iniciada con una extravagante y rica aristócrata rusa, la princesa Zoe Obolenski, que ejercía el mecenazgo entre revolucionarios de diversa procedencia. En su círculo íntimo conoció Bakunin al polaco Walerian Mroczkowski, que se integró en la Fraternidad y resultó también uno de sus más conspicuos adeptos.

Disfrutando de una agradable y hasta entonces desconocida situación económica y con aquel grupo de partidarios, puso en

marcha Bakunin su organización, al tiempo que la dotaba en 1866 de un programa y de una declaración de principios a la que denominó Catecismo revolucionario. En este texto se compendia ya el conjunto más significativo de los principios sobre los que edificaría su teoría anarquista. Los puntos más destacados eran los siguientes:

"1. Negación de la existencia de un Dios real, extramundial, personal, y por consecuencia de cualquier revelación o intervención divina... Abolición del servicio y del culto a la divinidad.

2. Sustitución del culto a Dios por el respeto y el amor a la humanidad...

3. La libertad es el derecho absoluto de todo hombre o mujer adultos...

5. La libertad de cada uno no es realizable más que en la igualdad de todos.

7. Exclusión absoluta de todo principio de autoridad y de razón de Estado.

8. La organización política y económica de la vida social debe partir...de abajo a arriba y de la circunferencia al centro.

9. a). Abolición radical de toda religión oficial...

c). Abolición de la Monarquía, República. (sic.)

d). Abolición de las clases, rangos, privilegios... Igualdad absoluta de derechos políticos para todos, hombres y mujeres; sufragio universal

e). Abolición... del Estado tutelar,

trascendente,... Abolición de todas las universidades del Estado, la educación pública pertenecerá exclusivamente a los municipios y a las asociaciones libres...

Abolición de la magistratura del Estado, los jueces deberán ser elegidos por el pueblo...

Abolición de los Códigos criminales y civiles actualmente vigentes en Europa...

Abolición de los bancos e instituciones de crédito del Estado.

Abolición de la administración central, de la burocracia de los ejércitos permanentes y de la policía del Estado"

El Catecismo continuaba con la descripción detallada de los derechos individuales, los de las asociaciones, los municipios, las provincias, la nación, como federación de provincias autónomas y la federación internacional o federación universal de los pueblos. Como se desprende del texto, la evolución hacia los postulados libertarios quedaba patente. Carente del más elemental análisis económico, destinaba también un apartado a la organización social, cuyos principales puntos eran los siguientes:

- Igualdad política, económica y social.
- Abolición del derecho de herencia.
- Propiedad común de la tierra, que poseerán exclusivamente los que la cultiven.
- Igualdad del hombre y la mujer.
- Abolición, no de la familia natural, sino de la legal.
- Sustitución de la iglesia por la escuela. (68)

En resumen, el objetivo perseguido por la Fraternidad internacional, estaría guiado por el ateísmo, el federalismo, el socialismo en su particular concepción y la revolución,

rechazando explícitamente cualquier autoridad, así como el nacionalismo y el derecho de herencia.

También elaboró un reglamento provisional de la sociedad, que para tener carácter definitivo debería ser sometido a la aprobación de una asamblea cuando la sociedad contase 70 miembros. Nunca se alcanzó esta cifra, por lo que tampoco adquirieron carácter definitivo. Su estructura era piramidal y en círculos separados. La alta dirección de la Hermandad internacional la ostentaría el grupo más selecto de sus miembros que constituirían el Directorio Central Internacional. De éste dependerían las Juntas nacionales de cada país que se encargarían, a su vez, de dirigir las respectivas Familias nacionales. En la sociedad había miembros activos y honorarios, reservándose a estos el papel de mecenas de la entidad. La acción se produciría también en dos vertientes; una pública y abierta, dedicada a realizar propaganda por los cauces legales, y otra secreta dedicada a preparar exclusivamente la revolución.

La fidelidad y entrega de los primeros iniciados no se vio recompensada con la afluencia de adhesiones, ya que la Hermandad no rebasó el grupo italiano citado, más dos polacos, la princesa y el propio Bakunin, reducido conjunto que permitía dotar a la entidad con el calificativo de "internacional". (69)

Muy pronto concluiría la plácida residencia de Bakunin y su familia en Nápoles. A ello contribuyeron diversos factores que conviene señalar. Sus seguidores italianos, pese a la lealtad que no dejaron de manifestarle, atravesaban aún serias dudas en su evolución hacia los postulados socialistas del revolucionario ruso, el cual, pese al empeño con que combatía las actitudes políticas de Garibaldi y el centralismo nacionalista con tintes teológicos de Mazzini, veía cómo Gambuzzi y Miletì corrían a las filas garibaldinas para combatir en la campaña del Trentino. La revolución italiana, por su parte, causa principal de su traslado a aquel país, se desviaba por entonces hacia cauces que

desvirtuaban sus postulados iniciales. Así, rememorando sus tres años y medio transcurridos en Italia, diría algunos años más tarde:

"El triunfo de la causa nacional, en lugar de reavivarlo todo, ha aplastado todo. No solamente la prosperidad material, el espíritu mismo está muerto; y uno se sorprende mucho viendo a esta juventud de un país políticamente renaciente, viejo de no sé cuantos siglos y que, no habiendo olvidado nada, no siente el menor deseo de aprender cualquier cosa". (70)

Finalmente, en marzo de 1867 su protectora rusa trasladó su residencia a Vevey (Suiza), al tiempo que una Liga de la Paz y de la Libertad, constituida en París para frenar las tensiones entre Francia y Prusia, que amenazaban con una nueva guerra, convocaba públicamente a "todos los amigos de la democracia libre" para que concurrieran a un Congreso internacional que se celebraría durante el mes de septiembre de 1867 en Ginebra. Deseoso de participar en esta reunión, y teniendo en cuenta lo expuesto, Bakunin se dirigió con su familia hacia el país alpino instalándose también en Vevey y abandonando definitivamente Italia.

La convocatoria de la magna asamblea de Ginebra estaba firmada por las más destacadas personalidades demócratas del momento: John Stuart Mill, Garibaldi, Victor Hugo, Louis Blanc y Edgard Quinet, entre otros, suscribían el llamamiento, que suscitó la atención mundial.

Los convocantes, reconociendo la importancia de la Asociación Internacional de Trabajadores, y teniendo en cuenta que celebraba su Congreso anual en Lausana, del 2 al 8 de septiembre, decidieron de mútuo acuerdo con los internacionalistas ginebrinos iniciar sus sesiones el día 9, al tiempo que invitaban oficialmente a los delegados obreros para

que concurrieran a su simposio. Tratóse este punto en la reunión de Lausana, la cual, pese a la oposición de los representantes del Consejo general, acordó aceptar el ofrecimiento. El Congreso obrero se adhirió a la convocatoria de la Liga, si bien, para los internacionalistas, la abolición de los ejércitos permanentes y el mantenimiento de la paz constituían únicamente etapas en su marcha hacia el socialismo, pues aquellos pasos tendrían como objetivo "alcanzar lo antes posible la emancipación de la clase obrera y su liberación del poder y de la influencia del capital, así como la formación de una confederación de Estados libres en toda Europa". (71)

Asistieron al Congreso de Ginebra más de 6.000 personas, entre ellas 26 delegados obreros desplazados desde Lausana. Garibaldi fue la estrella del acontecimiento y también Bakunin, cuyas penalidades tras la revolución de 1848 eran notorias, razón por la cual obtuvo el reconocimiento de la asamblea. Intervino éste en la segunda sesión, denunciando ante tan extraordinario auditorio al Estado como causante de la opresión y "la explotación de las masas populares y laboriosas en provecho de una clase privilegiada". El ejército era su instrumento para contenerlas, y la mera existencia de esta institución empujaba a las naciones hacia la guerra:

"La paz universal será imposible mientras existan los actuales Estados centralistas. Debemos desear su destrucción para que, sobre las ruinas de esas uniones forzadas, organizadas desde arriba por el derecho de autoridad y de conquista, puedan erigirse otras uniones libremente aceptadas y organizadas desde abajo por la federación libre de los municipios en la provincia, de las provincias en la nación, de las naciones en los Estados Unidos de Europa". (72)

El revolucionario ruso no se alineó en ningún momento con los numerosos asistentes internacionalistas ni manifestó

coincidencias en su intervención con lo expuesto por aquéllos. No obstante, analizando las secuencias de dicha asamblea, no cabe duda de que lo que allí ocurrió alteraría la actitud de curiosidad y tanteo que guió sus pasos hacia tal acontecimiento. Allí comprobaría Bakunin por primera vez la importancia real de la Internacional, la valía de sus dirigentes y el carácter revolucionario de sus postulados, con los que en gran parte coincidía.

Asistieron, como se dijo, 26 internacionalistas, algunos de los cuales, pertenecientes a las secciones de Ginebra, eran a su vez convocantes y organizadores del Congreso. Entre tan nutrida representación de la asamblea obrera de Lausana, se encontraba la plana mayor del Consejo general de la A.I.T. allí presente: Odger, Cremer, Eccarius y Dupont. Los delegados suizos Perron, Guillaume y Becker, el francés Longuet, el belga De Paepe y el alemán Büchner, fueron invitados por el consejero de Estado suizo Jolissaint, que dirigiría el Congreso, para que compartieran con él y con otras personalidades europeas la presidencia. (73)

La presencia de los internacionalistas fue muy destacada, según recogen las actas de aquél acontecimiento. El primer día Charles Perron dirigió un saludo a los presentes en nombre de las sociedades obreras de la Internacional en Ginebra, así como también leyó un mensaje aprobado en una asamblea obrera, que contó con 3.000 asistentes, y que se había reunido en aquella ciudad el 28 de agosto por iniciativa de los trabajadores de la A.I.T. También en esta jornada James Guillaume y el doctor Ludwig Büchner leyeron, en francés y alemán respectivamente, el acuerdo del Congreso de Lausana dirigido a esta reunión internacional. El segundo día, antes de que tomara la palabra el dirigente ruso, habló Eugène Dupont, del Consejo general, en nombre de la A.I.T. En su intervención, se permitió dirigir ciertas críticas al discurso pronunciado por Garibaldi el día anterior, al tiempo que defendió la revolución social ante un auditorio formado mayoritariamente por demócratas y republicanos burgueses. El

tercer día intervino Charles Longuet y el cuarto De Paepe, que destacó el fuerte contenido social y económico que para los obreros debería inspirar una República federal. En su discurso, se produjeron frases que muy bien podrían interpretarse como críticas hacia la intervención de Bakunin y de otros delegados:

"¿a quién serviría descentralizar las naciones, las provincias, los municipios, si en cada una de estas agrupaciones el capital continúa estando centralizado en las manos de unos pocos?" (74)

Estas intervenciones de los representantes obreros, y otras que se caracterizaron por su anticlericalismo radical y los ataques al Romano Pontífice, fueron ruidosamente protestadas por los sectores más moderados de la asamblea, produciéndose en algunos momentos situaciones de gran tensión que estuvieron a punto de dar al traste con la reunión antimilitarista y pacifista. También destacó con delectación la prensa conservadora el hecho de que la figura más destacada del certamen por la paz, Garibaldi, abandonara el segundo día el Congreso para conducir sus tropas a la guerra contra los Estados pontificios.

Bakunin debió calibrar con gran atención tanto la presencia y trascendencia de la delegación internacionalista como la debilidad de una Liga que iniciaba balbuceante sus primeros pasos. Partiendo de esto, y sin que pueda decirse que se planteara su ingreso en la A.I.T. a corto plazo, optó por introducirse con todos sus efectivos disponibles en la organización interclasista naciente, trocando su curiosidad inicial por un verdadero interés en controlarla. Al concluir la reunión de Ginebra se estableció un Comité central compuesto por dos representantes de cada país asistente al Congreso. Bakunin, y sus seguidores Jukovski, Mroczkowski, Zagorski y Gambuzzi, lograron plaza en el órgano directivo, al que muy pronto sometieron un programa redactado por el activista ruso y basado en el federalismo, el socialismo y el ateísmo. No obtuvieron el

respaldo suficiente al principio, pero si más tarde, en junio de 1868, cuando se preparaba el segundo Congreso de la Liga. La mayoría de los presentes entonces, secundaron una propuesta de Bakunin consistente en proponer como programa del citado Congreso la eliminación de la religión "de las instituciones políticas", la autonomía de municipios y provincias en el seno de un Estado federal y, finalmente, "la distribución equitativa de la riqueza" para lograr "la liberación de los trabajadores y la eliminación del proletariado". (75)

El triunfo en el seno del Comité le indujo a pensar que también podría obtenerlo en el Congreso que se celebraría en Berna. Mientras tanto, durante su estancia en Suiza, había podido comprobar la pujanza que alcanzaba en ese país la Internacional, que, además de contar ya con varios periódicos, vivió en la primera mitad de 1868 varias huelgas en Ginebra, de las cuales, la de la construcción en marzo-abril fue secundada por 3.000 obreros, los cuales obtuvieron la reducción de una hora de jornada y el incremento del 10% de su salario, habiendo contado con la solidaridad de los trabajadores franceses y del Consejo general de Londres. Fruto de estas luchas fue el incremento en aquel año de dos a veinticuatro secciones de la A.I.T. en Ginebra, así como un notable aumento en el resto de la Confederación. (76)

Estas circunstancias influyeron sin duda en la decisión adoptada por Bakunin, que en julio de aquel año solicitó su ingreso en la sección central de Ginebra de la A.I.T. En cierta forma, esta determinación debería haber conllevado su salida de la Liga por la Paz y la Libertad, mas no fue así. Bakunin, como veremos, intentó por el contrario hacer de la Liga un organismo paralelo a la Internacional, desde el cual poder ejercer su influencia decisiva sobre ésta, constituyéndose, por así decirlo, en el órgano político y de reflexión que guiaría a la Asociación de trabajadores.

En agosto de 1868 el Comité de la Liga secundó nuevamente una propuesta del activista ruso, según la cual las invitaciones para asistir a la reunión de Berna irían acompañadas por una circular del Comité. En la misma se abogaba por una estrecha relación entre ambos organismos internacionales, figurando como colofón esta elocuente propuesta:

"Para llegar a constituir una fuerza realmente efectiva, nuestra Liga debe transformarse en la expresión puramente política de los intereses económico-sociales y de los principios que con tanto éxito están siendo desarrollados y propagados en la actualidad por la gran Asociación Internacional de Trabajadores de Europa y América". (77)

También por su iniciativa, el presidente del Comité central de la Liga, el economista suizo Gustave Vogt, dirigió una carta al Congreso internacionalista de Bruselas deseándole muchos éxitos e invitando a los delegados para que acudieran a Berna. Para ello, la Liga iniciaría su reunión el 21 de septiembre, ocho días después de la clausura del Congreso obrero en la capital belga. Bakunin, guiado por sus triunfos en el Comité y, como veremos, por la aprobación de sus planes por algunos delegados suizos al Congreso de Bruselas, llevó sus pretensiones demasiado lejos, no contando en ningún momento con varios factores que darían al traste con sus propósitos. En primer lugar, la experiencia del primer simposio de la Liga debió ser muy negativa para la mayor parte de los delegados obreros que asistieron. La mayoría de los presentes en aquella reunión de Ginebra desaprobaron las intervenciones de los internacionalistas y, en las últimas sesiones, se produjeron protestas exaltadas que casi provocan la disolución anticipada de la asamblea. Por otra parte, la Internacional y su Consejo general no eran ajenos a la competencia que podía surgir desde aquel organismo. Finalmente, por aquellas fechas la A.I.T. había logrado un desarrollo extraordinario.

En Bruselas, durante la cuarta sesión, el 7 de septiembre, se discutió ampliamente un punto sobre cual debía ser "la actitud de los trabajadores en el caso de una guerra entre las potencias europeas" y se llegó a un acuerdo. De esta forma, para cuando en la sesión decimocuarta, cinco días después, se leyó la invitación a Berna del Sr. Vogt, la respuesta del Congreso no pudo ser más negativa:

"...los delegados de la Internacional consideran que la Liga de la Paz no tiene razón de ser, vista la obra de la Internacional, e invitan a aquella sociedad para que se incorpore a ella, y a sus miembros para que soliciten el ingreso en alguna de las secciones de la Internacional". (78)

La respuesta de los trabajadores fue un verdadero jarro de agua fría para Bakunin, al tiempo que desarticulaba totalmente sus planes. Ante el presidente de su Comité, por otra parte, tuvo que presentar excusas debido al desairado papel que le había hecho jugar. Así, en la carta dirigida a Vogt se empeñó inútilmente en convencerle de que la decisión del Congreso de Bruselas, que calificaba de "impertinencia", no era la "expresión de los sentimientos de la masa de los obreros que han estado representados, sino... la de la desconfianza, o mejor, si quieres, de la malevolencia de cierta pandilla cuyo centro tú has adivinado sin duda tan bien como yo". Se refería, a juicio de su seguidor Guillaume, al propio Marx, el cual no había estado presente en el Congreso de la A.I.T. En el escrito se desvelaban algunos hilos de la trama, a los que hicimos alusión más arriba. Bakunin informaba sobre sus contactos con militantes internacionalistas suizos y exponía:

"Entre otros, Perron me ha dicho que desde el momento en que nuestras dos Ligas se uniesen, sin confundirse, la una para tratar... las cuestiones económicas, y la otra para ocuparse de las cuestiones políticas,

religiosas y filosóficas... tendríamos la potencia, toda la revolución venidera en nuestras manos. Philippe Becker me ha hablado en el mismo sentido". (79)

Aunque el activista ruso trasladaba hábilmente la paternidad de sus planes, ya fracasados, a los afiliados suizos, no cabe duda de que la pretensión de relegar a la Internacional a un segundo plano en relación con la Liga, y las funciones reservadas a ésta, eran obra de Bakunin y encajaban perfectamente con la circular aprobada en agosto por el Comité central de aquella organización. Por otra parte, y pese al resultado obtenido, en los últimos párrafos de la carta insistía en la misma idea, diciendo que la Liga podría haber prestado un gran servicio a la A.I.T., "preparando las cuestiones y aclarándolas por la misma vía política que es necesario seguir para llegar a la solución completa de la propia cuestión social". Tampoco la vía política, como se verá en el capítulo siguiente, fue precisamente el camino por el que finalmente decidió marchar Bakunin para el logro de sus aspiraciones.

El Congreso de Berna se inauguró, como estaba previsto, el 21 de septiembre de 1868. Asistieron 100 delegados representando a nueve países europeos y americanos. A diferencia del de Ginebra, cada uno de los presentes sabía muy bien cual era su papel en aquella asamblea, y los demócratas burgueses creadores de la organización no estaban dispuestos a que se les fuera de las manos, convirtiéndose en una réplica de la Internacional. El único español asistente fue Emilio Castelar. (80)

Bakunin intervino varias veces, haciendo pública manifestación de sus postulados anarquistas sobre la desaparición del Estado, la religión, la "igualación económica y social de las clases y los individuos" y la abolición de la herencia, "consecuencia directa de los principios del Estado". Sus propuestas fueron derrotadas por amplia mayoría, por lo que al concluir la asamblea hizo público un documento al que

solemnemente denominó "Protesta colectiva de los miembros que abandonan el Congreso". Lo suscribían dieciocho delegados, figurando, junto a Bakunin y sus fieles seguidores rusos y polacos, los franceses Elisée Reclús, Aristide Rey, Albert Richard, y los italianos Giuseppe Fanelli, Saverio Friscia y Alberto Tucci. (81). Todos los firmantes, en cuanto se hubieron retirado del Congreso, se reunieron para constituir, por iniciativa de Bakunin, una nueva entidad, cuya denominación fue Alianza Internacional de la Democracia Socialista. Para entonces, 25 de septiembre de 1868, la revolución se había iniciado en España, tras el pronunciamiento de la escuadra en Cádiz al mando del brigadier Juan Bautista Topete y Carballo. El Congreso de Berna había saludado el cambio político que tales acontecimientos podrían generar en nuestro país. Para la Alianza recién fundada por Bakunin, aquellos sucesos revolucionarios tampoco pasarían desapercibidos.

NOTAS AL CAPÍTULO III

- (1). Un internacionalista italiano próximo a Mazzini destacaba en sus memorias que "la singularidad de la Internacional consistía precisamente en su pluralidad, es decir en la legítima coexistencia de múltiples doctrinas, ora convergentes, ora divergentes, en el seno de una misma gran asociación". O. Gnocchi Viani, Ricordi di un internazionalista, Liviana, Padua, 1974 pp. 106-109 citado por Letterio BRIGUGLIO, "Mazzini e il socialismo" en MondOperaio, nº 4 (abril, 1990) p. 106
Sobre las "ideologías" en el seno de la Primera Internacional ver el artículo de Jacques ROUGERIE, "Sur l'Histoire de la Première Internationale." Le Mouvement Social. (Número especial dedicado a la Iª Internacional) París, 1965 nº 51 pp. 35 a 40
- (2). Miguel ARTOLA, Partidos y programas políticos. (1808-1936) Aguilar. Madrid, 1974-1975. Tomo I, p. 129
- (3). MARX-ENGELS. La revolución en España. Progreso, Moscú, 1978 pp. 7 y 72. Las citas corresponden a los artículos publicados el 9 de septiembre y el 21 de julio de 1854, respectivamente.
- (4). Josep BENET y Casimir MARTI. Barcelona a mitjan segle XIX. El Moviment obrer durant el Bienni Progressista. (1854-1856). Curial. Barcelona, 1976. Tomo I, p. 811
- (5). Ibídem, Tomo II p. 7 y ss. para la huelga general en Barcelona. El texto de la Exposición, mismo tomo pp. 243 a 245
- (6). Ibídem, Tomo II pp. 261

- (7). Ibidem, Tomo II pp. 294-295. El banquete se celebró el domingo 11 de noviembre en la madrileña fonda de Las Cuatro Naciones. (p. 292)
- (8). La cuestión de la media hora en Ibidem, Tomo II, p. 390 y ss. El texto reproducido, en p. 415.
- (9). La población obrera de Barcelona en Ildefonso CERDÁ. Monografía estadística de la Clase obrera de Barcelona en 1856. Imprenta española. Madrid, 1867. El autor llega a la cifra de población obrera barcelonesa partiendo de los siguientes criterios: "Bajo la denominación general de obreros he comprendido a todos los oficiales, aprendices, peones y ayudantes, cualquiera que sea su sexo, edad y demás circunstancias, a todas las personas que, viviendo de su trabajo, no lo ejercen en establecimiento o taller propio, sino que prestan sus servicios, ora a jornal, ora a destajo, ya sea en los talleres, fábricas o locales ajenos, ya en su propia casa". p. 8. La población de Barcelona y Madrid capitales, se refiere a 1857. Anuario Estadístico de España correspondiente al año de 1858. Imprenta Nacional. Madrid, 1859. p. 246
- (10). Luis ARRANZ y Antonio ELORZA. "El Boletín de la clase trabajadora: La definición bakuninista de la clase obrera madrileña". Revista de Trabajo nº 52. Madrid, 1975. p. 359 y Juan J. TRÍAS y Antonio ELORZA, Federalismo y Reforma Social en España (1840-1870). Seminarios y Ediciones, S.A. Madrid, 1975 p. 312 y ss.
- (11). Demetrio CASTRO ALFIN. "Unidos en la adversidad, unidos en la discordia: el Partido Demócrata, 1849-1868." En Nigel TOWNSON (ed.) El republicanismo en España (1830-1977) Alianza Universidad. Madrid, 1994 p. 74

- (12). Ibídem, pp. 76 a 80 y Casimiro MARTI. Orígenes del anarquismo en Barcelona. Teide. Barcelona, 1959 pp. 22 a 27. El texto de Eugenio GARCÍA RUÍZ, en su obra Historias. Madrid, 1878. Tomo II p. 673
- (13). C.A.M. HENNESSY. La República Federal en España. Aguilar. Madrid, 1966 pp. 33 y 34
- (14). El texto del Manifiesto, fechado el 10 de junio de 1864 en Barcelona, en la obra citada de C. MARTI pp. 119-120 y en la p. 32
- (15). Anselmo LORENZO. El Proletariado militante. Barcelona, (1901) p. 34 y José Antonio PIQUERAS. Tomás González Morago en la Enciclopedia de Historia de España dirigida por Miguel Artola. Alianza ed. Madrid, 1991 p. 378
Anselmo Lorenzo recordaba años más tarde que cuando Morago le hizo partícipe de la necesidad de constituir la Internacional en Madrid, se hallaba en la mejor disposición para aquella tarea gracias a "la lectura de algunas obras de Proudhon, por el extracto de las obras de Fourier y por la campaña socialista de Pi y Margall en La Discusión". (subrayado nuestro). op. cit. p. 33. También Francisco MORA, Historia del Socialismo Obrero Español. Madrid, 1902 pp. 43-44
- (16). Jordi MALUQUER DE MOTES BERNET. El Socialismo en España. (1833-1868). Crítica. Barcelona, 1977 y D. CASTRO ALFIN op. cit. p. 81
- (17). D. CASTRO ALFIN. op. cit. pp. 72-73
- (18). Miguel ARTOLA. La burguesía revolucionaria. (1808-1874) Alianza ed. Madrid, 1974 p. 366
- (19). Diario de las sesiones de Cortes. Nº 114 (22 de junio de

1865) p. 2.878

- (20). Manifiesto del Comité Central del Partido Democrático. (15-III-1865). En Miguel ARTOLA. Partidos y programas... Tomo II pp. 74 a 78
- (21). Ibídem, Tomo II pp. 74-76 y 77
- (22). Ibídem, Tomo I pp. 52-53
- (23). Juan José MORATO. Líderes del movimiento obrero español. (1868-1921) Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1972 p. 108
- (24). C.A.M. HENNESSY op. cit. pp. 46-47
- (25). E. GARCÍA RUÍZ. Historias... Tomo II p. 709 Pi y Margall señalaría que no asistieron Castelar ni él, exiliados por entonces en París, porque "no veían con buenos ojos las aficiones monárquicas de la mayoría de los reunidos en Ostende". Francisco PI y MARGALL y Francisco PI y ARSUAGA, Historia de España en el siglo XIX. Barcelona, 1902 Tomo IV p. 388
- (26). Le Conseil Général de la Première Internationale. (1864-1866). Progrés. Moscú, 1972. Sesión del Consejo central del 22 de noviembre de 1864 pp. 36 a 38. En la sesión del 27 de marzo de 1866 fue propuesto secretario para España Paul Lafargue. Ibídem, p. 143 No obstante, en el acta del 25 de septiembre de aquel año, al renovarse los cargos del Consejo tras el Congreso de Ginebra, figura que los secretarios-coresponsales para Francia, Alemania, Suiza, América y España fueron reelegidos, anotando los editores en nota a pie de página a Breitschwert para nuestro país, cuando, en realidad debería figurar Lafargue. (Le Conseil Général... (1866-1868) p. 28)
Las referencias de Marx sobre Ludwig Otto en MARX-ENGELS.

Correspondance. A. Costes. París, 1934 Tomo VIII pp. 115-116. La carta lleva fecha del 2 de diciembre de 1864. Debemos anotar al respecto, que en la sesión siguiente del Consejo general -29 de noviembre de 1864- se aprobó un manifiesto dirigido al pueblo norteamericano con ocasión de la reelección presidencial de Abraham Lincoln. Este texto se publicó en el The Bee-Hive Newspaper, órgano del Consejo, el 7 de enero de 1865 con las firmas de los miembros del citado organismo. Figuran destacados los nombres de los secretarios-corresponsales de Francia, Alemania, Italia, Polonia y Suiza, pero no el de España, si bien, el nombre de Otto figura entre el conjunto de miembros del Consejo. (Le Conseil Général... (1864-1866) p. 39 nota **** y p. 41). A partir de ese mismo año 1865 no volvió a aparecer el nombre del periodista alemán en ninguna relación de miembros del Consejo general. El apellido Breitschwert, figura como Breidtschwert en la Correspondance citada.

- (27). Le Conseil Général... (1864-1866) p. 112
- (28). Con extraordinaria carga subjetiva y haciendo deducciones que no se compadecen con la realidad, se refiere García Ruíz a la aproximación que se produjo durante la expatriación entre Castelar y Pi y Margall. Este, "que no cedía en su siniestro socialismo", "abrazaba todas las utopías y entrañaba la más espantosa anarquía: tal fue el federalismo aprendido por Pi en las recientes reuniones que los internacionalistas o comunistas tuvieron en Bélgica y Suiza y que, con asombro de los buenos demócratas, abrazó ardientemente Castelar..." E. GARCÍA RUÍZ. op. cit. Tomo II pp. 709-710
- (29). Las actas de la Conferencia de Londres de 1865 en Le Conseil Général... (1864-1866) pp. 193 a 209 y notas 254 (p. 344) y 261 (p. 345)

- (30). Journal de l'Association Internationale des Travailleurs.
(Section de la Suisse romande). Ginebra, 1 de diciembre de
1865. En Antony BABEL. La Première Internationale, ses
débuts et son activité à Genève de 1864 a 1870. En la obra
Mélanges d'études économiques et sociales offerts a William
E. Rappard. Ginebra, 1944 pp. 239-240 y 246
- (31). A. GUSART. "La Asociación Internacional". El Obrero, 18 de
marzo de 1866. Reproducido en Revista de Trabajo, nº 30,
1970. "El Obrero y La Emancipación". Selección y nota
preliminar de Antonio ELORZA pp. 223 y 224 y C. MARTÍ
Orígenes del anarquismo... p. 75
- (32). Josep M^a POBLET. Antoni Gusart, un pioner de l'obrerisme.
R. Dalmau. Barcelona, 1971 p. 48. Sobre El Obrero y el
Congreso de 1865, C. MARTÍ. Orígenes del anarquismo... pp.
32 a 35
- (33). Le Conseil Général... (1864-1866) p. 134 y n 167 (p. 331)
- (34). id.id. p. 272. El escrito de Jung, revisado por Marx, va
dirigido Al redactor de L'Echo de Verviers y lleva fecha
del 15 de febrero de 1866. id. id. pp. 269 y 277
- (35). Actas de las sesiones del Consejo general del 27 de
febrero, 6 y 27 de marzo de 1866. Le Conseil Général...
(1864-1866) pp. 137, 138 y 143. La referencia a Orsini,
Ibídem, p. 141. Referencia biográfica de Paul Lafargue.
Ibídem, n. 177 (p. 332), Paul LAFARGUE. Textes Choisis.
París, 1970 Introducción biográfica de Jacques GIRAULT pp.
16 a 21. Jacques GIRAULT. "La experiencia política de
Lafargue a su llegada a España". Estudios de Historia
Social. Madrid. N. 8/9, 1979 p. 91 y "Paul Lafargue" en
Dictionnaire biographique du Mouvement Ouvrier Français.
París, 1969. Tomo VI, 2ª parte, pp. 449-450

- (36). Raymond CARR. España 1808-1939. Ariel. Barcelona, 1966 p. 291
- (37). Eugenio GARCÍA RUÍZ. La revolución en España. París, 1867. p. 151
- (38). Emilio CASTELAR. Historia del Movimiento republicano en Europa. Madrid, 1873. Tomo I, p. 540
- (39). Ibídem, Tomo II, p. 243. También su obra Discursos políticos. Madrid, 1873 pp. 220-221. Castelar asistió exclusivamente a las sesiones vespertinas, que, a diferencia de las reuniones de las mañanas, eran abiertas al público. Así se acordó el primer día del Congreso.
- (40). Jacques FREYMOND (director) La Première Internationale. Droz. Ginebra, 1962. Tomo I. pp. 33, 46 y 66
- (41). Ibídem, Tomo I, p. 34-35
- (42). Ibídem, Tomo I. pp. 55-56 y 68. James Guillaume, amigo personal de Bakunin e historiador de la Internacional, expone reiteradamente en su relato de este acontecimiento que "se buscaría en vano, en las páginas de la memoria del Congreso de Ginebra, el nombre de Marx." Añade que en aquellos momentos "ignorábamos hasta la existencia de Karl Marx". Maneja en su trabajo, publicado originalmente en París en 1905, una reducida memoria publicada por el polaco Joseph Card en Ginebra el mismo año 1866. El Consejo general, por su parte, publicó otra más detallada y exacta en el semanario The International Courier, publicación londinense editada también en francés. En la misma, los delegados Cremer, Carter y Tolain citan reiteradamente a Marx como ejemplo de trabajador intelectual adscrito a la Internacional. Guillaume reconoce que no le fue posible conseguir esta memoria. En cualquier caso, asistió al

Congreso y debió percatarse de las citas al dirigente alemán, ya que éstas se produjeron en el debate más destacado del encuentro. Su olvido, y la insistencia en el mismo, no parecen pues tener una explicación lógica. James GUILLAUME. L'Internationale. Documents et souvenirs. 2ª ed. París, 1985. Tomo I p. 5 n. 3 y p. 26

- (43). Le Conseil Général... (1866-1868) p. 28 C. MARTI hace algunas hipótesis al respecto en su obra Orígenes del anarquismo... p. 76 y n. 6
- (44). J. FREYMOND op. cit. Tomo I. pp. 231-232. Los puntos propuestos por el Consejo general para debatir en el Congreso, en Le Conseil Général... (1866-1868) p. 114
- (45). J. FREYMOND, op. cit. Tomo I. pp. 233-234
- (46). J. FREYMOND op. cit. pp. 121 y 151 a 155
- (47). J. GUILLAUME, en su obra, reproduce parcialmente las ponencias 6ª y 7ª a que nos hemos referido. En cuanto a esta última -sobre las libertades políticas- sugerida y defendida por Perron y los delegados de Ginebra, alega la intención oculta de "probar la sinceridad republicana de ciertos delegados parisinos, sobre los cuales planeaba desde el año anterior la sospecha de ser agentes bonapartistas". op. cit. Tomo I. pp. 36 y 37. Realmente, conectar una propuesta tan candente en aquellos años -realizada por una asamblea popular convocada por las secciones ginebrinas-, con determinadas sospechas malintencionadas sobre algunos delegados franceses sólo denota, además de mala memoria y mucha imaginación, un intento de ocultar la importancia del acuerdo y el hecho, que no recoge, del voto afirmativo del futuro militante anarquista.

- (48). C. MARTÍ op. cit. p. 76 y J.J. MORATO. Historia de la sección española de la Internacional. (1868-1874) Madrid, (1930) p. 19
- (49). Le Conseil Général... (1866-1868) p. 138
- (50). C.A.M. HENNESSY. op. cit. pp. 41, 46 y 47
- (51). Sobre Marsal Anglora ver J.J. MORATO. op. cit. p. 23 y C. MARTÍ. op. cit. p. 77 y n. 9. Su representación en J. FREYMOND. op. cit. Tomo I pp. 240 y 253
- (52). J. FREYMOND. op. cit. Tomo I p. 243
- (53). Ibídem, Tomo I p. 246
- (54). Ibídem, Tomo I pp. 265 a 290
- (55). La discusión y conclusiones sobre el maquinismo en J. FREYMOND op. cit. Tomo I pp. 297 y ss. la resolución en pp. 347-348. La discusión sobre las instituciones crediticias en pp. 356 a 360.
- (56). Ibídem, Tomo I pp. 392 a 402. Los acuerdos y la votación en pp. 405 a 407
- (57). Ibídem, Tomo I pp. 341 y 342
- (58). Ibídem, Tomo I pp. 402 a 404. Las críticas de Marx en Le Conseil Général... (1868-1870) n. 23 (p. 331) y n.374 (p. 383)
- (59). J. FREYMOND. op. cit. Tomo I p. 391
- (60). Ibídem, Elección del Consejo general pp. 404-405. Sede del mismo y lugar del próximo Congreso, p. 379. El texto de

Dupont, pp. 428-429.

- (61). Los datos biográficos sobre Bakunin en estas primeras etapas de su existencia, en Max NETTLAU. Michele Bakounine. Uno schizzo biográfico. Messina, 1904
- (62). Luigi POLO FRIZ. Mijail Bakunin y la masonería italiana. En la obra conjunta, Masonería, revolución y reacción. Alicante, 1990. Tomo I, pp. 195 a 212
- (63). Arthur LEHNING. Introducción a Michel Bakounine et l'Italie. 1871-1872. Leiden, 1961. 1ª parte, p. XVI y POLO FRIZ op. cit. p. 210
- (64). MARX-ENGELS. Correspondance. op. cit. Tomo VIII pp. 98-99. De su primera estancia de varios años en Londres, tras su fuga de Siberia, había tenido constancia Marx, el cual informaba a su amigo Engels con estas palabras: "Bakunin se ha vuelto un monstruo, una masa enorme de carne y grasa que apenas puede caminar. Por otra parte, está loco de atar y celoso de su polaca de diecisiete años, con la que se casó en Siberia a causa de su martirio. Se encuentra actualmente en Suecia donde hace la "revolución" con los finlandeses". Ibídem, p. 19 (Carta del 12 de septiembre de 1863)
- (65). Carta de Bakunin a Marx del 22 de diciembre de 1868. En J. FREYMOND. La Prèmiere... Tomo I p. 452
- (66). POLO FRIZ op. cit. p. 199 y n. 15
- (67). Michel DRAGOMANOV. Correspondance de Michel Bakounine. Lettres à Herzen et a Ogareff. (1860-1874). París, 1896 p. 209 (Carta desde Nápoles, del 23 de marzo de 1866)
- (68). Ni dieu, ni maitre. (Antologie historique du mouvement anarchiste.) La Cité ed. Lausana s/a pp. 203 a 215

- (69). Edward H. CARR. Bakunin. Grijalbo. Barcelona, 1970 pp. 344-345
- (70). A. LEHNING. op. cit. 1ª parte, p. XIX
- (71). J. FREYMOND. La Première... Tomo I p. 122
- (72). A. LEHNING. op. cit. 1ª parte, n. 139 p. 342 y E. H.CARR. op. cit. p. 359
- (73). A. BABEL op. cit. p. 290
- (74). A. BABEL op. cit. pp 297-298 y J. GUILLAUME. op. cit. pp. 45, 50 y 56
- (75). E.H. CARR. op. cit. pp. 362-363
- (76). Etudes et documents sur la Première Internationale en Suisse. Droz. Ginebra, 1964 pp. 280 y ss. J.FREYMOND. op. cit. Tomo I, p. 245 (Informe al Congreso de Bruselas del delegado suizo Graglia).
- (77). E. H.CARR. op. cit. p. 365
- (78). J. FREYMOND. op. cit. Tomo I, p. 389
- (79). Carta de Bakunin a Gustave Vogt. (Septiembre, 1868) En J. FREYMOND. op. cit. Tomo I, pp. 449-450 y J. GUILLAUME. op. cit. Tomo I, pp. 72-73
- (80). Emilio Castelar, en su discurso parlamentario del 19 de octubre de 1871, en el que se debatía la legalidad o ilegalidad de la Internacional en España, recordaba con estas palabras su presencia en el Congreso de Berna en 1868: "...Yo era el único español que se encontraba en el Congreso; y entonces me dijeron: Usted representará a

España.

También en la misma disertación, evocará la figura de Bakunin en aquella asamblea de la Liga de la Paz y de la Libertad con estas palabras: "Parece tallado en las piedras ciclópeas, según su colosal estatura. Con barbas blancas de patriarca, imperiosa cabeza de autócrata, nervudos miembros de cosaco y pequeños, agudos ojos de tártaro, lleva en su persona la fisiología de todas las razas de su inmenso imperio". E. CASTELAR. Discursos... op. cit. pp. 219 y 227

- (81). J. GUILLAUME. op. cit. Tomo I pp. 74-76 y E. H. CARR. op. cit. pp. 368, 370 y 371

EL SOCIALISMO ESPAÑOL EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA INTERNACIONAL
(1864-1889)

VOLUMEN II

Autor: Enrique Moral Sandoval

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO IV

LA INTERNACIONAL EN ESPAÑA (1868-1874) Y EL PRIMER SOCIALISMO ESPAÑOL

Como vimos en el capítulo anterior, desde el nacimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores, en 1864, tan sólo hubo diversos conatos o intentos desde Londres para conectar con los organismos obreros españoles. A través de órganos de prensa extranjera, generalmente franceses, llegaban noticias de la actividad de los trabajadores de nuestro país a Londres.

El Consejo general, por su parte, si bien dejó constancia en sus sesiones y en la Conferencia de 1865 del interés por establecer una relación permanente con España, diversas circunstancias de una y otra parte impidieron que las tentativas dieran fruto alguno. Por parte española, como se vio, ni las sociedades obreras catalanas, siendo las que contaban con mejores posibilidades reales, alcanzaron una existencia estable ni los gobiernos moderados favorecieron en ningún momento el derecho de asociación, y menos aún para los trabajadores. No había, pues, condiciones legales ni tampoco un desarrollo específico tal de las entidades obreras que pudiera doblegar los intereses específicos de los gobernantes respecto de aquel sector social. El binomio tolerancia-represión, por otra parte, se administró en dosis tales que impidieron el mínimo clima de estabilidad legal para el desarrollo de auténticas organizaciones reivindicativas de los trabajadores.

Si las noticias que llegaban de España, y de los sucesivos pronunciamientos fracasados, no eran para animar precisamente el interés del Consejo general, hemos de admitir que tampoco las

gestiones realizadas por éste, ni los sucesivos e inadecuados nombramientos de secretarios-corresponsales para nuestro país que realizó, pudieron dar resultados más infructuosos. Se mire como se mire, la realidad fue que en el momento de iniciarse la revolución, se alteraron las condiciones que hasta entonces frenaban el desarrollo del movimiento obrero español, legalizando el asociacionismo y permitiendo el ejercicio de la propaganda, sin que por ello se modificara la conducta del Consejo general.

Al tiempo que se inician cambios tan trascendentes en España, un revolucionario internacional, Mijail Bakunin, milita desde unos meses antes en la A.I.T. y está constituyendo un heterogéneo núcleo con republicanos radicales y socialistas avanzados cuyo principal objetivo será expandir sus principios revolucionarios. Su reacción ante los sucesos de nuestro país fue el envío inmediato de emisarios con diversos objetivos, y entre éstos, sin duda, el de establecer contactos en aquellos medios sociales que pudieran tener mayor afinidad con su programa.

La actitud del Consejo general, como veremos, fue muy diferente. La revolución y el cambio de dinastía reinante, con todo el proceso que dio lugar a estas transformaciones, fue conocido y seguido minuciosamente por Marx y por la dirección de los internacionalistas. No obstante, ni siquiera hechos de tal trascendencia provocaron la movilización de aquel organismo y, al menos, el intento de alcanzar contactos directos con centros o sociedades obreras españolas. Desde Londres, ni se envió a nadie ni tan siquiera se nombró, hasta mucho tiempo después, un nuevo secretario-corresponsal para España que respondiera realmente a sus obligaciones. Tras el Congreso de Bruselas volvió a confirmarse como delegado para nuestro país a Lafargue, el cual se trasladó por aquellas fechas a Francia sin que el máximo órgano internacionalista sustituyera al yerno de Karl Marx en sus funciones.

En circunstancias como las que atravesaba España y sus

organismos obreros, que por fin alcanzaban la ansiada libertad de asociación y su respaldo constitucional, un simple contacto personal tenía una importancia que no podían ignorar veteranos luchadores obreros como eran los directivos de la Internacional.

Conocidas las consecuencias de aquellas acciones y omisiones, analicemos cómo se produjeron los hechos.

* * *

1. LA REVOLUCIÓN LIBERAL DE 1868 Y LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES

Como quedó expuesto en el capítulo anterior, la actitud de la reina y la conducta de los sucesivos gabinetes moderados constituyó un rechazo paulatino a las restantes fuerzas políticas que, finalmente, provocó su alianza con el fin primordial de concluir con el reinado y arbitrar una salida respetuosa con la legalidad y los derechos de los ciudadanos. El conglomerado de las fuerzas de oposición era sumamente heterogéneo. Incluía por su izquierda a los sectores republicanos integrados en el partido demócrata, así como a miembros de esta formación aún no decantados en el plano institucional que, en parte, transigirán con una nueva dinastía por lo que recibieron el calificativo de "cimbríos".

En el centro se situaban los progresistas, liberales convencidos que integraban en sus filas a industriales, comerciantes, profesionales, funcionarios y militares. La derecha se situaba en las filas de la Unión Liberal, formación surgida en su día entre moderados y progresistas, que servía de nexo con los

sectores conservadores, y que se componía de nuevos propietarios y militares de alta graduación como Serrano y Topete, entre otros. (1)

Estos dos últimos partidos coincidían en el deseo de instaurar una nueva dinastía en España, lo que no significaba que estuvieran de acuerdo en cual. Se nutrían mayoritariamente de sectores acomodados, partidarios del orden -asentado sobre principios liberales- y nada inclinados a que las transformaciones políticas que sinceramente auspiciaban pudieran también alterar su posición económica y social.

La revolución de 1868, en su inicio, no fue el resultado de un levantamiento popular indiscriminado, sino el producto de un nuevo pronunciamiento militar -auspiciado una vez más por el general Prim, verdadero artífice del proceso- que en el transcurso de unos días fue siendo respaldado por una serie de guarniciones militares que lo hicieron irreversible. La población, y en su seno los miembros del partido demócrata, pese a que siempre se les consideró meros auxiliares del golpe, se sumó activamente en cuanto se difundieron las noticias del levantamiento en Cádiz. Para más abundamiento, conviene señalar que algunas poblaciones secundaron el movimiento gracias a la acción de grupos armados dirigidos en muchos casos por militantes demócratas.

Con estas aclaraciones previas, no puede sorprender ni el tono ni el contenido de los dos primeros mensajes lanzados al país desde el buque insignia de la flota. El primero lo firmaba el jefe de la escuadra "a bordo de la Zaragoza, 17 de septiembre de 1868" en la Bahía de Cádiz, e iba dirigido al pueblo gaditano. Del texto destacamos las frases con que justificaba Topete su gravísima decisión:

"Nuestro desventurado país yace sometido años ha a la más horrible dictadura; nuestra ley fundamental

rasgada; la representación nacional ficticiamente creada; los lazos que deben ligar al pueblo con el trono y formar la monarquía constitucional, completamente rotos.

No es preciso proclamar estas verdades; están en la conciencia de todos."

A continuación se extendía el manifiesto en una serie de objetivos generales, coincidentes en gran parte con los de la Unión Liberal a la que pertenecía el almirante de la escuadra y con lo pactado en Ostende, de los cuales recogemos los siguientes por su trascendencia política:

"Aspiramos a que los poderes legítimos, Pueblo y Trono, funcionen en la órbita que la Constitución les señale, restableciendo la armonía ya extinguida, el lazo ya roto entre ellos.

Aspiramos a que Cortes constituyentes, aplicando su leal saber y aprovechando lecciones, harto repetidas, de una funesta experiencia, acuerden cuanto conduzca al restablecimiento de la verdadera monarquía constitucional.

Aspiramos a que los derechos del ciudadano sean profundamente respetados por los gobiernos, reconociéndoles las cualidades de SAGRADOS que en sí tienen." (2)

Al día siguiente se incorporó a los sublevados Prim, que procedía de Gran Bretaña vía Gibraltar. Como director de la operación y desde la misma fragata Zaragoza, lanzó su manifiesto dirigido a toda la nación. A diferencia del anterior no recogía ningún programa ni se detenía en señalar objetivos políticos a corto plazo. Prim, consciente de los riesgos del movimiento, puesto que no en balde había cosechado sucesivos fracasos en intentonas anteriores, insistía en primer lugar en la imperiosa necesidad de alcanzar el triunfo, pidiendo a las fuerzas

participantes en tono de arenga que supeditaran a este objetivo común sus aspiraciones particulares:

"¡Que los liberales todos borren durante la batalla sus antiguas diferencias, haciendo en aras de la Patria el sacrificio de dolorosos recuerdos!

¡Que no haya, en fin, dentro de la gran comunión liberal más que un solo propósito, LA LUCHA; un solo objeto, LA VICTORIA; una sola bandera, LA REGENERACIÓN DE LA PATRIA!"

Seguidamente, y tras reiterados llamamientos a los ciudadanos para que empuñaran las armas, el general cedía la pluma al político progresista que, con gran habilidad, recababa el apoyo de todos sin adquirir compromisos sobre la salida de la crisis que podrían dividir a los concertados, y sin que como buen estadista pudieran sus palabras cerrarle puerta alguna:

"Destruyamos, pues, súbitamente lo que el tiempo y el progreso debieron paso a paso transformar; pero sin aventurar por de pronto soluciones que eventuales circunstancias pueden hacer irrealizables en el porvenir, y sin prejuzgar cuestiones que, debilitando la acción del combate, menoscabarían la soberanía de la nación, y cuando la calma renazca y la reflexión substituya a la fuerza, los partidos podrán desplegar sin peligro sus banderas; y el Pueblo, en uso de su soberanía podrá constituirse como lo juzgue conveniente, buscando para ello en el sufragio universal todas las garantías que a la conquista de sus libertades y al goce de sus derechos crea necesarias."

(3)

Sutilmente quedaba abierta la posibilidad, en el caso de triunfar el pronunciamiento, de restablecer el sistema monárquico en persona y dinastía aún por decidir, si bien, a diferencia del

documento de Topete, no se hacía referencia alguna al trono con el fin de no enajenarse voluntades populares que eran imprescindibles para el éxito de la revolución. Las promesas formales especificadas en los textos citados y en posteriores manifiestos se declaraban partidarias de un gobierno provisional de amplio espectro político, del sufragio universal y de unas Cortes constituyentes que, como depositarias de la Soberanía nacional, tomarían las decisiones pertinentes en torno al sistema político, designación del gobierno, derechos y libertades y demás decisiones políticas que dieran cauce a la nueva situación.

Con gran rapidez se fueron produciendo los hechos durante los cuales, los sectores populares fueron adquiriendo tal protagonismo que la moderación inicial del pronunciamiento se vio desbordada por una avalancha de innegables características revolucionarias. La crítica situación social y económica favoreció esta movilización y encendió las esperanzas. Desde 1866 el país venía sufriendo una grave crisis comercial y financiera a la que, en 1867-1868, se sumó un agudo problema de subsistencias, con gran escasez y encarecimiento de los productos básicos, que acabaron por llevar al extremo la tensión existente.

El 28 de septiembre las fuerzas alzadas, al mando del general D. Francisco Serrano, se enfrentaron a las de la reina en el puente de Alcolea, a pocos kilómetros de Córdoba. La batalla, aunque no decisiva en un principio, se inclinó del lado de los insurrectos. Cundió la desmoralización en las filas del ejército isabelino, lo cual, aprovechado inteligentemente con una oferta del general Serrano, que prometió equiparar en "gracias y ascensos" a su ejército y a los que se le unieran abandonando las filas del gobierno, decidió finalmente el desenlace de la situación. Enterada la reina de esta derrota, mientras descansaba en San Sebastián, a las pocas horas trasponía la frontera francesa y requería la hospitalidad de Napoleón III en el palacio-fortaleza de Pau.

No hizo falta que la titular de la Casa de Borbón abandonara precipitadamente el país para que se encendiera la chispa revolucionaria, si bien el hecho aceleró de forma imparable el proceso iniciado pocos días atrás. En los municipios en que triunfaba el levantamiento, la población fue constituyendo espontáneamente juntas de gobierno siguiendo la tradición española. La de Sevilla, constituida en gran parte por republicanos, fue de las primeras en dar a conocer su programa: libertad de imprenta y culto, sufragio universal, libertad de enseñanza, comercio e industria, supresión de la pena de muerte, inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia y abolición de las quintas y de las matrículas de mar. (4)

Con alguna ausencia notable, como veremos a continuación, la proclama sevillana contenía gran parte de las reivindicaciones populares más perentorias.

El 29 de septiembre, la oposición madrileña conoció el resultado de la batalla de Alcolea antes que las propias autoridades. Grupos armados de paisanos se echaron a la calle y tomaron edificios singulares como el Ayuntamiento y el ministerio de la Gobernación. Manuel de la Concha, marqués del Duero, general en jefe de los Ejércitos de Castilla la Nueva y Valencia, como el resto de los mandatarios isabelinos en la capital de España, declinó sus poderes a las juntas espontáneamente constituidas. Se formó primero una de elementos progresistas y unionistas, entre los que figuraban Madoz, Romero Robledo, Olózaga, Abascal, Vega de Armijo y Figuerola, que se instaló en la Casa de la Villa. Una vez más se prescindía de los demócratas y, por supuesto, de los republicanos que, ya sin represiones gubernamentales, pronto se constituirían como fuerza política autónoma. Recelando con razón de un organismo que les excluía en tan dramáticas circunstancias, constituyeron éstos a su vez otra junta que se instaló en el edificio de la Puerta del Sol. Formaban parte de la misma Nicolás María Rivero, que sería el alcalde de la ciudad, el teniente coronel Escalante, que la

presidía, y personalidades como Figueras, Morayta, Ortiz de Pinedo y Joarizti, entre otros.

Cabe recordar que líderes republicanos como Castelar y Pi y Margall no habían regresado aún del exilio.

Fue la primera intención de la Junta liberal destituir a su oponente demócrata-republicana, si bien, al propiciar ésta el armamento general del pueblo, repartiendo 40.000 fusiles y carabinas de los parques militares, desistió de su actitud, inclinándose por el diálogo y la fusión pacífica de ambos organismos.

Lograda la unidad el mismo día 29, se lanzó una proclama al pueblo de Madrid en línea similar a la suscrita por el general Prim en Cádiz. El único compromiso de la Junta se refería a la convocatoria de Cortes constituyentes, elegidas por sufragio universal, a las que se hacía depositarias de las futuras transformaciones que iban a determinar la existencia de la nación. El documento, significativamente, concluía dando vivas al ejército, a la marina y a los generales victoriosos, así como a la soberanía nacional y al pueblo soberano, incluyendo también un "¡Abajo los Borbones!" en el que coincidían las fuerzas políticas que se habían hecho cargo de la capital de España.

Con gran precipitación, pero transcurriendo en perfecto orden, se celebraron al día siguiente elecciones en Madrid para elegir la Junta definitiva por sufragio universal. Fueron los primeros comicios que se celebraron con total libertad en España, obteniendo los demócratas ocho escaños y veinte entre los progresistas y los de la Unión liberal, con notable predominio de los seguidores de Prim. Inmediatamente fue éste nombrado presidente honorario junto a Serrano, máximos exponentes de ambas fuerzas. El presidente efectivo fue Joaquín Aguirre, progresista, entregándose una de las dos vicepresidencias al demócrata Nicolás María Rivero. También formaron parte de este organismo Madoz y

Escalante, artífices de las dos primeras juntas establecidas en Madrid.

La existencia de este organismo fue efímera, si bien en tan sólo veinte días fue capaz de tomar una serie de decisiones -que obtenían de inmediato respaldo oficial en la Gaceta- suficientes para determinar en gran medida el rumbo del movimiento revolucionario posterior.

El 3 de octubre hizo su entrada en Madrid el general Serrano, rindiendo la población una clamorosa acogida al vencedor de Alcolea.

La Junta de la capital española, autodenominada "Superior Revolucionaria" y desde el día 12 "Superior de Gobierno", sin que el resto de las establecidas le otorgara representación alguna, pero también sin que constara una oposición firme a sus actuaciones, acordó solemnemente encomendar "al capitán general del ejército D. Francisco Serrano, duque de la Torre, la formación de un ministerio provisional que se encargue de la gobernación del Estado hasta la reunión de las Cortes Constituyentes." El encargo, que tuvo cierta oposición por parte de los demócratas, no significó que la Junta declinara sus poderes, antes al contrario, como órgano que veía su legitimidad apoyada en el sufragio popular, se constituyó en organismo supervisor del Gobierno y vigilante de su ortodoxia revolucionaria. Con el fin de dejar claro su papel, hizo público un programa, más amplio que el elaborado en la capital andaluza, al poco de llegar a Madrid el general Prim y cuando se procedía a constituir definitivamente el Gobierno provisional. La lista de reivindicaciones, encabezada por la apelación ineludible al sufragio universal, recogía entre otros, los siguientes objetivos:

- Libertad de culto y enseñanza.

- Libertad de reunión y asociación pacíficas.
- Libertad de imprenta sin legislación especial.
- Seguridad individual e inviolabilidad de domicilio y de correspondencia.
- Juicio por jurados en materia criminal.
- Abolición de la pena de muerte.
- Descentralización administrativa devolviendo su autoridad a los municipios y las provincias. (5)

La lista era extensa, el momento muy oportuno y el contenido extraordinariamente importante si se tenía en cuenta el período represivo que había quedado atrás. No cabe duda de que los sectores burgueses habían reflejado en esta tabla todas aquellas libertades y transformaciones cuyo uso y disfrute les resultaba imprescindible. Lo que no se explica, y menos teniendo en cuenta la presencia de destacados demócratas en la Junta, es que no se recogiera ni un sólo punto que significara un alivio inmediato para los sectores obreros, artesanales y las capas más desfavorecidas de la sociedad. Por supuesto, ninguna de las demandas afectaba en lo más mínimo a la propiedad rústica ni de cualquier otra clase, lo que era coherente con los principios liberales triunfantes. Lo que no es tan explicable es que ni en un programa como éste, que forzosamente debería ser revisado a posteriori por el Gobierno provisional y por la futura Constitución, se hiciera la más leve concesión a las exigencias de aquellas clases sociales que con riesgo de sus vidas habían conseguido hacer irreversible el triunfo de la revolución en las barricadas y en las calles. El grito unánime contra las "quintas" y las "matrículas de mar" no encontró eco en el programa revolucionario. Tampoco la abolición de los "consumos". Las dos primeras reclamaciones se referían a las levass forzosas para nutrir las filas del ejército y de la marina, respectivamente, con destino sobre todo a las guerras de ultramar. De ahí que popularmente se las definiera como "la contribución de sangre". Afectaban exclusivamente a las capas sociales más bajas, puesto

que las acomodadas podían librarse mediante la "redención a metálico", es decir, el abono de una cantidad al Estado que eximía a sus hijos de la permanencia en filas. Los "consumos", por su parte, eran unos impuestos indirectos que gravaban a los productos de primera necesidad, quebrantando muy directamente las economías más bajas.

Es evidente que actitudes como las descritas contribuyeron a alertar muy pronto a las clases obreras sobre el tipo de revolución que se estaba realizando. Si fueron protagonistas en la lucha, una vez más la victoria pasaba de largo ante ellas. En este caso, además, la insensibilidad mostrada por sectores demócratas ante hechos como el descrito fue propiciando una progresiva separación de los grupos obreros más conscientes, que no veían en dicho partido al defensor de sus propios intereses.

Si bien es cierto que alguna Junta como la de Valencia abolió el impuesto de consumos y que otras ordenaron derribar edificios históricos para paliar el desempleo en sus ciudades, estas escasas decisiones fueron la excepción en un conjunto que dedicó sus principales energías a tomar medidas en beneficio propio: rebaja de los derechos de Aduanas, venta de edificios públicos, supresión de instituciones religiosas, apelación a la desamortización, el desestanco y la Milicia ciudadana, etc. (6)

El día 8 de octubre se instaló el Gobierno provisional de conciliación presidido por el general Serrano. Formaron parte del mismo progresistas y unionistas exclusivamente, entre los que cabe destacar al general Prim en Guerra, a Topete en Marina y a Sagasta en Gobernación. Por desavenencias en la negociación quedaron excluidos los demócratas, a cuyo dirigente Rivero se le había ofrecido en solitario la cartera de Gracia y Justicia. El Gabinete, fiel a sus postulados, y en tanto se convocaban las elecciones generales, procedió a regular por decreto los derechos más inaplazables. El 21 de octubre declaró la libertad de enseñanza y dos días más tarde la de imprenta, suprimiendo el

juzgado especial y los organismos encargados de ejercer la censura. El 1 de noviembre se sancionó el derecho de "reunión pacífica" y el 20 del mismo mes el de asociación. En ambos casos con sutiles limitaciones que conviene reseñar. Para las reuniones públicas era preceptivo dar "aviso a la Autoridad local con veinticuatro horas de anticipación expresando su objeto y el sitio en que hayan de verificarse." Las asociaciones, por su parte, debían poner "en conocimiento de la Autoridad local el objeto de la asociación, y los reglamentos o acuerdos por los que hayan de regirse." Asimismo, y sin que en nuestro criterio tuviera nada que ver con la Internacional, que por entonces era inexistente en España, se prohibían las entidades que reconocieran dependencia o se sometieran "a Autoridades establecidas en país extranjero." (7) Pese a las limitaciones descritas, que obviamente no fueron recogidas en la Constitución, aunque la aplicación e interpretación de la misma quedaba en buena parte a manos del Gobierno, lo cierto es que desde aquellos momentos los trabajadores dispusieron de unas disposiciones legales imprescindibles para defender en libertad sus intereses, disposiciones que hasta entonces se les habían negado.

Con el reconocimiento de estos derechos y libertades se ganó el Gobierno provisional la confianza de las Juntas, con lo que simultáneamente abordó su disolución para acabar con la dualidad de poderes existente. El 19 de octubre se disolvió la de Madrid, a la que paulatinamente fueron siguiendo las demás. También en este mes, pródigo como el anterior en acontecimientos políticos, tuvo lugar el nacimiento del partido republicano. Se produjo este de una escisión de las fuerzas demócratas y fue su detonante el dilema monarquía/república en el que se debatía la nación. El 11 de octubre, en el transcurso de una asamblea demócrata celebrada en el Circo Price de Madrid, los asistentes de esta formación se manifestaron favorables a la República federal. El 25 de aquél mismo mes, el Gobierno dio a conocer un Manifiesto-programa dirigido "A la Nación" en el que se inclinaba con cautela por la monarquía. Sectores demócratas no ocultaron su identificación con

el contenido de este documento. También el 25 de octubre se celebró una nueva asamblea de los demócratas en Madrid que, a la vista de la situación, acordó elegir un comité republicano de treinta miembros. "Desde esa elección data la disolución del viejo partido democrático y la formación del primer partido republicano organizado en la política española." (8) Formaron parte de este organismo Figueras, Pi y Margall, Castelar y Roque Barcia, entre otros. Unas semanas más tarde surgió un Manifiesto, que significó de hecho un apoyo al Gobierno, suscrito por representantes unionistas, progresistas y demócratas, las mismas fuerzas que concurrirían coaligadas a las elecciones generales de enero de 1869. Llevaba fecha del 12 de noviembre y, a diferencia del Manifiesto-programa gubernamental, dejaba claramente expresada su opción monárquica:

"... tomando en cuenta los hábitos y el espíritu del país; y considerada ante todo su conveniencia, no ^{da} vacilamos en decir, depuesto todo resabio de teoría y ^{ya} de escuela, que la forma monárquica es la forma que imponen con irresistible fuerza la consolidación de la libertad y las exigencias de la revolución, tal como ésta se ha consumado, no por el impulso de una parcialidad aislada, sino por el concierto de los tres grandes partidos liberales." (9)

Suscribieron el texto por los demócratas Nicolás María Rivero, Manuel Becerra y Cristino Martos, entre otros. La escisión orgánica del partido, ya producida, venía así a confirmarse definitivamente tras la opción política por la que estamparon su firma tan destacados dirigentes.

Como se recordará, cinco días antes del estallido en la bahía de Cádiz de la "Gloriosa", concluía sus tareas el Congreso de la A.I.T. en Bruselas. El 22 de septiembre celebró el Consejo general reelegido su primera reunión, dedicándola casi exclusivamente al informe de los delegados que habían asistido a la asamblea internacional. En la siguiente reunión, el día 29, Applegarth propuso la reelección en sus cargos de los anteriores secretarios-corresponsales, lo que fue aprobado sin discusión. Con ello, Paul Lafargue continuaba siendo el responsable de las relaciones con España, si bien, a partir de finales de octubre siguiente se ausentó de Gran Bretaña, dejando de asistir por lo tanto a las reuniones del máximo órgano directivo de la Internacional. La primera referencia a los acontecimientos españoles se produjo, como veremos, en la sesión del tres de noviembre, aunque desde un principio todos sus componentes debieron estar informados sobre tan señalados hechos. Marx y Engels, en su correspondencia, corroboraban lo dicho. En los meses de septiembre, octubre y noviembre, se intercambiaron frecuentes comentarios sobre "el asunto de España", si bien sus especulaciones fueron de tipo estratégico, girando en torno a la repercusión internacional del acontecimiento, sin que surgiera la más leve reflexión sobre las positivas condiciones de actuación entre la clase obrera que tal fenómeno revolucionario podía propiciar.

Al poco de estallar el levantamiento en España, el 21 de septiembre, Engels comentaba a su compatriota desde Manchester que aquél hecho podría acabar con las amenazas de guerra en Europa. "La inocente Isabel -comentaba refiriéndose a la reina- es la única aliada segura que tenía Luis (Napoleón III) y si en España vence la revolución, cambiará el carácter de la actual constelación (política).".

En cartas posteriores del 25 y 26 de septiembre, ambos mostraban sus dudas ante la situación española y sus esperanzas en el triunfo de los pronunciados, ya que, en palabras de Marx,

"el movimiento iniciado sólo podrá frenarse por poco tiempo." El 2 de octubre, tras el triunfo de Alcolea y la salida del país de Isabel II, mostraba Engels su satisfacción con fuertes dosis de ironía, al tiempo que reflejaba una excelente información sobre algunos puntos que aún no se habían dilucidado en el país, como la sustitución de los Borbones por otra dinastía. Se refería a la "elección" de un nuevo monarca y a la convocatoria de Cortes constituyentes, indicando que, "Todo esto son cosas que está bien que le pasen al Sr. Bonaparte en sus propias fronteras, si bien, los acontecimientos pueden ir aún mejor."

El 14 de octubre, ya establecido el Gobierno provisional en Madrid, comentaba Engels las medidas adoptadas en algunas ciudades sobre los bienes del clero y su trasfondo económico. Asimismo, hacía mención a la diligencia con que se habían abonado las recompensas a los militares que, abandonando a su ejército, se habían pasado a los insurrectos tras las promesas de Serrano en Alcolea. Finalmente, también adelantaba las medidas que, destinadas a desarmar a los civiles y a disolver las unidades populares de Voluntarios de la Libertad, tomaría a finales de aquel mismo mes el Gobierno español. (10)

En su reunión del tres de noviembre, por primera vez, el Consejo general de la Internacional se hacía eco de los sucesos de España. El hecho tuvo lugar indirectamente, tras la lectura por Hermann Jung, secretario-corresponsal para Suiza, de un manifiesto dirigido por las secciones de la A.I.T. de Ginebra "a los trabajadores españoles, expresando la esperanza de que su revolución no será solamente una revolución política, sino también económica."

Se trataba de un llamamiento dirigido por el Comité central de las secciones ginebrinas de la A.I.T. "A los obreros españoles". Estaba directamente inspirado por Bakunin, que por entonces colaboraba amistosamente con la dirección internacionalista de Ginebra, y había sido publicado el 21 de

octubre de aquel año. En España se conoció tres meses más tarde -el 15 de enero de 1869- y su contenido recogía fielmente las ideas de su promotor. El texto incluía prácticamente todos los principios característicos del anarquismo propugnado por Bakunin: desaparición del Estado, federalismo, igualdad política y económica, colectivismo y, sobre todo, abolición de la herencia, "institución única garantida por el Estado". Desconociendo la situación real de los trabajadores españoles y la precariedad de su desarrollo asociativo, hacía continuos llamamientos a la "revolución universal" y a la "revolución social", así como a la transformación radical del orden social existente. Informaba también sobre la A.I.T., y sobre algunos acuerdos de su último Congreso de Bruselas como el colectivismo y el rechazo de la "propiedad hereditaria". Tema este último que, en realidad, sería planteado por primera vez en Basilea, el año siguiente, por el propio autor real de este documento. (11)

El Consejo general, desconociendo la autoría del manifiesto, no le prestó mayor atención. La Alianza bakuninista, por otra parte, aún no había solicitado formalmente su ingreso en la A.I.T., por lo que las discrepancias ideológicas y orgánicas con el anarquista ruso ni siquiera se intuían aún. La única reacción del órgano ejecutivo de la Internacional, tras la información de Ginebra, fue la propuesta de John Weston y Jules Johannard sugiriendo "que sea redactado un manifiesto y se tenga dispuesto para ser enviado a las Cortes españolas." La iniciativa fue aprobada por unanimidad, así como el encargo de que fuera redactada por Marx, presente en la reunión. (12)

Al día siguiente, cuatro de noviembre, Engels escribía una carta a Marx en la cual, el que años más tarde sería encargado de las relaciones de la A.I.T. con España, aludía a nuestro país. La cita hacía referencia a una carta de Liebknecht, dirigida a los trabajadores españoles, con estas palabras: "Si ahora, después del escrito de adhesión de Guillermito, los españoles no saben a que deben atenerse, ya si que nada podrá hacerse por ellos." Con

gran ironía criticaba Engels uno de los textos escritos sobre la situación en España y publicados por Wilhelm Liebknecht, diputado en el Reichstag alemán por el distrito de Stollberg, en su semanario Demokratisches Wochenblatt. El internacionalista alemán, que el año siguiente participaría en la fundación del partido social-demócrata alemán, S.P.D., dedicó una serie de artículos a la revolución española de septiembre. También publicó en aquél periódico "un saludo dirigido a la burguesía democrática y a los trabajadores de España instándoles a luchar juntos por la república, a estar alerta frente a las fuerzas reaccionarias y a no olvidar la trágica lección de 1848." (13) El documento iba dirigido a los demócratas españoles en nombre de los socialdemócratas de Sajonia, y se publicó el día 31 de octubre. En él, empleaba el mismo planteamiento táctico que defendía en su país para acabar con el autoritarismo feudalizante de Bismarck. Engels, en su carta, bromeaba sobre el intercambio de concesiones entre obreros y burgueses, recordando también las sangrientas jornadas de junio de 1848 en París y su colorario, el golpe de Luis Bonaparte el 2 de diciembre de 1851 disolviendo la Asamblea Nacional francesa. Desaprobando el texto, señalaba que su referencia a la "Unidad entre burgueses y obreros, es, realmente, el colmo de la confusión," concluyendo con estas palabras: "Y encima, la ridiculez de medir con el mismo rasero la situación en España, con su inmenso proletariado miserable de curas y legos, siquiera sea con la de Sajonia. Del campesinado, por supuesto, ni una palabra." (14)

El saludo a los demócratas españoles del combativo diputado alemán, no tuvo ningún efecto en nuestro país, ya que, pese al mordaz comentario de Engels, nunca llegó a publicarse en España. Conviene retener, no obstante, la despectiva referencia de éste al "proletariado miserable" español, puesto que con otros comentarios suyos y de Marx, mostraba de forma indirecta su opinión sobre la situación en España y su desconfianza en el proceso iniciado con la revolución septembrina.

Más fortuna tuvo el manifiesto dirigido por Johann-Baptist von Schweitzer a los obreros españoles, en nombre de la Asociación General de Obreros de Alemania, organización creada por Lassalle, cuyo Comité presidía. Se trataba de un organismo ajeno a la Internacional, cuyo órgano de prensa era el Neuer Sozial-Demokrat, con el que en aquellos momentos mantenía dura polémica el semanario que dirigía Liebknecht, debido a la actitud comprensiva de aquél hacia la política nacionalista de Bismarck. El texto estaba fechado en "noviembre" y, probablemente, se produjo a la vista del "saludo" publicado por su oponente, el Demokratisches Wochenblatt, el último día del mes anterior. Este documento sí llegó a España y fue traducido y publicado en el diario republicano de Madrid La Igualdad, que dirigía Estanislao Figueras, el 30 de diciembre de 1868. A diferencia del manifiesto ginebrino, su tono era mucho más mesurado, recomendando a los obreros españoles todo lo contrario del rechazo radical a los políticos demócratas propugnado por Bakunin:

"Nuestro deber, obreros españoles, es el siguiente: consolidar y afirmar juntamente con los elementos democráticos de la clase media la República, que es la única que lleva en sí misma la garantía de instituciones completamente libres." (15)

Defendía la consecución de la libertad política junto a la libertad social, así como la emancipación de los trabajadores. Ofrecía su solidaridad y se despedía con un canto al internacionalismo basado en "la unidad fraternal de los obreros de todos los países civilizados de la tierra."

Así pues, además de diversos saludos de personalidades republicanas europeas, como Victor Hugo, hubo tres interesantes documentos dedicados a los obreros españoles con motivo de la revolución "gloriosa". De ellos, como vimos, dos procedían de organizaciones encuadradas en la A.I.T.

Las tres proclamas dirigidas por los trabajadores alemanes y suizos a sus compañeros españoles corrieron desigual suerte. La de Liebknecht, que fue la segunda en redactarse, nunca llegó a traducirse al castellano ni, por tanto, a publicarse en nuestro país. La de Schweitzer, elaborada en último lugar, fue la primera en conocerse, al ser recogida, como se indicó más arriba, a finales de 1868 en las páginas del diario republicano La Igualdad. El 15 de enero vio la luz, en el mismo periódico madrileño, el manifiesto suizo redactado por Bakunin. A continuación de éste, y tomándolo paradójicamente de otra publicación, volvían a reproducir el texto suscrito por Schweitzer. Ambos documentos, tomados sin duda del rotativo madrileño citado, fueron divulgados en Barcelona por el diario La Alianza de los Pueblos dos días más tarde.

A través de este medio tuvo conocimiento de dichos saludos internacionales la "Dirección Central de las Sociedades Obreras de Barcelona," que contestó a su vez a los dos el 3 de febrero de 1869. Se trataba de una federación de sociedades obreras de la ciudad condal reagrupadas en octubre de 1868, tras el triunfo de la revolución. A mediados de diciembre de ese año había celebrado un Congreso, al que concurrieron cien delegados representando a 61 sociedades de Cataluña. Entre los asistentes figuraba Marsal Anglora, que, como se vio, había sido el primer delegado español, tres meses atrás, en un Congreso Internacional. Concurrieron también otros obreros catalanes que muy pronto alcanzaron renombre, como Farga Pellicer, Viñas, Pamias, Roca y Galés y Xuriguera, entre otros. La asamblea, siguiendo la tendencia mayoritaria entre los trabajadores, se pronunció por la forma republicana de gobierno y por el apoyo electoral activo a las candidaturas de esa significación política. (16)

En su contestación oficial a suizos y alemanes, la federación barcelonesa mostraba abiertamente su confianza en la República: "A su sombra -decía- descansarán nuestros derechos. Bajo su amparo florecerá la riqueza de nuestro país." A

continuación, ordenadamente, contestaba a cada uno de ellos. Del texto de Bakunin sólo asumían sus principios igualitarios: "Sobrado comprendemos que la libertad sin la igualdad política, y ésta sin la igualdad económica, no es más que un engaño." Rechazaban enérgica y razonadamente, por otra parte, sus reiterados llamamientos a la "revolución universal":

"...salimos de una situación despótica y de postración en que todos nuestros derechos estaban ajados, cuando no desconocidos, en que sucumbíamos antes de tiempo víctimas del hambre y la miseria, en que nuestros derechos a la instrucción, a la ciencia, a la vida intelectual no existían...

¿Cómo radicalmente, transformar en un solo día el orden social? Vosotros mismos, que... vivis hace seis siglos en medio de la República, ¿Cuántos pasos habéis dado hacia esa misma igualdad?" (17)

En la segunda parte mostraban sus coincidencias con el manifiesto alemán. Los obreros catalanes se manifestaban favorables a la fraternidad internacional con los de su clase y reiteraban sus esperanzas -como los germanos- en el régimen de libertad auspiciado por la República, que iba a resolver "los más grandes problemas sociales." El instrumento esencial por el que se redimiría el proletariado eran las sociedades cooperativas, participando políticamente al mismo tiempo en "los comicios con el santo anhelo de la República." Finalmente, se despedía, en nombre del pueblo español, de sus compañeros internacionales, agradeciendo "desde el fondo de su alma vuestros plácemes, vuestras desinteresadas y afectuosas felicitaciones." Suscribían esta respuesta en nombre de la citada Dirección central de sociedades obreras, Juan Fargas como presidente y Rafael Farga Pellicer, que pocos meses después se convertiría en el principal exponente bakuninista de la capital catalana, como secretario de la entidad, entre otros directivos.

Ambos documentos exteriores obtuvieron de esta forma, de la única federación obrera española existente en el momento, cumplida y detallada contestación.

Faltaba por publicarse el manifiesto encargado por el Consejo general a Marx a comienzos de noviembre. Debería dirigirse a las Cortes constituyentes, que comenzarían sus sesiones el 11 de febrero de 1869 y, tanto por el organismo internacional que lo remitía como por la calidad extraordinaria de su redactor, habría sido un documento llamado quizás a tener importantes repercusiones en nuestro país. En la sesión del ejecutivo de la A.I.T. del 15 de diciembre, Johannard reclamó el texto que debía "enviarse a las Cortes españolas en su primera reunión." El aludido, Karl Marx, contestó que estaría "a tiempo para permitir al Consejo hacer los cambios que juzgara necesario." (18)

Las Constituyentes comenzaron a funcionar en febrero tal y como estaba previsto pero el documento del Consejo general nunca vio la luz. El propio Marx, en la sesión que celebró este organismo el 23 de marzo de 1869, propuso "anular la resolución de enviar un manifiesto de felicitación a España, puesto que de momento no hay nada en España por lo que la clase obrera pueda ser felicitada." (19) Por diversos motivos, algunos de menor importancia que la revolución operada en nuestro país, el veterano dirigente alemán había redactado manifiestos, llamamientos y proclamas -en nombre del Consejo general de la A.I.T.- dirigidos a instituciones u organismos obreros de Estados Unidos, Francia, Bélgica, Suiza y Alemania. La excusa presentada para cancelar el acuerdo tomado sobre España, además de carecer de consistencia, representaba una especie de sanción para la clase obrera de nuestro país absolutamente injusta e innecesaria. Una vez más, con esta decisión, Marx ponía de manifiesto su desinterés por todo aquello que transcurriera al margen de los países más industrializados de Europa y Norteamérica. El caso español, por otra parte, a pesar de los cambios trascendentales

para la existencia del movimiento obrero que se estaban produciendo, seguía siendo observado por parte de Marx con idéntico desdén y distanciamiento al que puso de manifiesto, catorce años atrás, en sus artículos para el New York Daily Tribune (20)

España seguía siendo un objetivo sin interés para Marx y, por ende, para el Consejo general, ya que no sólo no se le concedía el reducido esfuerzo de un manifiesto, sino que tampoco se preocuparon de cubrir el vacío dejado por Lafargue, secretario-corresponsal para España, cuando desde octubre de 1868 se trasladó a París con objeto de convalidar sus estudios de medicina, no regresando a Londres hasta agosto del año siguiente.

En un momento crucial e irrepetible para España, como hemos visto, el máximo órgano directivo de la Internacional no sólo no mandó un delegado a nuestro país, como se hizo con otros, sino que tampoco vio la necesidad de nombrar un corresponsal, ni aún en funciones, ni creyó oportuno dirigir un llamamiento a los trabajadores que alcanzaban por primera vez sus libertades con rango constitucional. Otros, Bakunin, sí contemplaron con interés la situación española, de ahí que los acontecimientos que estudiamos siguieran por derroteros próximos al anarquista ruso y muy distantes de la dirección internacionalista.

* * *

2. LA ALIANZA INTERNACIONAL DE BAKUNIN: PROGRAMA, ESTATUTOS Y EXPANSIÓN EN ESPAÑA. SU COMPLICADO INGRESO EN LA A.I.T.

Como vimos al concluir el capítulo anterior, el esfuerzo desplegado por Bakunin y sus seguidores durante un año, en el seno de la Liga por la Paz y la Libertad, se vio totalmente frustrado al quedar en minoría durante las sesiones de su segundo Congreso en Berna. El rechazo propiciado por la Internacional a la invitación recibida desde aquel organismo, también contribuyó en buena medida a desmontar las previsiones del activista ruso. Por otra parte, pretender que se aprobara la colectivización de la propiedad y la igualación económica y social, partiendo de la "abolición del Estado" y de la herencia, en una asamblea compuesta exclusivamente por burgueses más o menos radicales, y donde las organizaciones obreras no habían querido concurrir, resultaba más que imposible quimérico.

Algo de ello debió prever Bakunin a juzgar por la rapidez con que reaccionó tras su derrota. En la sesión siguiente se discutió la separación entre la Iglesia y el Estado, lo que dio pie al pensador eslavo para exponer su posición al respecto: "Quien quiere a Dios, quiere la esclavitud de los hombres. Dios e indignidad del hombre, o bien, libertad del hombre y anulación del fantasma divino. He ahí el dilema, no hay término medio; escojamos." Tras esta rotunda intervención, la minoría anunció su retirada del Congreso con esta declaración:

"Teniendo en cuenta que la mayoría de los miembros del Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad se han pronunciado, apasionada y explícitamente, contra la igualación social y económica de las clases y de los individuos, y como quiera que no puede ser aceptado por los socialdemócratas, es decir, por los lógicos y consecuentes amigos de la paz y de la libertad, ningún

programa ni acción política que no tiendan a la realización de este principio, los abajo firmantes consideran que es su deber abandonar la Liga." (21)

Dieciocho personas se ausentaron de la sede del simposio en la capital suiza tras suscribir el texto anterior. Trece de ellas tomaron parte, aquel mismo día 25 de septiembre de 1868, en la formación de un nuevo organismo internacional inspirado por los principios que habían resultado minoritarios en Berna: la "Alianza Internacional de la Democracia Socialista" (A.I.D.S.). Estuvieron presentes, entre otros, además de su impulsor Bakunin, Élisée Reclus, Aristide Rey, Albert Richard, Giuseppe Fanelli, Saverio Friscia y Alberto Tucci, todos ellos viejos conocidos del revolucionario ruso y miembros también de la Fraternidad Internacional secreta creada en Italia y que subsistirá en paralelo con el nuevo organismo. Los asistentes a la reunión acometieron tres tareas: dilucidar el carácter público y secreto de la Alianza y su relación con la Internacional, redactar una declaración de principios y elaborar un reglamento interno de la nueva entidad. En el punto primero se produjo un enfrentamiento entre la propuesta de Bakunin y el criterio sostenido por los miembros franceses e italianos. La propuesta del dirigente ruso fue "de entrar en masa en la Internacional, preservando al mismo tiempo su vinculación íntima, es decir, conservando su Alianza de revolucionarios socialistas bajo la forma de una sociedad secreta y extendiéndola." Sus oponentes aceptaban sin discrepancia el introducirse en la A.I.T., si bien asumiría simultáneamente la organización bakuninista un doble papel: "... preservando su carácter esotérico e íntimo de sociedad secreta, debe aparecer al mismo tiempo a pleno día como organización pública, bajo el nombre de Alianza internacional de la democracia socialista." Fue, finalmente, esta propuesta la que resultó aprobada. La A.I.D.S. se dio a conocer públicamente, se elaboraron tanto el programa como el reglamento o estatutos, y se declararon unilateralmente "parte integrante de la Internacional, cuyo

programa fue reconocido como obligatorio para todo miembro de la Alianza." (22) Ni Bakunin ni ninguno de los presentes previó que, como sucedió más tarde, los textos de ambas organizaciones resultaban incompatibles.

Coexistieron pues, desde un primer momento, dos organizaciones paralelas, pública la una y secreta la otra, a las cuales se dotó de sus correspondientes programas con contenido y objetivos bien diferenciados.

Como los deseos manifestados por Bakunin y los aliancistas, respecto a declararse "parte integrante" de la A.I.T., no podían convertirse por sí mismos en realidades, una vez que estuvieron impresos los documentos citados se procedió a su envío al Consejo general de Londres, el 29 de noviembre de 1868, dando por hecho su pertenencia a la Internacional, lo cual, como veremos en la última parte del epígrafe, no coincidió en absoluto con la decisión adoptada por el citado organismo director de la Asociación.

Pero un temperamento tan impulsivo como el de Bakunin, que él mismo calificaba sin ambages de violento, no podía detenerse por cuestiones de procedimiento ni entretenerse en reflexionar si unos presupuestos ideológicos como los de la Alianza encajarían con el programa de la A.I.T., y si un organismo dirigido desde un núcleo secreto con su propio programa diferenciado tendría aceptación en el seno de una Asociación que repudiaba por principio tales procedimientos. (23)

Entre los días 25 y 28 de septiembre, los reunidos sentaron las bases de la A.I.D.S. En lo ideológico, la nueva organización refundió los principios de la Fraternidad Internacional con las propuestas "socialistas revolucionarias" presentadas al Congreso de la Paz y de la Libertad por Bakunin. En síntesis, sus postulados eran los siguientes:

- "1. La Alianza se declara atea, quiere la abolición de los cultos, la substitución de la fe por la conciencia y de la justicia divina por la humana.
2. Quiere, sobre todo, la igualación política, económica y social de las clases y de los individuos de ambos sexos, comenzando por la abolición del derecho de herencia... la tierra, los instrumentos de trabajo y cualquier otro capital, se volverán propiedad colectiva de la sociedad en su conjunto...
3. (La Alianza) quiere para todos los niños de ambos sexos, desde su nacimiento, igualdad de medios para su desarrollo, es decir, para su mantenimiento, educación e instrucción en todos los grados de la ciencia de la industria y de las artes...
4. Enemiga de todo despotismo y no reconociendo otra forma política que la republicana... rechaza asimismo toda acción política que no tenga por objetivo inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital.
5. ... todos los Estados políticos autoritarios que existen actualmente, se reducen cada vez más a simples funciones administrativas de los servicios públicos de su respectivo país, debiendo desaparecer en la unión universal de asociaciones libres, tanto agrícolas como industriales.
6. No pudiendo encontrar su solución definitiva y real la cuestión social más que sobre la base de la solidaridad internacional o universal de los trabajadores de todos los países, la Alianza rechaza toda política fundada sobre el llamado patriotismo y sobre la rivalidad entre las naciones.

7. (La Alianza) quiere la asociación universal de todas las asociaciones locales por la libertad." (24)

Como puede verse, la A.I.D.S. se articuló ideológicamente sobre los principios elaborados por Bakunin para las sucesivas sociedades secretas que creó en Italia desde 1864, constituyendo su programa una especie de resumen decantado de todos ellos. (25)

Debemos destacar en el caso presente el contenido del punto cuarto, tanto por la especial repercusión que tuvo al ponerse en práctica en nuestro país como por su colisión con los estatutos y la práctica de la Internacional. Desde la fundación de la A.I.T., y sin que su normativa recogiera nada en contrario, sus miembros participaban activamente en la vida política de su país y, singularmente, en sus procesos electorales. En diversos países como Gran Bretaña, Bélgica y Suiza, los internacionalistas apoyaban a los organismos políticos que tenían como finalidad extender el sufragio y hacerlo universal. En algunos casos, como en el inglés, la propia dirección de la A.I.T. promovió entidades de este signo e incorporó a sus filas a destacados dirigentes públicos de aquellas campañas. En España, como veremos, este criterio anti-político bakuninista se recibió, precisamente, cuando se establecía la libertad de asociación y el sufragio universal. No obstante, tan polémica propuesta se interpretó en nuestro país de forma maximalista, propugnando no solamente el rechazo a la actividad política de apoyo a los partidos con programas más favorables a los trabajadores, sino que por extensión también se opuso a la constitución de partidos políticos por ellos mismos. En el fondo, con esta medida, las organizaciones obreras, al separarse de la táctica política como medio para avanzar en sus reclamaciones, quedaban avocadas a una persistente acción revolucionaria como único recurso para alcanzar los objetivos recogidos en su programa. Estas interpretaciones del precepto anarquista no fueron similares en todas las latitudes, puesto que en algunos casos dejaron aflorar contradicciones tales como el hecho de que algunos fundadores de

la Alianza, como Friscia y el propio Fanelli, fueran a su vez diputados en el parlamento italiano, sin que por el nuevo precepto llegaran a pensar que debía alterarse su situación.

El día 28 de septiembre, el comité de la naciente Alianza internacional, compuesto por Bakunin, J.Ph. Becker, Ch. Perron, F. Brosset, L. Guétat, T. Duval y J. Zagorski, todos ellos miembros de la A.I.T., constituyeron la sección de Ginebra, aportando una lista de 84 adherentes. (26) Pues bien, un mes y medio más tarde, el 15 de noviembre, se celebraron en Suiza elecciones al Gran Consejo -órgano legislativo de la Confederación- concurriendo al mismo un nuevo grupo político bajo la denominación de República democrática y social.

Proclamaba este "la necesidad para los obreros de hacer valer sus derechos constituyendo un nuevo partido, exclusivamente obrero e independiente (de las formaciones) radicales." (27)

Nada tendría de particular el hecho, teniendo en cuenta la habitual participación democrática en las actividades políticas de los obreros asociados suizos, de no ser porque entre los candidatos del nuevo partido figuraban 17 miembros de la sección aliancista de Ginebra y, lo que es más llamativo, dos de ellos -Becker y Perron- miembros del recién elegido Comité central de la organización. Como se ve, este principio, al menos en sus inicios, fue interpretado de manera muy diferente, y aún claramente contrapuesta, según el ámbito de su aplicación.

Los estatutos o reglamentos de la Alianza también se caracterizaban por su brevedad. Constaban de siete puntos en los que se señalaba que su Comité central residiría en Ginebra. Se definía a la A.I.D.S. como "una rama de la Asociación Internacional de Trabajadores de la que acepta todos sus estatutos generales." Los miembros fundadores de cada país constituirían el Comité Nacional del mismo, con lo que de alguna manera pretendía garantizarse su establecimiento en Italia y

Francia. Promoverían la creación de grupos locales de la A.I.D.S. que, a través de los Comités nacionales respectivos "solicitaran al Comité central de la Alianza su admisión en la Asociación Internacional de Trabajadores", lo que significaba claramente una ingerencia en casa ajena. Finalmente, se establecía una cuota de 10 céntimos para los afiliados y se señalaba que durante los Congresos anuales de la A.I.T., la delegación de la A.I.D.S., "como rama" de la Internacional, tendría "sus sesiones públicas en un local separado." (28) Naturalmente, como podrá percatarse el lector, tanto el programa como el reglamento correspondientes a la versión pública de la Alianza, únicos que se enviaron al Consejo general de Londres, produjeron una impresión muy negativa, como tendremos ocasión de analizar al final de este apartado, en el seno de la dirección internacionalista.

* * *

Pese a algún tropiezo inicial, que recojimos más arriba, Bakunin se entregó a la difusión internacional de la Alianza con el entusiasmo propio de su carácter. Establecido en Suiza y con presencia activa en las secciones ginebrinas de la A.I.T., con un grupo italiano de dirigentes activos que inmediatamente organizarían la Alianza en su país y contando con viejos camaradas franceses de cierto renombre, por primera vez contempló la posibilidad de establecer una organización verdaderamente internacional. Los acontecimientos españoles, cuyo eco se había escuchado con gran simpatía en las sesiones del último Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, permanecían también en la mente del activista ruso que, sin perjuicio del proceso constitutivo de la A.I.D.S., no cejó en su deseo de enviar emisarios a España con la misión esencial, entre otras, de constituir núcleos aliancistas en nuestro país. Concluidas las

tareas iniciales para la puesta en marcha de la Alianza, encomendó la misión española al ya afamado geógrafo y científico Jean Jacques Reclus, más conocido por el nombre de Élisée, uno de los dieciocho firmantes del documento de separación de la Liga y vinculado desde 1865 a las sociedades secretas de Bakunin. Declinó éste el ofrecimiento y se inclinó por persuadir para ello a su hermano mayor, Jean-Pierre Michel, más conocido por Élie y relacionado de antiguo como Élisée con el revolucionario ruso. Defensor siempre de los principios radicales y anarquistas, había sido pastor protestante, como su padre, colaborador en diversas publicaciones y experto en proyectar e impulsar organizaciones cooperativas al igual que su hermano. Durante la Comuna de París se hizo cargo de la Biblioteca Nacional, siendo deportado tras su aplastamiento por los versalleses. En sus últimos años dio clases sobre historia de las religiones y sobre etnografía en la Universidad Libre de Bruselas.

En octubre de 1868, acompañado de otro fundador de la Alianza, Jules Emile Rey, más conocido con el nombre de Aristide, viajó a nuestro país. Este personaje, también francés, participó como Lafargue en el congreso internacional de estudiantes celebrado en Lieja, en 1865, por lo que ambos fueron expulsados a perpetuidad de la Facultad de Medicina de París. Asistió al Congreso de Ginebra de la Internacional y, tres años más tarde, al celebrado en Basilea durante 1869. Miembro activo de la Comuna de París, colaboró con su amigo Élie Reclus en los trabajos de la Biblioteca Nacional de París. Desde 1879 fue concejal del Ayuntamiento de la capital gala apoyando a los radicales y a los oportunistas indistintamente. Ocupó diversos cargos públicos y, finalmente, fue diputado en 1885 por las listas republicanas.

(29)

El viaje a España de ambas personalidades, pese a su estrecha relación con Bakunin, no dependió directamente del mismo ni de un mandato de la Alianza. Fue una decisión propia, recogiendo si acaso la iniciativa de aquél y, al parecer,

costeada por ellos mismos. De ahí que su comportamiento posterior en España, más que obedecer a consignas o directrices de las organizaciones bakuninistas, se guiara con absoluta libertad por derroteros que condenaría más tarde, como veremos, el propio Bakunin. (30) Respondiendo a estas circunstancias es por lo que, no confiando en la labor que pudieran llevar a cabo los dos franceses, decidió enviar a una persona de toda su confianza y con los gastos cubiertos por la organización; "eligió primero al italiano Tucci, que declinó, luego a su más fiel camarada italiano, Giuseppe Fanelli, que aceptó." (31)

Hombre de confianza de Bakunin, Fanelli fue finalmente el que, a juzgar por su designación y financiación de su viaje, podemos calificar como enviado oficial de la A.I.D.S. a España. En cuanto al calificativo de "su más fiel camarada", como hace Nettlau, visto el complejo proceso por el que se llegó en tercera instancia a su selección, no puede responder más que al deseo de ofrecer una narración ideal por parte del historiador anarquista.

Como se recordará, en el capítulo anterior citamos al diputado Fanelli dentro del grupo napolitano que se integró en la Hermandad o Fraternidad revolucionaria creada por Bakunin. Su presencia en España, respondiendo a indicaciones y objetivos que trataremos de desentrañar, fue esencial para el arranque del internacionalismo obrero en nuestro país. Es por ello que resulta imprescindible penetrar, aunque sea brevemente, en su biografía.

Giuseppe Fanelli Ribera había nacido en Nápoles en octubre de 1827, así pues, tenía cuarenta y un años recién cumplidos cuando llegó a España. Procedía de una familia de grandes propietarios cuyo padre, Lelio Fanelli, "era un literato, jurisconsulto, agrónomo y geógrafo de fama." Estudió ingeniería y arquitectura, aunque desde muy joven se comprometió con el proceso revolucionario por la unidad italiana. Se integró en 1848 en el movimiento democrático de la Joven Italia que dirigía Mazzini. Participó en diversos combates y fue encargado por el

dirigente nacionalista, con el que trabó gran amistad, de organizar la preparación militar de los voluntarios de aquella entidad. Sufrió derrotas y exilios, conociendo en 1856 a Carlo Pisacane con el que mantuvo estrecha relación y a quien acompañó en la expedición de Sapri, que resultó un desastre, muriendo Pisacane y casi todos sus compañeros. No obstante, conviene destacar que este personaje se singularizó porque vinculaba la unificación de Italia "con el establecimiento de un régimen socialista." Era materialista, enemigo de la religión y partidario de la expropiación de la burguesía y de los terratenientes, defendiendo la propiedad común y "las economías colectivas como único medio de eliminar la desigualdad social y la explotación." Los fundamentos socialistas revolucionarios de Fanelli fueron deudores del pensamiento de Pisacane. En 1860, enrolado en el ejército de Garibaldi, formó parte de la famosa expedición de los Mil, que desembarcó en Marsala, tomó Palermo y ocupó Sicilia, resultando herido, por lo que fue llamado "héroe de Calatafimi." Adquirió el grado de coronel, organizó la legión de Cazadores del Vesubio y participó en la batalla de Volturmo. En 1863 combatió en Polonia contra el zarismo, lo que sin duda debió atraerle más tarde todas las simpatías de Bakunin. Al año siguiente, de vuelta a su Nápoles natal, participó en el XI Congreso de las sociedades obreras mazzinianas, colaborando en la aprobación de un documento de inspiración socialista que traslucía las viejas enseñanzas de Pisacane. En 1865 conoció al revolucionario ruso, acusando desde un principio su influencia. Sin embargo, la adhesión de aquel grupo, perteneciente como Bakunin a la masonería, no significó que tanto Fanelli como Gambuzzi y Miletì desistieran de continuar ideológicamente "a caballo entre el movimiento democrático (Mazzini, Garibaldi) y el socialista naciente." De hecho, como vimos más arriba, pese a su adscripción anarquista no vacilaron en reincorporarse a las filas de Garibaldi para combatir en el Trentino y en la frustrada conquista de Roma. Tampoco se observó contradicción alguna, en las filas de la Fraternidad ácrata, por el hecho de que sus miembros participaran activamente en las elecciones, resultando

de facto que Fanelli fue diputado desde 1865 hasta 1874. En 1867, habiendo abandonado Italia el dirigente ruso, Fanelli colaboró estrechamente con la sociedad obrera napolitana Amore e soccorso, de la cual fue miembro directivo. (32)

Como se desprende de los datos aportados, pese a su inevitable concreción, no cabe duda de que el delegado elegido finalmente por la Alianza estaba dotado de un historial, unas experiencias y, sobre todo, un conocimiento directo del asociacionismo obrero que le capacitaban sobradamente para el cumplimiento de los objetivos que desempeñó en nuestro país. Pero si complicada fue su designación, más lo fue aún la preparación de su viaje a España.

Concluidas las reuniones constitutivas de la Alianza internacional, Fanelli se trasladó a su país, fundamentalmente en busca de los recursos para su misión que debían facilitarle sus propios correligionarios. El 19 de octubre escribió una carta a Bakunin, que éste no contestó "convencido de que había partido para Barcelona", como ya habían hecho Élie Reclus y Aristide Rey por su cuenta. El 5 de noviembre le escribió nuevamente desde Génova, indicando que tomaría el vapor para Barcelona al día siguiente, al tiempo que lamentaba amargamente no haber recibido más que la mitad del dinero prometido, lo cual podía situarle en "una posición embarazosa." No pudo tomar el barco -refiere Nettlau- y después de seis días en Génova tomó el ferrocarril... Si los datos son correctos, ello quiere decir que Fanelli debió llegar a la ciudad condal entre el jueves 12 y el viernes 13 de noviembre de 1868, tras las peripecias narradas. (33)

Al tiempo que sucedían estos hechos respecto a nuestro país, Bakunin adoptaba también medidas expeditivas para extender su organización en Italia. El 2 de noviembre escribía exultante a su fiel amigo Gambuzzi:

"La Alianza ha sido fundada. El grupo iniciador de

Ginebra cuenta ya con más de 60 miembros y de los mejores, en un mes seremos 500. Mañana, la impresión definitiva del Programa y del Reglamento para el público. En cuanto esté impreso te lo enviaré..." (34)

Pocos días más tarde, el 7 de noviembre, volvía a escribirle con impaciencia:

"En los próximos días recibirás algunos ejemplares del Programa y del Reglamento con las firmas de los 84 miembros del grupo iniciador de Ginebra."

A continuación, y con carácter imperativo, le trasladaba la composición del Comité nacional para Italia, así como la del Comité de Nápoles, sin que hubiera mediado, lógicamente, elección alguna al respecto:

"El Comité nacional italiano está compuesto así: 1. Carlo (Gambuzzi), 2. Beppe (Fanelli), 3. Mazzoni, 4. Saverio (Friscia), 5. Attanasio (Dramis), 6. Raffaele (Mileti). Constituid un comité en Nápoles compuesto por ti, Saverio y Raffaele, si Attanasio prefiere permanecer en una vergonzosa pasividad. Organizad los grupos provinciales... La ausencia de Beppe en este caso es fatal. Pero debes suplirlo con tu energía y tu actividad."

El contenido de estas cartas, ilustrativo en cuanto al método de designación de cargos al dictado -propio de organizaciones secretas y totalmente distante de las prácticas democráticas y de los procedimientos representativos de la Internacional- nos interesa también para confirmar la imposibilidad material de que Fanelli, aislado en Génova

preparando su partida, pudiera llevar consigo a España documentos impresos de la Alianza bakuninista.

Al tiempo que se tomaban estas medidas para extender por diversos países latinos la organización, Bakunin procedía a afiliarse a los miembros de la A.I.D.S. en la sección central de Ginebra de la A.I.T., con la ayuda de los internacionalistas suizos integrados en la Alianza, alguno de los cuales, como Becker y Perret, eran miembros del Comité central de las secciones ginebrinas de la Internacional. El 8 de noviembre se presentó la propuesta de admisión de Fanelli y de Gambuzzi. Dado que no trabajaban ni residían ninguno de los dos en dicha capital suiza, sabida su residencia en Italia y conocidas las actividades del segundo de los citados, en la asamblea se produjo una seria resistencia a su admisión, sobre todo por parte del obrero encuadernador Jean-Baptiste Dupleix que "no quería oír hablar del abogado Gambuzzi." Las dificultades surgidas fueron de tal magnitud que el aliancista Charles Perron "corrió a buscar a Bakunin que habitaba a dos pasos del Círculo de la Internacional donde tenía lugar la reunión." Personado Bakunin en la asamblea, y después de tres discursos sucesivos, "apoyado por Perron, Brosset, Guétat, Rossetti y otros", logró vencer a los adversarios, consiguiendo que sus amigos italianos fueran admitidos en la Internacional ginebrina por mayoría de votos.

(35)

Durante los meses de noviembre y diciembre de 1868 la principal preocupación del dirigente ruso fue expandir la Alianza en Suiza, Italia, Francia y España. Simultáneamente, como vamos viendo, fue procurando la integración de aquellos de sus seguidores que aún no lo eran, en las filas de la A.I.T. de Ginebra, sin esperar a que constituyeran secciones en sus respectivos países, y solicitaran regularmente su ingreso en la Internacional como habría sido el procedimiento regular con arreglo a su normativa interna.

El 4 de diciembre Bakunin, en carta a Albert Richard con algunas ingenuas alteraciones para eludir controles policiales, le encomienda la constitución de grupos aliancistas en Lyon:

"Os anuncio, en primer lugar, que el Comité central del nuevo negocio que hemos fundado con la ayuda de Julie (Perron) está perfectamente organizado. Usted tiene el programa y los reglamentos de esta nueva alianza comercial. Le pido pues, en nombre de nuestro Comité, acepte usted organizarse de forma que pueda ayudarnos en esta empresa. A tal efecto, entiéndase usted con nuestros amigos de la planicie (París) e indúzcales a formar el comité correspondiente." (35 Bis)

El día 29 del mismo mes, el dirigente ruso hacía lo propio dirigiéndose a Mazzoni en Italia. Le comunicaba en su carta el envío de "programas de la Alianza de la Democracia socialista fundada por nuestros hermanos italianos, franceses, alemanes, suizos, polacos y rusos, tras el Congreso de Berna", así como también, dada su pertenencia a la Fraternidad o Alianza secreta, de la documentación correspondiente a su categoría especial: "Os enviaré el programa más íntimo en la primera oportunidad." A continuación, le informaba de sus gestiones para integrarlo en la Internacional obrera con estas precisiones:

"... os anuncio que yo y algunos amigos de Ginebra os hemos presentado como miembros de la Sección central de Ginebra de la Asociación internacional de Trabajadores, de la que os enviaré los carnets cuando hallais sido admitidos, lo que se producirá antes de tres semanas. Es necesario pertenecer a esta gran y magnífica Asociación, querido amigo, y es preciso arrastrar a ella el mayor número de asociaciones obreras que podais. Es la gran base de todos los trabajos de la

Democracia socialista hoy en día en Europa." (36)

Analizando estas directrices cursadas tanto a Francia e Italia como a la misma Suiza, en la que ya se iban aplicando, no es difícil suponer cual fue la misión encomendada a Fanelli para España, pese a que no se halla conservado documentación concreta sobre el particular. Se trataba de constituir núcleos de la Alianza internacional, seleccionando de su seno a los más afectos para el organismo secreto encargado de preparar la revolución. Todos los miembros españoles de la Alianza, tanto los pertenecientes a su organización pública como los "hermanos" de la sociedad secreta, deberían integrarse simultáneamente en la Internacional, tratando de incorporar a la misma a las organizaciones obreras que existieran o se fueran formando en nuestro país.

Lo básico para Bakunin, como tuvo oportunidad de dejar muy claro por escrito, como veremos más adelante, era la organización secreta formada por los "intimos", es decir, por los que en su "Anatomía de la conspiración" sitúa Tierno Galván como miembros del "círculo interno, en la séptima morada de la conspiración." Son los incondicionales que están en el secreto de la conjura como "compromiso psicológico que supone la complicidad personal antes que otra cosa", y a los que se les "exige antes que nada secreto y lealtad." (37) Por faltar a estos principios de exigencia permanente Reclus y Rey, durante su viaje por España, acabará disolviéndose la Fraternidad revolucionaria. A continuación se establecía la Alianza pública, dotada de un programa político y encargada de penetrar en las filas de una "gran y magnífica Asociación" con objeto de atraerla hacia sus postulados anarquistas. Finalmente, y como "gran base de todos los trabajos" de la A.I.D.S., se situaba la A.I.T., organización forjada tras cuatro años de esfuerzos, que se presentaba a los ojos del líder ácrata -como no se recató en manifestar fríamente- como el nuevo instrumento propicio para la aplicación de sus

proyectos revolucionarios, una vez fracasado el intento de la Liga de la Paz y de la Libertad:

"La herramienta había sido ensayada; en la prueba se había mostrado mala, debía ser rechazada: no quedaba más que buscar otra. La Asociación internacional de Trabajadores se presentaba, naturalmente, como esa herramienta mejor." (38)

El esforzado y sin duda ejemplar emisario de Bakunin para España, Giuseppe Fanelli, llegó pues a nuestro país con una misión concreta pero en unas condiciones que determinaron, inevitablemente, la confusión de sus objetivos. Así pues, y como podemos deducir de lo expuesto, el diputado italiano fue seleccionado, con gran premura de tiempo y tras sucesivos rechazos por parte de otras personas (Élisée Reclus y Alberto Tucci), para fundar la Alianza Internacional de la Democracia Socialista en nuestro país. Tras varios retrasos, debidos fundamentalmente a la dificultad de obtener recursos de la organización, partió hacia España con la mitad del dinero necesario para su misión. Como vimos, le fue materialmente imposible traer propaganda de la Alianza. Sin perjuicio de que ésta le llegara por correo a finales de noviembre o primeros de diciembre, lo que pudo ocurrir, aunque no hay constancia de ello, es evidente que Fanelli conocía de sobra los principios radicales de ateísmo, anti-Estatismo, abstencionismo político, etc. sobre los que se basaba la A.I.D.S., ya que, como se vio más arriba, eran estos una decantación de los programas elaborados por Bakunin para las sucesivas sociedades secretas creadas en Italia desde 1864 a 1867. La documentación que pudo traer consigo Fanelli a España, fue la conseguida en Ginebra de sus secciones de la Internacional y quizás los discursos impresos de Bakunin en el Congreso de Berna.

Finalmente, Fanelli llegó a nuestro país sumido en una confusión inevitable respecto a una Alianza internacional, que pretendía nacer "fundida enteramente en la gran Asociación Internacional de Trabajadores", sin haber solicitado siquiera su adhesión ni sospechar su incompatibilidad. Desconociendo en la práctica la organización y el funcionamiento de la A.I.T., que no existía en Nápoles ni casi en Italia, y en la que nunca había militado ni sabría, hasta su regreso a Ginebra, de la forma tan irregular en que se había producido su ingreso. En esta situación, y con las bases de partida que hemos relatado, realizó su trabajo el revolucionario italiano en España, punto éste que analizaremos con más detalle en el siguiente epígrafe.

* * *

Mientras se tomaban precipitadamente todas estas medidas para extender la Alianza en los países citados, un alemán afincado en Suiza y viejo conocido de Marx, J.Ph. Becker, enviaba a Londres el penúltimo día de noviembre, como se vio, el programa y el reglamento de la A.I.D.S. editados a mediados de aquel mes. Este veterano dirigente obrero, que contaba con 59 años de edad y se había distinguido en los enfrentamientos producidos durante la revolución de 1848, era el militante internacionalista de mayor prestigio atraído a las filas de la Alianza por Bakunin, que, reconociendo sus méritos, le había incluido en el Comité central de la nueva entidad. La carta de Becker se refería a temas relacionados con las secciones de lengua alemana de la A.I.T. de Ginebra y, en función de aquéllos, iba dirigida al secretario-corresponsal para Suiza en el Consejo general. Así pues, fue Hermann Jung el destinatario de la misiva, cuyo contenido puso en conocimiento de la dirección de la A.I.T. en su sesión del 15 de diciembre de 1868. Una vez tratado el problema

previo de abono de cuotas que planteaba Becker, el acta de aquella reunión recoge textualmente lo siguiente:

"La carta anuncia a continuación que una sociedad llamada Alianza Internacional de la Democracia Socialista se ha constituido y que se ha adherido a la Asociación Internacional de Trabajadores; el programa y los estatutos (de aquella) se adjuntan a la carta."

El corresponsal con Suiza alegó a continuación que había "ciertas cosas en ese programa a las cuales él no puede responder antes de conocer la opinión del Consejo." Otros dos veteranos consejeros, Dupont y Johannard, terciaron en el tema indicando que:

"... La nueva sociedad no puede ser más que una fuente de conflictos para la Asociación Internacional de Trabajadores; los mismos objetivos que pretende lograr son perseguidos por la Asociación Internacional de Trabajadores de una forma mucho más eficaz de la que ellos lograrían a través de esta nueva asociación."

Intervino finalmente Marx para exponer que, en su criterio, "es contrario a nuestros Estatutos admitir otra asociación internacional en nuestra sociedad." (39) A continuación se decidió por unanimidad que el corresponsal para Suiza preparara una contestación que debería someterse a conocimiento y aprobación del Consejo en su próxima sesión. También se acordó unánimemente que "para combatir la perniciosa impresión producida por este programa, la respuesta debe ser hecha pública."

Con estas apreciaciones, negativas desde un primer momento por la presencia de un probable competidor y por saberse inspirado por Bakunin, se inició un contencioso que, aún cuando formalmente concluiría con su admisión en julio de 1869, significó de hecho el comienzo de la larga pugna entre Marx y el

activista ruso que daría al traste con la Internacional.

Aquella misma noche, una vez concluida la sesión, Marx escribió una carta a su amigo y consejero Engels, en Manchester, informándole detalladamente del problema y adjuntándole el documento de la Alianza. El texto, con la sinceridad habitual en aquel carteo, denotaba un profundo malestar y una notable preocupación. El pensador alemán comunicaba que conocía el tema de tiempo atrás, que lo consideraba sin futuro y que "por consideración al viejo Becker quería dejarlo morir tranquilamente." Reprochaba a su compatriota, no obstante, que hubiera tardado dos meses en dar cuenta del mismo al Consejo, exponiendo a continuación el "enfado" causado a este organismo por el citado documento. Finalmente, en contra de lo recogido en el acta de aquella sesión, y adelantando resoluciones aún por adoptar, decía lo siguiente:

"El Consejo general ha decidido esta noche que, públicamente -en París, Nueva York, Alemania y Suiza- esta sociedad entrometida sea repudiada. Se me ha encomendado la redacción de este documento de rechazo para el martes próximo." (40)

Concluía lamentando, por deferencia hacia "el viejo Becker", todo aquel asunto, si bien "nuestra asociación no puede cometer un suicidio por su culpa."

No cabe duda, tras lo expuesto, que la maniobra de Bakunin fue recibida con gran preocupación en Londres, al tiempo que forzaba a Marx a tomar el timón de la A.I.T. sin miramiento alguno.

Tres días más tarde contestó Engels con minuciosidad sobre el problema. En francés, la misma lengua en que estaban publicados los documentos de la Alianza, analizaba su contenido con razonamientos que, poco después, hará suyos el Consejo

general:

(De admitirse el ingreso de la A.I.D.S. en la A.I.T.)
 "Habría dos Consejos generales e igualmente dos Congresos; es el Estado dentro del Estado, y desde el primer momento estallaría el conflicto entre el Consejo práctico en Londres y el Consejo teórico, idealista, en Ginebra. No puede haber dos organismos internacionales en la Internacional, y mucho menos dos Consejos generales." (41)

A continuación criticaba la forma no democrática con la que los fundadores de la Alianza habían formado su Comité: "El Consejo central de la Internacional ha pasado al menos por tres elecciones sucesivas y todo el mundo sabe que representa a miríadas de obreros, pero, ¿(a quién representan) estos iniciadores?" No concedía ninguna representatividad al grupo de Bakunin en el contexto de la democracia socialista europea, al tiempo que tampoco veía entre los 84 signatarios de la sección de Ginebra de la A.I.D.S. personalidades de valía: "Si carecen de mandatos como representantes de la democracia social, les faltan todavía mil veces más como representantes de la ciencia." Finalmente, aconsejaba a Marx que actuaran con prudencia, sin utilizar "demasiada energía" y no concediendo al tema excesiva importancia, aunque coincidía en que debían "rechazarles con firmeza."

A vuelta de correo agradecía Marx los comentarios de Engels y aceptaba su criterio de actuar de forma "diplomática." (42)

El 22 de diciembre, tal y como se había acordado, Jung dio lectura a un documento que, como vimos, fue redactado por Marx. Después de discutirlo, resultó aprobado por unanimidad con una adición propuesta por Eugène Dupont, secretario-corresponsal para Francia. Su enmienda llamaba la atención sobre el hecho de que varios delegados al Congreso de Bruselas como el propio Becker,

Charles Perron y Adolphe Catalan, hubieran votado la resolución contra la Liga de la Paz y de la Libertad, por considerar que pretendía objetivos ya asumidos por la A.I.T., y que ahora aparecieran apoyando una Alianza que incurría, según él, en el mismo defecto.

El documento hacía especial hincapié, entre otros, en los siguientes puntos:

1. El retraso indudable con que la Alianza había comunicado oficialmente su existencia al Consejo general.
2. La contradicción de crear una Alianza "fundida enteramente en la Internacional al mismo tiempo que ella era fundada enteramente al margen de esta Asociación."
3. Al lado de un Consejo general de la A.I.T. elegido democráticamente en los sucesivos Congresos de Ginebra, Lausana y Bruselas, no podía existir "otro Consejo general en Ginebra que se nombra a sí mismo."
4. No podían existir, como recogían también los estatutos de la A.I.D.S., grupos locales de la Alianza paralelos a los de la Internacional, y mucho menos, que aquellos, "por intermedio de sus Comités nacionales respectivos, pidan al Comité central de la Alianza su admisión en la A.I.T.", lo que resultaba ciertamente un despropósito.
5. Tampoco podía permitirse que en el Congreso general de la A.I.T., la delegación aliancista "como rama de la Asociación Internacional de Trabajadores, tendrá

sus sesiones públicas en un local separado." Ello era tanto como admitir dentro de la Internacional dos organizaciones paralelas con sus propios congresos.

A la vista de lo expuesto y poniendo de manifiesto la oposición flagrante a diversos artículos de los Estatutos de la Internacional, que se alegaban razonadamente en el dictamen, concluía éste con la siguiente decisión:

"El Consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores, en su sesión del 22 de diciembre de 1868, ha resuelto por unanimidad:

1. Todos los artículos del Reglamento de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, determinando sus relaciones con la Asociación Internacional de Trabajadores, son declarados nulos y de ningún efecto;
2. La Alianza Internacional de la Democracia Socialista no es admitida como rama de la Asociación Internacional de Trabajadores." (43)

Fanelli, que por aquellas fechas pasaba el ecuador de su estancia en España, desconoció también, naturalmente, esta resolución que tan directamente afectaba al cometido de su viaje por nuestro país. En la misma fecha en que el Consejo general adoptó en Londres tan tajante decisión, no tan diplomática como predecía el autor del texto, Bakunin dirigía a Marx una carta extremadamente afectuosa en la que daba explicaciones que aún no había habido tiempo material de solicitarle. A la vista del texto, no cabe duda de que por primera vez era consciente de que la precipitación con que había actuado podía dar al traste con su

proyecto. Agradecía a Marx que le hubiera encaminado por la ruta de la "revolución económica", alejándole de las empresas nacionales o "excesivamente políticas." Y decía: "Yo hago ahora lo que tú has comenzado a hacer hace más de veinte años." Manifestaba su abandono de los "burgueses del Congreso de Berna", que él mismo quiso convertir en cabeza pensante de la A.I.T. como se recordará, confesando que ya no conocía "ninguna otra sociedad ni ningún otro medio más que el mundo de los trabajadores." En tono retórico, o tal vez irónico, llegaba a expresar lo siguiente:

"Mi patria ahora es la Internacional, de la que tú eres uno de los principales fundadores. Ya ves, pues, querido amigo, que yo soy tu discípulo y estoy orgulloso de serlo. He aquí todo lo que era necesario para explicarte mis relaciones y mis sentimientos personales." (44)

Por último, le adjuntaba el programa de la Alianza, probablemente con la intención de subsanar olvidos anteriores puesto que no debía ignorar que ya lo había mandado Becker varias semanas antes, enviaba saludos para Engels y ejemplares de discursos suyos pronunciados en Berna para Eccarius y Jung. Todo el texto, como se ve, transcendía cordialidad y promesas de una actuación guiada por la sinceridad, si bien en ningún momento informó a Londres sobre la existencia de una segunda Alianza secreta, dotada de su propia estructura y con unos objetivos revolucionarios de "demolición de todas las potencias", "destrucción de todos los Estados", y propagación de la "revolución universal" sobre "las ruinas de todas las instituciones protectoras de la propiedad hereditaria y del capital", con los cuales, a buen seguro, nunca coincidiría el Consejo general ni la propia Internacional en su conjunto. (45)

La actividad de Bakunin en la Internacional puso en guardia a su Consejo general y, especialmente, a Marx. En la carta

citada, Bakunin indicaba que iba a ponerse en contacto con De Paepe en Bruselas. Rápidamente escribió el dirigente alemán a su compañero del consejo que había actuado como ponente en el tema de la A.I.D.S., para que alertara al internacionalista belga haciéndole llegar "lo más rápidamente posible... una copia de nuestra resolución sobre la Alianza." A continuación, en esta misiva cuyo objeto declarado era impedir que su destinatario fuera reclutado "para la Alianza internacional", pedía a Jung que explicara al belga "que a causa de la situación actual en Suiza, y para evitar toda apariencia de escisión, queremos que esta resolución no sea hecha pública, limitándonos a comunicarla confidencialmente a los Consejos centrales respectivos de los diferentes países." (46) He aquí la razón por la que, contra lo previsto y acordado, no se dio publicidad general al rechazo de la Alianza.

El 27 de febrero de 1869, una vez conocido oficialmente el documento del Consejo general de la A.I.T., el Comité central de la Alianza escribió a Londres. En su carta, la dirección bakuninista hacía la siguiente propuesta:

"La Alianza se disolverá como organización internacional; su Comité central, representante de esta organización, dejará de existir: el Consejo general aceptaría reconocer entonces a las Secciones fundadas por los miembros de la Alianza, en Suiza, España, Italia y Francia, con el programa de la Alianza, como Secciones regulares de la Internacional, no conservando en adelante otro nexo común que el programa, y renunciando a cualquier otra solidaridad y organización internacional que no sean las que se encuentran en la gran Asociación de trabajadores?". (47)

Así mismo, la dirección aliancista solicitaba la opinión del Consejo sobre el programa de la Alianza. Una vez más fue Marx el encargado de contestar a esta solicitud, en nombre de la

dirección de la Internacional. Para ello, tras consultar de nuevo a su amigo Engels en cartas del 4, 5 y 7 de marzo, redactó un texto que fue aprobado por unanimidad en la sesión del 9 de marzo de 1869 del Consejo general. En este segundo documento, Marx sentaba dos premisas relacionadas con las competencias del ejecutivo de la A.I.T., y con la autonomía reconocida a las secciones. Respecto al primer punto señalaba el texto lo siguiente:

"... no corresponde a las funciones del Consejo general hacer el examen crítico del Programa de la Alianza.

... Para nosotros, se trata solamente de saber si no contiene nada contrario a la tendencia general de nuestra Asociación, es decir, la emancipación completa de la clase obrera." (48)

DEI A este respecto, Marx señalaba la confusión que podía deducirse del término "igualación de las clases" que recogía el artículo 2 del programa bakuninista, alegando que podría tratarse de un simple "error de pluma", o lapsus calami, cometido en lugar de decir "abolición de las clases." En cuanto a la segunda premisa, el texto dejaba sentado que:

"Salvo en el caso de que la tendencia general de nuestra Asociación sea contrariada, corresponde a sus principios permitir a cada sección que formule libremente su programa teórico."

Visto lo expuesto, y no dudando de que la Alianza aceptaría modificar el concepto expresado de su programa, y de acuerdo con lo aprobado el 22 de diciembre pasado sobre su reglamento, el Consejo general manifestaba que no existía "obstáculo para la conversión de las secciones de la Alianza en secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores." Finalmente, ponía para

la admisión una condición que respondía a la presencia de la Alianza en diversos países europeos:

"Si fuera decidida definitivamente la disolución de la Alianza y la entrada de las secciones en la Internacional, sería necesario, según nuestros reglamentos, informar al Consejo del lugar y de la fuerza numérica de cada nueva sección."

Esta condición, que podía desvelar las fuerzas reales de la Alianza y, consecuentemente, poner en aprietos a Bakunin, que siempre alardeó de un número de seguidores muy superior al real, nunca fue cumplida por éstos. Quizás por ello Guillaume, historiador anarquista de la Internacional, omitió esta importantísima condición al reproducir el documento en su obra. (49)

El 22 de junio, Perron, en nombre de los aliancistas, comunicaba por carta al Consejo General que "la disolución de la Alianza Internacional de la democracia socialista había sido acordada y la Sección de la Alianza de la democracia socialista de Ginebra sometía al Consejo general sus estatutos, pidiéndole ser reconocida como rama de la Asociación internacional de trabajadores." (50) La dirección de Londres abordó el tema en su sesión del 27 de julio. Marx informó que aquel organismo había "satisfecho la demanda del Consejo" proponiendo, por consiguiente, su admisión. Aprobada ésta por unanimidad, se encomendó a Eccarius, como secretario general, que procediese a la correspondiente comunicación oficial, lo que se llevó finalmente a cabo el 28 de julio de 1869. (51)

Con anterioridad, en diciembre de 1868, los aliancistas Perron y Perret habían solicitado la admisión de la Alianza en la unión local de las secciones de Ginebra de la A.I.T., que no la aceptó. Una vez admitidos directamente por Londres, que ignoraba la decisión ginebrina, la nueva sección de la Alianza de la

Democracia Socialista (A.D.S.), como se llamó desde entonces, solicitó su ingreso en la Federación cantonal de Ginebra, entidad que englobaba entre otras a la unión de secciones citada, el 30 de julio de 1869. Una vez más, el 16 de agosto, también esta entidad ginebrina, donde debía encuadrarse por su carácter local la nueva Alianza, rechazó su admisión. (52)

* * *

Mientras sucedían estos hechos, que por constituir el largo y complicado proceso de integración formal de la organización bakuninista en la A.I.T. hemos relatado ininterrumpidamente, comenzaba a existir en España la Internacional, se producía la disolución de la vieja Fraternidad revolucionaria y Bakunin, habiendo alcanzado con concesiones el reconocimiento de la Alianza en su versión pública, dirigía sus esfuerzos a captar prosélitos para su sociedad secreta con objeto de tratar de implantar sus postulados en el congreso de la Internacional que debía celebrarse, en septiembre de 1869, en la ciudad suiza de Basilea. (53)

* * *

3. DOS NÚCLEOS INTERNACIONALISTAS EN MADRID Y BARCELONA Y UNA CITA EN BASILEA CON ESCALA EN GINEBRA.

Como vimos en el apartado anterior de este capítulo, Fanelli llegó a Barcelona entre el 12 y el 13 de noviembre de 1868 después de vencer diversas dificultades. En la capital catalana se reunió con Élie Reclus y Aristide Rey, en compañía de los cuales partió en tren hacia Valencia el lunes 16. En Valencia permanecieron varios días con los dirigentes republicanos Fernando Garrido y José María Orense, separándose el grupo el lunes 23 para partir todos en gira de propaganda republicana por Andalucía, salvo Fanelli, que en solitario se dirigió a Madrid. Llegó enfermo a la capital, según manifestó en carta a Bakunin dos días más tarde y, una vez repuesto, se dirigió al diario republicano La Igualdad, al que le encaminaron los miembros del Comité Nacional Republicano, antes citados, por ser el periódico que defendía los planteamientos más radicales de este partido político. (54)

Como se vió más arriba, al poco de producirse la revolución de 1868 se había constituido este partido escindiéndose definitivamente de los demócratas. En su programa incluyó las reclamaciones más acuciantes de los sectores obreros, con lo que atrajo a sus filas a los más comprometidos en la lucha por aquellas reivindicaciones, algunos de los cuales habían militado también en el partido demócrata. En los manifiestos del partido republicano de estos meses finales de 1868 y siguientes, figuraban junto a las firmas de los miembros de la dirección nacional, unos dirigentes que lo hacían "por los estudiantes" y otros "por los obreros".

En su primera semana en Madrid tomó contacto con el periódico y, de éste, recibiría la información precisa sobre una

entidad dedicada a la educación de los trabajadores, denominada "El Fomento de las Artes", que acogía en su seno, entre otros, a los de ideas más avanzadas. Por esta razón había permanecido clausurado desde 1866, reabriéndose a partir de la revolución septembrina como "Sociedad de educación popular e instrucción pública", dedicada fundamentalmente al "mejoramiento de las llamadas clases trabajadoras" en palabras de Rafael María de Labra. En esta entidad, junto a las clases de las más diversas materias, "tuvieron efecto muchos y ruidosos debates sobre los problemas político-sociales contemporáneos". (55).

En entidades de esta naturaleza trabó contacto Fanelli con trabajadores y artesanos de Madrid ante la carencia de sociedades obreras establecidas en esta capital, a diferencia de Barcelona. (56) El domingo día 29 de noviembre, a través de Guisasola, propietario de La Igualdad, conectó con Julio Rubau Donadeu, quien a su vez le presentó al grabador Tomás González Morago y éste al tipógrafo Anselmo Lorenzo. El lunes siguiente tuvo lugar la primera reunión del italiano con un grupo de asistentes en el domicilio del primero de ellos. El domingo citado, tuvo lugar en la capital de España una magna manifestación en apoyo del régimen republicano, uno de cuyos lemas fue "Ciudadanos sí, súbditos de un gran rey no." Con motivo de la misma, Fanelli dirigió un escrito a La Igualdad como "diputado de la extrema izquierda en el Parlamento italiano." En el mismo, manifestaba su admiración y se congratulaba de la "Solemne demostración que hicieron el domingo los republicanos de Madrid para establecer la República federal", al tiempo que mostraba su solidaridad con el partido republicano con estas palabras:

"Me congratulo y felicito por mi y por mis correligionarios italianos, con el partido que sabe en medio de las grandes calamidades de estos tiempos proclamar con la fuerza del número y con la alta

dignidad del pueblo libre la forma de gobierno que mejor puede servir de base para establecer aquellos principios que constituyen toda una época de nueva civilización."(57)

Concluía felicitándose de que nuestro país, frente a la "Europa desilusionada, cansada, quejumbrosa en el cepo de la hipócrita libertad constitucional", se hubiera levantado "al primer llamamiento" para afirmar "que la voluntad de los pueblos cultos es el gobierno del pueblo." Mientras se publicaban las citadas palabras, Fanelli celebraba diversas reuniones en Madrid con una veintena de personas entre las cuales figuraban, además de las mencionadas, los sastres Ángel Cenegorta y Enrique Borrel, el zapatero Francisco Mora y su hermano Ángel, carpintero, el periodista Francisco Córdoba y López, así como varios tipógrafos, además de Lorenzo, pintores, un dorador, un cordelero y un equitador, o experto en ganado caballar. De esta descripción por oficios y profesiones que nos da Anselmo Lorenzo en sus memorias podemos desprender algunos datos de interés. El primero es que en el grupo de 21 iniciadores de la Internacional figuran representados en cabeza trabajadores de las dos industrias más destacadas a mediados del pasado siglo en Madrid, la construcción y las artes gráficas, la cual durante años se seguiría denominando, como en las antiguas asociaciones gremiales, "el arte de imprimir". En la construcción, que por aquel tiempo acomete los "ensanches" de la capital española por el noreste, barrio de Salamanca y por el sur y sureste, podemos encuadrar a los cinco pintores y quizás al carpintero, sin perjuicio de que ejercieran artesanalmente su oficio. En el bloque de las artes gráficas se integrarían los cuatro tipógrafos, los dos grabadores y el litógrafo, pues eran estos oficios afines a esta industria. Los restantes, dos sastres, dos zapateros, un dorador, un cordelero y el equitador se encuadrarían en el artesanado, sector de máxima importancia numérica en el Madrid de la época. El periodista, a pesar de no exigirse estudios para el ejercicio de

la profesión, requería una preparación y unos conocimientos superiores a los de los obreros y artesanos descritos. Estos trabajadores procedían en su mayor parte del campo republicano y entre ellos divulgó Fanelli el ideario radical de la Alianza bakuninista ofreciéndolo como base doctrinal de la Asociación Internacional de Trabajadores. De los planteamientos citados, tuvo especial incidencia tanto su rechazo de "toda acción política" que no tuviera como objetivo "inmediato y directo" el triunfo de la causa de los trabajadores, como también sus críticas directas incluso a la organización política que representaba a la izquierda más extrema en aquellos momentos en nuestro país, ya que expuso el criterio de que "la verdadera revolución pondrá fin tanto a los republicanos como a los monárquicos." (58). Al defender estos postulados bakuninistas, que no pasaron inadvertidos para Reclus y Rey, Fanelli provocó la animadversión de estos ya que "previniendo a los obreros, contra los políticos, aunque éstos fueran republicanos federalistas, habría obrado deslealmente para con estos republicanos, los cuales, por recomendación de Elias (Reclus), le habían acogido amigablemente al principio." (59) Reclus y Rey, por su parte, habían apoyado desde su llegada a España al partido republicano federal, con cuyos dirigentes hicieron campaña por Cataluña y Andalucía principalmente. Estas conductas tan dispares se daban, no hay que olvidarlo, entre personajes que pertenecían desde años atrás a la misma Fraternidad revolucionaria creada por Bakunin, lo que no dejó de tener sus consecuencias como veremos más adelante.

Aquella actitud del diputado italiano entre los obreros no impedía, como vimos, el hecho de felicitar públicamente a los mismos republicanos federales que criticaba en sus reuniones privadas, así como tampoco el aparecer en la prensa junto a sus principales dirigentes, y con sus compañeros Reclus y Rey, con ocasión de la suscripción pública que abrió La Igualdad tras los sucesos violentos que en diciembre de aquel año tuvieron lugar en

Jerez y Cádiz, al desarmar el Gobierno provisional por la fuerza a la milicia ciudadana de aquellas localidades. (60)

Tras mantener las citadas reuniones y contactos con los trabajadores madrileños, el 21 de diciembre de 1868 se constituyó un núcleo provisional de la A.I.T., "compuesto por un reducido número de individuos que aceptaron desde luego sus Estatutos". (61) Este grupo prosiguió sus tareas organizativas y de proselitismo hasta constituirse formalmente como sección de la Internacional el 24 de enero de 1869. A continuación, y con recomendaciones del núcleo madrileño, partió Fanelli para Barcelona, donde en poco más de dos semanas tomó contacto con una veintena de obreros catalanes, entre los que hay que destacar al dibujante José Luis Pellicer y a su sobrino el tipógrafo Rafael Farga Pellicer, secretario a la sazón, como vimos, de la Dirección Central de las Sociedades Obreras de Barcelona, y afines como sus compañeros de Madrid al partido republicano federal. A éstos se unirían muy pronto el médico Gaspar Sentiñón y los estudiantes andaluces José García Viñas y Trinidad Soriano, dando lugar el 2 de mayo de 1869 a la creación de la sección de Barcelona de la A.I.T. (61) Fanelli, pues, no pudo acudir al Congreso de las sociedades obreras de la capital catalana, que como vimos tuvo lugar a mediados de diciembre, ni tampoco queda constancia de que trabara contacto con trabajadores de la industria textil, la más desarrollada de Cataluña, si bien, su relación con Farga Pellicer, secretario de la dirección de aquellas sociedades, fue suficiente para ir ganando la adscripción de las mismas a la Internacional.

Además de sus exposiciones verbales, que al igual que su figura y su historial tanto admiraron a los trabajadores madrileños, según recuerda Lorenzo, Fanelli dejó a los núcleos recién formados algunas publicaciones. Los dos testigos presenciales de aquellos momentos, que relataron los hechos más

de treinta años después, Anselmo Lorenzo y Francisco Mora, no coinciden en este punto. Hay que tener en cuenta que, mientras el primero derivó hacia el anarquismo, el segundo fue fundador del grupo marxista madrileño dos años después. Según el primero, el revolucionario italiano "dejó ejemplares de los Estatutos de La Internacional, programas y estatutos de la Alianza de la Democracia Socialista, reglamentos de algunas sociedades obreras suizas y algunos periódicos obreros órganos de La Internacional, entre ellos unos números del Kolokol con artículos y discursos de Bakounine." Para Mora, por su parte, Fanelli se limitó "a explicar preferentemente la organización de la Internacional y la abstención política, sin dar a conocer las teorías del Socialismo moderno, ni el Manifiesto comunista, ni siquiera el Manifiesto inaugural de la Asociación". Más adelante insiste en las mismas carencias, si bien puede desprenderse de sus palabras que los primeros núcleos contaban con "los Estatutos generales de la Asociación Internacional, únicos consejeros y guías que tenían en la lucha emprendida contra la vieja sociedad." (62)

Así pues, tan sólo vendrían a coincidir en lo que a los Estatutos de la A.I.T. se refiere. En cuanto a los documentos referentes a la A.I.D.S., cuyo contenido sí expuso detalladamente el italiano, cabe la posibilidad de que tan solo los entregara selectivamente a aquellas personas dispuestas a constituir en secreto una fracción de la Alianza en España. Lorenzo, además de lo expuesto, reproduce en su obra tres de los principales impresos que, en su criterio, les dejó Fanelli: el Manifiesto inaugural de Marx, los Estatutos generales de la A.I.T. y el "Programa de la Alianza de la Democracia Socialista." Los dos primeros textos, traducidos de versiones francesas, adolecen de defectos graves de traducción, así como de mutilaciones y alteraciones que desfiguran los criterios plasmados por su redactor en ambos documentos, al tiempo que los aproximan a las tesis anarquistas o bakuninistas. En palabras de un autor, "difieren (del original) hasta el punto de constituir un texto

diferente del que redactara Marx, un texto truncado que presenta a los trabajadores españoles una interpretación tendenciosa de los objetivos de la A.I.T., y de los análisis que le sirven de base." (63) En cuanto al tercer documento reproducido por Lorenzo, pensamos que debe tratarse de una grave confusión del autor. Fanelli no pudo entregar un Programa de la A.D.S. que, como vimos más arriba, surgió en julio de 1869 tras disolverse la A.I.D.S. Por otra parte, el programa que reproduce el historiador anarquista no es el de la Alianza Internacional, que sí les dejó Fanelli y que meses después reproduciría con algunas alteraciones en un periódico madrileño el propio autor.(64) El texto reproducido corresponde al programa de la A.D.S. española, redactado en función del elaborado por Bakunin para la A.I.D.S., pero bastante tiempo después de la marcha de Fanelli, y publicado tan solo a finales de 1872 tras estallar abiertamente la división entre los seguidores del Consejo general de la A.I.T. y los bakuninistas. En cuanto a los números del periódico Kolokol (La Campana), que editaban los rusos Herzen y Ogarev, próximos a Bakunin, pudieron ser los ejemplares especiales publicados en francés en la capital belga, reproduciendo tres de los cuatro discursos emitidos por el anarquista ruso en el Congreso de La Paz en Berna. La edición se realizó el uno de diciembre de 1868, por lo que pudo ser remitida por correo a Fanelli en España, como el Programa y el Reglamento de la Alianza Internacional, pudiendo ser esta una de las causas de su permanencia en Madrid hasta enero de 1869.(65) Concluido su trabajo en España, Fanelli abandonó nuestro país entre el 18 y el 19 de febrero de 1869, encontrándose en Ginebra con Bakunin el día 20 de aquel mes.

Recapitulando la misión del diputado Fanelli en España podemos extraer las siguientes reflexiones:

- La misión principal de Fanelli fue establecer en España núcleos de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista de Bakunin, al igual que se estaba haciendo en

Italia, Francia y Suiza.

- El objetivo de la A.I.D.S., en su versión secreta, era orientar hacia el "verdadero socialismo revolucionario" a la A.I.T., como organización de masas, por lo que Fanelli en España, al igual que sus "hermanos" en otros países, divulgó los Estatutos de la A.I.T., si bien en una versión previamente manipulada y desprovista de alguno de sus contenidos esenciales, como el referido a la práctica de la acción política "como medio" por parte de la Internacional.
- Fanelli sentó las bases organizativas de la A.I.T. en España pero armándolas ideológicamente con los principios radicales del Programa de la Alianza bakuninista. Su rechazo de la acción política y de los partidos políticos difería totalmente de los textos originales de la A.I.T. y de los acuerdos de sus Congresos.
- Siguiendo una táctica habitual en los seguidores de Bakunin, como hemos visto, Fanelli se apoyó en el partido republicano federal español, publicando una felicitación en su órgano La Igualdad, así como también, posiblemente, el saludo de las secciones de Ginebra a los trabajadores españoles, que se imprimió, como vimos, en enero de 1869 estando Fanelli en Madrid y siendo traducido, probablemente, por la misma persona que hizo lo propio con su felicitación al partido republicano.
- Fanelli dejó establecidas en España dos organizaciones que creía identificadas cuando resultaron incompatibles, así como las dos versiones, pública y secreta, de la Alianza. Omitió totalmente explicar, porque lo ignoraba en gran parte, el funcionamiento real de la A.I.T., su estructura orgánica dirigida por el Consejo general de Londres y sus cuatro años de historia transcurridos hasta entonces.

- Finalmente, dejó establecidos unos contactos personales que, como en los casos de González Morago en Madrid y Farga Pellicer en Barcelona, resultaron de una eficacia extraordinaria a la hora de mantener la Federación española de la A.I.T. bajo las directrices bakuninistas.

* * *

En enero de 1869, mientras Fanelli permanecía en España, se celebró en Ginebra un Congreso de la Fraternidad internacional, organización que para Guillaume emanaba de la primera sociedad secreta creada por Bakunin en 1864, al que asistieron, además de su fundador, B. Malon, N. Jukovsky, Ch. Perron y A. Tucci, entre otros. En esta reunión se produjo un grave "conflicto a continuación del cual Bakunin escribió, el 26 de enero, una carta de dimisión." En la misma se exponía la siguiente decisión:

"Después de reflexionarlo, me he decidido a salir del Directorio central de la Fraternidad internacional así como del Comité central y de todos los asuntos públicos de la Alianza, y no tomar parte alguna, ni directa ni indirecta, en los asuntos de estas sociedades hasta el próximo Congreso."

El organismo secreto no pudo subsistir a la salida de su principal animador, ya que poco después apareció una circular sin fecha -"ciertamente salida de la pluma de Bakunin", según Guillaume- anunciando su disolución y alegando razones que por referirse a nuestro país hacen que nos detengamos en este documento. Indicaba como causa de tan grave medida "la inutilidad

comprobada" del organismo, pasando a continuación a concretar las causas exactas del hecho refiriéndose, sin citarlos, a Élie Reclus y Aristide Rey:

"Algunos de los nuestros han ido a España y en lugar de dedicarse a agrupar a los elementos socialistas que, tenemos la prueba material, son ya muy numerosos y están desarrollados tanto en las ciudades como en el campo de su país, han hecho mucho radicalismo y un poco de socialismo burgués."(66)

Refiriéndose a la "prueba material" de esta acusación, que sin duda tenía que ver con las informaciones que sólo podía haberle suministrado Fanelli a su regreso, el revolucionario ruso hacía mención a aquéllas señalando con precisión que

"Estos hermanos, olvidando el objetivo que perseguían o que se supone debían perseguir, han abrazado la causa de ese pobre republicanismo burgués que se agita con tanta impotencia como ruido en España. Ellos lo han defendido en los periódicos tanto españoles como franceses y han favorecido el desprecio de todos nuestros principios hasta el punto de apoyar tentativas de aproximación con Espartero y con Prim mismo si fuera preciso..."

Finalmente, alegaba que habían vulnerado también el carácter secreto de la organización, con lo cual ésta se había vuelto "no solamente inútil, sino ridícula." Ante estos hechos, "algunos miembros antiguos de la Fraternidad", cuyos nombres no precisaba Bakunin, habían decidido disolver el organismo. Como puede comprobarse, el dirigente anarquista tras su dimisión decidió

concluir con una sociedad que no debía, o no podía, subsistir en su ausencia, continuando sus tareas como presidente del Comité de la sección ginebrina de la Alianza Internacional que, por entonces, pugnaba por incorporarse a la A.I.T. El 20 de febrero de 1869 se trasladó Bakunin al municipio suizo de Locle, donde con ayuda de Guillaume constituiría uno de los pilares más firmes de su organización en la región del Jura. Según relata este último, "Bakunin nos dió novedades del viaje de propaganda que su amigo italiano Fanelli acababa de hacer en España, donde había fundado en Madrid la primera Sección de la Internacional con el programa de la Alianza y nos mostró una fotografía representando a Fanelli rodeado de un grupo de socialistas españoles."(67) (subrayado nuestro).

En la sesión celebrada el 26 de febrero de 1869, por el Comité ginebrino de la A.I.D.S., con Bakunin reincorporado a su presidencia, se estableció el orden del día de la asamblea que tendría lugar al día siguiente. En su 2º punto figuraba lo siguiente: "Lectura por el ciudadano Fanelli del informe de la fundación de la Asociación internacional de Trabajadores en Madrid." La reseña de dicha reunión, efectivamente, deja constancia de que el 27 de febrero se leyó "el informe escrito" que fue depositado en sus archivos, el cual desgraciadamente no ha podido localizarse hasta el momento. Este informe de Fanelli habría sido decisivo para aclarar los puntos dudosos que quedan sobre su misión y su tarea en España, si bien el mismo Comité que le escuchó captó inmediatamente la existencia de ciertas confusiones que quedaron reflejadas en el acta correspondiente a la sesión del 5 de marzo:

"El acta de la última sesión es leída y aprobada con la condición de que la mención a la fundación de la Alianza en España debe ser mejor precisada en la próxima sesión, a la vista de que no se sabe justamente

si el ciudadano Fanelli había hablado de la Alianza o bien de la Asociación internacional de trabajadores." (68)

Fanelli abandonó Ginebra disgustado con Bakunin, al que achacaba haberle desatendido en su misión por España, y el tema, por estas u otras razones, no volvió a tratarse en el seno del citado Comité. Por aquellas fechas, como vimos más arriba, la Alianza había sido rechazada por el Consejo general de Londres, cayendo en la cuenta de su relación real con la Internacional. Estos hechos, que forzosamente desconocía Fanelli, le condujeron a crear en España una confusa entidad que, a posteriori, requería de aclaraciones por parte de sus correligionarios de la Alianza. A la reunión en que se pidieron estas precisiones no asistió Bakunin, el cual, más tarde, cayó también en la cuenta de las consecuencias que para los núcleos españoles y de otros países podía acarrear su precipitación de fundar secciones de la Internacional "con el programa de la Alianza", como narraba orgulloso a su amigo Guillaume en Locle pocos días antes.

Mientras tanto, y partiendo de estas bases contradictorias, se desarrollaban los núcleos iniciales de la A.I.T. en nuestro país. En Madrid, según relata Francisco Mora, transcurrió el año 1869 con el desarrollo de tensiones entre la "mayoría de sus miembros", que querían "hacer de la Internacional una Asociación puesta al servicio de los intereses del partido republicano." También hubo discrepancias con los que deseaban transformar el organismo en una especie de "Cooperativa de producción" y, finalmente, "produjo graves disensiones el conocimiento de que dentro de la Asociación existían algunos afiliados a la Alianza de la Democracia Socialista", lo que a juicio del historiador socialista dio lugar a algunas dimisiones y bajas en la naciente sección madrileña.(69) En marzo, el Comité del núcleo provisional de Madrid acusó recibo del saludo que el 21 de octubre del año

anterior habían dirigido las secciones de Ginebra a los obreros españoles. En su carta, dirigida "A la Asociación internacional de Ginebra", que publicó L'Egalité el 20 de marzo, agradecían "el amor y la fraternidad" mostrada por los trabajadores internacionalistas de la ciudad suiza, no hacían el menor comentario al contenido radical de aquel manifiesto y justificaban el retraso de la contestación en el hecho de que querían realizarla "sobre hechos". Por ello, acompañaban su escrito con el acta de constitución fechada el 24 de enero en Madrid. Sí insistían, por otra parte, en conocer a fondo la organización internacional en que iniciaban sus pasos:

" Os pedimos, queridos hermanos, que nos hagáis llegar todas las informaciones, detalles, noticias sobre la Asociación internacional de Trabajadores, así como las resoluciones adoptadas por los Congresos generales y la historia del desarrollo de la Asociación en las diferentes ramas de cada país."

Finalmente, manifestaban su interés por conectar con la dirección de la Internacional y por que ésta tuviera conocimiento de su existencia:

"Deseamos igualmente establecer relaciones con el centro de Londres. Contamos con vuestra amistad para que nos tengáis al corriente de los deberes generales de los miembros de la Asociación, y os pedimos, si lo juzgáis útil, que enviéis a Londres la presente carta."
(70)

Con la rapidez habitual en el correo de la época, el número de L'Egalité que recogía la carta de Madrid fue conocido en

Londres tres días después. El Consejo general, a través de Jung, fue puntualmente informado del contenido de la carta madrileña y de sus deseos: "Otra carta de Madrid (en L'Egalité de Ginebra) informa de que se ha establecido una sección y desea correspondencia con Londres." (71) Ginebra, como vemos, cumplió el deseo de los internacionalistas de la capital de España enviando a Londres el periódico en el que la había reproducido. El Consejo de la A.I.T., por su parte, no tomó ninguna determinación, perdiendo con ello, probablemente, la última oportunidad de lograr desde el comienzo un respaldo eficaz en la naciente Internacional española. Para colmo, fue en aquella misma sesión en la que Marx, como se recordará, decidió proponer la anulación de su compromiso relativo a la redacción de un saludo dirigido a las Cortes constituyentes de nuestro país.

El 2 de mayo se fundó la sección de Barcelona que, al igual que su predecesora, dirigió al exterior un manifiesto "a las secciones de Europa y de América." Su contenido era más doctrinal e incurría en la vieja retórica sobre la "verdadera tiranía", "pobres y miserables esclavos" y fraseología por el estilo. No denotaba influencia anarquista alguna y citaba frases correspondientes a los Estatutos de la Internacional. Al final, anunciaba su constitución manifestando que "acepta, por consiguiente, las bases del reglamento provisional de Londres", ignorando por consiguiente las normas aprobadas definitivamente en el Congreso de Ginebra de 1866. Suscribían el documento José Luis Pellicer como presidente y Rafael Farga Pellicer, sobrino de aquél, como secretario. (72) El Consejo general de Londres, a través de L'Egalité de Ginebra, órgano de la Federación de la Suiza francófona (romande) desde enero de 1869 y por entonces dirigido por Perron, Bakunin y Robin, tuvo conocimiento puntual de los pasos dados por la Internacional en la capital catalana sin que tampoco ello suscitara reacción alguna por parte de aquel organismo. (73) Si resultaba inexplicable el silencio producido tras la petición de relaciones con la dirección de Londres, por

parte de la sección madrileña, el hecho de que las noticias de la ciudad condal obtuvieran la misma respuesta carece en absoluto de justificación. Marx y Engels, como vimos más arriba, podían tener un concepto superficial sobre la sociedad española de la época, "dominada por el clero" y atávica en muchos aspectos. Lo que resulta imperdonable es que también ignorasen la importancia industrial de Cataluña, la existencia de sociedades obreras con decenas de miles de afiliados y el potencial tan enorme que ello podría significar para la implantación de la A.I.T. en nuestro país.

Sí conocían bastante los obreros catalanes, por el contrario, al pensador alemán y mentor de la dirección internacionalista. El 1 de agosto de 1869, y cumpliendo uno de los acuerdos del Congreso obrero barcelonés del mes de diciembre anterior, aparecía el primer número de La Federación, semanario que surgía como "Órgano del Centro Federal de las Sociedades Obreras", bajo la responsabilidad de su secretario Farga Pellicer. En tono moderado, y destacando términos como "verdad", "justicia", "moral", "igualdad", "equidad", "orden social", "ideas cooperativas" y otros que recordaban el manifiesto antes citado de la sección barcelonesa de la A.I.T., señalaba que tenía por objeto: "1º La defensa de los intereses del trabajo contra el capital monopolizado y 2º El estudio de los conocimientos humanos que se relacionan con la ciencia social", es decir, con el desarrollo de la economía y la situación de las clases obreras. Además de esto, su prospecto anunciador reproducía un artículo titulado "La cuestión social y la política", en el que se decía que nadie como Karl Marx y Lassalle habían reconocido y explicado los males que había acarreado a la sociedad la prohibición del "derecho de asociarse libremente obreros y patronos." (74)

Con la misma fecha del primer número de esta publicación contestaba Farga Pellicer una carta en la que Bakunin le

recomendaba enviar delegados de las sociedades obreras al próximo Congreso de Basilea. En el texto manifestaba Farga que el socialismo estaba poco desarrollado en Barcelona, pero que las posibilidades de extenderlo entre los obreros eran muy amplias y que desde la dirección del Centro Federal hacían lo posible para que de manera "insensible y convencidamente, se encontraran dentro de l'Internationale." Sus tareas, hasta entonces, las resumía así:

"Hasta ahora (el Centro Federal) sólo se ha ocupado de organizar asociaciones obreras de todos los oficios y artes y (de) propagar para que la federación entre todos se haya efectuado, y para que la República federal triunfe en la gran lucha que sostenemos con los monárquicos y demás conservadores de todas las demás tiranías." (75)

El lenguaje y los objetivos, como vemos, permanecían mucho más cercanos a los textos derivados del Congreso obrero de Barcelona, en diciembre de 1868, que a las explicaciones del programa aliancista que debió exponerles Fanelli. De forma confusa, explicaba que el periódico defendería el socialismo "de una manera prudente", al tiempo que trabajaría "para convencer a todos de la grande necesidad de ser nacionales, socialistas y republicano-federales." Pedía permiso para reproducir artículos de Bakunin publicados por Le Progrès, periódico que dirigía Guillaume en Locle, y le solicitaba originales para La Federación "tratando de la abolición del Estado, de la abolición de la propiedad hereditaria y de la renta, etc." En texto diferenciado, acusaba recibo del carnet de la Alianza de la Democracia Socialista, conteniendo el programa que Farga declaraba aceptar "completamente", y señalaba un dato relevante:

"En la sesión del domingo próximo comunicaré a mis amigos de L'Internationale (sección de Barcelona) vuestra carta y vuestro deseo, que los más demócratas, socialistas y radicales formen parte de la Alianza."

La sección ginebrina de la A.D.S., pese a su renuncia expresa a su carácter internacional, seguía captando miembros pertenecientes ya a secciones de otros países, propiciando con ello una doble militancia en el seno de la Internacional y vulnerando abiertamente el compromiso alcanzado con el Consejo general de Londres dos meses atrás, según el cual, como se recordará, la organización de Bakunin renunciaba "a cualquier otra solidaridad y organización internacional" que no fueran las admitidas por la A.I.T. Los hechos pues, conviene aclararlo, demostraron la falacia del acuerdo sometido a Londres por la organización bakuninista, que, como vemos, no tenía intención de respetarlo. La única sección de la A.I.D.S. que se dió de alta en la Internacional fue la de Ginebra, por otra parte, la única que podía demostrar cierta consistencia. Respecto a los aliancistas de los demás países, como España, o bien se encuadrarían en la sección suiza, como de hecho se llevó a cabo, o bien cuando su desarrollo lo permitiera constituirían su propia sección, vinculada a aquélla, de carácter secreto y, por tanto, ajena a la normativa por la que se regía la Internacional.

* * *

Mientras daba sus primeros pasos la Internacional en España, Bakunin y la sección de Ginebra de la A.D.S., que presidía, tomaban posiciones con vistas al Congreso de la A.I.T. en Basilea. Desde el mes de febrero se trataron en dicho comité

temas como la propiedad colectiva, la abolición del derecho de herencia o "la organización práctica de la Asociación internacional de trabajadores", cuyo destino era el próximo Congreso de septiembre. Desde el 9 de julio el Comité dedicó también su atención al nombramiento de delegados para la citada reunión internacional. En su sesión del 17 de julio, y antes de que Londres aceptara su admisión, se decidió, a propuesta de Bakunin, enviar al Consejo general el montante de las cotizaciones que les correspondían en función del número de afiliados: 10,40 francos, que equivalían a 104 miembros de la Alianza. En esta misma sesión se acordó también "pagar de nuestra caja la correspondencia de España concerniente a nuestra Sección." (76)

Durante el mes de agosto las secciones de Ginebra de la Internacional decidieron elegir una delegación conjunta de tres miembros para representarlas en Basilea. Resultaron elegidos Fritz Heng, secretario del Comité de la Alianza, Brosset y Grosselin, quedando en cuarto lugar Bakunin. La sección de la A.D.S. podía enviar también su representante con arreglo a los Estatutos de la A.I.T. y así decidió hacerlo, si bien su presidente, por razones que se desconocen, solicitó una delegación a sus amigos Gambuzzi y Richard, los cuales se la consiguieron por la sección de mecánicos de Nápoles y por la de torcedores de seda de Lyon, respectivamente. Mientras tanto, en Barcelona se decidía enviar dos delegados al Congreso, Farga Pellicer por el Centro Federal de Sociedades Obreras y Gaspar Sentiñón por la sección de la A.I.T. en la capital catalana. Se trataba, en el segundo, de un médico que había realizado sus estudios en Viena, habiendo residido en Prusia oriental hasta pocos meses antes y que hablaba correctamente el alemán. En junio se había dirigido directamente al Consejo general de Londres, manifestando que deseaba "entrar en correspondencia con el secretario de la sección de Barcelona" pues trasladaba su residencia a España y deseaba encuadrarse en la Internacional.

(77) Así debió hacerlo ya que, en poco tiempo, y debido probablemente a su cualificación profesional y dominio de idiomas, fue elegido delegado. En esos breves meses debió ser integrado por Farga Pellicer en los círculos de la Alianza, ya que el día 28 de agosto asistió a la sesión del Comité de dicha organización en Ginebra. En el acta de dicha reunión figura que el médico español fue presentado por el propio Bakunin y por Paul Robin, profesor que procedente de Bélgica se había domiciliado en Ginebra y había sido incorporado a la Alianza en la sesión anterior del 13 de agosto. Tras la presentación se recoge en el acta que "este ciudadano es aceptado por unanimidad de los miembros presentes." Solían acudir siete miembros a la reunión de dicho Comité. En la misma sesión se trató un tema delicado para la Alianza que pudo repercutir indirectamente sobre el nuevo adherente español, se trataba del rechazo por el Comité cantonal de Ginebra de la propuesta de admisión al mismo presentada por la A.D.S. En esta situación, y aunque habían sido admitidos en la A.I.T. por el Consejo general el 28 de julio, Bakunin y sus seguidores debieron temer objeciones a su delegado en el Congreso de Basilea por parte de los representantes del Comité ginebrino que acababa de rechazarles. Ante ello, y con gran urgencia, se adoptaron dos decisiones. Por una parte, soslayar al citado Comité local y solicitar su admisión a la dirección de la Federación de la Suiza francófona, constituida en enero de aquel año. Así se hizo, pero ya tras el Congreso de la Internacional, aunque tampoco por esta vía encontró la Alianza su acomodo natural en el seno de la A.I.T. suiza. La otra medida consistió, en nuestro criterio, en nombrar un delegado de la A.D.S. ajeno a los enfrentamientos citados y que además tuviera garantizada su presencia en Basilea a través de otro mandato. La presencia de Sentiñón en Ginebra resultó providencial. En aquella misma sesión se acordó convocar una asamblea extraordinaria para el día siguiente. En la misma, de cuyo número de asistentes y votantes nada recoge el acta, se ratificó la admisión en la Alianza del español y a continuación, telegráficamente, según el acta, "Se vota por unanimidad a Sentiñón como delegado." (78)

De esta forma, tan fulminante como sorprendente, acudió el galeno español a Basilea, junto a su compañero Farga Pellicer, ostentando una doble representación hispano-suiza. El mandato recibido para el Congreso por parte de la sección ginebrina, también brevísimo en el acta, fue el siguiente: "Colectividad, abolición del derecho de herencia, las cajas de resistencia por cuerpos de oficio y federalizadas, etc."

* * *

Durante los días 5 al 12 de septiembre tuvo lugar en Basilea, tal y como estaba previsto, el IV Congreso ordinario de la Internacional. En el mismo se puso de manifiesto el crecimiento de la organización tanto por el número de delegados y las entidades a las que representaban como por el incremento de países presentes. Acudieron en total 78 delegados, incluyendo los seis representantes del Consejo general. Fueron estos Jung, que presidió las sesiones del Congreso, Stepney, Applegarth, Lucraft, Eccarius y Lessner, de ellos, los cuatro últimos, representaron además a entidades de la A.I.T. establecidas en Gran Bretaña. Estuvieron representadas Alemania (10 delegados), Bélgica (5 delegados), España (2 delegados), Francia (27 delegados), Gran Bretaña (4 delegados y miembros del Consejo general a su vez), Italia (1 delegado) y Suiza (24 delegados). Acudieron por primera vez a una reunión de este tipo Austria con dos delegados y los Estados Unidos con uno. Dos delegados alemanes y otros dos italianos, Bakunin y Heng, ostentaron doble representación, así como el delegado español Sentiñón. Giuseppe Fanelli, delegado por las asociaciones obreras de Florencia, no pudo llegar al Congreso por caer enfermo durante el viaje, según recogen las actas de aquella asamblea internacional.

Los puntos sometidos a discusión fueron cinco:

- "1. La propiedad de la tierra.
2. El derecho de herencia.
3. El crédito mutuo. ¿Hasta qué punto puede utilizarlo la clase obrera para su emancipación inmediata?
4. La educación integral.
5. La influencia de las sociedades de resistencia en la emancipación de la clase trabajadora." (79)

De éstos, tan sólo pudieron tratarse, por falta de tiempo, los tres primeros, si bien hay que añadir que se aprobaron también unas Resoluciones administrativas reforzando los poderes del Consejo general y una Guía práctica para la celebración de los Congresos internacionales.

Los delegados españoles, ambos por organismos de Barcelona como ya se expuso, anunciaron cortésmente al Consejo general de Londres por carta su nombramiento con anterioridad y desempeñaron un importante papel en este encuentro, como veremos. (80)

Antes de entrar en el desarrollo del Congreso, conviene destacar que los esfuerzos preparatorios de Bakunin se vieron compensados con la presencia de un nutrido grupo de sus seguidores. Al menos doce miembros de la Alianza concurren al Congreso en el seno de las delegaciones francesa, belga, alemana, suiza, italiana y española. Además de su importancia numérica, que alcanzaba casi al 15% de los delegados, debemos destacar su trascendencia orgánica, ya que se trataba de afiliados como Albert Richard, Paul Robin, Johann Philipp Becker, Fritz Heng, James Guillaume, Adhémar Schwitzguébel y Stefano Caporusso, entre

otros, además de su líder Bakunin, con amplia experiencia en las filas obreras y notable preparación en los temas que se debatieron.

La mesa del Congreso se formó con un presidente, dos vicepresidentes y varios secretarios para los diversos idiomas hablados en aquel simposio. Al ser reconocida la española, junto a la francesa, inglesa y alemana, los dos delegados españoles fueron elegidos secretarios "de lengua española." Para atender a los telegramas, cartas y demás envíos al Congreso, se eligió otra comisión con el mismo criterio, siendo nombrado para ello Sentiñón. En el transcurso de la primera y la cuarta sesión del simposio se leyeron sendos telegramas de la Legión ibérica de Barcelona y de Sarro Magallan en nombre de la misma entidad, respectivamente, sin que constara si se trataba del mismo escrito. Desde Madrid, que según relata Francisco Mora no pudo "mandar representación directa al cuarto Congreso Internacional", se envió un telegrama de felicitación que, no obstante, no figura recogido en las actas del mismo. (81)

Con gran orden, y denotando la experiencia acumulada en las reuniones anteriores, se constituyeron tantas comisiones como puntos constaban en el orden del día. Sentiñón se inscribió en las que iban a ocuparse de la propiedad, el crédito mutual y la educación, mientras que Farga Pellicer hizo lo propio en las referidas al derecho de herencia y a las sociedades de resistencia. (82)

Una de las primeras intervenciones consistió, como es habitual, en el informe del Consejo general. Redactado por Marx, que siguiendo su costumbre no compareció, dedicaba su mayor atención a los movimientos huelguísticos que habían tenido lugar en Suiza, Bélgica, Francia, Austria, Hungría y Gran Bretaña en el

último año. Informaba asimismo sobre el crecimiento de los sindicatos en Alemania y en Gran Bretaña, sobre cuyo Congreso en Birmingham de las Trade-unions destacó su acuerdo recomendando a todos los obreros británicos afiliarse a la Internacional. También dedicó Marx en su informe unas breves referencias a nuestro país:

"Han sido fundadas nuevas ramas de nuestra Asociación en Nápoles, España y Holanda. En Barcelona y Amsterdam se han creado dos nuevos órganos de nuestra Asociación." (83)

La información no era del todo correcta en su segunda parte, ya que La Federación, periódico al que se refería, pertenecía al Centro Federal de Sociedades Obreras de Cataluña y no se transformó en órgano de la Internacional hasta julio de 1870. Al finalizar esta misma sesión, Farga Pellicer leyó un extenso documento en nombre del Centro Federal al que representaba. En el mismo, informaba sobre el crecimiento de las sociedades obreras de Cataluña tras la que irónicamente denominaba "evolución" de septiembre, sobre su semanario, sobre el Congreso de diciembre de 1868 y sobre la formación en Madrid y Barcelona de pequeños núcleos de la Internacional que "sin tomar abiertamente el nombre de la Asociación, propagan los verdaderos principios de la verdad, la justicia y la moral, informando al mismo tiempo sobre las grandes teorías y las soluciones que son adoptadas por la Asociación." Así mismo, se refirió a la huelga de los obreros de la industria textil que tenía lugar en Barcelona y a la imposibilidad de someter a una "discusión profunda" los puntos del orden del día congresual, debido a que "nuestras últimas luchas de la política y del trabajo nos han dejado poco tiempo para ello." Pocos párrafos antes aclaraba lo expuesto al informar que "el Centro (Federal) ha enviado a las Cortes constituyentes un obrero de su seno, y al Municipio otros que representan en sus

asambleas los verdaderos intereses humanos; los del trabajo y los trabajadores." Gran parte de su intervención hacía referencia a estas actividades políticas en las que participaban los obreros de Cataluña, no ocultando su deseo de ver implantada la "República federal" en España y concluyendo el informe con un grito de "¡Viva la República democrática social!" En contradicción con lo expuesto, resumía en uno de los párrafos finales del escrito algunos puntos del programa de la Alianza que le había enviado Bakunin poco antes, como vimos más arriba. En el mismo hacía mención a la abolición de los Estados para alcanzar la paz y la libertad, al objetivo de formar "todos los pueblos una federación libre de asociaciones libres de obreros" y, finalmente, a la igualdad económica, la propiedad colectiva y la inevitable "abolición del derecho de herencia", tan cara al dirigente anarquista ruso. (84)

En la cuarta sesión, el delegado francés Murat se refirió también a la información dada en la prensa de su país sobre la huelga de Barcelona, y como quiera que informara sobre posibles inspiraciones del conflicto desde el extranjero, intervino Farga Pellicer para aclarar "que la huelga de Barcelona no ha sido mas que la actuación espontánea de los obreros de la localidad que no han obedecido a ningún extranjero." (85)

En la sesión que tuvo lugar en la tarde del día 9, y con notable retraso, comenzó a debatirse el primer punto del orden del día, relativo a la propiedad de la tierra. El tema, como se vió más arriba al referirnos al Congreso de Bruselas, había sido tratado en aquella asamblea, la cual propuso continuar su estudio en Basilea. Fue el punto que suscitó mayor número de intervenciones, que se extendieron a lo largo de tres sesiones consecutivas. Lucraft y Eccarius por el Consejo general, Tolain casi en solitario por los proudhonianos franceses y Bakunin y Albert Richard desde el campo anarquista, contribuyeron con sus

exposiciones a elevar el debate. Tolain fue el único que se opuso a la colectivización de la tierra. En su opinión, el tema no podía abordarse con rigor puesto que estaban ausentes "los representantes de la agricultura." A más abundamiento, la sociedad estaba compuesta por "individuos", siendo la "colectividad" un ser abstracto. Por último, añadió premonitoriamente que "entre todos los sistemas que nos recomienda el colectivismo, no hay uno solo que se haya liberado de la organización jerárquica y autoritaria", por lo que se manifestaba a favor de la propiedad individual. Lucraft se mostró partidario de la propiedad colectiva del suelo en manos del Estado, para lo cual, añadía, "es necesario que la clase obrera se apodere del poder político, que convierta el Parlamento en un Parlamento de obreros que se transforme en el Consejo central de la nación." Naturalmente, los anarquistas coincidieron en la meta pero no en el camino. Bakunin demostró llevar bien aprendida la lección, habló de la Revolución francesa y de Babeuf, citando a Galileo, Newton y Voltaire. La propiedad colectiva del suelo, y en general de la riqueza, era el medio para la "liquidación social", definiendo a ésta como "la abolición del Estado político y jurídico, que es la sanción y la garantía por medio de las cuales un pequeño número de hombres se apropian los productos del trabajo de todos los demás."

Eccarius, finalmente, apoyó lo manifestado por su compañero del Consejo general Lucraft, indicando con débil argumentación que quizás el temor del Estado al que se refería Bakunin se debiera a que tomaba como modelo al de Napoleón en Francia, cuando, en su criterio, el Estado podía "ser reformado con la llegada de la clase obrera al poder." Pese a las divergencias apuntadas, se aprobó por amplia mayoría la abolición de la propiedad individual del suelo y la necesidad de transformarlo en propiedad colectiva. Los delegados españoles votaron con la mayoría, junto a los miembros del Consejo general, los bakuninistas y otros representantes que superaron en conjunto el medio centenar de votos.

También hubo unanimidad, urgida extraordinariamente por la falta de tiempo, en el punto relativo a las sociedades de resistencia, que se debatió en las últimas sesiones del Congreso. En la resolución se acordó el establecimiento de cajas de resistencia en cada sindicato, fomentar las uniones a nivel local, regional y nacional, encargando al Consejo general la conexión de estas últimas entre sí con el fin de lograr su coordinación a escala internacional. Se discutió ampliamente sobre el papel extraordinario que deberían jugar estas federaciones sindicales, regulando las relaciones laborales, los conflictos y la producción, con el fin de sentar las bases de una nueva sociedad en la que "el salariado sea reemplazado por la federación de productores libres." Este punto despertó gran interés en los delegados de Barcelona, siendo un tema que gozó de extraordinaria atracción en las filas de la Internacional española.

Sí hubo discrepancias en la decisión adoptada sobre el derecho a la herencia, tema aceptado por el Consejo general a propuesta de la sección de la Alianza en Ginebra. Como el resto de los puntos del orden del día, éste fue debatido ampliamente por el Consejo general en sus sesiones del 20 de julio y del 3 de agosto pasados. Previendo el interés de los bakuninistas por el tema, se acordó que Marx redactara por escrito la postura de la dirección internacionalista sobre el particular. Pese a todas las previsiones, el punto se trató con extraordinaria rapidez en la sesión nocturna del día 10 de septiembre. Tras la exposición del dictamen de la comisión por el ponente, las actas sólo recogen seis brevísimas intervenciones. Abrió el debate Eccarius, en lugar de cerrarlo como delegado del Consejo general, para oponerse al dictamen de la ponencia claramente inspirado por Bakunin. Tras una corta intervención leyó el informe presentado por la dirección internacionalista sobre el tema. En el mismo, Marx aludía al viejo error cometido cuarenta años atrás por los discípulos de Saint-Simon, los cuales deseaban abolir el derecho

de herencia considerándolo "como la causa económica de la revolución social", en lugar de como un simple efecto legal. En su razonamiento señalaba que,

"Como todos los demás actos de la legislación civil, la ley de la herencia no es la causa, sino el efecto, la consecuencia jurídica de la organización económica actual de la sociedad, basada sobre la propiedad individual de los medios de producción."

Coherentemente indicaba que lo que la Internacional debía analizar eran las causas y no los efectos: "La desaparición del derecho de herencia será el resultado natural de un cambio social que abolirá la propiedad individual de los medios de producción, pero la abolición del derecho de herencia no puede ser el punto de partida de semejante transformación social." Consciente de la fase por la que atravesaba en aquellos momentos el movimiento obrero, y admitiendo que no se daban aún las condiciones para una sustitución revolucionaria, proponía al final del informe dos medidas transitorias para recargar impositivamente las transmisiones hereditarias y limitar el derecho a testar, respectivamente. Conviene recordar al efecto, que muchos años atrás el mismo Marx recogió en su Manifiesto comunista la abolición del derecho de herencia, pero como una de las medidas a poner en práctica en el período de democracia avanzada anterior al socialismo, que tenían como objetivo la transformación de todo el sistema de producción anterior.

Cerró el corto debate Bakunin, que contestó en su intervención a lo expuesto o leído por Eccarius. Admitió que el derecho de herencia podía ser un efecto, pero a sensu contrario argumentaba que "a su vez se convertía en causa de otros efectos", por lo que debía ser eliminado: "Es así como el derecho

de herencia se ha convertido en la base y principal condición de la propiedad individual, en tanto que está garantizado por el Estado." Finalmente, y con cierta ingenuidad a nuestro juicio, rebatía los argumentos que alertaban sobre el peligro de arrojar a los campesinos a "la contrarrevolución", en el caso de aplicarse las medidas discutidas, con estos argumentos:

"... si es abolido el derecho de herencia, y en general todo derecho jurídico (sic) y político del Estado, no les quedará más que el hecho de la posesión, hecho que no estando ya protegido por el Estado, será fácilmente transformado y derribado por la fuerza de los acontecimientos revolucionarios." (86)

Puesta a votación en primer lugar la resolución de la comisión, que consideraba el hecho de abolir la herencia como "una de las condiciones indispensables para la emancipación del trabajo", obtuvo 32 votos a favor, 23 en contra y 13 abstenciones. Los dos españoles presentes la apoyaron como los demás delegados bakuninistas, sorprendiendo por el contrario el voto favorable de Lessner, miembro del Consejo general, que muy difícilmente habría podido llevar un voto imperativo en este punto por parte de las secciones alemanas en Gran Bretaña, a las que también representaba en el Congreso.

A continuación se votó la propuesta del Consejo general, la cual obtuvo 19 votos favorables, 37 contrarios y 6 abstenciones. Esta vez sí votaron en su apoyo los cinco miembros del Consejo general presentes en la sala, absteniéndose paradójicamente Sentiñón, que discrepó en esta única ocasión del voto contrario emitido por Farga Pellicer. (87)

Como ninguna de las dos ponencias sometidas a votación obtuvo la mayoría exigida para ser adoptada por el Congreso, la mitad mas uno de los votos emitidos, ambos textos resultaron de hecho rechazados por aquella asamblea. No obstante, causó un fuerte impacto el que el documento presentado y defendido por el Consejo general fuera rechazado, esta vez sí, por un número de delegados que superaban la mayoría absoluta, lo cual, ciertamente, era la primera vez que sucedía en un Congreso de la A.I.T. Los delegados anarquistas, pese a no ver aprobado su dictamen, asumieron como una victoria el rechazo mayoritario del texto redactado por Marx.

A partir de aquel momento, paradójicamente, el asunto de la abolición de la herencia, como poco antes el del ateísmo, dejó de tener interés para Bakunin.

También aprobó el Congreso la gestión del Consejo general, con lo que sus miembros resultaron reelegidos. De gran trascendencia para la vida de la organización fueron las Resoluciones administrativas adoptadas en Basilea, así como la guía para el funcionamiento de los Congresos internacionales que citamos al principio, puntos estos en los que no nos detendremos por haberlos tratado ya en el capítulo segundo.

Como de costumbre, el presidente del Congreso Hermann Jung, dirigió unas palabras de despedida a los congregados. En las mismas destacó que la Internacional era "una potencia" que había sobrepasado las expectativas y podía superar sin dificultad los obstáculos que se le opusieran. Por último, declaró clausurado el IV Congreso de la A.I.T. con la misma exclamación utilizada por Farga Pellicer: ¡Viva la República democrática y social!"

4. LOS PRIMEROS AÑOS DE LA INTERNACIONAL EN ESPAÑA: DEL CONGRESO DE BARCELONA A LA CONFERENCIA DE LONDRES.

Desde la constitución de la primera sección de la Internacional en España hasta el Congreso de Barcelona transcurrió un año y medio. En ese período, como veremos más adelante, se publicaron manifiestos, surgieron periódicos y se fueron decantando las distintas concepciones que subsistían en el seno de la naciente organización. Fueron, pues, dieciocho meses laboriosos que dieron su fruto con la celebración del primer Congreso de la A.I.T. española a escala nacional. En el mismo, las secciones dispersas hasta entonces se coordinaron orgánicamente, según los Estatutos generales de la Asociación, dando lugar a la Federación de la Región Española, F.R.E. Así pues, a partir de junio de 1870 inició su existencia la Internacional en nuestro país, con carácter unitario y bajo la dirección de un Consejo Federal elegido democráticamente por el Congreso. Los dos años de existencia que tuvo esta Federación, hasta el Congreso de La Haya en el que se consumó la escisión de la Internacional, asestando un golpe decisivo a la organización del que no pudo reponerse, estuvieron dominados desgraciadamente por el enfrentamiento entre el Consejo general, con Marx a la cabeza y las Federaciones que le apoyaron, y las fuerzas de la Internacional subordinadas al anarquismo como principio doctrinal y organizativo, cuyo mentor indiscutible fue Bakunin. Esta pugna, en buena parte, se dió en España.

Así pues, y sin perjuicio de las referencias a esta sonada polémica, la tercera de las mantenidas por Marx y sus seguidores contando las referidas a los proudhonianos y a los blanquistas, que inevitablemente surgirán durante el estudio de los pasos más singulares de nuestra Internacional, parece imprescindible detenerse, siquiera sea brevemente, en unas reflexiones sobre el enfrentamiento y sus protagonistas.

Como ya expusimos, Bakunin llegó a la Internacional en 1868 tras fallarle otras "herramientas" que resultaron ineficaces para su labor revolucionaria. Con gran rapidez incorporó a sus seguidores en el nuevo organismo, del que los había mantenido separados hasta entonces. Durante su etapa italiana fue sedimentando un programa teórico cuyos puntos sustanciales fueron el colectivismo en lo económico, el anti-Estatismo o anti-autoritarismo en lo político, el federalismo en el plano organizativo y el ateísmo anti-ecclesial en lo religioso. En la vanguardia de las reivindicaciones situó su obsesiva oposición al derecho de herencia y como táctica enfrentada a Marx y al Consejo general, así como a la tendencia seguida por la Internacional hasta entonces, articuló su rechazo a la acción política, sin perjuicio, como se vió, de la existencia de decisiones y conductas personales en sus propias filas que contradecían abiertamente esta postura.

Pero con actitudes tan radicales como las adoptadas por Bakunin no era difícil incurrir en la contradicción. A pesar de su reiterada condena del derecho hereditario, E.H. Carr deja constancia en su biografía de la reclamación insistente que hacía aquél, a sus hermanos, de la parte de herencia paterna que le correspondía en Premujino. En el plano organizativo, como vimos con la Fraternidad revolucionaria, practicó el más estricto autoritarismo, hasta el punto de disolver el organismo por medio de una carta alegando su disgusto con el comportamiento de algunos "hermanos". Podrá objetarse que tal conducta no debería sorprender dentro del funcionamiento hermético, opaco y no democrático de una sociedad secreta aglutinada en torno a una personalidad carismática. Puede ser. Lo grave es que esta conducta de Bakunin, que hizo gala de un cierto concepto patrimonial de las organizaciones que creaba, también se reflejó con su actitud en el seno del Comité de la Alianza de Ginebra, rechazando sin contemplaciones en abril de 1870 gran parte de las medidas que aquel organismo había tomado durante sus seis meses

de ausencia, lo que provocó la salida del veterano Becker, vicepresidente de la entidad. Y más graves resultaban aún estos comportamientos si se tiene en cuenta que la misión de la Alianza secreta dirigida por Bakunin era "organizar y acelerar la revolución universal", utilizando para ello como "herramienta útil" a la Asociación Internacional de Trabajadores. Para conseguir este objetivo debía hacerse previamente con la organización, de la misma forma que lo intentó con la Liga de la Paz y de la Libertad, si bien en esta ocasión tampoco pudo ver realizadas sus pretensiones.

El Congreso de Basilea fue el escenario con el que se presentó públicamente Bakunin en la magna asamblea de la Internacional. Con su demostrada preparación intelectual, su experiencia en los debates y su arrolladora personalidad, fue, sin duda, la estrella del Congreso. La ausencia de otros líderes de su talla, como el propio Marx, que a la vista de lo sucedido en la ciudad suiza rompió con su tradicional inasistencia a los Congresos, acudiendo a las dos últimas reuniones de la A.I.T. -la Conferencia de Londres y el Congreso de La Haya-, también permitió, sin duda, que un personaje como Bakunin brillara en solitario durante aquel encuentro internacional.

Pese a lo expuesto, y como se vió, no consiguió sacar adelante su personalísima propuesta sobre la abolición del derecho de herencia, si bien la derrota abrumadora de la contrapropuesta del Consejo general le hizo sentirse victorioso. Y no le faltaba razón. El Consejo de Londres, por su parte, no quiso dar importancia a tal hecho o no calibró bien sus consecuencias. Durante la primera reunión que celebró tras el Congreso, en la que los asistentes a Basilea hicieron el balance del mismo, ni siquiera se mencionó este punto ni el resultado de las votaciones. En palabras de Eccarius: "Lo más importante para nosotros es que el Consejo ha sido reelegido." (88) Marx no

asistió a aquella sesión por encontrarse en su país, pero desde luego, a diferencia de sus compañeros del Consejo, fue consciente desde un primer momento de que todas las prevenciones contra el revolucionario ruso, que había puesto de manifiesto en sus cartas a Engels tras el ingreso de aquél en la Internacional, venían a confirmarse definitivamente con la negativa votación de Basilea.

Para Bakunin quedó muy claro que el control de la Asociación podía ser factible. Para Marx, a sensu contrario, un peligro larvado para la Internacional adquirió presencia real y tangible. El 28 de octubre de 1869, cuando aún no se habían apagado los ecos de Basilea, Bakunin dirigió una larga misiva a su compatriota Herzen extraordinariamente clarificadora sobre sus posiciones y estado de ánimo tras el Congreso. En la misma acusaba a Marx de ser "el instigador y animador" de las campañas calumniosas que se dirigían contra él, al tiempo que le consideraba "innegablemente un hombre muy útil en la Sociedad Internacional", ya que representaba "el más firme apoyo del socialismo, la más potente traba contra la invasión de las ideas y las tendencias burguesas." No obstante lo anterior, preveía "a muy corto plazo", una "lucha a muerte" contra Marx y sus partidarios "a propósito del comunismo del Estado" que aquellos defendían. (89)

La vieja incompatibilidad personal resurgía de nuevo estructurada en torno a concepciones discordantes. Marx, el hombre metódico, autor de múltiples obras de diversas disciplinas, hijo fiel de la Ilustración alemana, paciente organizador, respetuoso siempre con la normativa interna de la entidad, que encaminó a los trabajadores en la práctica por la vía de la democracia representativa en el funcionamiento de la Asociación, camino sin retorno que daría lugar al socialismo democrático, el gran intelectual mentor del Consejo general de la A.I.T., vislumbró con claridad a su oponente. Bakunin, por su parte, además de

golpear primero hizo gala desde el principio de una capacidad de reflejos muy superior. De carácter impulsivo, precipitado e incontenible, desordenado en su casa y en su vida, prolífico escritor de obras, y aún de cartas, siempre inacabadas. Exuberante, fraternal y apasionado, daba tanta importancia como Marx a su procedencia, compartiendo con el teutón la tradicional enemistad entre eslavos y germanos. Dando un paso más allá, no se frenó a la hora de manifestar su animadversión anti-semita, lo que en algunos casos, como en el de Anselmo Lorenzo, provocaría un "desastroso efecto." Más hábil y rápido que el alemán, articuló con eficacia su estrategia ocupando zonas geográficas en la Europa latina que había dejado yermas su oponente. En el plano táctico vislumbró pronto la brecha que podía abrir con su abstencionismo en política, complementándolo astutamente con unos certeros ataques al Consejo general, que deseaba suplantar, asestándole los golpes por una vía indirecta que, de seguro, reuniría adeptos de inmediato; la crítica del centralismo y la defensa a ultranza de la autonomía de las Federaciones. (90) Con ello se dio la situación paradójica de que el Consejo de Londres, que hasta entonces no había interferido prácticamente en la vida de las organizaciones de la Internacional, tuvo que poner en marcha recursos centralizadores en la Conferencia de Londres ante el riesgo real de división que supuso el anarquismo. Con lo cual, las críticas a una conducta inexistente, vinieron a convertirla en real a posteriori. Más paradójico y sorprendente resultó el caso, si se observa que el Consejo general utilizó en su defensa las armas que le había procurado el propio Bakunin en las Resoluciones administrativas de Basilea, que el ruso había promovido, como se recordará, para lanzarlas contra la Federación de la Suiza francófona y el Consejo local ginebrino que le rechazaban, sin pensar que como un bumerán podían volverse contra su cabeza, razón por la cual no tardó en entonar abiertamente un "mea culpa mea máxima culpa" con toda la razón. (91)

Los planteamientos de Marx, como es sabido, marchaban por

rutas bien distintas. A diferencia de Bakunin llevaba muchos años en el movimiento obrero y su experiencia era, por tanto, muy superior. En función de ella, y no al contrario como su oponente, fue articulando su teoría revolucionaria, basada en el análisis de las realidades sociales desde el punto de vista histórico, económico y político. Su estudio de las clases sociales le llevaba a destacar su evolución y superación progresiva, que conduciría a un estadio en el que la clase obrera, dueña de los resortes del Estado, establecería el socialismo. Nada que ver, pues, con la "igualación política, económica y social de las clases y los individuos" que defendía Bakunin. Para alcanzar esta meta era imprescindible la organización de los trabajadores y la toma de conciencia de los mismos sobre su situación y sus causas, así como el aprovechamiento de todas aquellas posibilidades que permitieran su desarrollo mediante la acción política. Alcanzados unos niveles mínimos, el proletariado debería organizarse en partido político de clase para así, por medio de la experiencia adquirida y de su fuerza numérica creciente, alcanzar el poder político. Ni siquiera en lo referente al colectivismo había coincidencias entre ambos, dado el papel fundamental asignado por Marx al Estado en este punto. Como sintetiza Miklós Molnár: Marx "tendía a la toma del poder por la clase obrera. Bakunin, al contrario, quería destruir cualquier clase de poder. Marx consideraba a la Internacional como un medio político de llegar al poder. Bakunin deseaba que la A.I.T. fuera el modelo de una sociedad sin ninguna clase de autoridad. Marx acusó a su adversario de querer introducir en la Asociación el desorden ideológico, el espíritu abstencionista y federalista, con la intención utópica de realizar una sociedad comunista sin gobierno. Bakunin reprochó a su vez a Marx su intención de imponer un dogma único a la Internacional y la disciplina de partido de un régimen comunista autoritario en la Asociación, primero, y en los gobiernos, después". (92)

Se podrá objetar, y con razón, que ambas posiciones estaban

legitimadas para ser expuestas y difundidas entre los afiliados de la Internacional. Así es, y nada habría habido que oponer a ello si, como en el caso de los proudhonianos, la polémica se hubiera dirimido respetando las reglas del juego establecidas democráticamente por la A.I.T. Lo que sucede es que en este caso no fue así. Bakunin era un consumado conspirador, dominaba el mundo de las sociedades secretas y nunca desistió de actuar desde su seno. La Internacional, y por supuesto Marx, rechazaba abiertamente esta forma de proceder totalmente antagónica con sus prácticas. Su estructura, transparente y democrática, no podía admitir la existencia de un organismo ajeno a la Internacional que se había impuesto como misión, "transformarla... en un poder suficientemente organizado para destruir todas las instituciones económicas, jurídicas, religiosas y políticas de los Estados." (93) Ello hubiera sido tanto como pretender que la A.I.T. precisaba de un tutor. Y fue aquí, en el intento de dominar a la organización, a través de medios repudiados por la misma, y en la precipitación, donde ciertamente perdió Bakunin y con él toda la A.I.T., pues nacida bajo la bandera de la unidad no pudo resistir la división que se produjo.

* * *

La historia de la Internacional en España ha sido bastante estudiada. (94) Es por ello que nos centraremos en los hechos más trascendentes ligándolos a su contexto internacional.

El contacto establecido por los delegados españoles con los anarquistas asistentes a Basilea fue el punto de inflexión a partir del cual se produjo la inclinación definitiva de la Internacional española hacia los principios teóricos y organizativos de Bakunin. Con una rapidez extraordinaria una veintena de afiliados tejieron la red de la Alianza de la

Democracia Socialista dentro de las secciones internacionalistas de Barcelona, Madrid, Sevilla y Palma de Mallorca en un principio. Las personas sobre las que recayó la responsabilidad de articular la organización anarquista, que desde el comienzo tuvo los caracteres de una sociedad secreta, no apareciendo nunca en las páginas de su prensa, reuniones públicas ni, más tarde, en el Congreso de Barcelona, fueron Sentiñón y Farga Pellicer en aquella ciudad y González Morago con Celso Gomis en Madrid.

El semanario La Federación, de la capital catalana, abandonando sus moderados postulados iniciales afines a la República federal, fue girando paulatinamente en el sentido que Farga Pellicer adelantó a Bakunin en su carta del 1 de agosto de 1869. Coincidiendo con la clausura de las sesiones de Basilea, el periódico barcelonés comenzó la publicación en sus páginas, el 12 de septiembre, de la serie de diez cartas dirigidas por el revolucionario ruso, en febrero y marzo anterior, a los obreros de Locle y de La Chaux de Fonds tras su visita de propaganda por la región del Jura, reproduciéndolas del órgano bakuninista Le Progrés, editado en la primera de las ciudades suizas citadas.

Al concluir sus sesiones el Congreso de Basilea, Bakunin, tal y como narra Guillaume, había incorporado nuevos miembros a su Alianza secreta, a la que había regresado Aristide Rey, trabando "relaciones de intimidad" con Sentiñón. Los dos españoles regresaron con Bakunin y los demás delegados aliancistas de Ginebra a esta capital, participando en algunas reuniones de las secciones de aquella localidad. Farga, por su parte, regresó a Barcelona, pero Sentiñón permaneció hasta diciembre con sus nuevos compañeros, se alojó en el domicilio de Guillaume en Neuchatel, dirigió la palabra a los afiliados de Locle y en diciembre se trasladó a Lyon y Marsella para desempeñar trabajos de la Alianza secreta junto a Robin, Perron y Guillaume. En Francia mantuvo contactos con Richard, a quien

había tratado en el Congreso, y conoció a André Bastelica, joven internacionalista de origen corso que, pocos meses después, desempeñará un importante papel en el Congreso de Barcelona. (95)

Por las palabras del propio Bakunin, así como por los cometidos que desempeñó Sentiñón en este viaje, quedaba de manifiesto la extraordinaria confianza que el médico español, y también Farga Pellicer, habían establecido con el dirigente ruso. Esta relación estrechísima se mantuvo durante los años siguientes.

En los meses de octubre y noviembre La Federación volvió a dar claras muestras de una influencia anarquista muy destacada. En su número del 31 de octubre reprodujo la versión adulterada del Manifiesto inaugural de la A.I.T. a la que ya nos hemos referido. Al final del texto, incluía la redacción del semanario unos comentarios que encerraban una abierta crítica contra su autor:

"Tal es el manifiesto del ciudadano Marx. Puede muy bien decirse que es el primer síntoma de la vida de la Asociación Internacional; la cual, tanto ha sido el progreso que ha efectuado, que hasta de una manera más cosmopolita y más radical que Marx piensa hoy la grande Asociación Internacional de los trabajadores, como podrá verse con artículos que sucesivamente iremos publicando..."

Efectivamente, además de la serie de cartas ya citadas, y simultáneamente con las mismas, comenzó a publicarse la serie de cinco artículos suscritos por Bakunin y titulados "Las adormideras", desde el 14 de noviembre de aquel año. A estos

textos sucedieron otros del mismo autor o de algunos afines como Guillaume. Los escritos procedían de Le Progrés de Locle y de L'Egalité de Ginebra que durante algún tiempo, como vimos, estuvo controlada por el dirigente ruso y sus seguidores. El envío de materiales desde la A.D.S. suiza fue de tal intensidad que en ocasiones, durante los meses que precedieron al Congreso, el semanario de Barcelona llegó a reproducir dos artículos de Bakunin en la primera plana de un mismo número. Este proceso no pasó desapercibido para Marx, que seguía con minuciosidad los pasos de su adversario. Así, en carta a Engels, fechada el 17 de diciembre, le comunica que "Este personaje (Bakunin) dispone ya de cuatro órganos de la Internacional -Egalité, Progrés, de Locle, Federación de Barcelona y la Eguaglianza- (sic) Está intentando influir en Alemania, cree que ha llegado el momento de enfrentarse a nosotros públicamente y dice que es el verdadero guardián del movimiento proletario." (96)

Durante los meses de septiembre y octubre tuvo lugar una intentona republicana que fue aplastada por el Gobierno presidido por Prim. Concluida la suspensión de garantías constitucionales producida por aquel acontecimiento, la sección de Madrid lanzó un manifiesto el 24 de diciembre de 1869 dirigido "a los trabajadores de España." El texto, muy extenso, y farragoso en ocasiones, había sido redactado por González Morago y en el mismo se criticaba a los sistemas absolutistas, a los constitucionales, al "monárquico democrático" y al republicano unitario, mientras que a los federales, artífices del levantamiento antes citado, se les dedicaban unos párrafos que si bien eran más afectuosos no dejaban por ello de marcar unas diferencias irreductibles que causaron gran malestar en aquel partido:

"La República federal, como forma política, es, a nuestro entender, la menos mala de todas las formas de gobierno; pero, entendedlo bien, bajo el punto de vista

político. La República federal deja a todos los ciudadanos que tienen medios, por otro nombre, capital, una esfera más ancha donde poder desarrollar su actividad absorbente; pero es igualmente impotente, como lo son todos, absolutamente todos los sistemas políticos, para resolver el problema de nuestra emancipación." (97)

Criticaba también a las "sociedades cooperativas de construcción o producción" y ofrecía como alternativa la unión de los trabajadores en las filas de la Internacional. Por último anunciaba la aparición, en enero del siguiente año, del semanario La Solidaridad "si, como esperamos, conseguimos obtener siquiera 500 suscripciones." Firmaba el documento un amplísimo comité formado por tres comisiones -administrativa, de correspondencia y de propaganda- compuestas a su vez por siete miembros cada una. Entre ellos figuraban los fundadores Francisco y Ángel Mora, Enrique Borrel, Anselmo Lorenzo y Tomás González Morago, así como el tipógrafo Hipólito Pauly.

Tal y como estaba anunciado, el sábado 15 de enero de 1870 apareció La Solidaridad, con el subtítulo; Órgano de la Asociación internacional de trabajadores de la Sección de Madrid, con lo que se constituyó en el primer periódico internacionalista de España. Iniciando una tradición reglamentista, de la que hará gala la Internacional española, insertaba en sus primeras páginas el Reglamento del Periódico, por el que se renunciaba expresamente a tratar sobre "cuestiones de política local" (Art. 3º). Formaban su consejo de redacción F. Mora, A. Lorenzo, T.G. Morago y H. Pauly, entre otros. El número reproducía el acta de constitución del núcleo provisional de Madrid, del 24 de enero de 1869, así como los Estatutos generales de la A.I.T. traducidos de la deficiente versión francesa que comentamos más arriba. (98)

Tanto la publicación del manifiesto, del que se hizo una gran tirada, como la aparición del semanario tuvieron una amplia acogida entre los trabajadores, dando lugar a que se constituyeran en Madrid "23 Secciones de oficio con un total de 2.000 asociados." También se incrementó la organización con secciones que se fueron estableciendo en Valencia, Valladolid, Cádiz, Vitoria, Málaga, Santander, Alcoy, Logroño y Cartagena, entre otros municipios. Se incorporó, asimismo, el Centro Federal de Palma de Mallorca, sumando su periódico El Obrero a los órganos de la Internacional. (99)

A la vista del crecimiento señalado, la sección madrileña acordó convocar un "Congreso obrero nacional" en Madrid para el "primer domingo de Mayo", durante su asamblea celebrada el 14 de febrero de 1870. En aquel mismo mes se iniciaron conferencias preparatorias en Madrid, en ellas, recuerda Mora, "dióse a conocer el compañero Pablo Iglesias", que "el 13 de marzo de 1870, entró en la Sección madrileña de Tipógrafos", según apunta Morato, contando entonces diecinueve años de edad. (100)

Mientras tanto, el Consejo general de Londres, reelegido, había distribuido nuevamente responsabilidades, ratificando una vez más como secretario-corresponsal para nuestro país a Paul Lafargue, el cual, tras una breve estancia entre agosto y septiembre de 1869 en Londres regresó a París, en donde se le nombró corresponsal especial el 17 de mayo de 1870 a causa de las medidas represivas tomadas por el Gobierno francés contra la Internacional. (101)

El 13 de marzo se revocó el acuerdo sobre el Congreso nacional adoptado por la sección de Madrid y, a sugerencia de las secciones de Barcelona y Palma de Mallorca, se convocó un referéndum entre todas las entidades adheridas para establecer la

sede del mismo.

Pocos días más tarde, el 29 de marzo, se informaba en el Consejo general sobre la realización de este Congreso y, en ausencia de Lafargue, se propuso por Jung que Serrailier escribiera a la capital española "para recordar a esta sección que no ha cubierto todavía las condiciones exigidas por los Estatutos." Parece un poco incomprensible que se tomara tan tardíamente esta resolución, puesto que desde el 23 de marzo de 1869, es decir, hacía exactamente un año, el Consejo había tenido constancia de la existencia de esta sección y de su deseo de establecer relaciones oficiales con la dirección de la Internacional. Serrailier, secretario-corresponsal para Bélgica, fue nombrado secretario provisional para nuestro país y en calidad de tal envió una carta muy afectuosa que fue reproducida en la prensa internacionalista española. En la misma, manifestaba la satisfacción del Consejo general por los avances de la A.I.T. en nuestro suelo y enviaba su felicitación por el Congreso que muy pronto debía reunirse. Al final alentaba a La Solidaridad, El Obrero y La Federación para que siguieran difundiendo los principios de la Internacional, recomendando por último "valor y perseverancia." (102)

Esta fue la primera comunicación oficial de la ejecutiva de la A.I.T. dirigida a las secciones españolas. A partir de entonces La Solidaridad, como meses antes La Federación, publicó las comunicaciones y circulares expedidas por el Consejo general desde Londres. Este intercambio también se generalizó con las diversas secciones, según reflejan las actas de aquel organismo.

Durante los primeros meses de aquel año fue tema destacado en La Solidaridad el abstencionismo en política, siguiendo los planteamientos de la Alianza. A falta de opiniones en contrario

dentro de la sección y dado que la postura opuesta era defendida por los republicanos federales, registrándose una viva polémica sobre este tema con Fernando Garrido, todo el consejo de redacción asumía esta tesis con el convencimiento de que tal actitud era unánime en la Asociación. Mientras tanto, Farga Pellicer, Sentiñón y Morago mantenían contacto con la Alianza de Ginebra, pedían información e, incluso, el último de los citados se desplazaba personalmente a la ciudad suiza, participando en la sesión que celebró su Comité el 7 de abril e informando sobre "la situación de España." (103)

En mayo tuvieron lugar unos hechos en Francia que, indirectamente, sirvieron para poner de manifiesto una actitud de los aliancistas de Madrid y Barcelona que controlaban sus respectivos órganos de prensa, claramente enfrentada al Consejo general en cuanto a la actividad política de la Internacional se refiere, y ello, conviene señalarlo, cuando aún no se había celebrado el Congreso de Barcelona y, por tanto, los internacionalistas españoles no habían decidido democráticamente su posición al respecto. El Gobierno de Napoleón III había convocado un plebiscito para afianzar su débil situación, uniéndolo arteramente su suerte con la de las reformas democráticas en curso. La A.I.T. de París y otros organismos sindicales desenmascararon a fines de abril estas burdas maniobras en un manifiesto. La víspera del plebiscito fueron detenidos los líderes internacionalistas acusados de participar en un complot que no existió, como se demostraría más tarde ante los tribunales. A consecuencia de ello, el Consejo general dió a conocer el 3 de mayo un llamamiento denunciando esta represión al tiempo que, siguiendo la línea marcada por la Internacional, se apoyaba la intervención en política en defensa de los intereses de los trabajadores y se condenaba sin ambages el método conspirativo y las sociedades secretas. El documento de Londres decía así:

"Según el texto de nuestros Estatutos, es misión específica de todas nuestras filiales... además de servir de centro de unión para las organizaciones de la clase obrera, apoyar en sus respectivos países todos los movimientos políticos conducentes a nuestra meta, que es la emancipación económica de la clase obrera. Al mismo tiempo, estos Estatutos obligan a todas las Secciones de nuestra Asociación a actuar a la luz del día. Y si los Estatutos no fuesen claros acerca de este punto, no cabe duda de que la esencia misma de una asociación que se identifica con la misma clase obrera excluye toda posibilidad de adoptar las formas de las sociedades secretas." (104)

La claridad y contundencia del texto no dejaba lugar a dudas sobre el fondo y la forma del tema tratado a propósito de las acusaciones del Gobierno francés. Se envió el llamamiento a toda la prensa internacionalista, que lo recogió en sus páginas. En España, tanto La Federación como La Solidaridad se hicieron eco del mismo. El Semanario madrileño lo reprodujo íntegro, si bien eliminó el término "políticos", dejando el apoyo de la clase obrera a movimientos indeterminados. La manipulación del semanario catalán fue mucho más grosera. Se reprodujo parcialmente, se eliminó también el término y se dió la vuelta a la frase publicando a continuación "que siempre a la luz del sol trabajamos para alcanzar nuestro grande y elevado objeto", con lo cual, sin perjuicio de que ello resultara más agradable que hacerlo en otras condiciones, se distorsionaba totalmente una frase que tenía un claro significado. Con ello, quedaba claramente de manifiesto el rechazo a los principios tradicionales de la A.I.T. y a su Consejo general por parte de los dirigentes internacionalistas españoles -miembros de la A.D.S.- mucho antes de celebrar el Congreso de Barcelona, de la Conferencia de Londres y de la llegada de Lafargue a España año y medio después.

El 7 de mayo daba cuenta La Solidaridad del nuevo Comité de la sección madrileña elegido en su asamblea del 17 de abril anterior. En el mismo, que seguía con sus tres amplias comisiones, continuaban los fundadores más destacados, si bien en la comisión de propaganda se produjo un cambio de gran trascendencia para la sección y para el semanario; la secretaría, ocupada hasta entonces por el tipógrafo Hipólito Pauly, pasaba a manos de Celso Gomis, que automáticamente asumía igual responsabilidad en el periódico. Se trataba de un ingeniero de caminos, canales y puertos de 29 años de edad, que había participado activamente en el alzamiento republicano federal de septiembre teniendo que exiliarse. El 13 de enero de 1870 solicitó el ingreso en la sección de la A.D.S. de Ginebra, diez días después la asamblea se lo concedió eligiéndole, a renglón seguido, miembro del Comité por 13 votos. El día 28 culminó tan fulgurante carrera al ser nombrado secretario de aquel organismo, cargo que desempeñó hasta el 4 de marzo de aquel año. Imbuido en poco tiempo de los principios anarquistas, influyó sin duda en la nueva orientación que dió al semanario madrileño, la cual, plasmada en un editorial "A nuestros lectores", y tras reiteradas manifestaciones de continuar defendiendo "en toda su pureza los salvadores principios de la Asociación Internacional de los Trabajadores", concluía con esta declaración programática totalmente ajena a la Internacional:

"En religión el ateísmo, en política la anarquía, en economía el colectivismo, ved ahí la síntesis de las ideas que el nuevo Consejo de Redacción sostendrá en las columnas de La Solidaridad." (105)

El proceso de expansión anarquista en el seno de la A.I.T. española fue ocupando, como vemos, los resortes clave de la organización. Al mismo tiempo, seguía divulgándose en el seno de la misma la identificación de sus planteamientos con los

anarquistas, lo que resultaba cada vez más contradictorio. Y no fue ésta, como veremos, la única mistificación, ya que no se detuvieron en barras para alcanzar sus objetivos.

En su número del 28 de mayo de 1870 publicó La Solidaridad el resultado del escrutinio sobre el referéndum. A la vista del mismo, la ciudad elegida como sede del Congreso, como no podía ser de otra forma por razones de todo tipo, fue Barcelona, por la que votaron 92 secciones, representando a 10.030 afiliados. Madrid quedó en segundo lugar, con 42 secciones y 3.737 votos. El primer Congreso de la A.I.T. española tendría así lugar en la capital más industrializada del país, durante el mes de junio.

Poco antes del simposio fueron elegidos los delegados por Madrid, a los que les correspondían cuatro en función de los 2.000 afiliados. Resultaron seleccionados González Morago, Francisco Mora, Borrel y Anselmo Lorenzo, los cuales tuvieron que pedir ayuda a Barcelona ya que no disponían de posibilidades económicas para tal desplazamiento, a lo que respondieron con rapidez y generosidad los catalanes. La Alianza secreta española, como única fuerza organizada en el seno de la A.I.T. con programa diferenciado y estatutos, se había constituido dos meses antes de iniciarse la reunión de Barcelona y preparó concienzudamente el Congreso. Así lo recoge Anselmo Lorenzo, corroborando los datos que hemos aportado:

"Ya en la preparación del Congreso en el seno de la Alianza de la Democracia Socialista, donde se elaboraron los dictámenes, proposiciones de necesidad probable y reglamentos..." (106)

El 31 de mayo, pocas semanas antes del Congreso, se leyó una

carta de Madrid en el Consejo de Londres solicitando "una lista de periódicos obreros ingleses y americanos así como consejos sobre varias cuestiones relativas a su Congreso nacional." En la del 14 de junio Serrailier dió cuenta de otra de Barcelona comunicando adhesiones a la Internacional e informando de que el Congreso se iniciaría el 19. Por último, pedían los estatutos de las Trade-unions e informaban de que Bastelica, proscrito en su país, había llegado sin novedad a Barcelona. (107)

El domingo día 19, tal y como estaba previsto, abrió sus sesiones el Ier. Congreso de la A.I.T. española en Barcelona, celebrando sus sesiones en el Teatro Circo. Asistieron 90 delegados, incluido el francés Bastelica, que presidió las primeras sesiones como delegado fraternal de los obreros galos, aunque sin derecho a voto. Un total de 74 eran catalanes. Estuvieron representados 150 organismos procedentes de 39 poblaciones: 25 catalanas, 5 andaluzas, 3 de Castilla la Nueva, 2 de Castilla la Vieja, y otros dos por Baleares y Murcia respectivamente. Los temas que conformaron el orden del día fueron los siguientes:

1. Sociedades y cajas de resistencia. Su federación.
2. La cooperación. Su presente y su porvenir.
3. Organización social de los trabajadores.
4. Actitud de la Internacional con relación a la política.
5. Propositiones generales. (108)

Abrió las sesiones Farga Pellicer, que dió la bienvenida a los congregados. Por la tarde se aprobó por unanimidad dirigir un saludo al Consejo general en estos términos:

"El consejo regional español de trabajadores declara aceptar completamente y en toda su pureza los estatutos generales y acuerdos de los congresos obreros universales de la Asociación Internacional de los Trabajadores, a la cual se adhieren, acordando enviar al Consejo General, como representante de todas las secciones del mundo, un cariñoso y fraternal saludo."

Lo suscribían Farga Pellicer y Borrel, así como André Bastelica como presidente de la sesión.

Termes Ardevol distingue entre los delegados cuatro "corrientes ideológicas". El sector bakuninista, en el que incluye a los cuatro delegados de Madrid, los dos de Palma de Mallorca, los estudiantes García Viñas, Meneses y Soriano residentes en Cataluña y los dirigentes barceloneses Farga Pellicer, Franqueza, Flamarich y Hugas, a los que, en nuestro criterio, habría que añadir a Sentiñón, que acudía como delegado por sendas sociedades obreras de Baleares y Cádiz, y a Bastelica aunque carecía de voto. Con ello resultaban quince asistentes de un total de 90, es decir, algo más del 14% de los concurrentes. Un segundo grupo englobaba a los "sindicalistas apolíticos", "aliado casi siempre con el anterior." El tercero lo componían sindicalistas apolíticos que discrepaban de la táctica defendida por los anarquistas en cuanto a la resistencia y otro grupo de sindicalistas favorables a la acción política, y por último, un sector influido por el cooperativismo y también "politicista" que apoyaba "el sistema de organización social aprobado en el congreso." El conjunto superaba al grupo afín a la Alianza, incluidos sus aliados coyunturales los "sindicalistas apolíticos", aunque "no pudieron imponer sus puntos de vista al Congreso por el hecho de hallarse divididos en un excesivo número de corrientes, que no eran capaces de encontrar los puntos de convergencia necesarios." (109)

Fiel a lo que constituirá una característica del internacionalismo español, el Congreso aprobó en su segundo día un Reglamento de funcionamiento interno con normas similares a las observadas en los Congresos internacionales de la organización.

En el punto primero se aprobó por clara mayoría de 54 votos declarar que en "la lucha contra el capital", "las cajas de resistencia son una necesidad y un gran elemento para alcanzar el objeto a que aspira la grande Asociación Internacional de Trabajadores." También se aprobó por amplia mayoría -62 votos- la ponencia sobre cooperativismo en sus diversas versiones de consumo, socorro, instrucción, propaganda y producción, si bien estas actividades deberían guiarse por la solidaridad, huyendo de "crear intereses restringidos."

En la de organización se pusieron las bases para la estructura orgánica de la Internacional española. Propugnaba una doble estructura, corporativa por oficios y territorial. Unas y otras se federarían a escala nacional, constituyendo las de base territorial la Federación: "Las federaciones locales se federarán a su vez para formar la Federación Regional Española, cuya representación será un Consejo Federal elegido por los Congresos." No se previó, en un principio, un escalón provincial o regional intermedio entre el local y el nacional que constituía la F.R.E. Pese a presentarse una proposición alternativa diferenciada, se aprobó también ampliamente por 59 votos favorables.

El debate sobre la "actitud de la Internacional con relación a la política" consumió cuatro sesiones, dando lugar a los más acendrados debates. Se manifestaron con claridad las posturas a favor y en contra del abstencionismo político, tema que

constituyó en realidad el eje de los debates, y no faltó quien echara en cara a Farga Pellicer, como Pagés, su defensa de la República federal hasta unos meses antes. Finalmente se aprobó por 55 votos favorables, 5 abstenciones y 14 en contra, a los que se deberían sumar dos votos de protesta y tres que se negaron a hacerlo. La resolución adoptada, copia exacta de la acordada por los bakuninistas en su congreso de La Chaux de Fonds celebrado a primeros de abril, tras la escisión de la Federación francófona (110), fue la siguiente:

"El congreso recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores que renuncien a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales, y las invita a emplear toda su actividad en la constitución federativa de los cuerpos de oficio, único medio de asegurar el éxito de la revolución social.

Esta federación es la verdadera representación del trabajo, y debe verificarse fuera de los gobiernos políticos."

Leyendo el texto sorprende la ambigüedad con que está redactado. En primer lugar su tono moderado de recomendación contrasta con las convicciones radicales de los aliancistas en este tema, que para ellos era capital en aquellos momentos. En segundo lugar, como destaca Termes, el acuerdo sólo se refería única y exclusivamente a las secciones, con lo que quedaban al margen los afiliados considerados individualmente. De hecho, el mismo Farga Pellicer había salido pocos meses antes con una nota en la prensa defendiendo de supuestas calumnias a un diputado, miembro de la Internacional, al que se dirigía con los términos de "nuestro hermano el obrero Pablo Alsina" y al que reconocía, textualmente, como "nuestro digno representante", ya que había

sido elegido con los votos del Centro Federal y de los republicanos, grupos que integraban, sin duda, a muchos internacionalistas.

El hecho de que el Congreso alterara el texto copiado de los bakuninistas suizos, añadiendo precisamente el término "corporativo", nos lleva a pensar que en Barcelona también se utilizó en los debates la resolución aprobada sobre el mismo tema en el Congreso celebrado por separado, en la misma ciudad suiza, por el sector no bakuninista. En este documento, que sería publicado poco después en la capital catalana, se acordó que la Internacional no debía "intervenir como corporación en la política actual", admitiendo por el contrario "que individualmente, cada uno de sus miembros debe intervenir, en cuanto se le alcance, en la política activa." Conociendo estos documentos, que se produjeron simultáneamente en dos congresos separados a causa de la escisión suiza que se produjo allí, y viendo la resolución aprobada en Barcelona, no es arriesgado pensar que pudo haber una transacción ente las distintas fuerzas mayoritarias, que en gran parte no eran bakuninistas, a fin de lograr un texto asumible por todos.

También podría corroborar lo expuesto, el hecho de que la resolución aprobada -mediante la utilización de dos textos suizos antagónicos- sembró ciertamente la confusión entre gran parte de las secciones, por lo que exigieron volver a "la cuestión política" en la Conferencia de Valencia, como veremos, a fin de aclarar el acuerdo adoptado en el Congreso de la capital catalana. (111)

El Congreso aprobó además cinco reglamentos para ordenar la vida de la organización a todos los niveles, decidió que el próximo simposio tuviera lugar en Valencia y eligió por

unanimidad a los cinco miembros del primer Consejo federal de la F.R.E.: Francisco Mora, Enrique Borrel, Anselmo Lorenzo, Tomás González Morago y Angel Mora, hermano del primero. Su sede sería Madrid. El Consejo general, por su parte, envió un saludo que se leyó de inmediato en la última sesión.

Por último, vale consignar que en algunas intervenciones, así como también en mensajes de salutación, como el recibido de La Chaux de Fonds, se prodigaron duras críticas a "la política, la religión y los gobiernos", llegando en algún caso, como en el de Bastelica, que hablaba desde la presidencia del Congreso, a defender claramente el programa bakuninista con frases como, "debíamos y debemos esforzarnos para la destrucción del Estado. Después del Estado, la Iglesia, ¡sí! la Iglesia..." Lo cual fue recogido por la prensa y, poco después, serviría entre otros de argumento interesado al Gobierno, tras la Comuna de París, para justificar la prohibición de la Internacional por algo que, en realidad, nunca había propugnado oficialmente esta organización. (112)

El 5 de julio de 1870 se constituyó en Madrid el Consejo federal, procediendo a distribuir los cargos. Fue elegido secretario Francisco Mora. Ese mismo día recibía el Consejo general una carta de Bastelica anunciando el envío de una memoria del Congreso, al tiempo que informaba de la elección del Consejo federal que radicaría en Madrid. (113)

El 19 de julio estalló la guerra franco-alemana, que culminaría en febrero de 1871 dando lugar a la Comuna de París y su aplastamiento posterior a sangre y fuego por las tropas del gobierno conservador, presidido por Thiers, instalado en Versalles.

A consecuencia de la contienda el Consejo general decidió en su sesión del 23 de agosto de 1870 aplazar sine die el Vº Congreso de la A.I.T. que debía celebrarse el mes de septiembre, precisamente, en la ciudad alemana de Maguncia. El Congreso de Basilea, conviene aclararlo, había acordado que la siguiente reunión tuviera lugar en París, pero a la vista de la actitud del gobierno francés contra la Internacional, el Consejo general acordó el 17 de mayo aceptar la invitación del S.P.D. alemán y trasladar la celebración a la citada ciudad alemana. (114)

En octubre de aquel año se incorporó al Consejo general un personaje que significará un extraordinario refuerzo para este organismo y que tendrá, poco más tarde, gran importancia para España. Se trataba de Friedrich Engels, íntimo colaborador de Marx que, presentado por éste y apoyado por Eccarius, fue admitido por unanimidad. Afiliado a la Internacional desde sus orígenes, residía como se recordará en Manchester, donde era copropietario de una fábrica de hilados. Liquidada su participación en la empresa, teniendo en cuenta la renta que pasaría a Marx para su supervivencia y la de su familia, trasladó su residencia a Londres, incorporándose de inmediato a los trabajos de la dirección internacionalista. (115)

Leía español y, aunque con dificultades, también lo escribía. Como vimos al referirnos al estallido de la revolución de 1868, seguía los temas españoles con asiduidad. En su correspondencia con Marx, en este mismo año 1870, queda

constancia de que éste le remitía los periódicos internacionalistas que recibía de España. En una de sus contestaciones, comentaba Engels que "En los periódicos españoles, a pesar de que muestran un punto de vista bastante español, se trasluce la fraseología de Bakunin." (116) No es de extrañar que, coincidiendo en su persona estas características y encontrándose ausentes tanto Lafargue como Serrailier, desde un primer momento se le encomendaran oficiosamente todos los temas relacionados con nuestro país.

El 14 de diciembre remitió Francisco Mora una larga carta al Consejo general, la cual fue leída al mismo por Engels en su sesión del 3 de enero de 1871. En la misma reclamaba constestación a otra anterior enviada el 30 de julio, informaba sobre la desfavorable coyuntura por la que atravesaba la Federación, anunciaba el próximo envío de las cuotas y de diversas estadísticas sobre el movimiento obrero y, ante el aplazamiento del Congreso, ofrecía la posibilidad de celebrarlo en Barcelona. Pedía direcciones de Portugal, "si hay establecida alguna Sección", y de otros órganos directivos nacionales. Finalmente, enviaba prensa obrera de la Argentina y recomendaba establecer "relaciones con ellos", dado que ofrecían condiciones para divulgar la Internacional en aquella región y añadía, "nosotros lo haremos enseguida, pues hemos visto que son internacionales en el fondo, a juzgar por sus escritos." (117)

El 31 de enero nuevamente se trataba en extenso sobre España en el seno del Consejo General. Marx informaba sobre un nuevo periódico aparecido en Palma de Mallorca, publicado por su sección de la Internacional con el título de La Revolución social. En su contenido encontraba el dirigente alemán "observaciones muy poco sensatas", por lo que se les debería llamar la atención. Señalaba que "reproducen ciertas cosas que han sido reprochadas a la Alianza Democrática" y recomendaba, por

último, que se les enviaran las resoluciones adoptadas en su momento sobre el programa de la A.I.D.S. A renglón seguido, y sin duda urgidos por lo que denotaban estos hechos, se encomendó a Engels la correspondencia con España "hasta el nombramiento de un secretario permanente." (118)

El 13 de febrero asumía Engels en la práctica sus funciones contestando con una amplia carta a las enviadas con anterioridad desde España, en nombre del Consejo general.

En la misma, agradecía los escritos anteriores y justificaba la carencia de contestación en las vicisitudes de su destinatario, Serrailier, que se encontraba preso en París. Agradecía el envío de periódicos, comunicaba la carencia de organización en Portugal y Argentina -alentando a los españoles para que tomaran iniciativas en este punto- y también informaba detalladamente sobre la situación de la Internacional en los países europeos y en Estados Unidos. El meollo de la carta se refería ciertamente a la postura anarquista asumida por la F.R.E. Así, en respuesta a las referencias sobre los partidos burgueses españoles que le hacía Mora en la suya anterior, el alemán contestaba claramente:

"La experiencia ha demostrado, en todas partes, que el mejor medio para liberar a los obreros de esta hegemonía de los viejos partidos políticos consiste en crear en cada país un partido con su propia política, una política que debe deslindarse claramente de los otros partidos, puesto que tiene que expresar las condiciones de la emancipación de la clase obrera."

A continuación exponía que esta política debía adaptarse en

cada país a sus circunstancias específicas, aunque las relaciones fundamentales entre el capital y el trabajo eran muy similares en los países occidentales. Explicaba los medios de que se valían las clases poseedoras para la explotación del trabajo y finalizaba diciendo: "Sería abandonar uno de los más poderosos medios de acción -principalmente en relación con la organización y la propaganda- el que nosotros renunciásemos a combatir a nuestros adversarios en el terreno político."

Por primera vez el Consejo federal español, en sus siete meses de existencia, recibía una comunicación concreta y directa, de uno de los organismos más representativos de la A.I.T., informando detalladamente sobre la actitud de la Internacional ante la política y denotando claramente su discrepancia con la resolución del Congreso de Barcelona. El Consejo acusó recibo de la carta de Engels en el acta de su reunión del 21 de febrero, en la misma se hacía referencia a todos los puntos de la misiva enviada desde Londres, a todos menos a los largos párrafos dedicados al tema de referencia, que ocupaban un tercio de la carta y sobre los cuales la dirección internacionalista española corrió un tupido velo de silencio. Por supuesto, la carta no fue reproducida en La Federación, único órgano de importancia del que disponían, al haber tenido que suspenderse La Solidaridad en enero anterior. (119)

El 18 de marzo de 1871 se iniciaron los hechos que condujeron a la formación de la Comuna de París, que tuvo hondas repercusiones en todo el país, y que culminarían cruentamente en la semana sangrienta del 22 al 27 de mayo. La participación activa durante la misma de miembros destacados de la Internacional concitó la reacción de muchos gobiernos, entre ellos el español, contra la misma, ante el temor que de tiempo atrás venía produciendo entre los sectores moderados y conservadores esta Asociación. A raíz del aplastamiento citado,

emprendió el gobierno francés, presidido por Adolphe Thiers, una represión generalizada que provocó la expatriación de un elevado número de comuneros en sus diversas tendencias políticas y sociales. En nuestro país esa masiva salida de exiliados desde Francia sirvió de excusa para que los sectores conservadores reclamaran también actitudes represivas por parte del Gobierno, neutralizando arteramente de esta forma el movimiento huelguístico existente y el crecimiento de la F.R.E., que eran en realidad los objetivos perseguidos por la reacción gubernamental. A este efecto, entre abril y mayo de aquel año se cruzaron diversos escritos entre el Consejo español y la dirección de Londres informando sobre diferentes huelgas y pidiendo ayudas del organismo internacional. En las actas de mayo y junio de la dirección internacionalista española fueron ganando espacio las referencias continuas a entorpecimientos y represiones de la autoridad contra diversas secciones, entre las que se citan Valencia, Cádiz, Jerez y Barcelona. En esta última, donde el gobernador prohibió las huelgas, a primeros de junio sufrió registros y denuncias sucesivas La Federación, que, aunque pudo proseguir su existencia haciendo continuos llamamientos al respeto del artículo 17 de la Constitución de 1869, que garantizaba la libertad de expresión, vió como era detenido y encarcelado su administrador, Gaspar Sentiñón, el cual a raíz de este hecho sostuvo una discusión pública con Farga Pellicer separándose definitivamente de la Internacional. (120)

A la pésima situación descrita debemos añadir que el 12 de mayo el Consejo federal recogía en acta la dimisión de Enrique Borrel, y que dos de sus miembros se encontraban procesados, continuando las detenciones en Barcelona y Valladolid. A todo ello contribuyó la circular de Sagasta desde el Ministerio de la Gobernación alentando la actuación de los gobernadores civiles contra la Internacional, así como su famoso discurso en el Congreso de los Diputados, el 14 de junio, acusándola de extranjera en su origen y dirección, misteriosa en su manera de

funcionar y de estar dispuesta a "destruir con la fuerza bruta lo que las leyes tienen establecido... la familia, destruir la sociedad, borrar la patria; hacer desaparecer por la fuerza todos los elementos de civilización conocidos." No fue ajena a esta conducta adoptada por el Gobierno español la circular enviada el 6 de junio por Jules Favre, miembro del Gobierno de Thiers, a todas las naciones europeas animándolas a perseguir y proscribir, como lo hacía Francia, a la Asociación Internacional de Trabajadores. (121)

Ante tales contingencias, una vez puesto a salvo el archivo y la documentación del Consejo español, y quedando como punto de contacto Ángel Mora en Madrid -con una falsa carta de dimisión para evitar percances- los tres restantes miembros, Lorenzo, González Morago y Francisco Mora se trasladaron a Lisboa, capital a la que llegaron el día 9 de junio. Con el desplazamiento se deseaba impedir su caída en manos de la policía, lo que hubiera supuesto el descabezamiento de la Federación. Desde allí, con un sistema de correspondencia articulado de forma que todo llegaba y salía de la capital de España, continuaron dirigiendo la organización y manteniendo todo tipo de contactos hasta que, tras la caída de Sagasta y la formación de un gobierno radical-progresista presidido por Ruiz Zorrilla -que apoyaron algunos republicanos como Castelar- se dieron las condiciones precisas para garantizar su regreso sin peligro. En la capital lisboeta, además, dieron los pasos necesarios para favorecer la constitución de un núcleo de la Internacional, cuyos iniciadores fueron Anthero do Quental y Fontana. (122)

Permanecieron en el país vecino tres meses escasos, durante los cuales, además de las actividades expuestas, mantuvieron una nutrida correspondencia con el Consejo general de Londres, informándole detalladamente en seis escritos, alguno de ellos muy extenso, sobre la situación de la Federación, los movimientos

huelguísticos y los avatares del partido republicano, el cual, decían "nos ha hecho tanta guerra como cualquier otro, y aún más." También informaban con detalle de los cambios políticos en el Gobierno de Madrid, así como de su esperanza en regresar una vez que el ministro de la Gobernación contestara a la carta que le habían enviado solicitándole garantías y pidiéndole "el sobreseimiento de todas las causas que por ser internacionales se sigue a muchos obreros de la región española." Engels, en nombre del Consejo general, contestó a los españoles. Les envió información detallada sobre la Internacional en los distintos países, sobre la represión de la Comuna y la suerte corrida por Serrailier y sobre la convocatoria definitiva de una Conferencia extraordinaria en Londres, ya que no existían condiciones para celebrar el Congreso ordinario de la Asociación. Así mismo, les envió la obra de Marx La guerra civil en Francia, que se publicó en junio de aquel año como Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, y sobre la que Mora, firmante de los escritos, le solicitó con gran interés el nombre de su autor, al tiempo que informaba a Engels de su pronta publicación en el nuevo semanario La Emancipación, "periódico madrileño que defiende con ardor nuestras ideas."

Dado el momento y las circunstancias en que se produjo esta correspondencia, y teniendo en cuenta que los dirigentes españoles, y el propio Mora, eran ya conscientes de que había disparidad de criterios entre los principios de la Internacional y determinadas conductas y postulados que se manifestaban en la F.R.E., el análisis de estos escritos puede aportarnos alguna luz sobre la inmediata evolución de las discrepancias aludidas.

De los seis textos enviados a Londres tres eran informes de situación, iban dirigidos a los "compañeros del Consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores" y estaban suscritos por Francisco Mora, salvo uno de ellos que lo era por

los tres. Los dos primeros estaban fechados el 5 de julio y el tercero el 12 de agosto. Este último fue acompañado por una carta de Mora que, al igual que las otras dos -de mediados de junio y 17 de agosto respectivamente- se dirigían personalmente a Engels. En ninguno de los seis escritos se reproducen alusiones al abstencionismo en política ni a ninguno de los postulados anarquistas tan prodigados, por otra parte, en los semanarios internacionalistas españoles. Sólo hay dos referencias a la "liquidación social", que en cartas posteriores desaparecerán para ser sustituidas por el término "emancipación social", mucho más acorde con la tradición de la Internacional. Por otra parte, se compagina con lo expuesto el hecho de que informándole sobre los temas a tratar en la Conferencia de Valencia no haga alusión alguna a que uno de ellos sería de nuevo la cuestión política, debido a la demanda de las secciones. También anotamos la insistencia con la que Mora reclama a Engels "todo lo relativo a esa conferencia de Londres para poderlo tener todo preparado y dar cuenta a la Conferencia de Valencia." En las cartas se denota un progresivo acercamiento personal que evoluciona desde el "Compañero Engels" de la primera al "Querido Engels" de la última. En la intermedia, a más abundamiento, se permite Mora dos extensos párrafos iniciales, en tono extremadamente amistoso, sobre el dominio del español por parte del alemán y sobre la edad madura que Mora adivina en su correspondencia, la cual le hace decir que "me anima a mí también a trabajar con entusiasmo y a abrigar la esperanza de que aunque mi cabeza se me vuelva cana... aún quedará bastante (sic) fuego en mi corazón para animarme a proseguir la obra comenzada..."

Todo lo expuesto, así como el gesto de desconfianza hacia la F.R.E. puesto de manifiesto por Engels, que se negó a enviar los directorios de las distintas federaciones de la Internacional que insistentemente le reclamaban, no cabe duda de que debió hacer mella en el dirigente obrero español que, muy pocos meses después, se decantaría junto a casi todos los directivos de la

F.R.E. por el apoyo al Consejo general de la A.I.T. frente a los bakuninistas. (123)

Después de sucesivos aplazamientos del Congreso que debía haberse celebrado en Valencia, que dieron lugar a críticas de las secciones, el 13 de julio presentaron la dimisión los pocos miembros del Consejo federal que restaban. No la aceptaron las secciones en el mes de plazo dado para escucharlas, si bien el 13 de agosto Morago hizo la suya irrevocable. Ante esto, el 17 de ese mes "se acordó convocar a una Conferencia reservada, que debería celebra(r)se en Valencia el día 10 de Setiembre de 1871." También decidieron regresar el 21 a Madrid ya que "la situación política de España había cambiado."

Morago decidió permanecer en Lisboa. Lorenzo, en sus memorias, le juzgó con dureza pese a ser correligionarios: "era demasiado libre para sujetarse a una tiranía, aunque fuera la del deber, y prefirió dar suelta a su inspiración y a sus genialidades antes que someterse a llevar la pesada carga de aquel Consejo federal." A continuación hace referencia a la "incompatibilidad de carácter entre Mora y Morago." (124) En este aspecto debemos destacar que se dió una curiosa circunstancia. Los tres eran miembros por entonces de la Alianza. Morago era el corresponsal de Bakunin en Madrid, lo que conocían los demás, y durante aquellos días Mora, secretario del Consejo, se fue afirmando como el corresponsal del auténtico órgano directivo de la A.I.T. ¿Podía perdurar en estas circunstancias una buena relación entre ambos? La realidad es que no fue así y Lorenzo, obligado a escoger, se quedó con Mora. Las relaciones rotas en Lisboa perduraron y, poco después, Morago y Mora escogieron caminos divergentes mientras Lorenzo vacilaba.

Durante la estancia de aquellos en Portugal, vió la luz en

Madrid, el 19 de junio, un nuevo periódico que se sumó a las filas de la Internacional. Se trataba del semanario La Emancipación, cuyo principal impulsor a lo largo de sus casi dos años de existencia será José Mesa Leompart. Se trataba, en efecto, de aquel tipógrafo que ya vimos actuar durante el bienio progresista, suscribir el manifiesto promovido por la "fracción socialista barcelonesa" del partido democrático en 1864 y participar en las barricadas de 1866 que le valieron el exilio. Dedicado a otros menesteres dentro de su ramo profesional, contaba con cuarenta años de edad, es decir, unos diez años más que Lorenzo, Farga Pellicer y Mora, y había regresado a España tras el estallido de la guerra franco-alemana. Era pues, un hombre muy experimentado en política, que acababa de dejar el partido republicano y que se había inscrito en la Internacional a finales de abril de 1871. Hablaba y escribía el francés a la perfección, conocía otros idiomas y poco antes de integrarse en la organización había publicado un folleto titulado "El sufragio universal. Guía del elector, que contiene la ley electoral de 23 de junio de 1870", sin duda con el deseo de promover tal ejercicio con vistas a las elecciones generales que tuvieron lugar en marzo de 1871. Dada su personalidad, pronto se le encumbró a las tareas directivas de la Asociación española.

El semanario, desde un comienzo, se alineó con los "principios colectivistas, aprobados en los congresos internacionales de Bruselas y de Basilea", suscribiendo también por entonces su rechazo indiscriminado a todas las "fracciones" políticas "ya se llamen tradicionalistas, ya conservadoras, ya revolucionarias" puesto que todas tendían, según la declaración de principios de la redacción del periódico, "a la conservación de los privilegios de la burguesía en contraposición al derecho de la clase trabajadora." (125) Muy pronto, como veremos más adelante, reconduciría Mesa sus planteamientos hacia la política, pero la política de clase que venía preconizando desde su fundación la A.I.T.

Faltando una semana para que la Conferencia de Valencia iniciara sus trabajos, Mora escribió una nueva carta a Engels. En la misma, referida a otros temas, agregaba una posdata recordando que el 10 de septiembre comenzaba aquélla, razón por la cual insistía en su reclamación: "necesitamos datos seguros sobre la Conferencia", refiriéndose, como en sus cartas anteriores a la de Londres que se iniciaba el 17 del mismo mes. Los temas de esta reunión, como era de dominio general en la organización, iban a girar en torno a las disensiones provocadas por el bakuninismo, una de cuyas consecuencias más llamativas había sido la división de la Federación de la Suiza francófona, dando lugar a una nueva Federación del Jura formada por los anarquistas. El hecho tuvo lugar a primeros de abril de 1870 y el 14 de agosto de aquel año el Comité de Ginebra informaba a Londres de la exclusión de Bakunin y Perron por aquella causa. Mora, como miembro de la A.D.S., estaba informado sobre todo ello, de ahí su interés en conocer la documentación que se iba a utilizar en la Conferencia londinense. Por las actas del Consejo general se comprueba que esta fue confeccionada por Marx y Engels poco antes de aquella reunión, por lo que deducimos que fue imposible satisfacer la demanda reiterada de "datos seguros" que reclamaba Mora. (126)

La Conferencia de Valencia, tal y como se había previsto, inició sus trabajos preparatorios el 9 de septiembre y las sesiones plenarias desde el día siguiente hasta el 18. Concurrieron tan sólo 13 delegados por las Federaciones de Barcelona, Cádiz, Cartagena, Madrid, Málaga, Palma de Mallorca, Sevilla y Valencia. Las otras cuatro Federaciones existentes, Alella, Bilbao, Linares e Igualada no acudieron. Por el Consejo federal saliente estuvieron Lorenzo y Mora, los cuales, de no ser porque el representante de Madrid, José Mesa, les adelantó el dinero, no hubieran podido estar presentes, tal y como reflejan los últimos párrafos del libro de actas que entregaron a la Conferencia.

El carácter reservado de la reunión, que Lorenzo califica de "secreta" en sus memorias, se limitó, simplemente, a la celebración de las sesiones con carácter cerrado y sin público, puesto que con arreglo a la legislación vigente en materia de reuniones comunicaron a la autoridad gubernativa desde el primer momento su celebración. Su funcionamiento fue muy similar al de los Congresos de la organización, se estructuraron comisiones de trabajo y sus dictámenes se debatieron en pleno. En cada sesión se elegían nuevos presidente y secretarios. El orden del día se ocupó en primer lugar de los informes de las Federaciones y, seguidamente, del que expuso el Consejo saliente, que fue aprobado por unanimidad. A continuación se ocuparon de las relaciones orgánicas con el Consejo general de Londres. Se acordó enviar la cotización de la anualidad transcurrida y una "memoria descriptiva y razonada del movimiento obrero en España", proponiéndole recomendar a las Federaciones de otros países "la organización de la resistencia al capital,... tal como la tenemos establecida desde el primer Congreso." Tras esto, se eligió un delegado para la Conferencia de Londres. Resultó nombrado Lorenzo, que llevaría la recomendación antedicha y partiría antes de concluir los trabajos en Valencia, ya que, como se dijo, la Conferencia en la capital británica empezaba el 17.

El mayor espacio de tiempo se dedicó a la revisión de los cinco reglamentos -de Federación Regional, de resistencia al capital, de federación local, de sección de oficio y de sección varia- que se habían adoptado en Barcelona. A éstos se sumaron otros dos: el de "cooperación federativo solidaria de consumos" y un reglamento para el procedimiento en las asambleas. Este punto dedicado al "reglamentismo" fue, a juicio de La Federación, "lo más importante y que más ha absorbido la atención de esta Conferencia." A continuación se trató sobre las huelgas, denotándose en los considerandos de la ponencia que se había abusado de este recurso: "las huelgas que impremeditadamente se suceden sin interrupción contribuyen a entorpecer el desarrollo

de la organización de la Internacional", "las derrotas sufridas por los obreros en huelgas son de funestas consecuencias porque apagan su entusiasmo por la causa de la emancipación". En consecuencia, se acordó no prestar apoyo a las que no se atuvieran a los reglamentos, es decir, a aquellas que no tuvieran un "estudio previo de las posibilidades de triunfo" o que se declararan "cuando hubiese otra reglamentaria." Finalmente, y dado que las secciones reiteraban sus deseos de clarificar el acuerdo de Barcelona, volvió a tratarse "la cuestión política." Después de un extenso preámbulo, en el que se analizaban filológicamente los vocablos "democracia" y "república" con originales deducciones, y se estudiaba el proceso iniciado por la Revolución francesa y la posterior depredación de la "libertad, la igualdad y la fraternidad" a manos de la "clase media", término con el que se hacía mención a la burguesía, acababa condenándose a sus adversarios políticos, los republicanos federales, a quienes muchos trabajadores, "guiados de las mejores intenciones, no han vacilado en seguir prestando su apoyo más o menos directo", según reconocía el propio texto. Finalmente se llegaba por unanimidad a la siguiente resolución:

"La Conferencia de los delegados de la región española de la Asociación Internacional de los Trabajadores, reunidos en Valencia, declara;

Que la verdadera República democrática federal es la Propiedad colectiva, la Anarquía y la Federación económica, o sea la libre federación universal de libres asociaciones agrícolas e industriales, fórmula que acepta en todas sus partes."

El texto, como puede verse, era de clara factura anarquista, lo que era previsible dado el alto porcentaje de aliancistas presentes en la reunión. Si lo que se pretendía con el mismo era diferenciarse aún más de los republicanos federales, incidiendo

en el objetivo de la colectivización de la propiedad, que era lo que más les distanciaba, la resolución, probablemente, aclaró algo más a los trabajadores que no debían seguir prestándoles su apoyo. Si, por otro lado, deseaba señalar a la clase obrera española los objetivos que perseguía nuestra peculiar Federación, sustentada en su exposición algo compleja de los postulados anarquistas, pensamos que con este texto no se desvanecieron en absoluto las dudas existentes. El acuerdo de Barcelona, como vimos, concretó el abstencionismo en materia política, si bien al añadir el término "corporativo", dirigido a las secciones de la Federación, quedaba de manifiesto que la abstención se circunscribía, en cierta forma, a la organización y no a sus componentes. La resolución de Valencia, intentando aclarar aquélla, se refirió por el contrario a lo que parecía ser el problema más acuciante de la Federación; la fuerte competencia ejercida por los republicanos sobre la A.I.T., al seguir incidiendo, como denota abiertamente el texto, sobre el mismo sector social en el que se apoyaba en exclusiva la Internacional, esto es, la clase trabajadora. Por eso, pensamos que la declaración anarquista de Valencia tuvo un destinatario concreto: el partido republicano federal, y que el abstencionismo, ahora anti-politicismo, fue en realidad un escalón más en su enfrentamiento con un adversario político real que, por su carácter populista e interclasista, siguió siendo el gran competidor de la Internacional española durante todo el sexenio revolucionario. Este anti-politicismo, que tuvo sus orígenes en una estrategia más o menos acertada frente a sus competidores políticos, acabó siendo elevado a la categoría de principio, paradójicamente, a pesar de no haber podido demostrar avances significativos en su aplicación.

Por último, se tomaron diversas resoluciones internas de interés. El Consejo federal pasaría de cinco a nueve miembros, su sede sería Madrid y, con arreglo a determinadas condiciones, podrían afiliarse directamente y con carácter individual a nuevos

miembros. Se acordó el orden del día del siguiente Congreso, que tendría lugar "en Zaragoza a primeros de abril de 1872", y se eligieron probablemente cuatro miembros del Consejo federal, Francisco Mora, José Mesa, Ángel Mora y Anselmo Lorenzo, otorgándoles poder para cooptar a los cinco restantes entre afiliados de la sección donde residiría el Consejo. No fue reelegido González Morago, lo cual, según Morato, "le contrarió vivamente." El incremento numérico se debió a que la Conferencia subdividió, a efectos de propaganda, en cinco zonas el país; norte, sur, este, oeste y centro, creando para cubrirlas, al igual que el Consejo general con los distintos países, cinco secretarios-corresponsales.

El 24 de septiembre de 1871 se constituyó en Madrid el 2º Consejo federal de la F.R.E. Como secretario general continuó Francisco Mora, distribuyéndose los demás cargos de la siguiente forma: Ángel Mora tesorero, Valentín Sáenz contador, Inocente Calleja secretario económico, Pablo Iglesias -que por entonces usaba el nombre de Paulino- secretario-corresponsal de la comarca Norte, José Mesa de la comarca Sur, Anselmo Lorenzo de la comarca Este, Hipólito Pauly de la comarca Oeste y Víctor Pagés de la comarca central. Añadamos que Lorenzo, Mesa y F. Mora, elegidos por la Conferencia, formaban parte de la redacción de La Emancipación, y que tres de los consejeros cooptados por los dos últimos y Ángel Mora, puesto que Lorenzo no había regresado aún de Londres, también lo eran: Iglesias, Pauly y Pagés. Debe señalarse que este último suscribió en su día, con otros cuarenta y tres trabajadores internacionalistas de Madrid, un escrito de protesta en La Igualdad contra el acuerdo sobre la abstención política adoptado en el Congreso de Barcelona. (127)

En el seno de este nuevo Consejo federal vinieron a reunirse, como veremos, los internacionalistas que muy pronto vendrán a dar su apoyo a los principios de la Internacional

defendidos por el Consejo general de Londres.

Conviene dejar constancia de que en Valencia se tomaron también importantes decisiones, al margen de la Conferencia, en cuanto a la Alianza de la Democracia Socialista española. Como vimos, se había organizado en Barcelona dos meses antes del Congreso con carácter estrictamente secreto. Elaboró su propia normativa, basada en el Programa que dió Bakunin a la A.I.D.S., y orgánicamente se estructuró con carácter nacional aunque manteniendo, como también hemos visto, fuertes lazos con Ginebra que no le impidieron, en ocasiones, tomar decisiones que el propio Bakunin deploraría, como su autodisolución. Esta organización creció en nuestro país bajo una doble concepción. Sus iniciadores y máximos dirigentes, que habían pasado por Ginebra en su mayoría, conocían perfectamente los objetivos del revolucionario ruso en el seno de la A.I.T. y su animadversión hacia Marx y, por extensión, hacia el Consejo general londinense, en el que a su juicio se encontraba gran parte de la "pandilla con la que está rodeado" -carta a Herzen de 29 de octubre de 1869-. Sus ataques a dicho órgano, que pronto se materializaron desde los periódicos que controlaba en Suiza, y también, como vimos, de forma taimada desde muy pronto en La Federación (31 de octubre de 1869), se confirmaron claramente en España con la manipulación y censura de la circular de Londres contra el complot amañado por el Gobierno de Napoleón III en mayo de 1870. Así pues, la dirección aliancista española estaba al corriente de una pugna que no tardaría en hacerse pública tras la Conferencia de la capital británica. No sucedía lo mismo con los adeptos que esta sociedad secreta iba ganando para su causa en las secciones españolas, a los cuales en ningún modo les podían hacer partícipes de su actitud fraccional, dado que formalmente se respetaba al Consejo general como dirección indiscutida de la organización que era por entonces. Así, y según narrará poco después Francisco Mora, el adherido normal a la A.D.S. de nuestro país,

"creía que el programa de la Alianza era idéntico al de la Internacional, que aquella organización secreta existía en todas partes, que era casi obligatorio ingresar en ella y que la Alianza aspiraba a contribuir al desarrollo de la Internacional, y no a dominarle."
(128)

Con estos planteamientos, la A.D.S. se dió una estructura a escala nacional durante la reunión en la capital valenciana y, tras la misma, "se decidió dar el ingreso a todos los miembros del Consejo Federal" por iniciativa del propio Mora. Con ello, no se percató de que un ingreso numeroso venía por sí mismo a quebrar el carácter elitista y reducido que por principio debía observar una entidad clandestina, con lo que se ganó los ataques de Morago en cuanto éste hubo regresado de Portugal, el cual le acusó, según el documento ya citado, de "haber querido subordinar la Alianza a la Internacional", que es lo que hubiera sucedido en caso de masificarse. Como argumento, le presentó una carta de Bakunin dando directrices a la A.D.S. sobre como "observar y dirigir" mejor a la Internacional y, poco después, acusó de traición a la Alianza a su adversario y concluyó creando una nueva fracción de aquella organización secreta, atrayendo a ella a los antiguos adheridos y criticando desde su seno la labor del nuevo Consejo federal.

* * *

5. LA "CONSTITUCIÓN DE LA CLASE OBRERA EN PARTIDO POLÍTICO" Y SUS CONSECUENCIAS.

Mientras estos hechos sucedían en España, tenía lugar en Londres la Conferencia convocada por el Consejo general. Fue ésta una reunión que tuvo enorme trascendencia en la vida de la organización, precipitando el rechazo abierto de los anarquistas y provocando, de hecho, la aparición en nuestro país de un núcleo defensor de sus acuerdos, núcleo que asumió los principios teóricos de Marx y Engels, así como el criterio organizativo que pretendía la organización de los trabajadores en partido de clase distinto a los existentes. Fue el origen del socialismo democrático español, razón por la cual resulta imprescindible analizar con detalle aquella Conferencia antes de proseguir el estudio de la Primera Internacional en España.

La Conferencia de Londres se celebró en septiembre de 1871. Fue un recurso extraordinario, no previsto en los Estatutos generales de la A.I.T. -ver capítulo segundo- y se adoptó como la única posibilidad de intentar resolver a corto plazo los problemas más urgentes de la organización ya que, como es sabido, el estallido de la guerra franco-alemana primero, y la fortísima represión de la Comuna, con su negativa repercusión para la Internacional en toda Europa tras la circular de Jules Favre, habían imposibilitado materialmente la convocatoria del Congreso anual ordinario de la A.I.T. desde 1870.

La situación por la que atravesaba el organismo internacional era la más grave y dramática que había conocido hasta entonces: "Derrotada en París y prohibida en Alemania, dice Molnár, atacada en Italia, incluso por Mazzini, y declarada fuera de la ley en España, debilitada en Inglaterra y amenazada en Bélgica," (129) a lo que habría que añadir también su división en

la Suiza francófona y la irrupción del bakuninismo que fue su causa principal. En tal situación, como se comprenderá, no podía permanecer la organización en espera de que se dieran mejores condiciones para celebrar su asamblea anual. La decisión de una reunión extraordinaria se tomó formalmente por el Consejo general el 25 de julio de 1871 y su detonante fue, precisamente, la Alianza. Pertenecía a la dirección de la Internacional, entre otros, Paul Robin, directivo notorio de la A.D.S., amigo de Bakunin y con una destacada y conocida actuación en esta línea durante el Congreso de Basilea. Ello no impidió que el 8 de noviembre de 1870 fuera admitido como miembro del Consejo general con los votos favorables de Marx, Engels y los demás miembros presentes en la sesión. Pues bien, en la reunión antedicha intervino Robin con relación a la escisión en la Federación de la Suiza francófona. Preguntó si las cartas enviadas en 1869 admitiendo a la A.D.S. eran "auténticas" y si existía alguna resolución posterior -del Consejo general -"suspendiendo a la Alianza de la Democracia Socialista de sus derechos en tanto que sección." Preguntas éstas que, dicho sea de paso, vienen a confirmar las actuaciones de Bakunin en 1869 para enviar un delegado de la A.D.S. -Sentiñón- a Basilea. Se le contestó que los escritos eran verdaderos y que no había resoluciones adversas a la Alianza. Surgido el tema, Engels precisó que la cuestión era saber si "una sección admitida bajo ciertas condiciones, que después no había cumplido, poseía los derechos de una sección." Marx recordó que desde hacía dos años no abonaban sus cuotas, con lo que formalmente podía considerarse que había perdido sus derechos. Robin no se dió por aludido y solicitó una declaración escrita sobre la admisión de la A.D.S. A continuación habló sobre la "grave escisión en Suiza francesa" y pidió la actuación del Consejo general para acabar con aquella situación. Fue tras esta intervención que Engels propuso al Consejo "que una Conferencia privada de la Asociación sea convocada en Londres el tercer domingo de septiembre." Para ello alegó el poder otorgado por las secciones para aplazar el Congreso y la situación delicada que atravesaba la organización en los países donde hubiera podido

celebrarse: Francia, Alemania, España y Bélgica. Visto lo anterior no quedaba como alternativa más que Gran Bretaña y Suiza, que, por lo expuesto, tampoco parecía aconsejable. Si continuaba sin convocarse una reunión, podrían disminuir aún más las secciones con posibilidad de enviar delegados y era necesario que "el Consejo general escuchara la opinión de las secciones sobre la política a seguir en el futuro y cara a la ratificación de sus poderes, lo que no puede hacerse, concluía, más que celebrando una conferencia privada." La propuesta fue apoyada por Robin y aprobada por unanimidad entre los 18 miembros asistentes al Consejo. (130)

En la sesión del 5 de septiembre el Consejo general se refirió a su presencia en la Conferencia como órgano corporativo. Concurrieron 28 miembros, entre ellos, además de Marx y Engels, los aliancistas Paul Robin y André Bastelica, amigo de Bakunin -a quien acompañó, junto con Richard y Palix, en su frustrada intentona revolucionaria de Lyon en septiembre de 1870- que había ingresado en el órgano directivo de la Internacional el 22 de agosto y, al igual que Robin, con los votos favorables de Marx y Engels, entre otros.

Frente a las tesis sostenidas por Vaillant y Hales de que el Consejo general podía "decidir por sí mismo las cuestiones de organización", se decidió convocar la Conferencia y solicitar su parecer. A propuesta de Marx, y tras prolongado debate, se acordó confirmar el derecho de cada consejero a estar presente e intervenir en la reunión, así como también el conservar un número de consejeros con derecho a voto, como se venía haciendo habitualmente en los Congresos de la organización. Se aprobaron las dos propuestas, la primera por unanimidad y la segunda por nueve votos contra tres. A continuación propuso que los consejeros que obtuvieran su delegación por una sección no fueran considerados delegados del Consejo general, lo cual se aprobó por

unanimidad. Una vez presentadas las propuestas no se produjo ninguna intervención de los anarquistas citados, no constando tampoco en actas los nombres de los votantes a favor ni en contra. En la siguiente sesión, el 12 de septiembre, Engels presentó el informe del sub-comité o comité permanente que había sido encargado de preparar el programa de la Conferencia, que, con matizaciones en un punto, fue aprobado por unanimidad. El último de los mismos se refería a las traducciones deficientes de los Estatutos generales que circulaban desde hacía años. A este respecto, se proponía encomendar al Consejo general una nueva versión, "considerando que una traducción francesa mutilada circula hasta el presente en Francia y está traducida a su vez al español y al italiano." El Consejo debería hacer una buena versión "asegurando la publicación de una traducción francesa auténtica, que sería igualmente enviada a Italia y España." En la sesión del día 16, víspera de la Conferencia, con asistencia de 26 Consejeros y por unanimidad, se acordó que los países que no pudieran concurrir estuvieran representados por sus secretarios-corresponsales en el Consejo y que este organismo estuviera representado por seis delegados con voz y voto como era habitual. Votaron a favor de estas dos resoluciones Robin y Bastelica, este último además, presentó la segunda propuesta apoyando a Engels. Bakunin y sus seguidores utilizaron esta presencia numerosa de miembros del Consejo general, entre otros argumentos, para tratar de anular sus resoluciones. Probablemente ignoraban esta presencia activa de sus correligionarios. También lo olvidó, y ello es más grave, el propio Robin, que habiendo participado activamente en la Conferencia redactó a posteriori una memoria justificativa condenando el elevado número de directivos de la A.I.T. en la misma. No recordaba que fue con su voto favorable y, lo que es más grave, que él mismo acudió a la Conferencia en función de su calidad de miembro del Consejo general. (131)

También Anselmo Lorenzo, en sus memorias, recogió la misma

crítica, diciendo que "aquella reunión no vino a ser otra cosa que una prolongación del Consejo General". Puede deducirse que sus compañeros Robin y Bastelica, allí presentes, no le informaron suficientemente sobre este particular. A juzgar por los datos que aporta sobre su viaje desde Valencia hasta Londres, debió salir de la capital valentina entre el 12 y el 13 de septiembre, puesto que llegó a la ciudad del Támesis en la noche del día 15. Fue tratado con gran cordialidad por sus anfitriones, Marx y Engels, quedando sorprendido por la belleza de las hijas del primero, la mayor de las cuales, como los dirigentes citados, le habló en español. Además de los indicados, allí conoció a Vaillant, Serrailier, Eccarius, Jung y Robin, volviendo a saludar a su amigo Bastelica, al que probablemente no veía desde el Congreso de Barcelona. Lorenzo se muestra muy crítico sobre el contenido de la Conferencia. Sus memorias, que venimos citando, se escribieron treinta años después, cuando ya había optado, hacía años, por el anarquismo, tendencia en la que se labró un merecido prestigio en nuestro país. Pero en 1871 su actitud era aún titubeante, como demostraremos, por lo cual acontece que lo escrito no se corresponde exactamente con lo que sucedió, como vamos a ver.

La Conferencia se inició el 17 de septiembre de 1871, debido a las circunstancias en Europa la asistencia de delegados fue muy reducida. Concurrieron seis belgas, entre ellos Cesar de Paepe, dos suizos, Henri Perret y Nicolás Outine y Lorenzo por España. Pudieron estar tres delegados franceses, si bien a causa de la polémica mantenida el 16 de septiembre en el Consejo general entre Robin y Bastelica, fundamentalmente, se decidió anular la propuesta presentada en aquel sentido. Seis miembros del Consejo general asistieron en representación del país de que eran corresponsales: Mac Donnell por Irlanda, Eccarius por los Estados Unidos, Engels por Italia, Marx por Alemania, Dupont por Francia y Hales por Gran Bretaña. No hay constancia de que las Federaciones de estos países opusieran la más leve reserva a esta

representación. El órgano directivo de la A.I.T., tal y como acordó por unanimidad, eligió en la víspera de la Conferencia sus seis representantes en la misma. Fueron estos Mottershead, Frankel, Jung, Serrailier, Bastelica y Vaillant. Inglés, húngaro, suizo y franceses, respectivamente, con lo que, de alguna forma, se ampliaba el carácter representativo de la reunión. Otros dirigentes de la A.I.T., como Robin, Theisz y Delahaye acudieron en función de su cargo pero sin derecho a voto. El primero de ellos se presentó para acudir entre los seis delegados del Consejo general pero quedó en undécimo lugar.

La Conferencia se celebró entre el 17 y el 23 de septiembre, existiendo actas de todos los días salvo del último. Consta pues el testimonio escrito de 10 sesiones. En la primera presentó Marx un borrador abierto de orden del día en el que se recogían cuatro puntos:

1. "Medidas a tomar para detener los peligros que corre la Asociación en gran número de países y para proceder a una nueva organización, respondiendo a las necesidades de la situación."
2. "Elaborar una respuesta a los gobiernos que no cesan de actuar para la destrucción de la Asociación."
3. Resolución definitiva del conflicto suizo.
4. Otros temas que se planteen en el curso de la Conferencia.

Una comisión formada al efecto, presentó en la siguiente sesión un orden del día, de contenido similar, al que se agregó un 5º punto: "Abuso del nombre de la Asociación en un célebre proceso político (Netchaiev) en Rusia."

Se constituyeron otras tres comisiones en el seno de la Conferencia. La primera, de cinco miembros, se propuso para analizar las disensiones en Suiza, la segunda para fiscalizar las finanzas de la organización y la tercera para resolver con "medidas prácticas" el impago generalizado de cotizaciones. En las cuatro fue propuesto Anselmo Lorenzo, que rehusó solamente formar parte de la dedicada a la escisión helvética, manifestando ser "absolutamente ignorante de lo que pasa en Suiza". Esta frase, que consta en actas, constituye una de las primeras renunciaciones que Anselmo Lorenzo cometió en aquella Conferencia. Como miembro del Comité de la Sección madrileña conocía la carta de felicitación que esta envió, precisamente, a la fracción bakuninista escindida en La Chaux de Fonds. La noticia de la escisión, que debió conocerla de inmediato por la prensa suiza de aquella tendencia, que llegaba puntualmente a España, se reprodujo en La Solidaridad (21 de mayo de 1870) y en La Federación (8 de mayo de 1870) junto con la resolución abstencionista que, poco después, se aprobó en Barcelona. Su "absoluta" ignorancia del tema era totalmente falsa, si bien evidenció una actitud deseosa de zafarse de la discusión de un tema espinoso en el que, de seguro, saldría a relucir la alineación de la F.R.E. con uno de los contendientes. Su resistencia no le valió de nada, puesto que concurrió a las reuniones para tratar sobre este tema, dándole lugar a intervenciones que, como veremos en su momento, dejaron mucho que desear. (132)

Los temas del orden del día se subdividieron en un total de veinte propuestas debatidas y votadas una a una. Anselmo Lorenzo, que asistió a todas las sesiones, votó favorablemente 17, no se opuso con su voto negativo a ninguna y se abstuvo en tres. Apoyó con su voto los siguientes acuerdos:

1. La uniformización de las denominaciones de las

federaciones, ramas, secciones y grupos locales de la A.I.T. Se aprobó por unanimidad.

2. La prohibición de usar denominaciones "sectarias" como "positivistas, mutualistas, colectivistas, comunistas" y de constituir organismos especiales, como las "secciones de propaganda."

Se aprobó por unanimidad. Votaron a favor Lorenzo y Bastelica, pese a que las "secciones de propaganda" estaban organizadas por Bakunin en Suiza.

3. Encargar al Consejo unas traducciones veraces y fidedignas de los Estatutos generales, integrando en los mismos los acuerdos adoptados en los Congresos anteriores.

Sólo se abstuvo Bastelica, Lorenzo votó a favor con la mayoría. Marx argumentó, entre las razones para aprobar este punto, la desaparición en las traducciones francesas, españolas e italianas, de las palabras que admitían la participación en movimientos políticos, como medio, para alcanzar los fines de la Asociación.

4. Se refería a la obligación de realizar estadísticas generales sobre la situación de la clase obrera. Se aprobó la posibilidad de relacionarse directamente el Consejo general con los organismos de base. Lorenzo, apoyado por Bastelica, propuso que la dirección tuviera como único interlocutor en cada país a su Consejo federal.

Se aprobó por unanimidad, salvo las abstenciones de los dos citados.

5. Facultar al Consejo general para el nombramiento de delegados especiales "para cumplir determinadas misiones", con derecho a asistir a las reuniones de los Consejos federales y demás órganos directivos hasta el nivel local con voz.

Se aprobó por unanimidad.

6. Resolución relativa al pago de cotizaciones.

Se aprobó por unanimidad.

7. Coordinación de las sociedades de resistencia organizadas por oficios entre los diversos países.

Se aprobó por unanimidad.

8. Reducción del número de miembros del Consejo general y limitación entre las nuevas incorporaciones de los que pertenecieran a una misma nacionalidad.

Se aprobó por unanimidad.

9. Confirmar a los miembros de la Comuna de París incorporados al Consejo general.

Se aprobó por unanimidad.

10. Posibilidad de establecer secciones exclusivamente de obreras, sin perjuicio de las que existieran con carácter mixto.

11. Medidas para incorporar a "los campesinos al movimiento del proletariado industrial."

Se aprobó por unanimidad en cuatro votaciones sucesivas.

12. Medidas tendentes a constituir un Comité federal en Londres y un Consejo federal para Gran Bretaña.

Se aprobó por unanimidad.

13. Manifestación de apoyo a los internacionalistas franceses en la dura represión que estaban sufriendo.

Se aprobó por unanimidad.

14. Posibilidad de que los internacionalistas se organicen bajo cualquier denominación en los países cuyos Gobiernos actúen contra la Internacional.

Se aprobó por unanimidad.

15. Que el Consejo general aplique el artículo V de las Resoluciones administrativas de Basilea, que le facultan para "aceptar o rechazar la separación de una nueva Sección o grupo, a reserva de la decisión definitiva del siguiente Congreso."

Se aprobó por unanimidad.

16. Facultar al Consejo general para que, "según los acontecimientos", señale "tiempo y lugar para el próximo Congreso o, en su caso, de la Conferencia que lo sustituya."

Se aprobó por unanimidad.

Finalmente, se aprobaron cuatro puntos de carácter netamente político o bien dirigidos concretamente a la A.D.S., e indirectamente a Bakunin, que conviene destacar.

17. Prohibición expresa de las sociedades secretas en el seno de la Internacional.

Lo propuso Marx apoyándose en los siguientes argumentos:

- Por estar "completamente en contradicción (con el) movimiento proletario."
 - Por desorganizar "el espíritu de la Asociación internacional".
 - Es necesario, "por el contrario, educar a los obreros, formarlos en la libertad y en la independencia".
 - Las sociedades secretas "son místicas y autoritarias".
- "Son un peligro (para) la esencia de la Asociación".

Se aprobó por unanimidad. Bastelica y Lorenzo, no hay que recordarlo, pertenecían a una sociedad secreta, la Alianza.

18. Encargar a Outine la redacción de un informe sobre el proceso Netchaiev para ser publicado en L'Egalité de Ginebra, comunicándolo previamente al Consejo general.

Este oscuro tema, en el que hubo un asesinato, implicó abusivamente a la Internacional por negligencia de Bakunin en sus relaciones con el procesado. Algún delegado quiso juzgar al dirigente ruso por esa razón, a lo que se opuso terminantemente Marx: "nosotros no podemos juzgar (ni) tomar medida alguna de rigor en torno a Bakunin sin escuchar su defensa (y) sin un debate contradictorio."

Se aprobó por unanimidad, salvo la abstención de Anselmo Lorenzo, el cual justificó su decisión por "ignorancia absoluta" del tema antes de la discusión, y

porque los argumentos utilizados durante la misma no le permitían tomar una determinación al respecto.

19. Englobó tres puntos diferentes pero relacionados entre sí:

- Rechazar la conducta de la A.D.S. de Ginebra. (Se había comunicado su autodisolución al Consejo general con fecha 10-VIII-1871).
- Rechazo de las reservas manifestadas por la Federación del Jura (bakuninista) respecto de las competencias de la Conferencia (de Londres). Pedir a las Federaciones divididas la superación de su rivalidad y, en caso contrario, que los escindidos se denominen Federación del Jura.
- Denunciar a los periódicos suizos Le Progrés y La Solidarité (bakuninistas) por plantear en sus columnas "cuestiones que sólo deben debatirse en los Comités locales y federales, en el Consejo general" o en los Congresos.

Para dilucidar los tres puntos referidos, se constituyó una comisión nombrada al efecto el día 18 en el domicilio de Karl Marx. Además del anfitrión estuvieron presentes Engels, que actuó de secretario, Verrycken, que presidió, los delegados suizos Outine y Perret, Jung como secretario corresponsal para Suiza y los aliancistas Bastelica, Lorenzo y Robin.

En la reunión se habló sin veladuras ni rodeos. Marx expuso la actuación de la Alianza y los ataques que L'Egalité, con Robin en su dirección junto a Bakunin, habían dirigido contra el Consejo general. Los delegados suizos presentes corroboraron lo expuesto por Marx y ampliaron datos sobre las actividades divisionistas del revolucionario ruso y sus seguidores en su país. Robin dió explicaciones e inició un repliegue táctico, no volviendo a tomar la palabra. Bastelica salió en defensa de su

compañero, dirigiendo ataques a algún dirigente de la Federación francófona, al tiempo que manifestaba vergonzantemente que Bakunin, durante la guerra franco-alemana, le había dicho que "en Francia había que abandonar el abstencionismo."

Outine centró el tema en la escisión y citó el apoyo de los españoles a los del Jura. Lorenzo, aludido, contestó no recordar "si se había publicado alguna cosa a este respecto como documento de la sección española de la Internacional", desviando el tema, finalmente, al añadir que "es posible que el hecho se refiera a los barceloneses." Nuevamente "olvidó" la carta del Comité madrileño, que a buen seguro suscribió, y, sin embargo, demostró tener mejor memoria para el "saludo fraternal" que, efectivamente, había publicado La Federación, tras el congreso escisionista, solidarizándose con los partidarios de Bakunin. A continuación, Marx insistió sobre los esfuerzos de aquellos para aislar al Consejo general "en París, España e Italia". Aquí se produjo el desarme moral de Anselmo Lorenzo, el cual, batiéndose en retirada, contestó la alusión con estas palabras: "Por lo que atañe a Madrid, puedo afirmar que transcurrió mucho tiempo, después de la fundación de la Internacional en España, antes de que conociéramos el nombre de Bakunin. En ese país la Alianza no ha tenido jamás influencia. Por lo demás, el fundador de la Internacional en España, particularmente en Barcelona, era Fanelli, un amigo de Bakunin." (133) Si el acta era correcta, y nadie lo puso en duda, ya que se aprobaban al iniciarse la siguiente sesión, difícilmente podrá encontrarse otro caso donde se soslaye la verdad tantas veces en tan poco espacio.

Se aprobaron por unanimidad las tres propuestas. En la primera hubo un voto en contra, Serrailier, por considerar que se debería haber votado "una severa represión contra los fundadores y propagandistas de la Alianza."

Bastelica y Lorenzo votaron a favor las tres, y el español lo olvidó también en sus memorias: "había un capítulo de cargos contra Bakounine y la Alianza de la Democracia Socialista, apoyado en documentos, declaraciones y hechos de cuya verdad y autenticidad no pudo convencerse nadie, sostenidos con el testimonio de algún delegado... y lo que es peor, con el silencio cobarde de algún aliancista presente,..." Estos puntos se votaron el día 21 en la octava sesión. Robin estuvo presente pero no tenía derecho a voto. La invectiva de Lorenzo, a juzgar por lo que recogió Mora de la información de éste al Consejo federal español, a su regreso de Londres, iba dirigida indudablemente hacia Robin y su comportamiento durante los debates de la comisión. Robin, como vimos, calló, pero Bastelica y Lorenzo, aliancistas ambos, votaron la reprobación de la Alianza y de la conducta de Bakunin desde la prensa internacionalista que controlaba en Suiza. (134)

20. "La acción política de la clase obrera." Apoyándose en el contenido de los Estatutos generales, en el Manifiesto inaugural, en los acuerdos del Congreso de Lausana (1867) y la declaración del "Consejo general sobre el supuesto complot de la Internacional francesa" (1870), y en el equívoco producido por las traducciones deficientes de los Estatutos, y teniendo en cuenta la represión desatada contra los trabajadores en diversos países, la Conferencia debatió y aprobó los principios que el Consejo general, en su redacción posterior, presentó así como punto IX de las Resoluciones de la Conferencia:

"Considerando además:

Que la clase obrera sólo puede actuar como clase en contra de este poder colectivo de las clases poseedoras si ella misma se constituye en partido político distinto y en oposición a todos los viejos partidos establecidos por las clases poseedoras;

Que esta constitución de la clase obrera en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su máximo objetivo: la abolición de las clases;

Que la coalición de las fuerzas obreras lograda ya en las luchas económicas debe servir también de palanca en las manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional:

Que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos."

Sin alterar los Estatutos, con el compromiso de trasladar la correspondiente propuesta al siguiente Congreso y pese a su tono de recomendación, el texto constituía de hecho una auténtica declaración de principios con el respaldo oficial de la Conferencia. Los antecedentes aludidos, como vimos con anterioridad, eran rigurosamente ciertos, pero no era la primera vez que combinando productos inócuos se lograba una mezcla extraordinariamente peligrosa.

Fue el acuerdo más trascendental de la Conferencia, mas por sus considerandos que por el recordatorio final. Provocó el rechazo de los anarquistas, que lo consideraron una provocación, y fue la alarma para un enfrentamiento subyacente que sólo esperaba una ocasión como ésta para manifestarse. Algunos autores que han estudiado esta Conferencia sitúan a Marx detrás de esta resolución. Veamos que dicen los textos oficiales del momento.

En las actas del Consejo general, y en las que se han conservado del Comité permanente, no figura la más leve alusión

al contenido de este punto. Las únicas referencias concretas fueron a incorporar en los Estatutos los acuerdos aprobados en congresos anteriores y a realizar traducciones fidedignas. Tanto en las sesiones de aquellos organismos, como en el Congreso, recordó Marx que se trataba de una reunión extraordinaria, forzada por las circunstancias y urgida por las necesidades de la organización y que, en ningún caso, podría modificar los Estatutos. Esa decisión correspondía en exclusiva al Congreso. La proposición sobre este tema fue presentada por Vaillant en la quinta sesión y se discutió en las siguientes. Su texto, después de recordar la situación crítica por la que atravesaban los trabajadores, decía lo siguiente:

"La Conferencia recuerda a los miembros de la Asociación Internacional que la cuestión política y la cuestión social están indisolublemente unidas...

Los trabajadores deben... unir sus fuerzas tanto en el terreno político como en el económico, para el triunfo definitivo de su causa."

Después de defender su texto el proponente, pidió la palabra Lorenzo para señalar que se trataba de "una cuestión de principio que no puede ser discutida por la Conferencia, al no tener competencia para ello." Solicitó su remisión a un Congreso y pidió, por consiguiente, que fuera rechazada.

Serraillier y Frankel presentaron una enmienda favorable al texto, mejor redactada y que intentaba reconducir la recomendación hacia el tema estatutario, iniciando su propuesta con una referencia a las "diversas interpretaciones" dadas a los Estatutos a raíz de la circulación de traducciones "falsas."

Outine, delegado suizo, criticó abiertamente el abstencionismo en política como actitud auxiliar de la burguesía, con lo que situó la discusión en el nivel subyacente en las propuestas. Bastelica contraatacó diciendo que "la abstención, en ciertos momentos, es política revolucionaria". Perret y de Paepe, con matizaciones, expusieron como en sus países respectivos la clase obrera tomaba parte en actividades políticas. Marx, citando a Lorenzo y a Bastelica, intervino tratando de centrar la polémica en cuatro puntos:

- El tema que se trataba estaba dentro del punto relativo a la reorganización de la A.I.T., con vistas a las nuevas y difíciles circunstancias.
- La abstención obrera era favorecida por los Gobiernos burgueses.
- La acción política y la presencia obrera en los parlamentos era positiva, pues la tribuna "es el mejor instrumento de publicidad."
- La acción política debía desarrollarse con arreglo a "las condiciones de cada país."

En la séptima sesión continuó el debate con la intervención de Engels que se centró en combatir la abstención, en clara referencia a España y a Lorenzo, tal y como consta en el guión de su intervención: "la abstención está en contradicción no sólo con los Estatutos de la Asociación, sino también con las necesidades de la causa socialista. Los abstencionistas, en política, son personas que condenan lógicamente los esfuerzos de la Comuna de París..."

Bastelica presentó una proposición declarando que la Conferencia era "incompetente para zanjar una cuestión de principio", por lo que sólo debería tratarse sobre la impresión

de los Estatutos, remitiendo este tema al próximo Congreso. No hay constancia en acta de que Lorenzo, que no volvió a intervenir en el debate, participara en apoyo de esta proposición.

Marx contestó de nuevo a Bastelica en la octava sesión, insistiendo en que se discutía "una cuestión netamente de organización y no de principio" y extendiéndose en la historia del abstencionismo político, descargando duros ataques a sus defensores. Tras varias intervenciones favorables a las propuestas, intervino el delegado belga Verrycken en la misma línea que Bastelica en su última intervención. Consta en acta que le secundó éste pero continuó el silencio de Lorenzo.

Finalmente, se puso a votación la propuesta de Bastelica-Verrycken, que obtuvo cuatro votos favorables: los dos de los proponentes más Lorenzo y Coenen, otro delegado belga. Votaron en contra 13 y hubo una abstención.

A continuación se sometió a votación una propuesta presentada por los delegados suizos pidiendo que, ya que coincidían las propuestas de Vaillant y Serraillier en "la necesidad de la acción política del partido proletario", se encargara por la Conferencia al Consejo general dar una redacción final a ambos textos. Fue aprobada por 11 votos a favor, dos en contra, Vaillant, disconforme con refundir su propuesta y el belga Herman, y 5 abstenciones: Bastelica, Lorenzo y tres delegados belgas. Anselmo Lorenzo, en buena lógica, debería haber sido consecuente con el acuerdo abstencionista de Barcelona votando en sentido negativo.

Por último, debemos recoger que el delegado español traía un mandato imperativo de la Conferencia de Valencia para que

sometiera a discusión en Londres su "Proyecto de organización social de las clases trabajadoras." Se basaba en la estructura de las sociedades de resistencia, desde el plano local hasta el regional o nacional y la coordinación de estas Federaciones de oficio en el nivel internacional. Estos organismos realizarían las estadísticas sobre el estado y circunstancias de la clase obrera y constituirían cajas de resistencia "para los casos de huelga imprevista." Incluía también el acuerdo adoptado en Valencia sobre el procedimiento para declarar una huelga y fue concebido por los delegados de Valencia como el paradigma de la sociedad del futuro:

"Los Consejos federales regionales (nacionales), entendiéndose con el Consejo general, forman la estadística universal. Este Consejo, formando resúmenes y comparaciones, completa la obra de la exacta ciencia social.

La estadística, completada de esta manera... es la liquidación social practicada desde el primer día, es la Revolución consumada en el solo hecho de haberla intentado." (135)

Con admirable empeño defendió Lorenzo su mandato. Leyó Engels el texto en la cuarta sesión, y tuvo el delegado español que sufrir las críticas de Marx, Outine y el británico Mottershead, que le hizo ver lo rígido y anticuado del proyecto en relación con las prácticas de las Trade-Unions, si bien le reconocía "muy buena voluntad y un gran deseo de organización." Para colmo le manifestó que por experiencias parecidas en Gran Bretaña, "el principal inconveniente de este tipo de asociación es que el comité que dirige se vuelve generalmente conservador, incluso frente a la sociedad que representa." La defensa de los fondos reunidos penosamente en las cajas de resistencia llevaba a las direcciones a oponerse a muchas huelgas por defender lo

acumulado. La organización española carecía de experiencia, era muy reducida -Lorenzo había abonado las cuotas de 3.000 afiliados- y debería saber "que ningún obrero puede hacer ese trabajo (realizar estadísticas) si no ha hecho estudios especiales." Muy brevemente volvió a defender Lorenzo su propuesta alegando que la estadística era "la base de la ciencia social." El tema no se sometió a votación porque los Estatutos concedían a cada sección el "derecho de darse su reglamento y sus Estatutos, con arreglo a las circunstancias locales y a las leyes del país," por lo que hubiera resultado antiestatutario, pese al fervor de los delegados de Valencia, tratar de imponer una organización idéntica a todos los organismos de la Asociación.

En la siguiente sesión, Lorenzo suscribió una proposición de Delahaye tendente a constituir federaciones internacionales con los grupos de oficio federados a nivel nacional. Es el acuerdo que expusimos con el número 7 y que se aprobó por unanimidad. También, como vimos en el número 4, se prestó gran atención al tema de las estadísticas sobre la situación de la clase obrera, aunque sin dirigirlas directamente hacia la "liquidación social". Tanto su propia proposición, como la que secundó en la siguiente sesión, ocuparon buena parte de su tiempo y propiciaron un elevado número de intervenciones. El celo del español fue premiado con una felicitación que fue recogida en el apartado dedicado a los acuerdos especiales de la reunión londinense:

"La Conferencia agradece fraternalmente a los miembros de la Federación española su trabajo sobre la organización de la Internacional, el cual prueba una vez más su dedicación a la obra común." (136)

Teniendo en cuenta el contenido de la propuesta española y las características de un debate como el que se produjo en

Londres, los resultados parciales que obtuvo Lorenzo respecto a su mandato, y el elogio de la Conferencia sobre la F.R.E., puede decirse que salió bien librado del empeño. En sus memorias no lo juzgó así. Señaló que su documento no mereció el interés de los reunidos. Muy injustamente apuntaba que se sintió solo y que el deseo de aquellos no era "sino el de poner una gran reunión de hombres al servicio de un jefe." Frente a lo que ha permanecido en actas, y hemos glosado brevemente, Lorenzo reseñó, treinta años después, que "me oyeron como quien oye llover..."

Estos fueron, en líneas generales, los acuerdos de una Conferencia que abrió la última etapa de la Internacional y la actitud española, aún dubitativa como hemos visto, en la misma. Por su trascendencia posterior, y por las críticas coetáneas y presentes que sobre la misma existen, conviene aclarar algunos aspectos meramente procedimentales.

1. La Conferencia de 1871, como la anterior de 1865 en la misma ciudad, fue una solución extraordinaria y, por tanto, no prevista en los Estatutos generales de la A.I.T.
2. Su funcionamiento se apoyó, por analogía, en la costumbre admitida en el seno de la A.I.T. y en la práctica de sus Congresos. (Ver capítulo segundo).
3. La presencia de representantes del Consejo general, con número variable y no preestablecido, en los Congresos de la A.I.T., siempre con voz y voto, fue habitual desde el primero, celebrado en Ginebra.
4. La presencia de miembros del Consejo general en los Congresos, ostentando la representación de secciones, fue habitual desde el segundo de los mismos, celebrado en Lausana. El artículo 9º de los Estatutos generales permitía a las secciones que no pudieran enviar directamente su propio delegado, estar representadas a

través de otra. Así, seis miembros del Consejo general concurren representando a otros tantos países y uno de los delegados belgas, Coenen, representó además a las secciones de Holanda.

5. Nunca se estableció el quorum en la Primera Internacional para dar validez a una reunión en cualquiera de sus niveles. Todas las secciones podían enviar un delegado al Congreso, cifra que podía incrementarse en uno más por cada 500 afiliados. De hecho sucedieron casos, como en el Congreso de Bruselas, donde los delegados belgas fueron 56 y todos los demás sumaron 44. Nadie discutió esta desproporción, y sus acuerdos tuvieron plena validez. La asistencia a Londres, con estos simples requisitos, era libre.
6. Salvo la oposición previa de la Federación del Jura a que la conferencia resolviese el problema de la escisión en Suiza, nadie discutió la plena validez de la Conferencia, cuyo funcionamiento fue totalmente libre y democrático, participando en ella activamente desde su convocatoria, como se vió, varios dirigentes aliancistas miembros del Consejo general. Las críticas vinieron después, al conocerse el contenido de los acuerdos adoptados.
7. En todo momento se respetaron las normas y costumbres de la Asociación. Ningún acuerdo supuso alteración de aquéllas, y en cualquier caso se aprobaron con el compromiso unánime de revalidarlos en el siguiente Congreso, como de hecho se hizo con la famosa resolución IX en La Haya. (137)
8. No obstante lo anterior, el Consejo general, y sobre todo Marx y Engels, siempre celosos por el respeto a las prácticas democráticas en el seno de la organización, debieron prever que no se correspondían acuerdos de tanta trascendencia con la débil representatividad de aquella Conferencia.

Algo muy diferente fueron, como destaca Miklós Molnár, las consecuencias políticas derivadas de este encuentro. Actuaciones de trascendencia que aprobadas en la Conferencia de 1865 no tuvieron ninguna repercusión posterior, resultaron muy diferentes en 1871, ya que al existir una pugna soterrada entre dos concepciones antagónicas de la Internacional, estos acuerdos, como ya dijimos, fueron el detonante para su exteriorización. Como señala Angiolina Arru, las pretensiones de Marx fueron detener la expansión de los principios anarquistas en el interior de la A.I.T. y contrarrestarlos con una definición política que, en cierta forma, figuraba en textos anteriores de la Internacional. Pese a lo anterior, debemos reiterar finalmente que nunca se habían articulado tan rotundamente como en Londres. Marx previó en los textos el giro que debía dar la organización, pero se equivocó totalmente en el momento escogido para hacerlo.

* * *

Una vez concluida la Conferencia de Londres se produjeron en España dos acontecimientos que incidieron directamente sobre la existencia de la Internacional. El primero de ellos fue un nuevo debate en las Cortes dirigido a declararla fuera de la ley, el segundo la recepción de las resoluciones de la Conferencia y, poco después, de la respuesta bakuninista a través del acuerdo adoptado en Sonvillier (Suiza).

De vuelta a Madrid, Anselmo Lorenzo dió cuenta de su gestión ante el Consejo federal. El acta de la sesión del 4 de octubre dedica ocho escasas líneas a esta exposición. Aún conscientes de la gravedad de los acuerdos de la Conferencia en relación con los aprobados en Barcelona y Valencia por ellos, decidieron darlos a

conocer a las federaciones locales, junto con el informe de Lorenzo, una vez que se recibieran desde el Consejo general. Mora, por su parte, indica que les detuvo realmente el contenido de la resolución adoptada sobre la acción política y "las declaraciones graves que allí se hicieron respecto a la división entre la Federación Romanda y la del Jura." En este punto, y siguiendo sin duda la información dada por el delegado español en Londres, agrega Mora que los del Jura "no tuvieron representación en la Conferencia, y un individuo del Consejo General que, por sus antecedentes y compromisos, debería haberlos defendido, se limitó a dirigir un ataque, rehuyendo después toda discusión." Después de esta clarísima acusación contra Robin, que se complementa con lo que recoge Lorenzo en sus memorias y que citamos en el apartado anterior, concluyó el informador manifestando que por esas razones no pudo "formar juicio exacto" sobre la cuestión. Como se desprende de lo expuesto, la información de Lorenzo, destinada fundamentalmente a ganar tiempo y ver como evolucionaban los acontecimientos, fue mucho más importante por lo que ocultó que por lo que dijo. Nada trascendió sobre su comportamiento en la comisión que estudió la división suiza, sobre sus posibles claudicaciones y sobre las dudas que le asaltaron en aquellos puntos delicados en los que, a diferencia de la cuestión política y la de organización, no llevaba un mandato claro desde España. (139)

Mientras se tomaban estas decisiones en el seno de la dirección española de la A.I.T., transcurrían las primeras semanas de estancia forzada en nuestro país de Paul Lafargue. El antiguo secretario-corresponsal para España, como se recordará, residía en París desde 1868. En mayo de 1870 se le habían encomendado responsabilidades especiales, desde Londres, a causa del artificioso complot organizado por el Gobierno de Napoleón III contra la Internacional, en cuyas filas de la sección parisina colaboraba intensamente. Conoció la experiencia de la Comuna antes de su aplastamiento y también tomó parte en la

insurrección que tuvo lugar en Burdeos, ciudad de residencia de su familia, entre el 13 y el 18 de abril de 1871. Tuvo una actividad muy destacada en la reconstrucción de las secciones internacionalistas de la capital de la Gironda, colaboró en la prensa obrera y participó en múltiples actividades políticas, manteniendo de todo ello informado al Consejo general de Londres. En agosto se trasladó con su familia al balneario de Luchon, en el Pirineo francés y el día 4, avisado de que iba a detenerle la policía, cruzó la frontera internándose en territorio español. La policía francesa dió cuenta del hecho a la española que, sin cargo alguno contra él, procedió a su detención en Graus el día 11, trasladándolo a continuación a Huesca. Enseguida se supo la noticia, pues no resultaba normal detener en la capital oscense a un médico francés, partidario de la Comuna y yerno de Karl Marx para más abundamiento. En aquellas fechas la derecha española no dejaba de mostrar su malestar por la supuesta "invasión" de internacionalistas que procedían del país vecino a causa de la represión desatada en el mismo. Pocos días después de su arresto daban información de éste en las páginas de La Constitución, de donde se haría eco el semanario internacionalista de Madrid La Emancipación, que dió la noticia el 21 de agosto de 1871. Al final del suelto acusaba recibo del semanario socialista belga La Liberté, del que recogía esta confirmación:

"Pablo Lafargue, médico de Burdeos, se hallaba tomando las aguas de Luchon, en compañía de su señora esposa y de sus dos cuñadas, hijas de Karl Marx, cuando fue obligado por la policía a huir de la población."

Es probable que fuera también a través de este periódico de Bruselas como llegó la noticia al Consejo general, puesto que Engels informó sobre el particular en la sesión celebrada el 22 de agosto, si bien con el detalle no comprobado de que había sido trasladado a Madrid, escoltado por la policía. También informó,

esta vez correctamente, de que no hallando nada de que acusarle, las autoridades españolas habían procedido a su puesta en libertad. Con algunos días de retraso recogieron también esta noticia en sus páginas los semanarios internacionalistas de Barcelona y Madrid. El 27 fue La Federación, que felicitaba al "miembro de la Internacional" por su liberación, y al día siguiente La Emancipación, que se sumaba al parabién exponiendo que se había comprobado la falsedad de las acusaciones "de delito común" formuladas por la policía francesa para conseguir la extradición de Lafargue a su país de procedencia. Una vez libre se estableció con su familia en San Sebastián, quizás con la esperanza de poder regresar a su domicilio en Burdeos. Desde la capital guipuzcoana, con un hijo de corta edad afectado por una enfermedad crónica y tratando de restablecer los contactos con el administrador de sus bienes para poder subsistir, transcurrieron varios meses. En octubre, por otra parte, se iniciaron en el Congreso de los Diputados los debates contra la Internacional, hecho éste que también debió aconsejar a Lafargue su permanencia en San Sebastián. (140)

Presidía el Gobierno español el radical Ruiz Zorrilla, que se mostró respetuoso con la Constitución y con la Internacional, cuando el diputado tradicionalista -extrema derecha- Jové y Heviá anunció el 2 de octubre una interpelación al ejecutivo "por su culpable tolerancia con la irracional, ilegítima, inmoral y extranjera asociación que se ha dado el mentido nombre de Internacional de trabajadores." No tuvo tiempo de responder el Gabinete ya que el día cinco subían los sagastinos al poder bajo la presidencia de Malcampo. El 7 insistió el diputado tradicionalista con una pregunta en la que aludía a los artículos de la Constitución que garantizaban la libertad de reunión y de asociación, y se reclamaba la promulgación de una ley que permitiera disolver "toda sociedad que atenta contra la seguridad y tranquilidad pública." El 16 de octubre se inició el debate en las Cortes bajo la presidencia de Sagasta, que de esta forma

protagonizó el segundo ataque en regla de la reacción contra el organismo internacional. Para el Gobierno, plantear este tema suponía enfrentar a los partidos de oposición y agudizar aún más las contradicciones existentes sobre materias sociales en el seno del republicanismo español. Mostróse el Gobierno favorable a reprimir el crecimiento de la Internacional y tras varias semanas de intensos debates se votó finalmente, el 10 de noviembre, la siguiente proposición incidental: "que la sociedad conocida con el nombre de la Internacional no es de las consentidas por la Constitución del Estado." Tan irregular acuerdo fue aprobado por 192 votos a favor y 38 en contra.

Este acontecimiento, pretendiendo claramente acabar con la Internacional, produjo un efecto totalmente contrario. Durante un mes toda la prensa estuvo pendiente de la tribuna parlametaria, la Internacional fue el tema político por excelencia y su existencia fue conocida de un extremo al otro del país. El Consejo federal, mientras tanto, consciente del peligro que se cernía sobre la organización previó medidas para preservarla, incluso pasando a la clandestinidad si era necesario. Al día siguiente de iniciarse los debates, salió a la calle el 17 de octubre con un manifiesto, redactado por Mora, y dirigido "A todos los trabajadores y a todos los hombres honrados del mundo." En su contenido hacía una encendida defensa de la Asociación frente a las "calumnias" que se le dirigían desde el parlamento y concluía con un párrafo que denotaba la evolución que se estaba produciendo en el órgano ejecutivo de la F.R.E., tras la Conferencia de Londres:

"Si nos declaran fuera de la ley, trabajaremos a la sombra; si esto no nos conviene, prescindiremos de la organización que tenemos hoy, formaremos un partido obrero colectivista e iremos a la revolución social inmediatamente."

La integridad e independencia del Fiscal del Tribunal Supremo de Justicia, Eugenio Díez, vino a interponerse el 23 de noviembre, con una Circular, ante los deseos represivos del Gobierno. Con tesis que recordaban algunos argumentos manejados por la oposición en el debate, exponía que "Para el Ministerio fiscal, es contrario a la moral pública todo lo que por el Código Penal está calificado de falta o de delito: ni mas ni menos." Justificaba a continuación las prácticas huelguísticas en función de la escasez de los salarios y concluía afirmando que las asociaciones existentes en España, en clara alusión a la Internacional, eran perfectamente legales mientras no cometieran ningún delito de los contenidos en el Código Penal. La prensa obrera se hizo eco inmediatamente de este documento, que calificó como "Una bofetada dada a la reacción" (La Emancipación, 17 de diciembre de 1871) y el Gobierno, que no cejó en su empeño, destituyó abusivamente al Fiscal. (141)

El 17 de noviembre había recibido el Consejo federal los textos de la Conferencia de Londres, "y se acordó publicarlos en unión de los de Valencia y remitirlos a las federaciones." El 26 los reprodujo íntegramente La Federación y al día siguiente La Emancipación. En este caso, acompañadas de un editorial titulado La política de la Internacional, debido indudablemente a la pluma de Mesa, que tuvo honda trascendencia en el seno de la organización. De manera razonada y sutil se planteaba deshacer la contradicción que algunos pudieran advertir entre la actitud anterior del periódico y las Resoluciones de Londres:

"Nosotros no hemos dicho nunca que la clase trabajadora, ni la Asociación Internacional, que representa su más alta aspiración, debiera prescindir de toda idea política; antes al contrario, lo que hemos sostenido y seguimos sosteniendo, es que la clase obrera debe tener una política propia, una política que

esté en armonía con sus intereses de clase y (que) responda a sus legítimas aspiraciones; política que no puede ser de ningún modo la de los partidos burgueses..."

A continuación destacaba el acuerdo de Londres para señalar que ello no quería decir "que debamos acudir hoy a las urnas", si bien, más adelante, indicaba que la misión más grande y "más revolucionaria, consiste en la organización del sufragio universal por medio de la agrupación y federación de las sociedades obreras", para evitar que su ejercicio siguiera siendo "una sangrienta burla." Rechazaba "los antiguos partidos políticos, formados por las clases poseedoras, incluso el partido republicano federal" y pedía la abstención de participar en su política, concluyendo por manifestar que esa era "la política de la Internacional", "lo opuesto de lo que nos aconsejan nuestros enemigos." Por primera vez se producía una declaración que, aunque con ambigüedades calculadas, rechazaba claramente el apoliticismo de la clase obrera y llamaba a establecer "una política propia", apuntando, además, al papel que podía desempeñar la organización en la regeneración del "sufragio universal" en nuestro país. La Federación, no consciente de lo que se deslizaba entre las líneas de este editorial, lo reprodujo el 3 de diciembre en sus páginas.

Al día siguiente de que publicara el semanario madrileño tan importante artículo, escribía Mesa una carta a Lafargue, dirigida a San Sebastián y fechada el 28 de noviembre en Madrid. Por la misma, se deduce que junto a Francisco Mora venía carteándose con aquél al menos desde mediados de octubre. En la misiva le informaba sobre el desarrollo de la organización -Las Tres Clases de Vapor, en Cataluña, había adoptado los principios y el reglamento de la Internacional- y le comentaba la situación política general. A continuación, sin citarlo, se introducía en

el contenido de su artículo en La Emancipación, poniendo en claro sin rodeos los fines que se ocultaban en aquél tras su calculada ambigüedad: "Desde mi punto de vista, los obreros no deben evitar la cuestión política, como lo han hecho hasta ahora; los acontecimientos nos fuerzan a entrar. Pero deben poner esta cuestión claramente aparte, separadamente de los viejos partidos y sobre un terreno revolucionario, sobre el terreno de la abstención. Es la única política que puede convenirnos hoy, vista nuestra débil organización, el estado del país y la profunda corrupción de todos los partidos políticos." (142) A continuación le explicaba que era un buen procedimiento para hacer política real más tarde, tras atraerse con esta actitud inicial a "la masa del partido republicano", influida en aquellos momentos por la abstención a causa de su disgusto hacia la "farsa del parlamentarismo" que contemplaban.

Además de la importancia que denota el texto, por aclarar los objetivos de Mesa, esta carta tiene gran importancia porque venía a demostrar cual era la posición que, como se vió, compartía la redacción del semanario madrileño y, por ello, los miembros del Consejo federal que pertenecían a la misma. A diferencia, pues, de lo que se ha venido manteniendo desde hace muchos años por la historiografía anarquista, Lafargue no fue un agente enviado por Marx a España para sembrar sus postulados en torno a la Internacional en un país que hasta entonces mantenía por entero, según ellos, su fidelidad a los principios anarquistas. Lafargue, como vemos, ni vino voluntariamente ni descubrió con sus posiciones ningún océano en España. Sí es cierto, por otra parte, que con sus experiencias y su preparación cultural, así como por su conocimiento extraordinario de la organización y de su normativa, fue un apoyo decisivo para aquel grupo de La Emancipación que, pocos meses después, dió lugar al núcleo "marxista" de la Internacional española.

Al igual que se carteaba con los dirigentes españoles citados, Lafargue mantenía también correspondencia con Engels, al que informaba, como recogen las actas del Consejo general, sobre la situación en España. Sin embargo, no debió ponerle al corriente, por razones que ignoramos, de las actitudes que aquellos miembros del Consejo federal, del que era secretario general Mora, iban adoptando respecto a la "cuestión política." Es el caso que Engels, que el 26 de septiembre había sido elegido por unanimidad secretario-corresponsal para España en la dirección de la Internacional, no tenía noticias de su Consejo federal pese a haberle escrito dos cartas, la última "certificada" el 8 de noviembre. Bien sea porque le dejó preocupado la postura de Lorenzo en la Conferencia, porque ya se conocía el rechazo de los anarquistas o por no recibir noticias cuando le constaba que ya debían haber recibido las resoluciones de Londres, Engels fue presa del nerviosismo y decidió tomar medidas enérgicas que, previamente, comunicó a Lafargue el 24 de noviembre. En la carta le hacía partícipe de sus preocupaciones con estas palabras:

"Hoy mismo sale mi ultimátum al Consejo federal de Madrid, en carta certificada, les digo que si su silencio continúa, debemos proceder como nos lo dictará el interés de la Internacional. (Esta última frase en español en el original) Si no contestan, o lo hacen de manera inconveniente, os enviaremos de inmediato plenos poderes para toda España. Mientras tanto, tienes, como cualquier otro miembro, el derecho, a través de nuestros estatutos, de formar nuevas secciones." (143)

Como se ve, en aquellas fechas Engels daba por perdida la batalla en nuestro país y aprovechaba la presencia de Lafargue en España para mantener aquí algún apoyo en la línea del Consejo

general: "Es importante que, en caso de escisión, tengamos siempre una cabeza de puente en España, incluso si toda la organización actual deserta con armas y bagajes al campo bakuninista, y es contigo únicamente con quien podremos contar entonces." Pese al relativo aislamiento de Lafargue en San Sebastián, y sin que figuren en la carta nombres o direcciones a quienes dirigirse, concluía la misma con estas indicaciones:

"Haz pues lo que puedas por reanudar por todas partes las comunicaciones con los hombres que podrían sernos útiles en tales circunstancias. Estos bakuninistas quieren transformar absolutamente la Internacional en una Sociedad abstencionista, pero no les resultará".

Tal y como anunciaba a su amigo, el 25 de noviembre envió su escrito al Consejo federal español.

En el mismo, tras lamentar la falta de respuesta a sus dos cartas anteriores, no ocultaba su pesar por tener informaciones, por el contrario, "de que una pequeña minoría de internacionales intenta escindir las filas de la Asociación y conspira contra los acuerdos de la Conferencia y contra el Consejo General" en nuestro país. Desvelada la causa de su inquietud, que no podía referirse mas que a la creación de nuevas células aliancistas por Morago tras su enfrentamiento con el Consejo federal, elevaba el tono de su carta en términos imperativos: "... exigimos que nos hagáis llegar las inculpaciones o acusaciones que se hayan formulado en contra nuestra -como es vuestro deber- con objeto de que podamos refutarlas." Por último rogaba que contestaran su escrito aunque hubieran aceptado "las calumnias citadas" ya que de lo contrario, amenazaba, "procederemos como los intereses de la Internacional exigen de nosotros." (144)

Con gran rapidez contestó Mora a Engels el 29 de noviembre, "particularmente, y de ligero", hasta tanto se reuniera el Consejo federal. Dejando ver sus sentimientos de amistad hacia el alemán, pero con entereza, rechazaba el tono de su escrito: "... se necesitaría decir menos de lo que vosotros decís en vuestra carta para que se sublevase nuestra sangre meridional creyendo que se trataba (sic) de una imposición. ¿Desde cuando os creéis con el derecho de suponer que nuestro silencio sea cómplice de planes contrarios a la Asociación? Nuestro silencio obedece única y exclusivamente al poco tiempo que nos dejan libres nuestras muchas ocupaciones,..." Manifestaba ignorar, por otra parte, las "comunicaciones calumniosas" citadas por Engels -que quizás se refería a la Circular de Sonvillier, fechada el 12 de noviembre pero que llegó a España a finales de diciembre- y rechazaba el párrafo final, "que es un insulto embozado y una amenaza a la vez", al tiempo que decía no tomarlo en cuenta y bromeaba sobre el posible "momento de buen humor" en que Engels lo habría escrito. Se despedía con un expresivo: "Amigos sed más justos con nosotros" y adjuntaba una posdata con alentadoras noticias sobre el crecimiento de la organización, "desde el debate de las Cortes", y pidiéndole las direcciones de los distintos Consejos federales de la Asociación con objeto de enviarles folletos con la organización de la F.R.E., así como su prensa. (145)

El 12 de diciembre se hizo cargo de la Presidencia del Consejo de Ministros el viejo adversario de la Internacional Práxedes Mateo Sagasta.

El día 24 de aquel mes Lafargue se veía obligado a trasladarse a Madrid. La Emancipación, al día siguiente, teniendo compuestas las páginas del semanario con antelación, daba esta noticia: "Nuestro amigo y compañero Pablo Lafargue, ha recibido de la policía la orden de salir inmediatamente de aquella población." Una vez en la citada capital, Lafargue se puso en

contacto con los redactores del semanario, a alguno de los cuales, como vimos, ya conocía por su relación epistolar.

El 25 de diciembre, en el mismo número que recogía la información sobre Lafargue, publicó La Emancipación la ya citada "Circular a todas las Federaciones de la Asociación Internacional de Trabajadores", fechada en Sonvillier el 12 de noviembre de 1871. El Consejo federal español trató el tema en su reunión del 23, acordando remitir el escrito a todas las federaciones locales, acompañándolo de "todos los documentos que ayuden a ilustrar la cuestión que en dicha circular se trata." El texto constituía el primer ataque directo llevado a cabo por una Federación, la "Jurasiana", contra el Consejo general y la primera rebelión manifiesta contra los acuerdos de la Conferencia de Londres. La circular daba cuenta de la constitución, bajo el nombre indicado, de un organismo que reunía a las diversas secciones de la montañosa región del Jura y bajo la apariencia de un documento dirigido contra las atribuciones reglamentarias del Consejo general, manifestaba una concepción ideológica y organizativa totalmente adversa a las sostenidas por la organización hasta entonces. Tomando como punto de partida las nuevas atribuciones conferidas a la dirección de la Internacional, de forma netamente democrática, en el Congreso de Basilea, acusaban a ésta reiteradas veces de "autoritaria", "dictatorial", "centralista", de comportarse "como el jefe legítimo de la Internacional" y de considerar a ésta "como una propiedad personal." Hacía hincapié sobre la permanencia del Consejo general en Londres, criticaba el sistema de elección y definía a la A.I.T. como "una inmensa protesta contra la autoridad." Denunciaban a la "Conferencia secreta" de Londres como contraria a los Estatutos y con una mayoría "falseada", puesto que el Consejo general había enviado seis delegados. Rechazaban el intento de transformar la Asociación "en una organización jerárquica, dirigida y gobernada por un Comité" y reclamaban la celebración de un Congreso, el respeto absoluto a

la autonomía de las secciones y la vuelta del Consejo general a sus funciones de "simple oficina de correspondencia y estadística", al tiempo que insistían en los principios de "libertad y federación." La Circular, como puede verse, era tan importante por lo que decía como por lo que ocultaba. Así, no insinuaba siquiera que los autores y ponentes de las nefastas "Resoluciones administrativas" de Basilea, que habían permitido la transformación del Consejo general en un poder "dictatorial" y "autoritario", habían sido dos consecuentes anarquistas: Bakunin y Robin. Tampoco decía que tan perniciosas resoluciones habían sido aprobadas con el voto favorable de los más destacados anarquistas franceses, italianos, españoles y suizos presentes en aquel Congreso, entre ellos, dos de los firmantes y principales promotores de la Circular: James Guillaume y Schwitzguèbel. Por supuesto, nada que decir sobre la presencia de dos dirigentes de su tendencia entre los miembros que asistieron a la Conferencia y que aprobaron con sus votos decisiones contra la A.D.S., que constituían, en el fondo, una de las razones principales de aquel escrito, que vino a provocar, precisamente, aquello que él mismo vaticinaba: "la guerra, la guerra abierta, estalla en el seno de nuestra Asociación." (146)

El Consejo federal, consciente de lo que tal escrito suponía, decidió, en palabras de Mora, mantenerse neutral y "no dar paso alguno que pudiera contribuir a aumentar la división." Con estas noticias inició Lafargue, que venía de Burdeos convencido de la necesidad de organizar a la clase obrera en partido político, sus tareas en la capital de España.

El año 1871 concluyó con grandes esperanzas en el Consejo general sobre el rumbo que iban tomando los acontecimientos en España. Desde la llegada de Lafargue a Madrid, su correspondencia con Londres fue muy fluida y su contacto con el Consejo federal español, como se desprende de la misma, se fue estrechando día a

día. Para Engels, con independencia de sus relaciones oficiales con la dirección española, que seguían siendo parcas, la presencia de su amigo y compañero en Madrid, en aquellos momentos críticos por los que atravesaba la organización, fue una ayuda inestimable: "... es una verdadera suerte que estéis en este momento (en Madrid) -escribía el 30 de diciembre- pues las reticencias y el silencio del Cons(ejo) español son de tal naturaleza que provocan interpretaciones poco agradables. Hace 24 días que he escrito a Mora y ninguna respuesta..." (147)

Pese a la publicación de la Circular del Jura, el artículo de Mesa sobre la política de la Internacional, y la previsible adscripción a sus filas de los miembros del Consejo federal, hicieron concebir a Engels, que había dado todo por perdido, muchas esperanzas sobre la decantación favorable a las tesis de Londres de la Federación española. En carta a Lafargue, fechada el 9 de diciembre, manifestaba un optimismo desbordado: "Así pues, en España el proceso está ganado", y añadía más adelante, "la victoria ganada en España reduce mucho el terreno de la lucha. No quedan más que la rama francesa no reconocida aquí (en Londres) -15 miembros-, la de Ginebra, los jurasianos como adversarios declarados y los italianos como dudosos." (148)

Lanzado a la confrontación con los anarquistas, y sin mas apoyo que el citado artículo, publicó el 12 de diciembre en el periódico milanés La Plebe, el siguiente texto:

"Por lo que se refiere al acuerdo de la Conferencia sobre la acción política, me complace que la Federación española, como se comprueba por los últimos números de La Emancipación de Madrid y La Federación de Barcelona (del 3 de diciembre) ha acordado ese acuerdo plenamente y sin reservas. La transformación de la Internacional

española en un partido político especial e independiente es ahora una cosa acordada. Nuestra causa en España marcha de un modo excelente: ¡19.000 a 20.000 nuevos miembros en menos de tres meses!"

Finalmente, el 19 del mismo mes informaría en términos similares al Consejo general sobre los avances alcanzados en España. (149)

Lafargue, mientras tanto, aprovechó su estancia en Madrid para estrechar sus relaciones con el Consejo federal. A este respecto comunicaba a Engels que "el Consejo de Madrid está en la mejor disposición hacia el Consejo general y está dispuesto a mostrar su posición cuando llegue el momento." A continuación venía a confirmar que esta actitud de la dirección española era anterior a su llegada: "Todo esto prueba que el Consejo federal de Madrid tiene las mejores intenciones hacia vosotros y os puedo asegurar que no soy yo quien le ha empujado en esa dirección, pues he preferido dejarles actuar." (150)

Dispuesto a apoyar hasta el final al Consejo londinense, Lafargue solicitaba documentación para contrarrestar la propaganda de los bakuninistas, con la seguridad de publicarla en La Emancipación. Por este conducto recibió la circular de la Federación francófona suiza, fechada el 20 de diciembre, que contenía un durísimo rechazo a lo expuesto por la emitida en Sonvillier, publicándose en las páginas del semanario madrileño el 7 de enero de 1872. También con esta fecha informó Lafargue a Engels de una noticia que ponía al descubierto la rivalidad existente entre el Consejo local de Madrid y el Consejo federal, rivalidad que a muy corto plazo sería nefasta para los miembros de dicho Consejo y, por ende, para sus aspiraciones. Como suele suceder, y según el informe de Lafargue, la dirección local de

Madrid, cuyo mentor era Morago, deseaba controlar los movimientos del Consejo, ya que éste tenía su sede en la citada capital. En esta situación se había celebrado una asamblea local para tratar sobre la Circular del Jura. En ella, Mesa y otros asistentes propusieron que se tocara al mismo tiempo la suscrita por la Federación francófona, a lo que se opuso la asamblea, encabezada por Morago, por no constar ese punto en el orden del día. Se produjo una gran protesta, a consecuencia de la cual, Morago expuso que el tema debería ser debatido en un Congreso y que se solicitaría a las secciones su opinión sobre la oportunidad de convocar uno con carácter extraordinario. La partida, puede decirse, quedó en tablas, y al menos no se aprobó el apoyo de la Federación madrileña a la Circular de Sonvillier, pero el liderazgo del aliancista sobre los afiliados madrileños parecía confirmarse.

La Federación de Palma de Mallorca, cuyo secretario era el aliancista Francisco Tomás, fue la única que acordó en su asamblea del 14 de enero secundar la propuesta solicitada desde Sonvillier, ya que ni siquiera Barcelona, a la vista de la neutralidad defendida por el Consejo federal, decidió aprobar el contenido de la citada Circular. (151)

Mientras seguían su curso estas polémicas motivadas por las Circulares suizas, a las que se sumó lo acordado por la Federación belga en su Congreso de diciembre de 1871, que publicó el día 30 La Emancipación destacándolo como "un modelo de imparcialidad y buen sentido", volvió a alterar la vida de la Internacional una nueva medida contra ella impulsada por Sagasta. Nos referimos a la Circular del 16 de enero de 1872 "dando instrucciones a los gobernadores acerca del orden público, de la Internacional, las huelgas y el filibusterismo." Siguiendo la línea emprendida en las Cortes durante los debates de mayo y junio del año anterior y la resolución de noviembre, a los que ya

nos referimos, continuó con este documento sus ataques contra la Internacional, a la que dirigía los siguientes dictérios:

"Esta secta comunista, verdadera conspiración social contra todo lo existente, que proclamándose a sí misma como la más absoluta negación de Dios y del Estado, de la propiedad y de la familia, pretende elevar a la categoría de principios político-sociales teorías que en toda sociedad organizada no pueden considerarse de otra manera que como la utopía filosofal del crimen..." (152)

Tras otros razonamientos de esta naturaleza, concluía señalando a los destinatarios de la Circular que debían considerar "a la Internacional como fuera de la Constitución del Estado, y dentro del Código penal, por hallarse comprendida en su artículo 198..."

Por fortuna para la organización, y pese a que se prodigaron los actos represivos con la aplicación de la Circular, ésta no supuso su prohibición absoluta, prosiguiendo su labor por encima de las dificultades. En sendas reuniones celebradas el 17 y el 24 de enero, a la primera de las cuales fueron invitados Lafargue y Morago, adoptó el Consejo federal la decisión de enviar una Circular a las Federaciones locales con las instrucciones necesarias, así como también la de publicar un manifiesto, cuya redacción se encomendó a Mora, que apareció el 31 de enero de 1872. (153) Redactado en tonos persuasivos y con un lenguaje moderado, en comparación con textos anteriores, exponía todo un programa socialista e iba dirigido realmente, como se vió muy pronto, al conjunto de trabajadores situados aún en el campo republicano y dubitativos ante su posible adscripción a las filas de la Internacional. El texto, pese a aludir a la anarquía, seguía en la línea diseñada por Mesa en noviembre anterior;

aprovechar la debilidad del partido republicano, cuyas tensiones entre "intransigentes" y "benévolos", así como sus indecisiones políticas hacían cundir el hastío en sus filas, y atraer al campo internacionalista las fuerzas suficientes como para permitir, a corto plazo, la irrupción en el plano político con una organización propia basada en el programa de la Internacional. Entre tanto, el número de federaciones locales había pasado en seis meses de 12 a 50 y el Consejo federal apenas contaba más que con sus Circulares y con La Emancipación para tratar de influir sobre ellas. Para paliar esta desconexión, se acordó en su sesión del 7 de febrero que Lorenzo y Mora efectuaran un viaje de propaganda por las zonas este y sur, respectivamente, no pudiendo hacerse lo mismo en el norte por falta de recursos. Como puede comprenderse, no fueron estos medios suficientes para orientar una organización que crecía por momentos. La Alianza, por su parte, continuaba activa en Barcelona, Madrid, Sevilla, Palma de Mallorca y Valencia, desde donde partió una circular el 30 de ~~enero~~ ^{enero} acusando al Consejo federal de faltar a sus deberes con respecto a la misma. (154)

Sin contar siquiera con el apoyo de la Federación local madrileña, una parte del Consejo federal fue asumiendo cada vez con mayor claridad los principios sobre la organización defendidos por Marx, Engels y la mayoría del Consejo general, los cuales fueron siendo apoyados prácticamente por todas las Federaciones nacionales existentes. Llevados quizás por la trascendencia de su responsabilidad en la Federación, por el desmedido optimismo de Lafargue y por la aparente neutralización de la Alianza en España, emprendieron un camino cuyas dificultades, como se demostró, nunca sopesaron debidamente. Las pruebas sobre sus inclinaciones hacia Londres iban manifestándose, aunque de forma velada, en sus documentos y en las páginas de La Emancipación. Además de esto, su relación cada vez más estrecha con Lafargue era un hecho conocido. Con estos datos no es arriesgado imaginar que la Alianza restableciera sus

contactos estructurando una red que se extendería por muchas federaciones, controlando, además, diversos periódicos de la Internacional en Barcelona, Sevilla y Madrid. Lo expuesto en estas líneas obtuvo, en cierta forma, su confirmación con la aparición a primeros de febrero de 1872 de un nuevo periódico internacionalista en Madrid. Se denominó El Condenado, con el subtítulo de "Periódico socialista" en un principio, que pronto sustituyó por el de "Periódico colectivista, defensor de la Internacional." El alma del nuevo semanario fue González Morago y su mero nacimiento en una capital donde ya existía una publicación oficial de la Internacional, con la finalidad de "defenderla", dejaba muy a las claras los objetivos aliancistas que concurrieron en esta decisión.

* * *

Fue, en las circunstancias descritas, en las que la redacción de La Emancipación decidió dar un paso de gran trascendencia ante los republicanos.

Como se apuntó más arriba, un destacado miembro del Directorio republicano y eminente parlamentario, Emilio Castelar, había manifestado en junio de 1871, en unas circunstancias notablemente influidas por el desenlace de la Comuna, que estaría dispuesto a apoyar a un Gobierno radical. Esta declaración propició en parte el acceso de Ruiz Zorrilla al poder, al tiempo que la izquierda de los republicanos repudiaba cualquier contacto con los partidos que admitían la monarquía, en este caso la de Amadeo I de Saboya, aún cuando se tratara de los radicales. Esta actitud de Castelar dió lugar a la fracción que se llamó "benevolente", en contraposición a la más extrema que fue

calificada de "intransigente". En cierta forma, estos dos bandos fueron los sucesores de las dos fracciones ya existentes compuestas por los parlamentaristas, que confiaban en su labor política desde las Cortes y en la utilización de la propaganda, sin penetrar en la problemática social, y los revolucionarios. En abril de 1871, tras su fracaso electoral del mes anterior, celebraron su IIª Asamblea en Madrid. En ella fue elegido presidente Pi y Margall, al que siguieron otros "benevolentes" como Castelar y Orense. La fuerza de su fracción extrema, que era mayoritaria en la capital española, se manifestó con la inclusión en el ejecutivo de Salvochea, Pruneda y Barcia, otorgando a su jefe de filas, García López, la dirección de La Igualdad.

Al llevar los sagastinos al Congreso de los Diputados la discusión sobre la Internacional, se enfrentó a los partidos de la oposición entre sí y se logró, por primera vez, que la minoría republicana votara dividida. También la Comuna produjo este mismo efecto en el republicanismo europeo, baste recordar que Mazzini, en sus últimos meses de existencia, condenó el hecho revolucionario de París, el socialismo y la Internacional. Esta actitud benefició a los "intransigentes" quienes, de forma oportunista, agregaron a su programa, que defendía el viejo "retraimiento" ante las urnas y la condena a cualquier "entendimiento" con los partidos monárquicos, la defensa de la revolución armada y la asunción de un programa de reformas sociales con el que ganar el apoyo de los sectores obreros del partido, que reprochaban a su Directorio el abandono permanente de la cuestión social.

A la vista de este panorama en las filas republicanas, y dado el benéfico resultado que ello produjo en la Internacional, Mesa se dedicó en el verano-invierno de 1871 a fustigar con dureza a aquel partido, encauzando a los desilusionados del mismo, pertenecientes a la clase obrera, con dos ofertas que

dieron su fruto: el abstencionismo, que encajaba con el retraimiento que defendían y el programa de reformas sociales más completo que podía ofrecerse, el de la Internacional.

Con objeto de abordar los temas sociales y conscientes de la sangría que iba produciendo en su seno la actitud de la A.I.T., el Directorio republicano convocó su IIIª Asamblea en Madrid, para tratar lo expuesto, el 25 de febrero de 1872. José Mesa, aprovechando la oportunidad que se le presentaba, y siguiendo la línea iniciada meses atrás, que utilizaba la abstención como reclamo, rebajando el principio anarquista a su mero valor instrumental, pero teniendo como finalidad a corto plazo la organización de la clase obrera en partido político, utilizó la gran resonancia que le brindaba la convención republicana. Con la misma fecha de su inauguración, y suscrito por la redacción del semanario, les dirigió un escrito titulado, "A los representantes del Partido Republicano Federal reunidos en Madrid", que se publicó en La Emancipación del 3 de marzo de 1872. El documento constaba de tres partes claramente delimitadas. La primera, en breves y certeros trazos, resumía el papel de comparsa jugado por la clase obrera en las revoluciones burguesas. La segunda denunciaba la actitud de los republicanos ante la cuestión social, condenaba la publicación en La Igualdad de la carta de Mazzini contra la Internacional y pasaba a desmontar, uno a uno, los puntos que para resolver los problemas sociales incluían los republicanos en su proyecto. Finalmente, ofrecía como alternativa el programa de la Internacional recogido en el Manifiesto del 31 de enero anterior:

"El Manifiesto del Consejo federal de la región española contiene un programa de las primeras medidas revolucionarias que deben tomarse para dar una garantía eficaz a la libertad individual y al sufragio universal, que queremos ver establecidos, no de una

manera platónica e ideal, sino de una manera real y práctica." (155)

Como complemento de lo anterior, ofrecía a los trabajadores, "sin distinción de sexo, color ni nacionalidad, el uso gratuito de todos los instrumentos de trabajo", entendiendo por tales "la tierra, las fábricas, los ferrocarriles, las minas, los arsenales, los buques, el capital moneda, etc." Todo este conjunto, que denomina con el término marxista de "instrumentos de producción", pasarán a ser propiedad de la sociedad en su conjunto, "y todo trabajador percibirá el producto íntegro de su trabajo, sin mas deducción que el importe de los gastos generales..."

Esta exposición de un programa socialista, sin la más leve referencia a la anarquía, la liquidación social, la revolución universal, etc. venía precedida de un rechazo puntual de determinadas opciones aceptadas como eficaces en el bando republicano. De esta forma, el escrito rechazaba "como medidas importantes para curar los males del proletariado, la libertad y el federalismo" que se ofrecían como panacea en Suiza y los Estados Unidos, "repúblicas federales" donde la clase trabajadora sufría la "misma explotación (sic) capitalista que los obreros españoles en la monárquica España." A continuación, y con igual rotundidad, criticaba "el impuesto sobre la renta", la "reducción de las cargas que pesan sobre las traslaciones de dominio", los "bancos llamados populares" y, finalmente, las cooperativas de producción y consumo y la "coparticipación." Aludía a la experiencia de la "cooperativa de Rochdale", convertida en "una sociedad burguesa en comandita" y atacaba todas estas medidas, de clara procedencia proudhoniana, con los argumentos utilizados por Marx en su obra "Miseria de la Filosofía", libro que por entonces traducía Mesa con la intención, que ahora vemos más clara, de publicarlo en La Emancipación por entregas. Conviene dejar

constancia de que Pi y Margall, presidente de los republicanos, venía traduciendo desde 1868 las principales obras de Proudhon, y que precisamente en los momentos que tratamos, culminaba la aparición, en cuatro volúmenes, de su versión de la obra que refutó Marx, "Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria." La influencia de estas obras, que además de las medidas criticadas por Mesa en su escrito, divulgaban el federalismo y otras soluciones proudhonianas para "las clases jornaleras", debía ser muy importante en el conjunto de los trabajadores, y no sólo entre los republicanos, a juicio de Lafargue:

"Aquí Proudhon hace estragos considerables, es el libro más socialista que se conoce aquí; el contraveneno está en mis manos y voy a administrarlo entre los españoles. Me he puesto de acuerdo con Mesa para que traduzca "Miseria de la Filosofía..." (156)

Un escrito como el enviado por la redacción de La Emancipación a los republicanos no podía dejar de producir consecuencias. Entre la Asamblea que celebraban aquellos pocos, puesto que al haber convocado Sagasta elecciones generales para el mes de abril su reunión se dedicó a este tema obviando las cuestiones sociales, pero sin embargo en el seno de la Federación local, a donde no iba dirigido de ninguna manera, cayó como una bomba.

Las acusaciones de la Circular del Jura contra el Consejo general estaban calando entre los internacionalistas españoles. Aunque gracias a la actitud de su Consejo federal no habían sido aprobadas mas que por una federación local, también hay que señalar que sólo La Emancipación publicó la contra-Circular de la Federación francófona suiza. Para Morago, y es de suponer que

para los aliancistas en general, la actitud del semanario, es decir, de la dirección internacionalista española, se debía en gran medida a la influencia que sobre ellos ejercía Lafargue, al que sin duda identificaban con el Consejo de Londres. Éste comenzaba a publicar artículos de claro contenido marxista en las páginas del semanario madrileño, además de participar activamente en la vida de la federación local y de auxiliar constantemente al Consejo federal. Estas actividades le habían costado ya las primeras críticas veladas de El Condenado, que en su número del 22 de febrero denunciaba sus movimientos citándole mordazmente como "el representante del Consejo del gran turco." Poco después, la publicación de varios artículos sobre "La organización del trabajo" merecieron un suelto del semanario de Morago denunciando "la tendencia comunista de un periódico que se publica en esta capital", concluyendo su anónima acusación con un "¡Mucho ojo con los absolutistas socialistas!" (157) Como se desprende de lo expuesto, el sector aliancista, armado con su propio semanario y consciente de que se aproximaba el Congreso ordinario de la F.R.E., vió en el escrito del 25 de febrero, que además suscribía la redacción del periódico, una ocasión formidable para caer sobre el Consejo federal por vía indirecta. En la reunión que celebró la sección madrileña el 7 de marzo se abordó el tema, y comoquiera que al ir la carta de La Emancipación acompañando al Manifiesto de enero, algunos periódicos la asignaron al Consejo federal, la asamblea local acordó escribir a la III Asamblea republicana para hacerle constar que aquel escrito no procedía de la Internacional y que su contenido era contrario a la línea señalada con anterioridad en cuanto a las relaciones con aquel partido político. Este acuerdo, al trascender a la prensa republicana, dejaba en entredicho al Consejo federal, al tiempo que contradecía su estrategia frente a los republicanos. En su sesión del 9 de marzo trataron el tema bajo la presidencia de Mesa, que actuaba de secretario general interino por encontrarse Mora, como se vió, fuera de Madrid. A la vista de que había trascendido la decisión de la sección local y de que la prensa la recogió como proveniente del Consejo federal, acordó éste enviar

una comunicación oficial a dicha Asamblea para poner las cosas en claro y también para mostrar su identificación con lo expuesto por el equipo de redacción del semanario, "del cual eran miembros algunos individuos de este Consejo." En el comunicado, que fue difundido por la prensa y también por La Emancipación a requerimiento del Consejo federal, se señalaba que "Una ligereza deplorable ha sido causa de que el Consejo local de la federación madrileña... haya negado que la comunicación de los redactores de La Emancipación, dirigida a esa Asamblea... procediese de la Internacional. Este Consejo está en un todo conforme con los principios espuestos (sic) en dicha carta de los redactores de La Emancipación..." y concluía, "Este Consejo espera también que el paso poco reflexivo dado por el Consejo local será rectificado después del voto de las secciones..." (158)

El Consejo federal, en lugar de limitarse a aclarar los malentendidos y de tener en cuenta que a las puertas de su Congreso no podía beneficiarle una polémica con un Consejo local, prefirió responder con los términos despectivos que hemos recogido, con lo que en vez de zanjar tan espinoso asunto, contribuyó aún más a encresparlo. A juzgar por un artículo que publicó La Emancipación el 30 de marzo, se había desatado una campaña en Madrid contra el semanario extendiendo el bulo de su inmediata desaparición y hostigando a sus vendedores, lo que quizás pudo influir también en su actitud.

El comunicado del Consejo federal dirigido a la Asamblea republicana debió ser recibido por el Consejo local de Madrid como un agravio, no obstante lo cual, y actuando con gran astucia, decidió ignorarlo, abriendo expediente por el contrario a los redactores del semanario, incluido Lorenzo que estaba ausente cuando se produjeron los hechos, pero que debió solidarizarse con sus compañeros. Se constituyó un jurado para dilucidar el tema, el cual, no reconociendo como válidos los

motivos en que se fundaba la acusación, decidió disolverse sin emitir fallo alguno. A la vista de ello, el Consejo trasladó el contencioso a la asamblea local, que asumiendo competencias que no le correspondían, aceptó la propuesta de su Consejo y decidió expulsar de la Federación madrileña a los componentes del citado consejo de redacción: Mesa, F. Mora, Lorenzo, Pagés, Iglesias y Pauly. En la sesión celebrada el 1 de abril por el Consejo federal, sometieron los sancionados al mismo su situación, y después de deliberar sobre tan delicado asunto acordaron por unanimidad rechazar la expulsión por "antirreglamentaria", sólo la sección podía tomar aquella decisión; "inconveniente", por cuanto se trataba a su vez de miembros de la dirección nacional, e "injusta", resolviendo anular tal acuerdo y trasladar su resolución al Congreso que se iniciaría días después. (159)

* * *

Los últimos días del segundo Consejo federal de la Región española debieron ser agobiantes. Por una parte se dedicaron a preparar el Congreso y por otra a responder a las acusaciones y sanciones que les dirigía el Consejo local. Por si fuera poco, los republicanos "intransigentes" intentaron comprometerles para que la Internacional se implicara en "una sublevación contra el gobierno y contra la nueva dinastía", lo que al ser rechazado con rotundidad incrementó los ataques que con su prensa diaria venían dirigiendo contra la dirección internacionalista, con el silencio cómplice, recuerda Mora, de los redactores de El Condenado. (160)

Estas tareas seguían también incidiendo en la correspondencia mantenida por la dirección española con el Consejo de Londres. El 11 de marzo Mesa, secretario interino, contestaba una carta de Engels del 14 de febrero. En la misma informaba que Lorenzo había regresado y se esperaba a Mora,

"encargados por el Consejo de reorganizar ciertas federaciones locales, y de fundar otras y hacer un informe lo más exacto posible sobre el estado de nuestra Asociación en España." Le informaba también de la próxima celebración del Congreso de Zaragoza, "al comienzo del mes de abril" y del inmediato envío de un detallado informe "de los trabajos hechos para desarrollar y perfeccionar su organización y de la situación a que nos ha llevado la conducta del gobierno frente a los partidos políticos." En la sesión del 13 de marzo, regresados Mora y Lorenzo, se "leyeron las memorias en que se indica el estado de aquellas federaciones" y se aprobó el envío de una Circular-convocatoria a todas aquéllas para el "Congreso obrero de Zaragoza." En la misma se comunicaba el adelanto del simposio del 7 al 4 de abril.

Cumpliendo la Circular represiva de Sagasta, los gobernadores impedían continuamente el ejercicio del derecho de reunión a los internacionales. Partiendo de este hecho y aprovechando que el 6 de abril tenían lugar las elecciones generales, decía la convocatoria, "la atención del Gobierno estará fija en ellas y nosotros podremos utilizar esta circunstancia para tratar nuestros asuntos sin temor de ser molestados." Con fecha del 15 de marzo enviaba Mora, en nombre el Consejo federal, la Circular a Londres, acompañándola de una detallada memoria con la evolución de la Internacional en España y el balance pormenorizado de los seis meses de gestión del Consejo saliente. Pese a "las persecuciones del poder" se había pasado de 13 a 70 federaciones y se estaba organizando otro centenar. Asimismo se habían creado 8 Uniones con las secciones de oficios similares y se preparaba la estructuración de la "de todos los trabajadores fabril-manufactureros", que se compondría de "40.000 a 50.000 obreros." Por medio de "la resistencia", en alusión a las huelgas, también se iban obteniendo "ventajas muy positivas" para los trabajadores. Finalmente, pedían la solidaridad del Consejo por medio de "una comunicación y un

telegrama animándonos a continuar por la senda emprendida."

Tanto de la carta de Mesa como de la Circular y el informe dió cuenta detallada Engels en las sesiones del 19 y 26 de marzo, respectivamente, de la dirección internacionalista. Concluida la lectura de las mismas, en la segunda de las citadas se acordó por unanimidad distribuir copias de la Circular a todas las Federaciones de los diferentes países, como pedían desde España y enviar un telegrama "de felicitación." Junto a esta última documentación acompañaba Francisco Mora una carta particular para Engels. En la misma le indicaba sus deseos de escribirle "mas a menudo" después del Congreso, a partir del cual, decía, "me quedará libre pues tengo la inquebrantable resolución de no pertenecer al Consejo federal próximo." Tras esta decisión, que cumplió, se despedía con "afectos fraternales a Marx." (161)

El 22 de marzo eligió sus representantes en Zaragoza el Consejo federal, resultando seleccionados Mora, Mesa, Lorenzo, Iglesias, Calleja, Pauly y Pagés. Es decir, todos menos Ángel Mora, tesorero y Valentín Sáenz, contador. Tan numerosa representación evidenciaba al menos tres cosas: que no existía la penuria de tiempos pasados, que había conciencia de haber realizado una buena gestión que deseaban transmitir al Congreso y que en éste era precisa una presencia numerosa para defender y aprobar las propuestas previstas. Entre éstas, figuraban algunas de las que queda constancia en la correspondencia y en las memorias de los testigos presenciales de aquellos hechos. Citaremos en primer lugar el dictamen sobre la propiedad, pendiente desde el Congreso anterior y que constituyó un destacado trabajo de Lafargue en el que colaboró Lorenzo, como recuerda en sus memorias: "debo decir que su inspirador y casi su autor es Paul Lafargue, si bien yo puse algún dato español y algo de mi cosecha y le dí forma española, porque aquél... no dominaba el idioma para poder escribirlo..." También se incluyó en el

orden del día la realización de "un proyecto de organización general" para presentar, como en el caso de la Conferencia de Londres, al "próximo Congreso Obrero universal."

Dadas las circunstancias por las que atravesaba la A.I.T., Lafargue pensó que su objetivo real podría ser "determinar las atribuciones del Consejo general", por lo que solicitaba a Engels y a Marx, en carta de finales de marzo, que le enviaran un borrador de estatutos ya que los redactores de la ponencia eran Lorenzo y él. Al final de la carta pedía total discreción, "pues si los bakuninistas se enteran, ¡vaya bronca!". Por último, había un tercer tema, grave, que Engels recomendó al Consejo federal para ser tratado en el Congreso, en carta del 27 de marzo contestando a la suya del 15: "Confiamos que hayais sometido al Congreso regional (nacional) las resoluciones de la Conferencia de Londres, para su confirmación; hasta ahora, estas resoluciones han sido reconocidas por las Federaciones alemana, románica (suiza francófona), suiza-alemana (Zurich), inglesa, holandesa y norteamericana, así como también por las Secciones francesa e irlandesa." Engels tenía dudas razonables sobre el giro que tomaría la Federación española, por eso, y pese al optimismo inicial tras la llegada de Lafargue a Madrid, comunicaba a Theodor Cuno en enero esta reflexión: "Hasta que punto puede Bakunin contar con éxito aquí sólo se verá cuando se celebre en abril el Congreso español, pero como en él predominarán los obreros, no tengo la menor preocupación por este lado." (162)

El jueves 4 de abril de 1872 inició sus sesiones el IIº Congreso de la F.R.E. en la sede de la Federación Local de Zaragoza. Asistieron, según las actas, 38 delegados representando a secciones establecidas en 38 localidades españolas, y los siete miembros del Consejo federal. La representación más numerosa fue la catalana, con 10 delegados de Barcelona y 9 de otros municipios de aquella comunidad. Tan sólo Valencia y Sevilla,

entre las demás poblaciones, tuvieron dos delegados. F. Mora representó además a Aguilar y González Morago, que no concurrió por Madrid, lo hizo por Jerez, Constantina y Arahál. Así pues, y teniendo en cuenta la doble representación de Mora, estuvieron reunidos en Zaragoza 44 delegados. Los miembros activos de la Alianza estuvieron también presentes con un elevado número de delegados, entre los que podemos destacar a Albagés y Pamias de Barcelona, Peregrin Montoro de Valencia, Francisco Tomás de Palma de Mallorca, González Morago de Madrid, aunque fue representando a los municipios citados y Trinidad Soriano de Sevilla. Todos ellos eran veteranos en la organización y demostraron un trabajo muy coordinado desde el primer día, tanto por su presencia casi permanente en las mesas elegidas para presidir cada jornada como por su uniformidad en las votaciones, con la excepción de Morago, que no siempre coincidió con ellos. Por el sector opuesto, aunque algunos pertenecían aún nominalmente a la Alianza, estaban los delegados del Consejo federal y Paul Lafargue, que acudió representando a Alcalá de Henares. El modo de proceder se llevó a cabo siguiendo las normas habituales en la A.I.T., con sesiones plenarias de mañana y tarde, reservando la noche para el trabajo de las comisiones. La mesa del primer día, fundamental por sus cometidos de aprobación de las credenciales de los delegados, apertura del Congreso y fijación del orden del día, fue copada por los aliancistas Montoro, Soriano y Tomás, hecho éste que denotaba, sin duda, una previa coordinación.

En la segunda sesión leyó Mora el informe de gestión de la dirección saliente, documento extenso y pormenorizado en el que se daba una relación detallada de todas las secciones existentes en cada localidad, así como de las Uniones por oficios ya constituidas. Como resumen podemos decir que existían 50 federaciones funcionando, 52 en constitución y siete Uniones, entre ellas una de obreros del campo, todas de Cataluña. Barcelona era, con diferencia, el puntal de la F.R.E. con 40 secciones y 5.116 federados, le seguían Valencia con 17, Sevilla

con 15, Zaragoza con 10, Valladolid y Manresa con 9, Málaga, Granada y Cádiz con 8, Palma con 6, Madrid con 4 y el resto con igual o menor número de ellas. La débil posición de Madrid, en el contexto de la organización, debió llamar la atención del Congreso. También incluyó Mora en su informe el tema de las expulsiones en la asamblea local madrileña, que se trató en el Congreso, y que a buen seguro incidió también negativamente en la posibilidad de reelegir a la anterior dirección. En la cuarta sesión se aprobó la gestión de aquélla por unanimidad menos un voto, así como el dictamen de la comisión revisora de cuentas némine discrepante. En la siguiente sesión se dilucidó el contencioso de Madrid con una solución de compromiso que, como se demostró, no resolvió las diferencias:

"Que los redactores de La Emancipación retiren todo lo que ha dado ocasión á su espulsión y que la Federación madrileña retire también todo lo que tenga carácter de ofensivo: para dichos redactores y el acuerdo de espulsión (sic)." (163)

Se presentaron dictámenes sobre la propiedad, la mujer y la definición de obrero, todos elaborados por el Consejo federal y de interesante contenido de clara influencia marxista. Destaca el dedicado a la mujer por la actualidad de sus planteamientos, ya que defendía la igualdad de derechos con el hombre, su incorporación al trabajo productivo, dentro del movimiento obrero y su liberación de las "faenas domésticas", "porque así como ante la explotación (sic) no hay diferencia de sexo, tampoco debe haberla ante la justicia."

Se acordó mantener el reglamento de "Organización social" aprobado en Valencia, y en lugar de someter a debate las resoluciones de la Conferencia de Londres, que hubieran suscitado

de inmediato la presentación de la Circular de Sonvillier, se decidió aprobar el acuerdo del Congreso belga, a propuesta de Morago, que se había comprometido a redactar "un proyecto de nuevos Estatutos" que sería "sometido al próximo Congreso internacional."

El trabajo sobre la propiedad, de Lafargue, suscrito por el Consejo federal, que denotaba claramente su inspiración y citaba al final "el compromiso de subordinar todo movimiento político a nuestra emancipación", se vió acompañado sorpresivamente por dos breves escritos sobre el mismo tema presentados tres sesiones más tarde, a la vista de los cuales, "y careciendo de tiempo", se pospuso su aprobación para el siguiente Congreso. Una propuesta sobre "el ideal de reducir de ocho a diez horas el máximo" de jornada laboral, fue desechado por tratarse de "ideales restringidos ante el gran objeto que se propone nuestra Asociación, que es, abolir el asalariado (sic) y las clases y establecer la igualdad económica entre los individuos de ambos sexos." Frase textual del programa de la Alianza que, como se ve, no dejó de estar presente entre la documentación de los congresistas. Finalmente, se aprobó en parte un dictamen sobre educación integral, otro sobre cooperativismo y, por unanimidad, la propuesta de extender las "Uniones y Federaciones de oficio y la marcha de éstas sobre la base de la Estadística", en clara coincidencia con el valor revolucionario atribuido a esta ciencia por la Conferencia de Valencia.

Se acordó que el siguiente simposio tuviera lugar en Córdoba, así como el orden del día del mismo, en el que no faltó incluir el gran tema defendido por Bakunin en Basilea: "De la herencia en todas sus relaciones." Se eligió el nuevo Consejo federal y su sede con criterios claramente descentralizadores. Fueron seleccionados en principio Montoro y Franco Martínez de Valencia, Tomás de Palma y Mora y Lorenzo del anterior Consejo,

precisamente los dos miembros que habían tenido contacto con las secciones durante su viaje de propaganda. Este hecho, que puede parecer anecdótico, es una muestra de por donde podría haber derivado la Federación española si las adversas circunstancias generales, la brevedad de su mandato y la limitación de recursos no hubieran impedido, como lo hicieron, prodigar estos contactos imprescindibles en un organismo en crecimiento.

Mora, según lo había previsto, y también probablemente a la vista de la candidatura, se negó a aceptar el cargo, siendo sustituido por el aliancista valenciano Albarracín, con lo que consiguieron mayoría absoluta en el seno del tercer Consejo federal español.

Como detalles complementarios señalaremos que se leyó el mensaje dirigido por Engels, en nombre del Consejo general, "A los ciudadanos delegados del Congreso Nacional español, en Zaragoza", el cual, felicitaba a la Federación por sus progresos, recordando intencionadamente que en parte eran debidos:

"a la especial estructura de nuestra Asociación, que respeta la plena libertad de acción de cada Federación nacional o local y sólo confiere a los órganos centrales el grado de poder absolutamente necesario para que puedan velar tanto por la unidad del programa como por defender los intereses comunes..."

Y, por otra parte, se celebraron por separado reuniones entre los aliancistas, proponiendo los que formaban parte del anterior Consejo federal la disolución de esta entidad por no creerla ya necesaria. (164)

Cuando concluyó el Congreso de Zaragoza los miembros del anterior Consejo federal regresaron a Madrid habiendo cumplido varios objetivos. Su gestión fue reconocida y su contencioso con la Federación local se había resuelto amistosamente. El apoyo a la resolución del Congreso belga impedía nuevos enfrentamientos y marcaba un compás de espera. La confirmación de la Organización social aprobada en la Conferencia de Valencia eliminaba el riesgo de un proyecto de estatutos dirigido a limitar las competencias del Consejo general. Por último, la actuación de los consejeros salientes en la defensa de los dictámenes presentados y en la dirección de los debates desde la mesa que presidía las sesiones fue, sin duda, positiva para el desarrollo del Congreso y una excelente experiencia de cara a futuros trabajos en la organización.

Éste es el lado positivo, probablemente el único que contempló Lafargue al concluir la convención e informar de inmediato a Engels:

"Antes de ir más lejos debo decir que el resultado del Congreso es excelente, no solamente a causa de la impresión que ha producido en España, sino también porque los Bakuninistas han sido vencidos." (165)

Sin embargo, chocaba con lo expuesto el hecho de que dedicara un gran espacio de su carta, precisamente, a los enfrentamientos con los aliancistas en el seno de la Federación española. Y por este lado comenzaba el balance no tan positivo de un Congreso en el que también había un lado negativo. En primer lugar los hombres de La Emancipación habían perdido el control de la Federación. Existiendo el compromiso de renunciar todos ellos, se impuso finalmente a Lorenzo que continuase para evitar una ruptura en el funcionamiento de la dirección internacionalista.

El 17 de abril se constituyó, en efecto, el tercer Consejo federal de la F.R.E. en Valencia, cooptó a los miembros no elegidos por el Congreso y eligió para Secretario general a Lorenzo. Por sus estrechas relaciones con los redactores de La Emancipación, su presencia en Valencia les resultaba una garantía, pero, a sensu contrario, esta antigua amistad fue causa de permanentes sospechas y desconfianzas entre sus nuevos compañeros de dirección, según recuerda amargamente en sus memorias.

En segundo lugar, los bakuninistas "vencidos" según Lafargue, condujeron en realidad el Congreso y dominaron el nuevo Consejo federal. Según relata Morato, parece ser que Mora, cumpliendo disciplinadamente los acuerdos de la Conferencia de Londres, insistió durante su viaje de propaganda en la necesidad de disolver la Alianza en España. También se propuso en Zaragoza. Pero todo fue inútil.

Así pues, y una vez en Madrid, el planteamiento del grupo, manifestado semanalmente en su periódico y en sus actuaciones en el seno de la Federación madrileña, se dirigió hacia dos objetivos. Por un lado defender las directrices emanadas desde Londres con perseverancia, pero también con la cautela que exigía una Federación nacional con las características descritas, es decir, continuar en la línea de críticas al partido republicano, de incremento de la organización internacionalista y de defensa de su transformación paulatina en un partido de clase. Igualmente, defender al Consejo general cuando, tras conocerse el proyecto de Estatutos elaborado por los belgas, empezó a sufrir críticas en la prensa de la Internacional dominada por los aliancistas. Por otro lado, y teniendo totalmente aclarado desde el Congreso que el principal obstáculo a su proyecto en el seno de la Internacional, eran los aliancistas, que defendían un criterio antagónico, su esfuerzo se dirigió también a reclamar la

disolución de la A.D.S. española.

Estos intentos que hemos comentado llegaron puntualmente a oídos de Bakunin, el cual, desconociendo en realidad cuál era la posición de Francisco Mora, le dirigió una carta con fecha 5 de abril que recibió éste a su regreso a Madrid. En la misma, y con el trato de "aliado y camarada", hacía una síntesis de los ataques dirigidos por la Circular de Sonvillier al Consejo general, asimilándolo en su criterio al Estado y, como éste, sumido en "una pasión autoritaria maligna" y en las prácticas dictatoriales. Los acuerdos de la Conferencia de Londres eran "como un golpe de Estado" contra el que había que protestar. En estas circunstancias "todas las miradas se dirigen sobre España." Había que fortalecer "nuestra querida Alianza" y fortalecerla entrando en "contacto directo con la de la Italia": "una ardiente y enérgica juventud sin puestos, sin carrera, sin salida, que, a pesar de su origen burgués, no se halla moral ni intelectualmente agotada, como la juventud burguesa de otros países. Esta juventud se lanza hoy de cabeza al socialismo revolucionario con todo nuestro programa, el programa de la Alianza." (166) Como colofón, y demostrando de nuevo ciertas "lagunas" informativas sobre la Alianza en España, le rogaba saludar en su nombre "al Hermano Morago."

Si alguna duda le podía caber a Mora sobre la necesidad de hacer desaparecer esta organización, es muy posible que con esta carta se le disipara por completo.

Así pues, y con los objetivos que hemos señalado, La Emancipación inició su nueva etapa, desligada de los compromisos orgánicos anteriores, con una exposición progresivamente más audaz de sus postulados. El 20 de abril, en su artículo Un nuevo partido, criticaba duramente el intento de crear un "partido

republicano federal socialista", que plagiaba el programa de la Internacional y aparecía, precisamente, en las vísperas electorales. Ante esta conducta declaraba que había "llegado la hora de las afirmaciones":

"La Internacional, que tiene un programa propio y una organización propia, debe tener asimismo, cuando llegue el momento, una política propia, distinta de la política de los partidos burgueses." (167)

Hasta la segunda mitad de mayo continuó el semanario defendiendo estos principios en diferentes escritos. En su número del 27 de abril se publicaba un extenso artículo dedicado a "El Partido Socialista alemán", debido a la pluma de Lafargue. En el mismo se indicaba, hablando de sus antecedentes, que "la forma secreta no conviene al movimiento obrero", señalando más adelante que "los hombres más ilustres de Alemania forman tiempo há en la Internacional, o como allí se dice, en el partido socialista." El 4 de mayo contestaba al Boletín de la Federación del Jura, órgano de los bakuninistas suizos, indicando que, frente a su concepción accesorio de la organización, "la Internacional no será una verdadera palanca hasta tanto que una organización fuerte venga a soldar entre sí todas las secciones de una misma región..." Por último, el 18 de mayo, insistía en sus criterios "abstencionistas" coyunturales persistiendo en su conocida estrategia:

"...la obra de la Internacional es la organización de las fuerzas proletarias con entera separación de los partidos burgueses, para ir directamente a la revolución social, arrancando el poder de las manos de la burguesía. Mientras este momento llega, organicemos, organicemos, organicemos." (168)

Esta línea política, que desde la posición cada vez más aislada del grupo ofrecía pocas posibilidades de obtener apoyos consistentes, se vió truncada hacia otros rumbos tras la aparición del Proyecto de Estatutos generales presentado por el Consejo federal belga a su Congreso, celebrado el 19 de mayo. La novedad más llamativa del texto era la desaparición del Consejo general en su estructura organizativa. El lazo de unión de las Federaciones sería el Congreso anual. Este novedoso sistema ofrecido para la Internacional, que desde luego no tuvieron la previsión de experimentar en cabeza propia, produjo en nuestro país unas reacciones insospechadas. Los núcleos aliancistas, que tras aprobar en Zaragoza las directrices belgas mantuvieron una actitud condescendiente en los temas organizativos, pusieron de manifiesto sus verdaderas intenciones cuando, tras la publicación del nuevo Proyecto belga, se sintieron liberados para atacar al Consejo general, puesto que de alguna manera este Proyecto resultaba heredero de los criterios aprobados en el Congreso.

Sólo La Emancipación salió al paso de la ingeniosa solución belga y, muy pronto, se vió envuelto durante el mes de junio en sendas polémicas con los demás periódicos de la Internacional, La Razón de Sevilla y La Federación de Barcelona. (169)

Pero, en esas fechas, el distanciamiento público con aquellos periódicos no venía mas que a acentuar un aislamiento que también se generaba de nuevo en Madrid; los miembros de La Emancipación se debatían una vez mas, en este caso definitiva, con la expulsión dictada por su propia Federación madrileña.

De la misma forma que había proseguido con su línea a través de artículos como los citados, también habían continuado tomando iniciativas contra el poder de la Alianza. En carta fechada el 27 de abril, Lafargue informaba a Engels: "Mañana por la noche Mora,

Pagés, Iglesias y Mesa quieren reunirse para hacer una circular declarando a la Alianza disuelta..." (170) Pese a su desvinculación real de esta organización, los miembros del antiguo Consejo federal continuaban formalmente perteneciendo a la misma, por lo que resolvieron disolverse, aconsejando hacerlo a las demás secciones de la Alianza por medio de una Circular. El escrito estaba firmado por Mesa, Ángel y Francisco Mora, Calleja, Sáenz, Pauly, Iglesias, Pagés y Castellón el 1 de junio, difundiéndose a partir del día siguiente. Las razones principales en que apoyaban su solicitud eran dos:

1. "La Alianza se ha desviado del camino en que nosotros habíamos creído verla... y en vez de ser un elemento activo... se ha separado en el fondo del resto de la Asociación..."
2. La Alianza "en Madrid ha dejado de ser un secreto...", a lo que debería agregarse "...la falta absoluta de carácter en muchos individuos..." (171)

Sin que trascendiera al exterior, podemos deducir el rechazo y la ofensa que tal decisión produjo en las filas de un organismo en proceso de recuperación, que ya preparaba sus fuerzas para el próximo encuentro congresual de la organización. Si la línea del semanario disgustaba abiertamente a los aliancistas, esta nueva decisión podía considerarse como un ataque "a domicilio". La respuesta no se hizo esperar. El día 3 celebró reunión la sección varia de la Federación madrileña y expulsó a tres de los firmantes, redactores de La Emancipación. El pretexto fue un artículo titulado "Información revolucionaria" publicado el día 1 y por cuyo contenido fueron acusados de "traidores" por divulgar doctrinas "individualistas". El deseo de excluirlos fue tan vehemente que se olvidaron del procedimiento establecido en sus reglamentos, ni se abrió expediente ni se formó un jurado ni se escuchó a los acusados. El día 9 celebró

asamblea la Federación, se trató el asunto y después de una sesión que concluyó a altas horas de la madrugada, y en la que no se permitió el uso de la palabra a Mora ni a Pagés, se acabó por expulsar al resto de los firmantes bajo similar acusación.

A la vista de como se habían producido los hechos, y teniendo en cuenta que podían recurrir al Consejo federal en alzada, se dirigieron por escrito a este organismo el 15 de junio, acusando a la Federación madrileña de incumplimiento de los Estatutos. Su recurso se vió en la sesión del 21 de junio, en la misma que comenzó con la dimisión irrevocable del único miembro en que tenían depositada alguna esperanza, Anselmo Lorenzo. En sus memorias, recuerda aquella época con estas palabras: "Si en el seno de la Federación no hubiese habido antagonismos y si mis nuevos compañeros no hubieran sido sectarios o partidarios apasionados de una de las fracciones en lucha, mi estancia en Valencia hubiera sido agradable y mi trabajo en el Consejo provechoso." (172)

Le sustituyó como secretario general el veterano aliancista Francisco Tomás. La expulsión era una decisión tomada de antemano. El 21 de junio se devolvió la comunicación a la Federación madrileña para que informara. El 4 de julio, a la vista del informe solicitado para responder "a las acusaciones de algunos individuos, que dicen ser miembros de dicha Federación", se acordó constituir una comisión dictaminadora. Finalmente, en su sesión del 9 de julio y tras siete considerandos, se dió por confirmada definitivamente la expulsión de los ocho sancionados. (173)

No esperaron los redactores de La Emancipación, que por aquellos días agregó el subtítulo de "Defensor de la Internacional", la llegada de la sentencia y el 8 de julio

constituyeron un organismo al que denominaron Nueva Federación Madrileña, por oposición a la "antigua", cuya disolución pretendieron en vano. Con la misma fecha de su creación solicitaron el alta al Consejo de Valencia, el cual, el 16 de julio adoptó el siguiente acuerdo:

"El Consejo federal resuelve:

1º Que la llamada "Nueva Federación madrileña", no tiene derecho a ser admitida en el seno de la Federación regional española de la Asociación Internacional de los trabajadores.

2º Devolver al citado V. Pagés (firmante de la solicitud) las cotizaciones de los nueve individuos que dice componen la mencionada Federación.

Se resolvió publicarlo en los periódicos socialistas obreros." (174)

En efecto, el 22 de julio publicó El Condenado una Circular del Consejo Local de la Federación madrileña "A las federaciones de la región española." En la misma se denunciaba con nombre y apellido a Lafargue, Mesa, Mora, Iglesias, Pauly, Pagés y Calleja como "traidores", condenando que tras su expulsión "en su indisculpable ceguedad han llegado a creerse dignos de constituir otra Federación local." A la vista de esto daban a conocer sus nombres "a fin de poner coto a sus perjudiciales intrigas." (175)

En su número del 27 de junio, hacía públicos los hechos La Emancipación junto a una de las causas que los motivaron: la existencia de la Alianza de la Democracia Socialista. Rota la relación formal con la Federación, no se consideró necesario mantener por más tiempo en secreto este tema. Junto a su versión detallada de los hechos y tras poner claramente de manifiesto que "se nos expulsó (sic) de la sección Varia por el crimen de defender el Consejo general", la denuncia de la Alianza se hacía

extensiva a sus miembros, adjuntando una lista de mas de treinta nombres pertenecientes a ocho ciudades españolas. Entre ellos figuraban los de Francisco Tomás, Peregrín Montoro, Severino Albarracín, Vicente Rosell y Franco Martínez, todos ellos miembros del Consejo federal español. (176)

El 28 de julio escribía Mesa a Engels poniéndole al corriente de todo, al igual que lo venía haciendo Lafargue por su parte. Le adjuntaba la Circular de la Nueva Federación Madrileña, enviada a todas las secciones, y le comunicaba que estaban recogiendo documentación sobre la Alianza para remitirla al Congreso. Con determinación, exponía: "estamos decididos a hablar alto, a desvelar todo; se puede decir que hemos quemado las naves." (177)

Agotadas todas las posibilidades, y dada la proximidad del próximo Congreso, que se había convocado en La Haya para el lunes 2 de septiembre, el 5 de agosto solicitó la Nueva Federación su reconocimiento por parte del Consejo general atendiendo a las "circunstancias especiales" que concurrían en el caso, al rechazo de la Federación regional y a la posibilidad que tenía el Consejo general de reconocerla, "conociendo como conoceis el interés que tenemos en seguir perteneciendo a la Internacional, mucho más si tenéis en cuenta las calumnias de que somos víctimas." (178)

Con fecha 15 de agosto obtuvieron respuesta del Consejo General, a través de Engels:

"... considerando que, en cuanto al fondo del asunto, los fundadores de la Nueva Federación Madrileña son los mismos hombres que por primera vez en España han tenido el valor de separarse de esta sociedad secreta llamada

Alianza de la Democracia Socialista y enfrentarse a sus manejos;

por estas razones,

el Comité Ejecutivo, en nombre del Consejo General, ha acordado reconocer a la Nueva Federación Madrileña y mantener con ella contacto regular y directo." (179)

Este reconocimiento, obviamente, provocó el rechazo inmediato del Consejo federal, que tuvo conocimiento del mismo a través de su publicación en La Emancipación del 24 de agosto. Así, en su sesión del 30 siguiente adoptaba el siguiente acuerdo:

"Después de una detenida discusión se aprobó una enérgica protesta, dirigida al Congreso de La Haya, en vista de la comunicación publicada por un periódico en la que en (sic) llamado Comité ejecutivo (sic) en nombre del Consejo General, reconoce a los 9 individuos que se llaman Nueva Federación Madrileña." (180)

Las infundadas esperanzas de Engels y Lafargue se habían esfumado. El control anarquista de la mayor parte de la Federación regional española era un hecho. Aún cuando sólo habían transcurrido cinco meses, quedaban muy rebasadas las expectativas de Engels cuando en carta a Laura Marx, esposa de Lafargue, le decía:

"En todos los viajes y tribulaciones que se te han impuesto desde hace año y medio, y que yo he seguido, tengo necesidad de decirte, con simpatía y a menudo con angustia, que debe ser para ti una satisfacción que la presencia de Paul en Madrid, justo en el momento decisivo, haya sido para nosotros y para toda

la Asociación de un valor inestimable." (181)

Las perspectivas de controlar la organización española quedaban, pues, rotundamente frustradas a raíz de la expulsión definitiva de todos aquellos en quienes se confiaba para tal fin. No andaba muy descaminado Engels cuando, previendo una adscripción masiva a la orientación bakuninista, comunicaba a Lafargue la necesidad de contar, al menos, con "una cabeza de puente" en nuestro país. Los expulsados, fundamentalmente Mesa, cumplieron fielmente, e incluso con creces como podremos ver, esta finalidad. La persistente labor desarrollada por Lafargue a lo largo de un año escaso de permanencia en España dió también sus frutos. Tras el fallecimiento de su único hijo, abandonó el 1 de agosto España con su mujer, trasladándose a Lisboa, donde permaneció varias semanas desempeñando cometidos de la organización.

El 26 de agosto Mesa envió a Engels los mandatos de la Nueva Federación Madrileña y de la Federación de Alcalá de Henares a nombre de Lafargue, que acudió al Congreso de La Haya con estas representaciones y con la de la Federación de Lisboa. (182)

* * *

6. EL OCASO DE LA PRIMERA INTERNACIONAL.

Las sesiones del Congreso de La Haya tuvieron lugar entre los días 2 al 7 de septiembre de 1872, y en el mismo se adoptaron decisiones de trascendental importancia para la Internacional. Además de Lafargue por las organizaciones de Madrid y Alcalá de Henares, concurrieron cuatro delegados por la mayoría, los cuatro pertenecientes a la Alianza de la Democracia Socialista.

Fueron estos Rafael Farga Pellicer y Charles Alerini elegidos por la Federación de Barcelona, y Tomás González Morago y Nicolás Alonso Marselau en representación de la Federación regional. (183) La delegación era muy cualificada, de acuerdo con la batalla que iba a librarse en La Haya.

En ambas delegaciones españolas figuraban dirigentes obreros de nacionalidad francesa, Paul Lafargue y Charles Alerini, profesor del liceo de Marsella y huido de Francia, como Lafargue, a causa de su participación en los hechos de la Comuna. (184)

Ambas delegaciones españolas comenzaron por oponerse mutuamente a la hora de reconocer sus credenciales en las primeras sesiones del Congreso. En efecto, al poco de iniciarse la tercera sesión, el martes 3 de septiembre,

"Alerini niega los mandatos dados a Lafargue por la Federación de Madrid y por otra federación española, afirmando que los redactores de La Emancipación han formado secciones, ninguna de las cuales ha sido reconocida por el Consejo federal español." (185)

Lafargue argumentó en contra, recordando al Congreso que la expulsión en la Federación Local se produjo sin escuchar a los expedientados, en una reunión a la que sólo asistieron quince miembros de los ciento treinta inscritos. Leyó el artículo publicado en La Emancipación que constituyó la causa de la expulsión y atacó duramente a Morago, al que devolvió el calificativo de traidor a la organización: "La verdadera causa de la expulsión está en que nosotros habíamos denunciado a la Alianza." (186)

Engels asumió la defensa del representante de la Nueva Federación Madrileña. En términos concisos argumentó: "La cuestión es importante: aquí vamos a votar si la Internacional debe obedecer a una camarilla constituida en sociedad secreta", o bien si "debe seguir estando regida según principios democráticos". Acusó a los miembros de la Alianza presentes en el Congreso y asumió que al reconocer directamente a la organización de los expulsados, el Consejo General había "ido más lejos de lo que le permitían los Estatutos". No obstante, lo justificaba añadiendo que "se trataba de la salud de la Internacional en España". Finalmente, agregaba:

"Importaba al Consejo General tener en el Congreso un delegado español ajeno a esta camarilla, por eso ha asumido la responsabilidad de este acto en interés de la Asociación". (187)

Al fin, la representación de Lafargue fue admitida por cuarenta votos a favor "y sin oposición".

La admisión de los aliancistas quedó pendiente de la revisión de sus débitos con el Consejo general. Otros delegados

solicitaron que sus credenciales quedaran pendientes de la resolución del Congreso acerca de la Alianza bakuninista. Nuevamente se produjo un largo y tenso debate en el que intervinieron Engels, Lafargue, Morago, Marselau, Farga Pellicer y Guillaume, entre otros. Las acusaciones, de nuevo, fueron muy duras entre ambos contendientes. Finalmente, se acordó dar validez a los mandatos si se abonaban las cotizaciones pendientes y dejar para más adelante el tema de la Alianza y su admisión o rechazo en el seno de la A.I.T.

Farga Pellicer, en nombre de la delegación, abonó las cantidades adeudadas, solicitando una moratoria para las correspondientes al último trimestre, ya que "sus secciones están un poco retrasadas en el pago de sus cuotas porque ellas son excesivamente pobres".(188) Fue aceptada la petición y se aprobaron los mandatos por unanimidad.

A lo largo del Congreso se ratificó la necesidad de la acción política para los trabajadores y su articulación a través de un partido político de clase, "contrario a todos los antiguos partidos formados por las clases dominantes". Asimismo, se reforzaron los poderes del Consejo general. Ni que decir tiene que las posiciones de ambas delegaciones españolas fueron opuestas, dejando constancia todos de la firmeza de sus convicciones y de su experiencia y conocimientos en este campo.

También tuvo lugar, como es bien conocido, el rechazo de la Alianza "secreta, constituida según unos estatutos absolutamente opuestos a los de la A.I.T.", como recogía el punto 1º del Informe redactado por la Comisión establecida al efecto. En el mismo se solicitaba la expulsión de Bakunin y de varios de sus colaboradores. Los cuatro delegados españoles quedaron excluidos y exculpados al reconocer públicamente en el Congreso que ya no

pertenecían a la citada organización. Bakunin y Guillaume fueron expulsados definitivamente. En ambos casos, Lafargue votó a favor y los otros cuatro delegados por España se abstuvieron. (189)

Por lo que a la Nueva Federación respecta, hemos de consignar dos acuerdos aceptados en esta asamblea internacional. El primero consistió en una resolución sobre las Relaciones internacionales de las sociedades de resistencia. Fue presentada por Lafargue en nombre de la Nueva Federación Madrileña y de la Federación de Portugal. En la misma, se trataba de encargar al nuevo Consejo General "la misión especial de constituir uniones internacionales de oficio". Enviada la iniciativa a las sociedades obreras de los distintos países, "afiliadas o no a la Internacional", el Consejo debería redactar, con las contestaciones recibidas, "un proyecto general para someterlo a la aceptación provisional de todas las sociedades que deseen formar parte" de las citadas uniones internacionales.

No ignorando quizás la dificultad de tal empresa, así como la situación real de la A.I.T., concluía su propuesta exponiendo que el "Congreso próximo consagrará el pacto de las uniones internacionales." (190)

Reseñamos este acuerdo porque fue un precedente en la decisión posterior de los partidos socialistas, entre ellos el español, de coordinar organizaciones sindicales afines.

El segundo acuerdo, más concreto que el anterior, es el que recayó sobre el reconocimiento de la Nueva Federación Madrileña. En el mismo, se daba como probado que sus componentes habían sido expulsados por la Federación Local "en flagrante violación de los reglamentos en vigor", así como que la causa

real fue, "por haber denunciado la conspiración de la Alianza secreta" contra la A.I.T. Narraba cómo se produjo su reconocimiento directamente, "sin consultar al Consejo español", y alegaba como razón la presencia en su seno de cinco miembros que pertenecían a la Alianza sobre los ocho de que se componía.

El Congreso admitió a la nueva Federación por 40 votos, sin que se produjera ninguno en contra ni abstenciones. Con la resolución, además, vino a ratificarse lo actuado hasta entonces por el Consejo general. (191)

Se impusieron los criterios defendidos por Marx y Engels, pero su triunfo no fue más que una victoria pírrica si se considera la vida languideciente que arrastró la Internacional, ya dividida, hasta su autodisolución en 1876.

La organización española mayoritaria quedaba adscrita a la tendencia que derivaría hacia el anarcosindicalismo. Engels, en un informe dirigido al Consejo general sobre el estado de la organización en nuestro país, reconocía amargamente la situación:

"En España sólo existen dos Federaciones Locales que reconocen plena y abiertamente los acuerdos del Congreso de la Haya y al nuevo Consejo General: la nueva Federación Madrileña y la Federación de Alcalá de Henares...

La gran masa de los Internacionalistas españoles sigue bajo la dirección de la Alianza, que predomina en el Consejo Federal y en los Consejos Locales más importantes." (192)

En este documento concede Engels gran valor al semanario La

Emancipación, "que es tal vez el mejor periódico que la Internacional posee", y al que durante algún tiempo apoyó personalmente con sus propios recursos. (193)

Concluía el informe resaltando la figura de José Mesa, verdadero artífice del núcleo marxista originario y de su órgano de prensa. Mantuvo éste siempre una estrecha relación con Engels, incluso tras su traslado a París, por razones políticas, en 1874. Sobre el mismo, opinaba Engels en el citado Informe:

"...José Mesa, es indudablemente la mejor figura que hoy tenemos en España, tanto por su carácter como por su talento, y, en realidad, uno de los mejores hombres con que contamos,..."

Pese a la ayuda de Engels, el semanario desapareció el 12 de abril de 1873.

* * *

Al concluir sus sesiones el Congreso de La Haya, la minoría presentó una Declaración de cinco puntos, encabezada por el deseo de "evitar todo tipo de escisión en el seno de la Asociación internacional." En los mismos se fijaban una serie de posiciones: se mantendrían las relaciones administrativas con el Consejo general; los firmantes establecerían entre sí y con otras ramas de la organización "relaciones directas y continuas"; en caso de ingerencia del Consejo general en cualquiera de las Federaciones que suscribían, se comprometían a mantener solidariamente su

autonomía; llamaban a todas las Federaciones y secciones a preparar para el próximo Congreso el triunfo "de los principios de la autonomía federativa" y, finalmente, repudiaban cualquier relación con un llamado Consejo federalista universal de Londres y cualquier otra organización parecida.

Firmaban la Declaración los cuatro delegados españoles por la F.R.E., cinco delegados belgas, Guillaume y Schwitzguebel jurasianos, dos delegados holandeses y uno norteamericano.

Al concluir sus sesiones la convención, once delegados italianos, suizos y españoles se reunieron con Bakunin en Zurich, creando bajo la dirección de éste una nueva sociedad secreta el 13 de septiembre. El 15 se reunieron nuevamente en Saint-Imier, donde tuvo lugar un Congreso de la Federación jurasiana, y tras concluir éste, mantuvieron una reunión a la que denominaron Congreso internacional. Asistieron los cuatro delegados españoles, cinco italianos, entre ellos Fanelli, dos franceses, dos suizos, un delegado por Norteamérica y Bakunin.

Los quince asistentes abordaron en la reunión cuatro puntos. El primero versó sobre la actitud de las Federaciones asistentes "ante las resoluciones de La Haya, no reconociendo de ninguna forma los poderes del nuevo Consejo general." Con el fin de "salvaguardar" a las cinco Federaciones presentes "contra las pretensiones gubernamentales de ese Consejo general", se acordó establecer un "proyecto de pacto de solidaridad" entre ellas.

El segundo punto desarrolló el proyecto antes citado, que se denominó "Pacto de amistad, solidaridad y de defensa mútua entre las Federaciones libres." En este punto se acordó la solidaridad con aquella Federación signataria que fuera "atacada en su

libertad" por un Congreso de la A.I.T. o por su "gobierno o Consejo general." No se precisó el tipo de "ataques" que cubría el pacto, ni la forma de hacer efectiva la "absoluta solidaridad" con que acudirían en su defensa.

El tercer punto versó sobre la "Naturaleza de la acción política del proletariado", acordándose lo siguiente.

- "1. Que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.
2. Que toda organización de un poder político titulado provisional y revolucionario para traer esta destrucción no puede ser mas que un engaño mas y será tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos ya existentes.
3. Que, rechazando todo compromiso para llegar a realizar la Revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer, al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria."

El último punto se refirió a la "Organización de la resistencia del trabajo" y a la "Estadística." Se acordó nombrar una comisión que presentaría al siguiente Congreso "un proyecto de organización universal de la resistencia y cuadros completos de estadísticas del trabajo."

Finalmente, además de lo expuesto, se acordó enviar todos los acuerdos y resoluciones, incluido el "Pacto de amistad...", "a todas las federaciones obreras del mundo."

El Congreso, que no abordó el tema de la abolición de la herencia, pese al tradicional interés de Bakunin por el mismo, se clausuró después de un día de trabajo "a los gritos de Viva la revolución social." (194)

El Congreso de La Haya había significado la ruptura de la organización y su fracaso en la pretensión de aunar a los trabajadores en el seno de la Internacional. La reunión de Saint-Imier vino a confirmar, por su parte, la escisión en las filas internacionalistas. A partir de entonces subsistieron dos ramas enfrentadas, con sus propias estructuras y congresos, ambas reclamándose herederas de la misma A.I.T. Tras la escisión se distinguieron con los apelativos de "centralista" o "marxista" la una, y de "federalista" o "anarquista" la surgida en el Congreso suizo.

Marx y Engels continuaron apoyando a la organización, aunque de forma mucho más atenuada al haber abandonado sus responsabilidades en el Consejo general. Bakunin, por su parte, pidió su baja en la organización surgida en Saint-Imier al año de celebrarse aquella reunión. En carta dirigida a sus compañeros de la Federación del Jura, que fue publicada en su Boletín el 12 de octubre de 1873, exponía que "la victoria de la libertad y de la Internacional contra la intriga autoritaria, es completa." Basándose en este argumento, continuaba:

"Hoy, cuando esta victoria es ya un hecho consumado, cada uno ha recuperado la libertad de actuar según sus conveniencias personales.

Y yo aprovecho, queridos compañeros, para rogaros que aceptéis mi dimisión como miembro de la Federación jurasiana y de la Internacional."

Más adelante alegaba también su edad avanzada -59 años- y su estado de salud, pues sufría dolencias cardíacas, lo que no le impidió, unos meses después, participar en un "movimiento insurreccional" en Bolonia que, como sus intentonas anteriores, concluyó con un rotundo fracaso en la noche del 7 de agosto de 1874. (195)

* * *

En septiembre de 1873 tuvieron lugar sucesivamente dos Congresos internacionales en Ginebra. El primero de ellos, celebrado del uno al seis de dicho mes, congregó a las federaciones de la A.I.T. próximas a los planteamientos de Bakunin. El segundo, que comenzaría a continuación de aquél, el 7 de septiembre, reunió a la fracción mayoritaria en La Haya el año anterior. Ambos se titularon VIº Congreso General de la A.I.T.

Las pocas federaciones españolas que secundaron al Consejo general de la Internacional, encabezadas por la Nueva Federación Madrileña y sus líderes, intentaban con esfuerzo y poco resultado atraer el mayor número de grupos internacionalistas a su fracción. Los acontecimientos que se sucedieron, -abdicación de Amadeo I de Saboya, proclamación de la Iª República, levantamientos cantonales, guerra carlista y "gritos" de independencia en las colonias- desbordaron la capacidad de reacción y supervivencia de los escasos grupos socialistas recién escindidos. Pese a circunstancias tan adversas, el grupo de la Nueva Federación Madrileña, tras aceptar los acuerdos de La Haya, procedió a publicarlos en La Emancipación, prosiguiendo su labor de propaganda por medio de dicho semanario. En el mes de

noviembre de 1872 informaron a Engels de ciertos progresos en Badalona, Gracia, Toledo, Cádiz y Denia. A mediados de dicho mes, la agrupación local de obreros en hierro, la sección de zapateros y la de oficios varios de Valencia, se decantaron por lo acordado en La Haya, aportando un refuerzo fundamental al grupo marxista, que desde entonces fue mayoritario en la capital valenciana. El 26 de enero de 1873, la "Federación valenciana internacional", denominación adoptada por los tres grupos obreros antes citados, eligió en asamblea un Consejo federal de nueve miembros que, con arreglo a lo acordado en el Congreso de Zaragoza, residiría en Valencia. Los acontecimientos sobrevenidos con la proclamación de la República limitaron también el desarrollo de la nueva Federación, cuyas escasas actividades se narraban en el informe al próximo Congreso de Ginebra -que reproducimos completo en Apéndice-, sobre el que nos referimos a continuación. (196)

Tampoco era muy halagüeña la situación de la organización internacional y, en consecuencia, de su VI Congreso. Concluido el mismo, Marx, en carta a Sorge le habla de que "el fiasco del Congreso de Ginebra era inevitable. Desde el instante en el que se supo aquí que no vendrían delegados de América, el asunto tomaba ya un mal cariz." En esta misma misiva se refería a otras delegaciones imposibilitadas de acudir, entre ellas la nuestra:

"Y no es eso todo: la Federación británica no ha encontrado dinero para un sólo delegado; los portugueses, españoles e italianos nos anuncian que, en las presentes circunstancias, no podrán enviar ningún delegado directamente;..." (197)

A la vista de la situación, concluía Marx, era suficiente por el momento mantener relación con los "mejores elementos" de cada país y conservar, numantinamente, el Consejo general en

Nueva York al abrigo de cualquier ingerencia.

La situación española impidió el envío de una delegación, no así el de un detallado informe suscrito por Mesa e Iglesias con fecha 24 de agosto de 1873.

Por su contenido, y por ser el primer documento de esta naturaleza que los socialistas españoles enviaron a un Congreso internacional, merece que nos detengamos brevemente en el mismo. Conviene recordar también que este precedente dió lugar a la costumbre de enviar informes a las reuniones de la IIª Internacional -además de la delegación correspondiente-, práctica acordada desde su segundo Congreso celebrado en Bruselas el año 1891.

De la forma en que está redactado el texto destacaríamos primeramente dos características que se observarán en los documentos semejantes confeccionados con posterioridad. En primer lugar el respeto reverencial con que los socialistas españoles, conscientes de su situación, se dirigen al organismo plurinacional. En segundo lugar, la fe que en todo momento depositan en el citado organismo como respaldo y salvaguarda de su propia y reducida existencia. En muchos de estos informes parece traslucirse la idea de que la propia supervivencia del minúsculo grupo socialista originario español dependía, en buena medida, de la existencia de la organización internacional, la solidaridad y de su vinculación a la misma como parte inseparable en representación de nuestro país.

El informe arranca en el Congreso de La Haya en 1872, recuerda que en el mismo fue ratificada o legitimada la Nueva Federación Madrileña, en cuyo nombre suscriben el documento José

Mesa y Paulino Iglesias. Se dirigen a los delegados al Congreso en nombre de la misma, dada la imposibilidad de movimientos del Consejo federal minoritario residente en Valencia, a causa del levantamiento cantonal en aquella ciudad. No se arrojan, por tanto, la representación de los internacionales españoles.

Se condenaba la conducta seguida tras el Congreso por los seguidores de Bakunin en España, a los que denominan "disidentes" y "separatistas" y, a continuación, informaba de la expulsión de la Internacional del Consejo federal español mayoritario, "por manifestarse conforme con los acuerdos del Congreso separatista". Por su parte, las pocas federaciones locales próximas a Marx y Engels en nuestro país habían constituido su propio Consejo federal el 26 de enero de 1873 con residencia en la citada ciudad mediterránea. Este organismo convocó un Congreso de la Federación para el 19 de mayo en Toledo, "aún cuando el estado de las federaciones no era el más apropiado (sic) para ocuparse del Congreso, pues todo el mundo fijaba su atención en el cambio político operado en España". Asistieron, no obstante, representantes de Vitoria, Lérida, Toledo, Valencia y Madrid.

La reunión volvió a "reconocer y sancionar" los acuerdos del Vº Congreso de la A.I.T. (La Haya), ratificó al Consejo federal, lanzó un manifiesto y adoptó el siguiente acuerdo:

"Que en adelante los Congresos regionales (entiéndase de la región española) tengan lugar los segundos domingos de agosto, para que en ellos se forme el mandato imperativo para los Congresos universales y se elija a los delegados que hayan de representar a la región".

Este acuerdo, por los trastornos políticos ya referidos, no

se pudo llevar a la práctica. Si se observó algo parecido durante los tiempos de la II Internacional, en la que el PSOE solía celebrar siempre sus convocatorias uno o dos años antes que el Congreso internacional, salvo el año 1912 en que tuvo lugar un mes antes que el certamen extraordinario de Basilea (Suiza).

El informe criticaba a continuación acremente la insurrección cantonal en una doble vertiente. Por una parte, por las repercusiones negativas que las perturbaciones habían tenido y tenían sobre la organización. El levantamiento, señalaba, "ha desorganizado casi por completo las federaciones locales, echando sobre sus individuos -que es lo más triste- todo el peso de la odiosidad, todas las persecuciones que trae siempre consigo una insurrección fracasada y torpemente urdida". Por otra parte, se denunciaba la presencia activa de los bakuninistas en las provincias sublevadas e, incluso, en los gobiernos cantonales. Con cierta ligereza se confundía en la crítica la acción política, entendida fundamentalmente por los anarquistas como la desarrollada a través de los partidos políticos en los procesos electorales, con la participación en los movimientos insurreccionales, si bien los socialistas tenían muy en cuenta que los directores y protagonistas de los mismos pertenecían por lo general a los partidos burgueses. Esta alianza y, en algunos casos, subordinación de los "aliancistas" o "escisionistas" es lo que no comprendían ni perdonaban los trabajadores socialistas. La fórmula aplicada por éstos de "clase contra clase", constituía ya un dogma de obligado cumplimiento.

Rechazaban el principio de la "autonomía", seguido por sus adversarios, según el cual, como vimos, se podía actuar individualmente en un sentido que, como colectivo, quedaba prohibido a los internacionalistas. Finalmente, a la vez que apuntaban las contradicciones entre su teoría y lo que practicaban, les hacían responsables, por su participación en

aquellos hechos fracasados del descrédito que con ello habían procurado entre los trabajadores: "hoy, en España, el nombre de internacional es una denominación odiada por la mayoría de los obreros."

A causa de todo ello, la endeble organización socialista no había podido resistir el embate de los acontecimientos; su Consejo federal, y podía hacerse extensivo a la mayor parte de la organización, "se halla hoy enteramente disuelto, y por consecuencia imposibilitado de obrar en ningún sentido."

Concluía el informe renovando públicamente su confianza "en los sentimientos internacionales del proletariado español", y dejando, al tiempo, cruda constancia de la delicada situación por la que atravesaban:

"Hoy la república puede considerarse muerta; la reaccion avanza rápidamente, y no nos queda otro recurso que volver a empezar la obra de la revolución, reorganizando las fuerzas proletarias sobre una base internacional" (198)

No les faltó razón en algunos de los análisis y predicciones apuntados.

Con la revolución cantonal, en la que pese a lo expuesto en el Informe, participaron internacionalistas de ambos bandos, como ha puesto de manifiesto J.A. Piqueras, se terminaron de abrir las heridas iniciadas entre anarquistas y socialistas en el Congreso de La Haya. La agresividad entre ambas fuerzas fue en aumento y se manifestó, mucho tiempo después, en los primeros Congresos de

la IIª Internacional.

El Congreso de Ginebra confirmó la constitución de las Federaciones Internacionales de oficio que presentara Lafargue en la anterior reunión de la A.I.T.. Con ello, y pese al declive irremediable en que se encontraba ya esta organización, se articulaba el esquema dual que prevalecerá en los partidos socialistas que comenzaron a formarse: las sociedades de resistencia -más tarde sindicatos - para la "lucha económica"; reclamaciones, movilizaciones, huelgas, etc. y el partido político para la "lucha política", básicamente de carácter electoral en sus comienzos. (199)

La Iª República española transcurrió como queda dicho entre graves alteraciones de diverso tipo. Tras el golpe de Estado del general Pavía - 3 de enero de 1874 - se decretó, con carácter irrevocable, la disolución de la Internacional:

"El gobierno de la República... Resuelto a no ceder en el camino emprendido... se cree en el deber de extirpar de raíz todo germen de trastornos, persiguiendo hasta en sus más disimulados y recónditos abrigos a los perturbadores de la tranquilidad pública y a toda sociedad que, como la llamada Internacional, atente contra la propiedad, contra la familia y demás bases sociales". (200)

Las pocas Federaciones que constituían la minoría de la A.I.T. en España concluyeron su existencia. Tan sólo algunos de sus dirigentes continuaron, en la medida posible, su actuación "societaria" en el seno de la Asociación General del Arte de Imprimir, razón por la cual el historiador socialista Juan José

Morato definió a este organismo como la "cuna" del futuro Partido Socialista Obrero Español y, sobre todo, de la Unión General de Trabajadores.

Muchas son las experiencias y contactos que se derivaron para los socialistas de su paso por la primera Internacional obrera. En el plano personal, las relaciones con Engels y Lafargue, fundamentalmente a través de José Mesa en los años que hemos analizado, dejarán su impronta en el partido obrero que se constituirá en 1879. Cuando varios años más tarde, Pablo Iglesias tuvo que salir en defensa de Lafargue durante una agria polémica con los anarquistas, lo recordará con gran afecto. De aquellos artículos en El Obrero de Barcelona, denominados Apuntes falsos, extraemos su definición del dirigente internacionalista:

"El concepto que como hombre y como socialista tenemos de nuestro amigo... la opinión que de él hemos formado es tal, que si la clase obrera necesitara modelos de hombres dignos, de una moralidad a toda prueba, de entereza poco común, de convicciones profundas, de gran valor para defenderlas, de una actividad prodigiosa y de un extraordinario desinterés, nosotros presentaríamos como uno de los mejores a Pablo Lafargue." (201)

Tal era el recuerdo y la opinión que le merecía este correligionario con quién volverá a encontrarse nuevamente en los Congresos de la IIª Internacional. También pudo contemplar en una de sus primeras reuniones - Zurich, 1893 - a Federico Engels, que acudiría allí por primera y última vez a un Congreso de la nueva Internacional. Poco antes del mismo, en carta del veterano socialista a Iglesias, le recordará con afecto que:

"Los dos somos viejos internacionales y hemos estado más de veinte años codo con codo en la misma lucha. Cuando fui secretario para España me concediste el honor de tutearme, por ello te pido que lo mantengas..." (202)

Concluimos este extenso recorrido a través del complejo desarrollo de la Primera Internacional en nuestro país, los antecedentes en materia ideológica y táctica, así como el entramado de unas relaciones personales profundas constituirán el precedente inmediato a la actividad del PSOE en sus primeros años. Sus criterios políticos durante mucho tiempo, en función de sus reducidas fuerzas, fueron modulados por una visión introspectiva que desembocaba irreversiblemente en una actitud proteccionista de la propia organización. Las declaraciones y actitudes, determinadas por su aislamiento inicial, tendrán un carácter radical e incluso vehemente en muchas ocasiones, moderándose paulatinamente a medida que el Partido Socialista fue asumiendo, a comienzos de este siglo, ciertas responsabilidades políticas y una mínima importancia organizativa, derivada en parte de su coalición con otras fuerzas políticas.

Por último, debemos reseñar que la Primera Internacional fue también, sin duda, la primera escuela de formación democrática de los trabajadores. El funcionamiento de sus asambleas, conferencias y Congresos generales fue el precedente de los que se desarrollaron durante la II Internacional. El esquema de funcionamiento de los Congresos, elaborado en Basilea con el término de Guía, no se ha modificado prácticamente hasta nuestros días, en lo que a Congresos de tipo democrático se refiere. Las normas internas de elección de candidatos, abono de cuotas, competencias de los distintos órganos y estructura orgánica de los partidos socialistas democráticos tienen, aún hoy, una deuda

con aquella primera y primigenia Internacional obrera.

* * *

NOTAS AL CAPÍTULO IV

- (1). Manuel TUÑÓN DE LARA. Estudios sobre el siglo XIX español. S. XXI eds. Madrid, 1971, p. 105 y ss.
- (2). Franciso PI Y MARGALL y Franciso PI Y ARSUAGA. Historia de España en el siglo XIX. Barcelona, 1902 Tomo IV, pp. 418-419. También, con ligeras variantes de transcripción en Manuel HENAO Y MUÑOZ. Los Borbones ante la Revolución. Madrid, 1870. Tomo III, pp. 699-700
- (3). F. PI Y MARGALL y F. PI Y ARSUAGA. op. cit. p. 420
- (4). Ibídem, p. 434, n. 1
- (5). El proceso de constitución de la Junta Revolucionaria de Madrid en PI Y MARGALL y PI Y ARSUAGA. op. cit. pp. 434 a 436. Enrique VERA Y GONZÁLEZ. Pi y Margall y la política contemporánea. Barcelona, 1886. Tomo I, pp. 888 a 891. Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO. Historia política de la España contemporánea. Pegaso. Madrid, 1956. Tomo I, pp. 14 a 17 y notas 2 y 3 C.A.M. HENNESSY. La República federal en España. Aguilar. Madrid, 1966, p. 45. El texto del programa de la Junta madrileña en PI Y MARGALL y PI Y ARSUAGA. op. cit. p. 442 y FDEZ. ALMAGRO op. cit. pp. 15-16. El primero de estos textos, a continuación del programa de la Junta de Madrid, agrega: "Estas declaraciones de la Junta central de Madrid fueron apareciendo sucesivamente en la Gaceta oficial los días 8, 9, 15 y 19 de Octubre."
- (6). FERNÁNDEZ ALMAGRO. op. cit. pp. 16-17 notas 2 y 3
- (7). El texto de ambos decretos en Manuel R. ALARCÓN CARACUEL. El derecho de asociación obrera en España (1839-1900) Eds. Revista de Trabajo. Madrid, 1975, pp. 347 a 351
- (8). C.A.M. HENNESSY. op. cit. p. 49
- (9). PI Y MARGALL-PI Y ARSUAGA. op. cit. El Manifiesto-programa A la Nación en pp. 456 a 462. El manifiesto tripartito en pp. 462 a 465
- (10). Karl MARX-Friedrich ENGELS. Werke. Dietz verlag. Berlin, 1974. Tomo 32. Cartas de Engels a Marx del 21 y 25 de septiembre y del 2 y 14 de octubre, pp. 159, 166, 172 y 184 y carta de Marx a Engels del 26 de septiembre, p. 168. Sobre la neutralización del conflicto europeo por los acontecimientos de España, escribía Marx a Kugelmann lo siguiente en carta del 12 de octubre: "La revolución española ha llegado como un Deus ex machina, impidiendo la guerra franco-alemana, inevitable y desastrosa." Karl MARX.

Cartas a Kugelmann. Península. Barcelona, 1974, p. 79

- (11). "La Asociación Internacional de los Trabajadores de Ginebra a los obreros españoles." La Igualdad, 15 de enero de 1869. Suscribían el documento, en nombre del Comité central ginebrino todos sus miembros -Brosset, Perret, Dufour, Longchamp- salvo el vice-presidente, J.Ph. Becker.
- Guillaume, describiendo los pasos de Bakunin tras el Congreso de Berna de la Liga de la Paz, dice: "El primer resultado de su presencia en Ginebra fue el Manifiesto enviado a los obreros españoles, con fecha del 21 de octubre, por el Comité central de la Internacional ginebrina. Manifiesto que no era más que el desarrollo del programa de la Alianza." (James GUILLAUME. L'Internationale. Documents et souvenirs. París, 1985. Tomo I, p. 91
- (12). Le Conseil Général de la Première Internationale. 1868-1870. Progrès. Moscú, 1974, p. 35 y n. 33 (p. 334). Esta iniciativa adoptada el 3 de noviembre, y que nunca llegó a realizarse, es la única que queda reflejada en las actas del Consejo general. No obstante, un testigo español de la época, Francisco Mora Mendez, recogería que tras la "Gloriosa", "el Consejo General de la Asociación Internacional por un lado, y por otro el Comité de las Secciones ginebrinas, dirigieron manifiestos a los obreros de España invitándoles a que no se conformaran sólomente con las libertades políticas..." (Francisco MORA: Historia del Socialismo Obrero Español. Madrid, 1902, p. 47). Años después, el historiador anarquista Max Nettlau también insistió en el tema: "Después del pronunciamiento de Cádiz y el fin del reinado de Isabel fueron enviados manifiestos a los trabajadores españoles por el Consejo general por medio de obreros franceses, por delegados jurasianos..." (Max NETTLAU. Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873). La Protesta. (Buenos Aires), 1925, p. 16
- (13). Pedro RIBAS. "Las relaciones entre el socialismo alemán y el español." Estudios de Historia Social. Madrid, 1979, nº. 8-9, pp. 227-228. Los destinatarios y remitentes del saludo y su fecha de publicación en MARX-ENGELS. Werke. op. cit. Tomo 32, n. 232 (p. 750)
- (14). Carta de Engels a Marx del 4 de noviembre de 1868. MARX-ENGELS. Werke, op. cit. Tomo 32, p. 194. Los comentarios de Engels, que no tuvieron respuesta por parte de Marx, hacían clara referencia a la obra de éste, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, en la que analizando las convulsiones revolucionarias de Francia entre 1848 y 1851, estudiaba el papel jugado por las clases sociales en función de su situación e intereses, así como la actitud del campesinado, potencial aliado de la clase obrera.

- (15). "La sociedad general de obreros de Alemania ha dirigido a los obreros de España el documento siguiente: "La Igualdad, 30 de diciembre de 1868, p. 3 columna 2ª. Se reprodujo de nuevo, en el mismo periódico, el 15 de enero de 1869. En este segundo caso, a diferencia del primero, se recogía mal la firma de Schweitzer, poniendo en su lugar Schwizert. Esta segunda versión es la reproducida con diversas alteraciones, incluido el título, (tratarán en lugar de tratareis, perseveráis en lugar de perseveraréis y dos líneas en cursiva que no figuran en el texto del periódico, entre otros errores de transcripción) por Clara E. Lida consecutivamente en la obra colectiva La Revolución de 1868. Madrid, 1970, pp. 464-465 y en su libro Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y documentos. S. XXI. Madrid, 1973, pp. 156-157. Curiosamente, el diario republicano La Igualdad, al reproducir este documento por segunda vez, lo tomó del periódico "El Independiente", ignorando que él mismo lo había publicado por primera vez dos semanas atrás.
- En el número uno de La Igualdad, que apareció en Madrid el miércoles 11 de noviembre de 1868, aparecía como director el procer republicano Estanislao Figueras. No obstante, Francisco Mora señala que cuando Fanelli llegó a la capital de España a fines del mismo mes, el director era José Guisasola. (Francisco MORA. op. cit. p. 49). Morato, por su parte, confirma la dirección de Figueras y aclara que Guisasola era, en realidad, uno de los dos propietarios del diario. (J.J. MORATO. Historia de la Sección española de la Internacional (1868-1874). Gráfica Socialista. Madrid, (1930), p. 41
- (16). Josep TERMES ARDEVOL. Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881). Ariel. Barcelona, 1972, pp. 30 a 33. El autor sitúa el Congreso de la "Dirección Central de las Sociedades Obreras de Barcelona" en el día 13 de diciembre de 1868, mientras que la propia entidad en carta de contestación a El Imparcial lo sitúa en el día 15 del mismo mes y año. (La Igualdad, 4 de febrero de 1869, p. 3). Casimiro MARTÍ, por su parte, lo sitúa los días 12 y 13 de diciembre (Orígenes del anarquismo en Barcelona. Univ. de Barcelona. Barcelona, 1959, p. 85
- (17). "La Dirección Central de las Sociedades Obreras de Barcelona a los obreros de todos los países..." La Igualdad, 9 de febrero de 1869. El documento está fechado en Barcelona el 3 de febrero de 1869
- (18). Le Conseil Général... (1868-1870), p. 45
- (19). Ibídem, p. 64
- (20). Valgan como referencia frases tales como las siguientes:
"... en España no ha habido hasta el presente siglo una

revolución sería,..." (p. 8)

"... la monarquía absoluta en España, que solo por encima se parece a las monarquías absolutas europeas en general, debe ser clasificada más bien junto a las formas asiáticas de gobierno." (p. 13)

"... la guerra civil de 1833-1843 exterminó a sangre y hierro... y se empañó con actos de canibalismo,..." iii (p. 62)

"A pesar del ardor sanguíneo de toda la raza y de su frialdad para los derramamientos de sangre..." (p. 63)

"... las revoluciones españolas presentan ciertos rasgos peculiares. Por ejemplo, la combinación del bandolerismo con las actividades revolucionarias,..." (p. 102)

Todos los textos pertenecen a los artículos de Marx para el New York Daily Tribune con motivo de la revolución de 1854. En la obra de MARX-ENGELS. La Revolución en España. Progreso. Moscú, 1978.

Las frases citadas, aunque están fuera de su contexto, asumen buena parte de los tópicos existentes sobre España entre los siglos XVIII y XIX, denotando un concepto muy poco objetivo sobre nuestro país y sobre sus habitantes.

- (21). James GUILLAUME. op. cit. Tomo I, pp. 74 y 75 y Edward H. CARR. Bakunin. Grijalbo. Barcelona, 1970, p. 370
- (22). James GUILLAUME. op. cit. Tomo I, pp. 78 y 79 y Arthur LEHNING, introducción a Michel Bakounine et l'Italie. 1871-1872. Leiden, 1961. Tomo I, p. XXIV. Los textos entrecomillados, recogidos por Guillaume, corresponden a la obra de Bakunin, Desarrollo histórico de la Internacional. (op. cit. Tomo I, p. 76)
- (23). M. Bakunin en carta a Herzen del 18 de octubre de 1869, informándole sobre un libro que se titularía "Profesión de fe de un demócrata socialista ruso, precedido de un estudio sobre los judíos alemanes", que no concluyó, escribe: "En cuanto al espíritu de mi obra, debe continuar desde luego violento, sin atenuarse de ningún modo en la forma. Tú sabes que ello va en mi naturaleza y ¿cómo quieres rehacer lo que es natural? (Michel DRAGOMANOV. Correspondance de Michel Bakounine. París, 1896, pp. 286-287)
- (24). Jacques FREYMOND, (director) La Première Internationale. Droz. Ginebra, 1962 Tomo II, pp. 475-476 y Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 237 a 239
- (25). A. LEHNING, op. cit. Tomo II, p. XXII
- (26). Ibídem, p. XXII y "L'Alliance de la Démocratie Socialiste.". Procès-verbaux de la Section de Genève. (15 janvier 1869-23 décembre 1870). Presentado por Bert Andréas y Miklos Molnár. En Etudes et Documents sur la Première Internationale en Suisse. dir. por J. Freymond. Droz.

Ginebra, 1964, p. 206

- (27). Marc VUILLEUMIER. "Bakounine, l'Alliance Internationale de la Démocratie Socialiste et la Première Internationale a Genève (1868-1869)." Cahiers Vilfredo Pareto. Ginebra, 1964, nº 4, pp. 63 a 65. El autor analiza la composición de la lista de adherentes a la sección ginebrina de la A.I.D.S. -proscritos rusos o polacos, miembros de la Internacional, conspiradores republicanos, habituados a las sociedades secretas, radicales y socialistas utópicos-calificándola de "disparatada", p. 59. Sobre el resultado electoral de 1868 en Suiza dice lo siguiente: "... las elecciones fueron un completo fracaso para la República democrática y social, que no obtuvo más allá de 100 a 150 votos, mientras que los tres internacionalistas incluidos en las listas radicales, que también fueron vencidos, obtuvieron de 1.300 a 1.400 votos." p. 65
- (28). J. FREYMOND. op. cit. Tomo II, pp. 476-477 y Le Conseil Général... (1868-1870), pp. 239-240
- (29). Las biografías de Élie y Élisée Reclus, así como la de Aristide Rey en Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français. (Dirigido por Jean Maitron). Les éditions ouvrières. Paris, 1970, 2ª parte (1864-1871) Tomo VIII, pp. 298 a 301 y 324-325
- (30). Nettlau señala que Élisée declinó la propuesta de Bakunin y "estuvo más bien inclinado a disuadir a su hermano Elías (Élie) del viaje a dicho país. Elías, sin embargo, sea por fines de estudio y de periodismo, sea impulsado por Bakunin, con el cual tuvo correspondencia al respecto, se decidió a hacer el viaje, lo mismo que Aristides Rey, de París,..." A continuación dice: "Bakunin, que no contaba por completo con esos dos hombres..." Más adelante, y narrando el viaje de Fanelli por España, acompañando a Reclus y Rey, recoge que el italiano no podía llevar el ritmo de gasto de aquéllos y que, incluso "debió tomar prestadas 100 liras a Elías (Élie) y a los otros para poder continuar su viaje." (M. NETTLAU. op. cit. p. 27)
- (31). M. NETTLAU. op. cit. p. 22. Este autor, como admirador de la vida y la obra de Bakunin, incurre a menudo, como en este caso, en contradicciones manifiestas con el fin de mostrar como lineal una historia que estuvo llena de altibajos. De hecho, al finalizar el mismo capítulo del que extraemos la cita, recoge Nettlau esta significativa frase: "Vemos así que Fanelli obraba solo, a su modo, que sus relaciones durante el viaje con Bakunin eran, por decirlo así, nulas." (p. 33) Lo cual no significa que no existiera una sincera amistad entre ambos personajes.
- (32). Tras su viaje por España, entre noviembre de 1868 y febrero

de 1869, se enfriaron sus relaciones con Bakunin y "atravesó un período de pasividad política" que se extendió hasta 1870. Reincorporado a las filas internacionalistas napolitanas, de orientación anarquista, participó en la constitución de la Federación italiana de la Internacional. En 1872 asistió al Congreso anarquista de Saint Imier (Suiza), último acto destacado de su militancia internacionalista. Fue miembro de la corporación municipal de su ciudad y, en 1874, abandonó toda actividad política. Preso de desequilibrios mentales, falleció en una clínica de esta especialidad el 5 de enero de 1877. (A. LUCARELLI. Giuseppe Fanelli nella storia del Risorgimento e del socialismo italiano. Trani, 1952 y texto de Tommaso Detti en Il movimento operaio italiano. Dizionario biografico. (1853-1943). Roma, 1976 Tomo II, pp. 284 a 288). Los datos sobre el pensamiento de Carlo Pisacane en Diccionario filosófico. Dirigido por M.M. ROSENTHAL y P.F. IUDIN. Eds. Pueblos Unidos. Montevideo, 1965, p. 362.

El anarquista catalán Rafael Farga Pellicer, fundador de la A.I.T. en Barcelona, publicó bajo seudónimo una biografía amplísima sobre Garibaldi. En ella incluye unas notas biográficas sobre Fanelli, de carácter apologético, cuyos datos deben revisarse. Justifica el hecho de que fuera diputado italiano en sucesivas legislaturas con estas palabras, "admitía la diputación, de acuerdo con sus amigos, para tener las franquicias y la inmunidad que disfrutaba el diputado en aquel país, y aprovechar todo esto en favor de sus ideas." Justo PASTOR DE PELLICO (Rafael Farga Pellicer) Garibaldi. Historia liberal del siglo XIX. Barcelona, 1882 Tomo II, pp. 2.272 a 2.277 (La cita en la p. 2.275).

Sobre la presencia de Fanelli en España, ver también C. MARTÍ. op. cit. Capítulo IV

- (33). M. NETTLAU. op. cit. pp. 22, 23 y 27. J. A. Piqueras, que hace un excelente seguimiento de estos hechos, no tiene en cuenta esta demora de seis días en Génova, por lo que sitúa la llegada de Fanelli entre el 9 y el 10. (José Antonio PIQUERAS La revolución democrática (1868-1874). Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1992, p. 120, n. 2)
- (34). Las dos cartas de Bakunin a Gambuzzi del 2 y el 7 de noviembre de 1868 en Arthur LEHNING. op. cit. Tomo I, pp. XXV y XXVI de su introducción.
- (35). M. VUILLEUMIER. op. cit. p. 86 / Bis, ibídem, pp. 86-87
- (36). A. LEHNING. op. cit. Tomo I, p. XXVI de su introducción.
- (37). Enrique TIerno GALVÁN. Anatomía de la conspiración. Taurus. Madrid, 1962, pp. 7, 9 y 12
- (38). J. GUILLAUME. op. cit. Tomo I, p. 78. Las frases son del

propio Bakunin y pertenecen a su obra Desarrollo histórico de la Internacional.

- (39). Acta de la sesión del Consejo general de la A.I.T. del 15 de diciembre de 1868. En Le Conseil Général... (1868-1870) p. 44 y notas 42 y 43 (p. 336). También A. LEHNING op. cit. Tomo II, p. XXII y n. 3
- (40). Cartas de Marx a Engels del 15 de diciembre de 1868. En MARX-ENGELS. Werke. op. cit. Tomo 32, p. 234
- (41). Carta de Engels a Marx del 18 de diciembre de 1868. Ibídem, pp. 235 a 237
- (42). Carta de Marx a Engels del 19 de diciembre de 1868. Ibídem, p. 238
- (43). Acta de la sesión del 22 de diciembre de 1868, en Le Conseil général... (1868-1870) p. 46 y n. 48 (pp. 336-337). El texto del dictamen titulado, "El Consejo general a la Alianza Internacional de la Democracia Socialista", ibídem, pp. 262 a 264. En la misma obra, pp. 237 a 241, se recogen el programa y el reglamento de la A.I.D.S. con los comentarios durísimos del propio Marx.
- (44). Carta de Mijail Bakunin a Karl Marx del 22 de diciembre de 1868. En la obra dirigida por J. FREYMOND. La Première Internationale... op. cit. Tomo I, pp. 452-453
- (45). Los programas y reglamentos de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, en sus dos versiones pública y secreta, ibídem, Tomo II, pp. 465 a 477
- (46). Carta de Karl Marx a Hermann Jung del 28 de diciembre de 1868. En J. FREYMOND. La Première... op. cit. Tomo I, p. 453. La referencia a la situación en Suiza debía relacionarse con el enfrentamiento surgido en septiembre de aquel año entre el periódico internacionalista La Voix de l'Avenir y el Comité central de Ginebra.
- (47). J. GUILLAUME. op. cit. Tomo I, p. 110
- (48). "El Consejo general al Comité central de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista.". En Le Conseil général... (1868-1870) op. cit. pp. 272 y 273. El contenido de la carta de la Alianza del 27 de febrero de 1869, ibídem, n. 79 (p. 341)
- (49). J. GUILLAUME. op. cit. Tomo I, p. 141
- (50). Ibídem, p. 181. Se trataba de unos nuevos estatutos elaborados durante el mes de abril de 1869 y totalmente reformados en relación con los de 1868

- (51). Carta del 28 de julio de 1869, del secretario general del Consejo de la A.I.T., G. Eccarius, "A la sección de la Alianza de la democracia socialista, en Ginebra: Ciudadanos, tengo el honor de anunciaros que vuestras cartas o declaraciones, así como el programa y el reglamento han sido recibidos, y que el Consejo general ha aceptado por unanimidad vuestra adhesión como sección." En J. FREYMOND. op. cit. Tomo I, p. 454 y J. GUILLAUME. op. cit. Tomo I, p. 181
- (52). "L'Alliance de la Démocratie..." op. cit. p. 213 n. 42 y "L'Internationale en Suisse. Chronologie 1863-1871" Ambos en Etudes et Documents... op. cit. pp. 285 y 290. J. Guillaume recoge en su obra como fecha de la segunda solicitud de admisión a la Federación cantonal el 31 de julio de 1869. op. cit. Tomo I p. 181
- (53). Sobre la Alianza secreta de Bakunin, su situación "equivoca" y la expansión de la organización tras el ingreso de la A.D.S. en la Internacional, ver "L'Alliance de la Démocratie...", op. cit. p. 139 y ss. y n. 63 (pp. 219-220)
- (54). Ver José Antonio PIQUERAS. op. cit. Cap. 3 apartado 1. Clara E. LIDA, Anarquismo y revolución en la España del XIX. Siglo XXI. Madrid, 1972, pp. 141 y ss.
- (55). Rafael María de LABRA. El Instituto de Derecho Internacional. Madrid, 1907. Nota 2, pp. 101 a 106 dedicadas a "El Fomento de las Artes."
- (56). F. MORA. op. cit. p. 57
- (57). La Igualdad. 2 de diciembre de 1868, p. 1
- (58). C. MARTÍ. op. cit. n. 29 p. 81 y F. MORA. op. cit. p. 50
- (59). Max NETTLAU. "Eliseo Reclus y Miguel Bakunin" En La Revista Blanca, Barcelona, 1 de septiembre de 1927, p. 197
- (60). La Igualdad, 28 de diciembre de 1868. Se trataba de la suscripción pública acordada en la reunión republicana celebrada en el Circo Price de Madrid el día anterior. Su finalidad era "expresar al heroico pueblo de Cádiz las simpatías del partido (republicano) y darle una prueba de fraternal adhesión por el demostrado valor con que defendió sus derechos..." Encabezaban la suscripción José M^a Orense y Adolfo Joarizti, figurando en la lista Fernando Garrido, Fanelli, Rey y Reclus entre otros.
- (61). F. MORA, op. cit. pp. 52-53. C. MARTÍ. op. cit. pp. 82-84. Josep TERMES. op. cit. p. 39

- (62). A. LORENZO. El proletariado militante. Memorias de un internacional. Barcelona, (1901) p. 38. El autor publicó la segunda parte de esta obra en 1923. De no indicar lo contrario nos referiremos siempre a la primera. De ambos volúmenes de estas memorias, de gran importancia para el período que estudiamos, hay una excelente edición con prólogo, notas, cronología y bibliografía, realizada por José Álvarez Junco: Alianza Universidad, Madrid, 1974. F. MORA. op. cit. pp. 53 n. 1 y pp. 74-75. J.J. MORATO en su obra citada en la nota 15 dice que Fanelli entregó "ejemplares de los estatutos de la Asociación General de los Trabajadores; estatutos y reglamento de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista,... el reglamento de la Federación de la Suiza romanda (sic) y un proyecto de estatutos para la resistencia, elaborado por la Sección central de Ginebra." También apoya el criterio de Lorenzo, frente al de Mora, en el sentido de que el italiano dejó el Manifiesto inaugural de la A.I.T. A esto debemos hacer dos objeciones. Morato, a diferencia de los citados, ni fue testigo de los hechos ni recoge la fuente de su detallada información. Por otra parte, es difícil que Fanelli dejara "el reglamento de la Federación de la Suiza romanda", ya que esta organización se constituyó del 2 al 4 de enero de 1869.
- (63). Jacques MAURICE. "Sobre la penetración del marxismo en España." Estudios de Historia Social, nº 8/9 Enero-junio de 1979 pp. 65 a 73
- (64). Luis ARRANZ y Antonio ELORZA. "El Boletín de las clases trabajadoras: la definición bakuninista de la clase obrera madrileña." Revista de Trabajo. nº 52, 1975 p. 353 y ss. Reproduce en apéndice un artículo de Anselmo Lorenzo publicado el 19 de agosto de 1869 en La Justicia Social de Madrid. En el mismo se incluye, con adaptaciones y algunas modificaciones, el programa de la A.I.D.S.
- (65). A. LEHNING, op. cit. Tomo II, n. 97 (p. 453) y n. 290 (pp. 473-474)
- (66). J. GUILLAUME, op. cit. pp. 120 y 131
- (67). Ibídem, p. 129
- (68). "L'Alliance de la Démocratie...", op. cit. pp. 153 y 154
- (69). F. MORA. op. cit. pp. 54-55
- (70). Oscar TESTUT. L'Internationale. París/Versalles, 1871, 7ª edición, pp. 255-256
- (71). Le Conseil Général... (1868-1870). Acta de la sesión del 23 de marzo de 1869, p. 64

- (72). O. TESTUT, op. cit. pp. 256 a 258. El manifiesto de la sección de Barcelona fue publicado también por L'Egalité de Ginebra el 22 de mayo de 1869. Sobre la implantación de la Internacional en Barcelona ver C. MARTÍ, op. cit. p. 84 y ss.
- (73). Sesiones del Consejo General de los días 4 y 25 de mayo de 1869. En Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 78 y 90 y notas 105 (p. 345) y 125 (p. 347). Los datos sobre L'Egalité en Repertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIXe et XXe siècles. La Première Internationale. Tomo I (periódicos) París, 1958, p. 8
 Anselmo Lorenzo se hace eco en sus memorias del silencio manifestado por la dirección internacionalista y de la falta de respuesta a sus comunicaciones en aquellos primeros meses de la A.I.T. en España. (A. LORENZO. op. cit. p. 116)
- (74). La Federación. Barcelona, 1869. Prospecto.
- (75). Carta de Rafael Farga Pellicer a Bakunin, fechada en Barcelona el 1 de agosto de 1869. En La Revista Blanca, Barcelona, 15 de enero de 1926 pp. 12 y 13. Reproducida en C. MARTÍ, op. cit. pp. 123-124
- (76). Actas del Comité de la Sección de Ginebra de la Asociación Internacional de la Democracia Socialista. Sesiones del 5 de febrero, asambleas del 13 de marzo y 15 de mayo y sesiones del Comité del 9 y 17 de julio. En "L'Alliance de la Démocratie..." op. cit. pp. 150, 155, 158, 163 y 164
- (77). La elección de los delegados de las secciones de Ginebra en J. GUILLAUME, op. cit. p. 187 y M. VUILLEUMIER, op. cit. p. 82. Las actuaciones de Gambuzzi y Richard, ibídem, p. 82. La delegación barcelonesa en Basilea, C. MARTÍ, op. cit. p. 89. La carta de Sentiñón al Consejo general de la A.I.T. en la sesión de este organismo del 15 de junio de 1869. Le Conseil Général... (1868-1870) p. 94. Biografía de Gaspar Sentiñón en J.J. MORATO. Líderes del movimiento obrero español (1868-1921). Selec., present. y notas de Víctor Manuel Arbeloa. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1972 pp. 23 y 24, n.6
- (78). "L'Alliance de la Démocratie..." op. cit. p. 167
- (79). Le Conseil Général... (1868-1870) p. 299 y Louis BERTRAND. Histoire de la Démocratie et du Socialisme en Belgique depuis 1830. Bruselas/París, 1907 Tomo II, p. 216
- (80). En la sesión del 17 de agosto de 1869 se leyó una carta de Barcelona, dirigida al Consejo general, exponiendo "que la sección es poco numerosa, pero de buena calidad" y que

estaría representada en Basilea. En la sesión del 24 de agosto se dió cuenta de una nueva misiva de la misma procedencia anunciando que la sección de Barcelona enviaría un delegado al Congreso. Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 120 y 126 y nota 176 (p. 354). En esta última nota citada se indica que la sección de Barcelona estuvo representada en Basilea "por el redactor jefe de La Federación, Gaspar Sentiñón. La sección central de Cataluña, que tenía igualmente su sede en Barcelona, estuvo representada en el Congreso por Fargo Pellicer." (sic)

- (81). Para todo lo relativo a las actas del Congreso de Basilea seguiremos la edición ya citada dirigida por J. FREYMOND, La Première Internationale. Tomo II (Hay una edición española: J. FREYMOND. La Primera Internacional. Zero-Zyx. Madrid, 1973 en dos volúmenes, que desaconsejamos por las deficiencias de traducción y erratas que en ella hemos observado).
Los telegramas de la Legión ibérica y Sarro Magallan (Marsal Anglora) en J. FREYMOND, op. cit. pp. 14 y 45. La referencia a Madrid, F. MORA, op. cit. p. 56
- (82). La lista de delegados a Basilea y el nombramiento de la mesa del Congreso y las Comisiones en J. FREYMOND, op. cit. pp. 8 a 12, 14 y 15 respectivamente.
- (83). Ibídem, p. 26
- (84). Ibídem, pp. 42 a 44. El documento, pese a ser un informe del Centro Federal de Sociedades Obreras, al que representaba Fargo Pellicer, iba también suscrito por Sentiñón.
- (85). Ibídem, p. 52. Todas las citas y referencias que se recogen a continuación sobre el Congreso de Basilea corresponden a esta misma obra, pp. 13 a 118
- (86). Guillaume reproduce, con mayor extensión que las actas del Congreso, la intervención de Bakunin, si bien ello no altera el contenido de lo recogido en el citado texto oficial. (J. GUILLAUME, op. cit. pp. 202-203)
- (87). Guillaume explica el voto de Sentiñón por el hecho de que del contenido del informe del Consejo general, parecía "implicar la abolición del derecho de herencia", por lo que no creyó oportuno votar no a la citada proposición. Si se lee el texto de Marx, que a diferencia del dictamen de la comisión reproduce Guillaume en brevísimo resumen, quedará demostrado palpablemente la debilidad de la justificación empleada por el historiador anarquista. (J. GUILLAUME, op. cit. p. 204 n. 2)
- (88). Le Conseil général... (1868-1870) p. 136. La sesión se

celebró el 14 de septiembre de 1869.

- (89). M. DRAGOMANOV, op. cit. p. 290-291
- (90). En la carta a Herzen, citada en nota 89, decía Bakunin al respecto. "... tu sabes mejor que yo, que lo primero tiene como principio: Divide et impera. Si a estas horas hubiera emprendido una guerra abierta contra Marx personalmente, las tres cuartas partes de los miembros de la Internacional se habrían vuelto contra mí y estaría en desventaja, habría perdido el terreno sobre el que justamente debo mantenerme. Pero si me empeño en esta guerra por medio de un ataque dirigido contra la pandilla que le rodea, tendré conmigo a la mayoría." (M. DRAGOMANOV, op. cit. p. 291)
- (91). Para todo lo relacionado con la biografía de Bakunin y sus obras, Archives Bakounine, publicados bajo la dirección de Arthur Lehning, que venimos citando reiteradamente, sobre todo las introducciones y los dos volúmenes referidos a Italia y también la del titulado Michel Bakounine et les conflits dans l'Internationale. Leiden, 1965. Guillaume y los anarquistas mismos, pidieron en La Haya la anulación de las Resoluciones administrativas de Basilea. Bakunin diría sobre el particular: "Fue en el último Congreso, celebrado en Basilea en septiembre de 1869, donde se ampliaron un poco los poderes del Consejo general, contrariamente al espíritu de nuestros estatutos generales. Fue una grave falta, y debo confesar que yo contribuí mucho a que se cometiera esta falta. ¡Mea culpa, mea maxima culpa!" ("Lettre aux internationaux de la Romagne", del 23 de enero de 1872 Apud Michel Bakounine et l'Italie. Leiden, 1963 2ª parte p. 211)
- (92). Miklós MOLNAR. El declive de la Primera Internacional. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1974 pp. 205-206
- (93). Carta de Bakunin a Tomás González Morago, desde Locarno (Suiza), del 21 de mayo de 1872 La Revista Blanca, nº 73 (1 de junio de 1926), p. 8
- (94). Entre la abundante bibliografía existente sobre la Primera Internacional en España hemos citado ya las obras clásicas de Lorenzo, Mora y Morato. Desde la óptica anarquista son importantes los trabajos de Nettlau, en especial La Première Internationale en Espagne (1868-1888). Reidel. Dordrecht (Holanda), 1969 y el de Guillaume. Como aportaciones recientes, además de las actas del Consejo general y las de los Congresos recopiladas por J. Freymond, son necesarios los estudios introductorios de A. Lehning a los Archives Bakounine, la recopilación de trabajos sobre este tema redactados por Marx y Engels (La Internacional. F.C.E. México, 1988) y la correspondencia Engels-Lafargue que citaremos abundantemente al final de este capítulo.

Estrictamente referidas a nuestro país son las obras de Termes Ardevol y Clara E. Lida que venimos citando. Debemos consignar, así mismo, la publicación en nueve volúmenes de las actas y de la correspondencia del Consejo federal de la Federación de la Región Española debida a Carlos Seco Serrano y a M^a Teresa Martínez de Sas (Univ. de Barcelona. Barcelona, 1969-1987), la ya clásica obra de Manuel Tuñón de Lara El movimiento obrero en la historia de España. (Taurus. Madrid, 1972) y la más reciente y documentada de J.A. Piqueras Arenas que también venimos citando.

- (95). J. GUILLAUME, op. cit. Tomo I pp. 214 a 216, 220 y 242 a 245
- (96). MARX-ENGELS. Werke. op. cit. Tomo 32 pp. 421-422
- (97). J.J. MORATO. op. cit. pp. 203 a 222 y Clara E. LIDA, op. cit. pp. 177 a 191. La autoría de González Morago en M. NETTLAU, op. cit. p. 39. También lo reprodujo La Federación el 9 de enero de 1870.
- (98). La Solidaridad. N^o 1. Madrid, 15 de enero de 1870
- (99). F. MORA, op. cit. pp. 61-62. El Consejo general de Londres, en su sesión del 4 de enero de 1870, fue informado por Jung de que los albañiles de Palma de Mallorca se habían adherido a la Internacional. (Le Conseil general (1868-1870) p. 170)
- (100). La Solidaridad, 19 de febrero de 1870. F. MORA, op. cit. p. 64 n.1 y J.J. MORATO, op. cit. p. 65
- (101). Lafargue asistió a las sesiones del Consejo general celebradas el 24 y 31 de agosto y el 14 y 28 de septiembre de 1869. (Le Conseil Général... (1868-1870) pp. 126, 128, 133 y 138). Su nombramiento el 17 de mayo de 1870, ibídem, p. 207. La Federación publicó el 19 de diciembre una resolución del Consejo general sobre Irlanda con la firma de Lafargue como secretario-corresponsal para España.
- (102). La revocación del 13 de marzo, en La Federación del 27 de marzo de 1870. La comunicación del Consejo de Londres, en La Federación del 17 de abril de 1870. Al final del texto, tras la firma de Serrailhier como "Secretario provisional para España" incluía una llamada a pie de página que decía: "El secretario efectivo de España, ciudadano Lafargue, se halla en estos momentos en París, por sus quehaceres." El acuerdo del Consejo citado se tomó en su sesión del 29 de marzo de 1870. (Le Conseil général... (1868-1870) p. 191)
- (103). En las actas del Comité de la A.D.S. de Ginebra figura la admisión de Celso Gomis y la llegada de "varias cartas del

ciudadano González Morago de Madrid" en su sesión del 13 de enero de 1870. Otra del día siguiente solicitando "hasta que punto las dos citadas Asociaciones (A.I.T. y A.D.S.) pueden mezclarse en política", a lo que se le contestó, a través de Paul Robin, negativamente. En la asamblea del 23 de enero Gomís fue elegido miembro del Comité y en la sesión del mismo del siguiente día 28 se le eligió secretario. Se acusa recibo de otra carta en la sesión del 26 de febrero. En la del 11 de febrero consta el envío de 20 carnets de la A.D.S. a Madrid y 50 a Barcelona, Londres, Bruselas y París en su conjunto. (L'Alliance de la Démocratie..." op. cit. pp. 174, 175, 176, 179, 180 y 191)

- (104). El texto del llamamiento del Consejo general, aprobado en su sesión del 3 de mayo de 1870, en MARX-ENGELS La Internacional, op. cit. p. 74. Sus antecedentes en nota 113 (p. 644). Las reproducciones del texto en España en La Federación del 15 de mayo de 1870, sin titular, (pp. 1 y 2) y en La Solidaridad del 28 de mayo del mismo año, "A los miembros de la Asociación internacional de los trabajadores", p. 3
- (105). La Solidaridad, 7 de mayo de 1870. Datos biográficos de Celso Gomís en Líderes del movimiento obrero español, op. cit. pp. 150 y 151 n. 12. Su paso por la A.D.S. en "L'Alliance de la Démocratie..." op. cit. pp. 174 a 181
- (106). A. LORENZO, op. cit. p. 181 y M. NETTLAU, op. cit. p. 55
- (107). Le Conseil général... (1868-1870) pp. 214 y 217
- (108). I Congreso Obrero Español. Est. prelim. y notas de Víctor Manuel Arbeloa. Ed. del autor. Madrid, 1972 pp. 12 y 99. A. LORENZO, op. cit. p. 147 y J. TERMES, op. cit. p. 58
- (109). J. TERMES, op. cit. pp. 110-111
- (110). J. GUILLAUME, op. cit. Tomo II pp. 15 y 54 y C. MARTÍ, op. cit. p. 101 n. 31
- (111). La Federación, 27 de marzo de 1870 "Centro federal de las sociedades obreras", p. 4. También Baldomero Lostau era diputado e internacionalista. El texto aprobado por el Congreso no anarquista de La Chaux de Fonds el 4 de abril de 1870 en J. GUILLAUME, op. cit. Tomo II, p. 17. Su versión española completa en La Internacional. Origen de esta poderosa Asociación de Trabajadores. Establ. tipográfico de Oliveres. Barcelona, 1872 pp. 228 a 236
- (112). Sobre el Congreso de Barcelona ver I Congreso Obrero Español, op. cit. y J. TERMES, op. cit. pp. 57 a 114 y 411 a 427, donde presenta además un detallado cuadro de

seguimiento de cada uno de los asistentes al Congreso. También C. MARTÍ, op. cit. pp. 95 a 106

- (113). Consejo federal de la F.R.E., acta de la sesión celebrada el 5 de julio de 1870 (A.I.T. Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española. (1870-1874). Transcrip. y est. prel. de C. Seco Serrano. Univ. de Barcelona. Barcelona, 1969 Tomo I, p. 5) y Le Conseil Général... (1868-1870) p. 223. Bastelica comunicó por error la elección de seis miembros del Consejo federal, en lugar de cinco.
- (114). Le Conseil Général... (1868-1870) p. 205 y Le Conseil Général... (1870-1871) p. 40.
- (115). Sesión del Consejo general del 4 de octubre de 1870 (Le Conseil Général... (1870-1871) pp. 55-56. Gustav MAYER. Friedrich Engels: una biografía. F.C.E. Madrid, 1979 pp. 511, 536-537 y 547
- (116). Cartas de Marx a Engels del 10 de febrero y 24 de abril de 1870 y cartas de Engels a Marx de 11 de febrero, 29 de abril y 1 de mayo del mismo año. En MARX-ENGELS. Werke. op. cit. Tomo 32 pp. 437, 440, 490, 492 y 493. La frase citada corresponde a la carta fechada el 1 de mayo (p. 493)
- (117). Carta del Consejo Federal de la Región Española al Consejo general de la A.I.T., fechada en Madrid, el 14 de diciembre de 1870. (Cedida por Santiago Castillo de su "Correspondencia de Marx y Engels con los internacionalistas españoles", en curso de publicación). La sesión del Consejo general del 3 de enero de 1871 en Le Conseil Général (1870-1871) p. 90. F. MORA da cuenta del envío (el 30 de julio de 1870) tras el Congreso de Barcelona, de "una extensa Memoria..." F. MORA, op. cit. p. 78
- (118). Le Conseil Général... (1870-1871) p. 97 y ns. 91 y 92 (pp. 425-426). El periódico mallorquín comenzó su publicación en enero de 1871, sustituyendo a El Obrero que había sido suspendido por el Gobierno. Sólo publicó tres números. En la sesión del Consejo general celebrada el 7 de marzo de 1871, Engels informó de que había desaparecido el periódico y que se perseguía a su director por ultrajes a la Corona. (Le Conseil Général... (1870-1871) p. 129)
- (119). La carta de Engels en MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. pp. 94 a 96. El acta del Consejo federal español en Actas de los Consejos... op. cit. Tomo I, pp. 45-46. También J.A. PIQUERAS, La revolución democrática... op. cit. p. 185 y ss.

- (120). Ver José ÁLVAREZ JUNCO. La Comuna en España. Siglo XXI. Madrid, 1971. Oriol VERGÉS MUNDÓ. La Internacional en las Cortes de 1871. Univ. de Barcelona. Barcelona, 1964 y M. TUNÓN DE LARA, El movimiento obrero... op. cit.

Carta del Consejo Federal de la F.R.E. al de la A.I.T. de fecha 11 de abril de 1871 (ver n. 117) y sesiones del Consejo de Londres del 11, 18 y 25 de abril y 9 de mayo de 1871 (Le Conseil Général... (1870-1871) op. cit. pp. 149, 153, 156 y 163. Notas 179 (p. 435) y 190 (p. 436)

Sobre represión de la F.R.E. Actas de los Consejos... op. cit. Tomo I, sesiones del 12 y 23 de mayo y 3 de junio de 1871. pp. 59 a 62

Sobre Sentiñón, ver La Federación, 11 de junio de 1871, carta de Sentiñón de 15 de junio de 1871 rebatiendo declaraciones de Farga Pellicer (en el ejemplar microfilmado de La Federación de dicho día en Fundación Pablo Iglesias de Madrid) y M. NETTLAU, Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España. La Protesta. Buenos Aires, 1930 pp. 36 a 38. Gaspar Sentiñón se manifestó el 13 de junio, en carta al director de La Crónica de Cataluña, en unos términos que parecen mostrar un claro distanciamiento de la Alianza y de sus principios. La carta contestaba a la circular de Favre contra la A.I.T. y en ella decía que no era cierto que la Internacional tuviera "por base el ateísmo", se refería a continuación, como la circular del Consejo general (v. nota 121), a la A.D.S. y exponía que ésta "se constituyó en Ginebra en 1869 y que murió tísica en 1870", diciendo a continuación que entró con dificultades en la A.I.T. "después de una larga deliberación." (La Federación, 25 de junio de 1871 p. 2 "La circular de M. Jules Favre.")

- (121). El Consejo general de Londres contestó a la circular de J. Favre con una declaración fechada el 12 de junio de 1871. En la misma, entre otros argumentos, se decía: "De todos los documentos que cita atribuyéndolos a la Internacional, ni uno solo tiene este origen.

Así, dice: La Alianza se declara atea, expresa el Consejo General constituido en Londres en julio de 1869.

El Consejo General jamás aprobó semejante documento. Por el contrario, lo que hizo fue anular el documento que formaba parte de los Estatutos originales de la "Alianza", es decir, L'Alliance de la Démocratie Socialiste de Ginebra, que es el que cita Jules Favre." (MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. p. 103 La Emancipación lo publicó en su segundo número, el 26 de junio de 1871)

- (122). Sobre la salida de España del Consejo federal, además de las obras de A. Lorenzo y F. Mora, ver actas de junio y septiembre de 1871 (Actas de los Consejos... op. cit. Tomo I pp. 62-64. Sobre su presencia en Portugal, M. NETTLAU, Miguel Bakunin, la Internacional... op. cit. p. 65 y ss. S. de MAGALHAES LIMA, O Socialismo na Europa. Lisboa, 1892

p. 335 y Carlos da FONSECA, A origem da I Internacional em Lisboa. Estampa. Lisboa, 1973 pp. 41 a 45

- (123). Los escritos, salvo la primera carta sin lugar ni fecha, aunque de mediados de junio, están fechados en Lisboa los días 5 de julio -dos-, 12 de agosto -dos- y 17 del mismo mes. En esta última carta anuncia Mora la partida "dentro de dos o tres días." (ver nota 117). Engels informó del contenido de estos documentos, a su vez, al Consejo general en las sesiones del 15 y 22 de agosto de 1871 (Le Conseil Général... (1870-1871) pp. 226 y 229 y n. 281 (pp. 446-447))
- (124). Actas de los Consejos... op. cit. Tomo I pp. 67 a 69 y A. LORENZO, op. cit. p. 298
- (125). La Emancipación, 19 de junio de 1871 "Lo que somos y lo que queremos. Reproducido en La Federación del 2 de julio de 1871 p. 2.
Sobre José Mesa ver J.J. MORATO Líderes... op. cit. pp. 107 a 122, S. CASTILLO y J.J. CASTILLO. "José Mesa Leompart (1831-1904) y el socialismo español. Notas para una biografía." Revista de Estudios Sociales, nº 14-15, Madrid, 1975 pp. 77 a 126. S. CASTILLO Historia del socialismo español (1870-1909) Conjunto editorial. Barcelona, 1989 Tomo I pp. 255 a 261 y J.L. GUERENA "Contribución a la biografía de José Mesa: De La Emancipación a L'Egalité (1873-1877)." Estudios de Historia Social, nº 8/9 Madrid, 1979 pp. 129 a 141.
Sobre La Emancipación ver "El Obrero y La Emancipación". Selección y nota preliminar de A. ELORZA. Revista de Trabajo, nº 30 Madrid, 1970 pp. 197 a 315. Michel RALLE, "La Emancipación y el primer grupo marxista español: rupturas y permanencias." Estudios de Historia Social, nº 8/9 Madrid, 1979 pp. 93 a 128 y J.L. GUERENA, "La Emancipación. 1871-1873", en Prensa obrera en Madrid 1855-1936. (S. Castillo y L.E. Otero edits.) Comunidad de Madrid. Madrid, 1987 pp. 135 a 150
- (126). Carta de Francisco Mora a Engels del 28 de agosto de 1871 (ver nota 117)
- (127). Sobre la Conferencia de Valencia y la constitución del 2º Consejo federal de la F.R.E. ver Actas de los Consejos... op. cit. pp. 69 a 73, F. MORA, op. cit. pp. 92 a 95, J.J. MORATO, op. cit. pp. 93 a 99, y A. LORENZO, op. cit. pp. 297 a 310. La Federación dió una amplia reseña y reprodujo el acuerdo sobre la "cuestión política" en su número del 24 de septiembre de 1871, del que hemos recogido párrafos textuales. La Emancipación del 25 de septiembre del mismo año reproduce el mismo acuerdo con variantes sobre el del semanario catalán, algunas de las cuales analiza J.A. Piqueras en su obra (op. cit. pp. 197 a 200). También

hemos extraído de este libro la referencia a Víctor Pagés (p. 158). Finalmente, La Emancipación del 2 de octubre de 1871 reprodujo el orden del día para el siguiente Congreso de Zaragoza.

- (128). "Un complot contra la Asociación Internacional de Trabajadores." Informe redactado por encargo del Congreso de La Haya en 1872 (En MARX-ENGELS, La Internacional. op. cit. p. 373
- (129). M. MOLNAR, op. cit. p. 35
- (130). Le Conseil Général... (1870-1871) pp. 212 y 213
- (131). Las sesiones del Consejo general de los días 5, 12 y 16 de septiembre y los temas propuestos a debate por el Comité permanente, en Le Conseil Général... (1870-1871) pp. 236-237, 238, 241-242 y 276 respectivamente. La Memoria justificativa de Paul Robin en A. LEHRING, Michel Bakounine et l'Italie... op. cit. 2ª parte, p. 385
- (132). Parte del texto de la carta de felicitación enviada por la Sección de Madrid a los bakuninistas escindidos de la Federación francófona suiza en J. GUILLAUME, op. cit. Tomo II, p. 28
- (133). El acta de la comisión del 18 de septiembre de 1871 en A. LEHNING, ibídem pp. 395 a 399. La referencia al "saludo fraternal" de La Federación, en J. GUILLAUME, op. cit. Tomo II pp. 27 y 28
- (134). Todos los textos sobre la Conferencia de Londres están tomados de las actas reproducidas en la obra dirigida por J. FREYMOND, La Première Internationale... op. cit. Tomo II, pp. 149 a 232. La cita de A. LORENZO, op. cit. p. 320. La referencia de MORA, op. cit. p. 97. Los guiones o borradores de algunas intervenciones de Marx y Engels en su recopilación de textos La Internacional, op. cit. pp. 123-125
- (135). Apud M. MOLNAR, op. cit. pp. 272-275, A. LEHNING, ibídem, pp. 394-395 y Clara E. LIDA, op. cit. pp. 196-198
- (136). Los acuerdos de la Conferencia de Londres y la redacción definitiva de los Estatutos generales de la A.I.T. en MARX-ENGELS La Internacional, op. cit. pp. 126 a 152. Por observar diferencias notables, hemos utilizado para reproducir la resolución política la edición de J. FREYMOND La Première... op. cit. Tomo II pp. 235-236 contrastada con la recogida por A. LEHNING, ibídem, pp. 358-359
- (137). Engels en carta a su corresponsal danés Louis Pio,

escribía el 7 de marzo de 1872: "La resolución IX de la Conferencia ha desencadenado la lucha, pero las resoluciones de la Conferencia, por mucho tiempo que transcurra, no tendrán fuerza de ley en tanto no sean ratificadas por las Federaciones." (A. LEHNING, *ibídem*, p. 468 nota 244)

- (138). Ver Angiolina ARRU Clase y partido en la Primera Internacional. Comunicación. Madrid, 1974
- (139). Actas de los Consejos... op. cit. tomo I, p. 75 y F. MORA, op. cit. pp. 96-97
- (140). Sobre Paul Lafargue y su presencia en España ver Jacques GIRAULT, "La experiencia política de Lafargue a su llegada a España." Estudios de Historia Social, nº 8-9 Madrid, 1979, pp. 89 a 92, J.J. MORATO, Líderes del movimiento obrero... op. cit. pp. 123 a 131, el estudio preliminar de Manuel Pérez Ledesma al libro de P. LAFARGUE, El derecho a la pereza, Fundamentos. Madrid, 1980 3ª edición, pp. 11 a 90 (recoge, a su vez, amplia bibliografía), Jean Louis GUERENA "Paul Lafargue en España : una polémica en 1908." En Hommage des hispanistes françaises a Noël Salomon. Laia. Barcelona, 1979 pp. 365 a 375 y el informe del propio Lafargue "A los internacionalistas de la Región española." (En Clara E. LIDA, op. cit. pp. 244 a 266)
- (141). Para el debate en el Congreso de los Diputados sobre la Internacional y la Circular del Fiscal del Tribunal Supremo, ver Manuel R. ALARCÓN CARACUEL, El Derecho de Asociación obrera en España (1839-1900). Eds. de la Revista de Trabajo. Madrid, 1975. El manifiesto de protesta de la F.R.E. en Clara E. LIDA, op. cit. pp. 199 a 202 y en La Federación del 22 de octubre de 1871.
- (142). Carta de José Mesa a Paul Lafargue. Madrid, 28 de noviembre de 1871 (ver nota 117)
- (143). Carta de F. Engels a Paul Lafargue del 24 de noviembre de 1871 en F. ENGELS-Paul et Laura LAFARGUE. Correspondance. (Edición de Emile Bottigelli) Eds. Sociales. París, 1956-1959 (3 vols.) Tomo III, pp. 431-432
- (144). "Al Consejo Federal español, en Madrid", Londres, 25 de noviembre de 1871 (En MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. p. 155)
- (145). Carta de Francisco Mora a Engels. Madrid, 29 de noviembre de 1871 (ver nota 117)
- (146). "Circular a todas las Federaciones de la Asociación Internacional de Trabajadores." Sonvillier, 12 de noviembre de 1871. En A. LEHNING, Michel Bakounine et

l'Italie... op. cit. 2ª parte, pp. 403 a 406, La Emancipación, 25 de diciembre de 1871 y La Federación, 31 de diciembre de 1871.

- (147). ENGELS-LAFARGUE, op. cit. T. I, p. 16
- (148). Ibídem, pp. 13-14
- (149). "Sobre la situación de las secciones de la Internacional en los países de Europa." La Plebe, 12 de diciembre de 1871 (MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. p. 158. El informe al Consejo general el 19 diciembre de 1871 en Le Conseil Général... (1871-1872) op. cit. p. 52-53 y n. 59 (p. 410)
- (150). Carta de Lafargue a Engels del 26 de diciembre de 1871 (En ENGELS-LAFARGUE, op. cit. T. III, pp. 436-437)
- (151). Carta de Lafargue a Engels, del 7 de enero de 1872. Ibídem, pp. 439 a 441. El acuerdo de Palma de Mallorca en La Federación, 21 de enero de 1872. La conducta de la Federación de Barcelona en F. MORA, op. cit. p. 128
- (152). R. ALARCÓN CARACUEL, op. cit. pp. 368-369
- (153). Actas de los Consejos... op. cit. T. I pp. 95-96
- (154). El Manifiesto del 31 de enero de 1871, que contiene párrafos que incorporará el PSOE a sus primeros programas, en La Emancipación, 4 de febrero de 1872 (Reproducido en Clara E. LIDA, op. cit. pp. 202 a 208) La sesión del Consejo federal del 7 de febrero de 1872 en Actas de los Consejos... op. cit. T.I p. 99. Sobre la Circular aliancista de Valencia. "Un complot contra..." (MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. pp. 373-374
- (155). Sobre el Partido Republicano federal ver C.A.M. HENNESSY, op. cit. pp. 146-161. El escrito del consejo de redacción de La Emancipación al P. Republicano Federal, en el número del 3 de marzo de 1872 de aquel semanario.
- (156). Carta de Lafargue a Engels fechada el 7 de enero de 1872. ENGELS-LAFARGUE, Correspondance... op. cit. T. III, p. 441. Pi y Margall tradujo y prologó, entre otras, las siguientes obras de Proudhon: Filosofía del Progreso (1868), Filosofía popular (1868), El principio federativo (1868), De la capacidad política de las clases jornaleras (1869), Solución del problema social (1869) y Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria (1870-1872)
- (157). P. LAFARGUE. "A los internacionales..." op. cit. pp. 246-247

- (158). Actas de los Consejos... op. cit. p. 105 y La Emancipación, 16 de marzo de 1872
- (159). Actas de los Consejos... op. cit. pp. 109-110
- (160). Informe de Engels a la sesión del 12 de marzo de 1872. Le Conseil Général... (1871-1872) op. cit. p. 102 y F. MORA, op. cit. pp. 128-129
- (161). Carta de Mesa a Engels fechada en Madrid el 11 de marzo de 1872. "Circular de carácter reservado" a las federaciones locales del 13 de marzo de 1872. Informe de fecha 15 de marzo de 1872 y carta de Mora a Engels con igual data (ver nota 117) Acta del Consejo federal español del 13 de marzo de 1872 (Actas de los Consejos... op. cit. T. I p. 106) y actas de las sesiones del Consejo general del 19 y 26 de marzo. (Le Conseil Général... (1871-1872) op. cit. pp. 106-107 y 113-114)
- (162). A. LORENZO, op. cit. T. II. p. 31. Carta de Lafargue a Engels del (20-25) de marzo de 1871, ENGELS-LAFARGUE, Correspondance, op. cit. T. III p. 452. Cartas de Engels "Al Consejo federal español" del 27 de marzo de 1872 y a Theodor Cuno del 24 de enero de 1872, ambas en MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. pp. 254 y 620 respectivamente.
- (163). A.I.T. Estracto (sic) de las Actas del Segundo Congreso Obrero de la Federación Regional Española. (Valencia, 1 de junio de 1872). Reproducción facsímil editada por El Día de Aragón, Zaragoza, 1987. Todas las referencias a este Congreso están extraídas de esta memoria.
- (164). "Un complot contra..." (MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. p. 376)
- (165). ENGELS-LAFARGUE, Correspondance, op. cit. T. III p. 454. Carta del 12 de abril de 1872
- (166). Carta de Bakunin a Francisco Mora. Locarno, 5 de Abril de 1872. ("Un complot contra..." MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. pp. 449-450)
- (167). La Emancipación, 20 de abril de 1872 "Un nuevo partido."
- (168). La Emancipación, 18 de mayo de 1872. "La Internacional ante los partidos políticos."
- (169). La Emancipación, 1 de junio de 1872 "Congreso obrero belga", 8 de junio de 1872 "El proyecto belga", 29 de junio de 1872 "Nuestro colega internacional la Razón...", 6 de julio de 1872 "Prosigue La Federación su triste tarea..."

- (170). Carta de Lafargue a Engels, 27 de abril de 1872 (ENGELS-LAFARGUE, Correspondance, op. cit. T. III p. 460)
- (171). ENGELS-LAFARGUE, Correspondance, op. cit. T. III pp. 473 a 475
- (172). Sobre la expulsión ver J.J. MORATO, op. cit. pp. 133 a 145. El texto de A. LORENZO en op. cit. T. II p. 78. Sobre su paso por el tercer Consejo federal conviene recordar el contenido de su carta a Engels fechada en Valencia el 4 de mayo de 1872, en la misma le pedía que las cartas del Consejo general fueran "redactadas con cierta prudencia", "porque te prevengo que hay elementos (en el Consejo federal) que no son simpáticos al Consejo general." A continuación le enviaba su dirección en Madrid con objeto de mantener correspondencia al margen de la dirección internacionalista española. ("Correspondència de José Mesa a F. Engels. (julio de 1872-març de 1873)" al cuidado de Josep Termes, Recerques, nº 17 Barcelona, 1985 p. 184)
- (173). Actas de los Consejos... T. I pp. 158, 169, 177 y 178
- (174). Ibídem, pp. 185-186
- (175). El Condenado, 22 de julio de 1872 "Asociación Internacional de los Trabajadores." p. 1
- (176). La Emancipación, 27 de julio de 1872 "Nueva Federación Madrileña."
- (177). Carta de Mesa a Engels. Madrid, 28 de julio de 1872 (ver nota 117)
- (178). Escrito del Consejo Local de la Nueva Federación Madrileña al Consejo General de la A.I.T. Madrid, 5 de agosto de 1872 (ver nota 117)
- (179). "El Consejo General a la Nueva Federación Madrileña" (MARX-ENGELS, La Internacional, op. cit. p. 293)
- (180). Actas de los Consejos... op. cit. T. I p. 240
- (181). ENGELS-LAFARGUE, Correspondance, op. cit. T. I p. 28
- (182). Carta de Mesa a Engels. Madrid, 26 de agosto de 1872 (ver nota 117)
- (183). J. FREYMOND (director) La Primera Internacional. Zero. Madrid, 1973 T. II p. 434 Le Congrès de La Haye de la Première Internationale. Progrès. Moscú, 1972 pp. 113-114. También puede consultarse J. GUILLAUME L'Internationale, op. cit. T. I

- (184). Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français. Publicado por Jean MAITRON. Les éditions ouvrières. París (1967) Segunda parte (1864-1871) Tomo IV pp. 98-99. Había nacido en Bastia (Córcega) y pertenecía también a la Alianza de la Democracia Socialista.
- (185). J. FREYMOND, op. cit. T. II p. 395. Las actas de este Congreso se encuentran en las dos primeras obras reseñadas en la nota 183 que, por tener distintas fuentes en su conformación, se complementan mutuamente en muchos casos.
- (186). Le Congrès de La Haye... op. cit. p. 16
- (187). J. FREYMOND, op. cit. T. II pp. 395-397 y Le Congrès de La Haye... pp. 15-17
- (188). J. FREYMOND, op. cit. T. II pp. 400-402 y Le Congrès de La Haye... pp. 22-25
- (189). J. FREYMOND, op. cit. T. II pp. 430-438 y Le Congrès de La Haye... pp. 83-88 .
- (190). J. FREYMOND, op. cit. T. II p. 442 y Le Congrès de La Haye... p. 110 documento nº 35
- (191). J. FREYMOND, op. cit. T.II p. 443 Resoluciones relativas a la admisión de las Secciones
- (192). MARX-ENGELS La Internacional (F. Engels; Informe al Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores del estado de la Asociación en España, Portugal e Italia. Fechado en Londres, el 31 de octubre de 1872) pp. 327 a 330.
- (193). J.J. MORATO Historia de la Sección... op. cit. p. 164 y M. NETTLAU Documentos inéditos... pp. 166, 172 y 191
- (194). J. GUILLAUME, op. cit. T. II pp. 348-349 y T. III pp.1 y 4 a 9
- (195). La carta de dimisión de Bakunin y los hechos del 7 de agosto de 1874 en Bolonia, en J. GUILLAUME, op. cit. Tomo III, pp. 145 a 147 y 200 a 205, respectivamente.
- (196). Los últimos meses de existencia de la Federación Regional española fiel al Congreso de La Haya, en J.A. PIQUERAS, op. cit. p. 628 y ss.
- (197). Carta de Marx a F.A. Sorge fechada en Londres el 27 de septiembre de 1873 (J. FREYMOND La Première... Tomo III pp. 238-239
- (198). El texto completo de este informe en francés, ibídem, Tomo

IV pp. 185-190. El original, en español, en el IISG de Amsterdam, inventario Herman Jung, nº 79 (Pablo Iglesias, firmante del informe, utilizó el nombre de Paulino en sus primeros años de vida).

J.A. Piqueras, en la obra que venimos citando, aporta nuevas luces sobre el movimiento cantonal en Valencia, según las cuales, internacionalistas de ambos bandos se adscribieron a los batallones de Voluntarios de la República y tomaron parte en el citado movimiento. (J.A. PIQUERAS, op. cit. p. 645 y ss.)

- (199). Francisco MORA, op. cit. p. 147
- (200). Ibídem, pp. 148 y 149 y en Colección de Leyes, Decretos... del Ministerio de la Gobernación, Impta. Nacional, Madrid, 1874 p. 370. En Francia la prohibición se había producido tras los hechos de la Comuna. La ley Dufaure de 14 de marzo de 1872 declaraba ilegal la Internacional y cualquier propaganda que preconizara un cambio social. De hecho se mantuvo el estado de sitio hasta el 4 de abril de 1876 (La naissance du Parti ouvrier français. Selección de textos por E. BOTTIGELLI y C. WILLARD. Eds. Sociales. París, 1981 p. 12) Junto a la división interna, las actuaciones represivas se consideran otro de los factores esenciales que condujeron a la disolución de la Iª Internacional.
- (201). El Obrero, 12-IX-1884, "Pablo Lafargue". Apud, P. IGLESIAS. Escritos y Discursos, Santiago de Compostela, 1984 pp. 77-78
- (202). Carta de Engels a Pablo Iglesias fechada en Londres, a mediados de abril de 1893. En el libro P. IGLESIAS. Escritos y Discursos, op. cit. pp. 549 y 550

CAPÍTULO V

CAPITULO V

HACIA UNA NUEVA INTERNACIONAL OBRERA (1875-1888)

El último cuarto del siglo XIX se inicia en nuestro país con el fracaso de su primera experiencia republicana y, tras ello, con la Restauración de los Borbones. Sin que en ningún momento asumiera la clase obrera organizada en la AIT un papel dirigente en los hechos cruciales que se apuntaron en el capítulo anterior, el apoyo real de una parte de aquella a los distintos movimientos cantonalistas sirvió de pretexto para su disolución mediante la correspondiente regulación represiva. Tan sólo una parte del sector mayoritario de la Internacional subsistirá aún algunos años pese a las restricciones gubernamentales. No se detuvo por ello el camino asociativo y beligerante emprendido por los trabajadores en defensa de sus reclamaciones, pues, aunque atenuado, dió lugar a determinados procesos huelguísticos -tipógrafos en 1882- que incluso llegaron a saldarse con significativos avances para sus participantes.

Se trata, en definitiva, de esa "tendencia a la asociación clasista" -en palabras de Jose M^a Jover- que, como solitaria herencia positiva del sexenio revolucionario conservará el proletariado español entre el "cansancio", el "desengaño" y el "escepticismo" que acompañarán el inicio de su andadura en el período restauracionista. (1)

El pequeño núcleo socialista, aunque orgánicamente disuelto como vimos, seguirá manteniendo relaciones personales entre algunos de sus miembros. Varios de ellos en el seno de la Asociación General del Arte de Imprimir y, a su vez, de estos con José Mesa, instalado en París, en contacto con Lafargue y Engels

desde un principio y, poco después, con J. Guesde y K. Marx. (2)

Desde el punto de vista de la economía, el último cuarto del siglo XIX contemplará una serie de transformaciones, de tal magnitud, que generarán con su desarrollo una nueva era. Sus repercusiones se dejaron sentir tanto en el plano político como en el social. La clase obrera siguió incrementándose, asumió sus experiencias pasadas y dió lugar al nacimiento de los partidos obreros, continuando sus esfuerzos reiterados para reconstruir la Internacional.

* * *

1. LA ERA DE LOS IMPERIOS Y LA IRRUPCION DE LAS MASAS OBRERAS.

Los diversos especialistas en este período centran en torno a 1875, aproximadamente, el comienzo del establecimiento de los últimos grandes imperios. Coincidió con el inicio de la restauración de los Borbones en España, de la mano de Cánovas del Castillo, y se prolongó durante casi cuatro decenios, hasta las fases preliminares de la primera Guerra Mundial, ya bien entrado el siglo XX. Para el objeto de nuestro trabajo, la etapa apuntada coincide prácticamente -como veremos- con la disolución de la A.I.T., los esfuerzos para lograr de nuevo una coordinación, la creación de la IIª Internacional y, si no con el final de la misma, con el ocaso indiscutible de su prolongada trayectoria.

La etapa histórica que observamos se caracterizó por el predominio de una deseada época de paz, asentada sobre una estabilidad internacional prácticamente sin precedentes. En la

misma, tras unos primeros años de depresión, e incluso de estancamiento en algunos países, se producirá un crecimiento económico hasta entonces desconocido que alterará sustancialmente la estructura de las naciones que, con mayor o menor intensidad, acusaron este desarrollo. La primera revolución industrial y su siglo del vapor van a dar paso a un segundo capítulo también caracterizado por el predominio de nuevas energías: el petróleo y la electricidad.

En España, al igual que en los demás países europeos, salvo Gran Bretaña, el sector agrario siguió siendo una de las principales fuentes de riqueza, y en nuestro caso la más importante. En el período observado acusó nuestro país un incremento notable de la producción agraria en relación a la primera mitad del siglo XIX lo cual, según Prados de la Escosura, "permitió alcanzar un nivel superior de producto por habitante, mientras que la eficiencia en el uso de los factores de producción tierra y trabajo, medida por el producto por trabajador y hectárea, se elevó". Paralelamente a esta evolución, y pese a la debilidad manifiesta de nuestro proceso de industrialización, que nos situaba tras países como Italia, Hungría o Suecia, se acusó en España durante los años que precedieron a la Guerra Mundial, "un aumento sostenido del ingreso real por habitante" que facilitó la progresiva modernización de nuestra economía. (3)

El predominio industrial será la nota distintiva de las grandes potencias económicas y, en este contexto, se producirá la aproximación de los Estados Unidos de Norteamérica, Francia y Alemania a Inglaterra, nación abanderada de la primera revolución industrial. En Europa, además de los tres países citados, también en Bélgica comenzarán a denotarse áreas fuertemente industrializadas. No es extraño, pues, que fueran estos cuatro países a través de sus organismos obreros los que en mayor medida dieron lugar a la creación de la IIª Internacional.

El historiador británico E.J. Hobsbawm, analizando la economía de esta era, destaca, entre otras, algunas facetas que nos interesa señalar.

Atendiendo al escenario de la economía mundial, su extensión adquiere dimensiones desconocidas hasta entonces: casi la totalidad de los países europeos, Norteamérica y Japón acusan en alguna medida el fenómeno de la industrialización:

"El mercado internacional de materias primas se amplió extraordinariamente -entre 1880 y 1913 se triplicó el comercio internacional de esos productos-, lo cual implicó también el desarrollo de las zonas dedicadas a su producción y su integración en el mercado mundial" (4)

Esta ampliación del espectro geográfico, que con el desarrollo de los transportes y las vías de comunicación adquirió un carácter general, conllevó lógicamente un crecimiento económico singular. Precisamente, en un período que los autores sitúan entre 1873 y 1895, se produjo una recesión o estancamiento relativo, al confluir una disminución de la producción mundial de oro con una "inundación de cereales y carnes baratos procedentes de ultramar", entre otros factores, que provocaron una fuerte caída de los precios en los productos agrícolas y ganaderos, lo cual determinó el recurso al proteccionismo en muchos países para salvaguardar su economía. (5)

Otros analistas del período como M. Richonnier juzgan mucho más crítica esa fase, a la que califican de "gran depresión", con una pronunciada caída de los precios al por mayor y un incremento del paro que llegó a alcanzar el 11% en Inglaterra el año 1879. Dos acontecimientos singulares marcaron este proceso: por un lado, "la agonía de la primera revolución industrial" con la

"desactivación" de sus principales motores: el textil y la construcción de ferrocarriles. Superpuesto a este:

"...con la electricidad y el petróleo se estaba gestando una nueva revolución industrial, y estaban apareciendo nuevos sectores motores como el del acero, la construcción eléctrica o el automóvil". (6)

Son el preámbulo de un proceso de cambio definido como "la revolución tecnológica", ya que, una vez superada la crisis, el mundo desarrollado comprobó como "se incorporaron a la vida moderna el teléfono y la telegrafía sin hilos, el fonógrafo y el cine, el automóvil y el aeroplano", así como los primeros electrodomésticos y determinados productos farmacéuticos, como la ~~aspirina~~ ^{aspirina}, al que ha llegado a señalarse como "el ~~único~~ ^{único} medicamento universal que se ha inventado". (7)

A pesar de todas estas indiscutibles transformaciones, a juicio de Arno J. Mayer, el proceso se vio lastrado por profundas contradicciones, entre las que señala, de manera destacada, el hecho de que la tierra siguiera "siendo la principal forma de riqueza y de rentas de las clases dirigentes y gobernantes hasta 1914". (8) Hecho singular que también se puso de manifiesto en nuestro país en los años que bordearon a la crisis de 1917.

Con el último lustro del siglo XIX se produjo una etapa de prosperidad económica que se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial. La misma, se caracterizó entre otros hechos por "el incremento de la producción de oro, ... la renovación y expansión de las industrias, el aumento de la producción, los precios, los salarios y los beneficios" dando lugar a una "expansión general", especialmente acusada en los transportes, el comercio y las comunicaciones. (9)

Naturalmente, este progreso, impulsado por la burguesía -verdadera protagonista del período- dió lugar a unos índices de concentración de capital desconocidos hasta entonces. Esta fase, que se caracterizó por una doble transformación en la estructura y en el modus operandi de la empresa capitalista, tuvo como fruto el intento de racionalizar la producción y la gestión, lo que dió lugar a procesos como el taylorismo y otras aplicaciones de "métodos científicos" en el funcionamiento empresarial.

Finalmente, se ha señalado como una de las características de la economía de aquella época el salto destacadísimo del sector terciario, tanto público como privado y "el papel cada vez más importante del gobierno y del sector público" en una actividad económica que tendió a confluir progresivamente con las decisiones políticas. (10)

Disputando la hegemonía económica británica característica de la época victoriana, emergen nuevas potencias que, con notable voracidad, desean consolidar su situación de predominio con una serie de anexiones territoriales. "Entre 1876 y 1915, aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuída o redistribuída en forma de colonias entre media docena de Estados". Solamente entre Inglaterra, Francia y Alemania, en orden decreciente, se repartieron entre sí la escalofriante cifra de 21 millones y medio de Kilómetros cuadrados, mientras los Estados Unidos de Norteamérica y Portugal hacían lo propio con otro millón más. (11)

Las conquistas territoriales y la construcción de poderosos imperios marchó paralelamente con una expansión productiva y comercial que no dejaría de generar profundas rivalidades entre las potencias reseñadas.

Consecuencia inseparable del desarrollo industrial fomentado por el capitalismo, fue la aparición de masas obreras ingentes. Procedentes en su mayoría de los medios rurales, que comienzan su

paulatina despoblación, fueron acumulándose en áreas insalubres de los suburbios pertenecientes a los centros urbanos fabriles. Este crecimiento extraordinario de la población urbana precedió en muchos países a la segunda revolución industrial y se debió, no sólo a la emigración obrera citada, sino también al incremento de sectores artesanales y de la pequeña burguesía que encontraban en las ciudades su medio natural de subsistencia. Como prueba del incremento demográfico citado, baste consignar que a mediados del siglo XIX Londres había sobrepasado los dos millones de habitantes y París el millón. Berlín y Viena, que contaban por entonces en torno a 400.000 habitantes, alcanzarían en la década de 1870 el millón, mientras que San Petersburgo, Moscú, Glasgow, Liverpool y Manchester llegaban a los 500.000. En el conjunto europeo 40 ciudades rebasaron en aquellos años los 100.000 habitantes, situándose nueve de ellas en Gran Bretaña y ocho en Alemania, países punteros en su grado de industrialización. En los cuarenta años que precedieron a 1910, la población alemana pasó de 41 a 65 millones, lo que significaba un crecimiento del 58,5%. España llegó en la fecha citada muy cerca de los 20 millones, lo que significó un incremento de tan sólo el 22% en el mismo espacio de tiempo. (12)

El periodo histórico que analizamos transcurre entre el último cuarto del siglo XIX y los comienzos del XX. Durante esos años también se produjeron transformaciones de gran importancia política en los países más desarrollados, con el establecimiento del llamando Estado liberal de Derecho, el cual venía a ser la plasmación jurídica de la democracia liberal en el ámbito del gobierno. (13)

El espacio de tiempo estudiado cubre el cenit del liberalismo, pero también, con la irrupción de las masas trabajadoras, el comienzo de su declive. Este nuevo protagonista colectivo acrecentó las contradicciones del sistema liberal,

"que propugnaba la existencia de constituciones y de asambleas soberanas elegidas, que, sin embargo, luego tratará por todos los medios de esquivar actuando de forma antidemocrática, es decir, excluyendo del derecho de votar y de ser elegido a la mayor parte de los ciudadanos varones y a la totalidad de las mujeres". (14)

La, al parecer imprevista, irrupción obrera reclamó también el ejercicio de los mismos derechos y el disfrute de unas libertades que ya el liberalismo doctrinario había reservado en exclusiva a los mejores, es decir, a los propios burgueses que los generaron.

"En efecto, en la ideología del Estado liberal burgués los derechos naturales o derechos humanos resultan ser sencillamente los derechos de la burguesía, derechos que sólo de manera formal y ficticia se conceden también a los individuos de las clases inferiores". (15)

Los años estudiados coinciden en nuestro país con la figura emblemática de un liberal doctrinario que dará nombre al sistema político de alternancia en España: Cánovas del Castillo. Para el dirigente liberal conservador, que presidió seis gobiernos en los veinte primeros años de la Restauración, el paso desde el sufragio censitario al universal, a causa de la presión de los sectores liberales demócratas y obreristas, no podía conllevar la soberanía popular, sino "una simple ampliación del voto". La generalización del sufragio en el pensamiento canovista, como recoge Díaz del Corral, apuntaba directamente al principio de la propiedad y, por ende, a los cimientos de la sociedad. En un discurso expuesto en el Ateneo de Madrid, en 1871, sintetizaría

sus tesis con estas significativas frases:

"El sufragio universal será siempre una farsa, un engaño a las muchedumbres, llevado a cabo por la malicia o la violencia de los menos, de los privilegiados de la herencia y el capital, con el nombre de clases directoras, o será, en estado libre, y obrando con plena independencia y conciencia, comunismo fatal e irresistible. Escójase, pues, entre la falsificación permanente del sufragio universal o su supresión, si no se quiere tener que elegir entre su existencia y la desaparición de la propiedad..." (16)

El fin, preservar a toda costa la propiedad privada, justificaba todos los medios.

Pese a las resistencias, lo cierto es que entre 1880 y 1914 la democratización de los Estados se fue imponiendo, gracias a la presión de los trabajadores exigiendo primero la ampliación del sufragio y después el sufragio universal con todas sus consecuencias. La participación de las masas -la política democrática-, se hizo inevitable. Una vez alcanzada la generalización del sufragio, el principal objetivo de los gobiernos burgueses consistió en manipularlo. En todos los países, en mayor o menor grado, se intentó frenar el auge de las organizaciones obreras, desde las leyes anti-socialistas de Bismarck (1878-1890), hasta el retraso en la concesión del sufragio universal -caso de Bélgica-, pasando por su posterior manipulación, mediante el caciquismo y la alteración de los resultados -caso español-, o mediante métodos más expeditivos, haciendo uso de la violencia si era necesario, o impidiendo el acceso a los censos electorales, como en el caso británico.

Además de las alteraciones y obstrucciones citadas, Arno J.

Mayer destaca un medio más sutil de manipulación por el que se consiguió bloquear las cámaras legislativas sin necesidad de restringir ni adulterar el sufragio. La fuerza indiscutible de los sectores conservadores continuaba siendo el medio rural, mucho más fácil de controlar políticamente que las ciudades. Si los diputados se elegían por circunscripciones, bastaba con hacer la división territorial primando a las zonas rurales sobre las urbanas para que, aún ampliando el sufragio, continuaran logrando la mayoría las mismas oligarquías gobernantes. El sistema se practicó durante muchos años en Gran Bretaña y también en nuestro país, hasta que el peso específico del voto urbano en ascenso y la flagrante injusticia que la desproporción ponía de manifiesto, fueron dando al traste ya entrado el siglo XX con estas argucias electorales.

Estas actitudes provocaron entre los trabajadores reacciones muy distintas y aún encontradas. Los anarquistas, de acuerdo con sus principios, rechazaron como organización participar en los procesos electorales, recomendando a sus afiliados la abstención. Los socialistas, por el contrario, participaron activamente en estos procesos, lucharon por la ampliación y transparencia de los mismos y alcanzaron con su presencia en los órganos legislativos una difusión extraordinaria de sus programas.

"...la política del electoralismo de masas, que incluso la mayor parte de los partidos marxistas defendían con entusiasmo porque permitía un rápido crecimiento de sus filas, integró gradualmente a esos partidos en el sistema." (17)

Integrados los partidos obreros, muy pronto se produciría su participación en gobiernos de mayoría burguesa -caso Millerand en Francia, 1899-, que alcanzó su colofón en la política de Unión Sagrada entre las clases sociales enfrentadas, con el fin de

salvaguardar la integridad nacional en la guerra de 1914-1918.

Estas son, a grandes rasgos, las características generales que definen a Europa a partir, aproximadamente, de 1875, fecha que se corresponde con el período de internacionalismo obrero que vamos a abordar, al tiempo que sus consecuencias determinaron en buena medida el proceso asociativo y reivindicativo de los trabajadores durante muchos años.

* * *

2.DISOLUCIÓN EN FILADELFIA Y PRIMEROS INTENTOS REORGANIZADORES. **EL CONGRESO UNIVERSAL DE GANTE.**

Para muchos analistas de estos acontecimientos sociales, la Iª Internacional concluyó de hecho en el Congreso de La Haya de 1872. El impacto de su división retrajo a muchos de sus miembros, e incluso de sus dirigentes, de participar con la misma entrega y celo de las etapas precedentes. Tal podríamos considerar la actitud de Marx y Engels que, aunque triunfadores teóricos de aquella reunión internacional, acusaron plenamente el hecho de su escisión y no acudieron a ninguno de los Congresos que celebró hasta su disolución.

Para Georges Haupt, investigador de las organizaciones obreras internacionales, el periodo que se extendió entre la disolución de esta organización y la crisis revisionista del socialismo, a fines del siglo XIX, fue una etapa de transición; "...es la del reagrupamiento del socialismo europeo y de la resurrección de la Internacional, pero en un ambiente tradicional y limitado a pequeñas organizaciones y pequeños partidos

locales." (18)

El siglo XX, con el relanzamiento económico operado a finales de la centuria anterior, constituyó una nueva etapa para el socialismo cuyas características desbordan nuestro trabajo. El final de la A.I.T., de alguna manera, fue analizado también más tarde por algunos de sus principales dirigentes, como Engels, vinculándolo a una fase histórica periclitada. Así, se juzgaba que este organismo "había sido un producto del Segundo Imperio". En frase de Leo Valiani:

"... la Asociación (Internacional de Trabajadores) tal cual Marx la había concebido, esto es, como la comunidad política y sindical del movimiento obrero genuino, posiblemente en la legalidad, capaz de hablar un lenguaje susceptible de ser entendido por la opinión pública internacional, debía en cualquier caso sufrir un eclipse, desde las condiciones generales de reacción triunfante". (19)

En los años que transcurren entre la disolución del grupo socialista español (1874) y el de la A.I.T. dos años más tarde, José Mesa desde París estrechó sus relaciones con dirigentes socialistas de otros países. En 1875, tras su salida de España, se desplazó a Londres para visitar a Engels. Ese año, tras producirse la fusión en el Partido Social-Demócrata Alemán (S.P.D.) de los que dirigían Lassalle por una parte y W. Liebknecht con A. Bebel por otra, Engels tradujo su nuevo programa con el fin de enviarlo a "nuestros amigos españoles". (20) En 1876 Mesa trabó perdurable amistad con Jules Guesde, recientemente regresado del exilio tras su defensa periodística de la Comuna. Con él participó activamente en la creación del primer Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia (Marsella, octubre de 1879), aproximándolo a sus principios ideológicos: "La influencia de Mesa sobre la evolución de Guesde hacia el marxismo parece haber sido determinante..." (21) Así

mismo, será el socialista español quién pondrá al histórico dirigente francés en contacto con Marx, Engels y Lafargue en Londres. (22)

De todos estos pasos y de sus contactos, Mesa mantendrá informados a sus antiguos compañeros de la Nueva Federación Madrileña a los que instará, como veremos, a constituir un partido obrero a semejanza del alemán ya existente.

Mientras tenían lugar estos hechos, la Iª Internacional llevaba a cabo su último Congreso. Fue el primero que se celebraba en los Estados Unidos, desarrollándose en Filadelfia -aprovechando también en este caso la celebración de una Exposición Universal- entre los días 15 y 19 de julio de 1876. En palabras de Leo Valiani, este Congreso:

"había estado precedido y, a pesar de las tentativas de pacificación realizadas, también seguido de luchas intestinas insolubles entre lasallianos, marxistas y otros de diverso credo, por divergencias tácticas relacionadas con la actitud hacia los sindicatos obreros no socialistas y sobre la eventual alianza electoral con fuerzas políticas burguesas, así como también por discordias personales". (23)

Todo confluía negativamente en el ocaso de esta organización. En su interior, las divergencias sobre principios, organización y táctica habían conducido a la escisión. En el exterior, como ya vimos, diversos países europeos fueron declarándola paulatinamente fuera de la ley y persiguiendo a sus miembros. Finalmente, la depresión de los años setenta, no sólo provocó una de las mayores oleadas migratorias que se conocen, sino que además influyó desfavorablemente en el desarrollo de las condiciones sociales y políticas en cuyo seno se gestaban los futuros partidos socialistas.

El Congreso de Filadelfia clausuró formalmente la existencia de la A.I.T. que había sido fiel a los postulados de sus fundadores con un llamamiento. En el mismo, como podemos ver, se dejaba clara constancia de lo expuesto:

"Hemos renunciado a la organización de la Internacional por razones que tienen su origen en la presente situación política de Europa, pero por el contrario vemos que los principios de nuestra organización van siendo adoptados en mayor medida por los trabajadores emancipados de todo el mundo civilizado". (24)

El contenido del llamamiento denotaba la influencia de los criterios que Marx y Engels habían expuesto sobre el particular. Dos años antes, había escrito Engels a F. A. Sorge: "Los Estados Unidos eran el único país donde aún se podía hacer algo con el nombre de la Internacional, y un afortunado instinto sugirió la necesidad de trasladar allí la dirección suprema. Ahora (1874), también allí se ha agotado su prestigio; cualquier intento de darle nueva vida sería una necedad y un esfuerzo inútil. La Internacional, que durante diez años ha dominado una parte de la historia europea -precisamente aquella parte en la que reside el futuro- puede contemplar orgullosa la labor realizada. Pero la Internacional ha caducado en su vieja forma." (25)

Los fundadores de la A.I.T. habían fracasado en su intento de lograr un organismo supranacional a través de cuyas directrices se estimulara la creación de partidos obreros fieles a sus principios. Lo que no se había logrado, pues, desde la Internacional, se establecía tras su disolución como objetivo ineludible - en su criterio- para los trabajadores. El último documento emanado de la Internacional coincidía con aquellas orientaciones:

"Demos a nuestros camaradas trabajadores de Europa algún tiempo para reforzar sus organizaciones nacionales y pronto serán suficientemente fuertes para derribar las barreras que se han elevado entre ellos y los obreros de otras partes del mundo".

Para volver a reagrupar a los trabajadores en una nueva Internacional había que evitar previamente las disensiones, fundamentalmente provocadas con los anarquistas, que habían dado al traste con la Primera. Era imprescindible, pues, partir ahora de partidos establecidos en cada país fundados sobre la necesidad de la acción política. Siguiendo estos criterios, y teniendo presente el crecimiento de la socialdemocracia alemana, surgieron -sobre todo en la década de los ochenta- los primeros partidos socialistas obreros.

José Mesa, recordando años más tarde este hecho, cuando tras el Congreso de 1889 en París caminaba la II Internacional hacia su consolidación, se hacía las siguientes reflexiones sobre el particular:

"El movimiento socialista, que se dirige hoy (1891) de las extremidades hacia el centro con la constitución de partidos socialistas obreros nacionales, que tendrán que internacionalizarse después, nos conducirá al mismo punto, lo reconocemos; pero nos habríamos ahorrado la mitad del camino si, como lo querían Marx y Engels, el movimiento hubiese continuado del centro a las extremidades." (26)

Una cierta añoranza parece desprenderse de sus palabras, subrayadas con el siguiente colofón: "¡Que triunfo para la burguesía el haber despojado al socialismo - siquiera momentánea

y aparentemente- de su carácter internacional!"

El llamamiento de Filadelfia concluía con un canto esperanzado de futuro; "hasta que circunstancias más favorables unifiquen de nuevo a los obreros de todos los países en una lucha común y resuene más fuerte que nunca nuestro grito de unidad: ¡Proletarios de todos los países, uníos!"

No se tardaría mucho en iniciar los primeros intentos de reorganizar otra entidad internacional.

El primero, denominado Congreso universal de Gante, tuvo lugar en esta ciudad belga del 9 al 14 de septiembre de 1877. Existía en la misma un círculo socialista de carácter político cuyos principales inspiradores eran Edmond van Beveren y Edouard Anseele. De ellos partió la idea de esta convocatoria que reunió un heterogéneo conglomerado de delegados procedentes de diez países europeos, entre ellos conocidos representantes anarquistas. "Pero lo que verdaderamente salió de Gante, -en palabras de Leo Valiani- fue la firma, alcanzada en sesión privada, de un pacto de ayuda recíproca entre las organizaciones socialistas políticas de Bélgica, Alemania, Suiza y Dinamarca." Además, se acordó crear una "oficina federal" que residiría en Gante, cuya misión consistía en mantener los contactos entre las organizaciones signatarias, así como en convocar un próximo congreso. (27)

Con independencia de estos acuerdos reservados, el Congreso de Gante aprobó una serie de resoluciones que fueron reproducidas por Guesde en el primer número de L'Egalité (18 de noviembre de 1877). Este periódico, no se olvide, contó desde el principio con el apoyo de José Mesa, quién a su vez se encargó de remitirlo a los socialistas españoles. La segunda resolución se refería a la "actitud del proletariado cara a los diversos partidos políticos." Por 22 votos contra 9 se adoptó el siguiente acuerdo:

"Considerando que la emancipación social es inseparable de la emancipación política;

El Congreso declara que el proletariado organizado en partido distinto y opuesto a todos los demás formados por las clases privilegiadas, debe emplear todos los medios políticos para su completa emancipación social." (28)

El contenido de este acuerdo, de cuyos precedentes nos ocupamos en los capítulos anteriores, influyó notablemente en el Programa del PSOE y, sobre todo, en la declaración de principios por los que se regirá El Socialista.

Tres ciudades se ofrecieron para celebrar el nuevo congreso; Londres, Milán y París. La opción se inclinó hacia esta última por varias razones, como la existencia del citado semanario dirigido por Jules Guesde y, sobre todo, por el hecho de que en 1878 se celebraría en la capital gala una Exposición Universal. Una vez más, la gran afluencia de público - así como de trabajadores por distintas razones- que congregaban estos certámenes, inclinó la opción. La reunión debía celebrarse en septiembre de dicho año, tal y como se había previsto por Guesde y Deville como principales inspiradores del "Congreso Obrero Internacional Socialista." No obstante, un atentado contra el emperador de Alemania Guillermo I dio al traste con este objetivo. Bismarck estableció la legislación antisocialista y se "extendió un clima de violenta represión en toda Europa". A comienzos de agosto la Prefectura de policía francesa prohibió el Congreso. El 9 de septiembre, pese a ello, se intentó realizar, siendo detenidos los 23 miembros del Comité organizador. Guesde asumió su defensa, con lo que su grupo alcanzó rápida notoriedad en toda Francia. (29)

Para el historiador socialista español J. J. Morato, estos intentos reestructuradores pretendían romper el "aislamiento,

recordando demasiado la vieja Internacional". Refiriéndose al Congreso de París, y sin restar la importancia que sin duda habría tenido, de celebrarse, lo juzgaba "prematureo porque en bastantes países, si había núcleos organizadores, de hecho aún no existían los partidos socialistas, ni siquiera con carácter secreto. No los había entonces ni en España ni en Francia, entre otras naciones". (30)

El caso español, que es el que nos ocupa, y sus notables influencias internacionalistas, se configuró muy pocos meses después del frustrado capítulo parisino, tal y como veremos a continuación .

* * *

3. LA FUNDACIÓN DEL PSOE Y SU VOCACIÓN INTERNACIONALISTA.

Como es sabido, el primer núcleo socialista, germen y origen del PSOE, se constituyó en Madrid el 2 de mayo de 1879. Su creación, debida fundamentalmente al tesón de un reducido grupo de trabajadores, sobre todo tipógrafos, al que acompañaron dos médicos y un estudiante de esa misma especialidad, obedeció a los más nítidos principios internacionalistas.

El acto tuvo lugar en la clandestinidad, tanto por su vinculación con la desaparecida -y prohibida en España- Asociación Internacional de Trabajadores, como por dar lugar a un partido de carácter no dinástico y por tanto relegado y proscrito en los primeros años del sistema canovista de la Restauración.

Rememorando los banquetes de hermandad celebrados en los años de la Internacional, la reunión, a la que asistieron veinticinco personas, tuvo lugar en una fonda en la que se celebraría una "comida de Fraternidad Internacional". El hecho de que se convocara, precisamente, en una fecha de rancias connotaciones patrióticas, tenía también para los veteranos internacionalistas una interpretación de simpatía hacia los obreros franceses y de los demás países, exactamente opuesta al cerrado sentido nacionalista con que los sectores españoles más conservadores celebraban la efemérides.

Al igual que en las reuniones de la antigua Federación española, se levantó acta de lo acordado. En la misma, se dejaba clara constancia de que el objeto de la convocatoria era "formar un partido que se denominaría socialista obrero". Así mismo, en su reducida extensión, se recogía el nombramiento de una comisión encargada de "redactar un proyecto de programa y bases para la organización de los trabajadores" que se adhiriesen al nuevo partido. Se preveía darle publicidad en cuanto se alcanzara un "período de mayor libertad", así como su ratificación o enmienda en un congreso obrero "con arreglo al mandato que recibiera de los trabajadores".

En el reducido grupo inicial figuraban la mayor parte de aquellos internacionalistas que secundaron en España las directrices de Marx y Engels, su concepto de la organización internacional y los acuerdos de sus Congresos. Eran los mismos que permanecían en contacto con el exterior, sobre todo con Francia, a través de su antiguo compañero y mentor José Mesa. En el reducido espacio de aquella modesta casa de comidas se encontraban Pablo Iglesias, Inocente Calleja, Hipólito Pauly y Francisco Mora, junto a los que pronto serían hombres clave del partido; Matías Gómez Latorre, Jaime Vera y Antonio García Quejido.

Además de lo expuesto, se perfiló brevemente la estrategia a seguir por el partido socialista obrero:

"Cuya política se separaría completamente de la que hacen los demás partidos burgueses, desde el más avanzado al más retrógrado, por creer que ninguno de ellos representa los intereses del proletariado". (31)

La creación del organismo, los objetivos que muy pronto constarían en los sucesivos Programas iniciales, y su identidad diferenciada, obedecían plenamente a los postulados de la desaparecida Internacional. Valga al respecto recordar, sobre todo, la inclusión en los Estatutos de la A.I.T., durante el Congreso de La Haya, de la siguiente resolución:

"En las luchas contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede obrar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos políticos formados por las clases poseedoras".(32)

Los vínculos ideológicos y tácticos con la desaparecida organización internacional no podían ser más fehacientes. Por otra parte, conviene recordar que el año 1873, al poco de establecerse en nuestro país la Primera República, Engels alentaba en sus cartas a Mesa para que se constituyera "un partido obrero en España". Las circunstancias, como vimos en el capítulo anterior, no favorecieron en absoluto la aplicación de tales indicaciones. (33)

Como vemos, las señas de identidad que caracterizarán durante largos años al PSOE se establecían desde sus primeros

pasos, si bien, la independencia de los partidos de la clase obrera, que para Marx y Engels no significaba el rechazo de determinadas alianzas coyunturales, se interpretó en el "guesdismo" francés y en el partido "iglesista" español con una rigidez tan extraordinaria, que conduciría a un cierto aislacionismo de la organización obrera. Tal vez, la irreductible actitud del PSOE en sus primeros treinta años de existencia, se debiera a la particular interpretación que Pablo Iglesias hacía sobre el nacimiento de las organizaciones socialistas:

"Los partidos obreros no han tenido razón de ser ni se han organizado hasta que la Asociación Internacional de los Trabajadores, perseguida por los Gobiernos europeos, fue disuelta por la fuerza".(34)

El argumento se utilizó en una polémica con los anarquistas, si bien en esta ocasión es válido para comprender en su peculiar interpretación las recias actitudes que hemos apuntado.

Señalemos por último en este punto que, para Pablo Iglesias, principal artífice del grupo recién creado, la identidad de principios, salvo "algunas ideas de escasa importancia, que hemos rectificado", es prácticamente total:

"...las doctrinas del partido obrero son las mismas, absolutamente las mismas, de la Internacional". (35)

Una vez establecido el grupo madrileño, Mesa se constituyó en su corresponsal en el exterior, como ya lo venía siendo desde su salida de España. Mantuvo correspondencia con Engels y Lafargue en Londres, haciendo llegar cartas de este último directamente a Iglesias. El 9 de junio de 1879 comunicó a Lafargue el traslado de un escrito suyo a Madrid, al tiempo que

le informaba en relación con las inclinaciones socializantes del ex-presidente de la República, Nicolás Salmerón:

"No he recibido todavía la respuesta de Iglesias; pero les he aconsejado con insistencia que se organicen lo mejor y lo más rápidamente posible; pues en España, más que en ninguna parte, creo que la clase obrera es la única fuerza del socialismo y la que está en posesión de su pensamiento. Vuestra excelente carta, escrita en un español cervantino, les animará, espero". (36)

La carta de Lafargue, probablemente relacionada con la reciente constitución del grupo socialista español, no se ha conservado.

El 20 de julio, el citado grupo se volvió a reunir en Madrid. Alejandro Ocina, Victoriano Calderón, Gonzalo H. Zubiaurre y Pablo Iglesias cumplieron el encargo asumido el 2 de mayo anterior y presentaron los textos del primer Programa del Partido Socialista Obrero Español y las bases de funcionamiento denominadas: Organización del Grupo Socialista Madrileño. La Base 1ª parece acusar recibo de la excitación a que se refería Mesa en su carta, ante la posibilidad de que círculos republicanos intentaran crear un organismo político con la palabra socialista en su denominación. Dice así su texto:

"El objeto de este Grupo es fundar en España el Partido Socialista Obrero Español, cuyo programa antecede".
(37)

A continuación desarrollaba varios puntos sobre el

funcionamiento del nuevo partido. La relación con el exterior quedaba recogida de forma destacada, puesto que sobre un conjunto de 13 Bases se dedicaba a ella la tercera, que decía así:

"Interin no existan otros grupos y no haya una Comisión que represente a todos, el Grupo madrileño sostendrá relaciones con los socialistas de otros países".

Seguidamente, y tal y como establecía la Base 7ª, se eligió una Comisión Ejecutiva que quedó compuesta "por sufragio directo y mayoría relativa", de la siguiente forma: "Pablo Iglesias, Secretario; Inocente Calleja, Tesorero; Alejandro Ocina, Contador; Victoriano Calderón y Gonzalo Zubiaurre, Vocales." A renglón seguido, el recién elegido Secretario, daba lectura a dos cartas "una de Francia y otra de Inglaterra", señalando Iglesias a continuación, "que esta correspondencia será leída por el Grupo, afectando unas veces la forma oficial y otras la particular, siempre que una u otra circunstancia pueda ser beneficiosa a todos". En su posterior correspondencia con Engels se aprecia esta doble faceta aquí apuntada, lo mismo sucedería con sus cartas a Mesa o Lafargue, donde se mezclaría también en ocasiones el intercambio de información entre representantes de partidos fraternos y las misivas entre viejos correligionarios.

(38)

Así mismo, tenía conocimiento la citada reunión del Congreso que próximamente iban a celebrar los socialistas franceses. De ahí que en el Acta se recogiera la siguiente intervención de Iglesias:

"También propone la conveniencia de que el Grupo envíe una comunicación a los compañeros que se han de reunir en Congreso obrero en Marsella en el mes de

septiembre, dirigiéndose para ello a un amigo de confianza y encargándole no la den publicidad para evitarnos contratiempos."

El "amigo de confianza" era sin duda José Mesa que, como dijimos, no sólo actuaría de corresponsal con España, informando y traduciendo textos doctrinales, sino que también colaborará estrechamente con los socialistas franceses y sus órganos de difusión. (39)

El III Congreso obrero francés se celebró efectivamente en Marsella, pero no en septiembre, sino entre los días 20 a 31 de octubre. Guesde, enfermo, no pudo concurrir, pero su grupo se hizo con el Congreso, triunfaron sus tesis "colectivistas" y se aprobó una declaración que afirmaba: "la apropiación colectiva de todos los instrumentos de trabajo y fuerzas de producción debe perseguirse por todos los medios posibles." Para ello, al igual que acordara también el partido obrero español meses antes: "el proletariado (es necesario que) haga una escisión completa con la burguesía, y se separe de ella en todos los terrenos; intelectual, jurídico, político y económico". Finalmente, en palabras de Claude Willard; "inspirándose en el modelo socialdemócrata alemán, el Congreso esbozó la organización de un partido obrero independiente, la Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia". (FPTSF). (40)

Esta organización, débilmente establecida, tuvo una efímera existencia ya que en muy pocos años se dividió en tres entidades enfrentadas entre si. A juicio de un historiador francés, aquel grupo "no fue evidentemente más que un principio de organización y el Congreso ni siquiera soñó en dar al nuevo partido un programa teórico". (41)

No obstante, se adoptaron positivos acuerdos y se reconoció la "dimensión internacional de la cuestión social", abordándose

la situación dramática del movimiento obrero en Rusia, Alemania e Italia. Así mismo, se recibieron mensajes de los trabajadores rumanos, italianos, suizos y alemanes. (42) El saludo español al Congreso, si fue transmitido por Mesa, observó la discreción solicitada desde Madrid "para evitarnos contratiempos". El grupo español permanecía en la clandestinidad y adoptaba, como se ve, medidas cautelares para su supervivencia.

Mientras tanto, el corresponsal en París ofrecía su apoyo al grupo de Guesde, que daría lugar al Partido Obrero francés, influyendo notablemente en sus rígidos criterios tácticos, muy similares, como veremos, a los observados en España. A este respecto, resulta esclarecedor el siguiente fragmento de una carta que Mesa dirigió a Lafargue mediando en sus discrepancias con Guesde:

"... veo que estais cada vez más en desacuerdo con Guesde, siempre por cuestiones de procedimiento o de detalle. ¿Pero por qué diablos quereis abrazar a nuestros enemigos, cuando no podeis, por el contrario, aplastarlos? En esto yo soy de la opinión de Guesde, y sabeis que siempre lo he sido; yo creo que debemos hacer una política de escisión, de separación a ultranza, esperando a que podamos tratar con los otros partidos de poder a poder. Para esto, será preciso que tengamos un verdadero partido, y aún estamos lejos de ello por desgracia." (43)

La cita es extensa y el tema reiterativo, pero por su claridad, así como por su estricta aplicación tanto en el partido francés como en el español, puede servirnos como prueba de la destacada influencia que Mesa mantuvo sobre ambos organismos obreros y, no se olvide, sobre sus dos principales dirigentes.

Los contactos permanentes con el exterior que precedieron al nacimiento del partido obrero español se incrementaron notablemente tras su constitución. Poco a poco el vínculo personal a través de José Mesa cederá su lugar a las relaciones institucionales. Los primeros años, será la agrupación socialista madrileña y el grupo barcelonés, a través del semanario El Obrero, quienes irán trabando artesanalmente estas relaciones internacionales. Después, sobre todo con la aparición de El Socialista en 1886, estos contactos se convertirán en permanentes y regulares con la mayor parte de las organizaciones europeas y norteamericanas existentes.

Como veremos, el canalizador y traductor de esta información, en su mayor parte, siguió siendo José Mesa desde París. Su fuente de aprovisionamiento era fundamentalmente la prensa socialista francesa, origen que no siempre se citaba en el semanario español a la hora de reproducirla.

* * *

4. LEGALIZACION Y RIVALIDAD ANARQUISTA

El 8 de febrero de 1881 Práxedes Mateo Sagasta alcanzaba la presidencia del Gobierno al frente del partido liberal. En su programa constaba el respeto y la observancia de los derechos y libertades recogidos en la Constitución de 1876. Por lo que al PSOE se refiere, y al movimiento obrero en su conjunto, revestía particular interés la relación de derechos sociales y políticos contenidos en su Artículo 13. Acogía este los derechos de

reunión, asociación, expresión y petición, cuyo ejercicio y disfrute quedaba reservado en exclusiva a los partidos dinásticos, es decir, a aquéllos que apoyaban la restauración de la monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII.

Fiel a su programa, Sagasta transmitió a los gobernadores de las provincias sus directrices de carácter liberal en la Circular del Ministerio de la Gobernación de 17 de febrero. En su texto indicaba que los Gobiernos:

"...mucho alcanzan cuando sus agentes respetan los derechos que la Constitución y las leyes aseguran a los ciudadanos individual o colectivamente, ya formulen quejas en la prensa periódica, ya se reúnan o se asocien para más amplios fines." (44)

Las organizaciones obreras, tras estas normas, pudieron salir a la luz, celebrar Congresos y reuniones, así como volver a publicar sus órganos de prensa correspondientes.

Entre los días 23 al 25 de septiembre tuvo lugar en Barcelona un Congreso obrero. Lo convocaron los sectores anarquistas de la ya desaparecida A.I.T., invitando libremente a las organizaciones obreras que desearan concurrir, debidamente representadas. En el transcurso de su primera sesión tuvo lugar un hecho que, por las repercusiones que tuvo más adelante y por los argumentos que se emplearon tras el mismo, merece que detengamos en él nuestra atención.

Uno de los resultados de la reunión fue la constitución de la Federación de Trabajadores de la Región Española, fiel a los principios ácratas de sus convocantes. Dada la amplitud de la convocatoria, y como quiera que el punto 3º del Orden del Día trataba sobre la "actitud de los trabajadores con relación a los

partidos políticos", la Agrupación Socialista Madrileña decidió concurrir enviando en su nombre a Pablo Iglesias. Es probable que los socialistas no ignoraran el trasfondo de esta reunión, por ello, no es arriesgado suponer un cierto afán polémico con la presencia de Iglesias en Barcelona. Los llamados "mítines de controversia", eran una práctica ya experimentada entre los internacionalistas y sus oponentes durante los años en que funcionó legalmente la Internacional en España. Iglesias había participado en alguna sesión de esta naturaleza, razón por la cual su elección para el congreso de Barcelona apoyaría nuestra suposición.

En la "sesión administrativa" del 23 de septiembre Pablo Iglesias vió rechazado el poder que le "habían conferido trabajadores de diversos oficios para que defendiese en dicho Congreso sus ideas... por carecer de sello". Independientemente de la razón burocrática alegada para su rechazo, y tras una breve intervención justificativa, un delegado llamado Borrás, "en vez de ocuparse del requisito que, según la comisión revisora, faltaba a mi poder, -expondrá Iglesias en carta posterior a El Obrero- lanzó graves acusaciones contra mis representados y contra mi, entre otras la de que hacíamos la causa de los burgueses." (45)

Para demostrar la falsedad de tan grave acusación, el representante socialista reproducía el Programa en su parte doctrinal. Para alcanzar la "posesión del poder político por la clase trabajadora", mostraba la necesidad de organizar un "partido obrero", y trabajando por la constitución de tal entidad -en su argumentación- no se servían "los intereses de los privilegiados." Al efecto, seguía diciendo en el citado texto;

"Tal error nos conduciría a afirmar que el partido obrero alemán, a quién Bismarck persigue con ensañamiento nunca visto, hacía la causa de su

perseguidor; que el naciente partido obrero francés... trabajaba por las ideas de los Ferry y Gambetta que constantemente están insultando a los trabajadores de aquél partido; en una palabra, que los partidos obreros portugués, belga, italiano y de los demás países se consagraban a trabajar en pró de los que les impiden desarrollarse y difundir sus ideas".

Las referencias a las experiencias socialistas del exterior, a la divulgación de los avances electorales de los partidos afines, así como a la solidaridad en momentos difíciles, en la medida de sus posibilidades, constituyeron ejes característicos del comportamiento socialista español desde sus primeros años de existencia.

Como exponía Iglesias en la carta citada, a pesar de sus reiteradas solicitudes de palabra para defenderse, el presidente de la sesión, Tomás Oliver, no sólo no creyó oportuno concedérsele sino que tras consultar a la asamblea procedió a la expulsión inmediata del local del delegado socialista. No fue el único.

Al reseñar el tema J.J. Morato, muchos años más tarde, encontraba explicable que el Congreso anarquista rechazara una representación socialista "-lo que fue lógico-, pero al hombre se le trató sin consideración - lo que no fue noble-". (46)

Concluido el congreso, este dió a la publicidad un Manifiesto a los trabajadores de la región española en el que, refiriéndose indirectamente a la exclusión, se empleaban argumentos que serían muy repetidos posteriormente desde los medios anarquistas en relación con el PSOE:

"...los microscópicos partidos obreros que pretenden organizarse sólo aspiran a la conquista del poder

político a fin de que, convertidos en burgueses puedan ejercer sobre las masas populares una autoridad y una explotación mucho más odiosa que la existente". (47)

Andando el tiempo, en los primeros Congresos de la IIª Internacional, la situación fue exactamente la contraria, salvando las distancias. La actitud de Iglesias, recordando quizás los hechos citados, fue inflexible hacia sus viejos oponentes desde los tiempos de la primera Internacional.

La expulsión que hemos comentado sólo fue un eslabón en la prolongada cadena de enfrentamientos que jalaron la existencia del socialismo español hasta la Guerra Civil de 1936. La enemiga del anarquismo, unida a su firme oposición hacia los partidos republicanos hasta 1909 -Conjunción republicano-socialista- atenazó la débil existencia del PSOE durante las primeras décadas de su historia.

El referido incidente del Congreso de Barcelona tuvo cierta repercusión en diferentes órganos de prensa, por lo que fue una de las primeras noticias sobre la existencia de los grupos socialistas, también existentes por aquellos momentos en Barcelona y Guadalajara. Con la rapidez habitual fue informado Mesa en París y, a través de este, Lafargue y Engels en Londres. El 18 de octubre, antes de que transcurriera un mes, el corresponsal en la capital francesa daba cuenta a Londres en estos términos:

"Recibo de mis amigos de España novedades muy interesantes sobre el Congreso anarquista de Barcelona. Después de haber convocado a los delegados de todas las sociedades obreras, ellos no han admitido más que a sus compadres. Iglesias, que había sido enviado por los grupos de Madrid, ha sido puesto en la calle sin contemplaciones."(48)

5. DEL CONGRESO INTERNACIONAL SOCIALISTA DE COIRA A LA CONFERENCIA OBRERA DE PARÍS (1883).

Al tiempo que sucedían en nuestro país aquellos hechos, en la ciudad suiza de Coira se celebraba un nuevo Congreso Internacional Socialista (2-5 de octubre de 1881) Correspondía de nuevo su iniciativa a los socialistas belgas y debía haberse realizado el 2 de septiembre en Zurich. Una vez más, en esta ocasión la muerte del Zar Alejandro II en San Petesburgo a consecuencia de un atentado, la reunión estuvo a punto de no celebrarse. Tras el rechazo de las ciudades de Zurich y Berna, se desarrolló, como queda dicho, en la pequeña capital del cantón de los Grisones. Tanto por las características que concurrieron en esta reunión, como por su trascendencia, conviene dejar constancia de algunas facetas de aquél Congreso.

Suscribió el manifiesto de convocatoria, en nombre de la oficina federal establecida en el Congreso de Gante, Edouard Anseele y sólo se invitó a "los grupos y partidos que aceptaban la exigencia de la acción política". A continuación, agrega Leo Valiani:

"Con un retraso de diez años, la idea de Marx venía a ser revalidada por la presión de las circunstancias".
(49)

Excluidos los anarquistas, éstos celebraron su propio Congreso el mes de Julio en la capital británica.

Asistieron a Coira delegados de organizaciones de Alemania, Estados Unidos, Bélgica, Francia, Polonia, Suiza, Inglaterra, Rusia y Hungría. A través de algunos de estos delegados se hicieron representar grupos de Dinamarca, Portugal y Argentina.

Destacaremos la presencia de los alemanes W. Liebknecht y E. Bernstein, del belga L. Bertrand, del francés B. Malon y del ruso P. B. Axelrod.

Los grupos españoles estaban informados sobre el Congreso. El Obrero de Barcelona, muy identificado en aquellas fechas con los núcleos socialistas (50), había recogido referencias al mismo en el mes de abril, al reproducir el Orden del Día del Congreso del partido obrero socialista belga (51), así como, sobre todo, por la extensa reseña que dedicó a una conferencia de Bebel en Zurich el 25 del mes citado. (52) Bien sea porque Marx y Engels no creían oportuna la convocatoria de estos Congresos, bien por no haber sido invitados o, en caso contrario, por falta de recursos, el hecho es que los socialistas españoles no concurrieron a Coira. Debemos destacar al respecto, que Benoit Malon, delegado francés, iniciaba un distanciamiento de Guesde que muy pronto se traduciría en ruptura. La relación del grupo madrileño con éste, a través de Mesa, pudo ser también la causa de esta inasistencia.

El orden del día, extraordinariamente amplio, acogía desde los informes estadísticos y la formación de una estructura internacional, hasta un previsible programa de choque para el momento en que los socialistas llegaran "por cualquier medio" a alcanzar el poder:

I. Situación del partido socialista en los diferentes países; estadística de los grupos obreros; ideas filosóficas, políticas y sociales que predominan; enseñanza que puede extraerse de esta estadística y de las ideas dominantes para el porvenir del movimiento socialista, especialmente en la hipótesis de una revolución general.

II. Condiciones políticas y económicas del proletariado

en cada país; persecuciones gubernamentales y otras a las que están expuestos sus defensores; deberes y línea de conducta que estas situaciones imponen a los socialistas.

III. ¿Es posible una federación de fuerzas socialistas?
¿Sobre qué base debe hacerse? Reglamento.

IV. Elaboración de un programa común sobre principios de agitación y propaganda...

V. ¿Sería conveniente crear en cada país una oficina de información y de socorros en favor de los obreros sin trabajo, de los socialistas víctimas de la represión burguesa, etc....?

VI. ¿Qué leyes sería necesario introducir y cuales habría que derogar inmediatamente, tanto en el terreno económico como en el político, para hacer triunfar el socialismo, si por cualquier medio los socialistas llegan al poder?

VII. ¿Es conveniente reconocer o crear un órgano oficial central donde todas las teorías socialistas sean discutidas?

VIII. Manifiesto. (53)

Como puede verse, el temario constituía una excelente radiografía sobre el estado de ánimo, la mentalidad y las exageradas expectativas del movimiento obrero en aquella época que, por sus características, podríamos definir -con Haupt- como de transición.

Un somero análisis del programa nos revela ciertas claves

sobre la situación y perspectivas del socialismo europeo en la fase comprendida entre la disolución de la A.I.T. y la aparición del reformismo a finales del siglo. La proximidad de la revolución, el acceso al poder "por cualquier medio" y la previsión de los cambios correspondientes en la legislación -que no tiene aquí el más leve matiz reformista-, se conjugaban como objetivos próximos aún careciendo de estudios sobre las fuerzas organizadas y sobre las condiciones sociales del país en que se movían. Algo más que el espíritu de la A.I.T. sobrevivía entre las líneas del apretado programa acometido en Coira. La reconstrucción del organismo internacional, por otra parte, se perfilaba claramente como una meta indispensable. Cuando comenzaban a asentarse con fuerza los primeros grupos socialistas en cada país, la pretensión utópica del "partido obrero internacional" proseguía su contradictoria andadura.

No es sorprendente que uno de los puntos más debatidos del Congreso fuera el referente a la federación de los partidos, así como su corolario; el programa común. Eran tiempos de notable afirmación nacionalista por parte de los gobiernos de la burguesía. Las sacudidas provocadas por los atentados, que culminaron en magnicidio en más de una ocasión, aceleraron las prácticas represivas habituales en la mayor parte de los países europeos. La legislación restrictiva, en cuanto a asociaciones vinculadas a entidades internacionales, era también muy común. No es extraño, pues, que fuera el delegado alemán Eduard Bernstein quién se opusiera a los puntos citados, tanto por la inoportunidad de que hablara Marx, "como por el pretexto que habría ofrecido a la represión". (54) Debemos recordar que en su país permanecía en vigor la legislación excepcional antisocialista y su partido trabajaba y celebraba sus congresos en la clandestinidad.

Estas y otras discrepancias impidieron la redacción de un Manifiesto final, como era costumbre tras una reunión congresual. Por el contrario, se votó una moción redactada por Malon. Con

ella se confirmaba la dificultad de adoptar un programa común dada la represión en vigor y la desigualdad existente en cuanto al desarrollo del movimiento obrero en cada país. Por el contrario, y siguiendo el principio organizativo tan reiterado desde los tiempos de la Internacional, se apoyaba "el acuerdo sobre la oportunidad de formar partidos de clase del proletariado, -resume Valiani- opuestos a los de la burguesía, capaces de hacer uso de todos los medios parlamentarios, sindicales, revolucionarios, sugeridos por las circunstancias..." (55) El programa básico de los socialistas quedaba recogido en las siguientes reivindicaciones:

- Educación integral a cargo de la comunidad.
- Colectivización de los medios de producción y transporte.
- Retribución al obrero con el producto pleno de su trabajo, deducidos los gastos generales de la sociedad.
- Garantía de un mínimo de subsistencia incluso para los que estén incapacitados para el trabajo.

Las conclusiones, como vemos, se iban aproximando más a las reclamaciones cotidianas, si bien, seguían acusando un radicalismo que se irá atenuando a medida que otras formaciones -posibilistas, Trade Unions- irrumpen en el ámbito de los Congresos internacionales.

Se acordó celebrar el próximo Congreso -dos años más tarde- en la capital francesa. La Federación socialista de los trabajadores (F.P.T.S.F.) se encargaría de su organización.

Los socialistas españoles supieron de la conclusión de la reunión suiza a través de una escueta nota en El Obrero: "A pesar de los obstáculos puestos por las autoridades suizas, el Congreso

socialista universal, convocado por el comité del partido obrero belga, ha tenido lugar en Coire el 2 del pasado Octubre". (56).

El 15 de julio de 1882 se reunieron en Barcelona los grupos socialistas de la capital catalana y de Madrid, asistiendo, entre otros, el viejo internacionalista Francisco Mora y el director de El Obrero José Pamias. Aprobaron allí un nuevo Programa del PSOE, que permaneció vigente hasta el Congreso de 1888, y cuyo contenido era el siguiente:

- 1ª La posesión del poder político por la clase trabajadora.
- 2ª La transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la Nación.
- 3ª La constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica del trabajo y de la enseñanza integral para todos los individuos de ambos sexos. (57)

Más adelante, reclama que se "garantice a cada trabajador el producto total de su trabajo deducidos los gastos generales". La similitud, o influencia, con alguno de los acuerdos de Coira resultaba patente.

El siguiente encuentro internacional se celebró en 1883 en París. No obstante, unos hechos que concluyeron en ruptura dentro del socialismo francés bifurcaron irreductiblemente el camino hacia una nueva organización internacional. El Congreso de la Federación socialista francesa celebrado en Saint-Étienne (25-30 septiembre de 1882) concluyó con el triunfo de la corriente posibilista representada por Malon, Brousse, André-Gely

y Joffrin, entre otros. Guesde, Lafargue y sus compañeros afines al marxismo fueron expulsados. Los posibilistas adoptaron en 1883 la denominación de Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia (F.T.S.F.), los marxistas, reunidos en Roanne tras la escisión (26-IX-1882) constituyeron el Partido Obrero Francés (P.O.F.)

Aún reconociendo la gran valía de los seguidores de Guesde, algunos historiadores, como Ligou, señalan que:

"Es indiscutible, a pesar de las protestas de los guesdistas, que en 1882-1883, los mejores elementos socialistas permanecieron junto a Brousse, así como la mayor parte de los militantes". (58)

La F.T.S.F. se diferenció del P.O.F. por su mayor inclinación hacia el sindicalismo y las reivindicaciones de tipo corporativo, así como por una mayor flexibilidad en sus planteamientos. Como mayoritarios en el conjunto del socialismo galo retomaron la iniciativa de un próximo certamen internacional, si bien, fieles a sus planteamientos contactaron con las Trade Unions que, en su Congreso de Nottingham, aceptaron participar en la reunión. Dado el carácter corporativo de la misma, no se invitó a los partidos socialistas, coincidiendo concretamente franceses e ingleses en que no se debería convocar al partido socialdemócrata alemán.

La Conferencia Obrera Internacional tuvo lugar en París, entre el 29 de octubre y el 3 de noviembre de 1883. Acudieron, además de las organizaciones ya citadas, el italiano Andrea Costa y los españoles Pamiás, Felgueroso y Fonfria, miembros de la asociación obrera catalana Las Tres Clases de Vapor. Pamiás era dirigente de la misma y director de su semanario El obrero. Estaba vinculado al PSOE desde la firma, el 15 de julio de 1882,

del Programa del Partido Democrático Socialista Obrero Español, (59) si bien, años más tarde, como veremos, esta relación se transformó en un grave enfrentamiento.

La relación con los catalanes -apunta M. Izard- podría venir de la anterior permanencia en Barcelona del líder posibilista Paul Brousse, entonces anarquista, a causa de la represión de la Comuna. (60)

Además de la presencia sindical británica, fue novedad de esta Conferencia la introducción en su Orden del Día, en primer lugar, de un punto referente a la "Legislación internacional del Trabajo", otro sobre regulación del trabajo de los obreros extranjeros y, finalmente, un tercero relativo a la derogación de las leyes opuestas al establecimiento de alianzas permanentes entre sociedades obreras de diversos países.

A propuesta de la delegación británica y de acuerdo con el pragmatismo que guiaba sus aspiraciones, se aprobó unánimemente la exigencia de reducir la jornada laboral, así como la introducción de condiciones de trabajo dignas y, por último, se auspició una "unión permanente entre las sociedades obreras de todos los países industrializados". (61)

* * *

6. EL NACIMIENTO DE EL SOCIALISTA Y LA IIª CONFERENCIA OBRERA INTERNACIONAL DE PARIS (1886)

Entre el 29 de marzo y el 7 de abril de 1884 el P.O.F. celebró un Congreso en Roubaix. Con fecha 26 de marzo Antonio García Quejido, como secretario del Comité local madrileño del PSOE, le dirigía un mensaje de solidaridad haciendo referencia a la importancia de las cuestiones que en el mismo se iban a debatir. Figuraban entre ellas las referidas a las relaciones internacionales de la clase obrera, así como la posible convocatoria de un Congreso internacional para tratar de las mismas.

El P.O.F. contestó amistosamente al mensaje de los socialistas madrileños con una invitación, haciendo especial hincapié en el punto citado:

"... contamos con que por vuestra parte hareis lo posible por asistir al próximo Congreso Internacional, propuesto por el Partido Obrero suizo y aceptado unánimemente por los delegados del Partido Obrero francés y por los representantes de la Democratic Federation de Inglaterra." (62)

Estas cartas fueron reproducidas en El Obrero de Barcelona a mediados de julio. Un mes y medio más tarde, el mismo semanario hacia referencia a una reunión internacional en Londres. La misma figuraba en una información sobre la "junta trimestral" celebrada por el PSOE de Madrid, el domingo 10 de agosto. Entre los asuntos tratados por el partido, señalaba el corresponsal,

"... figura el de la conveniencia de enviar su

representación al Congreso internacional que en el año próximo ha de celebrarse en Londres, y considerando que los partidos obreros de todas las naciones han de mandar allí sus delegados, el grupo madrileño acordó aplazar su acuerdo definitivo hasta tener conocimiento de la orden del día, creyendo, desde luego, la conveniencia de su representación por la importancia que para todos los obreros ha de revestir el citado Congreso,..." (63)

En septiembre efectuó su "reunión general" el grupo del PSOE de Barcelona. También trató este tema, apuntando "la conveniencia de asistir al congreso internacional que debe celebrarse en Londres en la próxima primavera". Así mismo, yendo más allá, acordaba cubrir los gastos de la delegación mediante "una suscripción para realizar el importe." (64)

Este Congreso de Londres no llegó a celebrarse. Su organización habría correspondido a la Federación Social Demócrata que dirigía Hyndman. Este partido, a finales de 1884, sufrió una escisión que dió lugar a la Liga Socialista en la que figuraron William Morris y Eleanor Marx Aveling. En 1885, por si esto fuera poco, la Federación sufrió un notable descalabro en las elecciones legislativas. (65) Es probable que estas circunstancias contribuyeran a la anulación del congreso previsto y al que, por primera vez con carácter oficial, iba a concurrir una representación del PSOE.

Mientras se producían nuevos intentos de reorganización internacional, que fragarían pronto como tendremos oportunidad de constatar, los socialistas belgas, a los que con justicia corresponde uno de los principales lugares en la reconstrucción de la Internacional, sacaban a la luz su periódico: Le Peuple. Organo diario de la Democracia Socialista.

Su número inicial apareció el 13 de diciembre de 1885 y constituyó el primer ejemplo de un periódico diario de larga existencia en el contexto de los partidos socialistas europeos.

Los socialistas belgas, impulsores de los dos primeros Congresos Socialistas internacionales - Gante, 1877 y Coira, 1881- tras la disolución de la A.I.T., expresaban al poco tiempo de aparecer su diario cuales eran sus criterios sobre la Internacional:

"Tras un sueño de quince años, he aquí que la Internacional parece estar a punto de renacer.

El movimiento obrero socialista actual, que se produce simultáneamente en todos los países civilizados del mundo, presenta por doquier el mismo aspecto, experimenta las mismas necesidades.

La Internacionalización de la organización obrera se impone en todas partes. Ella debe salir de la crisis actual como el polluelo del huevo una vez concluido el período de incubación.

Ya no hay, en efecto, cuestión obrera belga, francesa, inglesa o italiana; hay la cuestión obrera, la misma en todos los países."

El editorial, tras extenderse en otras consideraciones, concluía:

"He aquí que hoy en todas partes se festeja la Internacional. El domingo en París, tras la manifestación realizada con ocasión del aniversario de Jules Vallés, se aclamaba la unión universal de los proletarios. En Londres, en Berlín, en Nueva York, en Copenhague, en Roma, en Madrid, en Bruselas, en todas

partes, en una palabra, el deseo y la voluntad son similares."

El "despertar" próximo de "la Internacional de los trabajadores" constituía el objetivo, y a la vez el colofón, de este editorial. (66)

Muy poco tiempo después, el PSOE conseguía también lanzar un semanario que, venciendo graves dificultades, se publicaría ininterrumpidamente, transformándose en diario el año 1913. Desde sus primeros números evidenció El Socialista su notable inclinación hacia el internacionalismo y la práctica de la solidaridad con las organizaciones afines del exterior. En el "prospecto" anunciador del semanario, aparecido a mediados de febrero de 1886, un largo editorial glosaba los tres propósitos fundamentales de la nueva publicación. El primero se refería a "la organización de la clase trabajadora en partido político distinto y opuesto a todos los de la burguesía". El segundo preconizaba su "especialísima atención al movimiento económico obrero". Es decir, a las actividades políticas y sindicales. El tercero, finalmente, recaía sobre el plano internacional: "... para fortalecer, para arraigar cuanto sea posible la educación revolucionaria de los trabajadores españoles, El Socialista se propone dar a conocer extensamente el estado del movimiento político y obrero de cada país y los progresos que haga en ellos el socialismo".

El primer número llevaba fecha del 12 de marzo de 1886 y en el mismo, con el título: Cartas de Francia, aparecía ya la primera colaboración desde París de José Mesa bajo la firma M. Éste sería, en gran medida, el artífice de la información internacional citada, así como de las reiteradas traducciones recogidas en el periódico. En este mismo número inicial se publicaba un artículo titulado Solidaridad internacional, en su segunda página. Recordaba el mismo la desaparición de la

Asociación Internacional de Trabajadores, hacía cerca de quince años, "en combate desigual con los poderes burgueses". A pesar del tiempo transcurrido, los trabajadores se agrupaban de nuevo bajo la misma bandera proclamando "idéntica aspiración: la nacionalización de todos los instrumentos de trabajo..." Pero ahora, a diferencia de entonces, "son los proletarios de cada nación" los que se han decidido "a transportar al terreno político el antagonismo irreconciliable que se manifiesta cada día más enérgico..." La conclusión del artículo constituía un auténtico canto internacionalista:

"En Alemania como en Francia, en Inglaterra como en los Estados Unidos, en Italia, en Dinamarca, en España, en Bélgica, en Portugal, los trabajadores se constituyen en partido político distinto y contrario de todos los partidos burgueses, en partido de clase, cuyo programa es idéntico en todos los países".

Como se ha expuesto reiteradamente por los estudiosos del tema, el semanario, a través de sus directrices políticas, sería un elemento básico a la hora de consolidar el partido y de promover su lento desarrollo.

El tercer número de la publicación recogía una carta de Engels, "nuestro correligionario y amigo" en palabras del traductor -verosimilmente Mesa- dirigida a la "Agglomeration parisiense del Partido Obrero Francés, con motivo del aniversario del 18 de marzo del 71", la Comuna. De la misiva, es interesante extraer un párrafo sustancioso que resume la opinión del dirigente alemán y, podríamos agregar, de gran parte de la socialdemocracia de su país sobre la Internacional. Decía así:

"Creían haber matado la Internacional, y a la hora

presente la unión internacional de los proletarios, la fraternidad entre los obreros revolucionarios de diversos países es mil veces más fuerte, más general, que lo había sido antes de la Commune. La Internacional no necesita ya una organización propiamente dicha: vive y crece por la cooperación espontánea y ardiente de los trabajadores de Europa y de América." (67)

El último párrafo es bastante ilustrativo sobre el pensamiento de Engels al respecto. Las leyes anti-socialistas de Bismarck, aún en vigor, prohibían cualquier vinculación o dependencia con organizaciones internacionales. La actitud de los representantes germanos en las reuniones internacionales se debatía, en este punto, entre el temor a las represalias gubernamentales del Canciller de Hierro y su natural propensión a la solidaridad con las organizaciones afines. A Engels, por otra parte, aún le pesaba extraordinariamente el final sobrevenido a la Iª Internacional, cuya sombra veía planear sobre los sucesivos intentos de reconstrucción. En definitiva, una actitud muy alejada de las pretensiones de los socialistas belgas, españoles y franceses, entre otros, en sus diferentes y a veces contrapuestas versiones.

La Conferencia de París de 1883 se había disuelto sin acordar una nueva convocatoria. Así pues, la iniciativa siguiente se produjo en 1886 y no fue ajena al sentimiento de solidaridad internacional suscitado por la trágica manifestación obrera de Chicago, el 1º de mayo de aquel año, reivindicando las ocho horas de jornada laboral. Los artífices de la convocatoria fueron los miembros del Comité de la Exposición Internacional Obrera, establecido con vistas al certamen universal de 1889, el cual, sorprendió con su generosa convocatoria -a partidos y sindicatos sin exclusión- a las diversas fracciones del socialismo galo. Además de éstas, concurrieron representantes de

las Trade Unions y de partidos socialistas y sindicatos belgas, suecos, austriacos, alemanes, húngaros y australianos. Tampoco en esta ocasión acudieron los españoles, sin que nos conste la razón.

La nueva Conferencia Obrera Internacional tuvo lugar en París entre el 23 y el 29 de agosto de 1886. En el transcurso de sus sesiones, el delegado socialdemócrata alemán Grimpe mantuvo un duro enfrentamiento con los representantes sindicales británicos, a los que vino a acusar de traidores a la causa obrera. John Burnett, delegado de las Trade Unions, le respondió que su organización "había hecho por los trabajadores ingleses mucho más de lo que la socialdemocracia había sabido hacer por los alemanes". (68)

Por primera vez se exteriorizaba otra de las dificultades que se opondrían a la reconstrucción de la Internacional, si bien, los cambios operados más adelante en la dirección y orientación de los sindicatos británicos permitirían su importantísima adscripción a la II Internacional.

Lo más destacable de este encuentro fueron los acuerdos alcanzados, aunque con la abstención británica. Mesa, en su crónica habitual titulada Carta de Francia, los reflejaba así en El Socialista:

- 1º La prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años.
- 2º Protección especial de los niños mayores de catorce y de las mujeres
- 3º Fijación en ocho horas de la jornadas de trabajo con un día de descanso por semana.

4º Prohibición del trabajo de noche, excepto en ciertos y determinados casos.

Los puntos 5º, 6º, 7º, 8º y 9º se referían a reclamaciones sobre temas de salubridad, higiene, responsabilidad patronal por accidentes, inspecciones de trabajo y regulación del mismo en las prisiones. El último apartado decía así:

10º Establecimiento de un minimum de salario en todos los países, que permita al obrero vivir dignamente y mantener a su familia (69)

A estos acuerdos, Leo Valiani agrega en su obra otros dos: "establecimiento de federaciones corporativas nacionales e internacionales y restablecimiento de la Asociación Internacional de los Trabajadores". (70) Mesa, en su crónica citada, se refería a este último acuerdo con estas palabras:

"...el terreno conquistado desde 1883 es inmenso, y todo cuanto hagan nuestros adversarios no podrá impedir que en el próximo Congreso Obrero Internacional, que se celebrará el año próximo -probablemente fuera de Francia- la Asociación Internacional de los Trabajadores quede constituida".

Lo cual, no coincide exactamente con lo recogido por G. Haupt y J. Verdés, así como por Leo Valiani, el cual indica que a propuesta de los posibilistas franceses Brousse y Lavaud se decidió que la Federación Socialista de Trabajadores (F.T.S.F.) organizara el congreso internacional de 1889, con ocasión de la Exposición de París. Esto fue lo que se acordó finalmente.

Conviene reseñar, antes de concluir este apartado, la asistencia de los belgas Louis Bertrand y Cesar de Paepe por el P.O.B., así como la de Edouard Anseele por la Federación de Sociedades Obreras de Gante. También, entre los franceses, además de los ya citados, concurrieron Allemane y André-Gély.

Tras la Iª Internacional, fue esta una Conferencia destacable por la amplitud y concreción de sus acuerdos, algunos de los cuales -jornada de 8 horas, salario mínimo-, no lo olvidemos, habían sido ya aprobados veinte años atrás por el primer Congreso de la A.I.T. en Ginebra (1866).

El punto referente al restablecimiento de la A.I.T., aunque votado favorablemente por el representante alemán, fue juzgado prematuro en su órgano de prensa, Der Sozialdemokrat, en congruencia con la postura germana sobre el particular. (71)

* * *

7. LA INTERNACIONAL EXISTE

La reclamación de la jornada laboral de ocho horas había sido una constante de los socialistas españoles desde las páginas de El Obrero de Barcelona y, más tarde, desde El Socialista de Madrid. (72) Poco después de concluida la Conferencia de París, 68 entidades catalanas relacionadas con el sindicato Las Tres Clases de Vapor suscribieron un llamamiento el 17 de septiembre de 1886 estableciendo una Comisión interina de las ocho horas. El Socialista acogió la idea con algunas indicaciones que, aceptadas

por los catalanes, desembocaron en una campaña auspiciada simultáneamente por los dos periódicos obreros. Un elevado número de entidades respondió al llamamiento, constituyendo una de las primeras campañas del nuevo semanario socialista con auténtica repercusión nacional. (73)

Al mismo tiempo que se gestaba la operación en octubre, El Socialista publicaba el trabajo de Lafargue sobre este tema y, a fines del mismo mes, se reproducía en extenso la proposición de Edmond Vaillant al municipio de París en la que, además de reclamar la jornada de "ocho horas diarias y cuarenta y ocho semanales", urgía la negociación de los Gobiernos tendente "al planteamiento de una legislación internacional del trabajo".(74)

El 19 de febrero de 1887 se celebró una fiesta internacional en París. Su finalidad fue protestar contra la guerra y contra el despotismo bismarckiano, apoyando al mismo tiempo las candidaturas socialistas a las elecciones en Alemania que se celebraban dos días más tarde. Los organizadores fueron tres organismos de emigrados alemanes en Francia, y otros tres de obreros emigrados escandinavos, polacos y rusos respectivamente, con la ayuda del P.O.F. Los socialistas españoles fueron invitados también y, al no poder enviar una delegación, hicieron llegar a los reunidos una carta de solidaridad "para protestar con toda su energía, con todas sus fuerzas, contra los que tratan de promover la guerra." (75)

En concreto se protestaba contra el armamentismo creciente en Europa, contra la agresión rusa a Bulgaria y contra las amenazas de Bismarck hacia Francia.

La importancia de la misiva radica, para nosotros, en la exposición que se hace en la misma de ferviente internacionalismo por parte de los socialistas españoles. En primer lugar, en cuanto a la solidaridad obrera internacional, el Comité madrileño que suscribía la carta se mostraba decidido a estrechar sus lazos

con los socialistas de los demás países, "haciendo al propio tiempo los más ardientes votos por la celebración de un Congreso universal." A continuación, y estimando que los objetivos del proletariado eran coincidentes en cuanto a su emancipación, "o sea la abolición de clases", daba un paso más allá en relación a la convocatoria congresual y proponía que en esta reunión, el proletariado "resuelva el modo de dar a todas sus fuerzas una dirección común que acelere cuanto sea posible el glorioso día de la Revolución social."

La convocatoria de una reunión "universal", la reconstrucción de la organización internacional y el logro de una dirección centralizada, fueron criterios muy arraigados en el seno del PSOE, que este partido trasladó a la que sería la IIª Internacional, cuando se constituyó este organismo. Tales propuestas chocaban -como ya vimos- con la situación de los socialistas germanos, ~~cuyas~~ leyes de excepción prevalecerán hasta 1890, así como con los partidarios de lograr una entidad plurinacional sobre la base del respeto máximo a la autonomía de las organizaciones participantes.

La aspiración a una organización internacional bajo una dirección común venía a ser un paso más en torno a las ideas expuestas poco antes, precisamente, en una carta de solidaridad a los socialistas parisinos con motivo del aniversario de la Comuna:

"...los avances obtenidos en la organización material de las masas obreras son inmensos: los socialistas organizados en pequeños grupos en los países donde estas ideas se han manifestado, ya no están aislados, ellos forman una vasta asociación que se extiende sobre todos los países llamados civilizados". (76)

La entente ya existía, se trataba de materializarla formalmente y dotarla, como antaño, de un órgano de dirección. Los socialistas españoles guardaban muy grata memoria del Consejo General de la A.I.T. pues, como se recordará, fue este organismo quién dotó de legitimidad a la Nueva Federación Madrileña al otorgarle su reconocimiento. Para otro sector del socialismo, por el contrario, el control creciente manifestado por el Consejo londinense y la presencia masiva de la socialdemocracia alemana, entre otras razones, les hicieron desconfiar de cualquier intento de dirección centralizada. De hecho, su inexistencia real será una de las críticas que, en su momento, lanzarán los comunistas hacia la IIª Internacional.

Los mensajes frecuentes de solidaridad, así como una abundantísima correspondencia con los partidos socialistas de Europa y Norteamérica ya existentes, que se reflejaba cada semana en las páginas de El Socialista, fueron acrecentando los sentimientos internacionalistas de los reducidos núcleos socialistas españoles. Unas expresiones en el Senado español, al discutirse el proyecto de ley de Asociaciones, vinieron a reafirmar estos postulados del PSOE y a concretarlos.

Thiers, tras la sangrienta represión de la Comuna, estableció el estado de sitio que perduró hasta el 4 de abril de 1876, y no sólo certificó el fin de la A.I.T. en Francia, sino incluso el del socialismo que, en parte, había inspirado el citado acontecimiento revolucionario.

La burguesía española, que no había experimentado hechos semejantes -el cantonalismo no revistió el carácter de una insurrección obrera, aunque contara con apoyos de este tipo, como vimos en el capítulo precedente- no llegó, con la legislación restrictiva de Cánovas, a expresar un pronóstico semejante. Sin embargo, durante la discusión de la ley de Asociaciones en abril de 1887 pudieron oírse, en cierta medida, los ecos del liberalismo doctrinario galo en la sala de plenarios del Senado

español.

El ministro de Gobernación, Sr. León y Castillo, sin tratar de emular al citado político francés, vaticinó que junto al organismo internacional había desaparecido también cualquier veleidad cosmopolita en el seno del socialismo. Su intervención parlamentaria venía a ser en el Senado una prolongación de la extensa discusión promovida en el Congreso de los Diputados el mes anterior. A lo largo de los debates de esta primera Ley de Asociaciones de nuestra historia legislativa, "el fantasma de la Internacional, ...estuvo presente implícita y explícitamente".
(77)

Sintiéndose aludido, el reducido partido socialista español se revolvió ante la citada referencia con un lacónico artículo de El Socialista titulado: La Internacional existe. En el mismo, y dada la imposibilidad material de demostrar la pervivencia formal de tal institución, lo que el PSOE conocía bien a través de los intentos reestructuradores que hemos señalado, se optó por defender la continuidad con argumentos muy próximos a los expresados por Engels.

El artículo, anónimo como era habitual en los primeros años del semanario obrero, aunque escrito por Pablo Iglesias, exponía ordenadamente las razones en las que se apoyaba la "existencia" de la Internacional. Eran estas "los puntos principales que hoy proclama el socialismo revolucionario":

- "...la emancipación de la clase trabajadora no puede conseguirse ni local ni nacionalmente, sino que ha de ser obra de un movimiento internacional".
- Para los partidos obreros "no existen fronteras". La "clase patronal y los gobiernos" son sus enemigos y "sus amigos, sus hermanos, los trabajadores

esclavizados por dicha clase".

- "...en toda lucha -económica o política- deben auxiliarse los trabajadores de todos los países..."
- "...el poder político a que aspiran..." los socialistas "...no puede ser una conquista parcial, sino general... que ha de alcanzarse en todos (los países) a la vez mediante una revolución internacional." (78)

También, en coherencia con los criterios del grupo español sobre como rehacer la Internacional, se incluía como aspiración general de los "Partidos Obreros" una propuesta que, en verdad, aún debía provocar amplios debates en el seno del socialismo internacional:

"Proclaman además que las fuerzas de todos ellos deben unirse estrechamente y moverse bajo una acción común".
(el subrayado es nuestro)

Tras esta extensa relación de principios, en los que a juicio de Pablo Iglesias coincidían todos los partidos socialistas ya existentes, el corolario que extraía el autor venía a demostrar la rotunda afirmación recogida en el título del artículo:

"Y si todo esto que proclaman los Partidos Obreros es lo mismo que proclamaba la Internacional, ¿puede negarse seriamente que ésta exista?"

Para tranquilidad de la minoría conservadora, que tanto se había agitado en el Parlamento español con motivo de esta Ley, así como también para el Gobierno "Liberal Democrático" de Sagasta que la propició, lo que realmente subsistía era la "esencia" de aquél organismo. Cuando dos años más tarde se reconstruyó en París la Internacional, todo contribuyó a diferenciarla notablemente de su antecesora. Su base eran ya partidos obreros con organización y programa muy similares.

El sufragio universal, aún persistiendo las adulteraciones expuestas más arriba, era un objetivo alcanzado, aunque exclusivamente para los hombres. La legislación social promovida desde los Gobiernos, por otra parte, era también una conquista sin precedentes que había logrado romper el tabú liberal que se oponía al intervencionismo del Estado en estas materias. Todas estas transformaciones fueron abriéndose paso de manera desigual en los diferentes países, lo que dio lugar también a enfoques y concepciones distintas por parte de las organizaciones obreras de cada uno de ellos.

* * *

8. EN LA RECTA FINAL. DE SWANSEA A LONDRES PASANDO POR SANKT-GALLEN.

A partir de la Conferencia Obrera de París, en agosto de 1886, las etapas hacia la creación de una segunda Internacional se sucederán con una velocidad inusitada.

Las Trade Unions británicas, hasta entonces simplemente invitadas a las citadas conferencias celebradas en la capital gala, pasarán en esta última etapa de antecedentes que estamos desarrollando a ocupar un papel protagonista. El mismo, se debió principalmente a la presión de sus propios afiliados, sobre todo los londinenses, pero también al juego de contrarios iniciado entre "posibilistas" y "guesdistas" en Francia. El apoyo que estos últimos iban consiguiendo entre los partidos obreros, no unánime pero sí de gran importancia, llevó a sus rivales de la FTSF a estrechar su alianza con los sindicatos británicos. Estos, por su parte, bajo la moderada dirección de Broadhurst, Burnett y Shipton, entre otros, se aproximaban más en sus planteamientos reformistas al partido de Brousse que al radicalismo del P.O.F., e incluso de la socialdemocracia alemana, como vimos.

En octubre de 1886 se celebró un Congreso nacional de corporaciones obreras francesas en Lyon. En el mismo, los guesdistas, encabezados por Gabriel Farjat y Jean Dormoy consiguieron la mayoría, cuyos delegados dieron lugar, a continuación, a la Federación Nacional de Sindicatos Obreros. Esta organización jugará también, en su línea, un importante papel en la convocatoria congresual de 1889. (79)

Entre el 5 y el 10 de septiembre de 1887 tuvo lugar en Swansea, País de Gales, el vigésimo Congreso nacional de las Trade Unions. Estuvieron representados 674.034 afiliados y en el transcurso de sus sesiones los planteamientos de la dirección se vieron notablemente desbordados por su izquierda.

La prensa socialista le prestó cierto interés. Así, el órgano del P.O.F. Le Socialiste, sin disimular su agrado, comentaba: "Excelentes cosas se han dicho en este vigésimo congreso, que podría suscribir nuestro socialismo continental".(80)

El Socialista, por su parte, recogió una extensa crónica, probablemente de un miembro de la Federación Social Democrática inglesa, en la que se resaltaba el aplastante acuerdo -155 delegados de 156-, favorable a crear "en Inglaterra un partido obrero distinto", es decir, diferenciado. (81) Así mismo, recogía la iniciativa de emprender "una enérgica campaña para la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas", y destacaba la pérdida de poder experimentada por Broadhurst y sus compañeros en la dirección. El espíritu de solidaridad con los trabajadores de otros países se manifestó, por primera vez, claramente mayoritario durante la reunión. A este respecto, el presidente de las sesiones, Bevan, retomó el acuerdo adoptado previamente por las Trade Unions en su Congreso de Hull (septiembre de 1886), sobre la próxima convocatoria en Londres de una nueva conferencia obrera internacional. A la misma, no obstante, se invitaría solamente a las organizaciones corporativas por el comité parlamentario encargado de organizar el acontecimiento, excluyendo con ello a los socialdemócratas alemanes. El Congreso debía tener lugar en la capital británica el año siguiente. Esta decisión fue bien acogida por los "posibilistas" franceses, ya que la celebración en 1888 de un Congreso exclusivamente corporativo no ensombrecía su proyecto de reunir el año siguiente en París otro de carácter obrero y socialista. (82)

Un mes más tarde, del 2 al 6 de octubre, el Partido Socialdemócrata alemán celebraba su Congreso. A causa de la legislación represora aún vigente, este tuvo lugar en el municipio suizo de Bruggen, en el cantón de Sankt-Gallen fronterizo con Alemania por el lago Constanza.

Con antelación, el semanario obrero español recogía en sus páginas, fielmente traducida y completa, la convocatoria con el orden del día de la citada reunión. En el texto, se omitía el lugar y la fecha para impedir las trabas del Gobierno alemán que, en alguna ocasión, había llegado incluso a provocar la salida de Zurich de la redacción del Der Sozialdemokrat, cuya plantilla hubo de buscar nuevo refugio en Londres.

El punto 5º de los temas a debatir, cuyo ponente era Bebel, decía así:

"Celebración de un Congreso internacional en el año próximo con objeto de acordar una acción general de los trabajadores de todos los Estados civilizados, encaminada a conseguir una legislación internacional favorable al trabajo". (83)

Burlando la vigilancia oficial asistieron 80 delegados, así como dos representantes socialistas de Londres y Victor Adler en nombre del partido austriaco. Las resoluciones se adoptaron por unanimidad y, en cuanto al punto 5º del orden del día, el Congreso acordó que se "encargase a los representantes del Partido que se pongan en relación con los Partidos obreros de los demás países y convoquen, de acuerdo con ellos, un Congreso obrero internacional para el otoño de 1888". El objetivo de tal reunión sería, como ya se expuso, elaborar "una legislación internacional protectora del trabajo". (84)

El lugar elegido para su celebración era Suiza. Como puede verse, la falta de entendimiento entre británicos y germanos daba lugar a una doble convocatoria -corporativa una, socialista y obrera la otra- con una finalidad extremadamente coincidente y dentro del mismo año 1888.

Para algún autor, la dificultad de celebrar un acto de esta envergadura, propiciado por los socialistas alemanes, era una "jugada...principalmente, de naturaleza táctica".(85) Sin embargo, como vamos a ver, la existencia de esta convocatoria, y su posterior retraso a 1889, propició que el Congreso inicial de la II Internacional se celebrara de manera separada al que en igual fecha y lugar tendrían los "posibilistas" y las Trade Unions, entre otras fuerzas allí representadas.

A finales de este mismo mes de octubre, el día 23, entraba en escena la Federación Nacional de Sindicatos obreros creada un año antes en Lyon. Sus dirigentes, afines al socialismo del P.O.F., aportaron planteamientos radicales al Congreso de Monluçon. En el mismo, se acordó "la formación, lo más rápida posible, de Uniones nacionales e internacionales de oficio" para sacar a los sindicatos "de su impotencia fatal". (86)

La tercera cuestión sometida al Congreso versaba sobre el siguiente tema: "De una legislación internacional del trabajo y del Congreso internacional del año próximo". El acuerdo alcanzado sobre esta materia por el Congreso decía así:

"(El Congreso) Reclama del Gobierno de la República francesa la apertura de negociaciones con las demás potencias, encaminadas a establecer una legislación internacional protectora de los trabajadores" (87)

No resultaba tan claro el texto relativo al "Congreso internacional del año próximo", pues si bien podemos deducir que se refería al certamen corporativo de Londres -de hecho la F.N.S.O. estuvo representada allí por Farjat- su contenido se parecía más a una declaración de principios:

"El Congreso opina que todas las organizaciones obreras están en el deber de tener una representación en los Congresos internacionales, e insiste por la abrogación inmediata de la Ley de 1872 contra la Asociación Internacional de los Trabajadores".

Los Congresos de Swansea, Sankt-Gallen y Montluçon cubren las etapas del largo recorrido rector de la organización internacional en 1887. Las actitudes y los objetivos radicales de los últimos congresos de la década anterior fueron cediendo su lugar a posturas y metas más próximas a las necesidades obreras y a sus posibilidades reales, si bien, ello no implicaba su aceptación por los Gobiernos burgueses de manera fácil y sencilla. La conquista del poder por los trabajadores seguirá constando en el Programa de los partidos obreros, bien de manera literal o expresando la necesidad imprescindible de la "emancipación de los trabajadores" a través de la "apropiación colectiva de los medios de producción". Las organizaciones socialistas nacientes en la década de los ochenta, con matices y leves diferencias en su redacción, recogen ineludiblemente en sus bases programáticas este objetivo, que, en el lenguaje de la época se considerará "programa máximo", es decir, a largo plazo. (88)

Las pretensiones revolucionarias de las organizaciones socialistas y anarquistas se estrellaron sistemáticamente contra la represión organizada desde el poder. No obstante, y sin que desapareciera lo anterior, algunos Estados como Francia y la Alemania de Bismarck fueron propiciando a fines del siglo XIX una legislación favorable a las clases trabajadoras. Con estas medidas se iniciaba lo que se ha venido denominando la política social y, con ella, dio comienzo el proceso de integración de las organizaciones obreras auspiciado por los sectores reformistas de las mismas. El Canciller de Hierro, que convino la prolongada proscripción de las organizaciones obreras socialistas con cierta

permisividad electoral que facilitó la existencia de diputados del S.P.D., promulgó entre 1883 y 1889 tres leyes relativas a los seguros de enfermedad, accidentes laborales y vejez, fijando la jubilación a los sesenta años.

Los objetivos de este gobernante, a través de estas medidas pioneras en su género, consistían en "apartar a las masas obreras de la influencia de la social-democracia y de los sindicatos, reconciliándolas con el Estado". (89) En términos pedestres, era la política "del palo y la zanahoria", que si bien obtuvo resultados en el segundo objetivo, se mostró totalmente contraproducente en cuanto a la neutralización del S.P.D., tal y como se demostró una vez derogadas las leyes restrictivas.

Estos acontecimientos, coincidentes en el tiempo con la delicada situación económica a la que nos referimos al principio de este capítulo, se produjeron paralelamente al nacimiento de las organizaciones obreras y a su progresiva asunción de responsabilidades en municipios, parlamentos y otros organismos públicos de representación. El análisis de estos datos, que no pretenden la exhaustividad, puede resultarnos válido para comprender las nuevas direcciones que fueron asumiendo las reivindicaciones obreras en las reuniones internacionales.

Estas reclamaciones, además, irán confluyendo en la década de los 80 del pasado siglo hacia objetivos similares, propiciados tanto por las organizaciones más radicales como por aquéllas orientadas por el "posibilismo" o por el reformismo gradual. Como ejemplo de lo expuesto puede valernos la exigencia unánime de una legislación internacional del trabajo. Apuntada en las sesiones de las Conferencias Obreras internacionales de París -en 1883 y 1886- se asume plenamente e incorpora a los objetivos de la socialdemocracia alemana en Sankt-Gallen y del sindicalismo "guesdista" de la Federación Nacional de Sindicatos francesa en Montluçon- ambas celebraciones en 1887-.

Las coincidencias en los objetivos no conllevaron, sin embargo, la consiguiente aproximación paralela de las respectivas organizaciones. Múltiples condicionamientos de diverso tipo, desde los históricos a los personales, hicieron que el movimiento obrero socialista de fines del siglo XIX atravesase aún algunas etapas bajo el signo de la división.

* * *

9. EL CONGRESO OBRERO INTERNACIONAL DE LONDRES (1888)

A la reunión de Londres intentaron acudir los socialistas alemanes. La resolución de Swansea no parecía poner impedimentos al carácter general de la convocatoria:

"El Congreso comprueba con gran satisfacción el incremento de relaciones cordiales entre los trabajadores de Gran Bretaña y los del continente y encarga al Comité parlamentario organizar un congreso internacional que deberá reunirse en Londres el próximo año (1888), con el objetivo de llevar a cabo una acción colectiva sobre las cuestiones que afectan directamente a los intereses de los trabajadores".
(90)

En el Comité parlamentario figuraban, entre otros, los dirigentes moderados del ala derecha de las Trade Unions,

Broadhurst y Shipton. El primero de ellos dió promesa a Kautsky de que serían invitados, incluso, los diputados socialdemócratas alemanes. Poco después se retractó de lo ofrecido, haciendo prevalecer el artículo 3º del reglamento de los congresos sindicales británicos, según el cual, "únicamente las sociedades de oficio pueden estar representadas", y aún más, "sólo pueden admitirse aquellos delegados cuyos gastos de viaje y estancia fueran pagados por la sociedad que les mandata". (91)

La interpretación estricta de estos artículos dejaba al margen a todos los partidos socialistas, por lo que su asistencia, caso de producirse, debería ser canalizada a través de organizaciones sindicales.

Un nuevo agravio entre alemanes e ingleses, bien entendido que entre sus dirigentes, venía a añadirse al roce que había tenido lugar, dos años atrás, en la Conferencia de París de 1886.

Los marxistas franceses, estrechamente relacionados con Engels y con la socialdemocracia alemana, recogieron a mediados de enero en su semanario, Le Socialiste, los detalles de este hecho bajo el expresivo título de, Un extraño Congreso. (92) Los españoles, además de su frecuente contacto epistolar con Francia, recibían puntualmente aquél periódico y la mayor parte de la prensa socialista, además de las informaciones directas procedentes de diversos países. Pablo Iglesias, por otra parte, había colaborado con el semanario galo en 1885 y 1886 a través de su serie de artículos, Carta de España (93)

Con fecha 1 de marzo, el grupo socialdemócrata del Reichstag alemán publicaba una circular rogando su reproducción en la prensa socialista de todos los países. El Socialista la recogía íntegramente en su número del 30 de dicho mes. Iba dirigida A nuestros correligionarios y a los obreros de todos los países, y la suscribían, entre otros, Bebel, Dietz, Frohme y Singer.

La circular relataba el acuerdo adoptado en el Congreso de Sankt-Gallen referente a la convocatoria -en 1888- de un Congreso Universal Internacional Obrero y los contactos con Broadhurst, ofreciéndose a suspender su llamamiento a cambio de tres condiciones:

- 1ª Que la invitación para el Congreso no se publique sólo en inglés y en francés (como había resuelto el Comité parlamentario), sino también en alemán.
- 2ª Que dicha invitación fuese lo bastante amplia para admitir en el Congreso representantes de todos los obreros alemanes y austriacos, a pesar de las leyes restrictivas de sus respectivos países que afecten al establecimiento de Asociaciones y al derecho de libre reunión, y a pesar de la legislación excepcional dirigida contra el socialismo.
- 3ª Que los representantes parlamentarios de los Partidos Obreros pudieran, como tales, asistir al Congreso en representación de su Partido. (94)

El texto, dejando traslucir una cierta dosis de orgullo, indicaba que "un Congreso internacional de obreros en que no estén representados los alemanes ni los austriacos no puede tener importancia alguna". Relataba los intentos de acuerdo y como, finalmente, Broadhurst en carta fechada el 25 de enero de 1888 había rechazado las propuestas alemanas. En consecuencia, se proponía a las organizaciones socialistas afines, "así como a las clases obreras de todos los países, que no concurrieran al Congreso que debe celebrarse en noviembre próximo por invitación del Comité parlamentario de las Trade's Unions inglesas". Como alternativa, pedía a estas entidades que "reserven sus fuerzas...

para que asista el mayor número posible al Congreso Universal Internacional Obrero convenido para el año 1889".

El párrafo final exponía su acuerdo con representantes obreros de otros países para convocar el citado Congreso, nombrando coordinador por su parte a W. Liebknecht.

Conviene señalar en relación con el texto analizado la existencia de lo que nos parece una calculada ambigüedad. En dos ocasiones se refiere a la cita en 1889, pero en ninguna de las dos se explicita el lugar de la reunión. En la primera referencia se menciona el Congreso "convenido para el año 1889", frase que apuntaría sin duda a la convocatoria de París surgida en la conferencia de 1886. En la segunda mención, por el contrario, se matiza claramente que se trata de una nueva y distinta invitación en un lugar que no se señala: "Nosotros hemos acordado, en unión de los representantes de las clases obreras de algunos países, (?) convocar un Congreso Internacional Obrero para 1889" (paréntesis con interrogante nuestro)

Como se desprende de esta circular, los alemanes habían decidido retrasar su convocatoria, que debía haber tenido lugar en Suiza en el otoño de 1888, al año siguiente, se supone que dentro de la cita prevista en París. A través de Lafargue -según propia confesión- habían recibido propuestas de los socialistas franceses para que admitieran este retraso. En julio, confirmó aquél a Engels que Liebknecht atendiendo su solicitud había aceptado retrasar un año su propuesta de Sankt-Gallen y celebrar el Congreso en París. (95) La primitiva iniciativa alemana se convertiría, tras este proceso, en una convocatoria paralela a la existente para 1889 en dicha capital.

La Federación Social Democrática británica, bajo el liderazgo del marxista Hyndman -mal avenido con Engels- deseosa de incrementar su penetración en las filas del gran sindicato británico, reaccionó rápidamente en contra del intento

aislacionista alemán. Con un intervalo de varios meses publicó dos circulares defendiendo la asistencia a Londres, al tiempo que desplegó una notable actividad propagandística.

La primera circular de la F.S.D. se redactó poco después de la germana, en el mismo mes de marzo, si bien El Socialista, por razones que ignoramos, la reprodujo el 4 de mayo. Iba dirigida: A nuestros compañeros los socialistas de todas las naciones y la suscribía el secretario de la organización H.W. Lee. (96)

El documento se hacía eco y contestaba a la circular alemana, deplorando no haber sido consultados antes de lanzarla. Rechazaba la actitud excluyente del Comité parlamentario británico, algunos de cuyos miembros "han hecho lo posible por impedir que se celebre un Congreso internacional de obreros". Se declaraban impulsores de la reunión londinense, y resumían así sus razones favorables a la concurrencia de los socialistas del continente:

"Desde hace muchos años venimos luchando para convertir a los unionistas ingleses al socialismo, y esperamos con impaciencia el próximo Congreso como la única oportunidad de llevar a cabo nuestro propósito."

La presencia de los delegados extranjeros, que como la de los miembros de la F.S.D. tendría que producirse a través de entidades sindicales, sería una eficaz ayuda para "vencer la resistencia reaccionaria que nos oponen algunos unionistas (miembros de las Trade Unions) de este país". (Paréntesis nuestro)

Situaciones e intereses diversos llevaron al pequeño partido británico a desarrollar una importante campaña con objetivos contrapuestos a los del poderoso organismo alemán.

Un miembro de la F.S.D. asistió como delegado al IV Congreso del Partido Obrero belga, que se celebró en Lieja los días 1 y 2 de abril. Leyó la circular y solicitó que fuera reproducida en la prensa obrera de aquél país, lo que fue aceptado por la asamblea. Así mismo, se acordó trasladar a las Sociedades obreras la decisión de enviar delegados a Londres, como de hecho se hizo.

Simultáneamente se trató sobre la convocatoria alemana para celebrar un Congreso en 1889, decidiéndose "que el Partido Obrero belga estuviese representado en él y que se le enviara un mensaje de simpatía". (97)

En agosto de ese mismo año celebró su primer Congreso, en Barcelona, el PSOE. Su resolución sobre el particular fue, como veremos en el capítulo siguiente, similar a la de los socialistas belgas. El partido socialista español acudiría a París secundando la iniciativa de sus correligionarios alemanes. Su alineación con estos, a los que admiraba, y con el P.O.F. de Guesde y Lafargue era un hecho. En aquellas mismas fechas, como muestra de lo expuesto, un editorial de El Socialista se refería al partido germano poniéndolo como ejemplo: "...la organización perfectísima adquirida en los países más importantes, como Alemania, se va extendiendo rápidamente a todos". (98)

Próxima la celebración del Congreso de Londres, el semanario del PSOE recogía una crónica de Gran Bretaña suscrita por A.S. Headingley. En la misma informaba de la celebración del 21º Congreso de las Trade Unions en Bradford, a donde había acudido una delegación francesa. Algunos de los acuerdos adoptados, como el referido a la nacionalización de las minas y del suelo, evidenciaban una notable inclinación hacia postulados socialistas que era impensable pocos años atrás. (99)

En octubre publicaba El Socialista la Segunda Circular de la Federación Democrático-Socialista de Londres, suscrita, como la anterior, por su secretario H.W. Lee. La misma, que insistía en

los argumentos de la anterior sobre la oportunidad de incidir sobre el sindicato británico, se dirigía a las organizaciones socialistas que no se habían manifestado en relación con el primer documento publicado en mayo. Para entonces, como vimos, los socialistas españoles ya habían tomado clara postura al respecto. En una nota tras la Circular, justificaban éstos su silencio de manera explícita:

"... por la razón de que creyendo más conveniente que el Partido Socialista Obrero español acudiese al Congreso internacional que la Democracia Socialista alemana ha propuesto celebrar en París el año 1889, no queríamos, sin embargo, influir en el ánimo de nuestros correligionarios para que no tomaran parte en el Congreso de Londres". (100)

Además de tan franca explicación, que ponía abiertamente de manifiesto su adscripción a uno de los bandos enfrentados, añadía que por premura de tiempo tampoco habrían tenido posibilidad de "reunir la crecida suma que los gastos del delegado a dicho Congreso hubieran ocasionado". Esta segunda razón, cuya veracidad tendremos ocasión de comprobar en seguida, la hacían extensiva a la recién creada Unión General de Trabajadores, invitada directamente por las Trade Unions. (101)

La circular británica, último intento de convencer a los remisos, anunciaba que cada nacionalidad tendría un voto y concluía su texto con una frase que parecía contestar a la arrogancia alemana:

"...las Trades Unions inglesas son las organizaciones obreras más poderosas, más antiguas, más ricas y mejor organizadas del mundo entero".

La reunión de Londres, que Haupt y Verdés denominan como Congreso Internacional Cooperativo, tuvo lugar entre los días 6 y 10 de noviembre de 1888. En el orden del día recogía cuatro puntos referidos, fundamentalmente, a dos temas:

- I Medios más eficaces para hacer desaparecer en el extranjero los obstáculos que dificultan la asociación libre de los trabajadores.
- II Mejores medios de relación entre los trabajadores de los diferentes países.
- III Medios de restringir la producción excesiva por la reducción de las horas de trabajo.
- IV Utilidad o no de la reducción de las horas de trabajo por la legislación prohibitiva (102)

Como era de esperar, la delegación más numerosa fue la británica -79 miembros- en la que figuraban tres tendencias; Broadhurst y Shipton por la tradicional o conservadora, Keir Hardie por el sindicalismo clasista y John Burns con Tom Mann defensores de la organización en partido político de ideología socialista.

La delegación francesa -22 miembros- era en su mayoría posibilista; André-Gely, Lavy, Keufer, salvo contadas excepciones entre las que destacaremos la del sindicalista "guesdista" Farjat. Un italiano, Lazzari, del partido obrero, y 13 holandeses, 10 belgas y 2 daneses, "arrastrados" por los razonamientos de la Federación Social Democrática -según Haupt y Verdés- cerraban la concurrencia de esta asamblea obrera.

De las sesiones dió El Socialista una amplia información, reconociendo que había "sido un triunfo para las ideas socialistas". Señalaba la rivalidad de la mayor parte de los delegados con la vieja dirección sindical británica y ponía énfasis en los acuerdos obtenidos. De los mismos destacaba singularmente los referidos a los siguientes temas:

- Necesidad de que "los trabajadores organizados se constituyan en partido de clase, opuesto a todos los demás partidos políticos." (Propuesto por el "posibilista" André-Gély y aprobado por todas las naciones presentes salvo Gran Bretaña)
- Adopción por los partidos obreros en sus Programas de "la supresión de cuantas leyes impidan o dificulten los derechos de asociación y reunión nacionales e internacionales de los trabajadores". (Propuesto y defendido por el minero Keir Hardie)
- Necesidad de limitar la jornada de trabajo, con un máximo de ocho horas diarias, reclamando la intervención del Estado. (Propuesta por los británicos Parnell y Sas, defendida también por T. Mann y J. Burns).

El socialista belga Anseele exigió "impetuosamente" explicaciones al presidente del Congreso, Shipton, sobre las notables ausencias a la reunión. En su última sesión, la británica Simcox y el francés Keufer lograron que se aprobara por unanimidad la siguiente propuesta:

"El Congreso manifiesta su disgusto por la ausencia en

él de delegados de las organizaciones obreras de Alemania, Austria y Rusia..."

El mismo delegado belga citado "expresó su alegría por ver renacer a la Internacional". Como muestra de solidaridad entre los trabajadores de todos los países, propuso que el 1º de mayo de 1890 fuese declarado fiesta obrera, igual que se había decidido en Norteamérica.

Varios temas, como "la organización internacional que ha de unir entre sí a los diversos Comités nacionales" que debía elegir cada partido obrero, y el referido a "la fijación de un salario mínimo", vieron relegada su resolución al "Congreso internacional que ha de celebrarse en París en 1889, conforme a lo expresado en la Conferencia Internacional de París de 1886". (103)

Los socialistas españoles, aunque conocedores de la existencia de una doble convocatoria congresual para el año siguiente, se referían siempre al comentar la reunión de Londres a una sola cita en París. Las referencias constaban siempre en singular: "en el próximo Congreso socialista internacional de París creemos que las huestes revolucionarias se darán una organización robusta...". Es de suponer, por lo expuesto, que dado que no ignoraban la rivalidad existente, su esperanza en la confluencia de ambas iniciativas -como también evidenciaron belgas, daneses e italianos, entre otros -se daba por hecha.

Muy pronto, la convocatoria simultánea de dos Congresos demostró que las animosidades expuestas, así como sobre todo la rivalidad entre las distintas organizaciones socialistas francesas, impediría la unidad que, finalmente, se alcanzó en el IIº Congreso de la nueva Internacional obrera.

Con las resoluciones adoptadas en los últimos encuentros nacionales e internacionales, a los que nos hemos referido, se

configuró prácticamente el Orden del Día del que sería Congreso fundacional de la II Internacional, así como el de la reunión paralela, que vino en denominarse Congreso posibilista para diferenciarlo del anterior.

Los datos recogidos en este amplio capítulo nos dan las claves de algunos hechos posteriores. La pugna entre las grandes organizaciones, que tuvo su continuación en los Congresos de la IIª Internacional entre alemanes y franceses, especialmente, puede mostrar como antecedente el indudable afán de liderazgo que motivó la actitud de ingleses y alemanes ante la convención de Londres.

En la correspondencia de Engels con el matrimonio Lafargue, que venimos citando reiteradamente, la inclinación del viejo internacionalista hacia sus compatriotas es evidente. Bien es verdad que su carácter de adelantados en el campo de la organización obrera en partido político, así como su extraordinario desarrollo -que doce años de legislación represiva no pudieron frenar- justificaban en parte esta aspiración de predominio.

Los belgas, por su lado, autores indiscutibles de las primeras convocatorias internacionales tras el ocaso de la A.I.T. -e impulsores y participantes asiduos de todas las reuniones habidas con esta finalidad- así como también artífices de un poderoso movimiento asociativo, tenían más que justificado su deseo de ocupar un destacado lugar en el seno de la nueva Internacional obrera. En el momento que lograron llevar su segundo Congreso a Bruselas, algunas voces desde Francia mostraron cierto malestar, pero cuando a comienzos del siglo XX se estableció con carácter permanente el Buró Socialista Internacional, la designación de su sede en la capital belga fue prácticamente unánime.

Finalmente, la reducida dimensión del PSOE, así como su

bisoñez, hacen en ocasiones que no se preste la debida atención a su vertiente internacionalista. Los datos aportados, por el contrario, dejan bien a las claras la extraordinaria importancia que para el naciente socialismo español tuvo el contexto internacional en el que se movía. Todos los contactos y actividades venían a ser para ellos prolongación de lo iniciado en el seno de la A.I.T. No es de extrañar, por tanto, que cuando se celebró el primer congreso del PSOE en Barcelona estos temas se lleváran ya muy perfilados. Con estos antecedentes, su actitud ante la convocatoria congresual de París para 1889 quedaba claramente determinada.

Las relaciones internacionales del socialismo español, en los años inmediatos a la creación de la II Internacional, podemos decir que habían superado ya una primera fase caracterizada por el contacto personal para iniciar de manera institucional su vinculación con el exterior.

NOTAS AL CAPÍTULO V

- (1) José María JOVER. Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea. Ateneo. Madrid, 1952 p. 43
- (2) Ver sobre este aspecto la bibliografía citada en el capítulo anterior, en especial S. CASTILLO y J.J. CASTILLO. "José Mesa Leompart (1831-1904) y el socialismo español. Notas para una biografía". Revista de Estudios Sociales, nº 14/15 Madrid, 1975
Sobre la presencia de Mesa en Francia desde 1874, ver J.L. GUEREÑA. "Un socialiste espagnol en France: José Mesa et L'Egalité de Jules Guesde." En Travaux de L'Institut d'etudes hispaniques et portugaises de l'Université de Tours. Tours, 1979 pp. 103 a 122
- (3) Leandro PRADOS DE LA ESCOSURA. De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930). Alianza ed. Madrid, 1988 pp. 64, 65, 130 y 168
- (4) E. J. HOBSBAWM. La Era del Imperio (1875-1914) Labor. Barcelona, 1989 pp. 50 y 51
- (5) Arno J. MAYER. La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra. Alianza ed. Madrid, 1984 p. 39 J.A. LACOMBA ABELLAN ed. al. Historia contemporánea. De las revoluciones burguesas a 1914. Alhambra. Madrid, 1982 p. 270
- (6) Michel RICHONNIER. Las Metamorfosis de Europa Espasa-Calpe. Madrid, 1986 pp. 46-47
- (7) HOBSBAWM op. cit. p. 52
- (8) A. J. MAYER. op. cit. p. 20
- (9) LACOMBA ABELLÁN ed. al. op. cit. p. 270
- (10) HOBSBAWM op. cit. pp. 53-54
- (11) Ibídem, p. 59
- (12) A. J. MAYER. op. cit. pp. 74-75 y Anuario estadístico de España. Año II. Madrid, 1916 p. 17
- (13) Elías DÍAZ. Estado de Derecho y Sociedad Democrática. Cuadernos para el Diálogo. 2ª edición Madrid, 1966
- (14) HOBSBAWM. op. cit. p. 86
- (15) Elías DÍAZ. op. cit. p. 25

- (16) Luis DIEZ DEL CORRAL. El liberalismo doctrinario. I.E.P. Madrid, 1945 pp. 593-594
- (17) HOBSBAWM. op. cit. Las citas sobre alteración del sufragio pp. 87-88. La correspondiente a la política de electoralismo de masas, p. 102
- (18) Georges HAUPT. "Histoire de l'Internationale Socialiste ou Histoire Internationale du Socialisme?" Le Mouvement Social nº 41, octubre-diciembre de 1962, Paris p. 22
- (19) Leo VALIANI. "Dalla I alla II Internazionale" En su libro Questioni di storia del socialismo. Giulio Einaudi. Milán 1958 p. 174. Se trata a nuestro juicio del estudio más riguroso y concienzudo sobre la actividad internacional del movimiento obrero en el periodo transcurrido entre las dos Internacionales. (El texto de Engels sobre el Segundo Imperio está recogido en carta a Sorge del 12/17 de septiembre de 1874. Ver n. 25)
- (20) S. CASTILLO y J.J. CASTILLO. "José Mesa ..." p. 81
- (21) La naissance du Parti ouvrier français. Correspondance inédite... réunie par Emile BOTTIGELLI. (Presentada y anotada por Claude WILLARD). Ed. Sociales. Paris, 1981 p. 31
- (22) Jean Louis GUEREÑA. "Un socialiste espagnol..." p. 113
- (23) VALIANI, op. cit. p. 179
- (24) Jean LONGUET. Le mouvement socialiste international. (Encyclopédie Socialiste, Syndicale et Cooperative de l'Internationale Ouvrière) A. Quillet. Paris, 1913 p. 15. Las citas posteriores de este "llamamiento" también están tomadas de esta misma obra.
- (25) Carta de Engels a F. A. Sorge (Londres 12-17 de septiembre de 1874) En MARX-ENGELS. Obras escogidas. Progreso. Moscú, 1966 Tomo II, p. 482
- (26) José MESA. "Apuntes sobre las teorías, carácter y obra de Carlos Marx." En la obra de MARX, Miseria de la filosofía. Trad. de José Mesa. Establ. tipo. de Ricardo Fé. Madrid, 1891 p. LII
- (27) VALIANI, op. cit. pp. 182, 188 y 189. También en la obra de Georges HAUPT y Jeannine VERDES. "De la Première à la Deuxième Internationale. Les actes des Congrès internationaux, 1877-1888: repertoire". En la revista, Le Mouvement Social, nº 51 Abril-Junio, 1965 Paris, pp. 118-119. Acudieron a este certamen futuros dirigentes de la II Internacional como W. Liebknecht, H. Greulich, C. de

- Paepe y E. Anseele, así como los anarquistas J. Guillaume y P. Kropotkin entre otros. Por parte española acudieron, según L. Valiani "Los andaluces ingeniero Soriano y doctor Viñas" (op. cit. p. 183) Según las actas que reproducen Haupt y Verdés fueron; "Rodríguez (pseudónimo de Soriano) y Mendoza (pseudónimo de Morago)" (op. cit. p. 118)
- (28) El texto completo de todas las resoluciones públicas y privadas en L'Egalité, nº 1 Meaux, 18 de noviembre de 1877 pp. 5 y 6
- (29) Las referencias sobre este frustrado Congreso en VALIANI. op. cit. pp. 190-194 y HAUPT-VERDES op. cit. pp. 119-121
- (30) Juan José MORATO. El Partido Socialista Obrero. Biblioteca Nueva. Madrid (1918) pp. 32-33
- (31) Todas las referencias al acta fundacional están tomadas de su reproducción en el libro de Victor Manuel ARBELOA, Orígenes del Partido Socialista obrero español (1873-1880). Zero. Madrid, 1972 pp. 81 y 82
- (32) Juan José MORATO. Historia de la Sección española de la Internacional (1868-1874). Gráfica Socialista. Madrid, (1930) p. 149
- (33) La correspondencia entre Engels y Mesa en lo concerniente a la creación del partido obrero en 1873, se cita en la obra de Max NETTLAU, Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España. La Protesta. Buenos Aires, 1930 pp. 184 y 185
- (34) Pablo IGLESIAS. "Apuntes falsos. Pablo Lafargue". Artículo publicado en El Obrero de Barcelona, el 12-IX-1884. En la recopilación de obras de Pablo IGLESIAS. Escritos y discursos. Antología crítica, selección de E. MORAL. Salvora. Santiago de Compostela, 1984 p. 80
- (35) Ibídem, "Apuntes falsos. ¿Quiénes son los inconsecuentes?" (El Obrero, 26-IX-1884) Escritos y discursos p. 83
- (36) Carta de José Mesa a Paul Lafargue. (9 de junio de 1879) En la obra ya citada La naissance du Parti... pp. 51 y 52
- (37) "Acta de la sesión celebrada por el Grupo madrileño el día 20 de julio de 1879." En el libro, Ciencia y proletariado. Escritos escogidos de Jaime Vera. Prólogo y selección de Juan José CASTILLO, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973, pp. 63 a 68. Todas las citas del texto corresponden a esta referencia bibliográfica.
- (38) La correspondencia entre Engels e Iglesias, cruzada entre mayo de 1891 y abril de 1895, en la recopilación ya citada,

- P. IGLESIAS. Escritos y discursos... pp. 544 a 567. De la mantenida con José Mesa y Paul Lafargue, desgraciadamente, no nos consta se haya conservado hasta el presente.
- (39) Ver al respecto, J.L. GUEREÑA. "Un socialiste espagnol..." pp. 112 y 113
- (40) Claude WILLARD. Les guesdistes. Le mouvement socialiste en France (1893-1905) Eds. Sociales. París, 1965 pp. 15 y 16 y La naissance... pp. 16 y 17
- (41) Daniel LIGOU. Histoire du Socialisme en France. 1871-1961. P.U.F. París, 1962 p. 36
- (42) Historia general del socialismo. Vol. II De 1875 a 1918. Bajo la dirección de Jacques DROZ (El capítulo sobre el Congreso de Marsella que hemos citado es obra de Madeleine REBERIOUX) Destino. Barcelona, 1979 p. 152
- (43) La naissance... p. 68 Carta de José Mesa a Paul Lafargue de fecha 10 de febrero de 1880.
- (44) Boletín de Legislación y Jurisprudencia, año 1881. Tomo I p. 506 (Tomado de la obra de Manuel R. ALARCON CARACUEL. El derecho de asociación obrera en España (1839-1900) Eds. de la Revista de Trabajo. Madrid, 1975 p. 257
- (45) El texto de la defensa de P. Iglesias se contiene en la carta dirigida al "Compañero director de El Obrero" publicada por este semanario, en su número del 30 de septiembre de 1881. Todas las citas de Iglesias al respecto, están extraídas de esta carta.
- (46) J. J. MORATO. El Partido Socialista... p. 121
- (47) El Obrero. 18 de noviembre de 1881
- (48) Carta de J. Mesa a P. Lafargue de fecha 18 de octubre de 1881. En La naissance... op. cit. p. 141
- (49) VALIANI. op. cit. pp. 194-195. En carta de Marx al socialista holandés Domela Nieuwenhuis, de 27 de febrero de 1881, sobre el programa del Congreso y, sobre todo, refiriéndose a la posibilidad de que los socialistas llegaran al poder, le manifestaba "que el Congreso podía resultar inútil e incluso nocivo, no estando todavía madura la posibilidad de reconstruir la Internacional" p. 195 y nota nº 59 de esta misma obra citada.
- (50) Miquel IZARD. Revolució industrial i obrerisme. Les "Tres classes de vapor" a Catalunya. (1869-1913). Ariel Barcelona, 1970. En su página 77, refiriéndose a cargos importantes del sindicato Las Tres clases de vapor,

propietario y titular del semanario El Obrero, dice: "A partir de 1881 la filiación de estos hombres a la tendencia marxista se hace de una manera clara y rotunda".

- (51) El Obrero. 22 de abril de 1881 p. 2 "Revista de Exterior. Bélgica".
- (52) EL Obrero. 20 de mayo y 3 de junio de 1881, (pp. 2 y 1 respectivamente) "Una asamblea popular. En Zurich". En la reseña, se recogen las críticas de Bebel a la posible prohibición del Congreso a causa del atentado mortal contra el Zar Alejandro II.
- (53) HAUPT-VERDES op. cit. p. 121 y 122 VALIANI op. cit. p. 195
- (54) VALIANI op. cit. p. 209. La frase es de L. Valiani.
- (55) VALIANI op. cit. p. 211 (Las conclusiones que se insertan en el texto a continuación, también están extraídas de la misma cita).
 Todos los sectores obreros desde los militantes a los dirigentes, próximos a Marx y Engels, insistieron reiteradamente sobre este punto hasta que los partidos de clase fueron una realidad. Así, en esas mismas fechas, escribía Lafargue a Guesde: "La Internacional ha jugado un gran papel, ha imprimido un movimiento a la clase obrera; tenemos que rehacer la Internacional. Pero en lugar de proceder como bajo el Imperio, por una acción internacional, debemos actuar a través de organizaciones nacionales, que, cuando sean suficientemente fuertes..." (HAUPT-VERDES op. cit. p. 115) La carta está fechada en julio de 1881.
- (56) El Obrero. Nº 51 18 de Noviembre de 1881 p. 1
- (57) EL Obrero Nº 89 11 de agosto de 1882 p. 1 "Programa del Partido Democrático Socialista Obrero Español". En el punto 1º transcribe "posición" en lugar de "posesión". Todos los Programas del PSOE hasta 1888 pueden consultarse en el Apéndice de la obra de Santiago CASTILLO. Historia del Socialismo español. Conjunto editorial. Barcelona. 1989, Tomo I pp. 319 a 350
- (58) LIGOU op. cit. p. 50
- (59) El Obrero Nº 89 11 de agosto de 1882 p. 1. Sobre el pensamiento de J. Pamias respecto a la relación del partido obrero con los sindicatos (asociaciones de trabajo) ver su artículo: "Empezamos a entendernos" (El Obrero nº 159 del 7 de diciembre de 1883 p. 1ª)
- (60) IZARD op. cit. p. 95

- (61) VALIANI op. cit. pp. 213-215 y HAUPT-VERDES op. cit. p. 123
- (62) El Obrero Nº 140 11 de julio de 1884 "El Congreso obrero de Roubaix" pp. 2 y 3
- (63) El Obrero Nº 197 29 de agosto de 1884 "Correspondencias" p. 3
- (64) El Obrero Nº 199 12 de septiembre de 1884 "Reunión del Partido Socialista Obrero". p. 1
- (65) Historia general del socialismo. op. cit. tomo II p. 362
- (66) Le Peuple Nº 51 20 de febrero de 1886 Editorial: "L'Internationale"
- (67) El Socialista Nº 3 26 de marzo de 1886. "Una carta de Engels". El semanario obrero español reprodujo desde su fundación un considerable número de artículos, informaciones, biografías, etc. procedentes de la prensa socialista francesa. En unas ocasiones se traducían en nuestro país directamente, otras eran enviadas por Mesa desde París. De una u otra forma, no siempre se indicaba la procedencia. (Sobre el particular ver S. CASTILLO: "La influencia de la prensa obrera francesa en El Socialista: (1886-1890). Datos para su estudio". Revista de Trabajo. nº 56 Madrid, 1976 pp. 87 a 136)
- (68) VALIANI op. cit. p. 218 El texto corresponde a Valiani
- (69) El Socialista 10 de septiembre de 1886 "Carta de Francia". La influencia de los "guesdistas" del P.O.F. en esta Conferencia fue notable. Como prueba conviene tener en cuenta la extraordinaria coincidencia de los acuerdos adoptados con las propuestas enviadas por los diputados socialistas franceses a sus colegas obreros ingleses, con ocasión de su elección algunos meses atrás. (Le Socialiste. Nº 28 6 de marzo de 1886 "L'Internationale". p. 2)
- (70) VALIANI op. cit. p. 219
- (71) VALIANI op. cit. p. 219
- (72) El Obrero nº 209 21 de noviembre de 1884 "La jornada de ocho horas". p. 1 y El Socialista, 11 de junio de 1886, "Ocho horas de trabajo". Editorial, p. 1
- (73) El Socialista. Nº 30 1 de octubre de 1886. Ed. "La jornada de ocho horas" y "La Comisión interina de las ocho horas". El Socialista, 26 de noviembre de 1886. "La jornada legal de ocho horas". Y El Obrero. Nº 321 14 de enero de 1887 "La jornada legal de ocho horas".

- (74) El Socialista. 29 de octubre de 1886 La proposición de E. Vaillant al Municipio de París figura fechada el 11 de marzo de 1885.
- (75) El Socialista. 25 de febrero de 1887 "Fiesta internacional en París" p. 2 También se reprodujo, en versión reducida, en Le Socialiste. nº 79 26 de febrero de 1887 "La fête internationale". p. 4 La carta tiene fecha de 16 de febrero de 1887 y la suscribe "por el Comité madrileño", Juan Gómez Crespo.
- (76) Le Socialiste nº 31 27 de marzo de 1886 "Anniversaire international du dix-huit mars. Espagne". p. 2
- (77) ALARCON CARACUEL op. cit. p. 265. Incluye una extensa referencia sobre la "presencia" de la Internacional en los debates sobre la Ley de Asociaciones en el Congreso de los Diputados. pp. 265 a 269.
- (78) El Socialista. 22 de abril de 1887 "La Internacional existe". pp. 1 y 2. La atribución del artículo a Pablo Iglesias en la antología realizada por su ahijado Juan ALMELA MELIA, Reformismo social y lucha de clases. Leviatán. Madrid, (1935) pp. 183 a 186. Pablo Iglesias, en su antología Propaganda socialista, editada en 1919 no incluyó este trabajo.
- (79) VALIANI op. cit. 220
- (80) Le Socialiste. 1 de octubre de 1887 "Le Congrès de Swansea". 1ª pág.
- (81) El Socialista. 4 de noviembre de 1887 "El Vigésimo Congreso de las Trade's Unions Inglesas". pp. 2 y 3
- (82) VALIANI op. cit. p. 223 El texto del acuerdo de Swansea decía así: "El congreso comprueba con mucha satisfacción el crecimiento de cordiales relaciones entre los trabajadores de Gran Bretaña y los del continente. Encarga al comité parlamentario organizar un congreso internacional que deberá reunirse en Londres, el próximo año (1888), con objeto de realizar una acción colectiva sobre las cuestiones que atañen directamente a los intereses de los trabajadores." (Le Socialiste. 14 de enero de 1888 "Un drole de Congrès". 1ª pág.)
- (83) El Socialista. 16 de septiembre de 1887 "El Congreso Socialista Alemán".
- (84) El Socialista 21 de octubre de 1887 "El Congreso Socialista Alemán".
- (85) VALIANI op. cit. p. 222

- (86) El Socialista. 4 de noviembre de 1887 "Carta de Francia".
- (87) El Socialista. 18 de noviembre de 1887 "Carta de Francia".
- (88) El Socialista. 23 de julio de 1886 "Aspiración común", editorial 1ª pág. Recoge párrafos de los Programas correspondientes a las organizaciones socialistas portuguesa, francesa, suiza, alemana, danesa, polaca, húngara, belga, holandesa italiana, inglesa, norteamericana y, finalmente, española. El corolario del artículo se resume al final con estas palabras: "...dada esta conformidad absoluta en el propósito y en el medio de realizarlo, y las huestes cada vez mayores que se alistan en nuestras banderas, ¿Quién puede dudar que estamos abocados al triunfo del socialismo?"
- (89) Historia general del Socialismo. op. cit. Tomo II p. 29
- (90) Las discrepancias germano-británicas y su exclusión del Congreso de Londres en VALIANI op. cit. p. 223 y en Le Socialiste, 14 de enero de 1888. "Un drole de Congrès". p. 1 El texto del acuerdo de Swansea está recogido de este artículo de prensa.
- (91) Le Socialiste. 14 de enero de 1888 "Un drole..." p. 1 última columna.
- (92) Ibídem.
- (93) Esta serie constituida por cinco artículos, está recogida y traducida al castellano por Santiago CASTILLO en la antología de Pablo IGLESIAS, Escritos. Reformismo social y lucha de clases y otros textos. Tomo I Ayuso. Madrid, 1975 (Edición a cargo del citado y de Manuel PEREZ LEDESMA) pp. 41 a 52
- (94) El Socialista. 30 de marzo de 1888. "Documento importante". p. 2
- (95) Pese a que el retraso del Congreso Internacional, acordado en Sankt-Gallen para 1888, parece confirmado por dos veces en esta circular de 1 de marzo de aquél año, las cartas de Lafargue a W. Liebknecht trasladándole esta petición tienen fecha posterior. HAUPT y VERDES se refieren a una misiva de fecha 27 de abril de 1888 (op. cit. p. 125 nota 8) Aún más tardía es otra carta de Lafargue a Engels en la que le dice al respecto: "he recibido una carta de Liebknecht, el cual, siguiendo mis consejos, ha abandonado su idea de celebrar este año el congreso, y propone celebrarlo el 89 en París". (F. ENGELS-Paul et Laura LAFARGUE. Correspondance. Edición de Emile BOTTIGELLI. Eds. Sociales. París, 1956-1959 3 vols. La cita en carta del 25 de julio de 1888 Tomo II p. 158. En nota 3 de esta misma página se

indica que Liebknecht había pedido a Engels su parecer sobre este tema el 4 de abril, recibiendo respuesta el 16 del mismo mes.)

- (96) El Socialista. 4 de mayo de 1888 "A nuestros compañeros los socialistas de todas las naciones"
- (97) El Socialista. 27 de abril de 1888 "El Congreso socialista belga".
- (98) El Socialista. 28 de septiembre de 1888 "Una mala excusa". La admiración española por el socialismo alemán tenía muchos años de existencia. En 1883, Mesa, en nombre del PSOE le testimoniaba su "dolor" por la muerte de Marx "que es el maestro de todos nosotros". En 1884, el grupo socialista de Madrid felicitó al partido alemán por sus resultados en las elecciones generales, los cuales eran también un triunfo propio puesto que: "Hace ya tiempo que dejaron de existir las fronteras para los trabajadores". Expuesta esta visión ideal, manifestaban el deseo de seguir su ejemplo, ya que los socialistas alemanes "constituís hoy la vanguardia del proletariado consciente" (Ambas referencias en P. RIBAS: "Las relaciones entre el socialismo alemán y el español". Revista de Historia Social. nº 8-9 Madrid, 1979 pp. 228-229).
- (99) El Socialista. 28 de septiembre de 1888. "Carta de Inglaterra"
- (100) El Socialista. 19 de octubre de 1888 "Segunda circular de la Federación Democrático-Socialista de Londres". La contestación del partido español en nota 2 a la citada circular.
- (101). En el acta del Comité Nacional de la UGT, fechada en Barcelona el 31 de octubre de 1888, se recoge lo siguiente: "El compañero Quejido da lectura de una comunicación referente al congreso internacional parlamentario que celebran los trades "Uniones" de Londres, invitando a tomar parte a todas las organizaciones que lo crean conveniente". (sic.) No se tomó decisión alguna y en la siguiente sesión -3 de noviembre de 1888- se acordó contestar "por escrito o bien por un suelto de un periódico". Actas de la UGT de España. Barcelona, 1977 Tomo I, pp. 31-32
- (102) HAUPT y VERDES. Op. cit. pp. 125-126 y El Socialista 30 de noviembre de 1888. "El Congreso internacional de las Trades Unions"
- (103) Las referencias están tomadas de El Socialista, en sus números del 23 de noviembre de 1888 (Congreso de Londres) y del 30 de noviembre de 1888 (El Congreso internacional de

las Trades Unions) La cita de Anseele sobre el 1º de mayo en VALIANI, op. cit. p. 225. El Socialista, en el segundo de los informes citados, se refiere al "primer domingo de mayo". Esta misma crónica, indica que la representación británica constaba de 66 delegados y los 11 miembros del Comité parlamentario. La delegación francesa la reduce a 16 miembros, coincidiendo con Haupt y Verdés en el número de las demás.

También El Obrero de Barcelona, el 11 de enero de 1889 -nº 424- ofreció información bajo la rúbrica: "Acuerdos tomados por el último Congreso obrero internacional".

CAPÍTULO VI

CAPITULO VIEL SOCIALISMO ESPAÑOL Y LA GÉNESIS DE LA II INTERNACIONAL

El capítulo anterior concluía en noviembre de 1888 con el Congreso de Londres. En el mismo, se ratificó la iniciativa asumida por la Conferencia de París de 1886 relativa a la celebración de una magna reunión internacional, en la capital francesa, coincidiendo con la Exposición Universal de 1889. La Federación de Trabajadores Socialistas franceses, como mantenedora de la idea, así como por su alianza tácita con las Trade Unions británicas, fue la encargada de organizar el encuentro. Era también, por otra parte, la entidad socialista más importante de su país en el momento. El Partido Obrero francés de Guesde, Lafargue y Deville, así como el socialismo blanquista de Vaillant constituían núcleos con relevante arraigo, sobre todo en el norte de Francia, pero globalmente inferiores, de forma destacada en la propia capital donde debía celebrarse la asamblea internacional.

Los alemanes por su parte habían accedido a la pretensión del partido marxista francés para retrasar su convocatoria congresual. El coordinador de la misma, Liebknecht, mantuvo abundantísima correspondencia no sólo con Engels y Lafargue, sino también, como veremos, con los dirigentes de la Federación Nacional de Sindicatos próxima al partido de Guesde. Así como el retraso de la reunión había sido asumido públicamente por el SPD desde su circular de marzo de 1888, la ubicación definitiva en París y, más aún, la confirmación de una doble convocatoria, se produjo tras un prolongado titubeo del partido alemán, no ajeno entre otras razones a su situación de semiclandestinidad. Conviene recordar al respecto, que la legislación anti-socialista

se apoyaba en un fuerte contenido nacionalista que condenaba la solidaridad del socialismo alemán con los trabajadores de otros países, y en concreto con los franceses, cruelmente diezmados tras el aplastamiento de la Comuna.

Los "guesdistas", entre tanto, rivales encarnizados por entonces de los "posibilistas" de la F.T.S.F., a los que por su actitud moderada reputaban de contrarios al socialismo revolucionario que ellos propugnaban, aprovecharon hábilmente la situación, como podremos ver más adelante. Fueron estos, realmente, los que analizando la coyuntura llegaron a convencer al gigante germano de la necesidad de llevar a cabo un congreso en el que sus planteamientos socialistas revolucionarios prevalecieran sobre el reformismo práctico en que basaban sus reivindicaciones tanto los "posibilistas" como la mayor parte de la poderosa central sindical británica.

Con objeto de mostrar este proceso, directamente vinculado a la apertura de los Congresos de París, conviene analizar precisamente como precedentes inmediatos los Congresos de la F.N.S.O. en Burdeos y el del P.O.F. en Troyes, así como la nutrida correspondencia entre Lafargue y Engels producida en los meses próximos a las inauguraciones citadas. Por la misma, podrán comprobarse las vacilaciones existentes en el campo marxista, de tal magnitud, que hasta dos meses antes del Congreso se dudaba de la fecha de su inicio y, por ende, se demoraba la circular de convocatoria.

El Congreso del PSOE, por su parte, cuya resolución en materia internacional se adoptó directamente vinculada a la convocatoria alemana, aunque con un contenido específico distante del previsto por los germanos, también puede analizarse dentro de este capítulo como antecedente inmediato en nuestro país de la celebración internacional.

Pese a sus inequívocas limitaciones, varios factores daban

ya al PSOE cierta consistencia en el plano internacional. En primer lugar, se trataba del único referente socialista afín a los principios organizativos e ideológicos derivados del marxismo en nuestro país. En segundo lugar, sus conexiones con Engels, que se remontaban como vimos a los tiempos de la Iª Internacional, con los dirigentes del Partido Obrero francés y, en menor medida, con la socialdemocracia alemana, le dotaban de un respaldo internacional de extraordinario valor en sus primeros años.

Finalmente, el grupo español, pese a que difícilmente había podido integrar en sus filas más allá del millar de militantes en aquellos años, había logrado estructurar por el contrario una veintena de Agrupaciones en varias capitales de importancia como Barcelona, Bilbao, Madrid, Valencia y Málaga, lanzar y mantener puntualmente activo un semanario -principal certificado de existencia en aquellos tiempos- y, lo que sin duda tuvo mayor trascendencia, crear un embrión de central sindical que constituiría, sin duda, el mejor apoyo social a su actividad política en el interior del país.

Con este "activo" intervendrá el socialismo español en el contexto internacional, impulsado por un destacado núcleo de dirigentes, algunos de los cuales, como Pablo Iglesias y José Mesa, gozaban ya de cierto prestigio en el mundo socialista exterior.

Un conjunto de líderes expertos y bien relacionados con el exterior, apoyados en un partido político y en una organización sindical recién creada, con un portavoz semanal de creciente difusión, constituían el entramado básico que, pese a su bisoñez y reducidas dimensiones, permitiría elevar su presencia, como de hecho sucedió por primera vez en París, a la máxima asamblea deliberante del socialismo internacional.

1. EL CONGRESO DEL PSOE EN BARCELONA Y LA II INTERNACIONAL

Ya en el capítulo anterior nos referimos a la circular oficial de 1881 que permitió a las organizaciones obreras españolas salir de la clandestinidad. A partir de aquellas fechas inició su prolongada gestación la primera norma de rango superior reguladora del asociacionismo en España. Tras dos breves gobiernos encabezados por Posada Herrera y Cánovas del Castillo, respectivamente, y pocas horas después de la muerte de Alfonso XII, asumía de nuevo el poder Práxedes Mateo Sagasta el 27 de noviembre de 1885. Continuando un programa liberal de gobierno pudo dar cima a la Ley de Asociaciones el 30 de junio de 1887.

Tanto en su Exposición de motivos como en el articulado se recogían expresamente "la propaganda de las ideas" y los fines tanto políticos como sindicales -en terminología obsoleta como "gremios" y "cooperativas"- dentro de la libertad de asociarse "para los fines de la vida" que abordaba la Ley. Con amplio talante liberal renunciaba a regular expresamente "las asociaciones que reconozcan dependencia o se sometan a autoridad establecida fuera del territorio español". Esta excepción, que desde el campo conservador se ceñía exclusivamente a las organizaciones obreras afectas a la Internacional, era utilizada por otros con más razón al referirse a las órdenes religiosas, cuya dependencia expresa a una autoridad exterior se recogía incluso en sus propias "constituciones". Hábilmente, la ley de Sagasta remitía al "Consejo de Ministros, las resoluciones que en cada caso deban dictarse sobre la subsistencia o representación en España" de las entidades que incurrieran en la citada excepción. (1)

El socialismo español acogió con satisfacción la citada norma, que además de desarrollar un derecho recogido en la Constitución vigente de 1876, concluía con el arbitrio interpretativo que en cada provincia pudieran realizar los

delegados del Gobierno. En las páginas del semanario obrero se reprodujo el articulado de esta ley, componiendo en letra cursiva aquellos párrafos de mayor significación y utilidad para las organizaciones obreras. (2) Este hecho, así como el haberse sobrepasado ya la veintena de Agrupaciones integradas en el PSOE, fueron razones que animaron a proponer la celebración de un Congreso.

La iniciativa partía de nuevo de la Agrupación de Madrid, la cual adoptó el acuerdo en su sesión del 16 de octubre de 1887. El lugar seleccionado fue Barcelona, y ello por varias razones: la celebración, una vez más, de una Exposición Universal en aquella ciudad, el albergar entre capital y provincia la mitad de los efectivos del partido que se cifraban en 25 Agrupaciones y, por último, responder a una iniciativa anterior del Centro Obrero de Mataró para constituir una organización sindical formalmente autónoma en Congreso ad hoc. (3)

La fecha propuesta, en función de la Exposición, se señalaba para el verano de 1888 y el objeto de la convocatoria se exponía en los siguientes términos:

"...para ratificar y afirmar de una manera solemne la aspiración que sirve de base a nuestro Partido, modificar o ampliar la parte del Programa que se refiere a los medios inmediatos, dar una organización general al Partido, determinar la conducta que ha de observarse con los partidos burgueses y resolver todas aquellas cuestiones que faciliten el engrandecimiento y desarrollo del Partido". (4)

De momento nada se decía sobre el Congreso Internacional. El Socialista, en su información debida a Mesa sobre la Conferencia Internacional de París en 1886, no recogió el acuerdo sobre la

convocatoria para 1889 y, por otra parte, el Congreso alemán en Sankt-Gallen inició sus sesiones diez días después de la reunión del grupo socialista madrileño a la que nos venimos refiriendo. En la misma, sin embargo, si se adoptó un acuerdo de carácter internacional que recogía la crónica citada. Se refería éste a "los siete condenados a muerte de Chicago", respecto a los cuales, si bien mostraba sus diferencias ideológicas, exponía su "protesta contra el fallo del Tribunal Supremo de Illinois confirmando dicha condena". A continuación, la Agrupación Socialista madrileña consideraba "infame y asesina a la magistratura de los Estados Unidos, que, guiada sólo por el odio de clase, quiere arrebatarse la vida a siete individuos". (5)

Varios meses más tarde, El Socialista del 16 de marzo de 1888 ofrecía informaciones concretas en torno al primer Congreso del PSOE. La celebración tendría lugar a partir del 23 de agosto de ese año y en el Orden del Día, compuesto de ocho puntos, se recogía en sexto lugar el siguiente tema: "Representación del Partido en el próximo Congreso socialista internacional". (6)

No se especificaba más información sobre el particular. No obstante, no cabe ninguna duda en cuanto a la reunión internacional más inmediata; el Congreso de Londres que tendría lugar en noviembre de ese mismo año. La indicación recogida en el punto sexto no se refería a esta asamblea obrera. La razón estriba en la terminología empleada. Tanto el PSOE, como las entidades similares que participaban del principio de la lucha de clases, distinguían claramente entre las organizaciones socialistas y las corporativas que, más adelante, se denominaron propiamente sindicales. Así, el encuentro de Londres siempre era mencionado en el semanario obrero como el "Congreso de las Trade Unions" o el "Congreso Internacional de las Sociedades Obreras", pero nunca como se especificaba en el Orden del Día citado. Los partidos obreros, incluido el español, no consideraban por entonces socialista a la central británica.

Así pues, la representación que debía acordar el Congreso de Barcelona se refería, sin duda, a la cita establecida para 1889 en París. Por otra parte, y aunque la circular del Partido Social Demócrata alemán, o más exactamente de sus diputados en el Reichstag, sería publicada dos números más tarde, no es arriesgado suponer que ya conocían su existencia por tener aquella fecha de 1 de marzo. Lo que aún se ignoraba por todos es que la invitación alemana, sin haberlo pretendido, derivó en la doble convocatoria de julio de 1889.

Una vez propuestos los temas a debate, las Agrupaciones existentes fueron manifestando su conformidad con los mismos. Así lo fueron exponiendo, además de Madrid que redactó la proposición, Barcelona, Mataró, Linares, Burgos, San Juan de Vilasar (Barcelona), Caldas de Montbuy (Barcelona), Tarragona, Valencia, Játiva, Bilbao, Málaga y Villanueva y Geltrú, entre otras.

En junio se publicaba el Proyecto de Organización General o reglamento interno del partido. El Título II regulaba la composición, funcionamiento y competencias de su órgano ejecutivo; el Comité Nacional. Una de sus funciones específicas era "Mantener relaciones con los Comités nacionales o centrales de los Partidos Obreros de los demás países". (7)

Tal y como estaba previsto, el Congreso tuvo lugar en Barcelona entre el 23 y el 25 de agosto de 1888. Asistieron al mismo dieciocho delegados que representaron un total de veinte Agrupaciones. Entre los asistentes figuraron un nutrido grupo de futuros dirigentes del partido y de la UGT; Pablo Iglesias, Facundo Perezagua, José Comaposada, Toribio Reoyo y Antonio García Quejido, entre otros.

El Congreso internacional, concretamente el convocado por los socialdemócratas alemanes, obtuvo una destacada atención por parte de los congregados. Sus trabajos en torno al tema se

concretaron en uno de los tres acuerdos que, además de las modificaciones del Programa y la aprobación de la Organización General del partido, alcanzó el Congreso de Barcelona.

El primer acuerdo ratificó la actitud del PSOE hacia los partidos burgueses, quizás en los términos más radicales: "guerra constante y ruda". El segundo se refirió a su postura ante las huelgas, resolviendo su apoyo a las organizaciones obreras en "las batallas que libren con los patronos". No se hizo mención a la huelga general, concepto este que surgiría con posterioridad.

El tercero abordó el tema de nuestro estudio. Su título era; "Sobre la representación del Partido en el próximo Congreso Socialista Internacional". El acuerdo constaba de una introducción, cuatro puntos y un apartado referido al mandato del representante del PSOE en el Congreso de París.

Por dos veces dejaba constancia el preámbulo de que el Congreso al que se refería el acuerdo era el "socialista internacional convocado para el año próximo por nuestros correligionarios de Alemania". Acudir a su llamamiento, "para tratar acerca del establecimiento de una legislación internacional del trabajo", era "un deber en el Partido Socialista Obrero español". Además de este punto, la reunión serviría para estrechar relaciones entre las organizaciones obreras, mostrar una acción unánime de todas ellas "en las cuestiones que de un modo general afectan a los intereses de la clase trabajadora" y, finalmente, afirmar "el carácter internacional de las doctrinas que sustentan" los "socialistas revolucionarios".

Definido el objeto de la convocatoria, se regulaba la asistencia con la precisión de una organización rigurosa y austera. El articulado de la resolución decía así:

- 1º. El Partido Socialista Obrero estará representado por un delegado propio en el Congreso internacional convocado en París para el año próximo por la Democracia Socialista alemana.
- 2º. Para atender a los gastos de dicha delegación se abrirá una suscripción en todas las Agrupaciones del Partido. Las cantidades recaudadas con tal objeto se remitirán al Comité Nacional, publicándose las listas de suscripción en el órgano del Partido.
- 3º. Si la suma reunida fuese mayor que la que importe el sostenimiento del delegado, el sobrante que resulte ingresará en la Caja del Comité Nacional.
- y 4º. La elección del correligionario que haya de representar al Partido en el citado Congreso se verificará dos meses antes de que este tenga lugar, siendo el Comité Nacional el encargado de hacer el escrutinio.

Con la pulcritud y minuciosidad que caracterizarán en aquellos años la administración cautelosa de unos fondos exigüos, el primer Congreso del partido obrero disponía su presencia en una reunión internacional, también por vez primera.

El sistema de cubrir los gastos de la delegación, acudiendo a la suscripción céntimo a céntimo entre afiliados y simpatizantes, se mantendrá invariable a lo largo de los numerosos Congresos de la II Internacional. Fue el mismo sistema empleado para obtener los fondos necesarios para lanzar el semanario, y para cuantas empresas de envergadura se deseaban emprender sin recurrir a la caja central de la organización.

Finalmente se redactó el mandato que el delegado defendería en París:

"...sostendrá en él la necesidad y la conveniencia de crear un Comité internacional que, sirviendo de lazo de unión entre los Partidos Obreros de todos los países, dé al movimiento socialista revolucionario la mayor unidad de acción".

La misión de este Comité sería, además; "publicar mensual o trimestralmente, según se lo permitan los recursos de que disponga, un periódico por medio del cual dará a conocer el estado de las fuerzas socialistas en cada país y los actos más importantes que estas lleven a cabo". (8)

El intento de crear un órgano central de coordinación, recordando excesivamente al Consejo general londinense de la Iª Internacional, en el que sin duda se inspiraba, fue rechazado en los primeros Congresos de la Internacional socialista. Unos no querían volver sobre los pasos de la A.I.T., y otros, como los alemanes, veían cernirse sobre ellos las acometidas de una legislación interna que perseguía cualquier supeditación a estructuras directivas establecidas en el extranjero. Con el paso del tiempo se aprobaría una oficina permanente de coordinación con el nombre de Buró Socialista Internacional (B.S.I.)

El periódico, que por el contrario obtuvo desde el principio una favorable acogida, nunca se publicó. Tan sólo, pasados los años, el B.S.I. contó con un Boletín estrictamente de orden interno. (Boletín periódico del Buró Socialista Internacional)

La posesión de un órgano de prensa, único medio existente entonces para la difusión de las ideas y para la comunicación, resultaba imprescindible. De su supervivencia dependía, en ocasiones, la del propio partido. Pablo Iglesias y los dirigentes españoles lo sabían bien, recordando quizás los tiempos de La Emancipación. También Engels, que advertía así a los socialistas franceses: "Después de la muerte de Le Socialiste, vuestro

partido había desaparecido de la escena internacional. Habíais abdicado, estábais muertos para los otros partidos socialistas del extranjero". (9)

El Congreso de Barcelona fue precedido, días antes, por el que dió nacimiento a la Unión General de Trabajadores. Concluyó con un mitin en el Circo Ecuestre de la capital catalana, en el que participaron Toribio Reoyo, García Quejido e Iglesias. Durante la intervención de este último hizo acto de presencia la fuerza pública suspendiendo la reunión. (10)

Los congresistas recibieron felicitaciones de la Federación Nacional de Sindicatos francesa (Consejo Local lyonés), del Partido Socialista Obrero de los Estados Unidos y del Partido Socialista portugués. (11)

Tras el Congreso, una comisión de las Cámaras Sindicales francesas visitó a los socialistas de la Agrupación barcelonesa, los cuales organizaron una fiesta en su honor. (12)

Finalmente, y como corolario de las preocupaciones y las esperanzas del PSOE en el plano internacional, dejaba constancia de su reducida capacidad inicial con estas palabras:

"La solidaridad entre el proletariado militante de todo el mundo, que en breve patentizará el Congreso internacional de París, neutraliza, por otra parte, la debilidad relativa de que pueda adolecer en algún punto, haciéndolo donde parezca menos fuerte tan temible para la burguesía como en la misma Alemania". (13)

Como se ve, la confianza de la organización socialista en su próxima e inicial cita europea sobrepasaba los estrechos límites

de la realidad. La misión revolucionaria del partido era inexorable, así lo juzgaban por entonces en virtud del destino mesiánico que embargaba sus pensamientos y sus conductas. Esta mentalidad, trasladada a la esfera internacional, a un mundo de solidaridad fraternal tan sólo intuído, no podía rendir otro resultado. El pequeño partido español, inmerso en el conjunto de las organizaciones hermanas, sería "tan temible para la burguesía como en la misma Alemania...."

* * *

2. DE BURDEOS A TROYES. UNA ALTERNATIVA MARXISTA FRENTE AL POSIBILISMO.

En el capítulo anterior apuntamos los primeros fermentos de una convocatoria congresual para 1889 en París. El rechazo del ala moderada de las Trade Unions a la presencia alemana en la convocatoria internacional de Londres (1888), provocó la reacción de los germanos.

Lo que para estos constituía un legítimo deseo de participación, para el pequeño partido marxista francés, el P.O.F., tenía otras vertientes. Su pugna con la Federación de los Trabajadores Socialistas franceses (F.T.S.F.), organización obrera a la que consideraban colaboracionista con el Gobierno y no revolucionaria, les llevaba a analizar el plano internacional desde la óptica de su propia rivalidad interior. Para los "guesdistas", la inocente convocatoria de 1886 asumida por sus oponentes, se convertiría en una envidiable plataforma de lanzamiento de la F.T.S.F. si ésta recibía el respaldo y la confirmación del Congreso de Londres para 1889. El POF tenía que

adelantarse y detener, a toda costa, la carrera emprendida por el posibilismo francés hacia la hegemonía en el campo del socialismo galo. La exclusión británica de los germanos, si bien encontró el rechazo de belgas y franceses de la F.T.S.F., así como de la izquierda de las Trade Unions -como vimos- ofrecía una ocasión de oro para neutralizar el indudable protagonismo internacional que iban a alcanzar los reformistas.

El agravio de la exclusión sería la palanca que forjaría un nuevo bloque de aliados; la ideología marxista su aglutinante. No obstante, los alemanes tenían que vencer previamente, al menos, tres obstáculos: por una parte, no deseaban convertir el rechazo de Londres en un arma arrojadiza contra la deseable unidad del movimiento obrero; por otra, sabían bien la actitud favorable mostrada allí por los posibilistas; finalmente, estos se cuidaron mucho de invitarles rápidamente a "su" Congreso de 1889 en París, ofreciéndoles un lugar destacado en el citado encuentro internacional.

Así las cosas, conviene analizar el proceso que siguió el socialismo marxista francés para alcanzar sus objetivos.

Como vimos en el capítulo anterior, en 1886 habían conseguido controlar a través del "guesdista" Lavigne la Federación Nacional de Sindicatos y Corporaciones Obreras de Francia (F.N.S.O.). Esta entidad, pese a constituir en palabras de algún historiador, un "esquelético organismo", contribuyó a jugar un importante papel en el tema que estamos abordando. (14) A finales de 1887, durante su segundo Congreso en Montluçon, simplemente se había mostrado favorable a la convocatoria de reuniones internacionales. Días antes del Congreso de Londres, al celebrar su tercera convocatoria, previendo sin duda el desarrollo de los hechos a los que nos hemos referido, su anterior actitud vaga e inconcreta se volvió precisa y subordinada a una estrategia con objetivos cada vez más definidos.

La cita congresual de la Federación tuvo lugar en Le Bouscat-Burdeos, y sus sesiones se desarrollaron entre el 28 de octubre y el 4 de noviembre de 1888. En España, El Socialista recogía la convocatoria con gran interés: "Son muchísimas las Sociedades obreras que han resuelto tomar parte en este Congreso, que tendrá seguramente gran resonancia entre los trabajadores franceses". (15) A continuación reproducía el programa de la asamblea, uno de cuyos puntos se refería escuetamente al tema "Congresos internacionales". De este plural podemos deducir fácilmente dos referencias, una al Congreso de Londres, que abriría sus sesiones dos días después de clausurarse este de Burdeos, otra -como se evidenció también- hacia una convocatoria en París el año siguiente.

Para entonces, como ya vimos, Lafargue había insistido reiteradamente acerca de Liebknecht, quién, no lo olvidemos, era el coordinador de la iniciativa congresual alemana prevista en principio para 1888, para que retrasara su cita al año 1889 y, en segundo lugar, para que ésta se celebrara en París coincidiendo con la Exposición Universal. Lo primero estaba conseguido y confirmado en la Circular de 1º de marzo, lo segundo, pese a pensar en ocasiones que era una cuestión decidida por los alemanes, aún tuvo que atravesar algunas vacilaciones derivadas de los obstáculos ya referidos.

En palabras de Leo Valiani, Lafargue "se puede suponer que intuyese rápidamente la conveniencia para su partido de contraponer directamente, en el mismo lugar y en la misma fecha, congreso a congreso, uno de socialistas intransigentes, dirigido por los marxistas, y otro de posibilistas y tradeunionistas." (16) Esta "intuición" era un hecho comprobable si contemplamos la correspondencia del dirigente socialista francés con su correligionario, amigo y maestro Engels. Informándole del Congreso de Burdeos, le dice taxativamente: "Hay que impedir a los alemanes que vayan al congreso posibilista; se perderían a los ojos de los socialistas franceses y nos harían un quebranto

considerable." (17)

La citada propuesta era el claro resumen y el corolario que se derivaba de toda una previsión estratégica.

Siguiendo las pretensiones del partido "guesdista", el Congreso de la F.N.S.O. en Burdeos aprobó una importante propuesta de Raymond Lavigne en su última sesión. Se trataba de encargar a la propia Federación sindical la organización de un Congreso Internacional en París el siguiente año 1889. (18) Lafargue explicaba su proyecto a Engels, una vez concluida la celebración en la capital de la Gironde, con una claridad meridiana:

"En el congreso de Burdeos hemos hecho decidir un congreso internacional socialista y obrero. Lo haremos votar en Troyes (próximo Congreso del POF): y seremos nosotros los encargados de organizarlo en París". (19) (Paréntesis nuestro)

En esta misma carta, fechada el 27 de noviembre de 1888, Lafargue se hacía eco de las vacilaciones de Liebknecht, a quién los posibilistas "cortegan desde hace algún tiempo", y veía a este y a los alemanes "demasiado inclinados al lado de los posibilistas." De ahí, su clara pretensión de conducirlos hacia la otra alternativa.

Libknecht había dirigido un saludo al Congreso de Burdeos a través de Lavigne. En el texto aún hablaba de la posibilidad de celebrar una reunión internacional en Suiza el año 1889. Tanto Lavigne como Charles Bonnier, concluidas las sesiones bordelesas, tomaron contacto inmediato con el dirigente alemán, le informaron del acuerdo de Burdeos, le pusieron "ante su responsabilidad como marxista" -en palabras de Valiani- y le rogaron "echar el peso de toda su autoridad sobre la balanza de la iniciativa tomada ahora

por la Federación de sindicatos". Esta nueva llamada, de contar con el apoyo de la socialdemocracia alemana, daría al traste con el objetivo de los posibilistas.

El procedimiento táctico, expuesto por Bonnier de acuerdo con Guesde, sería el siguiente: La socialdemocracia alemana invitaría a "guesdistas" y "posibilistas" a ponerse de acuerdo para organizar un único Congreso. Si los segundos aceptaban, "el marxismo triunfará en el congreso gracias al número de los delegados socialdemócratas". Si por el contrario, como estaba previsto, no acudían, el SPD encargaría de inmediato a los otros partidos organizar en julio de 1889 una convocatoria "de todos aquellos que no pusieran ni aceptaran exclusiones". (20)

Los alemanes acabarían accediendo a estas pretensiones, si bien aún tuvieron que vencerse dificultades. Laura Lafargue, en carta a Engels días antes del Congreso del POF en Troyes, se mostraba desazonada al respecto:

"No puedo dejar de exponer que los extranjeros y, en particular, nuestros amigos alemanes tienen ideas muy confusas sobre el socialismo francés. Quieren aceptar una invitación a un congreso internacional, dicen, a condición de que las diversas fracciones socialistas se pongan de acuerdo. Piden esto en el momento en que se ha hecho imposible entenderse con los posibilistas". (21)

En las postrimerías de 1888 tuvo lugar el Congreso socialista de Troyes, cuyo desarrollo fue seguido muy de cerca por la organización española. A comienzos de diciembre El Socialista reproducía el manifiesto-convocatoria de la asamblea francesa. En el mismo, se dejaba constancia de la pretensión-rechazada por los "posibilistas"- de reunir a "todas las

agrupaciones socialistas y organizaciones obreras" del país vecino. Al concluir la reproducción del texto, el semanario español agregaba el siguiente comentario:

"Tomemos ejemplo de Italia y de Francia los socialistas revolucionarios españoles, y convenzámonos de que hay momentos y circunstancias en que -sin abdicar de nuestras particulares maneras de apreciar cuál debe ser la organización del porvenir- debemos estar completamente unidos para por la fuerza resultante de esta cohesión acelerar el triunfo de la emancipación del proletariado." (22)

La exhortación aludía, quizá, a dos pérdidas recientes en el seno del PSOE. Ambas, con ser reducidas por el número de los separados, tuvieron sin duda gran importancia.(23)

Dos días antes de iniciarse las sesiones congresuales, que tuvieron lugar del 23 al 29 de diciembre en la capital del departamento del Aube, El Socialista publicó el orden del día. En su punto 3º decía: "De los Congresos nacionales e internacionales".(24) A comienzos del año 1889 publicó las Resoluciones. La segunda de ellas, indicaba: "Conforme con el acuerdo de Burdeos, el Congreso socialista de Troyes decide celebrar el presente año un Congreso internacional en París." (25) La convocatoria internacional de Londres se ignoraba por completo.

Para concluir este apartado conviene reseñar dos acuerdos de esta reunión cuyo contenido en el primero, y las características del segundo, se manifestarán después en el seno de la II Internacional. En la "tercera cuestión" aprobada por el citado comicio, se decidió, como en el caso español, sostener las huelgas parciales aunque "sin provocarlas" y, a diferencia de

aquél, se añadía que entraba "en sus aspiraciones la huelga general."

El segundo acuerdo señalado, procedente del Congreso de Burdeos, correspondía a la "décima cuestión". En la misma, se convenía en manifestarse los días 10 y 24 de febrero próximos "todos los trabajadores" ante "la alcaldía de su municipio". Las reclamaciones planteadas serían dos: "el establecimiento de un salario mínimo en relación con las necesidades de la vida, y la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas."

Para que estas reclamaciones a los poderes públicos no se interpretaran como signo de debilidad se agregaba que, "cualquiera que sea el resultado de esta campaña, el Congreso afirma que la revolución es el único medio de llevar a la práctica sus ideales".

La reclamación una vez más de las 8 horas, así como la convocatoria desde el Congreso a una manifestación de "todos los trabajadores", adquieren importancia si tenemos en cuenta su proximidad al primer encuentro de la nueva Internacional.

* * *

3. LA HAYA. ÚLTIMO INTENTO CONCILIADOR.

Como queda expuesto en el apartado anterior, los "guesdistas" retomaron la iniciativa con sus Congresos de Burdeos y Troyes, poniendo a los alemanes en la tesitura de escoger entre dos convocatorias. Como nueva baza a su favor contaban con la aproximación del veterano socialista Edouard Vaillant, dirigente

del grupo "blanquista", que envió un saludo al Congreso de Troyes.

Iniciado el año 1889 los alemanes realizaron el último esfuerzo conciliador. En los primeros días de enero, W. Liebknecht, en nombre de su grupo parlamentario -única entidad que podía operar legalmente en Alemania- dirigía este llamamiento a la F.T.S.F.:

"Los diputados socialdemócratas alemanes han adoptado la resolución de tomar parte en el Congreso obrero internacional que, tras las resoluciones del Congreso obrero de Burdeos y del Congreso internacional de Londres, debe celebrarse en París en el transcurso del presente año. Para llevar a cabo los preparativos necesarios, nos ha parecido indispensable tener una conferencia preparatoria.

Con nuestros amigos suizos, belgas y holandeses, hemos acordado tener la Conferencia preparatoria en Nancy el 18 de enero.

Acabamos de invitar a nuestros amigos los marxistas y los blanquistas franceses, y os invitamos a que enviéis uno o varios delegados, a fin de que la unidad de acción quede asegurada de antemano." (26)

Al encontrarse los franceses celebrando elecciones, Lafargue se dirigió a Liebknecht, Bebel, Anseele y Nieuwenhuis indicándoles que si juzgaban necesaria una reunión preliminar, "el momento y el lugar... estaban mal elegidos". (27)

Por parte de la F.T.S.F. la reacción no podía ser más que de rotundo rechazo. Cuando en el mes de julio siguiente, el

secretario del Comité Nacional de la Federación, A. Lavy, leyó el saludo de bienvenida a los congresistas, se refirió a estos hechos.

La carta de Liebknecht les invitaba a una reunión con ocho días de antelación, y en la misma, "Se hacía, además, depender el acuerdo del Congreso internacional de la decisión de un Congreso nacional en Burdeos, lo que constituye -continuaba el texto- a nuestro entender, una extraña pretensión". (28)

La voluntad mayoritaria alemana al respecto era clara. Subordinar el mandato de dos Congresos internacionales al acuerdo reciente de una organización sindical francesa, que ni siquiera era la única ni la más importante, constituía, sin duda, "una extraña pretensión". Cuando menos, debieron considerar la cita en Nancy como una maniobra dilatoria, de ahí que su reacción consistiera en hacer público poco después -Circular del 15 de febrero- su primer llamamiento congresual. (29)

La intención alemana expresada por Liebknecht tenía, como Jano, dos caras. Este, en carta a Engels, le explicaba sin ambages la faz oculta de su invitación "preparatoria" a los "posibilistas":

"Si no envían ningún delegado, tendremos las manos libres. Si envían uno o varios delegados, acabaremos por vencer su resistencia. Si se doblegan, muy bien. Si no se pliegan, estarán aislados y les haremos inoperantes..." "En cualquier caso la conferencia asegura el éxito del congreso y la neutralización de los broussistas". (30)

Las reiteradas presiones de Lafargue, Lavigne y Bonnier, así como también de Engels, acabarían por dar su fruto. La

socialdemocracia alemana, que hasta el mes de diciembre de 1888 continuaba con sus pretensiones de celebrar una reunión internacional en Suiza, aún tardaría en decantarse por París. (31) Al mismo tiempo, con la "Conferencia preparatoria" alcanzaba al menos dos objetivos; por un lado, adquiría por derecho propio la garantía de participar, alejando el fantasma de su exclusión, por otro, el intento de conseguir una convocatoria plural restaba protagonismo a la F.T.S.F. y la subsumía, cuando menos, en el conjunto de las organizaciones firmantes del llamamiento.

André-Gély, secretario nacional para el extranjero de la organización "posibilista", contestaba el 26 de enero a la invitación germana. En su carta, le recordaba que cuando un partido recibía el mandato de organizar un Congreso internacional debía hacerlo solo, "sin ingerencias externas". Tras un extenso relato sobre la gestación de este mandato, la actitud de la F.T.S.F. ante la presencia alemana y el orden del día previsto para la reunión de París, señalada ya para la segunda quincena de julio, concluía diciendo "que no veía qué objeto podría tener la Conferencia preliminar". (32)

Bien por falta de tiempo, por atender las sugerencias de Lafargue o por lograr un cambio de actitud en los "posibilistas", la cita del 18 de enero se retrasó al 28 de febrero. Haciendo una concesión a belgas y holandeses se trasladó la reunión a La Haya.

Nuevamente se invitó a la Federación que, por segunda vez, rechazó acudir. En esta ocasión, concretó las razones de su inasistencia en dos puntos:

1º Que no habían sido invitadas todas las naciones.

2º Que ni se había expuesto claramente el objetivo de la Conferencia ni se reconocía su derecho preferencial a organizar el Congreso. (33)

El acto tuvo lugar tal y como estaba previsto. La concurrencia fue limitada, si bien, tanto por los dirigentes que acudieron como por las fuerzas socialistas representadas puede decirse que se alcanzaron los objetivos. Bélgica y Suiza, cuyos partidos socialistas se destacaron siempre en el proceso reconstructor de la Internacional, Alemania, Francia y Holanda estuvieron en La Haya. La presencia de Liebknecht, Bernstein, Bebel, Anseele, Lafargue y Nieuwenhuis, entre otros, confirmó suficientemente la importancia de esta reunión. La Liga Socialista británica y el partido socialista de Dinamarca excusaron su asistencia, aunque manifestaron su adhesión a las resoluciones que adoptara la Conferencia.

A despecho de franceses y alemanes, y también de Engels, los delegados belgas y suizos "no se decidieron a convocar el contracongreso". (34) Sin embargo, la inasistencia de los "posibilistas" les enajenó las simpatías de belgas y holandeses, que habían acudido a Londres el año anterior. Por otra parte, los acuerdos que se adoptaron, pese a respetar en la forma el mandato encargado en la capital británica, prescribían unas adiciones a la convocatoria -como veremos- que hacían muy difícil su aceptación por la Federación de Brousse, Lavy, André-Gély y Allemane.

Para los franceses fue un argumento esencial el hecho de que una reunión internacional corporativa, convocada por las Trade Unions, "no estaba legitimada para tomar resoluciones que vincularan a los partidos socialistas". Aunque con presencia de delegados socialistas, la Conferencia de Londres "no fue un congreso socialista". (35)

Los delegados en La Haya tuvieron presente la primera Circular publicada dos semanas atrás. En la misma, señalarían más tarde, "los posibilistas consideraron el Congreso internacional como cosa suya y se arrogaron el derecho de fijar las fechas y orden del día del Congreso e imponer una a modo de

discusión de mandatos que subordinara a su capricho la admisión de delegados franceses". (36)

Pese a las razones esgrimidas, primó la "idea de concordia internacional" sobre la de ruptura clara y manifiesta, aunque con una serie de matizaciones recogidas en la resolución adoptada.

Para empezar, se reconocía el mandato recibido en Londres por la F.T.S.F., si bien debían "convocar el Congreso internacional de París de acuerdo con las organizaciones obreras y socialistas de Francia y de otros países". Esta convocatoria debía ponerse en conocimiento de los interesados de Europa y América, "firmada por todos los representantes" de las entidades antedichas, incluyendo las siguientes puntualizaciones:

- 1º Que el Congreso internacional de París se celebrará del 14 al 21 de julio de 1889.
- 2º Que estará abierto a los obreros y a los socialistas de los diferentes países, permitiéndoles que se adapten a las circunstancias políticas que soportan.
- 3º Que el Congreso será soberano para la verificación de los mandatos y para fijar el orden del día. (37)

Con carácter provisional se proponía que la reunión tratara el tema de la legislación internacional del trabajo y la regulación de la jornada laboral, así como la vigilancia de los talleres y, finalmente, los medios a emplear para conseguir estas reivindicaciones. Lo cual sería asumido por los "posibilistas".

Si bien los puntos propuestos para debatir coincidían en parte con los incluidos por los "posibilistas" en su circular del 15 de febrero, la organización de los actos previstos chocaba

frontalmente con los deseos de aquellos. El belga Volders fue encargado de presentarles la resolución de La Haya. El 20 de marzo se reunió el Comité Nacional de la Federación, estudió el acuerdo citado y contestó con una extensa respuesta. En la misma, se exponían las pocas coincidencias existentes y se hacían pequeñas concesiones, pero sobre todo, se manifestaban tres discrepancias irresolubles a juicio de los "posibilistas". Eran estas las siguientes:

- Se rechazaba absolutamente que la convocatoria fuera suscrita por todos los representantes de las organizaciones obreras y socialistas. Tan sólo admitían, junto a las suyas, las firmas de las Cámaras sindicales de París.
- No se aceptaba la verificación de los mandatos de los delegados por el Congreso. Por el contrario, proponían que "los delegados de cada nacionalidad, estando mejor situados para comprobar la existencia de los grupos de su nación, serán los encargados de verificar los mandatos y de establecer su validez".
- Tampoco se aceptaba que el Congreso fuera soberano para fijar el orden del día: "los delegados no son dirigentes ni amos sino servidores y mandatarios. Ellos deben, pues, presentarse al Congreso con un mandato firme sobre las cuestiones examinadas previamente por sus mandantes". (38)

Los puntos 1º y 2º de La Haya -fecha y adecuación de las delegaciones a las circunstancias de cada país- se aceptaban. Los rechazados incluían de hecho dos pretensiones; por un lado confirmar el protagonismo de la F.T.S.F. y tender a la hegemonía dentro del mosaico de organizaciones socialistas de Francia. Por

otro, defender la autonomía de las entidades participantes evitando pretensiones centralizadoras por parte del Congreso. Esta actitud procedía de la doble concepción manifestada en el seno de la Iª Internacional en cuanto a su estructura y órganos gestores, que no podía desvincularse de las causas de su disolución.

Así pues, no sólo la rivalidad de las organizaciones francesas, sino también dos concepciones sobre las competencias de la asamblea internacional hacían muy difícil la consecución del acuerdo.

Esta extensa respuesta, dirigida al portavoz belga de la Conferencia preliminar, no tuvo ya contestación. Las esperanzas de un Congreso unitario se fueron diluyendo, si bien, sus defensores no dejarían de intentarlo hasta el último momento.

No fue ésta, como es sabido, la actitud de los "guesdistas", cuyo objetivo era lograr un Congreso netamente al margen de sus oponentes "posibilistas". Lafargue, único representante francés en la Conferencia, expondría sus impresiones a Engels el 5 de marzo. Elogiaba en ellas la conducta de los alemanes y criticaba "al condenado belga de Bruselas, Volders", de no ser por el cual, se hubiera "arrebatado el sitio y se habría quitado a los posibilistas el mandato de convocar el congreso". El dirigente del P.O.F., buen conocedor de los puntos de discrepancia entre ambas organizaciones, concluía el tema con esta reflexión: "Probablemente los posibilistas se negarán a conformarse con las resoluciones de la conferencia, y la victoria será nuestra". (39)

4. DEL CONGRESO DE 1889 "HA DE NACER UNA ORGANIZACION INTERNACIONAL".

La Conferencia de La Haya, lejos de alcanzar el acuerdo que formalmente pretendía, afianzó como vimos el proceso de bipolarización. A partir de su conclusión, las fuerzas obreras y socialistas existentes mantuvieron frecuentes contactos con vistas a aclarar la situación e ir tomando posiciones al respecto. El hecho de que las mayores organizaciones actuantes en Europa -la una sindical, las Trade Unions, y la otra política, el SPD alemán- constituyeran los referentes más destacados de cada convocatoria, no determinó el alineamiento correspondiente de las entidades corporativas con la primera y de los partidos socialistas con el segundo. Este fue el caso de la Federación Social Democrática inglesa, la cual, en su enojada adscripción, llegó incluso a denunciar a los que juzgaba "promovedores de la cábala de La Haya". (40)

En España, el proceso de separación, que tuvo en la Conferencia de la ciudad holandesa un capítulo más, se manifestó también con crudeza provocando disensiones y polémicas.

El PSOE, como vimos al comienzo de este capítulo, había secundado en su Congreso de Barcelona el llamamiento efectuado, aún de manera inconcreta, por el SPD alemán. A partir de aquél momento, como se ha expuesto, las referencias al proceso fueron las recogidas respecto a las reuniones de Burdeos, Londres y Troyes, respectivamente. Aunque no consta correspondencia al respecto, es fácil suponer que el grupo marxista español mantendría sus contactos con el exterior, en especial, a través de José Mesa. Lo cierto es que el PSOE no fue invitado a la Conferencia de La Haya, siendo así que se trataba de una organización claramente inclinada hacia las pretensiones de sus organizadores. Tampoco lo fueron otras formaciones socialistas de reducida importancia. Tal vez el deseo de alemanes y

franceses, tendente no sólo a inclinar a su favor a los partidos socialistas mejor organizados -como los belgas- sino también a lograr que fueran ellos los convocantes del Congreso, les hizo prescindir del número a la hora de convocar a La Haya.

Sin embargo, a partir del Congreso de Londres, los posibilistas franceses también contaron en España con un núcleo receptor de su iniciativa. Se trataba de los dirigentes de la federación de corporaciones obreras catalanas Las Tres Clases de Vapor. Entre 1881 y 1887 habían mantenido buenas relaciones con el grupo socialista madrileño e, incluso, se integrarían en el mismo partido. No obstante, las discrepancias personales, que derivarían en expulsiones y duras polémicas periodísticas, así como la notable diferencia en planteamientos tácticos, organizativos e ideológicos, que les llevaron a crear en 1890 un efímero Partido Socialista Oportunista, habían conducido a una separación de hecho a comienzos de 1887, evidenciada en 1888 y transformada en ruptura total desde mediados de 1889. (41)

El grupo barcelonés actuó con plena autonomía, ya que hasta su primer Congreso careció el PSOE de una estructura nacional centralizada. Por otra parte, no es arriesgado pensar que aquél siguiera manteniendo contactos con el dirigente de la F.T.S.F. Paul Brousse, el cual, como ya se apuntó en el capítulo precedente, residió algún tiempo en Cataluña durante el período de represión que se inició tras la Comuna.

De esta relación nos dan pruebas, no sólo la recepción de los acuerdos de Londres, ya mencionados, sino también la reproducción de circulares del grupo "posibilista", así como las referencias a su órgano de prensa, Le Prolétariat.

Al concluir la Conferencia de Londres, la delegación francesa encargada de convocar el Congreso de París no demoró el envío de estos acuerdos a través de una circular. El Obrero la recogía en los primeros días de diciembre de 1888. Su texto, sin

fecha, se refería exclusivamente al mandato acordado en la Conferencia de París de 1886, refrendado dos años después en la capital británica. Subrayaba el encargo recaído en la F.T.S.F., a la que anteponía la denominación: "Partido obrero socialista francés", cuya similitud con el POF de Guesde era patente, y hacía algunas matizaciones en las que conviene detenernos.

La mencionada carta, suscrita por el Comité Nacional "posibilista", daba por primera vez al Congreso próximo una dimensión trascendental:

"A tenor de la decisión tomada en París y confirmada en Londres, del futuro Congreso de 1889, ha de nacer una organización internacional cuyo principio fué votado en sesión del 9 del pasado Noviembre" (42) (Subrayado nuestro)

Siempre se había manejado el deseo de recrear la antigua Internacional obrera. Los sucesivos encuentros que hemos ido analizando se consideraban, en general, fieles a esa idea y, más propiamente, como peldaños para su consecución. No obstante, la aspiración generalizada entre los trabajadores organizados de dar cima otra vez al organismo solidario internacional, tan sólo alcanzó una concreción expresa en el documento de los socialistas moderados que estamos abordando. Bien es verdad que en 1886 se había acordado "el restablecimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores" para tres años después, lo que constituiría ciertamente un objetivo reiterado. La novedad, sin duda, venía determinada por la certidumbre que con tanta claridad anunciaba este escrito. Hasta entonces, era habitual -como hemos visto- celebrar asambleas obreras coincidiendo con exposiciones internacionales, pero la de 1889 reunía especiales connotaciones; era el primer certamen universal que volvía a la capital francesa desde 1878, fecha en la que se había prohibido el Congreso Obrero

Internacional Socialista que concluyó con sus organizadores en prisión. Previsto con suficiente antelación, y confirmado por otra importante cita internacional, se reunía dentro de un clima de mayor libertad, coincidiendo, a mayor abundamiento, con el centenario de la toma de la Bastilla, inicio de la Revolución Francesa. Los marxistas contemplaban la efeméride como el preámbulo de su propia revolución obrera. Los reformistas, por el contrario, prestaban mayor atención a algunas conquistas de aquella conmoción, como por ejemplo la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Tras estos brillantes y singulares decorados se movían también otras razones de importancia. Anteriormente hemos citado la pugna existente entre las diversas fracciones socialistas galas. Pues bien, en los años que medían entre la primera iniciativa de 1886 y la fecha de celebración del Congreso, la F.T.S.F., cuya primacía era palpable algunos años atrás, comenzaba a perder terreno en el seno del movimiento obrero francés. Por el contrario, sus rivales "blanquistas" y "guesdistas" acusaban progresos manifiestos en el norte, el noroeste, la región lyonesa y el propio París. (43)

Por otra parte, el Congreso interno de la F.T.S.F. celebrado en 1887 (Charleville), no sólo había acusado una grave reducción en cuanto a los grupos asistentes -87 frente a los 130 del comicio anterior de 1884 en Rennes- sino que además señaló el comienzo "de las luchas de tendencias que condujeron a la escisión de 1890" (44)

También era delicada la situación del grupo socialista aliado de la F.T.S.F. en Gran Bretaña. Creado en 1884, mantuvo desde ese mismo año dura competencia con la Liga Socialista y con la Sociedad Fabiana. Aquejado de escisiones y aislado por su rigidez y dogmatismo teórico, hacía señalar a Engels en mayo de 1889 esta predicción; "la Federación Social-Democrática, o mejor Hyndman, saben perfectamente que aquí se juegan su posición

exactamente igual que los posibilistas en Francia". (45)

El organizar un Congreso internacional era, además de una grave responsabilidad, un trabajo arduo y complejo sobrellevado en función de la solidaridad que unía a los trabajadores. El extraordinario realce dado a este hecho por los "posibilistas", la insistencia con que manifestaron el "mandato" tan sólo en ellos recaído y, finalmente, la defensa con tesón de su capacidad para llevarlo a cabo por si solos, evidenciaban algo más de lo que tradicionalmente conllevaba este tipo de encargos. El declive de la F.T.S.F. se podía percibir como algo próximo, y el hecho de que sus oponentes pudieran arrebatarse este protagonismo no hacía más que acelerar este proceso.

Así pues, si bien no le faltaban razones al reformismo para proclamar su prioridad cara al exterior, eran sus problemas internos y los nacionales quienes le forzaban a dar un salto hacia adelante. Organizar el siguiente Congreso en París y sentar en el mismo las bases de una nueva entidad internacional, podían ser inmejorables paliativos ante la situación expuesta. Gracias a su concurso, y tratando de impedir la presencia de sus rivales, debía surgir la nueva Internacional, cuyos logros espectaculares se contemplaban ya en el texto de la circular:

"La espresada (sic) organización, que ha de tener origen en el Congreso de 1889, al agrupar y utilizar las fuerzas socialistas hoy diseminadas, aumentará considerablemente el poderío de los obreros organizados y permitirá vislumbrar, para dentro de un plazo no lejano, el triunfo de las reivindicaciones de la clase obrera..."

Todo un mundo, quizás estrecho, se movía tras la pretensión que debía alcanzarse en el encuentro, lo cual no invalida el

hecho de que se tuviera clara conciencia del carácter fundacional del Congreso de París. Como es sabido, los progenitores de la idea fracasaron, si bien, paradójicamente, lograron llevarla a cabo -arrebátandose- los propios adversarios socialistas contra los que se pretendió utilizar en exclusiva aquella iniciativa.

* * *

5.UN REFERENTE POSIBILISTA EN CATALUÑA: LA FEDERACION "LAS TRES CLASES DE VAPOR".

Las tensiones producidas entre diversos países europeos, a causa de la convocatoria plural, provocaron también en nuestro país agrias disputas.

Como vimos en el apartado anterior, desde diciembre de 1888 en que El Obrero recogía la primera carta de la F.T.S.F. tras el Congreso de Londres, los documentos emanados por las dos comisiones organizadoras de ambos Congresos se reprodujeron en España. El citado semanario catalán se perfiló claramente como la referencia de los "posibilistas" en nuestro país, recogiendo en forma destacada las circulares e informaciones de aquellos. El Socialista, por su parte, haría lo propio en relación a la convocatoria realizada por los "guesdistas". Al intentar aclarar el primero de los periódicos citados la existencia de dos llamamientos diferentes, se produjo un fortísimo debate entre ambas publicaciones que vino a confirmar, como se verá al final de este capítulo, la ruptura definitiva entre las organizaciones por ellas representadas: el PSOE y la federacion obrera catalana Las Tres Clases de Vapor.

Como se expuso con anterioridad en este capítulo, el intento

conciliador alemán fue contestado, de alguna forma, con una circular "posibilista" convocando su Congreso de manera explícita por primera vez. Trece días más tarde tuvo lugar la Conferencia de La Haya, y en sus discusiones se tuvo muy en cuenta -como vimos- esta Circular. Cuando meses más tarde los organizadores del Congreso "marxista" publiquen su Memoria, mencionarán un segundo intento conciliatorio - tras el de La Haya- a través de la Federación Social-Democrática inglesa. También fracasó, y sus oponentes -prosigue la Memoria- "intrigaron por todas partes, publicando en los periódicos burgueses calumnias contra la Comisión organizadora ("guesdista") y ataques perversos contra nuestro Congreso, enviando a las provincias, a Bélgica, España y Portugal delegados con el encargo de reclutar, a cualquier precio, adherentes a su Congreso". (46)

En efecto, a finales de marzo, El Obrero recogía en primera plana la visita a Barcelona de André-Gély, quién, recordemos, era secretario para el exterior del Comité nacional de la F.T.S.F. El titular de la noticia decía: "Llegada de nuestro compañero André-Gély y recibimiento hecho al mismo por la Sociedad de Obreros Cerrajeros Mecánicos". (47) El directivo de esta entidad era Antonio Fernández Felgueroso, en cuyo nombre acudiría al Congreso "posibilista" de París.

El enviado francés se refirió en su discurso al mandato de Londres: "conseguir la reglamentación internacional del trabajo y la fijación legal de un maximum de ocho horas diarias de trabajo" y, en segundo lugar, "averiguar los medios de organizar este acuerdo". A continuación dedicó el resto de su disertación a un tema que, sin duda, trataba de apuntar diferencias frente a la otra convocatoria:

"No se trata, Ciudadanos, de reorganizar la antigua Internacional, la cual era centralista y autoritaria por cuyo motivo desapareció".

Las discrepancias organizativas y conceptuales de fondo, a las que ya nos referimos, se exponían marcando claramente las distancias. Las relaciones permanentes entre las organizaciones de los diversos países debían establecerse, pero sin "menoscabar su autonomía que siempre se ha de respetar". Así mismo, cada una de ellas seleccionaría los medios de acción más adecuados, de acuerdo con las características de su país.

Para finalizar, invitó a su auditorio a concurrir a la reunión internacional de París. Portugal, país visitado con antelación, estaría representado en el Congreso; España no podía "quedarse atrás".

Los socialistas españoles, conocedores de esta visita, informaron inmediatamente a Lafargue en la capital francesa. Este, a su vez, comunicaba a Engels: "Se mueven como diablos, una carta de Madrid me anuncia la llegada del posibilista André-Gély, que va allá abajo a reclutar adhesiones: me dicen que no hay nada que temer, excepto del lado de la sociedad de Las Tres clases de vapor (tejedores mecánicos) que es posibilista sin saberlo". (48)

Pese a los contactos mantenidos desde diciembre de 1888 y a la madrugadora visita de André-Gély, la Circular de convocatoria aún tardaría más de un mes en ser reproducida por El Obrero. La decisión de acudir al Congreso, por parte de la federación obrera catalana, aún se demoraría más. Mientras tanto, diferentes referencias en el citado semanario dejaban constancia del mantenimiento de relaciones con París. Así, la Federación de Toneleros, al publicar con fecha 30 de abril una circular convocando su XVII Congreso, incluía en el punto decimocuarto del orden del día lo siguiente:

14. Que tome parte nuestra Federación en el Congreso Internacional que ha de celebrarse en París en julio próximo. (Invitación de la Federación de Toneleros del

Sena, carta de París) (48)

Como tal federación no estuvieron representados en París, aunque si lo estuvo la federación obrera Las Tres Clases de Vapor y otras entidades. No obstante, vale el ejemplo como muestra de la movilidad de las entidades "posibilistas", así como del nivel asociativo gremial en el que aún se encontraban -alineados por oficios- los trabajadores franceses y españoles de la época.

El 10 de mayo, a dos meses de la inauguración de la asamblea internacional de París, publicaba el semanario de Barcelona la primera Circular-convocatoria del mismo. Se trataba del texto elaborado el 15 de febrero, a raíz de la primera invitación alemana a una Conferencia preparatoria en Nancy, con algunas modificaciones introducidas el 6 de abril atendiendo parcialmente las sugerencias elaboradas en la reunión de La Haya: "Hacíamos (los posibilistas) todas las concesiones para afirmar nuestra lealtad y nuestro espíritu de tolerancia" (50)

La Circular del Comité nacional de la F.T.S.F. iba suscrita por Lavy, André-Gély y Delacour y se dirigía exclusivamente a las Cámaras sindicales, Grupos profesionales y Círculos de estudios sociales, no a los partidos socialistas. Se iniciaba recordando su legítimo derecho a convocar el Congreso internacional -sin adjetivarlo- y exponiendo las adhesiones al mismo, "De todos los puntos de Francia, de Inglaterra, de Dinamarca, de Austria, de Italia, de España, de Portugal, de los Estados Unidos de América, etc."

Por parte española, la decisión de acudir se tomaría más tarde. Los socialistas daneses, por su parte, acordaron el 23 de mayo no acudir a ninguna cita si antes no se lograba la unidad. Finalmente, concurrieron al Congreso socialista, mientras una delegación sindical lo hacía a su oponente. (51)

Como vimos al estudiar la Conferencia de La Haya, la Circular fijaba el lugar y la fecha del Congreso; "se verificará en París durante la segunda quincena de julio", así como las condiciones de admisión "por cada nacionalidad", lo que iba en perjuicio de las posibles delegaciones "guesdistas". Como concesión a la socialdemocracia alemana, en relación al punto 2º aprobado en La Haya, se incluía un apartado en la citada Circular reformada del 6 de abril que decía:

4º. Los delegados de los países en que los trabajadores están a merced de un régimen político un tanto déspota, no serán obligados en cuanto a su adhesión como tampoco la verificación de su mandato a ninguna formalidad que les pueda perjudicar.

Se les encomienda sólo vayan provistos de cuantos documentos puedan establecer moralmente la validez de su delegación. Su buena fe será la mejor garantía. (52)

A sensu contrario, la última frase del primer párrafo transcrito dejaba bien clara la posibilidad de perjudicar con las formalidades de admisión -sobre todo- a sus oponentes "guesdistas" de la F.N.S.O. dirigida por Lavigne. De forma muy expresiva manifestaría este temor Lafargue recordando viejos enfrentamientos anteriores: "Nosotros, que sabemos de qué manera falsificaron ellos los mandatos en el congreso de Saint-Etienne, para dividir al partido socialista francés, estrechamente unido hasta entonces (1882), y para expulsar a los socialistas Guesde, Deville, Bazin y Lafargue, no podemos permitir que la verificación de mandatos de los delegados se deje en sus manos" (53)

El orden del día de la Circular recogía los acuerdos de Londres, si bien, como veremos, el primer punto adoptaba

textualmente la redacción más amplia y concreta aprobada en La Haya.

Como preparación para el Congreso "posibilista", El Obrero publicó a partir del 24 de mayo un largo trabajo en cuatro entregas titulado: Congreso Internacional de Trabajadores en París. Lo suscribía Baldomero Oller, que acudiría a la capital francesa representando a la "Sociedad de Curtidores de Barcelona y su provincia".

Del extenso texto sólo destacaremos algunas ideas significativas. Comenzaba señalando la existencia de dos formas para alcanzar la "emancipación de los asalariados; mas tal como la entienden algunas entidades que quizá sólo existan en lo que a España se refiere y en estos momentos -en Cataluña y que podríamos denominar- Oportunista: ajena por cierto del llamado partido Obrero Español y otra que la informan precisamente estas vastas agrupaciones que se denominan Anarquistas..." (sic) (54)

Para Oller ambas coincidían en el fondo y diferían en los procedimientos. Para llegar a un acuerdo insinuaba su asistencia, también, al Congreso de París y agregaba el siguiente razonamiento en defensa de sus criterios:

"No deben extrañar los anarquistas o sean los radicales que y en tanto no haya sonado la última hora del reinado de la clase media, haya dentro del Socialismo quién considere de importancia mucha discutir la manera de recabar de los poderes constituidos, (una) Ley de Trabajo" (sic) (55)

A continuación, se extendía en los puntos previstos en el orden del día de la asamblea internacional de París referentes a la regulación de la jornada de trabajo, el descanso en días

festivos y el trabajo del niño y la mujer. Respecto a esta, y dado el desequilibrio existente entre la producción y el consumo, defendía la idea de nivelar ambas magnitudes por el drástico método de segregar a la mujer:

"El trabajo de la mujer holgando el hombre es un insulto a los honrados sentimientos del mismo.

Al Congreso Internacional de París corresponde recabar de los poderes constituidos en todas las naciones del mundo una ley que sustente el indiscutible derecho al trabajo para el hombre en contra del de la mujer, dignificándose ambos al conducir a ésta al santuario del hogar doméstico para que cuide la educación de su familia."(56)

El criterio expuesto, de gravedad por proceder de un alto directivo de la federación Las Tres Clases de Vapor, difería totalmente de los principios aprobados por el PSOE en su Congreso de 1888, en cuyo Programa se defendía no sólo el derecho de la mujer al trabajo, sino también la reclamación del "salario igual para los trabajadores de uno u otro sexo". La prohibición del trabajo en la mujer sólo se contemplaba en el citado texto, "cuando éste sea poco higiénico o contrario a las buenas costumbres". La influencia de los acuerdos del Congreso de Ginebra (1866), resultaba palpable.

También en las competencias del futuro organismo internacional difería el dirigente "oportunista" de los socialistas. Emulando el criterio defendido por los anarquistas con relación a la AIT, del Congreso internacional debía salir la creación en cada país de "un Centro General de las Clases Obreras para recibir y mandar correspondencia con el Comité nacional de París". Esta articulación de relaciones entre las diversas organizaciones obreras tendría muy presente el evitar que "se

agravie su autonomía".

En la última entrega de su artículo, publicada a finales de junio, Baldomero Oller invitaba a "todas las Sociedades y Centros de obreros de Cataluña" a enviar su representación al "Congreso que se celebrará en la Bolsa del Trabajo de París". Confirmada ya entonces la doble y antagónica convocatoria, el articulista se refería también a ello en los siguientes términos:

"Decíamos al comenzar este ligero estudio que sería probable que dejaran de asistir a este Congreso no más que por espíritu de secta, algunas agrupaciones socialistas y casi no hemos tenido tiempo de concluirlo que desgraciadamente ya lo vemos confirmado con el agravante de convocar algunas de ellas otro Congreso para tratar la misma orden del día que el primeramente ~~convocado~~ ^{convocado}". (57)

A menos de un mes de los Congresos en París, la mayoría de los partidos socialistas habían confirmado ya su opción por una u otra convocatoria, lo que provocaría el agudizamiento de las disensiones entre ambos bloques. El "posibilismo" francés, por su parte, lograba también confirmar la existencia de su referente en nuestro país.

* * *

6. SE CONFIRMA LA CONVOCATORIA MARXISTA EN PARIS

El acuerdo definitivo en cuanto a lugar y fecha del Congreso "marxista" aún tuvo que vencer serias dificultades entre la Conferencia de La Haya y la publicación, a comienzos de mayo, de su primera Circular-convocatoria. Según se desprende de la correspondencia de Engels con Lafargue, éste debió ausentarse de la citada Conferencia, tras aprobarse la resolución oficial, ignorando un acuerdo posterior de los congregados. Consistía éste en que, "en el caso de que los posibilistas no aceptaran las condiciones expuestas, los belgas y los suizos tomarían la iniciativa de convocar un congreso en París, y que se haría una declaración común contra los posibilistas; este congreso se celebraría al final de septiembre". (58)

Las dudas y vacilaciones que provocó este segundo acuerdo retrasaron la convocatoria del Congreso socialista cerca de tres meses. Sólo los franceses defendieron con tenacidad la celebración coincidente de ambos encuentros, sin que tampoco faltaran por su parte ciertas indeterminaciones al respecto de las que el mismo Engels no fue ajeno.

En el mes que transcurrió del 23 de marzo al 22 de abril la zozobra amenazó con hundir el barco. En la primera fecha, Engels manifestaba a Lafargue que coincidiría con él en que "el congreso se tenga al lado del de los posibilistas", si no se hubiera acordado celebrarlo en septiembre. De hacer lo contrario, se corría el riesgo de quedarse sólo y aislado. El mismo día, en carta cruzada de Lafargue, éste lamentaba no haber sido informado de la citada resolución de La Haya, con lo que se "habrían evitado bastantes embrollos". Pedía a Engels que empujara "a los alemanes a poner la espada en los riñones de los belgas" para que fijaran la fecha del congreso, añadiendo que convendría escoger el mes de agosto. A renglón seguido, evidenciando la confusión existente, citaba una carta de Bebel según la cual, este decía

"que sería ridículo tener otro congreso internacional si los posibilistas organizaban el suyo". (59)

Ante la insistencia francesa en cambiar la fecha prevista de septiembre, la confusión en el mes de abril era total: "Liebknecht declara en la prensa de Berlín que hay pocas esperanzas de que el congreso se haga este año en París y que será mejor celebrarlo en Suiza el próximo año. La prensa suiza acoge esta idea con entusiasmo. Bebel parece disgustado de tantas dificultades y próximo a abandonar todo (en manos de) Liebknecht. Y los belgas no le responden, ni a Bebel ni a Liebknecht". (60) Esta era la increíble situación en el campo "marxista" a un trimestre de la inauguración de su Congreso.

Finalmente, fue la decisión tomada por los socialistas belgas en su Vº Congreso de Jolimont, el 21 y 22 de abril, la que provocó una reacción alemana que condujo directamente a la convocatoria del Congreso alternativo en París. Simultáneamente, Engels y Leonor Marx Aveling, desde Inglaterra, procedían a una amplia campaña contra el certamen "posibilista" por medio de publicaciones, artículos de prensa, correspondencia y contactos personales. (61)

En la asamblea de Jolimont la heterogeneidad del conglomerado socialista belga dió lugar a posturas encontradas. Según la Memoria de la Comisión organizadora "marxista", los "posibilistas" enviaron allí un delegado para combatir los acuerdos de La Haya, mientras que los "guesdistas" no estuvieron presentes. El importante núcleo socialista flamenco de Gante, declaró en el plenario belga que no acudiría "al congreso de los posibilistas en tanto que estos persistieran en sus pretensiones". Tras la discusión a favor o en contra de ambas convocatorias se zanjó el tema con un "veredicto salomónico" -en palabras de Leo Valiani-. Se acudiría a los dos Congresos. Por 39 votos contra 33 se acordó enviar una delegación oficial al de los "posibilistas". Por 55 votos contra 22 se adoptó también la

resolución de estar presentes en el "que será organizado por los disidentes en París o en otra parte". (62)

El POB, con su elevado número de militantes (40.000 en 1886) y su eficiente organización, constituía el único partido socialista de importancia "susceptible de abrigar simpatía por los posibilistas". (63) Su ambigua decisión, al legitimar un partido obrero relevante la cita corporativa de París, provocó enorme malestar y recelo en las restantes formaciones socialistas, pero tras las primeras reacciones, estas comprobaron que con su actitud los belgas dejaban abierta, y en el punto de salida, la convocatoria de un congreso socialista capaz de pretender la unificación en igualdad de condiciones.

Los socialistas de Gante con su dirigente Anseele concurrirían al Congreso "marxista" y los alemanes, que de ningún modo hubieran deseado adoptar una decisión enfrentada a la de los belgas, quedaron con las manos libres para inclinarse -esta vez sí, de forma definitiva y manifiesta- por los "guesdistas". A finales de abril Lieknecht comunicaba sin tardanza a Bernstein que los franceses debían actuar mediante "un hecho consumado". A continuación le detallaba su plan: "Es necesario que el Congreso sea convocado para el día exacto de la apertura del de los posibilistas (no decidido), con las normas exactas estipuladas en La Haya". La justificación para hacerlo en esa fecha estaría en "la firme esperanza de que el sentimiento de solidaridad forzará a los dos congresos a celebrarse en común". A continuación, señalaba la conveniencia de realizar un informe de la situación partiendo de los Congresos de Burdeos y Troyes. (64)

El 2 de mayo Liebknecht comunicaba a Bernstein en Londres que Lafargue podía contar con él y con Bebel como adherentes a su Congreso. En la misma carta en que Engels facilitaba esta información al dirigente francés, le acompañaba un nutrido conjunto de direcciones a las que debía enviar la convocatoria.

Sin perder un minuto, tras los meses de retraso, Lafargue, por el Partido Obrero francés, ponía en marcha la maquinaria congresual. El 3 de mayo informaba a Engels: "He escrito a Burdeos que se consideren como mandatados por La Haya, y convoquen el congreso para el 14-21 de julio en nombre de las Cámaras sindicales y organizaciones socialistas de Francia y de los partidos socialistas representados en la Conferencia de La Haya". En la circular de convocatoria, indicaba a continuación, "se ignorará a los posibilistas y a su congreso". (65)

Tres días después enviaba una nueva misiva a su protector y consejero en Londres, en la misma le adjuntaba ya la circular redactada para convocar su Congreso. Más adelante, le informaba del acuerdo tomado por los organizadores tendente a enviar una segunda circular con las firmas de las entidades del exterior adheridas: "Tengo ya las de Holanda, España, Alemania; procúreme las de la Liga Socialista y otras organizaciones extranjeras." (66)

Engels, auténtico mentor de los socialistas franceses y alemanes, así como de los británicos de la Liga Socialista, recibió complacido el documento. En su opinión, "La convocatoria es breve y agradable, contiene lo necesario y más..." (67) El 11 de mayo estaba ya traducida al inglés por Laura Marx, y también al alemán, habiéndose publicado en el semanario Der Sozialdemokrat. (68)

El PSOE, con cuya adhesión contaba ya Lafargue el 6 de mayo, publicó el texto en El Socialista del 31 de mayo de 1889.

Se pretendía una convocatoria abierta, de ahí que la suscribieran no sólo los órganos ejecutivos de los Congresos de Burdeos y Troyes, de los que se hacía derivar la legitimidad del llamamiento, sino también las Cámaras sindicales, organizaciones socialistas y grupo municipal de París, así como el grupo socialista de la Cámara de Diputados. Formaban el Comité ejecutivo por estos organismos, entre otros, Guesde, Lafargue,

Deville, Longuet, Ferroul y el líder "blanquista" Vaillant.

La invitación estaba dirigida a "los delegados obreros y socialistas de todas las naciones", aclarando "sin distinción de partido". Se efectuaba cumpliendo el mandato de los citados Congresos franceses, y ateniéndose "a las resoluciones tomadas por la Conferencia internacional de La Haya", cuyo texto completo se incluía en la Circular. Aquellos acuerdos adoptados en Holanda para intentar reconvertir la cita de los reformistas, llevándola a su terreno, valían ahora como eje de la nueva convocatoria "marxista". De hecho, ambos llamamientos congresuales, por las circunstancias que venimos analizando, mostraron una serie de coincidencias que podría parecer sorprendente. La fecha, el lugar, la flexibilidad con las delegaciones procedentes de países con gobiernos "despóticos" e, incluso, el orden del día correspondiente al acuerdo adoptado en La Haya, eran similares para ambas asambleas. Tan sólo, como se vio, la admisión de delegaciones "por cada nacionalidad" y la "soberanía del Congreso", básica para los marxistas, las distanciaban irremisiblemente. Estos puntos, que como se expuso impidieron formalmente la unión posterior de ambas reuniones, suponían, de hecho, la presencia predominante en el Congreso internacional de uno solo de los dos bloques obreros franceses que se reclamaban afines al socialismo.

La invitación se hacía "a las organizaciones socialistas y obreras de Europa y América". El Congreso, se predecía, "echará las bases de la unión de todos los trabajadores y de todos los socialistas de ambos mundos". (69) Esta frase, que chocaba con las restricciones recogidas en las leyes anti-socialistas de Bismarck, fue suprimida por Bernstein al publicar el llamamiento en el semanario socialdemócrata alemán. Su contenido era una muestra fehaciente del afán rector del organismo internacional admitido y deseado por todos, aunque los alemanes se vieran imposibilitados coactivamente para expresarlo o asumirlo en público. La creación de una nueva Internacional

obrero, objetivo claramente perseguido por los "posibilistas", como ya vimos, se planteará inmediatamente entre sus rivales a medida que se vayan perfilando las características del Congreso socialista.

El lanzamiento de la nueva convocatoria, esperada por la mayor parte de los partidos socialistas, provocó la adhesión paulatina de los que no lo habían hecho ya. En los primeros días de junio, organizaciones socialistas de Suiza, Polonia, Bélgica (Gante), Inglaterra, Italia, Portugal y Rusia, estampaban su firma, junto a las iniciales de Alemania, Holanda, España y Francia, en una segunda circular urgida vehementemente por Engels desde Londres. (70) A sensu contrario, este llamamiento, que la mayoría lo suscribían con un indisimulado deseo unitario, era acogido con manifiesto rechazo por parte de sus oponentes. Esta actitud de los "posibilistas", que derivó hacia posturas intransigentes, sería aprovechada por los "guesdistas" en su pretensión de diferenciar su celebración, definida como socialista, de la contraria, a la que no consideraban como tal. La segunda circular, redactada por la Comisión organizadora a finales de mayo, fue reproducida en España por El Socialista del 7 de junio de 1889.

El nuevo texto incluía, además de las adhesiones citadas, firmas muy significativas como las de Liebknecht, Bebel, Singer y otros ocho diputados del Reichstag alemán, Nieuwenhuis del partido socialdemócrata holandés, Anseele por los socialistas belgas de Gante -cuna de las organizaciones obreras de aquél país- Morris y Cunningham Graham de Gran Bretaña, Cipriani de Italia, Adler de Austria y Pablo Iglesias y Francisco Diego como presidente y secretario respectivamente del PSOE.

En cuanto al contenido, a diferencia de la primera circular, se introducían dos importantes aportaciones. El saludo inicial recogía una especie de declaración de principios, de clara significación revolucionaria, que establecía netamente las

distancias con los reformistas del otro bando:

"nosotros, socialistas, que queremos la emancipación del trabajo, la abolición del régimen del salario y la creación de un orden de cosas en el cual, sin distinción de sexo ni de nacionalidad, todas y todos tengan derecho a las riquezas producidas por el trabajo común..." (71)

La segunda incorporación correspondía al orden del día acordado para el Congreso. Además de los puntos previstos sobre legislación internacional del trabajo, regulación de la jornada laboral, inspección y medios para alcanzar lo anterior, se añadía un cuarto punto:

D). Abolición de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.

Su adición venía suscrita por la Comisión organizadora de París y, como en el texto anterior, su contenido coincidía con lo recogido por los distintos partidos obreros en sus Programas. El PSOE, en concreto, incluía textualmente esta misma reclamación dentro de las medidas políticas aprobadas en su Congreso de Barcelona. También el POF lo trató en su reunión de Troyes.

Así pues, socialistas de doce países europeos, alguno de ellos a título particular, suscribieron este llamamiento.

Vistos los textos citados de ambas Circulares, partiendo la iniciativa del POF y habiéndose sumado inmediatamente el SPD alemán, es fácil explicarse la adhesión avanzada de los socialistas españoles. Estos, en su primera reunión nacional de 1888, acordaron secundar la iniciativa alemana de Sankt-Gallen,

como se vio al comienzo de este capítulo. La misma, comenzó retrasándose un año, a sugerencia francesa, y concluyó, tras los múltiples avatares descritos, por subsumirse finalmente en el llamamiento de los socialistas galos.

Con la velocidad que imponía la proximidad del Congreso, el PSOE adoptó las medidas pertinentes para estar representado en el mismo. A comienzos de junio las Agrupaciones socialistas realizaron por elección sus propuestas de delegados al Congreso de París. La madrileña lo hizo el domingo 9 en su sede de la calle Hernán Cortés, 8. Las decisiones de esta elección primaria se trasladaron al Comité Nacional del partido, el cual, reunido el 9 de julio, cinco días antes de la celebración, daba a conocer el resultado final:

"Del escrutinio verificado por este Comité en las elecciones celebradas por las Agrupaciones para nombrar el delegado que ha de representar a nuestro partido en el Congreso socialista internacional de París, ha resultado elegido por mayoría de votos el compañero Pablo Iglesias". (72)

Esta comunicación se publicaba en El Socialista el 12 de julio.

En esa misma fecha, la suscripción efectuada entre las Agrupaciones "para sufragar los gastos de representación del Partido en el Congreso socialista internacional de París", alcanzaba la suma de 330,40 pesetas. Así pues, la decisión nacional previa al encuentro quedaba plasmada en el acuerdo transcrito y apoyada económicamente con la cantidad citada. No obstante, en los pocos días que transcurrieron entre el 9 de julio y la inauguración en la capital del Sena, un nuevo delegado

se sumó a la representación española. Analizando la situación puede comprobarse que Iglesias, aunque leía y traducía el francés, no dominaba este idioma lo suficiente como para expresarse en público y, probablemente, para entender un discurso en el desarrollo de una asamblea. Así, si bien mantenía correspondencia en esta lengua, en las reuniones internacionales siempre se expresó en español. Por otra parte, no hay que olvidar que esta era su primera cita en un Congreso internacional, y, así mismo, su primera salida al extranjero. Todas estas reflexiones debieron conducir a una resolución lógica; ya que José Mesa se encontraba viviendo en París y dominaba el francés le acompañaría al Congreso. En el mismo, sólo podía estar como delegado, ya que el público ocupaba unas tribunas especiales en las reuniones que tenían carácter abierto. Así pues, Mesa acompañó a Iglesias como delegado, actuó con él de traductor e intervino en la magna asamblea.

Posiblemente, la premura de fechas no permitió que los trámites para su elección como delegado se cubrieran antes del Congreso, con lo que la decisión se debió tomar sobre la marcha. El hecho es que tras el encuentro internacional, el semanario socialista de Madrid recogía esta escueta información: " El Consejo de Redacción de EL SOCIALISTA nombró su representante en el Congreso revolucionario de París a nuestro querido amigo y correligionario José Mesa, residente en aquella capital". (73) De lo anómalo y precipitado de esta decisión, tan comprensible y justificada por otra parte, da prueba el hecho de que en ninguno de los Congresos posteriores de la II Internacional volvió a tener representación El Socialista.

Adoptados por el PSOE los acuerdos referidos a París en el primer Congreso celebrado en agosto del año anterior, y elegidos los representantes del socialismo español en el acontecimiento internacional citado, el reducido partido obrero de nuestro país -con apenas dos docenas de Agrupaciones por entonces- se disponía a iniciar una travesía en el plano internacional que, como hemos

podido comprobar, se apoyaba en una tradición y en unas intensas relaciones con el exterior que contaban con tres lustros de existencia.

* * *

7. ESPAÑA: DOS DELEGACIONES Y UNA POLÉMICA

Con la misma celeridad que los socialistas, y a tan sólo un mes de su Congreso internacional, la federación obrera catalana Las Tres Clases de Vapor se preparó para el mismo.

Con un retraso inexplicable, la decisión oficial de acudir a París se adoptó el 12 de junio de 1889. Si recordamos que ya en diciembre del año anterior El Obrero publicaba una Circular de la F.T.S.F. anunciando la celebración, que en marzo habían sido visitados por el dirigente de esa Federación André-Gely y que a primeros de mayo divulgaban en su semanario la Circular convocando al certamen, no se comprende bien la dilación con que se produjeron los partidarios del socialismo "oportunista".

La iniciativa para concurrir a la cita de los "posibilistas" partió de la industriosa ciudad de Mataró. Al igual que el impulso inicial para la fundación de la UGT, fue la Junta Local de la capital de El Maresme quién propuso a la federación obrera catalana acudir a la celebración internacional en Francia. La fecha del acuerdo mataronense fue el 6 de junio y el razonamiento de la propuesta se formulaba en estos términos:

"... esta Junta, enterada de algunos de los puntos que

se discutirán en el Congreso Internacional de trabajadores que se celebrará en París, los días 14 a 21 inclusive del próximo julio; y considerándolos de suma importancia para la clase obrera del Universo... ha acordado proponer a la representación federativa y a las Juntas de las Localidades federadas, que la Federación esté en él representada por una Delegación propia". (74)

Los puntos a los que hacía alusión se referían a la "Legislación internacional del Trabajo". Para la federación antes citada, ideológicamente asentada sobre criterios moderados y partidaria de la evolución social reclamando insistentemente reformas a los poderes públicos, la intervención del Estado a través de la legislación social constituía un objetivo perseguido desde años atrás. No así el hecho de elevar la demanda a un plano internacional en coordinación con otras organizaciones afines. En el comienzo de la década que transcurría, esta entidad catalana presente fundamentalmente en la industria textil, había manifestado su renuncia al internacionalismo con dos razonamientos; evitar la represión generalizada practicada por los gobiernos europeos contra el mismo y, por otra parte, confirmar su defensa del autonomismo a la hora de articular y decidir su propia conducta como organización independiente. (75)

El mismo texto de la sección de Mataró parecía defender la elevación de las demandas laborales al plano internacional cuando aludía al rechazo gubernamental de sus pretensiones, "en un país como el nuestro donde todos los intereses están amparados y protegidos por leyes del Estado menos los de la clase trabajadora". La actitud de su organización se había basado siempre en "apelar a todos los medios que la legalidad permite y aprovechar todos los resortes y oportunidades que se presentan para recabar garantías positivas". El Congreso de París ofrecía, a este respecto, una atractiva plataforma internacional, de ahí

que, según los proponentes del escrito, no se pudiera "dejar de prestar nuestra cooperación a tan monumental Congreso".

El internacionalismo obrero, finalizando la década, carecía ya de riesgos y ofrecía plausibles ventajas, por lo que el texto citado concluía, incluso, abogando por la unión en el deseo de "hacer de la clase desheredada de ambos mundos una sola familia". Esto, sin más explicación, sería para los firmantes de la propuesta el método más rápido para acabar expeditivamente con la "inícuca y odiosa explotación del hombre por el hombre". El reformismo y el progreso gradual característicos de esta asociación se conjugaban dificultosamente con una transformación súbita que, de hecho, era imposible de alcanzar con los métodos y los medios que se propugnaban.

Recibido el escrito por la Junta Directiva de la Federación, ésta no tardó en pronunciarse. En una escueta nota fechada el 12 de junio, y publicada a renglón seguido de la solicitud mataronense, comunicaba su aprobación "por unanimidad". De obtenerse el beneplácito de las entidades locales, se nombraría "un delegado por una Conferencia que celebrarán los presidentes de las localidades que no sean muy distantes de Barcelona". Los gastos del mismo, por el contrario, serían satisfechos "por todas las secciones federadas por medio de una cuota proporcional". Sucribía la nota el presidente de la federación, Antonio Sagués. (76)

El 2 de julio se reunieron los representantes de las secciones locales próximas a la capital catalana, los cuales, tras "una deliberación amplia y detenida" eligieron por unanimidad a Eudaldo Xuriguera, representante de la sección de Barcelona. (77) Con posterioridad, se informó en El Obrero de que la "Delegación española" se componía de cuatro miembros, siendo los otros tres Antonio Fernández Felgueroso, en representación de Sociedades obreras de Barcelona y Sans, Baldomero Oller, también por tres entidades de la capital, y José Serra y Camps por las

secciones federadas de Barberos y Peluqueros. (78)

El 5 de julio, junto a la información de la elección de Xuriguera, se recogía en la primera plana del semanario catalán una segunda Circular del Comité Nacional de la F.T.S.F. sobre el Congreso "posibilista". Su texto se había reproducido el sábado 29 de junio en Le Prolétariat, órgano de la citada Federación. (79) En la misma, al igual que la reproducida un mes antes en El Socialista sobre el otro Congreso, se hacía especial hincapié en las adhesiones recibidas, las cuales, llamativamente numerosas en París, eran muy inconcretas en relación a otros países. Así, mientras figuraban con precisión diversas entidades sindicales francesas e inglesas, junto a la Federación Social-Democrática británica y el P.O. belga, no ocurría lo mismo con el resto de las adscripciones. De nuestro país, por ejemplo, se decía: "España y Portugal hacen valientes esfuerzos por estar dignamente representados". Se aseguraba que acudirían "los socialistas" de Edimburgo, Glasgow, Blackburn e Irlanda y que "las grandes villas de Italia" habían prometido enviar delegados. (80)

Se invitaba a todo tipo de organizaciones sindicales, profesionales y Círculos de estudios sociales, si bien tampoco esta vez se hacía alusión a los partidos socialistas. Las sesiones comenzarían el 15 de julio, concretándose por primera vez el día, el idioma oficial sería el francés y, como habían defendido desde el principio, tanto la verificación de los mandatos como las votaciones se harían por nacionalidad.

El orden del día incluía esta vez importantes modificaciones. Los dos primeros puntos se mantenían -Legislación internacional del trabajo, regulación de la jornada, vigilancia de los talleres, medios para obtener estas reivindicaciones y establecimiento de relaciones internacionales por las organizaciones obreras sin menoscabo de su autonomía- añadiéndose otros dos.

Uno de ellos se refería a las "coaliciones patronales" y a "la intervención de los poderes públicos", el otro, confirmando las pretensiones de continuidad de la Internacional, al reglamento, organización, duración de las sesiones, fecha y lugar del "próximo Congreso". (81)

El socialismo "oportunista" de nuestro país, como queda expuesto, concluía sus preparativos para concurrir a París, de la misma forma que lo había hecho el PSOE, organización adversaria ya, para su propio Congreso. Mientras tanto, una agria polémica, que se arrastraría a lo largo de varios meses, conduciría a ambas formaciones, ya distantes, hacia posturas irreconciliables. Esta fortísima discusión, materializada en su totalidad a través de artículos sin firma, tras los cuales parecía adivinarse la presencia de sus respectivos directores -Pablo Iglesias y José Pamiás- adoleció en general de las características de un "diálogo de sordos" en el que, como veremos, los razonamientos fueron cediendo poco a poco su lugar a las descalificaciones entre ambos organismos.

La polémica se inició y concluyó con sendos artículos de El Obrero, el primero apareció el 14 de junio y el último el 16 de agosto. En uno de sus escritos, el semanario catalán exponía "que El Obrero nunca había tenido diferencias con El Socialista". (82) La verdad es que entre ambos órganos de prensa aún no había surgido el debate, pero sí entre personalidades muy vinculadas a las entidades que ellos representaban. La federación Las Tres Clases de Vapor, pese a su proximidad durante un lustro con el PSOE, conservó siempre unos criterios netamente diferenciados de los de éste: reformismo, gradualismo, oportunismo y, sobre todo, alianza y apoyo a los partidos republicanos. Estos postulados, que junto a antiguas relaciones personales entre Pamiás y Brousse -como ya vimos- les aproximarían a los planteamientos internacionales del "posibilismo", provocaron también su desvinculación del partido obrero, más radical en sus principios revolucionarios, intransigente en su aplicación y contrario a

cualquier alianza con los "partidos burgueses" de cualquier signo. Desde 1887, con la dimisión como director de El Obrero del socialista Toribio Reoyo, sustituido por José Pamias, las diferencias no hicieron más que ahondarse entre ambas organizaciones obreras. (ver nota 41)

Así pues, y aunque estrictamente pudiera ser cierta la afirmación del periódico barcelonés sobre ausencia de pugnas con su colega madrileño, la verdad es que la nueva polémica, parafraseando al prusiano von Clausewitz, no era más que la continuación del enfrentamiento con otros protagonistas.

A lo largo de dos meses se cruzaron nueve tensos artículos -cinco desde El Obrero y cuatro en respuesta de El Socialista- que, precisamente, coincidieron con la información que cada semanario dió de su respectivo Congreso internacional. La chispa saltó desde Barcelona el 14 de junio. El número de El Obrero de esa semana es el que informaba de la iniciativa de Mataró, así como del acuerdo unánime de la Junta Directiva de la federación catalana para secundar el llamamiento "posibilista". En primera plana, y respondiendo a las preguntas de muchos interesados, "que no aciertan a entender si es uno o son dos los Congresos obreros internacionales que el día 14 del próximo julio anuncian El Socialista y El Obrero", se insertaba una explicación bajo el significativo título de Aclaraciones. En la misma se revelaba que, ciertamente, había dos convocatorias en el mismo día 14 de julio -ambas en París- y, lo que calificaban de "bochornoso", con el mismo programa. A continuación reproducía el orden del día inserto en la Circular de la F.T.S.F. publicada en sus páginas el 10 de mayo y el elaborado en la Conferencia de La Haya con el apartado D) sobre los ejércitos permanentes adicionado con posterioridad. No indicaba cómo se había configurado el primero de los temarios, que incluía textualmente, como vimos, los tres puntos aprobados en la citada Conferencia holandesa.

Pese a señalar su similitud, el articulista indicaba que el

contenido del punto añadido variaba sustancialmente los contenidos de ambos Congresos: "el primero ("posibilista") es exclusivamente económico y todo su objeto es económico y el segundo ("marxista") es de un fin político". (83) Los asistentes a La Haya, concluía, pudiendo acudir al Congreso "posibilista", convocaban otra reunión "en un mismo día y poniendo unos mismos puntos a discusión". Su objeto, resumía, era "aparentar una gran potencia frente (a) la clase obrera así perezca todo lo demás". A estos convocantes, que descalificaba indicando que "son simplemente unos sectarios y unos autoritarios", les achacaba, para concluir, "la torcida conducta de esos socialistas a la alemana". La polémica estaba servida.

Pese a que apuntaban ciertos temas que habrían hecho derivar la polémica hacia una serie de principios y concepciones que les separaban -planteamientos sindicales o estrictamente políticos, actitudes intransigentes o colaboracionistas, clasistas estrictas o interclasistas, autoritarismo y/o centralismo frente a autonomismo y federalismo- la discusión se centró estrictamente en algo más prosaico: quién convocó primero. En este sentido, si el autor de las Aclaraciones, suponiendo que fuera el mismo en todos los escritos de El Obrero, así como empezó citando el Congreso de París de 1886 y el de Londres en 1888 que confirmó su iniciativa, se hubiera mantenido en estos datos incontrastables, la polémica no habría tenido razón de ser. Fue el referirse a la fecha y al orden del día lo que determinó el sesgo de la misma.

El Socialista, tras apuntar brevemente a las "diferencias entre los posibilistas y los socialistas revolucionarios de Francia", se centró en los dos puntos accesorios citados, defendiendo, en sus exposiciones, que tanto una como otro se habían acordado en La Haya, salvo el apartado referente a los "ejércitos permanentes" que se había incorporado con posterioridad. Resaltaba a continuación el juicio contradictorio de su oponente, el cual, si bien denunciaba que ambos órdenes del día eran similares, sin embargo deducía que un Congreso era

"exclusivamente económico" y el otro "de un fin político". Finalmente, rechazando el apelativo de "socialistas a la alemana" que les dirigiera su colega, apuntaba un tema que habría sido, de debatirse, de singular interés: "Si lo ha dicho por explotar el sentimiento patriótico o nacional, como ha explotado en otros tiempos el sentimiento regionalista, pierde lastimosamente el tiempo, pues eso no produce ya efecto entre los trabajadores". (84)

La polémica se ciñó, pues, meramente en torno al origen de la iniciativa, no del Congreso, sino de la fecha y el temario, puntos estos en los que El Obrero tenía que llevar, por fuerza, la peor parte. En lo referente al orden del día, argumentó éste que se trataba de "la indicada por el Congreso internacional de Londres, es decir, anterior a la Conferencia de La Haya". El Socialista, por su parte, defendía que los puntos habían sido acordados en la citada Conferencia, "esto es, antes de que la publicaran los "posibilistas".

En estos temas, si bien el semanario madrileño estaba en lo cierto y demostró poseer una excelente información, incluso de sus adversarios -citó frecuentemente Le Prolétariat, órgano de la F.T.S.F.- tampoco a los otros les faltaba totalmente la razón. Veamos.

El acuerdo textual aprobado en el Congreso corporativo de Londres decía así:

"La opinión del Congreso es que debido a la concentración del capital y a la relativa debilidad de los Sindicatos en relación al número de trabajadores, es imposible reducir la jornada laboral sin la intervención del Estado, y que en todo caso el máximum de horas de trabajo debe ser de ocho al día". (85)

Este acuerdo, que había sido propuesto y defendido por los delegados W. Parnell y François Sas, fue trasladado a su orden del día por los "posibilistas" en la Circular del 15 de febrero de 1889 que, como se recordará, fue lanzada a raíz de la invitación alemana a la Conferencia preparatoria. El segundo punto propuesto por aquellos se refería a los medios "para establecer relaciones constantes entre las organizaciones Obreras de todos los países, sin que por eso perjudique en nada a su autonomía". (86)

Ambos temas son exactamente los que fueron expuestos por André-Gely en Barcelona, durante su desplazamiento en la segunda quincena de marzo de aquél año. Así mismo, el dirigente "posibilista" invitó a un Congreso que se celebraría "en julio" ya que el día exacto no había sido precisado en la Circular:

1º El Congreso se verificará en París durante la segunda quincena de Julio. (87)

Así las cosas, el 28 de febrero se reunió la Conferencia preparatoria en la ciudad holandesa y, con gran precisión, adoptó sus acuerdos. Entre estos, por lo que al tema respecta, los siguientes:

1º El Congreso internacional de París se verificará del 14 al 21 de julio de 1889.

En cuanto al orden del día:

a) Legislación internacional del trabajo.
-Reglamentación legal de la jornada de trabajo

(trabajo de día, de noche, de los días de fiesta, de los adultos, de las mujeres y de los niños)

b) Vigilancia de los talleres de la grande y pequeña industria, así como de la industria doméstica.

c) Medios para alcanzar estas reivindicaciones. (88)

Concluida la Conferencia, el belga Volders trasladó sus resoluciones al Comité Nacional de la F.T.S.F., organizador del encuentro "posibilista", el cual, reunido el 20 de marzo resolvió rechazar varios puntos, considerados irrevocables -que vimos en el apartado 3º de este Capítulo- pero aceptó otros: la fecha exacta y el orden del día de La Haya, si bien, integrando los tres puntos en un sólo bloque. En su contestación a la propuesta, datada el 22 de marzo, decían:

"Deseais que el Congreso se verifique del 14 al 21 de julio. Por una circular, de fecha 15 de febrero, hemos anunciado que tendría lugar en la segunda quincena de julio. Estamos pues, de acuerdo. Siempre, por supuesto, teniendo en cuenta las opiniones de las otras nacionalidades". (89)

En cuanto al orden del día, la respuesta fue similar:

"Creeis útil sustituir con una nueva fórmula más extensa y mejor el 1^{er} párrafo del orden del día; lo aceptamos completamente, así os lo prueba el acta de nuestra última sesión, aparecida en el Prolétariat del 23 de marzo.

El resto del orden del día provisional se mantiene hasta que recibamos las indicaciones de las diversas

naciones adherentes". (90)

Por indicación de los demás países participantes, o por otra razón que no hemos averiguado, la fecha del Congreso "posibilista" se fijó del 15 al 21 de julio en su segunda Circular, publicada en Le Prolétariat el 29 de junio y en el El Obrero el 5 de julio. Al final, tampoco esta fue la definitiva ya que la asamblea concluyó el 20 de dicho mes.

En cuanto al orden del día, esta circular, así como la primera reformada el 6 de abril y reproducida en El Obrero el 10 de mayo, recogió textualmente la propuesta de La Haya englobada en el primer punto del orden del día. "El 6 de abril, publicamos un nuevo manifiesto que tuvo en cuenta las reclamaciones de la Conferencia de La Haya en los límites que habíamos precisado". Eran, en definitiva, las concesiones efectuadas ante los oponentes, a fin de "afirmar -señalaban- nuestra lealtad y nuestro espíritu de tolerancia". (91) Pero de ninguna manera, como vimos, en aquellos temas que de algún modo hubieran significado que el Congreso se les iba de las manos.

La vieja reclamación de las 8 horas, tan cara a los partidos obreros como a las organizaciones corporativas, fue sustituida por una más amplia regulación de la jornada, si bien desapareciendo la mítica limitación. No obstante, ambos Congresos aprobarían aquella. El "marxista", por su parte, con el acuerdo adicional de la manifestación obrera del 1º de mayo como medio para obtenerla, resolución ésta que dió la máxima repercusión y notoriedad al citado encuentro. En palabras de Vandervelde, fue una decisión "llamada a conocer la fortuna más prodigiosa". (92)

En la polémica de los semanarios obreros españoles, los catalanes se obcecaron en negar la voluntaria aceptación, por parte de sus colegas franceses, de aquellas propuestas de La Haya. El Socialista, incluso aportó la respuesta de la F.T.S.F. a

Volders reproducida en Le Prolétariat, pero no valió de nada. La discusión inicial, centrada en los puntos citados, derivó en críticas al apoyo que los "oportunistas" daban al alcalde de Barcelona, Rius i Taulet, así como en el rechazo de la cualidad de "socialistas" asignada a los 20.000 federados de Las Tres Clases de Vapor representados en el certamen "oportunista" de París por Xuriguera.

La polémica quedaba cerrada para El Socialista el 9 de agosto. El día 16 hacía lo propio el semanario barcelonés con una larga nota en la página segunda. Concluía sin la más leve concesión en los temas debatidos. Paradójicamente, los hados jugaron una mala pasada a los "posibilistas": en la primera plana de aquél mismo día, El Obrero recogía, precisamente, el capítulo de la Memoria de la F.T.S.F. en que se aceptaban tanto el orden del día como la fecha propuestos por La Haya.

Tras dos meses de enconada pugna, concluía aquél diálogo de sordos con ambas organizaciones enfrentadas radicalmente. A buen seguro, de conocer los "oportunistas" el texto de aquella primera página, con la misma antelación de que dieron muestras los socialistas, no se hubiera evitado el encontronazo. Las diferencias, como vimos, venían de antiguo y se prolongaron por algún tiempo. Las escisiones hicieron mella en la federación obrera catalana que, en 1891, iniciaría un "vertiginoso declive".
(93)

Finalmente, el análisis de la polémica periodística, protagonizada en España por las entidades que representaron a nuestro país en ambos Congresos, conduce a un resultado positivo: desentrañar el complejo proceso mediante el cual dos grupos de organizaciones enfrentadas, lograron, por el contrario, coincidir plenamente en el conjunto más importante de temas a tratar, y también, con una diferencia de 24 horas, en la fecha en que lo llevaron a cabo.

8. ENGELS, LA DIRECCIÓN DEL MOVIMIENTO Y LAS DIFICULTADES DE ÚLTIMA HORA

Tras múltiples avatares se llegaba al verano de 1889 con dos Congresos obreros convocados. Ambos se consideraban socialistas, intentaban atraer a su seno las mismas organizaciones, sustentaban en esencia un mismo temario, concurrían a una misma ciudad simultáneamente, se proponían constituir una nueva Internacional y se consideraban legitimados para ello en virtud de sendos mandatos conferidos con anterioridad.

Tras este conjunto de coincidencias se encontraba también una buena suma de discrepancias: los diferentes procesos de las convocatorias, que venimos siguiendo; la distancia en los planteamientos "marxistas" y "posibilistas" y las posibles preferencias por los temas que se denominaban "políticos" y "económicos"; los enfrentamientos personales en los que jugaban un papel esencial figuras como Engels, Hyndman, Guesde, Lafargue, Brousse y, a nuestra escala, Iglesias y Pamiás; el alcance de los objetivos revolucionarios o reformistas que se pretendían, y que poco a poco acortarán sus distancias; la lucha por la hegemonía dentro del movimiento obrero francés y, finalmente, el control de la Internacional como nueva plataforma de coordinación del socialismo europeo.

Considerando coincidencias y discrepancias como factores en pro y en contra de la unidad no es difícil augurar que la balanza se inclinaría del lado negativo. Analicemos, a continuación, como se desarrollaron los hechos.

Habíamos visto que, pese al enorme retraso de los "marxistas" en convocar su celebración, en comparación con los "posibilistas" -15 de febrero y primeros de mayo, respectivamente- los primeros recuperaban distancias a la hora de recabar adhesiones y plasmarlas en una segunda Circular, a comienzos de junio, casi un

mes antes que sus oponentes. En esta fase, los partidos socialistas organizados se inclinaron en su mayoría hacia el mismo lado, con la excepción mencionada de la Federación Social Democrática de Hyndman y las particularidades excepcionales como en el caso del P.O.B. En el lado "posibilista" las ventajas obtenidas en el arranque se trocaban rápidamente en serias dificultades a la hora de lograr adscripciones. Este sería uno de los puntos débiles de su celebración. Al comprobar estas dificultades en el campo adversario, Engels escribía estas reflexiones el 11 de junio:

"Como nadie se lo reprocha, (los "posibilistas") se abaten sobre los sindicatos no socialistas o semisocialistas, y como consecuencia, su congreso tendrá un carácter bien distinto del nuestro" (94)

A renglón seguido, aludía a un tema prioritario en el momento, sobre el que nos vamos a referir; la unidad. Al respecto, decía Engels tras lo expuesto: "Esto deja en segundo lugar la cuestión de la fusión: dos congresos de tal naturaleza pueden muy bien desarrollarse sin escándalo uno al lado del otro".

Durante el último mes anterior al 14 de julio ambos contendientes se esforzarán denodadamente por sumar fuerzas y menoscabar la capacidad del adversario. Los "posibilistas" quitarán importancia al llamamiento contrario y pondrán en duda, incluso, su viabilidad. Los "marxistas", por su parte, harían lo propio. Para llevar a su lado a la Unión Social-Demócrata danesa, Lafargue utilizaría estos parciales argumentos: "...estais en un error creyendo que os encontrais en presencia de dos congresos internacionales: el congreso posibilista, que no tendrá de internacional más que el nombre, está convocado por un grupo que no existe fuera de París. El otro congreso es el único

verdaderamente internacional, está convocado por los socialistas de los principales países de Europa..." (95)

Ambos conjuntos se iban perfilando con gran rapidez y los dos contaban con un elevado número de entidades partidarias de la unidad. Algunos, como los daneses, de forma rotunda. Otros, como los alemanes, belgas, holandeses e italianos blandiendo cada uno sus propios argumentos y, en el caso de los tres últimos citados, acudiendo simultáneamente a ambas celebraciones. Los oponentes a la fusión, en un lado el P.O.F., el PSOE o la Liga Socialista británica, al otro la F.T.S.F., los delegados "oportunistas" catalanes o la Federación Social-Democrática, manifestaban en su actitud, no un rechazo a la unidad obrera -a lo que nadie se oponía abiertamente- sino más bien la exteriorización de enfrentamientos orgánicos en sus países de procedencia. La actitud de los "guesdistas" era cerrada al respecto. Las palabras de Lafargue no dejaban lugar a dudas: "...nuestros amigos quieren hacer la unión de los dos congresos,... Nosotros no haremos ninguna concesión: ellos vendrán al nuestro. Nosotros no iremos al suyo". (96)

Como los belgas y algún conocido dirigente alemán siguieran en sus tentativas unitarias, Engels, desde Londres, insistió en sus argumentos y aportó una salida al conflicto que, aunque difícil de alcanzar por sus propios planteamientos, logró imponer un cierto compás de espera. Los Congresos se celebrarían por separado, debido a su carácter: "uno compuesto de socialistas y el otro sobre todo de aspirantes al socialismo, no pienso que, en estas condiciones, Bebel se incline a comprometerse en una unión a cualquier precio". (97) En la misma carta en que exponía estas opiniones, el veterano patriarca socialista calculaba las fuerzas que acudirían al llamamiento "posibilista". A la vista de las mismas, juzgaba que estos "no cederán", ya que "compensarán seguramente, gracias a los sindicatos, su insuficiencia en socialistas". No obstante, resumía su propuesta-predicción con estas palabras:

"...no habrá, en mi opinión, la menor posibilidad de fusión útil, al menos con condiciones detalladas, debatidas entre los comités de ambos congresos y aceptadas por estos últimos. De no ser así, la reunión no duraría más de dos horas. Y, para llegar a una solución, hará falta tiempo, de suerte que la fusión no podrá alcanzarse más que hacia el final, si es que se logra". (98)

Como puede verse, la actitud de Engels no era precisamente conciliatoria. El fantasma de la división, que revoloteaba en sus pensamientos desde el Congreso de la vieja Internacional en La Haya, parecía atormentarle de nuevo. Estas experiencias pasadas determinaron, sin duda, no solamente su postura ante ambos Congresos, sino también su posible presencia en el que tanto había contribuido a articular, así como su opinión sobre si este paso iniciaría el camino reconstructor de la Internacional.

Para Engels el esfuerzo había sido considerable. Ya en mayo escribía a Kautsky: "El maldito congreso con todo lo que el mismo entraña me ha arrebatado todo mi tiempo desde hace tres meses: escribir aquí y allá, correr sin descanso y agotarse por completo y, con ello, contrariedades, irritaciones y disputas". (99) Simplemente con observar su correspondencia durante el año que precedió al Congreso se confirma lo expuesto. Su dedicación al mismo puede considerarse extraordinaria, sobre todo si se tiene en cuenta que no descuidó su labor intelectual ni tampoco la publicación y divulgación de la obra de Marx. Además de tiempo, como es sabido, aportó sumas importantes de sus propios recursos. Sin embargo, contaba 69 años de edad y no le movía ningún afán de protagonismo: "...es necesario en cualquier caso que yo permanezca al margen del congreso...", escribirá a Laura Lafargue. En la misma carta se sincera con la hija de Marx: "Hay dos cosas que evito visitar por principio, y donde sólo acudo a la fuerza: los congresos y las exposiciones".

A diferencia de las que escribía a Lafargue, Bebel, Kautsky o Bernstein, e incluso a Pablo Iglesias, en las que no faltaba el buen humor, las de Laura Marx se abren al desahogo y la confidencia. En esta misma misiva que comentamos, escrita un mes antes del acontecimiento -aunque éste pasara prácticamente desapercibido en el París de la Exposición- el viejo internacionalista nos descubre, quizás, algunas claves de su comportamiento:

"Considero que estos congresos son males inevitables del movimiento; se quiere a toda costa tener congresos, y es cierto que estos constituyen en cierto sentido manifestaciones útiles y que tienen la ventaja de reunir gentes de diversos países, pero, yo me pregunto si el juego vale la pena cuando existen discrepancias serias". (100)

A continuación, prosigue su confesión dándonos, posiblemente, una de las causas del por qué de tanto esfuerzo y tan singular dedicación: es la competencia por la dirección, no sólo en el plano de los principios, también en el movimiento, en la acción obrera internacional, la que impedía a Engels mantenerse al margen e inactivo. No podía repetirse la misma historia acaecida diecisiete años atrás. Por ello, a renglón seguido de la reflexión precedente, proseguía: "...los esfuerzos persistentes de los posibilistas y de los hyndmanistas por deslizarse en la dirección de una nueva Internacional en medio de sus congresos ha hecho la lucha inevitable para nosotros", y, con la vista en el pasado, continuaba, "es una vez más la vieja escisión de la Internacional que ahora reúne a la gente en dos campos opuestos. De un lado los discípulos de Bakunin, bajo un pabellón diferente, pero con todo el viejo arsenal y la vieja táctica... del otro el verdadero movimiento de la clase obrera. Y es esto, solamente esto, lo que me ha movido a tomar el asunto entre manos tan

seriamente".

Los temas específicos a debatir en el congreso no atraían, por otra parte, su interés. Lo verdaderamente importante para él era esa cosecha de organizaciones socialistas que, desde la década anterior con la formación del partido alemán en Gotha, había ido desgranando una cadena de partidos obreros afines a los principios elaborados por Marx, y por él mismo, en Alemania, Dinamarca, España, Francia, Portugal, Bélgica, Austria y Suecia, entre otros países, hasta el momento. Esto era lo que realmente preocupaba a Engels y lo que le hacía exclamar orgulloso: "...somos vencedores, hemos probado al mundo que casi todos los socialistas de Europa son marxistas". Si se reorganizaba el movimiento obrero, correspondería dirigir esta tarea a los partidos socialistas y no a sus adversarios. Esa era la meta que se había propuesto y que, a treinta días del Congreso, parecía alcanzada. Por ello, concluía: "y ahora espero que no se tenga más necesidad de mis servicios".

En una famosa carta a su amigo Sorge, durante la celebración de los Congresos, dejará más explañado su pensamiento sobre el liderazgo internacional del movimiento obrero:

"...la intriga de los posibilistas y de la Federación Social-Democrática, que buscan captar subrepticamente la dirección en Francia y en Inglaterra, ha fracasado totalmente, y sus pretensiones a la dirección internacional, más todavía. Bastará con que los dos congresos, celebrados uno al lado del otro, cumplan el objetivo de pasar revista a las fuerzas de que disponen,... y muestre al mundo donde se encuentra concentrado el verdadero movimiento y donde están los tramposos". (101)

Como vemos, se planteaba para el viejo camarada de Karl Marx un problema específico de liderazgo bajo el que subyacían también, lógicamente, los principios ideológicos y los criterios organizativos. Tras varios lustros de esfuerzos, las viejas pretensiones defendidas con Marx de organizar a los trabajadores en partidos específicos afines al principio de la lucha de clases, se iban convirtiendo en realidad. Por muchas razones, es comprensible su postura polivalente -dirigente, consejero, protector- ante aquellos y ante sus evoluciones en el plano internacional. Con actitud radical, no exenta de partidismo, su rechazo hacia las entidades obreras de definición doctrinal imprecisa fue total.

En 1889 se ponían en juego, con el pretexto de un Congreso Internacional, dos pasos decisivos para los que ya estaba maduro el nuevo movimiento obrero finisecular: el liderazgo internacional y su articulación a través de una nueva Internacional. Para Engels, la opción era clara: la dirección debían ostentarla los partidos obreros nacientes; en cuanto al organismo internacional, si bien no lo descartaba, la situación en Alemania y Austria condicionaba fuertemente su establecimiento.

Como acabamos de ver, en la carta a Laura Lafargue dejaba constancia de que la pretensión de los contrarios para hacerse con "la dirección de una nueva Internacional", había sido el resorte que hizo inevitable el enfrentamiento. En su propio campo existía el mismo deseo. Engels, con la experiencia aún viva de los últimos años de la AIT, y teniendo en cuenta la delicada situación de sus compatriotas, sin oponerse a la reconstrucción de la Internacional no veía, sin embargo, que fuera aquél el momento adecuado. En Alemania, tras un atentado a Guillermo I, el Canciller de Hierro había decretado las leyes de excepción, no contra el anarquismo, que utilizaba esos métodos, sino contra la socialdemocracia, que con su potente organización constituía un peligro real para la burguesía germana. Desde 1878, como vimos en

el capítulo anterior, el SPD estaba sumido en la clandestinidad. Sus Congresos se celebraban en el extranjero y su semanario, Der Sozialdemokrat, tenía que saltar de Suiza a Inglaterra porque ni aún en territorio helvético podía encontrar la libertad. En Austria sucedía otro tanto. Siguiendo la experiencia alemana, unos atentados anarquistas provocaron que se decretara el estado de sitio en 1884. Los más directamente perjudicados fueron también los socialistas, sobre los que se cernía la represión con cualquier excusa.

De esta delicada situación, que persistirá en Alemania hasta 1890, y un año más en Austria, era muy consciente Engels. Solo los once diputados socialistas del Reichstag gozaban de cierta libertad de movimientos. El partido como tal no podía figurar, de ahí que fueran aquellos los que actuaran siempre en su nombre. Participar en un Congreso Internacional constituía un alto riesgo para ambas formaciones; construir un organismo supranacional e integrarse en él desataría las fobias ultranacionalistas contra sus correligionarios. Reconstruir la Internacional -concretando- sería un riesgo mientras siguieran vigentes las leyes de excepción.

Cuando poco antes del Congreso, las discrepancias de criterio entre los dirigentes alemanes lleven a algunos a insistir sobre la necesidad de unificar ambas reuniones, Engels empleará el tema de la Internacional como pretexto:

"Hay un argumento -escribe a Laura- que debes utilizar con Bebel, es el de que los posibilistas y la F.S.D. tienen la intención de servirse del congreso como medio para reconstruir la Internacional, cosa que los alemanes no pueden afrontar sin exponerse a innumerables persecuciones". (102)

El tema surgió de nuevo conjuntamente con el deseo francés de celebrar sesiones secretas a lo largo del Congreso. Cuando Engels tuvo conocimiento, de manera indirecta, de aquella iniciativa, rápidamente vislumbró que un nuevo riesgo se sumaría para las delegaciones germánicas. Si no era suficiente la doble crítica que arrastraban, por "anti-patriotas" internacionalistas y por confraternizar con los socialistas franceses en contra de la guerra, sólo faltaba la acusación legal de pertenencia a una sociedad secreta. Su opinión al respecto fué rápida y contundente, deslizándose en la misma cierta insinuación de "bakuninismo" por estas aficiones ocultistas. Había que consultar a alemanes y austriacos y, desde luego, los primeros -decía- "preferirán que las sesiones sean públicas a lo largo de toda su duración, a menos que exista por ciertas partes la nostalgia de una reconstitución de la Internacional bajo una u otra forma", (103) (subrayado nuestro). Ante el riesgo previsible, la actitud sería precisa:

"...los alemanes -continuaba Engels- se opondrán con razón y con todas sus fuerzas. Nuestros amigos y los austriacos son los únicos que están sosteniendo una verdadera batalla y realizan verdaderos sacrificios; tienen siempre un centenar de hombres en prisión y no se pueden permitir el jugar a crear organizaciones internacionales que son, por el momento, tan imposibles como inútiles."

Una vez que los alemanes conocieron la idea de celebrar sesiones a puerta cerrada coincidieron en su reacción con lo previsto por Engels: "Bebel me escribe que para ellos no puede plantearse el tema de las sesiones secretas, que la publicidad, para los alemanes, es la única garantía frente a nuevas acusaciones de sociedades secretas". (104)

Los Congresos de la II Internacional se desarrollaron siguiendo el procedimiento aprobado en Basilea el año 1869 por su predecesora. En ellos, se formaban comisiones -compuestas exclusivamente por delegados- que elaboraban las ponencias correspondientes a cada punto del orden del día preestablecido. Al final de cada jornada el plenario -abierto al público- analizaba y discutía las ponencias aprobadas en comisión. Siguiendo aquellos criterios, la reclamación alemana se tuvo en consideración. No ocurrió lo mismo con la pretensión de constituir o reconstruir la Internacional. En este punto los alemanes, pese a su extraordinario peso específico en el contexto del socialismo europeo, a pesar de ser los financiadores -en gran parte- del encuentro en la capital francesa, y pese a los riesgos señalados, no pudieron, o no quisieron, impedir que de aquél Congreso de 1889 en París surgiera la II Internacional. (105).

La emoción del momento debió embargar a todos los presentes en la sala Petrelle. ¡Por fin!, después de tantas peripecias, prohibiciones, disputas e impedimentos, lograban reunirse cerca de 300 delegados representando a los socialistas de 24 países (incluidos Alsacia-Lorena y Bohemia).

Paul Lafargue, en nombre de la Comisión organizadora, dirigió el primer saludo al Congreso el domingo 14 de julio de 1889, aniversario de la toma de la Bastilla. Su intervención, recogida en El Socialista, no dejaba lugar a dudas al respecto:

"...después de saludar a los delegados internacionales,... afirmó que del Congreso que se inauguraba dicho día ha de salir organizada la nueva Internacional que verificará la Revolución proletaria". (106)

Este era el objetivo que se pretendía y los hechos vinieron también a demostrarlo. Aquél día, entre el estruendo de una ciudad en fiesta, nacía la II Internacional.

CONGRESOS OBREROS QUE PRECEDIERON A LA II INTERNACIONAL (1877-1889)

1877	(9-14/IX)	Congreso Universal. Gante (Bélgica)
1881	(2-5/X)	Congreso Internacional Socialista. Coira (Suiza)
1883	(29/X-3/XI)	Conferencia Obrera Internacional. París (Francia)
1886	(23-29/VIII)	Conferencia Obrera Internacional. París (Francia)
1887	(5-10/IX)	Congreso nacional de las Trade Unions. Swansea (Gran Bretaña)
1887	(2-6/X)	Congreso nacional del S.P.D. Sankt-Gallen (Suiza)
1887	(23/X)	IIº Congreso de la F.N.S.O. Monluçon (Francia)
1888	(23-25/VIII)	Congreso nacional del P.S.O.E. Barcelona (España)
1888	(28/X-4/XI)	IIIer Congreso de la F.N.S.O. Le Bouscat-Burdeos (Francia)
1888	(6-10/XI)	Congreso Internacional Cooperativo. Londres (Gran Bretaña)
1888	(23-29/XII)	Congreso nacional del P.O.F. Troyes (Francia)
1889	(28/II)	Conferencia internacional. La Haya (Holanda)
1889	(21-22/IV)	Congreso nacional del P.O.B. Jolimont (Bélgica)
1889	(14-21/VII)	Congreso Internacional Obrero Socialista. París (Francia)
1889	(15-20/VII)	Congreso Internacional Obrero Socialista (posibilista). París (Francia)

NOTAS AL CAPÍTULO VI

- (1) "Ley de Asociaciones" (30 de junio de 1887) Exposición de motivos del proyecto presentado por el Ministro de la Gobernación. En la obra de R. SÁINZ DE VARANDA. Colección de Leyes Fundamentales. Acribia. Zaragoza, 1957 pp. 416 a 418
- (2) "Ley de Asociaciones". El socialista, 29 de julio de 1887
- (3) Una detallada narración de estos hechos en la obra de S. CASTILLO. Historia del socialismo español. Conjunto editorial. Barcelona 1989 Tomo I (1870-1909) pp. 111 a 124
- (4) "Movimiento político. España". El Socialista, 21 de octubre de 1887
- (5) id. id.
- (6) "Movimiento político. España" El Socialista, 16 de marzo de 1888. El "Congreso Nacional Obrero de Barcelona", que daría lugar a la constitución de la UGT, integró en su Orden del Día un punto similar: "6ª Relaciones que debe establecer la Federación con los trabajadores de todos los países". ("Congreso Nacional Obrero de Barcelona. Orden del Día del Congreso". El Socialista, 6 de julio de 1888)
- (7) "A las Agrupaciones del Partido. Proyecto de Organización General del Partido Socialista Obrero Español". El Socialista, 29 de junio de 1888. Artículo 11
- (8) "Acuerdos del Primer Congreso de nuestro partido". El socialista, 14 de septiembre de 1888.
- (9) F. ENGELS-Paul et Laura LAFARGUE. Correspondance. Ed. de E. BOTTIGELLI. Eds. Sociales. París, 1956-1959 3 vols. La cita

en carta de Engels a Lafargue de 27 de marzo de 1889 Tomo II p. 226. En carta de 1 de abril siguiente insiste sobre el tema: "¡Si tuviérais el más mínimo órgano (de prensa) que diera señales de vida! El partido más débil en otros países tiene su órgano semanal, y vosotros no tenéis nada que haga acto de presencia, que os relacione regularmente con los demás". Tomo II. p. 230

- (10) "Meeting socialiste en Barcelone". Le Peuple (Bruselas 29 de agosto de 1888 y en El Socialista del 31 de agosto de 1888. ("Protesta" p. 1 y "Cartas de Barcelona"), y del 14 de septiembre de 1888. ("Carta de Barcelona").
- (11) "Felicitación" y "Felicitaciones". En El Socialista de 31 de agosto de 1888 y 7 de septiembre de 1888 respectivamente.
- (12) "Carta de Barcelona" El Socialista, 14 de septiembre de 1888
- (13) "Una mala excusa". El Socialista, 28 de septiembre de 1888
- (14) La definición de la F.N.S. es de M. REBERIOUX en la obra colectiva dirigida por J. DROZ. Historia general del Socialismo. Tomo II (De 1875 a 1919) Destino. Barcelona, 1979 p. 162 Refiriéndose al P.O.F., indica que pese a contar "con dirigentes extraordinarios, no posee una verdadera dirección política. Reune un sólo congreso en seis años, tiene un consejo nacional fantasmagórico, carece de diario, y edita un semanario que sólo aparece muy de vez en cuando". p. 159
- (15) "Movimiento económico. Francia". El Socialista, 26 de octubre de 1888. No menor importancia tuvo el acuerdo de convocar sendas manifestaciones, consideradas como precedente del 1º de Mayo, con el fin de reclamar las 8 horas de jornada y el salario mínimo. Este acuerdo fue también asumido por el Congreso de Troyes. (Maurice

DOMMANGET. Historia del Primero de Mayo. Ed. Américalee. Buenos Aires, 1956 pp. 56-66)

- (16) Leo VALIANI. "Dalla I alla II Internazionale." En su libro Questioni di storia del socialismo. G. Einaudi. Milán, 1958 p. 226
- (17) ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II. p. 184 Carta de Paul Lafargue a Engels de fecha 27 de noviembre de 1888.
- (18) VALIANI. op. cit. pp. 226 y 227 ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 184 y Sylvain HUMBERT. Les Possibilistes. M. Rivière. París, 1911 pp. 56 y 57
- (19). ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 184
- (20) VALIANI. op. cit. pp. 227 y 228 Todas las cartas cruzadas entre R. Lavigne y Ch. Bonnier con Liebknecht tienen lugar entre el 15 y el 21 de noviembre de 1888, mes en el que acababa de concluir sus sesiones el Congreso de la F.N.S. en Burdeos. (op. cit. notas 128 y 129 en p. 261)
- (21) ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II pp. 190 y 191 Carta de Laura Lafargue a Engels de 21 de diciembre de 1888 La imposibilidad de entendimiento con los "posibilistas" se refiere a las posturas discrepantes asumidas por unos y otros ante la crisis provocada en Francia por Boulanger.
- (22) "El Congreso Socialista de Troyes". El Socialista, 7 de diciembre de 1888.
- (23) La primera de estas separaciones tuvo lugar en 1886 con motivo de las discrepancias habidas en torno a las Bases de El Socialista. De resultas de las mismas, dos viejos internacionalistas; Ángel Mora e Inocente Calleja abandonaron el partido, mientras Jaime Vera dejaría su

militancia activa por algún tiempo. La segunda, tuvo lugar en los días preparatorios del Congreso de Barcelona. Con motivo de la visita de la Reina Regente a la ciudad condal para inaugurar la Exposición Universal, una comisión de obreros acudió a cumplimentarla. Entre ellos figuraban varios miembros de la Agrupación Socialista de Barcelona como José Parnias, Rosendo Pich y Antonio Llardén. Los tres fueron expulsados, si bien, El Socialista sólo daría publicidad de los dos últimos (6 y 13 de julio de 1888, respectivamente). Ambos continuaron fieles a Parnias con el que acudieron a visitar la Exposición de París, invitados por el Ayuntamiento barcelonés (El Obrero, 30 de agosto de 1889) y, más tarde, participaron en la fundación del Partido del Socialismo Oportunista (El Obrero, 2 de enero de 1891) Sobre la separación a causa de las Bases de El Socialista y también sobre la expulsión de Parnias; Juan José MORATO. El Partido Socialista Obrero. Biblioteca Nueva. Madrid, (1918) pp. 142 y 157-158

- (24) "Congreso Socialista de Troyes". El Socialista, 21 de diciembre de 1888
- (25) "El Congreso Socialista de Troyes". El Socialista, 18 de enero de 1889.
- (26) En la Memoria que redactaría después la Comisión Organizadora del Congreso "marxista", se justificaba así la reunión de La Haya: "Justamente inquietos de la coexistencia de estos dos Congresos internacionales en el mismo año y la misma población, los socialistas extranjeros buscaron los medios de fusionar los dos en uno solo". (El Socialista, 19 de julio de 1889 "Congreso Socialista Internacional de París".
El texto de la carta de Liebknecht en: F.T.S.F. Compte-rendu du Congrès International Ouvrier Socialiste. París, 1891 p. 7 (Reproducción facsímil de las actas de los

Congresos en; Histoire de la II Internationale. Minkoff reprint. Ginebra, 1976 Tomo 6/7 p. 191. Las citas de estos documentos las hacemos siguiendo la paginación de esta reedición). La carta estaba fechada el 8 de enero de 1889 y fue recibida por la F.T.S.F. el día 10.

- (27) ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 206. Carta de Laura Lafargue a Engels del 15 de enero de 1889.
- (28) F.T.S.F. Compte-rendu. p. 191. Esta Memoria de salutación, leída por Aimé Lavy al comienzo del Congreso posibilista de 1889, fue reproducida en castellano por El Obrero en sus números 453 a 456. (Correspondientes a los días 2, 9, 16 y 23 de agosto de 1889).
- (29) F.T.S.F. Compte-rendu. p. 192. La publicación indica Lavy que se realizó el 16 de febrero en el periódico Le Prolétariat, órgano oficial de la F.T.S.F. La circular estaba fechada el 15 de febrero de 1889. (Histoire... p. 196)
- (30) El texto de la carta de Liebknecht a Engels está reproducido, a su vez, en carta de Engels a Lafargue fechada el 14 de enero de 1889 (ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II. p. 204) El término broussista es utilizado como sinécdoque para referirse a los "posibilistas" en su conjunto. Paul Brousse era doctor en medicina, concejal del Ayuntamiento de París y miembro del Comité Nacional de la F.T.S.F.
- (31) Cartas de Domela Nieuwenhuis a la F.T.S.F. del 26 de noviembre y 4 de diciembre de 1888. Citadas por A. Lavy en su informe de salutación al Congreso "posibilista" de París (F.T.S.F. Compte-rendu. p. 190)
- (32) VALIANI. op. cit. pp. 228-229 y nota 132. Las frases entrecomilladas son de L. Valiani.

- (33) F.T.S.F. Compte-rendu p. 192. La Federación Social Democrática inglesa, adherida al Congreso posibilista, también criticó las exclusiones en su Manifiesto del 20 de mayo de 1889: "Esta conferencia (La Haya) tuvo lugar sin que asistiese ningún representante de la Gran Bretaña, de Italia, de España, y de muchos otros países... Se invitó solamente a aquellos de quienes se sabía eran hostiles a los posibilistas". (El Obrero, nº 449. 5 de julio de 1889)
- (34) Gustav MAYER. Friedrich Engels: una biografía. F.C.E. Madrid, 1979 p. 754 y ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 217
- (35) Congrès International Ouvrier Socialiste. Rapport de la Commission d'Organisation. Paris, 1889 pp. 5-6 (En Histoire de la II Internationale. Tomo 6/7 pp. 5-6) y El socialista, 19 de julio de 1889 "Congreso Socialista Internacional de París".
- (36) "Congreso socialista..." El Socialista, 19 de julio de 1889
- (37) Histoire de la II Internationale. Tomo 6/7 pp. 6, 7 y 193
- (38) El texto completo de la respuesta de la F.T.S.F. dirigida al "ciudadano Volders". en Histoire de la II Internationale. Tomo 6/7 pp. 194 a 199
- (39) ENGELS-LAFARGUE. o.p. cit. Tomo II p. 217
- (40) "Los principales promovedores de la cábala de La Haya, y del Congreso rival de París, son: Lafargue, Guesde, Mme. Eleanor Marx-Aveling (con la hermana de la cual, una de las hijas de Karl Marx, se casó Lafargue), Bernstein, redactor en jefe del Social Democrat: (sic) Bebel y Liebknecht (sic). Friedrich Engels est  de acuerdo con su modo de obrar". "Manifiesto de la Federación Social-Democrática de

Inglaterra". En El Obrero nº 449 del 5 de julio de 1889. El manifiesto lleva fecha del 20 de mayo de 1889)

- (41) El portavoz de los "posibilistas", o mejor, oportunistas catalanes, como ellos mismos se denominaban, fue el semanario El Obrero, de la federación Las Tres Clases de Vapor. El 25 de marzo de 1887, en el artículo "Somos lo que éramos", se manifestó contrario al radicalismo del PSOE, en especial de su actitud frente a los partidos republicanos que no compartía. En su número del 8 de abril (332) se daba cuenta de la dimisión del miembro del PSOE Toribio Reoyo como director de la publicación. Le sustituía un veterano dirigente de la federación obrera catalana, el zapatero José Pamias (o Pamies). El 14 de octubre de aquel año, el artículo titulado; "Nuestra opinión sincera", se inclinaba claramente por el gradualismo, el reformismo y la colaboración con los partidos republicanos, aunque sin confusiones. Su autor, Juan Nuet, uno de los firmantes del Programa conjunto de 1882 -citado en el apartado 5 del capítulo anterior- manifestaba su apoyo al mencionado texto programático del PSOE, pero "con oportunidad y método". En julio de 1888 Rosendo Pich y Antonio Llardén, personas próximas a Pamias, eran expulsados de la Agrupación Socialista de Barcelona (ver nota 23)
- El 10 de mayo de 1889, la serie de artículos "Al pan, pan y al vino, vino", manifestaba su oposición frente a las actitudes radicales e intransigentes y, por el contrario, su apoyo a los partidos republicanos y en concreto al federal. El 17 de ese mismo mes, una nueva polémica se iniciaba en El Obrero entre el dirigente socialista Toribio Reoyo y el tipógrafo, próximo a Pamias, Vicente Guillot.
- En diciembre el enfrentamiento con Pablo Iglesias y El Socialista llevaría a José Pamias, director de El Obrero, a retarle en duelo, lo que, afortunadamente, no se produjo (El Obrero, nº 471. 6 de diciembre de 1889 "Compañeros federados." El Obrero que es vuestro eco, os suplica le

presteis atención").

El 5 de septiembre de 1890 informaba de la creación en Madrid de un Partido Demócrata Socialista con su órgano de prensa; La Democracia Social y, finalmente, el 2 de enero de 1891 publicaba el Manifiesto del Partido Socialista Oportunista, al que nos hemos referido.

Sobre este tema pueden consultarse, la obra de Miquel IZARD, Revolució industrial i obrerisme. Les "Tres Classes de Vapor" a Catalunya (1869-1913). Ariel. Barcelona, 1970 y el artículo y antología de textos de Antonio ELORZA, "El Socialismo oportunista en España: la ideología de "El Obrero" (1880-1891)". Estudios de Historia Social, nº 1 Madrid, 1977 pp. 263 a 370.

(42)"Congreso obrero internacional de 1889". El Obrero, nº. 419 del 7 de diciembre de 1888.

(43)Historia general del Socialismo. Tomo II. p. 161

(44)Daniel LIGOU. Histoire du socialisme en France. 1871-1961. P.U.F. Paris, 1962 pp. 70-72

(45)ENGELS-LAFARGUE op. cit. Tomo II p. 271. Carta de Engels a Lafargue del 24 de mayo de 1889. Y Gustav MAYER. Friedrich Engels... p. 755

(46)Rapport de la Commission p. 8 y El Socialista. 19 de julio de 1889 "Congreso Socialista Internacional de Paris".

(47)"Llegada de nuestro compañero André Gely..." El Obrero nº 435. 29 de marzo de 1889. Todas las citas de su discurso pertenecen a esta referencia.

(48)ENGELS-LAFARGUE op. cit. Tomo II, p. 223 La carta lleva fecha del 23 de marzo de 1889. El 5 de abril, en carta de Engels a Liebknecht, le dice sobre el particular: "Los posibilistas

han recibido malas noticias de España, su agente Gély ha sido pura y simplemente devuelto a su casa desde Madrid, donde todo está bajo control; no ha podido obtener algunas seguridades más que en un sindicato de Barcelona". (MARX-ENGELS. La social-democratie allemande. Unión générale d'editions. Paris, 1975 p. 229)

- (49) "Federación de Toneleros. Circular". El Obrero, nº 440. 3 de mayo de 1889. En el apartado de representantes de las Cámaras sindicales de París, en el Congreso "posibilista" de 1889, figuran dos entidades de este oficio:

LXI. Unión federal de obreros toneleros: Bourderon, L. Graillat, Bonnerue.

XC. Grupo corporativo de obreros toneleros: Renier, Delattre, Petit-Bon.

(F.T.S.F. Compte-rendu. pp. 222 y 223)

Sobre la Federación de Toneleros española ver: Santiago CASTILLO. "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores". Estudios de Historia Social, nums. 26-27. Madrid. 1983. pp 106-107

- (50) F.T.S.F. Compte-rendu p. 199 Agrega; "El 6 de abril, publicamos un nuevo manifiesto que tenía en cuenta las reclamaciones de la Conferencia de La Haya en los límites que habíamos precisado". (Reproducido en El Obrero, nums. 455 y 456 del 16 y 23 de agosto de 1889, respectivamente. "Memoria del Consejo General")

- (51) "Congreso Socialista Internacional de París". El Socialista, 19 de julio de 1889. Concurrieron a la reunión de los "posibilistas" dos representantes de Cámaras sindicales de Copenhague. (F.T.S.F. Compte-rendu. p. 214)

- (52)"El Comité Nacional. A las Cámaras sindicales, Grupos profesionales y Círculos de estudios sociales de Francia y del extranjero" (sic). El Obrero, nº. 441. 10 de mayo de 1889.
- (53)ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 282. Carta de Paul Lafargue al Consejo principal del Partido Demócrata Socialista danés. (4 de junio de 1889).
El Congreso de Saint-Etienne tuvo lugar en septiembre de 1882, del mismo se escindió el grupo colectivista que fundó el Partido Obrero francés (P.O.F.) (Ver el apartado 5º del Capítulo V)
- (54)Baldomero OLLER. El Obrero, nº 443. 24 de mayo de 1889
"Congreso Internacional de Trabajadores en París. I".
- (55)Baldomero OLLER. El Obrero, nº 444. 31 de mayo de 1889.
"Congreso Internacional... II".
- (56)Baldomero OLLER. El Obrero, nº 445. 7 de junio de 1889 .
"Congreso Internacional... III".
- (57)Baldomero OLLER. El Obrero, nº 447. 21 de junio de 1889.
"Congreso Internacional... IV" (Conclusión).
- (58)ENGELS-LAFARGUE op. cit. Tomo II pp. 219 y 220 Carta de Engels a Lafargue del 21 de marzo de 1889. Engels concluía su misiva aclarando que por error no se le había facilitado a Lafargue "oficialmente copia de la resolución tomada en La Haya a este respecto".
- (59)ENGELS-LAFARGUE op. cit. Tomo II pp. 222 y 223 Cartas de Engels a Lafargue y viceversa, ambas del 23 de marzo de 1889
- (60)ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 231 Carta de Engels a Lafargue del 10 de abril de 1889

- (61)Gustav MAYER. op. cit. p. 755 y ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 239 Carta de Engels a Lafargue del 1 de mayo de 1889 y MARX-ENGELS La social-démocratie allemande. op. cit. p. 230 Carta de Engels a Kautsky del 21 de mayo de 1889
- (62)Los datos sobre la representación "posibilista" en Jolimont y el resultado de las votaciones en la Memoria del Congreso, Rapport, p. 13 y El Socialista, 19 de julio de 1889 "Congreso Socialista Internacional". La decisión del grupo de Gante en ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 241 La frase última entrecomillada en id. id. p. 237 nota 1. El juicio de Leo VALIANI en op. cit. pp. 230 y 231.
- (63)VALIANI. op. cit. p. 230 Jules DESTREE y Emile VANDERVELDE, en su obra Le Socialisme en Belgique. V. Giard y E. Briere. Paris, 1903 pp. 111 y 112 recogen este escueto comentario al respecto: "El congreso estaba deseoso de no acentuar las discusiones entre los socialistas franceses señalando una preferencia, pero se acabó por decidir la asistencia oficial al Congreso de París, declarando que se asistiría también al segundo congreso que podrían eventualmente convocar los disidentes".
- (64)ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 238 Carta de Engels a Lafargue del 1 de mayo de 1889
- (65)Ibídem, Tomo II pp. 240-241 Carta de Engels a Lafargue del 2 de mayo de 1889
- (66)Ibídem, Tomo II pp. 242 y 245 Cartas de Lafargue a Engels del 3 y 6 de mayo de 1889
- (67)Ibídem, Tomo II p. 248 Carta de Engels a Laura Lafargue del 7 de mayo de 1889
- (68)Ibídem, Tomo II p. 252 Carta de Engels a Lafargue del 11 de

mayo de 1889.

(69)"Congreso Socialista Internacional de París". El Socialista, 31 de mayo de 1889.

(70)ENGELS-LAFARGUE op. cit. Tomo II pp. 270 a 272. Carta de Engels a Lafargue del 24 de mayo de 1889.

(71)"Congreso Internacional Obrero Socialista de París". El Socialista, 7 de junio de 1889.

(72)La convocatoria primaria de la Agrupación Socialista Madrileña en El Socialista, 7 de junio de 1889. "Partido Socialista Obrero. Agrupación Madrileña". El resultado final del escrutinio y la elección de Iglesias en El Socialista, 12 de Julio de 1889. "Partido Socialista Obrero. Comité Nacional".

(73)El Socialista, 26 de julio de 1889 Nota suelta en la segunda columna de la pág. 3 En aquél momento, el consejo de redacción del semanario estaba compuesto de hecho por Iglesias y Matías Gómez Latorre. Antonio Atienza y Juan José Morato realizaban tareas de traducción. "A esta enumeración debe añadirse José Mesa, que puede ser considerado de pleno derecho como redactor del semanario tanto por sus asiduas cartas desde Francia como por otros escritos". Además, colaboraba eficazmente al mantenimiento del periódico. Santiago CASTILLO. "La travesía del desierto: la prensa socialista (1886-1900)" En el libro colectivo, Prensa obrera en Madrid. 1855-1936 Comunidad de Madrid. Revista Alfoz. Madrid, 1987 p. 478

(74)"Ojo. A las Juntas de las Secciones federadas de las Tres Clases de Vapor de Cataluña". El Obrero, nº. 446. 14 de junio de 1889

(75) A. ELORZA. op. cit. pp. 273 y 274

(76) El Obrero, nº 446 14 de junio de 1889 1ª pág. 2ª columna:
"Nota".

(77) "La adhesión de la Federación..." El Obrero, nº 449 5 de julio de 1889 1ª pág. 1ª columna.

(78) "Advertencia". El Obrero, nº 451 19 de julio de 1889. Como se ve, esta información con los nombres de los delegados se dió una vez comenzadas las sesiones del Congreso "posibilista" de París. En el semanario no consta el proceso ni las causas que concurrieron en la elección de estos tres representantes, cuya presencia debió producirse en función de la autonomía de las sociedades que les delegaron.

(79) "Sobre lo mismo". El Socialista, 5 de julio de 1889

(80) "Congreso Internacional Obrero". El Obrero, nº 449 5 de julio de 1889

(81) id. id.

(82) "¿Qué tal, los conocemos?". El Obrero, nº 450 12 de julio de 1889

(83) "Aclaraciones". El Obrero, nº 446 14 de junio de 1889. La secuencia de la polémica fue como sigue:

EL OBREROEL SOCIALISTA

14-VI-1889. <u>Aclaraciones</u>	21-VI-1889. <u>Odio y mala fe</u>
28-VI-1889. <u>A confesión de parte,</u>	5-VII-1889 <u>Sobre lo mismo</u>
<u>relevación de prueba.</u>	26-VII-1889 Nota sin
12-VII-1889 <u>¿Qué tal, los conocemos?</u>	titular p. 3
2-VIII-1889 Nota sin titular pp. 2-3	9-VIII-1889 Nota sin
16-VIII-1889 Nota sin titular p. 2	titular p. 3
(Concluye)	(Concluye)

(84)"Odio y mala fe". El Socialista, 21 de junio de 1889

(85)Report of the International Trades Union Congress. Printed by C.F. Roworth. Londres, 1888 p. 23 (Reproducido en Histoire de la II International Tomo 6/7 pp. 281 a 308) Esta resolución también fue reproducida por El Socialista, 30 de noviembre de 1888 "El Congreso Internacional de las Trade Unions" y, con una deficiente traducción, en El Obrero, nº 424 11 de enero de 1889 p. 3

(86)"Congreso Internacional Obrero". El Obrero, nº 449 5 de julio de 1889

(87)"El Comité Nacional. A las Cámaras sindicales...". El Obrero, nº 441 10 de mayo de 1889

(88)"Congreso Socialista Internacional de París". El Socialista, 31 de mayo de 1889

(89)F.T.S.F. Compte-rendu... op. cit. p. 196

(90)Ibídem, pp. 197-198

(91)Ibídem, p. 199

(92)DOMMANGET. op. cit. p. 104 Analizando los precedentes de esta

señalada fecha, recoge un estudio pormenorizado sobre la reclamación de la jornada de 8 horas.

(93) IZARD. op. cit. pp. 114 y 115

(94) ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 288 Carta de Engels a Laura Lafargue del 11 de junio de 1889.

(95) La opinión de los "posibilistas" en carta de Lafargue a Engels del 10 de junio de 1889. La contraria, expuesta a los daneses en carta de Lafargue al Consejo principal del partido demócrata-socialista danés, del 4 junio de 1889. (Ambos escritos en ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II pp. 283 y 282, respectivamente)

(96) ENGELS-LAFARGE. op. cit. Tomo II p. 283. Carta de Lafargue a Engels del 10 de junio de 1889.

(97) Ibídem, Tomo II p. 295 Carta de Engels a Laura Lafargue del 28 de junio de 1889.

(98) Ibídem, p. 300 Carta de Engels a Lafargue del 5 de julio de 1889.

(99) MARX-ENGELS. La social-démocratie allemande. op. cit. p. 230 Carta de Engels a Kautsky del 21 de mayo de 1889. También en carta a Laura Lafargue del 11 de junio de 1889 (ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 287)

(100) ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 288 Carta de Engels a Laura Lafargue del 11 de junio de 1889.

(101) MARX-ENGELS. La social-démocratie allemande. op. cit. p. 234. Carta de Engels a Sorge del 17 de julio de 1889

(102) ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II p. 296 Carta de Engels a

Laura Lafargue del 28 de junio de 1889

(103)Ibídem, Tomo II pp. 294 y 295 Carta de Engels a Laura Lafargue del 28 de junio de 1889

(104)Ibídem, Tomo II pp. 299-300 Carta de Engels a Paul Lafargue del 5 de julio de 1889

(105)El 10 de junio de 1889 Lafargue comunicaba a Engels que la caja de la Comisión organizadora estaba "en seco", y había tenido que adelantar dinero. Al día siguiente Engels escribía a Laura, a la vista de la situación, que sería "preciso que los alemanes hagan algo". Finalmente, el 15, trasladaba a Lafargue su petición a Bebel: "Le he sugerido la oportunidad de una subvención por parte del partido alemán, como una buena inversión internacional". (ENGELS-LAFARGUE. op. cit. Tomo II pp. 284, 288 y 289 respectivamente)

(106)"Noticias del Congreso Socialista Internacional". El Socialista, 26 de julio de 1889

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

El socialismo español, como es bien sabido, tuvo unos modestísimos comienzos. Como hemos puesto de manifiesto en los capítulos precedentes, arrancó como parte minoritaria del seno de la A.I.T. española, constituyó su primera agrupación en 1879, se estructuró a escala nacional en el Congreso de Barcelona en 1888 y no alcanzó su primer diputado, por citar un dato significativo, hasta 1910. Así pues, las cuatro primeras décadas de existencia de nuestro socialismo podemos definir las como una lucha tenaz por la supervivencia frente a todo tipo de adversidades. Tal vez por ello, siempre se pensó que su papel en el contexto internacional debió tener tan poca trascendencia como escasa fue su relevancia en el interior del país. Al menos, eso se deduce de la poca, por no decir ninguna, atención que la historiografía ha prestado a este tema hasta el presente.

Sin embargo, y aunque pueda parecer paradójico, si hay una organización cuyo nacimiento, principios, estructura orgánica, funcionamiento y objetivos tienen indiscutiblemente un origen internacional, esa organización es la socialista.

El profesor Georges Haupt, conocido estudioso de las dos primeras Internacionales obreras, simbolizaba con precisión en una sola frase la relación inseparable entre socialismo e internacionalismo, cuando se preguntaba si debíamos hablar de historia de la Internacional socialista o de historia internacional del socialismo.

Partiendo de esta base, y como se expuso en páginas preliminares, nos propusimos investigar la relación permanente y vital que el socialismo español mantuvo, desde la implantación de la A.I.T. en nuestro país, con su dirección internacional y con las organizaciones de los países europeos de nuestro entorno, así

como los contactos posteriores con estos medios hasta 1889.

Como puede comprobarse, esta vinculación se inició a partir de 1870 y fue reforzándose progresivamente hasta la creación de la II Internacional, límite de nuestro trabajo. El período abarcado en el mismo se extiende desde 1864, año de constitución de la Primera Internacional, hasta 1889, fecha de fundación de la Segunda. Este largo período, si bien vio transcurrir evoluciones trascendentales en el plano económico, que repercutirían inmediatamente en el ámbito social, constituye para el movimiento obrero una etapa singular, no sólo por situarse entre el nacimiento de sus dos primeros organismos internacionales, sino también porque conforma de hecho el primer capítulo de su propia existencia, desde la aparición de las "sociedades de resistencia" hasta la constitución de los partidos obreros.

A la hora de iniciar la investigación tuvimos en cuenta, en primer lugar, las monografías existentes sobre la Primera Internacional y sobre el socialismo en nuestro país hasta 1889. De ello resultó que tan sólo existía una obra, Anarquismo y Socialismo en España. La Primera Internacional (1864-1881), publicada por Josep Termes en 1972, que abarcaba el período en extenso, pero sin abordar prácticamente los años anteriores a 1868 ni entrar en el contexto internacional de la organización. En Holanda se había publicado en 1969 otra monografía sobre el tema. Se trata del libro de Max Nettlau, La Première Internationale en Espagne (1868-1888), escrito a finales de 1928, en una época y unas circunstancias en las que quizás faltaba aún cierta distancia para analizar con objetividad el tema del que tratamos.

Ambas obras, muy distintas en su concepción y en sus características, tienen un valor indudable, si bien se ciñen a una parte del período histórico que nosotros hemos estudiado y al desarrollo de la A.I.T. exclusivamente dentro de nuestras fronteras. Por otro lado, y como mostraremos a continuación,

ninguno de los dos autores pudo manejar el conjunto de fuentes que hemos utilizado para la realización de esta tesis doctoral.

Así pues, entre 1956 y 1988 se han publicado una serie de fuentes que, junto a la documentación conservada en distintos archivos y la bibliografía existente, permitían estudiar el desarrollo del socialismo español en su contexto internacional con la profundidad y amplitud que el tema requería. Cifrándonos exclusivamente a las que consideramos más importantes, citaremos primeramente, en orden cronológico, la que entre 1956 y 1959 editó Emile Bottigelli en París, titulada Correspondance, y que contiene la correspondencia entre Engels y Paul y Laura Lafargue, abarcando un extensísimo período que va desde 1868 a 1895.

En 1961 inició Arthur Lehning la publicación, en Leiden, (Holanda), de los Archives Bakounine, obra monumental de la que han aparecido ocho volúmenes hasta 1982 y que además de recoger las publicaciones del revolucionario ruso en distintas etapas, se acompaña de unos estudios preliminares, apéndices y notas que son de consulta forzosa para el conocimiento de las actividades y el pensamiento de aquel personaje histórico.

También en 1961 apareció en Moscú el primer volumen de la edición en lengua rusa de las actas del Consejo general de la A.I.T. y de su Comisión permanente, desde octubre de 1864 hasta agosto de 1872. En total se editaron cinco volúmenes, el último de los cuales apareció en 1965. Entre los años 1962 y 1968 vio la luz la edición en lengua inglesa y de 1972 a 1975, también en la capital de la U.R.S.S., se publicó la versión en lengua francesa con el título, Documents de la Première Internationale. Le Conseil Général de la Première Internationale. (1864-1872), que es la que hemos manejado. Esta obra, como puede comprenderse fácilmente, es una fuente imprescindible y básica para analizar la evolución de la Primera Internacional y el papel que jugó España en el seno de aquella organización. Además, el equipo que tuvo a su cargo esta edición, dirigido por Irina Bach, acompañó a

la obra de una serie de introducciones y, sobre todo, de unos índices y conjuntos de notas que constituyen de hecho instrumentos de gran utilidad para extraer del bloque documental citado el máximo beneficio posible. Sin este texto básico, y el que citaremos a continuación, habría resultado poco menos que imposible realizar un estudio profundo y detallado sobre la Asociación Internacional de Trabajadores.

En 1962 comenzó a editarse en Ginebra otro bloque documental de consulta imprescindible, se trata de las memorias originales de los Congresos de la Primera Internacional, bajo el cuidado de Jacques Freymond, que aparecieron con el título genérico de La Première Internationale. Los dos primeros volúmenes llegan hasta el Congreso de La Haya en 1872, siendo los únicos que se tradujeron a nuestro idioma en 1973, mientras que las actas de los Congresos posteriores se publicaron en 1971, también en Ginebra, en otros dos tomos.

El año 1964, con ocasión del primer centenario de la A.I.T., Bert Andréas y Miklós Molnár publicaron en Ginebra las actas de la Alianza de la Democracia Socialista, organización creada por Bakunin de la que derivó directamente el establecimiento de la Internacional en nuestro país, constituyendo, por tanto, una documentación trascendental para estudiar el tema propuesto.

En 1969, bajo la dirección del profesor Carlos Seco Serrano, se publicaron en Barcelona las Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874), acompañadas, a partir de 1972, con las Cartas, comunicaciones y circulares del III Consejo Federal de la Región Española, en cuya edición también colaboró María Teresa Martínez de Sas, y que ha publicado siete volúmenes hasta 1987. Al igual que las obras citadas anteriormente, estos documentos resultan imprescindibles para el estudio de la A.I.T. en nuestro país.

En 1972 se publicó en Moscú, en la misma colección de

documentos en que aparecieron las actas del Consejo general, una memoria del Congreso de La Haya distinta y complementaria de la publicada por Jacques Freymond, con el título, Le Congrès de La Haye de la Première Internationale, 2-7 septembre 1872. Una primera versión en lengua rusa de esta obra había sido publicada en 1970.

Finalmente, y dentro de esta apretada reseña de obras básicas sobre la A.I.T., hay que mencionar la recopilación de 129 trabajos y 25 cartas de Marx y Engels relativas a aquella organización, que se publicó en México el año 1988, bajo el título, La Internacional. Documentos, artículos y cartas.

Con este bloque de fuentes, mas las actas de los Congresos celebrados en España, la prensa internacionalista de la época, la correspondencia y la documentación sobre el período que se encuentra en los archivos de Amsterdam y Moscú, así como la bibliografía existente, se cerraba el arco documental imprescindible para abordar el tema planteado, cuyo resultado es esta tesis doctoral.

Así pues, y como primera conclusión, podemos destacar que gracias a la existencia de las fuentes citadas, que se recogen detalladamente en la Bibliografía, hemos podido describir pormenorizadamente la evolución del socialismo español dentro del contexto en el que, por su propia naturaleza y características, nació y se desarrolló, esperando contribuir con ello, no sólo a encuadrar con mayor precisión en su ámbito a una organización que tanta trascendencia tuvo y sigue teniendo en España, sino también a describir sus estrechas relaciones con el conjunto del movimiento socialista europeo del que no se le puede desvincular.

En segundo lugar, debemos destacar asimismo el hecho de que este estudio se prolongue desde 1876, fecha en que se disolvió oficialmente la A.I.T. inicial, hasta 1889, período éste en el que se sentaron las bases de la organización española que asumió

como principio orientador el socialismo democrático, cuyo desarrollo en el contexto internacional tampoco había sido objeto de un estudio monográfico hasta el presente.

A la hora de plantearnos metodológicamente el trabajo, atendimos las observaciones del profesor Tuñón de Lara referidas a la historia de los siglos XIX y XX. Así, además de localizar las fuentes, que él denomina "materia prima", y estructurarlas hasta que nos permitieran formular hipótesis de trabajo, tuvimos en cuenta que al redactar la tesis respetando un orden cronológico, "los textos, los documentos, las crónicas, los testimonios, las memorias, las estadísticas, las actas, las reseñas, etc., deben ser expuestos en la medida de lo posible, así como su utilización y el inevitable juicio crítico que el historiador realiza al manejarlos, comprobarlos, etc."

Con arreglo a estos criterios básicos, iniciamos el trabajo con una introducción, de carácter general, en la que analizamos la evolución del internacionalismo obrero como formulación doctrinal. A continuación, y con objeto de hacer más comprensible el nacimiento de la A.I.T., dedicamos un capítulo a los antecedentes de la Primera Internacional, tema sobre el cual no existe prácticamente bibliografía en lengua castellana.

El capítulo II, con el que entramos propiamente en materia, está dedicado a realizar una descripción detallada de la Internacional, comenzando por los planteamientos ideológicos, continuando por la estructura orgánica y concluyéndolo con los órganos de prensa que utilizó entre 1864 y 1872. Salvo la primera parte mencionada, que ha merecido múltiples estudios, razón por la cual no consideramos oportuno en su momento extendernos excesivamente en la misma, las otras dos, que contienen una auténtica disección de aquella entidad, constituyen en cierta forma una novedad, ya que no sabemos de la existencia de ningún estudio similar. El hecho puede parecer paradójico, pero pese a la publicación de numerosos trabajos sobre la Primera

Internacional en diversos países, ninguno, que sepamos, se ha detenido en algo tan elemental como es el estudiar y describir a fondo la institución que dió lugar a los acontecimientos que relatan. De la misma forma que podría parecer contradictorio trabajar sobre la historia de una entidad, sin describirla previamente, también nos pareció consecuente conocer a fondo las interrelaciones de una Federación de la A.I.T. en su contexto internacional, como paso previo al estudio de su desarrollo en cualquier país, región o localidad. En cuanto al estudio de la prensa, que a mas de uno puede parecerle irrelevante, constituye en nuestro criterio una de las facetas más representativas para conocer el estado de una organización. Si se nos permite citar unas palabras de la introducción a un trabajo que publicamos en 1987, refiriéndonos a El Socialista, diremos que "su existencia, sus crisis, sus incrementos o sus reiteradas amenazas de desaparición, se contemplaban indisolublemente unidos a la propia vida de la organización." Algo muy similar le ocurriría a la Primera Internacional, en la que la lucha persistente de su Consejo general por conseguir un órgano de prensa propio, constituyó, en cierta forma, la historia de un fracaso.

El capítulo III corresponde a los cuatro primeros años de la Internacional y en el mismo se analiza, entre otros temas, la evolución de los partidos políticos de nuestro país. En los más avanzados de aquéllos, figuraron buen número de los obreros que, poco después, formarían en las filas de la Internacional, dando lugar a los primeros núcleos de la misma en Madrid y Barcelona. Paralelamente, se describen los primeros Congresos de la A.I.T., en los que se consolidó la organización alcanzando, por así decirlo, su mayoría de edad en el de Bruselas, celebrado en 1868. También se presta especial atención a todas las referencias y medidas adoptadas por el Consejo general de la A.I.T. sobre España, que constituyeron, de alguna forma, un intento fallido de conectar con nuestro país. Finalmente, se analiza la trayectoria de Bakunin durante el período cronológico citado, ya que su actividad entre 1864 y 1868 debe conocerse en detalle si se

quiere comprender la forma en que, por su intermedio, se formó la Internacional en nuestro país, así como los postulados ideológicos que fue articulando en aquellos precisos años el revolucionario ruso.

El capítulo IV estudia los años de implantación y crisis de la Internacional en España. Se abre con el análisis de la revolución de 1868, que estableció un régimen liberal plasmado en la Constitución de 1869, y de las repercusiones internacionales de tal acontecimiento en las organizaciones obreras. Se detiene especialmente en el estudio de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, organización revolucionaria creada por Bakunin en 1868, a través de la cual, de forma totalmente irregular, accedió la Internacional a nuestro país. Siguiendo este hilo conductor, se estudia de forma pormenorizada tanto la actuación de Bakunin como la de Marx, cuya falta de interés hacia nuestro país, y hacia las circunstancias extraordinarias por las que atravesaba, facilitó extraordinariamente la inclinación de la Federación internacionalista española hacia los postulados anarquistas, según tratamos de demostrar en el texto.

Se estudian con detalle los Congresos de la organización española y los internacionales, el enfrentamiento entre Marx y Bakunin, alguna de cuyas batallas se libró en nuestro suelo, la constitución del primer núcleo socialista español y, finalmente, los dos Congresos -La Haya y Saint-Imier- que certificaron la división de la Internacional, ambos con presencia española, y, con ellos, el debilitamiento que la conduciría irreversiblemente hasta su disolución.

Finalmente, los dos últimos capítulos se introducen en un periplo cuya característica más destacada fue la reconstrucción de la perdida unidad internacional del movimiento obrero. Para entonces, el viejo objetivo marxista de transformar las ramas de la A.I.T. en partidos de clase era ya un hecho. Entre los últimos años de existencia de la Internacional y 1889 se habían

constituido los partidos socialistas de Alemania, Austria, Francia, Dinamarca, Suiza, Bélgica, Noruega y Suecia, haciéndolo poco después los de Italia, Gran Bretaña, Rumanía, Bulgaria, Rusia y Finlandia, antes de que concluyera el siglo XIX. También lo hizo el núcleo socialista español de la Primera Internacional, que dió lugar en 1879 a la agrupación inicial del Partido Socialista Obrero Español.

Tanto aquel grupo originario, como el partido una vez constituido formalmente, tuvieron, pese a sus limitaciones, una destacada presencia en el conjunto del socialismo europeo, lo que le valió figurar en primer plano cuando se fundó, en 1889, la II Internacional, acontecimiento éste con el que se cierra nuestra investigación.

Aunque, ciertamente, los partidos socialistas obreros se crearon en la época citada, debemos dejar constancia, como ya se hizo en un capítulo precedente, de que en su estructura, funcionamiento, régimen democrático y postulados ideológicos, así como en sus primeras reivindicaciones puntuales, fueron herederos indiscutiblemente de su predecesora, y en cierta forma también progenitora, la Asociación Internacional de Trabajadores.

Para concluir, queremos destacar igualmente que aquella institución, con sus virtudes y sus defectos, sus aciertos y sus errores, constituyó de hecho una auténtica escuela de formación democrática, con sus reglas libremente redactadas, discutidas y asumidas por todos, sus asambleas públicas y transparentes, su libertad de expresión y el carácter representativo y revocable de sus cargos. El socialismo democrático puede decirse que nació en su seno, aprendió de sus fracasos y se forjó en el deseo de reconstruir, para mejorarla, una organización de características similares. Este podría ser, a grandes rasgos, el legado de aquella gran Asociación de trabajadores y la conclusión final de nuestro estudio.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES PRIMARIAS

- 1.1 Archivos.
- 1.2 Publicaciones y documentos de la A.I.T.
- 1.3 Publicaciones y documentos de otras organizaciones.
- 1.4 Testimonios y escritos de contemporáneos.
- 1.5 Publicaciones oficiales. Estadísticas.
- 1.6 Publicaciones Periódicas.

2. FUENTES SECUNDARIAS

1. FUENTES PRIMARIAS1.1 ARCHIVOS

INTERNATIONAAL INSTITUUT VOOR SOCIALE GESCHIEDENIS (I.I.S.G.)
Amsterdam (Holanda)

1. INVENTARIO JULES GUESDE (1845-1922)

CORRESPONDENCIA:

- . "José Mesa à Jules Guesde. París, 27-XII-1879. 4 p."
 N°. Inventario: 81/1
- . "Juan Gómez Crespo à l'Agglomération Parisienne du Parti
 Ouvrier Français, Madrid, 16-III-1887. 3 p."
 N°. Inventario: 154/1
- . "Pablo Iglesias à l'Agglomération Parisienne du Parti
 Ouvrier Français, Madrid, 16-III-1888. 4 p."
 N° Inventario: 165/2
- . "Juan Gómez Crespo à l'Agglomération Parisienne du Parti
 Ouvrier Français, Madrid, 16-III-1888. 3 p."
 N° Inventario: 165/3

2. INVENTARIO HERMANN JUNG (1830-1901)

ESPAÑA

|Estadísticas, circulares, memorias...|:

- . "Proposición que la Conferencia de Delegados de las
 Federaciones Locales de la Región Española, verificada en
 Valencia el 10 de septiembre de 1871, presenta en la
 Conferencia Internacional de Londres. Valencia, 12 de
 septiembre de 1871 (Juan Bargallo, N. Alonso Marselau,
 Rafael Farga Pellicer, Juanito Mora). 4 p." (Con notas de

Engels).

Nº. Inventario: 67

- . "A la Conferencia Internacional reunida en Londres. Carta de la Conferencia de Valencia. Valencia, 12 de septiembre de 1871. (José Prat, Francisco Tomás, José Botí, Juan Guitino, N. Alonso Marselau, José Mesa y Leompart, Juan Bargallo, Gabriel Albajes, Vicente Rosell, Francisco Vidal, Peregrin Montoro, Rafael Farga Pellicer, Francisco Mora)"

Nº. Inventario: 68

- . Informe de la Nueva Federación Madrileña (José Mesa y Paulino Iglesias). Madrid, 24 de agosto de 1873. 14 p. (Con notas de Engels).

Nº Inventario: 79

- . "Estadística de la Federación Regional Española, desde su fundación hasta la celebración de la Conferencia de Londres en septiembre de 1871". Septiembre, 1871 (J. Mora). 3 p. (Con notas de Engels).

Nº Inventario: 262

- . "Circular del Consejo Federal de la Región Española, A.I.T., Madrid, 9 de diciembre de 1871 (Inocente Calleja) Fotocopia 1 p."

Nº. Inventario: 263

- . "Estadística de la Federación Local Madrileña en el mes de marzo de 1872". Madrid, 21 de diciembre de 1871 (?) (J. Mora). 2 p.

Nº. Inventario: 264

- . "Estadística de la Federación Española de la A.I.T." 4 p.

Nº Inventario: 266

Finanzas:

- . Cuenta de gastos e ingresos de La Emancipación. Madrid, noviembre de 1872 (Valentín Sáenz e I. Calleja) 1 p.
Nº Inventario 409

Correspondencia:

- . Engels (Friedrich), al Consejo Federal de la Región Española A.I.T. 1871-1872
Nº. Inventario: 614
- . Lorenzo (Anselmo), a Friedrich Engels. Valencia, 4 de mayo de 1872. (Con notas de Engels).
Nº Inventario: 777
- . Lorenzo (Anselmo), al Consejo General. Valencia, 15 de junio y 4 de mayo de 1872. (Con notas de Engels).
Nº Inventario 778-779
- . Mesa y Leompart (José), a Friedrich Engels. Valencia, mediados de noviembre de 1872. (Con notas de Engels).
Nº Inventario: 832
- . Mora (Francisco), al Consejo General. Madrid, 14 de noviembre de 1870, 11 de abril de 1871 y Lisboa, 12 de agosto de 1871. (Con notas de Engels).
Nº Inventario: 836-838
- . Pages (Víctor), al Consejo general. Madrid, 5 de agosto de 1872. (Con notas de Engels).
Nº Inventario: 866
- . Tomás (Francisco), al Consejo general. Valencia, 23 de junio, 1 y 3 de agosto de 1872. (Con notas de Engels).

Nº Inventario: 1038-1040

3. INVENTARIO KARL MARX (1818-1883) - FRIEDRICH ENGELS
(1820-1895)

. Carta de J. Mesa a K. Marx (1880)

Nº Inventario: D 3392

. Carta al Congreso de Zaragoza. (1872)

Nº Inventario: K 330

. 5 Cartas al Consejo Federal de la Región Española
(A.I.T.). (1871-1872)

Nº Inventario: 331-335

. 99 Cartas de Engels a P. Lafargue (1868-1895)

Nº Inventario: K 829-927

. Carta de Engels a F. Mora (1871)

Nº Inventario: K 1314

. 242 Cartas de P. Lafargue, Mora, Mesa, etc. a Engels
(1868-1895)

Nº Inventario: L 3020-3262

. 3 Cartas de A. Lorenzo a Engels (1872)

Nº Inventario: L 3644-3646

. 34 Cartas de J. Mesa a Engels (1872-1891)

Nº Inventario: L 4925-4958

. 9 Cartas de F. Mora a Engels (1871-1872)

Nº Inventario: L 5046-5054

- . Telegrama del Partido Obrero Español (Agrup. Madrileña) a Engels (16-3-1883)
Nº Inventario: L 5200

* * *

CENTRO PARA LA CONSERVACIÓN Y ESTUDIO DE LA DOCUMENTACIÓN DE LA
HISTORIA CONTEMPORÁNEA RUSA. (Antiguo Instituto de
Marxismo-Leninismo). Moscú. (Rusia)

SECCIÓN MARX-ENGELS

- Correspondencia de José Mesa con Friedrich Engels (1872-1887)

1872. 15 cartas fechadas en Madrid entre el 4 de julio y el 29 de diciembre, diez de ellas con anotaciones de F. Engels.
Signaturas: 1-1-3263, 3285, 3306, 3307, 3323, 3346, 3371, 3372, 3378, 3385, 3388, 3097, 3414, 1-5-3001 y 3112

1873. 7 cartas fechadas en Madrid entre el 18 de enero y el 27 de agosto, tres de ellas con anotaciones de Engels.
Signaturas: 1-1-3427, 3434, 3436, 3447, 1-5-3174, 21-61-10 y 21-204-5

1874. Una carta fechada en Madrid el 24 de agosto.
Signatura: 1-5-3447

1875. Tres cartas fechadas en Billamont (París) los días 2 de marzo, 15 de junio y 4 de julio.
Signaturas: 1-5-3508, 3535 y 3544

1876. Una carta fechada en París el 21 de enero

Signatura: 1-5-3626

1878. Una carta fechada en París el 2 de agosto

Signatura: 1-5-3940

1883. Una carta fechada en París el 16 de marzo

Signatura: 1-5-4392

1887. Dos cartas fechadas en París el 24 de abril y el 7 de mayo

Signaturas: 1-5-4738 y 4744

- Correspondencia de José Mesa con Karl Marx (1880)

1880. Dos cartas fechadas en París el 4 de junio y el 30 de diciembre

Signaturas: 1-5-4151 y 4230

- Correspondencia de José Mesa con Paul Lafargue (1871-1882)

1871. Una carta fechada en Madrid el 28 de noviembre

Signatura: 10-89

1879. Dos cartas, una fechada en París el 9 de junio y otra en Madrid el 16 de noviembre

Signaturas: 10-1-384 y 10-1-411

1880. Cuatro cartas fechadas en París el 16 y 26 de septiembre, 20 de noviembre y 14 de diciembre.

Signaturas: 10-1-385, 386, 387 y 388

1881. 9 cartas fechadas en París (7), Madrid (1) y otra sin fecha, entre el 14/15 de abril y el 30 de diciembre.

Signaturas: 10-1-389, 317, 390, 392, 393, 373, 394, 397 y

398

1882. 6 cartas fechadas en París (4) y Marne (2), entre el 6 de enero y el 24 de agosto

Signaturas: 10-1-399, 400, 401, 402, 402 y 10-91-3

- Correspondencia de Francisco Mora con Friedrich Engels.
(1871-1872)

1871. 8 cartas fechadas en (Barcelona), Lisboa (3), Madrid (3) y Valencia, entre el 19 de abril y el 29 de noviembre, una con anotaciones de Engels.

Signaturas: 1-1-2805, 1-5-2465, 2480, 21-39-5, 21-195, 21-200-2, 6 y 7

1872. Dos cartas fechadas en Madrid el 13 y 15 de marzo, la primera con anotaciones de Engels.

Signaturas: 1-1-3165 y 21-200-10

* * *

NOTA. Gran parte de las cartas que hemos reseñado del Centro para la Conservación y Estudio de la Documentación de Moscú, son reproducciones. Los originales se encuentran en el I.I.S.G. de Amsterdam.

BIBLIOTECA ESTATAL SOCIOPOLÍTICA (Antigua biblioteca y hemeroteca del Instituto de Marxismo Leninismo). Moscú, (Rusia)

Documentos y publicaciones de la I Internacional en España

- . Acuerdos tomados por el Consejo Federal de la Región Española en la sesión del 25 de diciembre de 1871 / Asociación Internacional de Trabajadores. - Madrid : Imp. de M. Martínez, 1871
2 p. ; 35 cm.

- . Circular : compañeros de la Federación de... / Asociación Internacional de Trabajadores. Nueva Federación Madrileña. - Madrid : La Emancipación, 1872
2 p.

- . Circular : compañeros, en nuestra circular fecha 7 de julio... / Asociación Internacional de Trabajadores. Federación de la Región Española. - Valencia : |s.n.|, 1872
2 p.

- . Circular a todas las Federaciones locales / Asociación Internacional de Trabajadores. Federación de la Región Española. Consejo Federal. - Valencia : Imp. Salvador Amargós, 1872
16 p. ; 13 cm.

- . Circular : Valencia, 3 agosto 1872 / Asociación Internacional de Trabajadores. Consejo Federal Español.

- . Congreso de Noógrafos de Barcelona. 14 de octubre 1872 : a todas las secciones de noógrafos y a las demás secciones de obreros en general : compañeros, en el momento... - Barcelona : |s.n.|, 1872
2 p. ; 22 cm.

- . Cuestión de la Alianza. - Barcelona : Imp. J. Oliveres, |1872|
6 p.

- . Estatutos generales y reglamentos de la A.I.T. Disposiciones suplementarias tomadas en los Congresos universales. Acuerdos tomados por el primer Congreso de la Región española. Reglamento de esta Sección. Título de socio. Estados para el pago de cotizaciones / Asociación Internacional de Trabajadores. Sección de Oficios Varios de Madrid. - Barcelona : Imp. Salvador Manero, 1871
40 p.

- . Extracto de las actas del Segundo Congreso Obrero de la Federación Regional Española celebrado en Zaragoza los días 4 al 11 de abril de 1872, según las actas y las notas tomadas por la Comisión nombrada al efecto en el mismo / Asociación Internacional de Trabajadores. Consejo Federal Español. - [S.l. : s.n.], |1872|
128 p.

- . Lafargue, Paul. A los internacionales de la Región española. - Madrid : La Emancipación, 1872

- . Lo que es la Internacional : folleto escrito por la Comisión de propaganda del núcleo organizador de la Internacional en Lisboa, traducido al castellano por la Comisión de propaganda del Consejo Local de la Federación de las secciones madrileñas / Asociación Internacional de Trabajadores. - Madrid : Imp. J. Antonio García, 1872
32 p. ; 13 cm.

- . Manifiesto : El Consejo General de la Región Española a los federados y a todos los trabajadores / Asociación Internacional de Trabajadores. - Madrid : Imp. F. Martínez García, 1872
2 p. ; 35 cm.

- . Organización social de las secciones obreras de la Federación Regional Española adoptada por el Congreso Obrero de Barcelona en Junio de 1870 y reformada por la Conferencia regional de Valencia celebrada en septiembre de 1871 / Asociación Internacional de Trabajadores. Consejo Federal Español. - Barcelona : Imp. N. Ramírez y Cía., |1871|
87 p. ; 13 cm.
- . Reglamentos tipo aprobados por el primer Congreso Obrero de la Región española de la Asociación Internacional de Trabajadores celebrado en Barcelona el 19 de junio de 1870. - Barcelona : Establecimiento Tipográfico Luis Fiol y Gros, 1870
48 p. ; 16 cm.
- . Resoluciones de la Conferencia Internacional de Londres y acuerdos de la Conferencia Regional de Valencia / Asociación Internacional de Trabajadores. Consejo Federal Español. - Madrid : Imp. Inocente Calleja, 1871
2 p. ; 38 cm.

* * *

INSTITUT "EMILE VANDERVELDE". Bruselas (Bélgica)

Colección del diario Le Peuple (incompleto)

* * *

BIBLIOTHEQUE ROYALE ALBERT I. Bruselas (Bélgica)

Colección del diario Le Peuple.

* * *

BIBLIOTHEQUE DE LA VILLE DE LYON. Lyon (Francia)

Ms. 5.401 Carta de M. Bakunin a Albert Richard fechada s/l, el
4 de diciembre de 1868

* * *

1.2 PUBLICACIONES Y DOCUMENTOS DE LA A.I.T.

Asociación Internacional de Trabajadores: Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874) edición de Carlos Seco Serrano, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1969, 2 vols.

Asociación Internacional de Trabajadores: Cartas, comunicaciones y circulares del III Consejo Federal de la Región Española, edición de Carlos Seco Serrano y M. Teresa Martínez de Sas, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1972-1987, 7 vols.

Asociación Internacional de Trabajadores. Estracto de las Actas del Segundo Congreso Obrero de la Federación Regional Española, celebrado en Zaragoza en los días 4 al 11 de abril de 1872. (Edic. facsímil por El Día de Aragón, Zaragoza, 1987)

"Aux origines de l'Internationale. I Le meeting de St. Martin's Hall. II La Conférence de Londres, 1865" (Documentos recopilados por M. Rubel) Le Mouvement Social, nº 51, París, abril-junio de 1965

Documents de la Première Internationale. Le Congrès de La Haye de la Première Internationale. 2-7 septembre 1872. Procès-verbaux et documents. (Bajo la dirección de Irène Bach). Progrès, Moscú, 1972

Documents de la Première Internationale. Le Conseil Général de la Première Internationale (Procès-verbaux) (1864-1872). (Bajo la dirección de Irène Bach) Progrès, Moscú, 1972-1975, 5 vols.

MARX, K. y ENGELS, F.: La Internacional. Documentos, artículos y cartas. F.C.E., México, 1988

La Première Internationale. Recueil de documents publié sous la

direction de Jacques Freymond. Institut Universitaire de Hautes Études Internationales / Droz, Ginebra, 1962-1971, 4 vols. (Hay traducción española de los dos primeros volúmenes: La Primera Internacional. Zero, Madrid, 1973, 2 vols.)

I Congreso Obrero Español. Est. pre. y notas por Víctor M. Arbeloa, Madrid, 1972

Reglamentos típicos aprobados por el Primer Congreso Obrero de la Región Española de la Asociación Internacional de Trabajadores. Establ. tip. de J. F. Mayor, Bilbao, 1870

Repertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIX et XX siècles. La Première Internationale. (Bajo la dirección de Georges Bourgin). Armand Colin, París, 1958-1963, 3 vols.

1.3 PUBLICACIONES Y DOCUMENTOS DE OTRAS ORGANIZACIONES

Actas de la Unión General de Trabajadores de España (1888-1892).
(Prólogo y notas de A. del Rosal) Grijalbo, Barcelona, 1977,
tomo I

L'Alliance de la Démocratie Socialiste. Procès-verbaux de la
section de Genève (15 janvier 1869-23 décembre 1870). Textes
présentés par B. Andréas y M. Molnár. En la obra Études et
documents sur la Première Internationale en Suisse. (J.
Freymond, dir.) Droz, Ginebra, 1964, pp. 135 a 253

Histoire de la II Internationale. Le Congrès marxiste de 1889. Le
Congrès possibiliste de 1889. Minkoff reprint, Ginebra, 1976,
tomo 6-7

1.4 TESTIMONIOS Y ESCRITOS DE CONTEMPORÁNEOS

BAKUNIN, M.: Archives Bakounine. (Bajo la dirección de Arthur Lehning) E.J. Brill, Leiden, 1961-1977. 7 vols.

- Oeuvres complètes. (Bajo la dirección de Arthur Lehning) Ed. Champ libre, París, 1982 (Figura como tomo VIII y es complementario de la obra anterior)

- "Cartas de Miguel Bakunin. Sobre la Alianza y la Internacional en España en 1872". La Revista Blanca, nºs. 71, 72, 73 y 74 Barcelona 1 y 15 de mayo y 1 y 15 de junio de 1926

CASTELAR, E.: Discursos políticos. L. López, Madrid, 1873

- Historia del movimiento republicano en Europa. M. Rodríguez. Madrid, 1873-1874, 2 vols.

"Correspondència de José Mesa a F. Engels. (Juliol de 1872-març de 1873)". (Al cuidado de J. Termes). Recerques, nº 17, Barcelona, 1985

DRAGOMANOV, M.: Correspondance de Michel Bakounine. Lettres á Herzen et a Ogareff. (1860-1874). Perrin et Cie., París, 1896

ENGELS, F., LAFARGUE, P. y L.: Correspondance (1868-1895) Textes recueillis... par Emile Bottigelli, Eds. Sociales, París, 1956-1959, 3 vols.

FARGA PELLICER, R. Garibaldi. Historia liberal del siglo XIX. (Publicado bajo el pseudónimo de Justo Pastor de Pellico). Estab. tip. de E. Ullastres, Barcelona, 1882, tomo II

G. (¿Gaspar Sentiñón?): "Juan Felipe Becker." Acracia. nº 13. Barcelona, enero de 1887

GARCÍA RUIZ, E.: Historia de la Internacional en España. M. Martinez. ed., Madrid, 1872

- Historias. Madrid, 1876-1878, tomo II

- La revolución en España. Impta. de Ch. Lahure, París, 1867

GUESDE, J.: Textes choisis (1867-1882). (Introd. de C. Willard)
Eds. Sociales, París, 1970

GUILLAUME, J.: Biografía de Miguel Bakunin. Eds. Halcón, Madrid, 1968

- L'Internationale. Documents et souvenirs (1864-1878). París, 1905-1910, 4 vols. (Edición facsímil de Gérard Lebovici, París, 1985, 2 vols.)

GUSTAVO, Soledad: (pseudónimo de Teresa Mañé) "Divergencia entre eruditos." La Revista Blanca, nº 64, Barcelona, 15 de enero de 1926 (Contiene la carta de R. Farga Pellicer a M. Bakunin fechada en Barcelona el 1 de agosto de 1869)

HENAO Y MUÑOZ, M.: Los Borbones ante la revolución. Impta. de R. Labajos, Madrid, 1870, tomo III

IGLESIAS POSSE, P.: Escritos 1. Reformismo social y lucha de clases y otros textos. (Ed. de S. Castillo y M. Pérez Ledesma) y Escritos 2. El socialismo en España. Escritos en la prensa socialista y liberal (1870-1925). (Ed. de L. Arranz, M. Cabrera, A. Elorza, L. Meijide y J. Muñagorri) Ed. Ayuso, Madrid, 1975, 2 vols.

- Escritos y discursos. Antología crítica. (Ed. de E. Moral Sandoval) Eds. Sálvora, Santiago de Compostela, 1984

- Reformismo social y lucha de clases. (Selec. de J.A. Meliá) Leviatán, Madrid, (1935)

LAFARGUE, P.: Textes choisis. (Introducción de Jacques Girault)
Eds. Sociales, París, 1970

LORENZO, A.: El proletariado militante. Memorias de un internacional. A. López e Impta. Salvat, Duch y Ferré. Barcelona, (1901)-1923, 2 vols. (Hay una reedición anotada a

cargo de J. Álvarez Junco, Alianza, Madrid, 1974)

MARX, K.: Cartas a Kugelmann. Península, Barcelona, 1974

MARX, K y ENGELS, F.: Correspondance K. Marx - Fr. Engels. A. Costes, París, 1934, tomos, VIII y IX

- Correspondance Fr. Engels-K. Marx et divers. A. Costes, París, 1950, tomo I

- El Manifiesto Comunista. Cenit, Madrid, 1932

- La revolución en España. Progreso, Moscú, 1978

- La Social-democratie allemande. Unión générale d'editions. París, 1975

- Obras escogidas. Progreso, Moscú, 1966, 2 vols.

- Werke. Dietz verlag. Berlín, 1974, tomo 32

MESA Y LEOMPART, J.: "Apuntes sobre las teorías, carácter y obra de Carlos Marx", en K. Marx. Miseria de la filosofía. Establ. tip. Ricardo Fé, Madrid, 1891

- El sufragio universal. Guía del elector. J. García y cía, Madrid, 1871

MORA, F.: Historia del Socialismo Obrero Español. Impta. de I. Calleja, Madrid, 1902

La naissance du Parti ouvrier français. Correspondance inédite de Paul Lafargue, Jules Guesde, José Mesa... et Friedrich Engels. Reunie par E. Bottigelli, présentée par Claude Willard. Eds. Sociales, París, 1981

Ni dieu, ni maitre. Antologie historique du mouvement anarchiste. La Cité, Lausana, s/a

PI y MARGALL, F. y PI Y ARSUAGA, F.: Historia de España en el siglo XIX. M. Seguí, Barcelona, 1902, tomo IV

VERA, J.: Ciencia y proletariado. Escritos escogidos de Jaime

Vera. (Selec. y prólogo de Juan José Castillo). Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1973.

1.5 PUBLICACIONES OFICIALES. ESTADÍSTICAS

Anuario estadístico de España correspondiente al año de 1858.
Impta. Nacional, Madrid, 1859.

Anuario estadístico de España. (Año II-1915) Suces. M. Minuesa,
Madrid, 1916

CERDÁ, I.: Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856. Impta. española, Madrid, 1867

Colección de leyes, decretos, reglamentos, órdenes y circulares de interés general del Ministerio de la Gobernación. (Febrero de 1873-febrero de 1874) Impta. Nacional, Madrid, 1874

Colección de Leyes Fundamentales. (Selec. de R. Sáinz de Varanda). Acribia, Zaragoza, 1957

Congreso de los Diputados. Diario de las sesiones de Cortes.
(Legislatura de 1864 a 1865) Impta. Nacional, Madrid, 1865,
tomos IV y V

Leyes políticas españolas fundamentales (1808-1936). (Selec. y prefacio de E. Tierno Galván). Tecnos, Madrid, 1968

1.6 PUBLICACIONES PERIÓDICAS

El Condenado. Madrid, 1872

L'Egalité. (París), 1877-1878 y 1880-1882

La Emancipación. Madrid, 1871-1873

La Federación. Barcelona, 1869-1874

La Igualdad. Madrid, 1868-1869

El Obrero. Barcelona, 1880-1889

Le Peuple. Bruselas, 1885-1889

El Socialista. Madrid, 1886-1889

Le Socialiste. París, 1885-1888

La Solidaridad. Madrid, 1870-1871

2. FUENTES SECUNDARIAS

- ABENDROTH, W.: Historia social del movimiento obrero europeo. Cultura Popular, Barcelona, 1968
- AGOSTI, A.: "Internacionalismo", en N. Bobbio, N. Mateucci y G. Pasquino (dirs.), Diccionario de Política. Suplemento. Siglo XXI, México, 1988
- AJA, E.: Democracia y socialismo en el siglo XIX español. El pensamiento político de Fernando Garrido. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1976
- ALARCÓN CARACUEL, M.R.: El derecho de asociación obrera en España (1839-1900). Revista de Trabajo, Madrid, 1975
- ÁLVAREZ JUNCO, J.: La Comuna en España. Siglo XXI, Madrid, 1971
- Anónimo: "Gaspar Sentiñón", La Huelga general, año II, nº 11. Barcelona, 25 de enero de 1903
- ARBELOA, V.M.: Orígenes del Partido Socialista obrero español (1873-1880). Zero, Madrid, 1972
- ARRANZ, L. y ELORZA, A.: "El Boletín de las clases trabajadoras: La definición bakuninista de la clase obrera madrileña." Revista de Trabajo, nº 52, Madrid, 1975
- ARRU, A.: Clase y partido en la Primera Internacional. Comunicación, Madrid, 1974
- ARTOLA, M.: La burguesía revolucionaria (1808-1874). Alianza, 1974
- Partidos y programas políticos. (1808-1936). Aguilar, Madrid, 1974-1975, 2 vols.

- BABEL, A.: "La Première Internationale, ses débuts et son activité a Genève de 1864 a 1870", en Mèlanges d'études économiques et sociales offerts a Willian E. Rappard. Georg S.A. Librairie de l'Université. Ginebra, 1944
- BENET, J. y MARTÍ, C.: Barcelona a mitjan segle XIX. El moviment obrer durant el Bienni Progressista (1854-1856). Curial. Barcelona, 1976, 2 vols.
- BERLÍN, I.: Karl Marx. Su vida y su contorno. Sur, Buenos Aires, 1964
- BERNSTEIN, E.: "Principios para la parte teórica de un programa socialista", Revista Socialista Internacional, nº 4, tomo II, Buenos Aires, 1909
- BERTRAND, L.: Histoire de la Démocratie et du Socialisme en Belgique depuis 1830. Dechenne-E. Cornély, Bruselas/París, 1907, tomo II.
- BIAGIONI, G.P.: "La Federazione regionale spagnola dell'A.I.L. e la politica", en vv.aa. Anarchismo e socialismo in Italia. Roma, 1973
- BLOOM, S.F.: El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx. Siglo XXI, Buenos Aires, 1975
- BRAUNTHAL, J.: Geschichte der Internationale. J.H.W. Dietz Nachf. GMBH., Berlín, 1974 (2ª edición), tomo I
- BRIGUGLIO, L.: "Mazzini e il socialismo". Mondoperaio, nº 4 Roma, abril, 1990
- CARR, E.H.: Bakunin. Grijalbo, Barcelona, 1970
- CARR, R.: España, 1808-1939. Ariel, Barcelona, 1966

- CASTILLO, S.: Historia del socialismo español (1870-1909). Conjunto ed., Barcelona, 1989, tomo I.
- "La influencia de la prensa obrera francesa en El Socialista: Datos para su estudio. (1886-1890)" Revista de Trabajo, nº 56 Madrid, 1976
 - "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores." Estudios de Historia Social, nº 26-27, Madrid, 1983
 - "La travesía del desierto: la prensa socialista (1886-1900)" en vv.aa. Prensa obrera en Madrid. 1855-1936. Edición de S. Castillo y L. E. Otero. Comunidad de Madrid, Madrid, 1987
- CASTILLO, S. y CASTILLO, J.J.: "José Mesa Leompart (1831-1904) y el socialismo español. Notas para una biografía." Revista de Estudios Sociales, nº 14-15, Madrid, 1975
- CASTRO ALFIN, D.: "Unidos en la adversidad, unidos en la discordia: el Partido Demócrata, 1849-1868." En El republicanismo en España. (1830-1977). N. Townson ed., Alianza, Madrid, 1994
- CLAUDÍN, F.: Marx. Engels y la revolución de 1848. Siglo XXI, Madrid, 1975
- CORTESI, L.: "Il 1º maggio, l'internazionalismo, la pace", en Il 1º maggio tra pasato e futuro. Convegno per il centenario del 1º maggio promosso dal Comune di Milano. Edición de A. Panaccione. Piero Lacoita ed., Maduria-Bari-Roma, 1992
- DESTREE, J. y VANDERVELDE, E.: Le socialisme en Belgique. V. Giard y E. Briere, París, 1903
- DETTI, T.: "Giuseppe Fanelli", en Il movimento operaio italiano. Dizionario biografico (1853-1943). Roma, 1976, tomo II
- DEUTSCHER, I.: "Sobre las Internacionales y el

internacionalismo", en su obra El Marxismo de nuestro tiempo. Era, México, 1975

DÍAZ, E.: Estado de Derecho y Sociedad Democrática. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1966 (2ª ed.)

DÍEZ DEL CORRAL, L.: El liberalismo doctrinario. I.E.P., Madrid, 1945 (Hay reediciones posteriores)

Diccionario del pensamiento marxista. (T. Bottomore dir.) Tecnos, Madrid, 1984

Dictionnaire philosophique. (M.M. Rosental y P.F. Iudin, dirs). Pueblos Unidos, Montevideo, 1965

Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français. (J. Maitron, dir.) Les éditions ouvrières. París, 1970 2ª parte (1864-1871) tomos, IV, VI y VIII y 3ª parte, (París, 1975) tomo XIII

DOLLÉANS, E.: Historia del movimiento obrero. Zero, Madrid, 1969 tomo I.

DOMMANGET, M.: Historia del Primero de Mayo. Américalee, Buenos Aires, 1956

DROZ, J.: Historia del socialismo. Edima, Barcelona, 1968

EIRAS ROEL, A.: El partido demócrata español (1849-1868). Univer. de Navarra, Madrid, 1961

ELORZA, A.: "El obrero y La Emancipación". Revista de Trabajo, nº 30, Madrid, 1970

- "El socialismo oportunista en España: la ideología de El Obrero (1880-1891)" Estudios de Historia Social, nº 1, Madrid, 1977

Enciclopedia de Historia de España (Dirigida por Miguel Artola) IV. Diccionario biográfico. Alianza, Madrid, 1991

Enciclopedia Republicana Federal Social. Impta. de T. Rey, Madrid, 1871

FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: Historia política de la España contemporánea. Pegaso, Madrid, 1956

FREYMOND, J.: Introducciones a la obra La Première Internationale. Droz, Ginebra, 1962-1971, tomo I, pp. V a XXI y tomo III, pp. V a XVIII

FONSECA, Carlos da: A origem da I Internacional em Lisboa. Estampa, Lisboa, 1973

GALLISOT, R.: "Internationalisme", en G. Labica y G. Bensussan (dirs.), Dictionnaire critique du marxisme. P.U.F., París, 1985 (2ª ed.)

GODIO, J.: Historia del movimiento obrero latinoamericano / 1. Anarquistas y socialistas. 1850-1918. Ed. Nueva Sociedad, San José de Costa Rica, 1985 (3ª edición)

GUEREÑA, J.L.: "Contribución a la biografía de José Mesa: De La Emancipación a L'Egalité (1873-1877)" Estudios de Historia Social, nº 8-9, Madrid, 1979

- "La Emancipación, 1871-1873" en VV.AA., Prensa obrera en Madrid, 1855-1936. Comunidad de Madrid. Madrid, 1987
- "Paul Lafargue en España: una polémica en 1908", en Hommage des hispanistes francaises a Noël Salomon. Laia, Barcelona, 1979
- "Un socialiste espagnol en France: José Mesa et L'Egalité de Jules Guesde", en Travaux de l'Institut d'etudes hispaniques et portugaises de l'Université de Tours. Tours, 1979

GUIRAULT, J.: Introducción a Paul Lafargue, Textes choisis. Eds. Sociales, París, 1970, pp. 9 a 71

- "La experiencia política de Lafargue a su llegada a España." Estudios de Historia Social, nº 8-9, Madrid, 1979

HAUPT, G. "Histoire de l'Internationale socialiste ou Histoire internationale du Socialisme?", Le Mouvement Social, nº 41, París, oct.-dubre., 1962

- "Note sur les archives de la I Internationale reunis par le B.S.I." Le Mouvement Social, nº 44, París, julio-septiembre, 1963

HAUPT, G., LOWI, M. y WEILL, C.: Les marxistes et la question nationale. 1848-1914. Maspero, París, 1974

HAUPT, G. y VERDES, J.: "De la Première à la Deuxième Internationale. Les actes des Congrès internationaux, 1877-1888: repertoire." Le mouvement social, nº 51, París, Abril-junio, 1965

HENNESSY, C.A.M.: La República Federal en España. Aguilar, Madrid, 1966

HERVÉ, Gustave: L'Internationalisme. V. Giard-E. Brière, París, 1910

Historia general del socialismo. (J. Droz, dir.) Destino, Barcelona, 1976-1979, tomos I y II

HOBSBAWM, E.J.: La era del Imperio (1875-1914). Labor, Barcelona, 1989

HUMBERT, S.: Les Possibilistes. M. Rivière, París, 1911

La Internacional. Origen de esta poderosa Asociación de Trabajadores. Establ. tipográfico de Oliveres, Barcelona, 1872

IZARD, M.: Revolució industrial i obrerisme. Les "Tres classes de vapor" a Catalunya (1869-1913). Ariel, Barcelona, 1970

JAURÈS, J.: Pages choisies. F. Rieder, París, 1922

- JOHNSTONE, M.: "Internacionalismo", en T. Bottomore (ed.), Diccionario del pensamiento marxista. Tecnos, Madrid, 1984
- JOVER, J.M.: Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea. Ateneo, Madrid, 1952 (Hay reedición posterior)
- KRIEGEL, A.: Le pain et les roses. Jalons pour une histoire des socialismes. P.U.F., París, 1968
- LABRA, R.M. de: Estudios de economía social. M. Minuesa, Madrid, 1892
- "El Fomento de las Artes", en su obra El Instituto de Derecho Internacional. Tip. A. Alonso, Madrid, 1907, pp. 101 a 106
- LACOMBA ABELLÁN, J.A.: Historia contemporánea. De las revoluciones burguesas a 1914. Alhambra. Madrid, 1982
- LANGLE, Ch. y SCHOU, A.: Histoire de l'internationalisme. Kristiania, 1919-1963, 3 vols.
- LASKINE, E.: L'Internationale et le Pangermanisme. H. Floury ed., París, 1916
- LE COUR GRANDMAISON, O.: "Idées d'Europe et paix perpétuelle : notes sur l'abbé de Saint-Pierre", Les Temps Modernes, nº 574, mayo de 1994
- LEE, A.J.: The origins of the Popular Press in England. Croom Helm, Londres, 1976
- LEHNING, A.: Introducciones a la obra Archives Bakounine. E.J. Brill, Leiden, 1961-1965, tomo I, 1ª parte, pp. XIII a LI, tomo I, 2ª parte, pp. XI a LXVI y tomo II, pp. XI a LXV
- LIECHTHEIM, G.: Breve historia del socialismo. Alianza, Madrid, 1975

LIDA, C.E.: Anarquismo y revolución en la España del XIX. Siglo XXI, Madrid, 1972

- Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y documentos. Siglo XXI, Madrid, 1973

LIGOU, D.: Histoire du Socialisme en France (1871-1961). P.U.F., París, 1962

LONGUET, J. Le mouvement socialiste international. Encyclopédie Socialiste, Syndicale et Cooperative de l'Internationale Ouvrière. A. Quillet, París, 1913

LORWIN, L.L.: L'Internationalisme et la classe ouvrière. Gallimard, París, 1933

LUCARELLI, A.: Giuseppe Fanelli nella storia del risorgimento e del socialismo italiano. Trani, 1952

LUXEMBURGO, R.: Oeuvres. Maspero, París, 1969, tomo I

MADRID SANTOS, F.: "El garibaldinismo en España en el siglo XIX" Spagna contemporanea, año II, nº 3, Turín, 1993

MAGALHÃES LIMA, S. de: O Socialismo na Europa. Typ. Cia. Nacional ed., Lisboa, 1892

MAITRON, J., RAYMOND, J. y DAUTRY, J.: "Paul Lafargue" en Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français. (J. Maitron dir.) Les éditions ouvrières. París, 1969, 2ª parte, tomo VI

MALUQUER DE MOTES, J.: El socialismo en España (1833-1868). Crítica, Barcelona, 1977

MANCINI, P.S.: "De la nacionalidad como fundamento del Derecho de Gentes", en Sobre la nacionalidad. Tecnos, Madrid, 1985

- MARTI, C.: Orígenes del anarquismo en Barcelona. Teide, Barcelona, 1959
- MAURICE, J.: "Sobre la penetración del marxismo en España." Estudios de Historia Social, nº 8-9, Madrid, 1979
- MAYER, A.J.: La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra. Alianza, Madrid, 1984
- MAYER, G.: Friedrich Engels: una biografía. F.C.E., Madrid, 1979
- MEHRING, F.: Carlos Marx. Historia de su vida. Cenit, Madrid, 1932
- MERLE, M.: Pacifisme et internationalisme. XVII-XX siècles. Armand Colin, París, 1966
- MIAJA DE LA MUELA, A.: Derecho internacional público. Atlas, Madrid, 1968
- MOLNÁR, M.: El declive de la Primera Internacional. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974
- MORALES MUÑOZ, M.: "Entre la Internacional y el mito de La Federal. Los obreros españoles durante el sexenio democrático (1868-1874)" Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne, nº 17-18, Pau, julio-diciembre de 1993
- "Propaganda doctrinal y difusión de la prensa internacionalista (1869-1873)". Baetica, nº 12, Universidad de Málaga, Málaga, 1989
- MORATO, J.J.: Historia de la Sección española de la Internacional (1868-1874). Gráfica Socialista. Madrid, (1930)
- Líderes del movimiento obrero español (Recop. de Víctor Manuel Arbeloa) Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972
- El Partido Socialista Obrero. Biblioteca Nueva, Madrid, (1918)

(Hay reedición actual)

MORTON, A.L. y TATE, G.: Historia del movimiento obrero inglés. Fundamentos, Madrid, 1971

MÜLLER LEHNING, A.: "The International Association (1855-1859). A contribution to the preliminary history of the First International". International Review for Social History. (Leiden), vol. III, 1938

NETTLAU, M.: "Algunos documentos de la Internacional en España (1870-1881)" La Revista Blanca, nos. 99 y 100, Barcelona, 1 y 15 de julio de 1927

- Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España. La Protesta, Buenos Aires, 1930
- "Eliseo Reclus y Miguel Bakunin". La Revista Blanca, nos. 103 y 105, Barcelona, 1 de septiembre y 1 de octubre de 1927
- "El esfuerzo revolucionario de Bakounine en los años 1864 a 1870" La Revista Blanca, nº 75, Barcelona, 1 de julio de 1926
- "La Internacional en España de 1869 a enero de 1874" La Revista Blanca, nº 129, Barcelona, 1 de octubre de 1928
- Michele Bakounine. Uno schizzo biografico. Biblioteca dell'Avvenire Sociale, Mesina, 1904
- Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873). La protesta, (Buenos Aires), 1925 (Hay reedición posterior)
- La Première Internationale en Espagne (1868-1888) Reidel, Dordrecht (Holanda), 1969
- "Un poco de historia; Alrededor de Miguel Bakounine y Gaspar Sentiñón" La Revista Blanca, nº 83, Barcelona, 1 de noviembre de 1926

NOLLAU, G.: Las Internacionales. L. de Caralt, Barcelona, 1964

PEREZ LEDESMA, M.: Estudio preliminar a P. Lafargue, El derecho a la pereza. Fundamentos, Madrid, 1980 (3ª ed.) pp. 11 a 90

PERTICONE, G.: Le tre Internazionali. Atlantica, Roma, 1945

PIQUERAS ARENAS, J.A.: La revolución democrática (1868-1874).

Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992

- "Tomás González Morago", en la Enciclopedia de Historia de España (Dirigida por Miguel Artola) IV Diccionario biográfico. Alianza, Madrid, 1991

POBLET, J.M.: Antoni Gusart, un pioner de l'obrerisme. R. Dalmau, Barcelona, 1971

POLO FRIZ, L.: "Mijaíl Bakunin y la masonería italiana", en Masonería, revolución y reacción (J.A. Ferrer Benimeli coord.) Inst. de Cultura "Juan Gil Albert", Alicante, 1990, tomo I

PRADOS DE LA ESCOSURA, L.: De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930). Alianza, Madrid, 1988

RALLE, M.: "La Emancipación y el primer grupo marxista español: rupturas y permanencias". Estudios de Historia Social, nº 8-9, Madrid, 1979

REBÉRIOUX, M.: "El socialismo francés de 1871 a 1914", en Historia general del socialismo (De 1875 a 1919) (J. Droz, dir.) Destino, Barcelona, 1979, tomo II, pp. 135 a 240

RIBAS, P.: "Las relaciones entre el socialismo alemán y el español." Estudios de Historia Social, nº 8-9, Madrid, 1979

RICHONNIER, M.: Las metamorfosis de Europa. Espasa-Calpe, Madrid, 1986

RICUPERATI, G.: "Cosmopolitismo", en N. Bobbio y N. Mateucci (dirs.), Diccionario de política. Siglo XXI, México, 1982, tomo I

ROSAL, A. del: Los Congresos obreros internacionales en el siglo XIX. Grijalbo, México, 1958

ROSDOLSKY, R.: Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia". Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980

ROUGERIE, J.: "Sections et fédérations nationales de l'Association Internationale des Travailleurs. Bibliographie des travaux récents". Le Mouvement Social, nº 51, París, abril-junio de 1965

- "Sur l'histoire de la Première Internationale". Le Mouvement Social, nº 51, París, abril-junio de 1965

RUBEL, M.: "La charte de la Première Internationale. Essai sur le marxisme dans l'Association Internationale des Travailleurs". Le Mouvement Social, nº 51, París, abril-junio de 1965

RUYSSEN, T.: Les sources doctrinales de l'internationalisme. Fac. des Lettres, Université de Grenoble, Grenoble, 1954-1961, 3 vols.

SECO SERRANO, C.: Estudio preliminar a la obra, A.I.T. Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española. Univ. de Barcelona, Barcelona, 1969, tomo I, pp. III a LXXI

- "Los orígenes del Movimiento Obrero Español", Anales de Historia Contemporánea, nº 5, Universidad de Murcia, Murcia, 1986

- "La toma de conciencia de la clase obrera y los partidos políticos de la era Isabelina" en VV.AA. La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura. Las Américas Publishing Company, Madrid, 1970

TERMES ARDÉVOL, J.: Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional. (1864-1881). Ariel, Barcelona, 1972

- El movimiento obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881). Universidad de Barcelona, Barcelona, 1965

- TESTUT, O.: L'Internationale. E. Lachaud, París, 1871
- TIERNO GALVÁN, E.: Anatomía de la conspiración. Taurus, Madrid, 1962
- TOUCHARD, J.: Historia de las ideas políticas. Tecnos, Madrid, 1983 (5ª ed.)
- TRIAS, J.J. y ELORZA, A.: Federalismo y Reforma Social en España (1840-1870). Seminarios y Ediciones, S.A., Madrid, 1975
- TUÑÓN DE LARA, M.: Estudios sobre el siglo XIX español. Siglo XXI, Madrid, 1971
- El movimiento obrero en la historia de España. Taurus, Madrid, 1972
- V.V.A.A.: Etudes et documents sur la Première Internationale en Suisse. (J. Freymond, dir.) Droz, Ginebra, 1964
- V.V.A.A.: La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura. (Selec. de Clara E. Lida e Iris M. Zavala) Las Americas Publishing Company, Madrid, 1970
- VALIANI, L.: "Dalla I alla II Internazionale", en su obra Questioni di storia del socialismo. Giulio Einaudi, Milán, 1958
- VERA Y GONZÁLEZ, E.: Pi y Margall y la política contemporánea. Tip. La Academia, Barcelona, 1886, tomo I
- VERGÉS MUNDO, O.: La Internacional en las Cortes de 1871. Universidad de Barcelona, Barcelona, 1964
- VICHNIAC, M.: León Blum. Flammarion, París, 1937
- VILLETARD, E.: Histoire de l'Internationale. Garnier, París, 1872

- VUILLEUMIER, M.: "Bakounine, l'Alliance Internationale de la Démocratie Socialista et la Première Internationale a Genève (1868-1869)". Cahiers Vilfredo Pareto, nº 4, Ginebra, 1964
- "L'Internationale en Espagne (1877)" International Review of Social History, vol. IX, Assen (Holanda), 1964
 - "James Guillaume, sa vie, son oeuvre". Presentación a la obra de J. Guillaume: L'Internationale. Documents et souvenirs. (1864-1878). G. Lebovici, París, 1985, tomo I, pp. I a LVII
- WALICKI, A.: "El marxismo polaco entre los siglos XIX y XX", en Historia del marxismo. Bruguera, Barcelona, 1980, tomo III
- WEBB, S. y B.: Historia del sindicalismo (1666-1920). Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1990
- WILLARD, C.: Les guesdistes. Le mouvement socialiste en France (1893-1905). Eds. sociales, París, 1965
- ZAVALA, Iris M.: Masones, comuneros y carbonarios. Siglo XXI, Madrid, 1971
- ZOUAQUI, A.: Socialisme et internationalisme: Constantin Pecquer. Droz, Ginebra, 1964

APÉNDICE

ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORESLA NUEVA FEDERACIÓN MADRILEÑA A LOS DELEGADOS AL SESTO (sic.)
CONGRESO GENERAL

Compañeros delegados:

Hallándose actualmente el Consejo federal de esta región imposibilitado de obrar por las causas que más abajo manifestaremos, esta federación ha creído de su deber atenuar con una relación breve y sucinta la falta de una extensa y detallada Memoria que aquel Consejo hubiera sin duda remitido, a no existir las causas ya indicadas. No es la idea de la Nueva federación madrileña, al llevar a cabo este pequeño e incompleto trabajo, el atribuirse una representación que no tiene, la de los internacionales españoles; lo único que la guía y anima a hacerlo es el deseo de que los delegados al sexto Congreso universal, reunidos para tomar las resoluciones más convenientes a nuestra Asociación, conozcan de una manera algo exacta las fuerzas que en España cuenta la Internacional y el estado en que se hallan estas fuerzas.

Compañeros: Sabido debe ser de todos vosotros que el quinto Congreso universal, celebrado en el Haya hace un año, admitió al compañero Paul Lafargue como delegado de la Nueva federación madrileña, y claro está que al admitirle aprobó la legalidad concedida a esta federación por el Consejo general anterior. Pues bien; cuando la Nueva federación tuvo conocimiento de dicho acto lo participó a todas las federaciones locales de la región española. El objeto al

hacer esto no era otro sino procurar que muchas federaciones que no habían tenido noticia de que el Consejo general nos había reconocido hacía algún tiempo, supieran entonces que eramos una federación de hecho y de derecho, reconocida por el Congreso universal. Casi al mismo tiempo que hacíamos esto, La Emancipación, periódico redactado por individuos pertenecientes a la Nueva federación, daba a luz todas las resoluciones y acuerdos tomados en el Congreso del Haya. La Federación, de Barcelona, El Condenado, de Madrid, y La Razón, de Sevilla, todos ellos dirigidos por los cuatro delegados españoles que habían ido al Haya, y el último, o sea La Razón, propiedad de uno de estos, de Marselau, no atacaron en el primer momento las resoluciones de aquél, pero dejaban ya notar que no tardarían mucho. En efecto, al poco tiempo empezaron a lanzar toda clase de cargos al Congreso y a crear atmósfera en contra de lo hecho en él.

A todo esto, el Consejo federal español, que se había hecho sospechoso a los buenos internacionales por su circular reservada de 17 de julio de 1872, en que atacaba bruscamente y sin motivo al Consejo general, permanecía encerrado en el más completo silencio. Este no fue roto hasta que los cuatro delegados disidentes, después de haber tomado parte en el Congreso separatista de Saint Imier y de haber recorrido muchas federaciones ensalzando los acuerdos y resoluciones de este y combatiendo y censurando las del Haya, le entregaron, para su publicación, una Memoria sobre ambos Congresos, en la cual se pedía a los internacionales españoles reconocieran todo lo llevado a cabo en Saint Imier y rechazasen lo acordado en el Congreso internacional. El Consejo federal publicó esta Memoria el 16 de octubre, acompañándola con varias proposiciones entre las cuales había una que pedía se celebrase un Congreso en Córdoba para discutir los acuerdos del celebrado en el Haya y del separatista de Saint Imier, y resolver sobre todo ello.

Apenas tuvo conocimiento la Nueva federación madrileña de semejante Memoria cuando publicó, 1º de noviembre, una circular en la que, después de rectificar las principales falsedades de aquel documento y defender la legalidad del quinto Congreso general, pedía a las federaciones protestasen contra lo hecho en Sain Imier y declarasen al Consejo federal español fuera de la Internacional por manifestarse conforme con los acuerdos del Congreso separatista. A esta circular se adhirieron las federaciones locales de Alcalá de Henares, Lérida, Zaragoza, Toledo, Vitoria, Pont de Vilumara, una gran parte de la federación valenciana y la Nueva federación gaditana. Además, el 7 de noviembre la federación de Gracia, después de tres días de discusión, desaprobó la conducta de los delegados españoles y aprobó todas las resoluciones del Haya.

El resultado obtenido por la Nueva federación madrileña con su circular del 1º de noviembre no fue tan bueno como hubiera sido de desear; pero hay que tener en cuenta que en España desde el principio de la lucha con los separatistas los internacionales han contado con escasos elementos en tanto que aquellos han tenido muchos a su disposición. El 27 de noviembre dirigió otra circular la Nueva federación madrileña a las federaciones que se habían manifestado conforme con la de 1º del mismo mes, proponiéndolas se nombrase un Consejo federal interino "que cumpliese e hiciese cumplir los Estatutos de la Internacional y los acuerdos de los Congresos regionales e internacionales". Las federaciones, que comprendieron la necesidad de este órgano, declararon su conformidad con la mencionada circular y acordaron que el punto de residencia del Consejo fuera Valencia y que los internacionales valencianos eligieran los nueve individuos que habían de componerlo. Así se hizo, y el Consejo federal que representaba a las federaciones internacionales de España quedó constituido el 26 de enero de 1873.

Desde este momento los obreros que habían constituido hasta entonces la Internacional en España se hallaron separados en dos bandos: uno compuesto por los que querían que los Estatutos de la Internacional no fuesen letra muerta; otro formado por los que, dejándose llevar, en nuestro concepto de una vana palabrería, se olvidaban de lo que un día habían prometido y no tenían inconveniente en quebrantar el verdadero pacto que existe entre los obreros internacionales. Aunque hemos contribuido a esta separación que era precisa y que nos imponía nuestro deber, no podemos menos de lamentar estas discordias de hermanos, que de seguro se hallan alimentadas por la enemiga mortal de nuestra clase, por la burguesía.

Dejando a un lado esta consideración que en muchas ocasiones nos aflige, diremos que el primer acto del Consejo federal fue dirigir un manifiesto a todos los obreros españoles desmintiendo que separara a estos una cuestión de principios, pues tal cosa era imposible teniendo todos ellos los mismos intereses, y afirmando que los que aquello decían no deseaban otra cosa que la desorganización de la Internacional. Terminaba este manifiesto pidiendo a todos los obreros se agrupasen en derredor de los Estatutos de la Internacional y de las resoluciones de sus Congresos universales. Algún tiempo después el Consejo federal, puesto de acuerdo con las federaciones, acordó que el Congreso que debía tener lugar en Córdoba el primer domingo de abril, según indicaba la Organización española y se había acordado en el Congreso de Zaragoza, se celebrase en Toledo el 19 de mayo. Llegada esta fecha, y aún cuando el estado de las federaciones no era el más apropiado para ocuparse del Congreso, pues todo el mundo fijaba su atención en el cambio político operado en España, aquel se celebró, estando representadas en él las federaciones de Vitoria, Lérida, Toledo, Valencia y Madrid. El primer acto del Congreso fue aprobar una proposición en la

que se pedía fueren reconocidos y sancionados los acuerdos del quinto Congreso universal. Aunque las federaciones por sí solas habían hecho esto, el Congreso de Toledo creyó cumplir un deber volviendo a afirmar su reconocimiento. Este Congreso que duró tres días, tomó, entre otros, los siguientes acuerdos:

Nombrar Consejo federal efectivo al que hasta entonces lo había sido interino, fijándole su residencia en Valencia;

Que en adelante los Congresos regionales tengan lugar los segundos domingos de agosto, para que en ellos se forme el mandato imperativo para los Congresos universales y se elija a los delegados que hayan de representar a la región;

Y publicar un Manifiesto en que se trate la cuestión política y se declare que el acuerdo del Haya sobre este punto no significa ni puede significar que todas las regiones tengan que obrar de una manera uniforme; sino que los actos políticos de los trabajadores, que tienen que ser diferentes por las circunstancias diversas en que se halla cada país, deben obedecer a una política de clases, y por lo tanto, redundar en beneficio de los intereses del proletariado: este manifiesto terminará haciendo un llamamiento a los obreros separatistas de España para que tomen parte en el Congreso que se ha de celebrar en Valencia el segundo domingo de agosto de 1873, y resolver en él la política que han de seguir los obreros españoles, al mismo tiempo que formar el mandato que al sexto Congreso universal han de llevar el delegado o delegados que representen a la región española.

Al Congreso que debía celebrarse en Valencia el segundo domingo de agosto estaba encomendada, como se ve, la importante misión de determinar la actitud de la federación

española ante los graves acontecimientos políticos que se vienen desenvolviendo en España desde el 11 de febrero último, día de la proclamación de la república; pero la descabellada sublevación cantonal, abortada miserablemente y en la cual tomaron una parte activa los internacionales de casi todas las provincias sublevadas, ha venido, no sólo a paralizar la acción del Consejo federal, diseminando la mayor parte de sus miembros, sino que ha desorganizado casi por completo las federaciones locales, echando sobre sus individuos - que es lo más triste- todo el peso de la odiosidad, todas las persecuciones que trae siempre consigo una insurrección fracasada y torpemente urdida.

Los mismos que desconociendo los acuerdos tomados en el Congreso general del Haya sobre la acción política de la clase trabajadora, y rasgando los Estatutos de la Internacional, introdujeron la división, la lucha y el desorden en el seno de la federación española; los mismos que no vacilaron en presentarnos a los ojos de los trabajadores como unos políticos ambiciosos que pugnaban por colocar en el poder a la clase obrera, esos mismos hombres que se dan a sí propios el título de revolucionarios, autónomos, anárquicos, etc, se han lanzado en esta ocasión a hacer política; pero la peor de las políticas, la política burguesa; no han trabajado para dar el poder político a la clase proletaria, idea que ellos miran con horror, sino para ayudar a que conquistase el gobierno una fracción de la burguesía, fracción compuesta de aventureros, postulantes y ambiciosos, que se denominan republicanos intransigentes.

Ya en vísperas de las elecciones generales para las Constituyentes, los obreros de Barcelona, Alcoy y otros puntos quisieron saber qué política debían seguir los internacionales, tanto en las luchas parlamentarias como en las otras. Celebráronse con este objeto dos grandes

Asambleas, una en Barcelona y otra en Alcoy, y los separatistas se opusieron con todas sus fuerzas a que se determinara cual había de ser la actitud política de la Internacional, resolviéndose que la Internacional como Asociación no debe ejercer acción política alguna; pero que los internacionales, como individuos podían obrar en el sentido que quisieran y afiliarse en el partido que mejor les pareciese, siempre en uso de la famosa autonomía. ¿Y qué resultó de la aplicación de una teoría tan bizarra? Que la mayoría de los internacionales, incluso los anárquicos, tomaron parte en las elecciones, sin programa, sin bandera, sin candidatos, contribuyendo a que viniese a las Constituyentes una casi totalidad de republicanos burgueses, con escepción de dos o tres obreros, que nada representan, que no han levantado ni una sola vez su voz en defensa de los intereses de nuestra clase y que votan tranquilamente cuantos proyectos les presentan los reaccionarios de la mayoría. Y, lo que es muchísimo más grave, al estallar el movimiento cantonal, al constituirse las juntas, o sean gobiernos de los cantones, aquellos mismos que tanto vociferaban contra el poder político, que tan violentamente nos acusaban de autoritarios, se apresuraron a ingresar en aquellos gobiernos; y en ciudades tan importantes como Sevilla, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Granada y Valencia muchos internacionales de los que se titulan antiautoritarios formaban parte de las juntas cantonales, sin otra bandera que la de la autonomía de la provincia o cantón. Así consta oficialmente de las proclamas y demás documentos publicados por las referidas juntas donde internacionales muy conocidos estamparon sus nombres.

Tanta contradicción entre la teoría y la práctica, entre la propaganda y el hecho significaría muy poco si de semejante conducta resultara o hubiera podido resultar alguna ventaja para nuestra Asociación, algún progreso en el camino de la organización de nuestras fuerzas, algún paso dado hacia

el cumplimiento de nuestra aspiración fundamental, la emancipación de la clase trabajadora. Pero ha sucedido todo lo contrario, como no podía menos de suceder, faltando la acción colectiva del proletariado español, tan fácil si se hubiera obrado en nombre de La Internacional, faltando el acuerdo de las federaciones locales y quedando por consecuencia abandonado el movimiento a la iniciativa individual o de localidad aislada, sin más dirección que la que pudiera inprimirle la misteriosa Alianza, que por desgracia impera todavía en nuestra región, y sin otro programa que el de nuestros naturales enemigos los republicanos burgueses, el alzamiento cantonal (1) sucumbió de una manera vergonzosa, casi sin resistencia, arrastrando en su caída el prestigio y la organización de la Internacional en España. No hay exceso, crimen ni violencia que los republicanos de hoy no atribuyan a la Internacional, habiéndose dado el caso, según se nos asegura, de que en Sevilla, durante el combate los mismos intransigentes hacían fuego a sus aliados los internacionales. La reacción, aprovechándose hábilmente de nuestras torpezas, incita a los republicanos a que nos persigan, sublevando al mismo tiempo a los indiferentes contra nosotros, y lo que no pudieron lograr en tiempos de Sagasta lo consiguen ahora: hoy día en España el nombre de internacional es un nombre aborrecido hasta para la generalidad de los obreros.

En Barcelona muchas secciones obreras se han

(1) La sublevación cantonal puede considerarse como vencida; pues si bien es cierto que Cartagena resiste aún, lo es también que aquella ciudad es el refugio de los intransigentes más comprometidos a cuyo frente se hallan Bárcia y Contreras, que se han constituido en gobierno nacional, pero que no cuentan ni quieren contar para nada con el elemento obrero.

separado de la Internacional, protestando contra los hombres del periódico La Federación y contra su inesplicable conducta; en Jerez, Puerto de Santa María y otros puntos las federaciones se han declarado disueltas; en Loja (provincia de Granada) han sido espulsados los pocos internacionales que allí había; en Madrid, donde se disfruta de la mayor libertad, la Antigua federación no da la más leve señal de vida, y la nuestra se ve forzada a permanecer inactiva y silenciosa por no cargar con culpas ajenas o tenerse que declarar en pública disidencia con nuestros antiguos compañeros; en las localidades del Norte la guerra cada vez más encarnizada de los carlistas, impide toda clase de trabajos; y por último, en Valencia, donde después de 19 días de sitio quedó vencedor el gobierno, los internacionales que no han huido tienen que permanecer ocultos, y el Consejo federal que estaba decidido a cumplir los acuerdos del Congreso del Haya, y a invitar a las federaciones conformes con dichos acuerdos a que enviasen delegados al sexto Congreso universal se halla hoy enteramente disuelto, y por consecuencia imposibilitado de obrar en ningún sentido.

La Nueva federación madrileña ha considerado, pues, de su deber el manifestar al Congreso el verdadero estado de la federación regional y las causas que han producido la gran decadencia de una federación tan próspera y floreciente ha poco más de un año. Pero es al mismo tiempo una obligación para nosotros el declarar que no hemos perdido la fe en los sentimientos internacionales del proletariado español; antes, por el contrario, estamos firmemente persuadidos de que el día en que se normalice nuestra situación, el día que caigan las caretas que cubren a tantos traidores y farsantes, la clase obrera verá claro y volverá a entrar en el majestuoso interrumpido movimiento hacia su total emancipación. Confiamos en el carácter revolucionario y en el buen sentido de los obreros españoles, y para que vea el Congreso en que apoyamos

esta confianza, adjunto le remitimos el importante Manifiesto o exposición enviada a las Cortes por el Consejo de la Unión manufacturera, representando 40.000 obreros, en demanda de reformas sociales; documento que a pesar de su importancia, no ha sido citado por ningún periódico internacional de esta región, y ni siquiera se ha dado cuenta de él a las Cortes, por donde el Congreso podrá juzgar lo que son y lo que valen los diputados que el pueblo ha mandado allí para que le representen y defiendan.

Si la Internacional, unida como estaba antes e impulsada por una sola idea, hubiese sacado todas las ventajas que podían y debían sacarse de la magnífica actitud en que se colocaron los obreros españoles en su Petición de Reformas Sociales, ¡Cuán brillante sería hoy la situación de nuestra Asociación en España! ¡Cuán grande su fuerza!, ¡Cuan distinta la suerte que habría cabido a la república española, a quién ha faltado la savia revolucionaria de la clase trabajadora! Hoy la república puede considerarse muerta; la reacción avanza rápidamente, y no nos queda otro recurso que volver a empezar la obra de la revolución, reorganizando las fuerzas proletarias sobre una base internacional. En esta obra confiamos nos ayudareis con vuestros trabajos, tan importantes en estos momentos solemnes. De vuestras resoluciones depende quizás no sólo la suerte del proletariado español, sino la del de los demás países.

Animo, pues, y adelante, compañeros.

Que nada nos desaliente ni nos intimide. Nuestra causa es la causa de la justicia.

¡Viva la solidaridad obrera!

¡Viva el advenimiento del proletariado!

¡Viva la Asociación Internacional de los
Trabajadores!

Madrid 24 de agosto de 1873

El presidente de la sesión,

El secretario,

JOSÉ MESA

PAULINO IGLESIAS

NOTA: El original de este informe, enviado al VIº Congreso de la A.I.T. (Ginebra, 7-13 de septiembre de 1873) es un manuscrito de 13 cuartillas que se encuentra en el I.I.S.G. (Inventario Herman Jung, nº 79) Amsterdam. Hemos reproducido textualmente su contenido, respetando las incorrecciones manifestadas en el uso de la "s" por la "x" en las palabras: sexto, excepción, inexplicable, expulsados y exposición. (E.M.S.)